

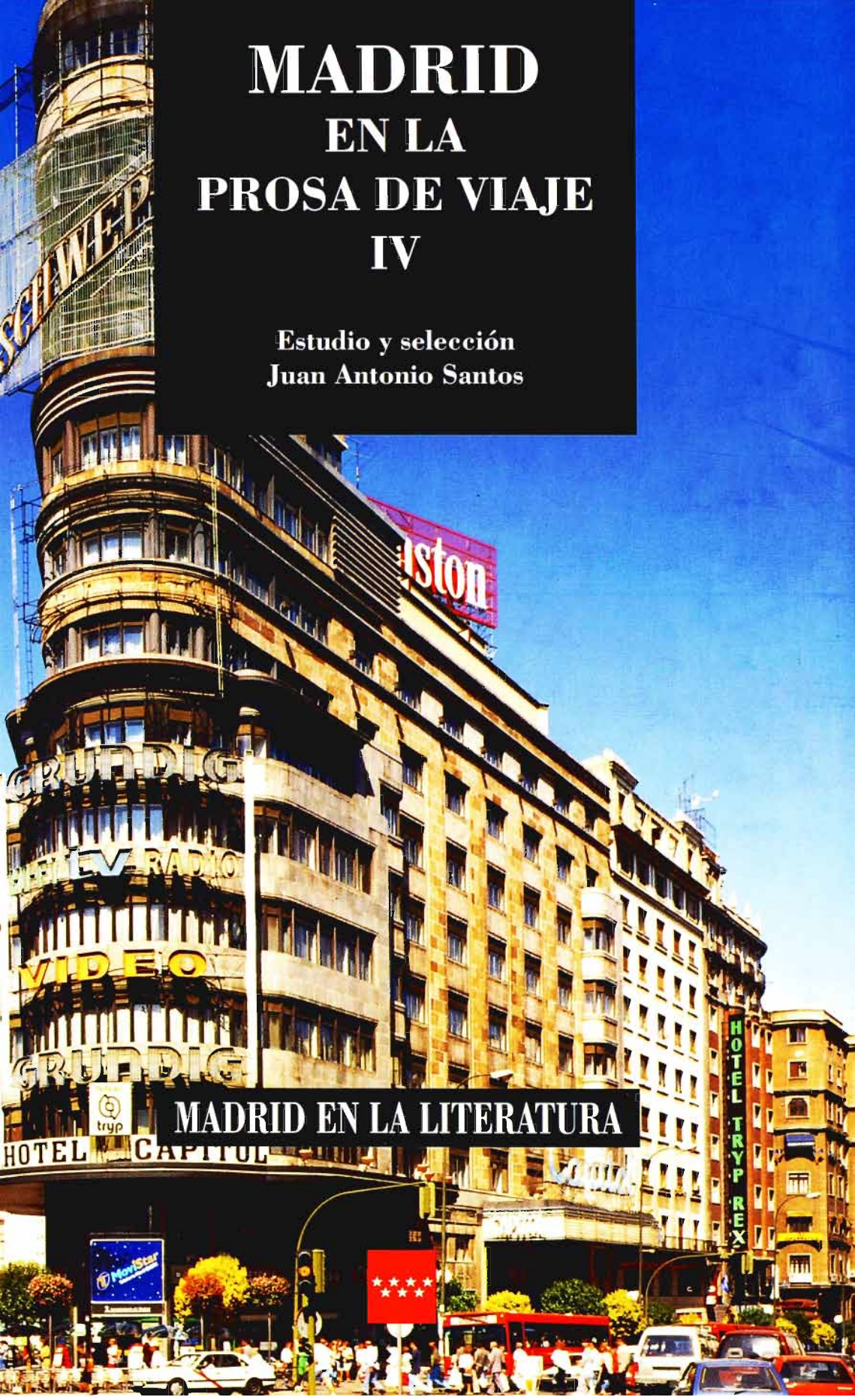
MADRID

EN LA

PROSA DE VIAJE

IV

Estudio y selección
Juan Antonio Santos



MADRID EN LA LITERATURA

MAARRID EN LA PROSA DE VIAJE IV





MADRID EN LA PROSA DE VIAJE IV

Madrid en la prosa de viaje IV es una amplia recopilación de textos escritos por viajeros que han visitado la ciudad y otros lugares de su entorno a lo largo del siglo XX.

A través de los numerosos textos que componen el libro, surge ante la mirada del lector el movimiento, el pulso y las inflexiones sufridas en la vida de una ciudad que refleja con intensidad y vigor los avatares del presente siglo.

Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura

ISBN 84-451-1373-9



9 788445 113738







MADRID
EN LA
PROSA DE VIAJE
IV





MADRID EN LA PROSA DE VIAJE

IV
SIGLO XX

Estudio y selección
Juan Antonio Santos



Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
CIUDAD n.º 30-32
MADRID

MADRID EN LA LITERATURA



Comunidad de Madrid

Ref. : 0647



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Cubierta: *Plaza de Callao*.

Fotografía de: Eduardo Sánchez y Ángel Luis Baltenás

Dirección editorial: Agustín Izquierdo

Diseño de la cubierta: María González-Conejero Hilla

Gestión administrativa: Servicio de Publicaciones de la Consejería de Educación y Cultura. Paloma Catalina.

Fotocomposición: Ilustración 10

- © Herederos de Manuel Aguilar
- © Ray Alan
- © Jean-Pierre Amalric
- © Eduardo Arroyo
- © Herederos de Pío Baroja
- © Herederos de Aubrey Bell
- © Herederos de Juan Benet
- © Herederos de Auguste Bréal
- © Gerald Brenan
- © Editions Robert Laffont S.A. Paris 1982
- © Alianza Editorial/Herederos de Rafael Cansinos-Asséns
- © Herederos de Karel Čapek
- © Herederos de Francis Carco
- © Herederos de Alejo Carpentier
- © Camilo José Cela
- © Herederos de Corpus Barga
- © Herederos de John Dos Passos
- © Hans Magnus Enzenberger
- © Herederos de Nina Epton
- © Ronald Fraser
- © Herederos de Ava Gardner
- © Herederos de Ernest Hemingway
- © Adam Hopkins
- © Laura Lee
- © Editions Gallimard, 1937 (Traducción cedida por EDHASA.)
- © Raoul Mesot
- © James A. Michener
- © Herederos de Henry de Montherland
- © Jan Morris
- © H.V. Morton
- © Herederos de Pablo Neruda
- © Cees Nooteboom, 1992
- © Traducción de Julio Grande para "El Desvío a Santiago"
- © Ediciones Siruela 1993
- © Herederos de Kate O'Brien
- © Herederos de V.S. Pritchett
- © Bárbara Probst Solomon
- © Herederos de Alfonso Reyes
- © Jorge Semprún
- © Stephen Spender
- © Herederos de Walter Starkie
- © Hugh Thomas
- © Herederos de Miguel de Unamuno
- © Herederos de André Villeboeuf
- © Sandro Viola
- © François Zumbiehl

Se han realizado todos los esfuerzos conducentes a la localización de autores y herederos para el abono de los Derechos de Autor. En algún caso no ha sido posible dicha localización. La Comunidad de Madrid reconoce en cualquier caso la existencia de los citados Derechos de Autor.

© Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
Secretaría General Técnica, 1996

© Del estudio y la selección, Juan Antonio Santos Ramírez

2.ª edición

Tirada: 500 ejemplares

Coste unitario: 994 pesetas

Edición: 10-97

D. L.: M. 38.780 - 1997 I.S.B.N.: 84-451-1373-9

Imprime: Imprenta de la Comunidad de Madrid

Agradecemos al Museo Municipal de Madrid la autorización para la reproducción de las fotos contenidas en este volumen.



Presentación

En la literatura y en el arte en general, el espacio es, junto con el tiempo, uno de los elementos configuradores del mundo. El hombre –y especialmente el escritor– da forma a sus preocupaciones vitales y expresa sus sentimientos a través de dimensiones y objetos espaciales.

En la Literatura Española, Madrid es una de las mayores fuentes de inspiración para los artistas y constituye uno de los marcos más recurrentes en los diversos géneros.

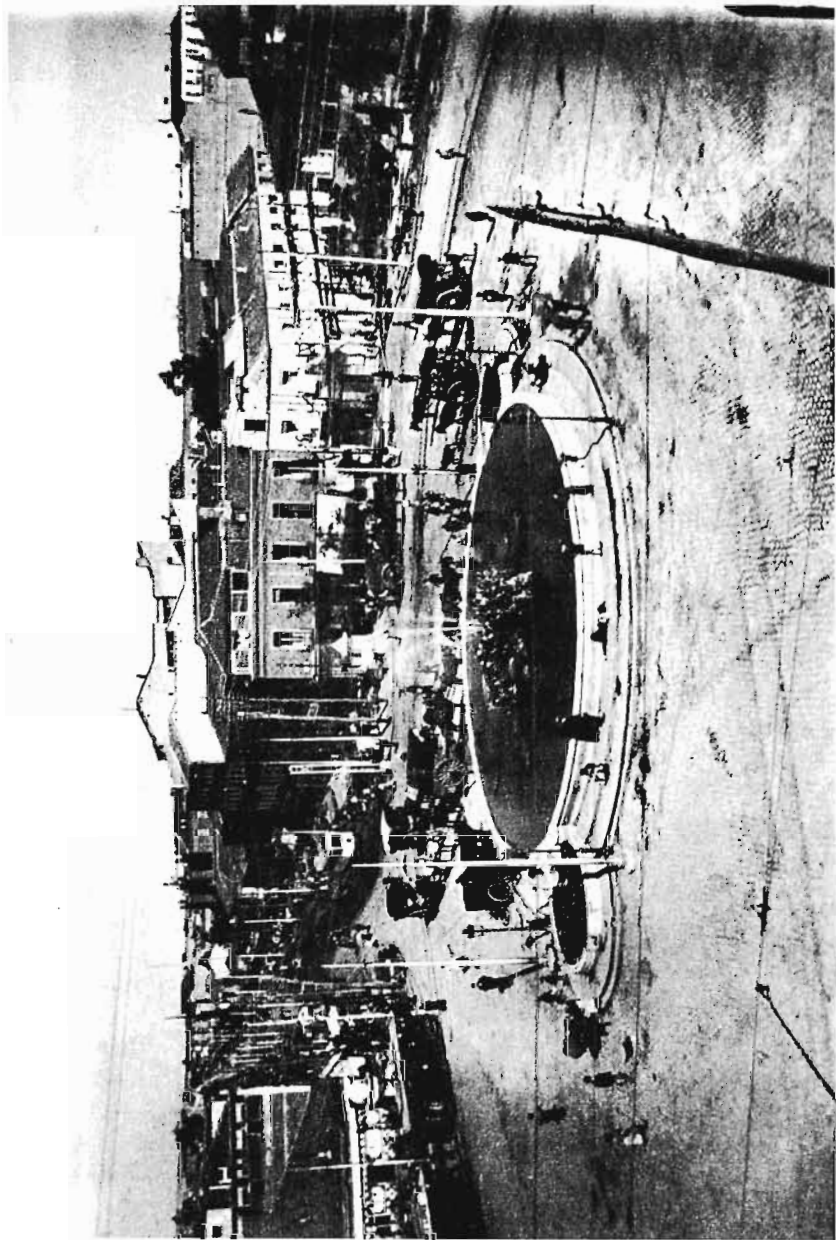
Nuestra Comunidad, a través de su colección «Madrid en la Literatura», va recorriendo las modalidades literarias en que aparece representada por los escritores más significativos.

En «Madrid en la novela», «Madrid en la poesía», «Madrid en el teatro» y «Madrid en la prosa de viaje» conviven Miguel de Cervantes y Mateo Alemán, Góngora y Lope de Vega, Pérez Galdós y Palacio Valdés, Baroja y Valle.... la historia de nuestra literatura, que ha encontrado en Madrid uno de sus universos más acogedores.

Los lectores de dentro y de fuera de nuestra Comunidad encontrarán en los textos de esta colección los rasgos de un Madrid que ha sabido combinar, a lo largo del tiempo, lo mejor de la tradición y la renovación.

GUSTAVO VILLAPALOS SALAS
Consejero de Educación y Cultura





Cuatro Caminos.

Introducción

Cuando era un chiquillo me apasionaban los mapas. Pasaba horas mirando Sudamérica, África o Australia, y me perdía en las glorias de la exploración. En aquella época había muchos espacios en blanco en la tierra, y cuando veía uno que parecía especialmente tentador (aunque todos lo parecían) ponía el dedo encima y decía: Cuando sea mayor iré allí. Recuerdo que el Polo Norte era uno de estos lugares. Bueno, todavía no he estado allí, y ya no pienso intentarlo. El encanto se ha desvanecido.

Joseph Conrad: El corazón de las tinieblas

Estas palabras de Marlow, narrador habitual de los relatos de Conrad, nos sitúan con precisión en el horizonte geográfico y cultural del viajero de comienzos del siglo XX: El corazón de las tinieblas se publicó en 1902, al final de la época dorada de los aventureros victorianos, cuando la tierra entera parecía ya explorada y conquistada por el hombre. Lo curioso es que esa impresión no obedecía tanto a los hechos como a un estado de ánimo emergente, pues en esa fecha todavía no se había llegado al Polo Norte (lo lograría Peary en 1909) y quedaban aún muchos otros «espacios en blanco» por hollar: la Antártida, vastas zonas de África y Asia, islas remotas, selvas y desiertos, y en fin, las montañas más altas del planeta. Pese a las grandes exploraciones de los siglos anteriores, no faltaba terreno para la aventura, ni aliento todavía para acometerla, ni un público fiel—el lector victoriano— para saborear los frutos de su recreación literaria. ¿A qué se debe entonces el desencanto de Marlow?

En realidad no es la decepción del explorador que llega demasiado tarde, porque otro se le ha adelantado (como el patético caso de Scott en el Polo

Sur), sino el lamento del hombre occidental que ha colonizado medio mundo y empieza a ver los resultados de su empresa. La conciencia de los estragos de la civilización, que convierte rápidamente en lugares de tinieblas aquellos espacios del mapa todavía llenos de «delicioso misterio» para los ojos infantiles de Marlow, no es sólo una idea central en la obra de Conrad, sino un lastre permanente en el bagaje del viajero contemporáneo. Al ansia de exotismo de los románticos sucede cierto positivismo desengañado, cuando no un claro pesimismo en quienes advierten (el propio Conrad, Stevenson poco antes, o nuestro *Las Casas* ya en el siglo XVI) que las aventuras del hombre blanco suelen degenerar en miseria y explotación para los de otro color. De este modo, el afán por descubrir tierras vírgenes quedará insensiblemente relegado a los estrictos términos de la rutina científica, y las gestas exploratorias darán paso a récords deportivos de cariz cada vez más circense, destinados a un público cada vez menos imaginativo. Aún quedan selvas herméticas y cumbres invioladas (más tarde será la Luna, con la «carrera espacial» de los años sesenta), pero ya no es lo mismo. The glamour's off, como dice lacónicamente el viejo Marlow: el encanto se ha desvanecido.

Algo parecido ocurre con los viajes contemporáneos por España. El encanto que tenía nuestro país para los románticos, fruto de su diferencia frente a Europa, ya había empezado a perderse a mediados del XIX con la irrupción del ferrocarril, la industrialización de las regiones más avanzadas y los consiguientes cambios de costumbres, sobre todo en las ciudades. Como vimos en el tomo tercero de esta serie¹, a medida que progresa el país y aumenta el número de viajeros que nos visitan se va diluyendo el exotismo un tanto postizo de la imagen romántica de España, que finalmente deja de ser para los europeos ese país «oriental» o «africano» cuyo descubrimiento les deparaba grandes sorpresas y emociones. Si escritores como Gautier o Borrow habían llenado de buena literatura aquel misterioso «espacio en blanco» que era España antes de que la descubrieran, ahora serán las tediosas guías de viajes las que incorporen nuestro territorio a la normalidad europea, al menos a la de los itinerarios turísticos de la Belle Époque. Todavía queda más de medio siglo para la llegada masiva del turismo de sol y playa, que convertirá nuestras costas en un inmenso centro de vacaciones (con el consiguiente desastre paisajístico y cultural, palmaria manifestación contemporánea de los estragos de la civilización), pero el cambio fundamental en la percepción que tienen los extranjeros de este país ya se ha producido.

Ahora bien, que al filo del siglo XX España no sea ya una tierra exótica no quiere decir que haya dejado de ser diferente: del mismo modo, el hecho de que ningún viajero ingenioso compare ya a Madrid con Palmira no sig-

nifica que se llegue a equipararla con las demás capitales europeas. Ciertamente, buena parte del encanto que teníamos para los extranjeros se ha desvanecido, pero no así nuestra diferencia, que a lo largo de este siglo se verá alimentada por la pervivencia de los tópicos románticos, degenerados en estereotipos turísticos, y sobre todo por las consecuencias postreras de nuestra atribulada historia decimonónica, es decir, la guerra civil y el franquismo: tres años de contienda fratricida en los que la suerte de Madrid tuvo en rilo al mundo entero, seguidos por casi cuatro décadas de un régimen político que prolongó extemporáneamente el secular aislamiento del país y su capital con respecto a Europa.

La trascendencia de esa contienda para la historia contemporánea de España, y especialmente para la imagen de Madrid en la prosa de viaje de este siglo, nos ha inducido a dividir la presente antología en tres partes cronológicamente bien diferenciadas: antes, durante y después de la guerra civil.

1900-1936: Del costumbrismo al cosmopolitismo

Como se ha señalado muchas veces, 1900 es un hito bastante arbitrario para indicar el comienzo de cualquier cosa que no sea el siglo que ahora acaba. También en el ámbito que nos ocupa está bastante desdibujada la frontera entre las obras de finales del siglo XIX y las de comienzos del XX, pues no cabe hablar de un cambio general de tendencia que coincida con ese hito convencional. A ello se añaden las dificultades que plantea el estudio del género en este siglo, especialmente en España, donde se echa de menos una verdadera tradición de literatura viajera (al menos desde la pérdida de nuestras colonias, aunque más adelante tendremos que matizar este punto) y donde, sobre todo, nunca se ha prestado demasiada atención a lo que escribían los forasteros sobre nuestro país.

Si nos centramos en el primer tercio del siglo, cabe distinguir una sutil evolución en los libros de los viajeros que hablan de Madrid, apreciable fundamentalmente en la imagen que nos ofrecen del tamaño, empaque y ambiente de la ciudad. Es lo que podemos llamar el paso gradual del costumbrismo al cosmopolitismo, es decir, de aquel -costumbrismo feliz- de los viajeros románticos y posteriores, que describen vistosamente el Madrid popular decimonónico y su pervivencia casticista, a la visión cosmopolita de los viajeros de los años veinte y treinta, que en sus escritos presentan ya en primer plano la incipiente verticalidad y modernidad del Madrid del siglo XX. Como es natural, esta evolución coincide a grandes rasgos con el propio desarrollo

de la ciudad, cuyo estudio nos proporcionará por tanto las claves para interpretarla cabalmente (teniendo en cuenta, sin embargo, que los libros de viajes suelen reflejar la realidad con cierto retraso).

Aunque su punto de inflexión se sitúa hacia el final de la Primera Guerra Mundial, los orígenes de este cambio de perspectiva se remontan a la apertura de las primeras líneas de ferrocarril. Ya en 1877 el viajero alemán Theodor Simons afirmaba que «si Madrid se ha convertido en una verdadera capital, un gran centro de actividad intelectual y material, un poderoso foco de atracción, se debe únicamente a la creación de los ferrocarriles que la comunican por todas partes, pues antes de esta época la insuficiencia de vías de comunicación hacía muy difícil el acceso a la capital de España»². Después de Simons, otros autores expresarán su sorpresa ante los tranvías, la iluminación eléctrica y los primeros automóviles, que contrastan llamativamente con la imagen costumbrista del Madrid tradicional, siempre enfocada hacia lo viejo y pintoresco; pero es obvio que ningún invento marcó tanto como el tren la historia moderna de la ciudad. El historiador Santos Juliá, hablando de la época de la Restauración, resume como sigue este fenómeno: «y es en este punto cuando va a mostrar toda su potencialidad el mayor progreso realizado en la segunda mitad del XIX: el ferrocarril había roto el tradicional aislamiento de la capital y había unido ya eficazmente a Madrid con los puntos más dinámicos de la periferia. Por este solo hecho, la situación real de Madrid cambia radicalmente. De ciudad erigida en medio de un desierto, perezosa y meramente consumidora, predatoria de su entorno, inexplicable como corte de una monarquía imperial, Madrid pasa a ser la ciudad mejor situada, la más cercana a todas las ciudades de la periferia»³.

No obstante, a pesar del ferrocarril, la transformación de Madrid fue mucho más lenta y superficial de lo que esperaban los reformadores urbanos del XIX. Así se explica la mala imagen de la ciudad que tienen algunos de los más preclaros intelectuales del primer tercio del siglo XX, como Azaña y Ortega. Son bien conocidas las reflexiones que hizo Manuel Azaña en 1920 sobre el arcaísmo provinciano, la falta de modernidad y la frustración histórica de Madrid como capital de España («Madrid, en vías de transformarse, es la capital del abandono, de la improvisación, de la incongruencia», dice tras definirla como «un poblachón mal construido en el que se esboza una gran capital»⁴), cuyo pesimismo recuerda a veces el tono acerbo de las diatribas que Richard Ford escribió un siglo antes. Ahora bien, precisamente hacia 1920 sitúa Juliá el «punto nodal de la transición de Madrid de corte a capital»⁵, o dicho de otro modo —con palabras de José Pla—, «de la ciudad a pie llano a otra de edificios altos». Se trata del mismo punto de inflexión al que antes

nos referíamos, a partir del cual empiezan a manifestar los viajeros (como seguirán haciendo durante el resto del siglo) su asombro ante la verticalidad del paisaje urbano madrileño. El mismo historiador expone con claridad la notable transformación social y arquitectónica que justifica ese asombro: «y esos dos parecen ser los cambios más significativos de la estructura social que operan en torno a 1920: Madrid se vuelve una ciudad «capitalista» en la que predomina, como actividad industrial, el arte de la construcción. Ante todo, capitalista: no hay más que asomarse a esa calle de Alcalá o, más exactamente, al triángulo que forman Alcalá, Carrera de San Jerónimo y Prado para percibirlo. La banca se ha instalado ahí y con ella hacen su aparición los altos edificios. Con el capital y la banca se consolida la primera clase obrera madrileña, que es una clase de obreros de la construcción, albañiles sobre todo, pero también del resto de los oficios y de las industrias requeridos por la edificación en altura»⁶.

En lo que se refiere a la literatura de viajes, el interés por Madrid se reaviva poco antes con motivo de la Primera Guerra Mundial, en la que la neutralidad de España atrajo a su capital a numerosos extranjeros. Algunos, como Trotsky o Alfonso Reyes, vinieron a refugiarse de la guerra, que les había sorprendido en París; otros siguieron el camino inverso, como John Dos Passos, que estuvo en Madrid estudiando español antes de alistarse como voluntario en la Cruz Roja para poder visitar los campos de batalla de Francia e Italia. Otros viajeros acudieron con misiones diplomáticas más o menos secretas, y hubo también muchos espías, aventureros y cortesanas que vinieron a pescar en el revuelto río madrileño de aquellos años. Pero a fin de cuentas, como nos recuerda el editor Manuel Aguilar, «tal resaca de gentes poco recomendables fue compensada, en cierto modo, por la afluencia de capitales y hombres de negocios que dieron vida y desarrollo a numerosas industrias. Harto lo necesitaba Madrid»⁷.

Así, gracias al ferrocarril, a la banca, a la industria de la construcción y editorial, y finalmente a la guerra, Madrid da en esta época un gran estirón que no se circunscribe a su perfil arquitectónico (aunque quizá sea este aspecto el que más llamará la atención de los viajeros que nos visiten en años posteriores), sino que tiene además repercusiones culturales y sociales muy amplias.

«Madrid se convierte así, desde las primeras décadas del siglo XX, en centro de comunicaciones, capital de la industria cultural y sede privilegiada del capital financiero. No, ciertamente, por ningún ímpetu centralista, del que carece, sino por una especie de movimiento natural que concentra en Madrid, ahora en situación privilegiada, a proletarios, intelectuales, artistas,

*bombres de negocios, capitalistas en el sentido más genuino de la palabra: la Unión General de Trabajadores, la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, la Universidad Central, las grandes empresas periodísticas, la banca dominan simultáneamente el horizonte social de la ciudad.*⁸.

En efecto, como apunta Santos Juliá, ese «movimiento natural» había dado origen en 1910 a la Residencia de Estudiantes, una de las instituciones que más contribuirían a configurar en el extranjero una imagen moderna y eficiente de la capital de España. Célebres pupilos de la Residencia fueron Buñuel, Lorca y Dalí, pero en ella también vivieron profesores y estudiantes de otros países, y dieron conferencias algunas de las principales figuras de la intelectualidad europea (como Bergson, Einstein, Keynes, Gropius, Marie Curie, Aragon, Eluard y muchos otros), que seguramente se llevaron de Madrid impresiones muy alejadas de los tópicos costumbristas tradicionales. Por ejemplo, las que plasmó por escrito el hispanista inglés Aubrey F. G. Bell, a quien la animación de la vida nocturna madrileña le recordaba a veces la de la Babilonia londinense: «Algunas calles, cuando las farolas están encendidas y los anuncios de luz eléctrica destellan por todas partes en un momento pasajero de tráfico intenso, recuerdan a las calles más concurridas de Londres»⁹.

Aparte del asombro o el desconcierto inicial, los cambios más visibles en la fisonomía de Madrid producen sentimientos dispares en los viajeros de los años veinte y treinta. Algunos reciben una impresión favorable de la nueva arquitectura y el ambiente cosmopolita de la ciudad, sin dejar de subrayar por ello la coexistencia de lo tradicional con lo moderno; otros se sienten casi agraviados por todo lo que no encaja en la imagen pintoresca que han heredado de los románticos. El mismo Aubrey Bell habla en 1924 de la «magnífica hechura» de los nuevos edificios de Madrid, cuya «arquitectura sólida y práctica contrasta favorablemente con el diseño de relumbrón de algunas de las nuevas construcciones de Barcelona»; pero más adelante añade: «Uno de los encantos de Madrid es que con todo su progreso moderno, su cosmopolitismo, su magnificencia, conserva muchos rasgos rústicos. Junto a los tranvías eléctricos avanzan las lentas carretas de bueyes, y los graves cencerros que lleran las reses colgados del pescuezo recuerdan los pastos de la meseta, igual que un carro tirado por un bato de mulas te recuerda las solitarias y polvorientas carreteras españolas»¹⁰. Dos años después, Corpus Barga lamenta la incipiente destrucción del Madrid finisecular (idealizado en su memoria como «un pueblo bonito, rojo, de ladrillos y tejas») por obra de lo que llama «la batalla del cemento y del ladrillo»: «Madrid hoy es un campo de batalla, por todas partes hay barricadas, obras, derribos»¹¹. Por su parte, el no-

relista Francis Carco, paseando en 1928 por la calle de Alcalá, se refiere irónicamente al «esfuerzo que han hecho los madrileños para modernizarse», y tras describir las «pasmosas edificaciones» y los «sombrios cubos de cemento de los bancos y las compañías de seguros», concluye el pasaje con un significativo gesto de rechazo: «Allí donde posara los ojos me chocaba la pesadez de las construcciones, sus proporciones, su aspecto fastuoso. Y cuando surgió en el cielo la blanca torre almenada de Correos, como un inmenso barquillo, la vista me pareció tan absurda que le volví resueltamente la espalda y entré en un café»¹².

Junto a Carco nos gusta imaginar bajando por la Gran Vía a Paul Morand, el fino cronista del cosmopolitismo y la «vida veloz» de entreguerras, y a su también compatriota Henry de Montherlant, enamorado de los toros desde niño y asiduo visitante de aquel Madrid. En cualquier esquina de otros barrios populares —Lavapiés, Latina— cabe evocar tocando el violín a dos juglares modernos de las Islas Británicas, el irlandés Walter Starkie y el inglés Laurie Lee, que también escribieron textos memorables sobre la ciudad. Franceses e ingleses siguen siendo como en el siglo XIX nuestros visitantes más frecuentes, seguidos ya de cerca en este primer tercio del XX por americanos de ambos hemisferios.

Precisamente por esta época aparece ya, en referencia a la pretenciosidad de algunos estilos, el desdenoso calificativo de «sudamericano», que tan a menudo repetirán los viajeros a partir de los años cincuenta. La polémica apertura de la Gran Vía, iniciada en 1911, no sólo dará pie a la mofa castiza de los madrileños, sino también a las críticas mejor o peor fundadas de sus visitantes. «Los nuevos edificios que se construyeron a lo largo de la Gran Vía (como el de la Telefónica, edificada a finales de la década de 1920 por Ignacio de Cárdenas y más alta que cualquier iglesia) confirieron al centro de la capital cierto aire sudamericano, el mismo que el general Primo de Rivera dio a la política española»¹³, dice al respecto el historiador Hugh Thomas, que a continuación califica de «estilo norteamericano» el de la nueva Ciudad Universitaria, y todo ello de «extravagancias». Sin duda a muchos viajeros de la época de entreguerras debió de parecerles un poco extravagante la modernidad sui generis de la Gran Vía madrileña, pero la alusión a la influencia americana no tuvo siempre el mismo carácter peyorativo. El belga Raoul Mesot, por ejemplo, describe en 1936 el edificio de la Telefónica como «una feliz combinación arquitectónica de audacias modernas y superficies lisas», y añade: «La vieja España parece haber recibido a lo largo de esta grandiosa Gran Vía el choque de vuelta de las civilizaciones sudamericanas»¹⁴. Es cierto que el testimonio de Mesot, que no oculta sus simpatías ideológicas («El olor

del asfalto es imperial», dice sin empacho), suena bastante tendencioso; más matizado y veraz es el de la irlandesa Kate O'Brien, que por las mismas fechas escribía: «En realidad tiene un aspecto bastante corriente; es una ciudad animada, activa y muy influida, según creo, por ideas sudamericanas de esplendor urbano. Muy moderno. Está muy orgullosa de sus escasos y feos rascacielos. Tiene algunos bancos y cines tremendos y una casa de correos apropiadamente llamada Palacio de Comunicaciones. No tiene nada de un París menor ni de una pequeña Nueva York latina. Por otra parte, tampoco es un Toledo agrandado ni un Santiago de Compostela más majestuoso. Es Madrid: soleado, despabilado y acogedor. Abiertamente jactancioso y con un toque ingenuo en su viveza. Pero por temperamento, carácter y situación es innegablemente la capital de España.»¹⁵.

En definitiva, las observaciones más lúcidas y las mejores imágenes literarias proceden de los viajeros que saben distinguir — más allá de los tópicos costumbristas y de la precaria fachada de la modernidad— el latido cordial de la vida madrileña. Para estos viajeros, los estilos arquitectónicos no tienen tanta importancia como el estilo y el ritmo de vida que cabe apreciar en la calle, rasgos que diferencian favorablemente a Madrid de las grandes capitales europeas. El escritor cubano Alejo Carpentier, recién llegado de París, responde así en 1934 a los madrileños que se quejan del provincianismo de su ciudad: «Y Madrid es, sin embargo, la ciudad más alegre, más cordial, más animada, que yo haya visitado en mi vida. Tiene todas las ventajas de modernidad y de confort que se hallan en las capitales tentaculares, con el encanto de una ciudad de proporciones más reducidas, donde las relaciones entre individuos se mantienen en un plano a escala de hombre»¹⁶. Y el propio Mesot, nostálgico de las formas de ocio anteriores a la revolución industrial, cita una frase reveladora de Louis Bertrand: «Estas gentes de Buenos Aires, Río, Madrid o Lima perpetúan una concepción de la vida, unas tradiciones de cultura y elegancia intelectual, un sentido de la voluptuosidad y la belleza, una necesidad de ocio, incluso de pereza, que son las condiciones de las grandes obras de arte y el pensamiento y que honran a la humanidad.»¹⁷.

No en vano serán muchos — y no sólo hispanoamericanos— los literatos y artistas que en los años treinta se dejen seducir por el encanto de nuestra ciudad: Mesot, O'Brien y Carpentier nos sitúan ya de lleno en la época de la Segunda República, que fue sin duda la más cosmopolita de Madrid por lo menos hasta la década de los sesenta (por no decir la de los ochenta). La creciente polarización política y los negros nubarrones que se cernían sobre España no impidieron la afluencia cada vez mayor de visitantes extranjeros, en parte atraídos por los nuevos aires de libertad y cultura que se respiraban en

el Madrid republicano. Grandes viajeros como John Dos Passos, Ernest Hemingway, Walter Starkie, Pablo Neruda y Laurie Lee, entre otros, escribieron páginas excelentes sobre su experiencia española y su estancia en la capital, que en conjunto constituyen, cien años después de la romántica, una segunda y fugaz edad de oro de la literatura viajera de tema español.

Mención aparte merecen en fin los miembros de la generación del 98, uno de cuyos caracteres comunes es sin duda la pasión del viaje, especialmente del viaje por España. La pérdida de nuestras últimas colonias suele contarse entre las causas del pesimismo de estos escritores, pero quizá habría que hablar más bien de su desencanto, que aunque sea de otra índole comparten en buena medida con su coetáneo Conrad. Como ha señalado José Antonio de Zulueta, «si el tratado de París termina con la posibilidad de la aventura ultramarina y se achica el horizonte disponible para el español aventurero (...), paradójicamente despierta la necesidad intelectual del conocimiento interior»¹⁸. En su búsqueda de la España real, los hombres del 98 se vuelven hacia el paisaje castellano y recorren con asiduidad las tierras y los pueblos de la meseta, recogiendo sus impresiones en magníficas muestras de prosa de viaje. Desde Madrid tienen muy cerca la Sierra de Guadarrama, que ya había sido destino predilecto de las excursiones de Giner de los Ríos y los alumnos de la Institución Libre de Enseñanza; pero la propia ciudad les atrae también poderosamente y, grandes paseantes como son, deambulan de un lado a otro por sus calles y barrios en caminatas que se prolongan a veces hasta altas horas de la madrugada. «Tenía algunos acompañantes que eran incansables», cuenta Baroja en sus memorias; «otros, en cambio, como Azorín, no tenían condiciones peripatéticas. Valle-Inclán era gran andarín, y muchas veces nos ha ocurrido yendo con él y con otros llegar en nuestros paseos muy lejos, hasta cerca de las Ventas, el puente de Vallecas o la Ciudad Lineal.»¹⁹. Sin menoscabo de Azorín y Valle-Inclán, y haciendo abstracción de otros géneros, seguramente fueron Baroja y Unamuno quienes mejores páginas dejaron escritas sobre Madrid.

1936-1939: La capital del heroísmo

De pocos temas se ha escrito tanto en este siglo, dentro y fuera de nuestro país, como de la guerra civil española de 1936 a 1939, es decir, lo que los españoles llamamos «la guerra» o «nuestra guerra» por antonomasia y el resto del mundo «la guerra de España». Políticos, historiadores, militares, literatos, periodistas e intelectuales en general, participantes directos o indirectos en los

hechos y estudiosos de los mismos, han ido erigiendo a lo largo de medio siglo una formidable montaña de libros con sus testimonios, análisis e interpretaciones de esta guerra española por excelencia, eje sobre el que bascula toda nuestra historia contemporánea. Ahora bien, en lo que atañe al género literario objeto de la presente antología, parece en principio que los hechos de armas no constituyen un terreno idóneo para su cultivo. Es razonable pensar que un país en guerra no es el mejor destino para un viajero, del mismo modo que el fragor de la batalla no suele ser el acompañamiento más propicio para la gestación de una prosa de viaje convencional. Sin embargo, en este ámbito concreto como en otros quizá más evidentes, cabe decir que la muestra fue una guerra excepcional, como no podía ser menos en un país empeñado todavía en pleno siglo XX en ser diferente de los demás.

En efecto, la secular diferencia de España, tan sugerente para los viajeros románticos (y tan hábilmente explotada después por los promotores de turismo), cobrará una nueva dimensión mítica al calor de la contienda, que será una fuente inagotable de debate ideológico pero también de emociones literarias. No en vano se la ha llamado la última guerra romántica, porque fue la última en que hombres procedentes de todos los confines, moridos por sus ideales, acudieron voluntariamente a dejar la piel (o en todo caso las ilusiones) en una tierra pobre y árida, desconocida hasta entonces para muchos de ellos, pero en la que estaban convencidos de que se jugaba el destino de la humanidad. «Soldado o periodista, español o americano o inglés o francés o alemán o italiano, no importaba. España era un crisol que eliminaba la escoria y en el que quedaba el oro puro. Hacía que los hombres estuvieran dispuestos a morir con gusto y con orgullo. Daba significado a la vida. Daba valentía y fe en la humanidad...»²⁰ Así lo recuerda un testigo de los hechos, el reportero norteamericano Herbert Matthews, uno más entre tantos miles de extranjeros que, ante la amenaza del fascismo, empuñaron el fusil o la pluma para combatir en defensa de la causa republicana. Muchos de aquellos hombres murieron en Madrid o en otros frentes, otros volvieron a sus países vencidos y desengañados; pero aun hubo algunos que guardaron toda su vida un recuerdo luminoso de su experiencia española, como el propio Matthews, que en 1945 no dudaba en afirmar que «nada tan maravilloso volverá a sucederme jamás como aquellos dos años y medio transcurridos en España»²¹.

Fueron sin duda malos tiempos para los viajeros, pero paradójicamente nunca ha habido tantos en Madrid escribiendo con pasión sobre la ciudad y sus habitantes. La fuerza de los hechos de armas, que había alejado a los turistas, abrió nuevas posibilidades literarias para los corresponsales de guerra,

los escritores combatientes y los intelectuales que visitaban la ciudad, como los participantes en el Congreso Internacional de Escritores de 1937. En definitiva, las mismas razones que explican la excepcionalidad de nuestra guerra civil configuran los rasgos peculiares de esta literatura comprometida, a caballo entre la épica y el periodismo, la memoria personal y el alegato ideológico. Entre ellas cabe señalar dos fundamentales: la nutrida y variada participación extranjera en la contienda y la dimensión mítica que en segunda adquirió la defensa de Madrid frente a las tropas franquistas. El historiador italiano Aldo Garosci ha llamado al primero de estos fenómenos el mito de las Brigadas Internacionales, y al segundo el mito de Madrid.

«La importancia moral vinculada a la caída o salvación de la capital, la estabilización del frente a sus puertas, en la Ciudad Universitaria, la contraposición que con ello se establecía físicamente, entre el mundo del ejército que atacaba encerrado en sí mismo y el de la ciudad que se defendía riñendo, eran todos los elementos de una épica que no podía dejar de incidir en los sentimientos. La espontaneidad española los expuso rápidamente ante los ojos de los extranjeros. Pero la prensa internacional les añadió algunos toques particulares y, en especial, los observadores se sintieron impresionados por aquella nueva situación que se había producido (y que debería repetirse en la segunda guerra mundial) mediante la intervención de la guerra y de la muerte en la vida cotidiana. Los bombardeos de Madrid constituyeron un factor en el despertar de la conciencia occidental, aun cuando fuera en forma mítica.»²². Así explica Garosci el origen del mito de Madrid, forjado al calor de las cruentas batallas de noviembre de 1936. Madrid saltó a la primera plana de los periódicos del mundo entero por ser la primera ciudad en la historia bombardeada masivamente desde el aire. Muchos viajeros que la habían visitado anteriormente temblaron aquellos días por la suerte de los cuadros del Prado, hasta que el gobierno de la República los puso a salvo enviándolos al extranjero; pero, como escribió Kate O'Brien refiriéndose a unos niños destrozados por las bombas en Atocha, «es probable que el mundo hubiera podido arreglárselas perfectamente sin todos los Mirillos y Riberas de la galería larga, mientras que no es nada probable que a los padres de esos niños les vaya muy bien de ahora en adelante, recordando la forma en que murieron»²³. Entre los muchos y variados horrores de nuestra guerra, los sufrimientos de la población civil madrileña fueron permanente noticia «de interés humano» para el público mundial, parte del cual no tardaría en conocer de cerca el infierno que les describían los corresponsales. «Durante cuarenta y ocho horas Madrid sufrió constantes e intensos ataques aéreos de los bombarderos nazis de la Legión Cóndor. La capital española fue la pri-

mera en padecer el destino futuro de Londres, Dresde, Coventry y Hamburgo.»²⁴ Entre los extranjeros que visitaron Madrid de 1936 a 1939, los corresponsales de guerra no constituyen sin embargo el grupo más numeroso, y su testimonio (lastrado por la censura y por las múltiples servidumbres del oficio) no es siempre el más interesante. La mitificación literaria de la defensa de la ciudad fue en gran medida obra de los propios combatientes de las Brigadas Internacionales, en las que se alistaron por puro idealismo muchos jóvenes poetas e intelectuales. Aldo Garosci los ha definido como creyentes laicos: «El mito de Madrid va acompañado, naturalmente, por el de las Brigadas Internacionales, que renueva los modelos del voluntarismo y del internacionalismo en época de guerra política. Es un ejército de creyentes, pero de creyentes laicos; es la sociedad en su forma espontánea que organiza en ejército una pluralidad de destinos»²⁵. A los españoles crecidos bajo el franquismo, acostumbrados durante décadas a oír hablar de la guerra como una cruzada contra el marxismo y demás enemigos seculares de la patria (la famosa y nebulosa conspiración judeomasónica, que en paz descanse), les sorprenderá quizá saber que no pocos extranjeros del otro bando utilizaron la misma palabra para referirse a su lucha. Por citar unos cuantos títulos elocuentes, mencionemos los libros *The Great Crusade*, del alemán Gustav Regler; *Crusade of the Left; the Lincoln Battalion in the Spanish Civil War*, del estadounidense Robert A. Rosenstone; y *Crusade in Spain*, del brigadista inglés Jason Gurney. También son muy significativos el de la obra de Stanley Weintraub *The Last Great Cause* y el del estudio histórico *The Struggle for Madrid. The central epic of the Spanish conflict (1936-1937)*, de Robert Colodny.

Cruzada en España, la última Gran Causa, la última guerra romántica... Arthur Koestler llegó a decir que tanto en Madrid como en la prensa de todo el mundo se luchaba por la capital española como los cruzados por el Santo Sepulcro. Hipérbolos aparte, no cabe duda de que la lucha por Madrid fue una auténtica epopeya contemporánea, y como tal constituye —según apunta Colodny— la épica central del conflicto bélico español. Así la vivieron los combatientes de uno y otro bando, tanto españoles como extranjeros, y así la transmitieron en sus escritos. Nada más natural, por tanto, que en las manifestaciones literarias de ese espíritu épico casi todos los autores destaquen como nota dominante el comportamiento heroico de la población madrileña. Alejandro Gómez Maganda, con la rebemencia de quien escribe en caliente, proclama este hecho en un texto paradigmático: «Proverbial población frívola, se han ganado heroicamente el título de primeros ciudadanos del Planeta, por habitar en la Capital del heroísmo mundial. Porque Madrid es eso: la Metrópoli del proletariado universal, la ciudad que rebasó prestigios y

leyendas, la Capital que más columnas y fotografías tiene diariamente en los periódicos de todos los países, el punto donde convergen todas las miradas, donde la muerte pasea por la Gran Vía y se le saluda...»²⁶.

Si intentamos atenernos a una perspectiva estrictamente literaria, resulta bastante compleja la tarea de delimitar los géneros y estilos de la vasta bibliografía generada por nuestra guerra civil. Quizá haya sido Garosci, centrándose en los intelectuales extranjeros, quien más se ha acercado a una interpretación plausible de esta ambigua cuestión: «El grado de intervención en la guerra de España de los intelectuales extranjeros es sin duda muy diferente, como también lo es el carácter de los testimonios que sobre ella nos han dado. Unos, los revolucionarios, remuevan la solidaridad romántica con los países que combaten por la libertad, tomando parte en la lucha igual que los españoles. Otros acuden como observadores políticos, con un claro propósito de indagación. Entre ellos varios periodistas, que siguieron el curso de la guerra y de la política. Llegados a cierto límite, unos y otros se convierten en peregrinos, casi en turistas, que van a ver la revolución y a dar fe de solidaridad y de propaganda, y que regresan con un cuaderno lleno de notas. Una literatura de ocasión, de distinta intención y seriedad, nace de estas diversas experiencias, que no siempre es posible separar entre sí»²⁷. Pues bien, esa «literatura de ocasión», a la que contribuyeron por igual españoles y extranjeros, tiene a menudo numerosos rasgos comunes con la literatura de viajes, del mismo modo que esos peregrinos o «casi turistas» nos recuerdan a los viajeros que en otras guerras (como la de la Independencia) dieron testimonio literario de sus andanzas por España. Y en lo que se refiere a Madrid, los autores que más nos interesan son naturalmente los que, dejando de lado los aspectos bélicos o ideológicos, se esfuerzan por tomar el pulso de la ciudad durante el asedio.

De la mano de estos autores se puede componer un cuadro apasionante de lo que fue la vida cotidiana en Madrid a lo largo de aquellos tres años de guerra, desde la exaltación de las primeras jornadas revolucionarias tras el alzamiento, en el verano de 1936, a la postración en que se hallaba sumida la ciudad cuando cayó en manos de las tropas nacionalistas, en la primavera de 1939. Una ciudad, como subrayan numerosos testimonios, cuyos habitantes mantuvieron durante el asedio el espíritu burlón y la alegría proverbial que han llamado la atención de los viajeros de todas las épocas: una población sufrida y combativa que, pese a todas las penalidades —el hambre, el frío, la enfermedad— y a la amenaza constante de la muerte, se esforzó por mantener una difícil apariencia de normalidad en sus trabajos y sus ocios. «Algunos días no hay bombardeo y el tiempo es espléndido y las calles están

atestadas», escribe Hemingway. «Las tiendas rebosan de ropa y todas las joyerías, tiendas de fotografía, galerías de arte y tiendas de antigüedades están abiertas y los bares se llenan. La cerveza escasea y el whisky es casi imposible de obtener. (...) La gente está alegre y los cines, con las fachadas protegidas por sacos de arena, se llenan todas las tardes. Cuanto más cerca está uno del frente, tanto más alegre y optimista es la población.»²⁸. Carpentier se sorprende ante «la animación de las conversaciones, el sonido cabal de las risas, el rumor viviente y alegre que se desprende de esta multitud que regresa a sus casas amenazadas», y añade: «Concurren a sus oficinas. Conservan su elegancia tradicional de otros tiempos. Van al cine para aplaudir a Marlene Dietrich y Greta Garbo. A la «hora de la cerveza» —pues la cerveza es la única bebida que escasea algunas veces y su expendio se verifica a horas fijas— se reúnen en sus cafés habituales...»²⁹.

Un Madrid lleno de ruinas y escombros, trincheras y parapetos, en el que la gente llamaba «el colador» al edificio de la Telefónica, «la Avenida de los Obuses» a la Gran Vía y «la Linda Tapada» a la Cibeles, cubierta por una fortificación de cemento y ladrillo para protegerla de los bombardeos. Un Madrid que admitía todas las paradojas, como la que señala Dos Passos: «Resulta curioso observar cómo el menos español de los edificios de Madrid, la torre barroca de la Compañía Internacional Telegráfica y Telefónica de Wall Street, símbolo del poder colonizador del dólar, se ha convertido para las mentes de los madrileños en el símbolo de la defensa de Madrid»³⁰. Un Madrid en el que había presenciado todo tipo de escenas insólitas, como las que recuerda Ronald Fraser: «Era la única ciudad en la que se podía ir al frente en tranvía. Las amigas y las novias, sabiendo que sus novios tenían una o dos horas libres en el frente, cogían el tranvía para ir a verles.» «Las mujeres tendían la ropa en las alambradas de púas; los niños asistían a clase en refugios antiaéreos, e iban a la Gran Vía a recoger metralla al rojo vivo.»³¹. Un Madrid, en fin, cuyos habitantes «fueron ametrallados, destrozados, aplastados o incinerados por millares», como escribió Laurie Lee, y cuyos supervivientes «fueron expulsados por el fuego de un barrio a otro, obligados a acampar en la calle, en sótanos o en el campo»³², pero que no por ello dejaron de considerar los combates aéreos como un buen espectáculo, ni de salir a pasear e ir al cine, ni de hacer chistes con cualquier motivo. Y no por jactancia, ni muchos menos por inconsciencia, como aclara cumplidamente Carpentier: «Tal actitud se explica por la preexistencia en el carácter español de esa forma superior de la conciencia y de la serenidad que es el valor. Sin tener vocación de héroes, todos los habitantes de Madrid han sido capaces de heroísmo cuando las circunstancias lo han exigido»³³.

Palabras que a fin de cuentas parecen un buen epitafio para todas las víctimas inocentes, madrileñas o no, de aquella carnicería.

1939-1992: Del aislamiento a la fiesta

Cuando callan las armas y empieza a disiparse en el aire el olor a pólvora y escombros, se alza en torno a Madrid un muro de silencio que se mantendrá en pie hasta bien entrados los años cincuenta. La capital del heroísmo, la ciudad mártir que había tenido en vilo al mundo entero desaparece como por ensalmo de las portadas de los periódicos y hasta —se diría— de la propia conciencia colectiva de la humanidad. Nadie habla ya de ella, ningún viajero escribe su nombre: como si se la hubiera tragado la tierra y lo hubieran borrado del mapa. Es verdad que la humanidad tenía por entonces otras cosas de qué ocuparse, inmersa como estaba en el horror planetario de la Segunda Guerra Mundial; pero cuando acabó ésta, en 1945, el silencio que envolvía a Madrid se hizo todavía más espeso, y su aislamiento en medio del devastado solar español, al cobrar repentinamente un nuevo sentido dramático, dejó de ser la metáfora ingeniosa (un barco en alta mar, una atalaya solitaria en mitad del desierto) que había sido durante siglos para los viajeros.

La posguerra y los años cincuenta

Son los años amargos de la posguerra, años de hambre y frío, de represión e intolerancia, de brazos en alto y corazones por los suelos. Tiempo de silencio pero también de heroísmo, aunque esta vez sin testigos enojosos. «Aunque los extranjeros siempre hablan del heroísmo del Madrid sitiado, refiriéndose a la guerra civil, cuando son los españoles los que ahora hablan de su época heroica y de Madrid como ciudad heroica, no se refieren a la guerra civil de los años treinta, sino a los años cuarenta, a los años en que la ciudad se quedó absolutamente sola, los años en que los riesgos personales fueron mayores.»³⁴. Así escribe tres décadas después la norteamericana Barbara Probst Solomon, una de las escasas visitantes de aquel Madrid de la posguerra, cuya soledad era tanto más desesperada cuanto que muchos habían confiado secretamente en que al final de la guerra mundial cambiarían las tornas, gracias a una nueva solidaridad internacional que forzaría el vuelco de la situación política o al menos aliviaría la penuria eco-

nómica. (Es verdad que otros tenían entretanto presunciones muy distintas, que no se recataban en manifestar, como recuerda oportunamente Julio Caro Baroja: «Esto era por los años de los grandes desastres de franceses e ingleses, cuando no había una noticia buena para ellos y cuando la burguesía madrileña, en pleno triunfo del hitlerismo, celebraba estrepitosa y groseramente los actos más viles. Los que se han rasgado las vestiduras al hablar de los bombardeos de Berlín o de la catástrofe de Hiroshima, hechos terribles para cualquiera, hacían chistecitos sobre Coventry o Londres, con una falta de sensibilidad que escalofriaba»³⁵.) Pero la victoria final de los aliados no fue para nuestro país ninguna panacea, sino todo lo contrario: España no fue admitida en la ONU y el Plan Marshall sólo le sirvió a Berlanga de excusa mordaz para hacer una de sus mejores películas. Nunca se había sentido Madrid tan abandonada por el mundo, como pudo comprobar la joven Probst: «Cuando nosotras llegamos a Madrid, en agosto de 1948, la situación era de pesadilla. Las prisiones estaban llenas, no sólo de presos políticos acorralados al terminar la guerra civil en 1939, sino también de miembros de la oposición detenidos durante los años cuarenta. La intelectualidad era víctima de un doble telón de acero. Uno, impuesto por Franco, les impedía lanzar al exterior noticias de Madrid, o entrar en él noticias de fuera. El otro telón de acero, infinitamente más trágico debido a estar tan mal dirigido y a la vez obedecer a tan buenas intenciones, tenía a Madrid completamente aislado también. Todos los extranjeros que habían simpatizado con el bando republicano hicieron sencillamente lo peor que podían haber hecho: boicotearon individualmente a España. Mientras, la izquierda española se hubiese posturado de rodillas ante la presencia de cualquier extranjero»³⁶.

Uno de los pocos que se dignó venir fue Gerald Brenan, que había vivido en tierras de Granada y Málaga antes y al comienzo de la guerra. En 1949 aterriza en Madrid y observa con mirada crítica los cambios más llamativos en su fisonomía, desde el contraste hiriente entre las patas de palo de los mutilados y los flamantes coches americanos de los estraperlistas y prebostes del régimen, hasta la impresionante rapidez con que crece y se expande la ciudad. «Una de las cosas que más me asombran en Madrid es la cantidad de edificios que se han construido desde la guerra civil. Por todas partes se ven nuevas casas de pisos, bloques de oficinas y ministerios, la mayoría de gran tamaño. En el extrarradio de la ciudad han brotado suburbios enteros de nueva planta, con edificios de cinco o seis pisos. Hay que buscar mucho para encontrar algún resto de las ruinas de la guerra.»³⁷ Pero este desarrollo inmobiliario era un síntoma engañoso de la situación económica, que acusaba los desastrosos efectos de la autarquía impuesta a España por su exclusión

de la escena internacional. A Brenan no se le oculta la otra cara de la moneda: «No se puede contemplar el tamaño de Madrid ni el tren de vida que impera en ella sin cierto recelo. (...) La caída de los salarios reales en el campo está forzando a los trabajadores agrícolas a emigrar a las ciudades, mientras que el dinero fresco procedente del mercado negro entra a espuestas para ser derrochado, a la manera española, en el lujo y la disipación. A todo esto hay que añadir el aumento de las buesates de la burocracia»³⁸.

La inmigración y la consiguiente escasez de viviendas constituirán uno de los principales problemas que deberá afrontar Madrid en las décadas siguientes, y la respuesta del régimen (primero mediante la actuación oficial, y a partir de los años sesenta dando vía libre a la iniciativa privada) determinará a la postre el espectacular y caótico crecimiento de la ciudad en la segunda mitad del siglo. Las nuevas «colmenas» del extrarradio madrileño no pasarán desapercibidas a los viajeros, pero será sobre todo la megalomanía de los edificios públicos lo que provoque su repulsa. Brenan ironiza sobre el nuevo Ministerio del Aire, monumental remedo de El Escorial «construido para una nación que no tiene un solo avión moderno»³⁹. Otros insistirán en el lamentable «sudamericanismo» del nuevo Madrid, pero sólo los más lúcidos y viejos conocedores de la ciudad sabrán apreciar que el fenómeno se remonta en realidad a los años veinte. Por ejemplo el también inglés V. S. Pritchett, que en 1952 escribe: «En los últimos veinticinco años, y especialmente bajo el régimen franquista, Madrid se ha entregado de lleno a un alarde arquitectónico. Ahora forma parte de un grupo exuberante de ciudades meridionales, como Barcelona, Génova y Milán. Esta expansión ha sido fomentada por la megalomanía fascista y el mal gusto, pero había empezado mucho antes de Franco. Como provincianos ambiciosos, los españoles se han dedicado en arquitectura a erigir una fachada de modernidad»⁴⁰. Tampoco a Pritchett se le escapa lo que hay detrás de esa fachada, que después deslumbrará a muchos viajeros apresurados: «El alarde edificador de la dictadura se manifiesta en los enormes y feos monumentos públicos, los rascacielos, las pretenciosas plazas y bloques de los nuevos ministerios, casi todos los cuales están inacabados, con las obras interrumpidas desde hace años, por lo que ya no tienen siquiera el mérito de dar empleo. Se ha acabado el dinero y nadie se atreve a calcular cuánto se ha colado por el sumidero de los cohechos políticos y contractuales. Las clases más pobres miran estos edificios con cinismo y amargura»⁴¹.

En este sentido Brenan y Pritchett son viajeros excepcionales, y su testimonio resulta precioso para la historia del género que nos ocupa, porque vinieron a Madrid cuando pocos extranjeros lo hacían y supieron ver la reali-

ciudad que ocultaban las apariencias y la retórica triunfalista del régimen. No obstante, cabe decir que ni siquiera ellos percibieron plenamente los aspectos más sombríos y chocantes de la vida madrileña de la época, pues como forasteros que eran les resultaba muy difícil penetrar en ambientes tan sórdidos y herméticos como los poblados de chabolas, los cenáculos literarios o los antros nocturnos, por poner tres ejemplos dispares. Quien quiera hacerse una idea fiel de la atmósfera opresiva de aquel Madrid, «un Madrid aún sujeto a racionamiento, de poco más de millón y medio de habitantes, surcado por autobuses de dos pisos y tranvías amarillos, apenas interrumpido su tránsito por el aluvión de los semáforos»⁴², hará bien en acudir a los autores españoles que la conocieron de cerca, como Carmen Martín Gaité, a quien pertenecen las líneas citadas. Hablando de sus amigos de entonces, casi todos escritores (la generación que hoy llaman «del medio siglo»), dice esta madrileña adoptiva: «En gran parte venían de provincias, veníamos, porque a pesar del secano cultural de la España de postguerra seguíamos soñando con las grandes ciudades, de la misma manera que muchos campesinos, víctimas de la miseria rural, esa gente marginada de la periferia que puebla los relatos de Ignacio Aldecoa, acariciaban también el sueño de que en Madrid les esperaba un porvenir mejor. Se hablaba mucho del porvenir, tal vez para conjurar las sombras del pasado, una palabra que hipotecaba el gozo del presente, que exaltaba la condena bíblica de «ganarás el pan con el sudor de tu frente» y que se oía a troche y moche»⁴³. Y esperando el porvenir (título del libro de Martín Gaité) se les fue la juventud a aquellos niños de la guerra, no sin que algunos nos dejaran valiosos testimonios literarios sobre Madrid que hoy día, considerados retrospectivamente, parecen imprescindibles para completar la imagen fragmentaria y parcial que nos ofrecen las escasas fuentes extranjeras de la época. Como los propios cuentos madrileños de Aldecoa, o El Jarama de Rafael Sánchez Ferlosio, o Las noches del Espíritu Santo de Alfonso Sastre, o Tiempo de silencio de Luis Martín-Santos (que contiene la que quizá sea la mejor definición de Madrid escrita en este siglo⁴⁴), o, en fin, Madrid en otoño hacia 1950 de Juan Benet.

Sin embargo, pese a la opresión y la miseria de aquellos años, sería erróneo pensar que la impresión que se llevaban los visitantes de la ciudad era necesariamente desfavorable. Aunque «Madrid aparecía abrazado por una franja continua de chabolas»⁴⁵, los viajeros no solían alejarse mucho del centro, y en general, lo que allí veían les gustaba y sobre todo les estimulaba. Entonces como ahora, la legendaria animación de la ciudad, la vivacidad de sus habitantes y la exuberancia de sus formas de ocio actuaban como un sano revulsivo en los extranjeros procedentes de países más ricos y cultos, pe-

ro sin duda menos vitales. Al final de su viaje, después de pasar revista a las lacras de la nación, exclama Brennan: «Pero aun así, ¡qué ciudad tan espectacular es Madrid! El sentido moral puede verse frecuentemente agredido por el contraste entre riqueza y miseria, pero la sensación de vida le estimula a uno, mal que le pese»¹⁶. Más abajo desarrolla por extenso esta idea: «Madrid, a diferencia de Londres, es una auténtica capital. Esta inmensa tierra árida y polvorienta, con su pobreza y su tedio y sus problemas insolubles, ha vomitado una ciudad espléndida, espaciosa y enteramente hecha para la vida humana. Aquí todo el mundo tiene dinero o aparenta tenerlo. Las tiendas están llenas de alimentos lujosos, cada dos pasos te encuentras con un café o un bar tentador, las calles y los parques están llenos de gente que parece no tener nada más que hacer que pasearse. Todo lo que podría recordar a los habitantes de esta ciudad que su tierra es pobre, sus pueblos miserables y sus campesinos visten harapos y pasan hambre se hace desaparecer. La vida es para lucirse y divertirse. La juventud es la edad para gozar. No ha de permitirse nada que recuerde la crudeza de la situación nacional»¹⁷.

A lo largo de los años cincuenta, con la progresiva afluencia de visitantes, se va afianzando cada vez más esta imagen de Madrid como ciudad entregada al lujo y al placer. Imagen dislocada si se quiere, y sin duda un tanto arbitraria, pero no por ello menos recurrente en los relatos de los viajeros, que describen una y otra vez con franca admiración el espectáculo del paseo vespertino, la elegancia de los atuendos que se ven por la calle, la pulcritud y urbanidad de las maneras, la voluptuosa costumbre del tapeo y, en fin, la pléttica ansia de diversión de la población madrileña. Ya Brennan había reparado en que en Madrid se veían muchos más cines que iglesias: «En ningún otro país de Europa existe una pasión semejante por el cine»¹⁸. Pocos años después, el francés André Villeboeuf refleja el ritmo trepidante que empezaban a tener las diversiones públicas: «Desde muchos puntos de vista Madrid se ha modificado. Con la animación de sus bulevares, la congestión de sus calles, el número de sus teatros, salas de fiesta, cines, con la agitación de una circulación automovilista que se abre paso a toques de claxon, ha llegado a ser, como todas las grandes capitales, una ciudad bastante hermética, que tarda en entregarse»¹⁹. Por la misma época, el inglés H.V. Morton hace hincapié en la pulcritud de los mercados: «Hay una extraordinaria pulcritud y precisión en los españoles, en su forma de vestir, en sus maneras y en su famosa cortesía. Difícilmente cabría esperar que esta pulcritud y esta precisión se extendieran a los mercados callejeros, pero así es. En la mayoría de los países los mercados son un caos ruidoso y sucio donde la comida se amonтона de cualquier manera en los puestos y se vende a gritos y chillidos. Pero

ocultos en las calles laterales de Madrid están los mercados más decorosos y hermosamente ordenados del mundo. Son el tipo de mercado ideal que uno puede ver en un ballet o en una comedia musical⁵⁰. Y hacia el final de la década, la divina Ava Gardner (que no en vano había elegido nuestra ciudad para vivir) se muda de La Moraleja a Doctor Arce para estar más cerca de la vida nocturna: «Lo que realmente me encantaba era Madrid. ¡El condenado lugar tenía vida! Las estrechas calles estaban llenas de viejos bares con tapas en la barra y jamones colgados de las vigas, sitios que vibraban con el sonido de las guitarras, las castañuelas y el baile flamenco. Si sabías arreglártelas, las noches no tenían fin⁵¹.

No deja de ser curioso cómo esta imagen, que tiene raíces en la época romántica, se fue estilizando hasta convertirse para algunos en una especie de decorado hollywoodiense (por ejemplo, el de las escenas madrileñas de *La condesa descalza*, rodadas en 1954, que sólo la brillante interpretación de Ava en el papel de María Vargas pudo hacer mínimamente verosímiles). Así, esa comedia musical que a Morton le recordaban los mercados de Madrid parece también el escenario ideal del que proceden las damas, los caballeros y hasta los cabarets que en 1958 evoca el norteamericano Donald Mackenzie: «Según mis recuerdos, Madrid es una ciudad espaciosa llena de dignidad. Una ciudad de calles floridas donde los restaurantes se niegan a tender un mantel antes de las nueve y media de la noche y donde los cabarets son, sin duda, los mejores y más baratos del mundo. (...) Una ciudad de hombres bien vestidos y mujeres vistosas, de cuero repujado, sedas y perfumes caros. Una ciudad donde los hombres escuchan con grave cortesía al extranjero que trata de hacerse entender en español⁵².

Frente a esta imagen idealizada, otros viajeros con vocación de aguafiestas (o quizá no tan aficionados a las comedias musicales) se empeñan en subrayar la cruda realidad madrileña de la época. Como el periodista inglés Ray Alan, que ya en los años sesenta nos recuerda cómo «incluso después de la represión de la posguerra, cuando empezó a crecer el flujo de turistas, la policía expulsaba a la gente mal vestida de las avenidas principales de Madrid para que los extranjeros no se formaran una mala impresión del régimen⁵³. O el mismo Pritchett, que nada impresionado por «las grandes salas de cine, con sus inmensos carteles melodramáticos», señala oportunamente el férreo yugo que atenazaba al mundillo literario y del espectáculo: «La vida intelectual está ciertamente eclipsada, y la sociedad literaria está tan saturada de rumores maliciosos y escándalos que no cabe sino indicar crudamente las razones evidentes: la censura política y eclesiástica. La primera no se considera tan dañina como se podría suponer, pues España está políticamente

exhausta; la censura clerical es otra cuestión. Produce una viva aversión en todo el mundo, pues es tan burda como la censura en Irlanda⁵⁴. O el poeta Jaime Gil de Biedma, que en 1956 viene, ve y se va llerándose una displicente impresión de la ensimismada intelectualidad capitalina: «En Madrid, que cada vez me gusta menos: despide un especial tufillo a pueblo y Corte. Lo mismo que en Roma, aunque a otro nivel, uno se descubre contemporáneo del ancien régime. Estancia relámpago. Aquí todos están igual, y eso me deprime. Pesimismo ingenioso. O quizá todos están demasiado absortos en la mandarinesca vida matritense para pensar en nada más⁵⁵. O, en fin, la mismísima Ava Gardner, que tras doce años de residencia en Madrid expone con toda franqueza una de las razones (las otras fueron su vecino Perón y el fisco) que le hicieron trasladar su domicilio a Londres: «Para empezar, allí no funciona nada. Da igual quién seas o el dinero que tengas, el caso es que no puedes encontrar un teléfono que funcione como es debido. Dudo de que la propia duquesa de Alba tenga un rerete que funcione bien⁵⁶».

Llegamos así a los años sesenta, época de grandes cambios en el mundo y también en Madrid (porque «la realidad se hace sentir hasta en España⁵⁷», como poco antes había escrito Gil de Biedma sin ánimo aparente de ironía). Para los extranjeros, que empiezan a llegar en masa, estos cambios se resumen básicamente en el progreso económico, cuyas manifestaciones inmediatas son sin duda lo más llamativo de la «década prodigiosa» en nuestro país: la afluencia de bienes de consumo, el auge de la industria y, una vez más, la transformación urbanística. «En el propio Madrid el cambio ha caído como una masa de hormigón», observa gráficamente la inglesa Jan Morris, «pues los rascacielos dominan ahora el centro de la capital, e inmensos complejos residenciales, milla tras milla, barriada tras barriada, están extendiendo los límites de la ciudad cada vez más lejos de la meseta⁵⁸». Aunque data de 1978, el pasaje podría haber sido escrito diez o veinte años antes, porque Madrid llevaba ya varias décadas desparramándose sin orden ni concierto por la ancha meseta. En realidad, más allá de este horizonte de hormigón erizado de antenas, lo que tardaron en percibir y aceptar los viajeros fueron las profundas transformaciones sociales y de costumbres que trajo consigo el despegue económico. Los sesenta son por supuesto los años del desarrollismo a ultranza y de la invasión turística, el comienzo del reinado popular del seiscientos, la televisión y los electrodomésticos; pero también es la época en que alcanza la mayoría de edad la primera generación de españoles que no vivieron la guerra, los años de las revueltas estudiantiles, la «nueva ola» y la moda ye-yé, y naturalmente los años de los Beatles, máximos representantes de un nuevo tipo de viajeros (las estrellas del pop en gira) que también vinieron a Madrid.

De los Beatles a los Rolling Stones

Los Beatles tocaron en la plaza de toros de Las Ventas, ante unas doce mil personas, el viernes 2 de julio de 1965. Era el lugar ideal para que Lemon saliera a escena con su sombrero cordobés (en Barcelona bajaron del avión tocados los cuatro con sendas monteras), pero antes, como dictan las normas taurinas, hubo que pedir permiso a la autoridad competente, y no fue fácil obtenerlo. El ministro de Gobernación, general Camilo Alonso Vega, hizo todo lo posible para evitar que se celebrara el concierto, y al parecer sólo cedió a última hora ante la persuasión del gobernador civil de Barcelona, coronel Antonio Ibáñez Freire, quien argumentó que «su Graciosa Majestad y el resto de la familia real británica simpatizaban con los cuatro chicos de Liverpool, que todo el mundo sabía de ellos y que prohibir las actuaciones tras haber sido nombrados Caballeros de la Orden del Imperio dejaría a nuestra nación en el más espantoso de los ridículos»⁵⁹. El ABC, alarmado desde hacía tiempo por el «gamberrismo delincuente» de una «juventud quemada» y «rebelle sin causa», y espantado ahora de la «plaga de escarabajos musicales»⁶⁰ que nos enviaba la pérfida Albión, hizo su propia campaña demigratoria contra aquellos ridículos melemidos (y por ende afeminados) que tantos desórdenes morales podían causar en nuestra ya disoluta juventud. Por su parte, las autoridades tampoco estaban dispuestas a tolerar que se perturbara el orden público, por lo que ya desde el acceso a la plaza se tomaron las medidas pertinentes: «La policía, organizada en cordones y en patrullas a caballo, controlaba la situación reprimiendo a los demasiado entusiastas o deteniendo de modo provisional e impidiendo la entrada al concierto a los de aspecto dudoso»⁶¹. Pero aun así, ¡qué noche la de aquel día! Los Beatles encandilaron a la audiencia, como muestran en las fotos las caras de arrobó de aquellos presuntos gamberreros rituperados por el ABC, que en realidad eran chicos y chicas con un aire estudiantil de lo más modosito (ellos con pelo corto y corbatas finas, ellas con cardados o coletas e ingenios vestidos estampados). Para muchos de aquellos jóvenes, el concierto fue el primer atisbo que tuvieron del mundo exterior, un mundo que por fuerza debía antojárseles más feliz que el del ruedo ibérico, puesto que de él venían seres tan fabulosos como John, Paul, George y Ringo (sin olvidar a Ava, que también estaba allí); y lo que nadie acertaba a explicarse eran las razones que podían justificar la feroz represión policial del evento. «A todo el que se le ocurría levantarse de su asiento, lo cogían y lo metían en un camión. Se llevaron a unos trescientos... y los muchachos no habían hecho nada»⁶², recuerda el promotor Francisco Bermúdez. Incluso después del concierto se vivieron en las calles de Madrid

escenas de tensión y violencia, como la que se le quedó grabada en un pasillo del metro a la adolescente Rosa Montero: «Pasaron a mi lado, desdeñándome a no dudar por ser muy cría, y les vi atizar leña cual posesos, brear las espaldas juveniles, organizar su guerra particular contra los Beatles, o contra lo que los Beatles suponían: tímidas rebeldías personales, flequillos contestatarios, indefinida hambre de cambio. Fue la primera vez que vi a los «grises» en acción»⁶³. «Con un solo guardia más hubiéramos tomado Gibraltar»⁶⁴, fue el comentario de Edgar Neville.

Si nos hemos detenido en aquella noche memorable es porque la reacción del régimen a la visita de los Beatles resulta muy significativa para entender el momento histórico que vivían el país y su capital, y también los testimonios de los viajeros que a partir de entonces escribieron sobre Madrid. En el programa fundacional de las JONS de 1931, los fascistas españoles propugnaban ya el «examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical»⁶⁵. Durante los Veinticinco Años de Paz pomposamente conmemorados en 1964, el régimen había mostrado gran diligencia en el cumplimiento de ese propósito (con algunas concesiones pragmáticas al amigo americano), pero a partir de 1956 le había sido cada vez más difícil, y en la «aldea global» de los años sesenta empezó a perder los papeles. El concierto de los Beatles en Madrid fue uno de los síntomas inequívocos de que los tiempos estaban cambiando: aunque muchas cosas seguían siendo parecidas, ya nada iba a ser igual. La represión de aquella jornada sólo se explica como una muestra patética de la impotencia del franquismo para hacer entrar en rereda a la nueva generación, que empezaba a tener sus propios gustos y algunas ideas claras sobre el futuro que quería. Los ideólogos del régimen no entendieron que la televisión, el turismo o la música pop no sólo podían ser «perniciosos» para la moralidad de los jóvenes, sino que anunciaban ya el crepúsculo de la dictadura. Tampoco lo entendió la mayoría de los viajeros, impresionados por la severidad de la represión y el poder de la Iglesia, escarmentados por la mojigatería de las costumbres y en general reacios a admitir que en el país estuviera cambiando algo, aparte del nivel de vida. Después de cinco lustros de franquismo, la diferencia de España les parecía ya inapelable, consagrada además como estaba por la reciente campaña de promoción turística cuyo lema —Spain is different—, amén de una peregrinada, era sin duda una forma muy astuta de vender la imagen del país en el extranjero, adaptando a los tiempos, por mor de los ingresos en divisas, el rancio espíritu aislacionista y xenófobo de la posguerra. Pero aunque los esfuerzos de la Dirección General de Turismo se vieron «coronados por un éxito pasmoso»⁶⁶, no deja de ser chocante (y a la postre esclarecedor) que

aquel lema se lanzara a los cuatro vientos precisamente cuando España estaba dejando de ser diferente a pasos acelerados.

En general, los libros sobre Madrid escritos en los años sesenta se refieren con creciente insistencia al «milagro económico» español, pero son pocos los autores que consiguen superar su ofuscación política o —como ya había ocurrido en la época de entreguerras— su dependencia de los tópicos costumbristas a la hora de describir coherentemente lo que ven. La metáfora con que Jan Morris diagnostica «que la economía se ha adelantado a la política en España, y ha introducido el cambio por la puerta de servicio»⁶⁷ resulta en este sentido muy sugerente, pues los viajeros no suelen molestarse en visitar las dependencias de la servidumbre. Ray Alan, por ejemplo, recoge sus datos en embajadas, tertulias de café y casas de ricos burgueses, por lo que su visión de Madrid termina siendo un tanto sesgada. Así, aunque habla pertinentemente del pluriempleo, «una de las instituciones españolas más pujantes»⁶⁸, luego presenta como paradigma del pluriempleado a la figura castiza del sereno; aunque diserta con alardes eruditos sobre «el alto nivel de elegancia y acicalamiento que se exigen los españoles en público»⁶⁹, no hace la menor referencia a la moda juvenil, que ya por entonces (1969) empezaba a ser llamativamente distinta de la adulta; en fin, tras deplorar el sometimiento mahometano de nuestras mujeres y asombrarse de la separación de sexos en una piscina (la de «un club católico», por más señas), sólo al final reconoce a regañadientes que «las prohibiciones del puritanismo español se están viniendo abajo»⁷⁰. Más completo y verosímil parece el panorama descrito por el norteamericano James A. Michener, que contrapone minuciosamente el Madrid de los años cincuenta, cuando la policía «estaba alerta ante cualquier exhibición de modernismo, como faldas cortas para las mujeres, o apretones de manos entre las parejas, o trajes demasiado llamativos en los hombres», al de la década siguiente, «en el que los jóvenes enamorados se besan en público, las chicas visten más o menos como les da la gana, y las únicas mujeres que se toman la molestia de cubrirse la cabeza para entrar en las iglesias son las protestantes norteamericanas, ansiosas de no llamar la atención»⁷¹. Resumiendo su impresión ante estos y otros muchos contrastes, concluye Michener que «es difícil creer que la transformación ha tenido lugar en menos de una década»⁷².

En lo tocante a espectáculos públicos, tanto Alan como Michener siguen la tradición de hablar de los toros, pero ambos introducen un nuevo tema genérico al describir la diversión que les parece más acorde con el gusto popular de la época: nos referimos por supuesto al fútbol, que ya por entonces era en España «el deporte rey». Mientras el británico Alan se hace eco del tó-

pico periodístico de «declarar al comienzo de cada temporada que el toro está en decadencia y que el fútbol lo está matando»⁷³, el estadounidense Michener indica las razones que a su juicio explican el éxito de «este frenético deporte»: «Es internacional, es moderno, se juega al aire libre y es bueno para los niños, entre otras razones porque se puede jugar sin gastar casi dinero»⁷⁴. Y del mismo modo que al hablar de toros en aquellos años era obligado mencionar a Manuel Benítez «El Cordobés», hablando de fútbol ambos autores no pueden sino referirse admirativamente al Real Madrid, aunque no tanto al simpático «Madrid ye-yé» o «Irrreal Madrid» de los sesenta como al glorioso Real de la época inmediatamente anterior: «Durante una serie de emocionantes años el «Real Madrid» ha demostrado ser el mejor equipo del mundo»⁷⁵, dice Michener, mientras que Alan recuerda el carácter emblemático que llegó a tener fuera de nuestras fronteras el primer equipo de la capital, aquel Madrid que «se convirtió en el símbolo de España para los televidentes de toda Europa»⁷⁶. Como última muestra de la importancia que empezaba a darse al fenómeno futbolístico, cabe decir que Michener, a diferencia de tantos viajeros que nos habían contado una corrida, nos cuenta ahora un típico Madrid-Barça.

1969 es también el año en que vuelve por primera vez a España desde su exilio mejicano el escritor Max Aub, cuyo testimonio puede encuadrarse dentro de una corriente evocadora que emerge con pujanza en el género. Debido quizá a la magnitud y celeridad de los cambios que se habían producido en Madrid desde la guerra, y sin duda también a la facilidad cada vez mayor del viaje, que les permitía menudear sus visitas, a partir de la mitad del siglo los viajeros empezaron a utilizar en sus libros el recurso de describir la ciudad presente en contraposición a la que antaño habían conocido. Este nuevo tema recurrente, formulado con mayor o menor explicitud, aparece en autores como Pritchett, Villeboeuf, Epton, Michener, Alan, Morris, Semprún, Arroyo, Viola y Hopkins, es decir, buena parte de los que componen nuestra antología desde la época indicada. Ahora bien, aunque casi todos sazonan el guiso de su memoria con el aliño agrídulce de la nostalgia, ninguno añade las dosis de amargura y denuncia moral con que Max Aub anatematiza la realidad española de 1969: «La gran tristeza para los que todavía conocimos una España esperanzada fue precisamente la pérdida de la esperanza. Pero no queréis comprender que se ha perdido porque, en parte, se ha realizado lo que queríais: la gente vive mejor pero, sobre todo, ve el camino para llegar a ello sin pasar por el sueño de la revolución. España ha dejado de ser romántica: ya no es la de: ¡Victoria o muerte!, o, si quierres, la de: ¡No pasarán!, sino la de la mediocridad o mediocricidad mejor o

peor, es la España del refrigerador y de la lavadora; la vieja de pan y toros, del fútbol y la cerveza”⁷⁷. Esta negra visión, común a otros exiliados, refleja con claridad un hecho cada vez más patente en aquel país en pleno desarrollo: decir que España había dejado de ser romántica es tanto como decir que ya no era esencialmente diferente de los demás países de Europa, pues nuestra diferencia fue en buena medida una invención, o si se quiere un descubrimiento, de los viajeros románticos. La mediocridad de la que habla Max Aub, observada sin las anteojeras políticas que ofuscan al escritor, no es más que la normalidad europea de los años sesenta, que a España llegó con cierto retraso en el plano económico y social y con bastante más en el político. Una normalidad que a los españoles nos costó bastantes esfuerzos, y por la que sin duda tuvimos que pagar un elevado tributo moral que hoy tiende a olvidarse con necia inconsciencia, pero que Aub nos recuerda con oportuno sarcasmo: «España se ha vuelto colonia. En parte colonia norteamericana y en otra una enorme colonia de vacaciones. Pero, de hecho, una colonia hispanoamericana. Se ha transformado en lo que llevó a cabo durante siglos en tierras de América, con la ventaja de haber conquistado un país con cierta cultura, de algún nombre. No que hayan llegado los sur o centroamericanos, estandarte desplegado y cruz alzada, pero nos hemos vuelto adictos a la mordida, como decís en México, a la desvergüenza, a la ignorancia, al enriquecimiento simoníaco. Antes éste era un país decente. Ahora los europeos han alquilado la costa del Mediterráneo, la han desfigurado a fuerza de rascacielos y la gente, ellos y nosotros, felices, rascándose el ombligo o la espalda con una miniatura»⁷⁸.

(Qué lejanos parecen ya los tiempos en que los viajeros franceses e ingleses se asombraban de que los mendigos madrileños, pobres de solemnidad como eran, mostrasen tanta dignidad envueltos en sus harapos como el banquero más opulento de Londres o París, donde la nobleza de una persona se medía estrictamente por la cuantía de su capital. Qué lejanas ya las sinceras alabanzas de George Borrow al descubrir en el carácter español «un sentimiento de altiva independencia que roba la admiración»⁷⁹. Qué lejano incluso el testimonio de entreguerras de Aubrey Bell: «El ciudadano más humilde de Madrid tiene un agudo sentido de su dignidad e importancia. El barrendero carga su carro con el aire de un príncipe disfrazado...» La España colonizada de Max Aub, aun con sus tintas recargadas, nos resulta mucho más familiar, más cercana en su indecencia a la que hoy nos toca vivir, como ilustran cumplidamente los «chiringuitos financieros» de finales de los ochenta y la serie interminable de escándalos por corrupción que han sacudido al país a principios de los noventa.)

Con los libros de viajes por España publicados en la década de 1970 ocurre un poco como con la música pop en Madrid, que a finales de los años sesenta pierde brío, variedad y calidad hasta eclipsarse prácticamente en los primeros setenta, apabullada por la competencia de la pujante «canCIÓN protesta» del periodo que precede a la muerte de Franco. Del mismo modo que los cantautores se aumaron con su audiencia «progre» en la lucha final contra la dictadura, y al desdeñar cualquier estilo que no tuviera un mensaje contestatario explícito contribuyeron apreciablemente a empobrecer nuestro panorama musical, también los viajeros de la época parecen perder la inspiración literaria o incluso el interés por Madrid, con lo que se inicia un bache en el género que durará hasta bien entrados los años ochenta. En las pocas obras aparecidas en este periodo se advierte un bajón de tono con respecto a las décadas anteriores, quizá porque —como hemos apuntado— la normalización gradual de la vida española iba desluciendo el atractivo que tenía la capital para los extranjeros. Por otra parte, el crecimiento anárquico de la ciudad, el agobio progresivo del tráfico y las tropelías urbanísticas de los años en que fue alcalde Arias Navarro (como el famoso Scalextrix de Atocha) hicieron de Madrid un lugar cada vez más inhóspito y desabrido para sus habitantes, mientras la ostentación y la vulgaridad que siempre acompañan a la riqueza reciente destruían el encanto de muchos rincones y ambientes urbanos.

Así, en 1972 Julio Caro Baroja, tras evocar la ciudad de su infancia, corte tambaleante de una vieja monarquía «donde se oía cantar a los grillos y a los ciegos», explica contundentemente por qué no le gusta este Madrid: «Lo que ya apuntaba entonces se ha multiplicado después: los bancos, las grandes avenidas, los ensanches, los nuevos ministerios, la aglomeración de motos, de autos y de autobuses malolientes, me produce asco desde el punto de vista estético y repulsión considerado desde otro punto de vista. No soy un castizo, un madrileñista cultivador del tipismo. Pero creo que si Madrid ha tenido genio no es ahora con su aspecto de ciudad sudamericana, sino cuando era un lugarón y corte a la vez²⁰¹. Ya hemos visto cómo muchos viajeros de la segunda mitad del siglo, a los que tampoco se puede tildar de casticistas, comparten esta nostalgia de don Julio por el Madrid desaparecido. Más abajo, el contraste entre la sugestiva pobreza de antaño y la insulsa opulencia del presente le hace arremeter de nuevo contra la ciudad de los años setenta: «Cuando algunas veces tengo que ir calle de Serrano arriba, o por la Castellana hasta la altura del Museo de Ciencias Naturales, siento una gran melancolía, recordando el hipódromo de mis años de bachillerato, los alrededores del canalillo con su arboleda, los hotelitos sórdidos y un poco sinties-

tros que había cerca, con aire de «casas del crimen». Porque todo aquello tenía, dentro de su pobreza y cochambre, un carácter dramático y lo de aborrecido es ostentoso, chabacano y sin interés alguno. Las casas, los edificios públicos y los paseos dan la impresión de que no pueden contener más que a gentes insolentes y ansiosas. Era mejor un Madrid con descuidados, prostitutas y cesantes, pero también con aristócratas, escritores y artistas de personalidad acusada que éste de los motoristas lectores de diarios deportivos, de revistas humorísticas y de burócratas y con aire satisfecho»⁸¹.

Ni siquiera con la muerte de Franco y los primeros años de la transición parece recibir el interés de los viajeros por nuestra ciudad. Jan Morris, tras recordar el simbolismo universal que tuvo Madrid en la década de 1930, cuando estuvo «en el centro mismo de las preocupaciones del mundo», resume cabalmente en 1978 las razones de esta indiferencia: «Hoy en día no nos ofrece ningún modelo de esperanza o advertencia. Su ejemplo no enardece a nadie. Para el mundo exterior el futuro de Madrid tiene muy poca importancia. Ya no es una de las capitales arquetípicas, y contribuye poco a las grandes cuestiones que hoy consideramos candentes: cuestiones de moralidad, diplomacia o estrategia que apenas afectan a esta metrópolis periférica. Sus gustos son los que estaban en boga en París, Londres o Nueva York el año antepasado. La música pop de ayer resuena en sus calles. Su arte es en gran medida derivado, y los únicos programas realmente originales que dan en su televisión son las corridas de toros. Apenas hay un solo edificio moderno notable en Madrid»⁸².

El hecho de que los Rolling Stones no se dignaran tocar en Madrid hasta 1982 parece corroborar el testimonio de Morris, al menos en el ámbito musical. No obstante, los dos multitudinarios conciertos que en julio de aquel año dieron en el Vicente Calderón, aparte de saldar una vieja deuda con los aficionados, se interpretaron en la capital como un signo de los nuevos tiempos que se acercaban para el país, cada vez más presente en la escena mediática internacional (los conciertos coincidieron con la final del campeonato mundial de fútbol) y en vísperas de emprender el tramo final de su largo camino hacia la integración europea (las elecciones generales de octubre dieron el poder a los socialistas, que serían quienes la llevaran a buen término). Pero en los años anteriores a la visita de los Rolling se había producido en Madrid un fenómeno cultural de singulares características que, aunque tardó bastante tiempo en llamar la atención de los viajeros, se convertiría a la postre en el rasgo dominante de la imagen de nuestra ciudad en la prosa de viaje de los años ochenta. Nos referimos a la llamada «morrida» de Madrid, fenómeno difuso en sus orígenes, precario en su desarrollo y tergiversado en sus

postrimerías, pero aun así de indudable trascendencia para el género que nos ocupa.

El mito de la «movida» madrileña

Para empezar hay que distinguir entre el propio fenómeno y el mito al que dio origen: cronológicamente, el primero duró apenas un lustro —de 1978 a 1983—, mientras que el segundo se prolongó hasta el final de la década. A mediados de 1978 empezó a percibirse una inusitada actividad creativa en determinados ambientes musicales de Madrid (grupos de aficionados, conjuntos y promotores en ciernes, alguna emisora de radio) cuyo carácter informal los situaba al margen del interés de la industria discográfica, pero también permitía a sus integrantes disfrutar de una gran libertad de ideas y movimientos. Esta actividad cristalizó al año siguiente en la aparición de una pléyade de conjuntos pop, más o menos influidos por el punk y la new wave entonces en boga en Inglaterra, que no tardaron en irrumpir briosamente en el rudimentario circuito capitalino de locales de música en directo. Tanto estos grupos como su incipiente audiencia tenían pocos pero vistosos rasgos en común: su tierna edad, su aspecto llamativo para la época (el pelo más corto de lo que se estilaba, la ropa más cuidada y a un tiempo extravagante) y sobre todo su actitud, que podía parecer provocativa pero era simplemente lúdica y desenfadada. Los efectos rerulsivos que iba a tener esta actitud, más que a su novedad, se debieron a su clara tempestividad, pues el fenómeno hizo eclosión en el momento y el lugar idóneos. Cabe decir que la juventud madrileña estaba un poco harta del pasado inmediato y ansiosa por vivir el presente estimulante que le había tocado en suerte: harta por igual del franquismo y el antifranquismo, de la represión del régimen y la retórica redentora de la izquierda, de las canciones con mensaje, la estridencia machacona del heavy metal y el trillado repertorio sudamericano de los progres. La gente quería divertirse sin más, sin pretextos ideológicos ni trabas policiales, y eso es precisamente lo que le ofrecían aquellos grupos, cuya frescura y desparpajo en escena eran fiel reflejo de los nuevos aires de tolerancia democrática que empezaban a respirarse en Madrid.

Durante algún tiempo el fenómeno tuvo un ámbito de expansión bastante exiguo, limitado como estaba en sus manifestaciones a unos cuantos locales nocturnos, conciertos improvisados en recintos estudiantiles y muestras esporádicas de ataríos chocantes en la calle. En cierto modo parecía una moda juvenil más, encauzada como tantas desde Elvis a través de la música.

pero con la diferencia de que esta moda era autóctona, no importada, genuinamente madrileña y espontánea en sus orígenes, y algo más que una moda en sus pretensiones. Porque estos «modernos» —como al principio los llamaron— pretendían recuperar la variedad musical de los años sesenta, obviamente enriquecida por las tendencias de los ochenta, pero sobre todo el espíritu festivo que tuvo aquella década en otras latitudes, y que a duras penas se dejó sentir también en nuestra capital: se trataba en definitiva de vindicar para Madrid la libertad creativa de la «década prodigiosa» y, en consecuencia, la normalidad recreativa que habían logrado las nuevas generaciones del mundo occidental desde los tiempos de los Beatles. Fue precisamente esa normalidad, que ya apuntaba en 1978 cuando nos visitó Jan Morris, la que proclamaría la juventud madrileña de forma tan insolente y clamorosa durante los años siguientes.

No tardó la nueva moda en tener seguidores de mayor edad y variada ocupación artística o intelectual, aunque en su fase de expansión les pasó completamente desapercibida a cronistas y viajeros. Poco a poco se fue propagando a través de la radio y los fanzines, empezaron a hacerse famosos los intérpretes, se abrieron nuevos locales orientados a este público, afloraron manifestaciones del mismo espíritu en otros medios artísticos (cine, fotografía, pintura, cómic), y finalmente la prensa y las autoridades tomaron cartas en el asunto. A algún periodista castizo se le ocurrió bautizar el fenómeno con el nombre un tanto vulgar de «movida», nombre que hizo fortuna rápidamente en todo el país y que no tardaría en cruzar nuestras fronteras. Otros empezaron a hablar de «tribus urbanas» para referirse a aquellos jóvenes que no sabían cómo clasificar, y hasta acuñaron expresiones tan cómicamente hiperbólicas como «templo de la movida» para designar la sala de conciertos más en boga por aquellos años. Las autoridades, por su parte, encarnadas en la figura venerable del alcalde Enrique Tierno, supieron utilizar la gran energía desencadenada por el fenómeno para dar nuevos aires a la política municipal de cultura y espectáculos, y sus esfuerzos por «enrollarse» y estar «al loro», por patéticos que fueran a veces, cayeron como agua de mayo sobre una ciudad que siempre ha aprovechado ávidamente cualquier ocasión que se le brinda de pasarlo bien. De este modo, el fenómeno llegó a ser de masas en sus postrimerías, y bien puede decirse (parafraseando al ingenioso traductor de Hemingway) que por aquellos años Madrid era una fiesta.

Fue entonces —es decir, hacia 1983— cuando empezó a cobrar fuerza el mito de la «movida» madrileña, jaleado por los medios de comunicación con la ayuda más o menos interesada de los rancios mandarines de nuestra intelectualidad. El fenómeno se había convertido para muchos en un buen

negocio, que exigía una intensa cobertura informativa para multiplicar sus beneficios, y como suele ocurrir en estos casos, la descripción e interpretación de los hechos se hizo tarde y mal, desvirtuando el espíritu original hasta dejarlo casi irreconocible. Así se explica que cuando al fin se enteraron los viajeros de que algo estaba ocurriendo en Madrid, las versiones que empezaron a dar del fenómeno, a menudo entusiásticas, reflejaban una imagen de la ciudad bastante distorsionada, por no decir ridícula. Por ejemplo, el ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger explica la «movida» en 1985 como una especie de juego de sociedad de la noctívaga plutocracia madrileña: «Las clases altas de la sociedad madrileña practican sus propias artes mágicas. Su jornada laboral no termina al anochecer. En realidad empieza a las ocho y dura hasta el amanecer. La famosa movida consiste en una continua peregrinación de un bar a otro. Un rigor implacable regula la secuencia de bares, restaurantes y clubs nocturnos: es absolutamente necesario sentarse justo donde no hay ninguna posibilidad de conseguir una mesa»⁸⁵. Dos años después, el francés Jean-Pierre Amalric da fe de «el frenesí que se ha adueñado de esta ciudad, antaño un poco enararada», y se congratula de que «la vida cultural de Madrid, limitada durante mucho tiempo, ha estallado en todas las direcciones», pero la interpretación que hace de ese estallido resulta un tanto simplista: «Cuando reventó el corsé del régimen autoritario, un torbellino de creatividad sacudió la ciudad, que pronto sería una de las más inventivas de Europa. La afluencia de talentos procedentes de todos los rincones de España se mezcló con el regreso de los exiliados políticos y con la aportación de los intelectuales latinoamericanos, que a menudo encuentran más afinidades lingüísticas en Madrid que en Barcelona. Este cóctel, vivificado por la irrupción de una nueva generación rápidamente emancipada de las ideas manidas, iba a encontrar su alquimista en la figura del primer alcalde que les fue dado elegir a los madrileños...»⁸⁶.

También Jorge Semprún, escribiendo en francés en 1987, sobrestima el papel que desempeñó el ayuntamiento de izquierdas como motor del fenómeno, aunque su ocurrencia contraposición entre el Movimiento Nacional y la «movida» le permite esbozar una definición bastante más ajustada a la realidad: «La Movida es también el movimiento. Pero el movimiento real, el de la sociedad civil: el movimiento de las ideas, de la vida, de los juegos, los entites, las modas y los códigos. El movimiento de la invención, de la insolencia creadora, del siempre en otra parte, de la ironía libertaria. Sin ser exclusiva de Madrid, la Movida de la modernidad española es aquí especialmente vivaz. Y por lo tanto cambiante, inevitablemente generadora de efectos de moda, de febrilidades iconoclastas sin gran profundidad. Pero ello no es más que

el precio de una libertad que a veces se afirma en el exceso»⁸⁵. Pese al tono un poco displicente, cabe decir que esta última frase de Semprún encierra una de las claves meridianas del asunto, pues esa libertad que se afirma en el exceso fue precisamente la que permitió la eclosión del fenómeno en la época de la transición y, más tarde, su degeneración en mito para consumo interior y exterior, es decir, para recreación narcisista de los madrileños y pasmo de viajeros despistados. Así, la exuberancia festiva con que se vivieron en Madrid los primeros años de la democracia terminaría diluyéndose en los excesos anodinos de nuestra tan cacareada modernidad, cuya resaca (como es natural tras una fiesta de tales proporciones) iba a durar hasta el final de los años ochenta, para agravarse luego con la recesión económica de los primeros noventa.

Más que el componente narcisista que explica por sí solo buena parte de la mitificación de la «movida», nos interesa aquí recordar la asombrosa resonancia que tuvo este mito en el extranjero. Ya hemos apuntado que las reacciones de los viajeros fueron en general admirativas, aunque no faltaron voces escandalizadas (sobre todo en la prensa) ante los signos más llamativos de lo que algunos tildaron de nuevo libertinaje a la española, como el consumo de drogas en público. Tanto unas como otras son comprensibles, sobre todo teniendo en cuenta que allende los Pirineos la imagen de Madrid se asoció en seguida con la del resto del país, convirtiendo así la «movida» en un símbolo desmesurado de la nueva España democrática. Acostumbrados durante años a considerar nuestro país como una apacible colonia de vacaciones, convencidos de que el franquismo y el catolicismo habían marcado de forma indeleble a la nueva generación de españoles, los turistas se quedaron pasmados ante aquella efervescencia transgresora que se vivía en la ciudad, aquella celebración que nada tenía que ver con los toros o con las procesiones de Semana Santa, pero que a muchos les parecía igualmente exótica y apasionante. Por eso, pese a las mentadas voces (quizá las mismas que antaño se indignaban de que la Guardia Civil detuviera a las primeras chicas en bikini que aparecieron en nuestras playas), fueron pocos los viajeros que no se sumaron de buen grado a la fiesta, y algunos contribuyeron a anunciarla a los cuatro vientos. Baste decir, para hacerse una idea de la resonancia del mito, que la palabra «movida» ha terminado incorporándose a varias lenguas extranjeras (junto a otras tan españolas como «guerrilla» o la propia «fiesta»), y que todavía hoy los cronistas franceses la utilizan para referirse a algún fenómeno similar que creen detectar en cualquier parte del globo, ya sea en Berlín, Moscú o Buenos Aires.

Ya en 1991, el periodista italiano Sandro Viola evoca aquellos años en un intento de comprender desde Madrid la «evolución espectacular» experimentada por el país en la última década: «Y mientras el sistema democrático se iba consolidando, cambiaban rápidamente las costumbres. Llegó la «movida» a caballo entre los años setenta y ochenta, el florecimiento de las artes, la promiscuidad sexual, el estallido de un hedonismo sin precedentes en toda la tradición hispánica. Pocos años después llegó el milagro económico»⁸⁶. Y tras aquellos años de vacas gordas, al preguntarse por la situación actual, da la respuesta oportuna que cabría esperar: «¿Y ahora? Ahora España se ha convertido en un país como los demás»⁸⁷. Pero entonces, ¿qué queda de nuestra famosa diferencia? Al parecer muy poco, y aun eso sólo se advierte al ponerse el sol, como enuncia rotundamente el título del artículo: «Sólo de noche pervive la diferencia de España», y aclara Viola más abajo: «Naturalmente, el proceso de homologación, la continua adecuación a los modelos del Occidente rico no impide que subsistan algunas diferencias, que queden algunas huellas del viejo color local (y qué color era el español). Por ejemplo, los horarios, que siguen pasmando al resto de los europeos»⁸⁸. Y como tantos europeos desde la época de la «movida», se asombra Viola del tráfico que llena de noche el centro de Madrid (que le recuerda a Broadway), de los atascos que se forman en las cercanías de los locales de moda, de la frenética actividad nocturna de una ciudad que durante el día se parece cada vez más a cualquier capital de la Europa comunitaria.

En efecto, aparte de ese frenesí noctámbulo de los jóvenes, poco más queda en Madrid que pueda recordar al viajero los fastos y los excesos de aquella nueva década prodigiosa que fue la de los ochenta. Ya se sabe que los excesos se pagan, aunque sólo a un aguafiestas se le puede ocurrir recordárnoslo en el mejor momento de la borrachera; pero en 1992, ante la inminencia de otros fastos nacionales que iban a ser la maravilla del mundo, parecía ya llegada la hora de que un viajero tan hácido como el holandés Cees Nooteboom nos plantara delante un espejo: «¿Qué buscan? Esto no lo ves —en estas proporciones— en Berlín o Amsterdam, es lo que más se parece a una desesperación risueña o a una especie de aburrimiento bestial. Están por todas partes, salen y entran de los locales, se quedan enganchados unos a otros con sus miradas, buscan, reclutan, beben, gritan, forman cadenas que vuelven a deshacerse, se amontonan entre sí, parecen narcotizados por el escándalo de sus propias voces gritonas. Quien esté en casa debe de volverse loco, quien quiera leer ahora un libro será desterrado o expulsado, has de estar aquí, entre los rostros extáticos con los ojos brillantes, el estruendo de la música, el lloriqueo electrónico de las máquinas tragaperras, la sombra azul

siempre repetida de la televisión a la que nadie mira ahora. Sobre todas esas cabezas pende un halo de deseos irrealizados o irrealizables, y al mismo tiempo la sospecha de una cuenta que alguien, alguna vez, les presentará en un futuro no demasiado lejano⁸⁹. Este espectáculo sabatino, tan familiar hoy para los españolitos de cualquier ciudad, da pie a Nootboom para remontarse a 1982 y hacer un certero balance de lo que ocurrió en el país durante esa década de embriaguez colectiva irradiada a todas partes desde la capital: «Me recuerda otro éxtasis, el de la multitud en Madrid, cuando ya era seguro el triunfo de los socialistas y las mujeres cantaban: «Felipe, capullo, queremos un hijo tuyo». Había llegado la hora. España, que durante tanto tiempo había vivido dentro de las paredes de su propia casa, se volvería a Europa, abuyentaría las sombras del pasado. Había que recuperar todo y, por consiguiente, esto es lo que ha ocurrido, con un arrebató que ha dejado atrás sin respiración al país, la misma falta de respiración con la que se abalanza a los grandes festejos de este año, una embriaguez en la que se acepta todo como viene, los precios suben, materialismo ostentoso, la desaparición de cosas que luego tendrán que buscarse con mucho esfuerzo»⁹⁰.

Las mismas cosas cuya desaparición lamentaba Caro Baroja veinte años antes, y su tío Pío medio siglo atrás, y tantos otros desde el tiempo de Maricastaña. «Demasiadas lamentaciones», les responde con cierta razón el inglés Adam Hopkins, cansado pero contento tras un paseo veraniego por Madrid en 1992. «Los viajeros llevan siglos diciendo que España está perdiendo su carácter. Pero aunque las semejanzas con el materialismo noreuropeo sean evidentes, cada paso que di durante mi larga y calurosa marcha vino a confirmar la profunda individualidad de esta ciudad, la vivacidad de los hombres, la belleza elegante e intratable de las mujeres, por no hablar de su encantadora forma de caminar, también señalada por los viajeros desde hace siglos.»⁹¹.

Era el año en que Madrid celebraba el título superfluo de capital europea de la cultura, y en medio de tan solemnes festejos culturales a Hopkins sólo se le ocurre fijarse en los andares de las madrileñas. Lo cual, bien mirado, quizá sea el mejor piropo que se le puede echar a una ciudad «tan favorecida por un cielo espléndido que hace olvidar casi todos sus defectos, tan ingenuamente contenta de sí misma al modo de las mozas quinceañeras», que suele encogerse de hombros ante las festividades oficiales y hacer fiesta por su cuenta; un pueblo, como señalaba hace un siglo René Bazin, «que no necesita que le diviertan, que es uno de los últimos que todavía sabe divertirse solo, dejar el trabajo cuando le place y decretar domingo cada vez que tiene ocasión»⁹². Esta actitud, un tanto frívola a primera vista, revela sin embargo la

misma sabiduría popular que advierte Jorge Semprún en la capacidad de invención verbal de los madrileños: «Creo que el espíritu de este lenguaje, de esta cultura madrileña, podría resumirse así: los madrileños saben a ciencia cierta que hay cosas por las que vale la pena vivir. Y por tanto morir, llegado el caso. Pero que nunca vale la pena hacer de ello un mundo. Ni una montaña. Ni un gran discurso»²³.

* * *

Con la presente antología hemos intentado la ardua tarea de ofrecer en un solo volumen una amplia selección de la mejor prosa de viaje sobre Madrid escrita en este siglo, culminando así la serie iniciada con el siglo XV por José Luis Checa. Ya aludimos al principio a las dificultades que plantea el estudio del género en nuestra época. La abundancia de fuentes, por una parte, y la escasez de análisis, bibliografías y hasta antologías, por otra, hacen de la literatura de viajes sobre Madrid en el siglo XX un terreno todavía poco acotado, y en muchos aspectos virgen para el investigador. Valga como muestra el hecho de que las dos grandes bibliografías del género relativas a España, convertidas ya en clásicos de obligada referencia, dejan al siglo XX prácticamente fuera de su ámbito: la de Foulché-Delbosch se publicó en 1896, y la de Farinelli en 1920.

A la hora de hacer una selección mínimamente rigurosa, la ingente cantidad de textos disponibles pone de relieve la necesidad de aplicar criterios estrictos en lo tocante a la calidad. Ahora bien, en este género como en otros resulta cada vez más laborioso apartar el grano de la paja. «La literatura de viajes ha menguado en calidad en la época en que el viaje se ha convertido en algo de lo más común: el presente»²⁴. Así describe la Enciclopedia Británica uno de los fenómenos más curiosos de la cultura contemporánea: la degeneración de la capacidad de contar viajes en el hombre del siglo XX, que es el que más ha viajado desde que el mundo es mundo. «En esta forma de prosa no novelesca, el propio viajero siempre ha tenido más relevancia que los lugares que visitaba, y en el pasado solía ser un aventurero o un entendido en arte, paisajes o costumbres extrañas que, de vez en cuando, era también un escritor de mérito.» En el presente, podríamos añadir, suele ser más bien un turista con pantalones cortos, aire agobiado y una guía de viaje en la mano. Y es que el clásico libro de viajes, que tanta pujanza tuvo en otras épocas, ha sido definitivamente arrinconado en la nuestra por su hija espuria, la ubicua, práctica y monótona guía, escrita por viajeros profesionales u oscuros asalariados que no suelen ser —ni falta que les hace— escritores de mérito.

Esta tendencia se ha acentuado notablemente en la segunda mitad del siglo, como se puede comprobar en cualquier librería: a medida que empobrecen el fondo y la forma de los textos, aumenta su pragmatismo y mejora por lo general su presentación y la calidad de las fotos que los acompañan. Las guías turísticas han tenido que adaptarse al público al que van dirigidas, que cada vez viaja más y más lejos, pero tiene cada vez menos tiempo, menos criterio y menos exigencias literarias. En lo que se refiere a España, la evolución de este subgénero corre pareja con la de la industria que tantas veces ha salvado la balanza de pagos nacional en las últimas décadas: «En efecto, a partir de 1959 se produce un cambio de signo en la actividad turística española y andaluza, cuyos rasgos más visibles desde entonces van a ser: afluencia masiva de visitantes; descenso del nivel cultural de aquéllos, que han dejado de ser la élite de la burguesía europea como en el siglo XIX; reconversión a un turismo de sol y playa concentrado en el litoral y de estancias más cortas de acuerdo con las pautas de tiempo libre que imponen las sociedades industriales europeas»⁹⁵. Así caracteriza Antonio López Ontiveros al destinatario de las guías, ese viajero desprevenido que sigue absorbiendo subliminalmente la rancia visión romántica de la diferencia de España: «No obstante, y pese a la inocuidad aparente de sus planteamientos y desarrollos, las guías no innovan los esquemas de percepción que crearon los viajeros románticos, a los que citan a veces y con frecuencia en exclusiva y siguen repitiendo sus mismos tópicos»⁹⁶. Y a pesar de todo lo que ha cambiado en el país y su capital a lo largo de este medio siglo, a pesar de que la Dirección General de Turismo sustituyera en los años ochenta su trasnochado lema «España es diferente» por «España: todo bajo el sol», sin duda más acorde con los tiempos, no parece que los viajeros que actualmente visitan Madrid hayan modificado en lo esencial esos esquemas de percepción.

Haciendo abstracción de las guías, otra dificultad añadida para el estudio del género en este siglo es el desinterés que siempre han mostrado los españoles por lo que otros escribían sobre nuestro país, que precisamente a partir de la época romántica fue arraigando con visos de prejuicio en nuestra conciencia colectiva (como intentamos ilustrar en el tercer volumen de esta serie), para rebrotar con fuerza inusitada durante las décadas de aislamiento que propició la dictadura franquista. Todavía en 1954 se quejaba André Villeboeuf de la fama de fabricantes de españoladas que tenían los franceses entre nosotros; fama bien merecida, pensarán muchos con razón, aunque no la tenga el profundo prejuicio subyacente a la misma: «La mayoría de nuestros vecinos muestran mucha susceptibilidad cuando roza uno su patria, a la que consideran intangible, y si, para los extranjeros, España se ha

convertido en un parque de atracciones, los españoles no conceden a estos visitantes venidos de fuera más que el derecho a mirar, pero no el de comentar. Les niegan toda perspicacia y, si pudiesen, les prohibirían gustosos toda libertad de opinión, pues, de creerles, sólo los autóctonos son capaces de juzgarse a sí mismos⁹⁷. Así se explica que los libros de viajes sobre España escritos por extranjeros sólo hayan sido esporádicamente traducidos y leídos por los españoles, tanto por motivos de censura política como de interés comercial, pues aunque aquí se desconocieran esas obras «el prejuicio subsiste, y es siempre desfavorable». Sólo en los últimos años, gracias al esfuerzo de algunas editoriales, parece estar cambiando apreciablemente esa tónica.

Así y todo, en lo que se refiere a Madrid existe una gran variedad de obras de primer orden, de la que hemos procurado sacar el mayor partido posible. Conforme al precedente del tercer volumen, el orden de la antología sigue siendo cronológico, y como criterios de selección hemos intentado seguir atendiendo con rigor al valor literario e interés histórico de los testimonios de los viajeros, matizados en algunos casos por consideraciones relacionadas con la amenidad del conjunto.

Sin duda resulta paradójico que los dos momentos estelares de Madrid en la prosa de viaje del siglo XX hayan coincidido con dos épocas (los años treinta y ochenta) de signo muy opuesto, es decir, los años de la matanza y los de la fiesta. Ello justifica el gran número de textos procedentes de esas décadas que hemos incluido en nuestra antología, sobre todo en el primer caso, si entendemos el periodo de la guerra como una continuación de la fugaz «edad de oro» de la Segunda República. Por otra parte, prescindiendo de la fecha de sus obras, también destacan por su calidad autores como Baroja, Bell, Hemingway, Unamuno, Carpentier, Lee, O'Brien, Brenan, Epton, Morris y Nooteboom, que han sabido transmitirnos una imagen intemporal —y por tanto imperecedera— de la ciudad. Por nacionalidades llama quizá la atención la nutrida presencia de escritores británicos, que no precisa más justificación que su indiscutible maestría en este tipo de literatura, «ese género viajero sobre el que el escritor inglés ejerce un dominio absoluto»⁹⁸, según dictaminó Juan Benet y han venido demostrando hasta el final del siglo grandes viajeros y prosistas, como el malogrado Bruce Chatwin. Diremos para terminar que más de la mitad de los textos escogidos de otras lenguas no habían sido hasta ahora traducidos al español.

(Con el fin de amenizar la lectura, los textos largos se han dividido mediante epígrafes que, salvo mención expresa en sentido contrario, no pertenecen a la obra original. Las palabras y frases en cursiva, salvo en casos evidentes, aparecen en español en el original.)

NOTAS

- ¹Vid. *Madrid en la prosa de viaje III*, estudio y selección de Juan Antonio Santos, Madrid, Comunidad de Madrid, 1994.
- ²Theodor Simons: *L'Espagne*, trad. de Marcel Lemercier, París, León Vanier, 1884, p. 49.
- ³Santos Juliá: «Pero el caso es que España necesita un Madrid», en *Revista de Occidente* (número monográfico extraordinario dedicado a Madrid), Madrid, enero de 1992, pp. 12-13.
- ⁴Manuel Azaña: «Madrid», *Obras completas*, Méjico, Oasis, 1966, vol. I, p. 805 y ss.
- ⁵S. Juliá: *op. cit.*, p. 14.
- ⁶*Ibidem*, p. 15.
- ⁷Manuel Aguilar: *Una experiencia editorial*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 572.
- ⁸S. Juliá: *op. cit.*, p. 15.
- ⁹Aubrey F. G. Bell: *A Pilgrim in Spain*, Londres, Methuen, 1924, p. 120.
- ¹⁰*Ibidem*, p. 119.
- ¹¹Corpus Barga: *Paseos por Madrid*, Madrid, Júcar, 1987, p. 53.
- ¹²Francis Carco: *Printemps d'Espagne*, París, Albin Michel, 1929, pp. 11-12.
- ¹³Hugh Thomas: *Madrid: una antología para el viajero*, Barcelona, Grijalbo, 1988, p. 45.
- ¹⁴Raoul Mesot: *Castille*, Bruselas, Nouvelle Société d'Éditions, 1937, p. 67.
- ¹⁵Kate O'Brien: *Farewell Spain*, Londres, Virago, 1985, pp. 124-125.
- ¹⁶Alejo Carpentier: *Crónicas*, La Habana, Letras Cubanas, 1985, vol. II, p. 172.
- ¹⁷R. Mesot: *op. cit.*, p. 77.
- ¹⁸José Antonio de Zulueta: «Vocación viajera y entendimiento del paisaje en la generación del 98», en *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988, p. 92.
- ¹⁹Pío Baroja: *Final del siglo XIX y principios del XX*, Madrid, Caro Raggio, 1982, p. 371.
- ²⁰Herber L. Mathews: *The Education of a Correspondent*, cit. por Aldo Garosci: *Los intelectuales y la Guerra de España*, trad. de G. Guijarro, Madrid, Júcar, 1981, p. 233.
- ²¹*Ibidem*, p. 232.
- ²²A. Garosci, *op. cit.*, p. 236.
- ²³Kate O'Brien. *op. cit.*, p. 141.
- ²⁴Ronald Fraser: *Blood of Spain. The Experience of Civil War, 1936-1939*, Londres, Penguin, 1988, p. 269.
- ²⁵A. Garosci: *op. cit.*, p. 237.
- ²⁶Alejandro Gómez Maganda: *¡España sangra!*, Barcelona, Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya, s.a., p. 76.
- ²⁷A. Garosci, *op. cit.*, p. 231.
- ²⁸Ernest Hemingway: *Despachos de la guerra civil española 1937-1938*, trad. de Pilar Giralt, Barcelona, Planeta, 1989, pp. 91-92.
- ²⁹A. Carpentier: *op. cit.*, p. 234.
- ³⁰John Dos Passos: «Cuarto con baño en el Hotel Florida», en *Esquire*, cit. por Bernardo Gil Mugarza: *España en llamas 1936*, Barcelona, Acervo, 1968, p. 299.
- ³¹R. Fraser: *op. cit.*, p. 455.
- ³²Laurie Lee: *Red Sky at Sunrise*, Londres, Penguin, 1993, p. 513.
- ³³A. Carpentier: *op. cit.*, pp. 234-235.
- ³⁴Barbara Probst Solomon: *Los felices cuarenta*, trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Seix Barral, 1978, p. 122.

- ⁵⁵Julio Caro Baroja: *Los Baroja*, Madrid, Taurus, 1972, p. 400.
- ⁵⁶B. Probst Solomon, *op. cit.*, p. 120.
- ⁵⁷Gerald Brenan: *The Face of Spain*, Londres, Penguin, 1987, p. 27.
- ⁵⁸*Ibidem*, p. 28.
- ⁵⁹*Ibidem*.
- ⁶⁰V. S. Pritchett: *The Spanish Temper*, Londres, Hogarth Press, 1984, p. 76.
- ⁶¹*Ibidem*, pp. 77-78.
- ⁶²Carmen Martín Gaité: *Esperando el porvenir*, Madrid, Siruela, 1994, p. 26.
- ⁶³*Ibidem*.
- ⁶⁴En el párrafo que comienza así: -Hay ciudades tan descabaladas, tan faltas de sustancia histórica, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desiertos, tan parcamente pobladas por una continuidad aprehensible de familias, tan lejanas de un mar o de un río, tan ostentosas en el reparto de su menguada pobreza, tan favorecidas por un cielo espléndido que hace olvidar casi todos sus defectos, tan ingenuamente contentas de sí mismas al modo de las mozas quinceañeras...- Luis Martín-Santos: *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix Barral, 1979, pp. 13-14.
- ⁶⁵S. Juliá, *op. cit.*, p. 19.
- ⁶⁶G. Brenan: *op. cit.*, p. 253.
- ⁶⁷*Ibidem*, pp. 261-262.
- ⁶⁸*Ibidem*, p. 31.
- ⁶⁹André Villeboeuf: *Serenatas sin guitarra*, trad. de Julio Gómez de la Serna, Madrid, Espasa Calpe, 1958, p. 129.
- ⁷⁰H. V. Morton: *A Stranger in Spain*, Londres, Methuen, 1955, pp. 51-52.
- ⁷¹Ava Gardner: *Ava: My Story*, Nueva York, Bantam, 1992, p. 306.
- ⁷²Donald Mackenzie: *Oficio: ladrón*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996, p. 12.
- ⁷³Ray Alan: *Spanish Quest*, Londres, Macmillan, 1969, p. 259.
- ⁷⁴V. S. Pritchett: *op. cit.*, p. 81.
- ⁷⁵Jaime Gil de Biedma: *Retrato del artista en 1956*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994, p. 186.
- ⁷⁶A. Gardner: *op. cit.*, p. 308.
- ⁷⁷J. Gil de Biedma: *op. cit.*, p. 88.
- ⁷⁸Jan Morris: *Spain*, Londres, Penguin, 1982, p. 138.
- ⁷⁹E. Sánchez y Javier de Castro: *Olé, Beatles!*, Lérida, Pagès, 1994, p. 21.
- ⁸⁰*Ibidem*, p. 11.
- ⁸¹*Ibidem*, p. 34.
- ⁸²*Ibidem*, p. 42.
- ⁸³*Ibidem*, p. 43.
- ⁸⁴*Ibidem*, p. 42.
- ⁸⁵Cit. por Hugh Thomas: *La Guerra Civil Española*, trad. de Neri Daurella, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995, vol. I, p. 135.
- ⁸⁶Jan Morris: *op. cit.*, p. 139.
- ⁸⁷*Ibidem*, p. 138.
- ⁸⁸Ray Alan: *op. cit.*, p. 249.
- ⁸⁹*Ibidem*, p. 258.
- ⁹⁰*Ibidem*, p. 263.
- ⁹¹James A. Michener: *Iberia*, trad. de Jesús Pardo, Barcelona, Grijalbo, 1986, p. 83.

- ⁷²*Ibidem*.
- ⁷³R. Alan: *op. cit.*, p. 263.
- ⁷⁴J. A. Michener: *op. cit.*, p. 119.
- ⁷⁵*Ibidem*.
- ⁷⁶R. Alan: *op. cit.*, pp. 263-264.
- ⁷⁷Max Aub: *La gallina ciega*, Barcelona, Alba, 1995, pp. 131-132.
- ⁷⁸*Ibidem*, p. 132.
- ⁷⁹George Borrow: *La Biblia en España*, trad. de Manuel Azaña, Madrid, Alianza, 1987, p.p 131-132.
- ⁸⁰J. Caro Baroja: *op. cit.*, p. 95.
- ⁸¹*Ibidem*, p. 96.
- ⁸²J. Morris, *op. cit.*, p. 138.
- ⁸³Hans Magnus Enzensberger: *Europe, Europe*, trad. de Martin Chalmers, Londres, Pan Books, 1989, pp. 232-233.
- ⁸⁴Jean-Pierre Amalric: *Espagne*, París, Seuil, 1988, p. 95.
- ⁸⁵Jorge Semprún: «Souvenirs-avenirs», en *Madrid. Un Guide Intime*, París, Autrement, 1987, p. 12.
- ⁸⁶Sandro Viola: «Solo di notte sopravvive la diversità della Spagna», en *La Repubblica*, 12/2/1991.
- ⁸⁷*Ibidem*.
- ⁸⁸*Ibidem*.
- ⁸⁹Cees Nootboom: *El desvío a Santiago*, trad. de Julio Grande, Madrid, Siruela, 1993, pp. 309-310.
- ⁹⁰*Ibidem*, p. 310.
- ⁹¹Adam Hopkins: *Spanish Journeys*, Londres, Penguin, 1992, pp. 252-253.
- ⁹²René Bazin: *Terre d'Espagne*, París, Calmann-Lévy, 1895, p. 146.
- ⁹³J. Semprún: *op. cit.*, p. 13.
- ⁹⁴*The New Encyclopaedia Britannica*, 15ª edición, Chicago, 1983, vol. 10 Macropaedia, p. 1085.
- ⁹⁵Antonio López Ontiveros: «El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica», en *Viajeros y paisajes*, pp. 63-64.
- ⁹⁶*Ibidem*, p. 53.
- ⁹⁷André Villeboeuf: *op. cit.*, p. 175.
- ⁹⁸Juan Benet: *Londres victoriano*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 67.



I. DEL COSTUMBRISMO AL COSMOPOLITISMO (1900-1936)

Madrid se está arreglando por todas partes, es decir, que está descompuesto. Surge el Nuevo Madrid entre el Madrid Viejo. Hay el Madrid Alto de las terrazas y el Bajo Madrid de los tejados; el Madrid quijotesco, de las altas Empresas, y el Madrid sanchopanza y aldeano con sus campanarios, su tierra parda y amarillenta, y su cielo calmoso.

CORPUS BARGA





1. AUGUSTE BRÉAL (c. 1900)

A principios de siglo, los extranjeros que visitaban Madrid solían llegar a la ciudad en tren y desde el norte. El paisaje que atravesaban, que ya había llamado poderosamente la atención de los románticos (recordemos a Custine y Gautier), seguía siendo una atractiva novedad para estos viajeros, como muestran las vívidas descripciones de la Sierra de Guadarrama que nos han dejado. Ahora bien, «sin Velázquez probablemente no seríamos capaces de ver este paisaje como lo vemos hoy», según escribió uno de ellos, el historiador del arte Auguste Bréal, apuntando un juicio bastante atrevido para la época, que poco antes había acogido como una simple boutade de la afirmación de Oscar Wilde de que la naturaleza, como la vida, imita al arte. Pero hoy día, cuando la referencia al «azul velazqueño» de la sierra parece ya casi un tópico, quizá sea oportuno iniciar nuestra antología con una nota paisajística debida a la pluma de Bréal, que en 1904 publicó un libro muy ameno sobre el pintor sevillano.

En el prólogo de su Velázquez, Bréal aclara que no pretende haber escrito un sesudo tratado de estética, sino «meramente una invitación al viaje». Más adelante explica la necesidad de viajar a Madrid y empaparse de su luz para entender cabalmente los cuadros del maestro: «El país en el que vivió y pintó es también el país al que uno debe ir para llegar a conocer la obra de Velázquez»; idea sobre la que vuelve al final del libro, que termina con una lapidaria definición del artista: «Fue un ojo maravilloso abierto en un país de luz».

Es decir, que aunque el destino final del viajero amante del arte sea el museo del Prado (y serán muchos millones los que en este siglo lo visiten), hasta el más apresurado haría bien, antes de extasiarse ante Las Meninas, en detenerse un momento a contemplar como Bréal «la luz incomparable del cielo de Madrid».

Quando nos acercamos a Castilla desde el norte, después de cruzar los Pirineos, tenemos la impresión de habernos internado en otro continente. Varios escritores han dicho que España pertenece más a África que a Europa, y ciertamente el país que uno atraviesa tiene un carácter completamente nuevo.



Hay algo peculiar en el paisaje, algo que al principio es difícil definir con precisión, pero que invade al viajero en todas partes. Uno ha visto ya en otros sitios rocas y piedras, valles y montañas peladas. ¿Por qué esta serie interminable de pendientes rocosas y piedras resacas, sin una brizna de hierba ni un árbol, no se parece a ningún otro país? Hasta los pueblos que se divisan, dispersos, pobres y color de piedra, parecen fundirse con el terreno dilatado, en el que sólo se distinguen las luces brillantes y las sombras nítidas de las piedras, con el cielo asomando entre ellas, bañando todas las cosas con su limpidez, plateando los bloques de granito y penetrando a sobre haz hasta lo más profundo de los barrancos, tan transparentes son las sombras en su base. A medida que uno se acerca a Madrid aumenta la impresión de grandeza salvaje, de desnudez, aspereza, luz y espacio. Quizá la sensación se acrece porque dura. En cualquier caso, la trayectoria del tren a través de grandes cúmulos de piedra empapada de luz termina por hechizarte y embriagarte. Enmarcada por las ventanillas del vagón, desfila ante ti una asombrosa procesión de paisajes, compuestos por grandes líneas simples y planos sucesivos saturados de luz; en ellos destacan todos los tonos y matices del gris, desde los abismos de sombra hasta las puntas que reflejan la luz y que parecen platear el azul circundante del cielo en el que centellean.

Después se llega a El Escorial, el palacio-prisión construido con bloques de montaña, que parece como si lo hubieran puesto allí para demostrar que el hombre sabe cómo hacer más árido el desierto, más desnudas las piedras, más dura la aspereza. Las cúpulas de piedra aparecen redondas en el aire y se recortan contra un cielo deslumbrante. Ningún adorno, ningún relieve rompe el tono infinitamente graduado de las sombras. Las grandes superficies de pared desnuda, las columnas cuadradas sin estrías ni capiteles, plantadas bruscamente en el suelo, el conjunto de esta arquitectura, que es tan rectilínea como un rayo de luz solar, se yergue luminoso y sombrío en grandes masas. Pero ni en la luz ni en la sombra nos recuerda a los monumentos que conocemos. La piedra no es la piedra de nuestras catedrales ni el mármol del Partenón. El granito gris con su dura superficie, grano apretado y textura un tanto áspera absorbe la luz sin chispear ni destellar, y armoniza maravillosamente con el azul plateado de la atmósfera, que parece haberle robado un poco de su gris, del mismo modo que en las frescas sombras el granito parece haber guardado un poco del azul del cielo.

Y después, a las puertas mismas de Madrid, encontramos los tonos verdes de los bosques de El Pardo, las encinas de hoja perenne, las retamas, los sotos de caza, los altozanos ondulados de la Casa de Campo, donde grupos de grandes árboles alternan con manchas claras de hierba, brezos y arraya-

nes. Que pase un jinete, montado en uno de esos sementales andaluces que pueden verse en los establos de la Caballeriza Real, y ya tenéis un Velázquez. [...]

Velázquez vivió en un país en el que la luz es un continuo placer para un ojo sensible. El aire es más inmaterial que en otros sitios; no hay nieblas empapadas de color, ni brumas doradas; la luz no tiene revelaciones, ni sorpresas, ni misterios. Es difusa y omnipresente; sólo vela suavemente las distancias más lejanas, el azul del cielo y las sierras, e ilumina plenamente lo cercano; las sombras son transparentes, los reflejos plateados. No es la luz de un sueño, ni siquiera la luz de una fábula; es una luz que nos muestra cosas y nos hace verlas. [...]

El país en el que vivió y pintó es también el país al que uno debe ir para llegar a conocer la obra de Velázquez. Mientras que los cuadros de la mayoría de los grandes artistas del pasado están repartidos por todos los museos de Europa, y cada capital posee alguna de sus obras maestras. Velázquez sigue siendo, junto con Franz Hals y Rafael, uno de esos pintores que debemos visitar en su tierra natal. Los museos de Europa despiertan en nosotros el deseo de conocer a Velázquez. El Prado nos muestra la obra completa del artista. Le encontramos aquí en su totalidad, iluminado por la misma luz que pintó. El campo que representó se extiende a las puertas de la ciudad. Desde la terraza del Palacio Real nuestra mirada recorre los sotos de la Casa de Campo, trepa en la distancia por las laderas y los picos nevados de la Sierra de Guadarrama, hasta perderse en el azul delicado, en la luz incomparable del cielo de Madrid. Sin Velázquez probablemente no seríamos capaces de ver este paisaje como lo vemos hoy. Lejos de este país es imposible sentir plenamente su arte. Los cuadros de Velázquez son hermosos reflejos, reflejos que permanecen. Debemos ir a verlos bajo su propio cielo. ¿Acaso no amamos más las imágenes que tiemblan en la corriente por saber que podemos alzar la cabeza y ver los árboles estremecerse, las nubes pasar raudas y el aire revestirse de diferentes matices?

Traducción del compilador





Puerta del Sol.



2. RAFAEL CANSINOS-ASSÉNS (1904)

El escritor sevillano Rafael Cansinos-Asséns (1882-1964), uno de los personajes más notables de la bohemia madrileña de comienzos de siglo, fue además uno de sus mejores cronistas. Llegado a Madrid en 1898, no tardó en entrar en contacto con los modernistas (Villaespesa, Isaac Muñoz, los hermanos Machado, Juan Ramón Jiménez). «comenzando a colaborar en sus publicaciones y a hundirse en la desenfrenada vida de aquellos jóvenes, ya epatadores profesionales, que importaron de París el gusto por la Belleza y lo Raro y, también, por el ajeno y las cocottes», como escribió en 1981 su hijo Rafael M. Cansinos-Asséns con motivo de la publicación en la revista Poesía de algunos fragmentos de la novela de un literato, memorias hasta entonces casi inéditas que abarcan el período de 1882 a 1936.

En ésta que fue la última obra de tan fecundo poeta y novelista —cuyo primer tomo (1882-1914) fue editado finalmente en 1982—, Cansinos-Asséns recrea con gracia y precisión el pintoresco Madrid de su juventud, cuando «la Puerta del Sol era el símbolo central de la Literatura y de la vida nacional». Símbolo bastante zarrapastroso, según cabe inferir del primero de los fragmentos que hemos seleccionado. En el segundo, referido al mismo año (1904), describe el ambiente más brillante del recién inaugurado Frontón-Kursaal, nuevo «templo del Vicio» de aquel Madrid que —al menos en sus locales de diversión— parecía estar a la altura de los tiempos y de las modas impuestas por París.

La Puerta del Sol - Los hampones de la literatura

La Puerta del Sol era en aquel tiempo una especie de ágora donde pululaban literatos bohemios y filósofos cínicos. Siempre, al desembocar en ella, algún desconocido se destacaba de los grupos y os saludaba y obligaba a deteneros. Formábanse allí corrillos perennes, día y noche, y en unos se hablaba de política y en otros de literatura.

—Son los antiguos mentideros—comentaba Villaespesa.

—Es el patio de Monipodio —definía Bargiela. De allí salían aquellos individuos sucios y harapientos que os pedían un cigarro o unas perras para tomar un vasito a cambio de unas lisonjas hiperbólicas.

Villaespesa los eludía con benevolencia. Isaac con repugnancia, apartándose de ellos como temeroso de contaminación.

—Son las pústulas, la lepra de la literatura —decía.

Yo, como novel inexperto, y sintiéndome inmune por mi inopia absoluta al expolio, me detenía curioso a escucharlos cuando dialogaban con Villaespesa, llamándole gran poeta y mostrando un interés grotesco en tener sus libros dedicados. ¿Para qué querían sus libros aquellos hombres, que ni casa tendrían donde guardarlos?

—¿Para qué los van a querer? —reía Villaespesa—. Para venderlos. Ellos son los que desacreditan a un autor, pues venden sus libros hasta con dedicatoria y todo, y así, al día siguiente de publicado ya se ve el libro en los barritillos de viejo. Un libro representa para ellos un café con media tostada.

—Son los ex-hombres de la literatura —decía despectivo Isaac—. Posan de bohemios, pero no son sino hampones. Ni siquiera hay entre ellos un François Villon... Son los *gueux* de Richepin... Hombres que pernoctan en las casas de dormir más miserables, donde se llenan de piojos, y no se lavan nunca... tienen hidrofobia... No han escrito en su vida una línea y se las dan de literatos para llamarle a uno compañero y cobrarle el diezmo... Son los piojos del cuerpo de la literatura... su simple saludo ya mancha... ¡puah!...—Y escúpia.

Eran eso. Los hampones literarios, que luego Carrere había de tomar como fantoches para sus novelas, que son, respecto a la *Bobème* de Murger, lo que sus personajes respecto a los del autor francés: degeneraciones y detritus anatómicos.

Por lo demás, mis despectivos amigos olvidaban que ellos también empleaban a veces trucos de picaresca y vendían los libros dedicados de los amigos... ¿No era ya famosa aquella frase del grave Antonio Machado —al recibir *Sol de la tarde*, de Martínez Sierra—? *Sol de la tarde-café de la noche*.

Para los hombres serios, todos ellos eran unos hampones, sospechosos de *chantage* y de cosas peores. En *El Motín*, había oído yo contar historias vergonzosas de hombres como Ricardo Fuente y Manuel Bueno que, según los maldicientes, cobraban del fondo de los reptiles o figuraban en nóminas oficiales como guardias de seguridad, matarifes e, incluso, como amas de cría...

—Esto está podrido, como Dinamarca —decía Isaac, haciendo una mueca de asco—. La literatura es una corte de los Milagros... Esta Puerta del Sol es un vertedero de inmundicias... —Y apretaba el paso.

Villaespesa le seguía remolón, detenido a cada momento por saludos de conocidos, a los que respondía, halagado por aquellas hipócritas:

—¡Hola, gran hombre! ¿Qué preparas ahora?... ¡A ver cuándo me das tu último libro!...

Aquello era la gloria.

Un hombre alto, flaco, con macferlán y un sombrerillo picudo como un capirote antiguo, merecía una parada más larga del poeta. Al separarse, Villaespesa me decía:

—Ese es Miguel Sawa, hermano de Alejandro, el autor de *Are Femina*. Tiene mucho talento.

Pues aquel hombre de mucho talento, llevaba un macferlán raído, los tacones desgastados y aquel sombrerete grotesco que le daba un aire de bufón.

Otro hombre joven, recio, de rostro huesudo, duro y agrio, con traza de campesino, de guardia o de cura de pueblo, envuelto en una capita color de ala de mosca, que vagaba por allí indolente, se adelantaba hacia nosotros. Era el viejo periodista Daguerre, ya conocido nuestro. Isaac, nervioso, echó a andar, murmurando palabras cabalísticas.

—¿Por qué corre usted así? —le pregunté asombrado.

—Pero ¿no sabe usted quién es éste?... Es Daguerre, un *jettatore*, un hombre que da mala sombra... Periódico donde ingresa, se hunde... teatro adonde lleva una obra, se cierra... Yo lo conjuro con la mano de Fátima... —y me dejó ver un amuleto moruno que llevaba en el bolsillo del pantalón, la mano de Fátima, la hija del Profeta...

—Yo la llevo siempre conmigo para estos casos.

Isaac era terriblemente supersticioso. Se crispaba de horror cuando veía un tuerto o alguien mentaba delante de él a la *bicha*.

¡Oh aquella Puerta del Sol, destartalada, pueblerina, con sus carteleras y sus mingitorios, siempre llena, a todas horas, de corrillos, de hombres indolentes que parecían esperar algo que nunca llegaba... con sus golfos preguntando los periódicos o novelas folletinescas, con voces cansadas, monótonas y arrulladoras... Cómo me zumban aún en los oídos aquellos pregones!...

—*¡El dinamitero*, bonita novela de *El Heraldo!*... *¡El Quo Vadis!*... *¡La millonaria*, por Carolina Invernizio!...

Aquello era enervador, cautivante... Se necesitaba un gran esfuerzo para sacudirse aquel encanto de nirvana... Se comprendía que aquellos hombres abúlicos se hubiesen quedado presos en él. La Puerta del Sol era el símbolo central de la Literatura y de la vida nacional. Aquellos bohemios provincianos habían venido a conquistar la Puerta del Sol y ella los había conquistado. Estaban ya sin puerta, pero con sol ¿qué más podían apetecer?

Y se estaban allí, tomando el Sol, acechando al conocido generoso, al escritor de éxito para cobrarle el diezmo y hacer una escapada a la taberna. Y el escritor de éxito también sentía la necesidad de darse una vuelta por el ruedo de la Puerta del Sol, para recoger felicitaciones y frases adulatorias que confirmasen su triunfo.

—Muy bien esa crónica... ¡estupenda! ¡Cada día escribe usted mejor!...

Y a renglón seguido, la petición, formulada en términos más o menos ampulosos y displicentes.

Manuel Sawa —el hermano menor de los Sawa, al que también conocí entonces, y que tenía un tipo imponente de estatua griega— solía decir con naturalidad elegante —Hombre, a propósito ¿no tendría usted unos dracmas?— y daba las gracias en griego— Jerete, Kiric... ¡Voy a libar en honor de Baco!... ¡y Apolo!

¡Oh el encanto malsano de la Puerta del Sol!... Si os deteníais allí más de la cuenta, corríais el riesgo de quedaros ya para siempre con los pies pegados en el asfalto de aquel mar muerto. ¡Había que cruzarla deprisa, y con la mano de Fátima en el bolsillo o colgada del cuello! [...]

El Frontón-Kursaal

En el *Frontón-Kursaal*, recién inaugurado, un *music-ball* enorme, suntuoso, al estilo de los del extranjero y en el que actúan artistas internacionales, se reúne ahora todo el Madrid bohemio y elegante. Los periódicos han celebrado la apertura de este gran *music-ball*, creado por el genio de un vasco emprendedor, Berriatua, al que comparan con el famoso marqués de Salamanca. Al fin, tenemos algo digno de una gran ciudad moderna. Antes sólo teníamos esos teatrillos de variedades, esos salones *Bleus y Rouges*, que eran verdaderas covachas llenas de chinches, y en los que, con raras excepciones, actuaban fregatrices recién redimidas del fogón. Ahora el vicio elegante tiene su palacio o su templo.

El *Frontón-Kursaal* es un local inmenso, en que por la tarde se celebran partidos de pelota vasca y lucen sus músculos y su destreza los fuertes hijos de Euzkadi, aporreando las paredes desnudas.

Por las noches, la decoración cambia. Unos mozos diligentes transforman el frontón en un teatro de *variétés*. Instalan un escenario en el fondo, colocan filas de butacas de pared a pared y mesitas con manteles bordados y flores, donde se sirven cenas frías. Encienden unos focos eléctricos cegadores y el salón se llena de mujeres elegantes, con grandes sombreros y

grandes descotes, y caballeros jueguistas, de esos que todo el mundo conoce por sus trapisondas: aristócratas, artistas ya premiados en Exposiciones, cronistas cuyas firmas aparecen casi a diario en los periódicos, hombres que derrochan simplemente el dinero, como Molano, y, en torno a ellos, la consabida corte de parásitos y aduladores.

Manolo Molano no podía faltar a ese aquelarre elegante.

—¡Oh! —exulta— hay que ir al *Kursaal*. Por fin tenemos un templo del Vicio. Que rabien Zahonero y Zozaya... Vamos al *Kursaal*... a la Catedral del Placer... Venga usted conmigo... Un literato debe verlo todo... ¡A ver, un coche!

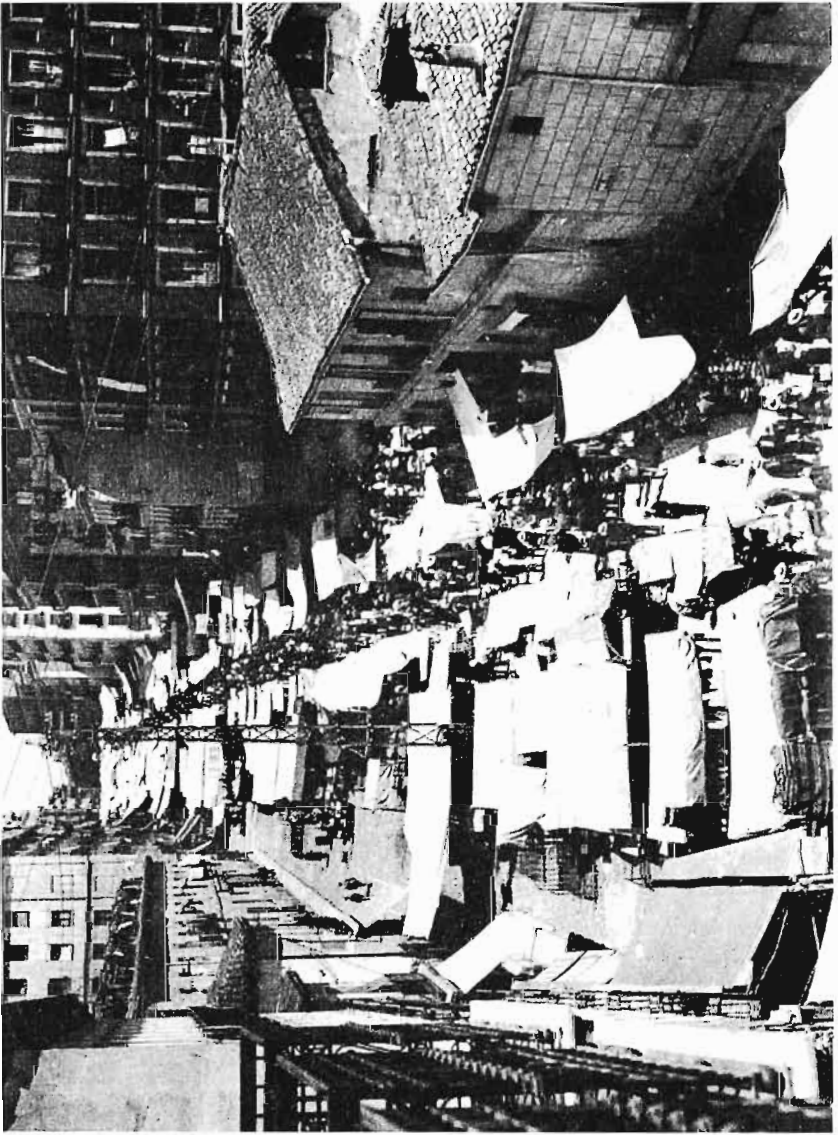
Vamos, pues, allá en coche. Y, al apearnos, la vanidad del filósofo se siente halagada porque los golfillos nos abren la portezuela y le llaman marqués. El nabab tiene sus pujos aristocráticos desde que yo le dije que se parecía a Carlos V.

Cruzamos con trabajo el *ball*, atestado de gente, entre la que el bastón del filósofo se enreda provocando protestas y excusas, y salimos al inmenso salón, iluminado por focos potentes que hacen brillar las joyas de las damas y los lentes y monóculos de los caballeros. La animación es extraordinaria. Allá, en el escenario del fondo, suena la orquesta y se agita una figurilla de mujer, que canta con una voz que se pierde en la amplitud del local y con los taponazos de los camareros que descorchan botellas.

Repuestos un tanto del deslumbramiento que produce aquella niebla luminosa, y con la ayuda de un camarero, tomamos asiento en una mesita y el filósofo pide que nos sirvan ajeno. Hay que ponerse a tono.

Y ya cómodamente sentados, después del primer sorbo del glauco líquido verleniano, podemos percibir mejor la voz de la cupletista y distinguir las caras de los concurrentes. Molano pide unos gemelos y con ellos explora los palcos, donde hay acodadas hermosas mujeres que recuerdan a las grandes *cocottes* internacionales, popularizadas por las fototipias...

—¡Magnífico! —exclama Molano— ¡Bien por Berriatua! Esto es París... ¡Esto es *Le Moulin Rouge!*... Madrid se civiliza.



El Rastro.

3. PÍO BAROJA (c. 1910)

Cualquier lector de Pío Baroja (1872-1956) puede adivinar fácilmente que viajar fue una de las grandes pasiones del escritor: cuyas obras reflejan un conocimiento preciso y directo de los paisajes españoles y de muchas ciudades europeas. Decía Ortega que sus ansias de vagabundaje le llevaban fatalmente a hacer de todas sus novelas libros de viaje: buenas muestras de ello, dentro de su vasta producción novelesca, son su trilogía Las ciudades, la tetralogía El mar y la extensa serie de las Memorias de un hombre de acción. Sabido es también que Madrid—en concreto los barrios bajos y los paisajes de las afueras— fue el escenario de algunas de sus mejores creaciones, como las novelas que componen La lucha por la vida: La busca (1904), Mala hierba (1904) y Aurora roja (1905). Fuera ya del terreno de la ficción, hacia el final de su vida Baroja quiso recordar sus andanzas madrileñas de juventud, a las que dedica numerosos pasajes en los siete volúmenes de memorias de Desde la última vuelta del camino (1944-1949).

El sexto volumen (Reportajes, 1948) se abre con una primera parte elegantemente titulada «Lo que desaparece en España», aunque en ella se habla casi exclusivamente de Madrid. El Madrid de comienzos de siglo, anterior a la construcción de la Gran Vía, de callejuelas «temibles, sórdidas, estrechas, oscuras, pero muy pintorescas»; el de aquel Rastro «de aire casi medieval»; el Madrid de las corralas, escenario de vidas humildes como las retratadas en La busca; y sobre todo el de los barrios de las afueras (Carabanchel, Pacífico, las Hijurias, los Hojalateros, la China), cuya miseria y fealdad apenas encuentran un espejismo de redención en el color del cielo y la visión lejana de la «alta muralla azul, con las crestas blanqueadas por la nieve» del Guadarrama. Nadie ha sabido describir como Baroja la melancolía y la desolación del extrarradio madrileño, capítulo casi siempre ausente de los libros de viajes. La nota justa de color, la austeridad del tono y el impresionismo de las imágenes transmiten el sórdido paisaje urbano en puro oro literario, un material que trasciende todos los géneros.

Madrid es un pueblo extraño, al que nosotros estamos acostumbrados: pueblo de contrastes, a más de seiscientos metros sobre el nivel del mar, si-

tuado en una planicie alta, más bien árida que fértil. No hay otra capital europea que esté colocada a esa altura.

El aire de Madrid mata a un hombre y no apaga un candil. El contraste más grande de Madrid está en su geografía; a lo lejos, el Guadarrama, grave, ceñudo, noble; cerca, sobre todo al sur, la pobreza, la miseria y la tierra árida. [...]

Madrid antes de la Gran Vía

Las afueras de Madrid constituyen una serie de paisajes de los más sugestivos de España. La zona Norte y Oeste, con su muralla del Guadarrama, es noble y majestuosa. La parte Este y Sur es el páramo castellano, con sus cerros monótonos en el horizonte y el cielo ardoroso y desolado.

El panorama de las Vistillas, el del paseo de Rosales, el de los altos de la Moncloa, con la Sierra enfrente, es magnífico; el que se divisa desde el Retiro hacia el Sur y el Este, por la parte que da hacia Atocha y hacia Vicálvaro y Vallecas, es miserable.

Al Manzanares le pasa como al paisaje madrileño. Hacia el Norte, hacia los alrededores del Puente de los Franceses, es un riachuelo de jardín para un tapiz de Goya; en cambio, al Sur, pasando el puente de la Princesa, es feo, trágico, siniestro, maloliente, como una alcantarilla negra que arrastra detritus de fetos y de gatos muertos.

Lo que ha contribuido mucho a cambiar el espíritu de ciudad de Madrid ha sido la Gran Vía. La avenida grande se ha llevado algo de lo más vivo y de lo más pintoresco del pueblo, principalmente desde un punto de vista de costumbrismo y de hábitos. Las callejuelas del centro de la capital eran terribles, sórdidas, estrechas, oscuras, pero muy pintorescas. ¡Qué barrio el formado por las calles de Mesonero Romanos, llamada antes del Olivo; por las de Jacometrezo, Tudescos, Horno de la Mata, Silva, la Abada, los alrededores del comienzo de la calle Ancha de San Bernardo, con el callejón del Perro, el de Peralta, el de la Justa, etc.!

Era el rincón de Madrid, el pólipo ciudadano, donde había más prostíbulos, más tabernas, cafetuchos, casas de citas, talleres de peinadoras, con sus balcones adornados con cabezas de cartón que tenían ojos de cristal y pelo de mujer; tiendas oscuras, en las que no se sabía lo que se vendía; peluquerías con globos de cristal en el escaparate, llenos de sanguijuelas; consultas de enfermedades secretas. También había por aquellos andurriales muchas librerías de viejo. [...]

El Rastro

Algunos días que hacíamos los del Instituto novillos, íbamos los compañeros hasta el Rastro.

Entonces, para llegar allí, al final de la calle de los Estudios, en lo que se llamó Cabecera del Rastro y ahora está la estatua del héroe de Cascorro, había una manzana de casas viejas y decrepitas, que interceptaban el paso a la Ribera de Curtidores y que llamaban el «tapón del Rastro».

Por la derecha se abría el callejón del Cuervo. El callejón del Cuervo era oscuro, estaba lleno de prenderías negras, que tenían en su interior colgados, alrededor de las paredes, chaquetas y pantalones usados, sombreros viejos y grasientos, trajes de campesino, capas pardas, galones y maniqués de mujer, de cartón, con las caras pintadas y los ojos de vidrio, con pelo largo natural, maniqués que habían servido de anuncios en los escaparates o en los salones de peluquería de las peinadoras.

Entrar por estos callejones en el Rastro para un estudiante, vestido de niño pera, con bombín y traje nuevo, era algo temerario. Estaba uno expuesto a que le tirasen algún tomate podrido a la cabeza.

El Rastro era entonces un lugar muy curioso, de aire casi medieval. Allí se vendía todo lo imaginable: ropas usadas, cuadros, dentaduras postizas, libros, medicinas, castañas, ruedas de coche, bragueros, zapatos. Allí se encontraban tipos de toda España y de fuera de ella: moros, judíos, negros, charlatanes ambulantes, domesticadores de ratas y de pajaritos sabios, etc., etc.

Había también jugadores fuleros de las tres cartas y pequeños estafadores y timadores. [...]

Desde el Observatorio

Los amigos míos y yo, no muy buenos estudiantes, solíamos faltar a clase con bastante frecuencia e íbamos al Retiro, a los altos del Observatorio Astronómico, y a los paseos y rondas de los suburbios.

Desde ese alto del Observatorio se oían silbidos de las locomotoras de la estación del Mediodía próxima; hacia Carabanchel se extendía la llanura madrileña en suaves ondulaciones, por donde nadaban las neblinas del amanecer; serpenteaba el Manzanares, estrecho como un hilo de plata; se acercaba al cerrillo de los Ángeles, cruzando campos yermos y barriadas humildes, para curvarse después y perderse en el horizonte gris. Por encima de Madrid, el Guadarrama aparecía como una alta muralla azul, con las crestas



blanqueadas por la nieve: sobre los altos y hondonadas del barrio del Pacífico se mostraba el campo yermo, las eras inciertas, pardas, que se alargaban hasta fundirse en las colinas onduladas del horizonte bajo el cielo gris, en la enorme desolación de los alrededores madrileños.

Muchas veces nos encontrábamos con algún grupo de golfos que nos invitaban a tomar parte en el juego de las tres cartas, pero lo eludíamos porque sabíamos que se trataba de un juego de engaño.

Llegábamos rara vez hasta la orilla del Manzanares, nos asomábamos al paseo de los Meláncolicos y veíamos el barrio de las Cambronerías y el de las Injurias. [...]

Las afueras

Las afueras de la ciudad constituyen una serie de paisajes de lo más típico de España, en lo bueno y en lo malo.

El Viaducto da una impresión bastante auténtica del antiguo Madrid: hacia el campo abarca la llanura madrileña, el Manzanares, los cementerios de San Isidro y los otros próximos, el camino de Carabanchel y el Cerro de los Ángeles. Hacia la ciudad el espectador cree asomarse a una pequeña capital de provincia, no desprovista de gracia. Se ven los tejados de las casas próximas; a la derecha la torre cuadrada de San Pedro, que debe ser muy antigua, y a la izquierda los campanarios de la iglesia de Santa María y de San Justo.

Elementos esenciales de algunas zonas del paisaje de los alrededores madrileños son esos cerros formados por arenas arcillosas. Al querer extenderse la ciudad, los contratistas cortaron esos terrenos arenosos dejando al descubierto solares para la construcción, que formaban paredones con hendiduras y cuevas, en las que a veces vivían los vagabundos y golfos. Estas hondonadas en invierno se llenaban de agua, formando charcos y pequeños lagos.

Desde las lomas altas de Madrid que dan hacia la depresión del Manzanares, se ve el río, con el puente de Toledo y varios cementerios de la orilla derecha, que me han dicho que fueron destruidos durante la guerra. Antes había el de San Isidro, el de Santa María, el de San Lorenzo, el General y el Cementerio Británico. Esta parte del Sur siempre me pareció triste, sombría y poco simpática. En cambio la del Norte, con su muralla del Guadarrama, es noble y majestuosa. [...]

Las corralas

En esa parte Sur de la ciudad había antes muchas casas con un patio central, con galerías todo alrededor, a donde daban las puertas y las ventanas de los cuartos.

A muchas de estas casas, verdaderos hormigueros humanos, las llamaban las «corralas», las «piltras», y les daban otros calificativos desdeñosos, como si los que las habitaban se hubiesen pasado las horas pensando motes despreciativos para ellas. Todavía deben quedar muchas viviendas de éstas por los barrios bajos y los otros alrededores.

Dentro del casco de Madrid había una Corrala entre la calle del Sombrerete y la del Tribulete.

Vivían en estas «corralas» cincuenta o sesenta vecinos, y cada uno de ellos tenía lo más dos cuartos y una cocina. La mayoría era gente abandonada y resignada. En tales microcosmos se encontraba uno de todo: familias activas que llegaban a hacerse independientes y a salir de aquellos rincones infectos; tipos resignados, que un día se emborrachaban, se sentían iracundos y rebeldes contra todo y chillaban y blasfemaban. Entre ellos había albañiles, lañadores, vendedores ambulantes, expendedores de moneda falsa, gitanos y tipos que no tenían profesión conocida. Hoy eran una cosa y mañana otra, cambiaban de oficio para ver si encontraban una ocasión propicia para salir adelante. También vivían en esas «corralas» muchos mendigos. En la mayor parte de aquellas madrigueras saltaba a los ojos la miseria resignada y perezosa, unida al empobrecimiento orgánico y al empobrecimiento moral.

Estas «corralas» eran casi todas iguales y sin carácter; un edificio largo y bajo, de un piso o de dos, con muchas puertas iguales, unas ventanas pequeñas y una serie de chimeneas pintadas de cal.

Algunas de estas casas tenían hasta tres pisos. Una de ellas me sirvió de escenario para algunos episodios de la novela *La Busca*.

Esta madriguera descrita por mí, daba al paseo de las Acacias, aunque no estaba en su línea misma, sino algo retirada hacia atrás. La fachada de la casa era baja, estrecha, enjalbegada de cal, abriéndose en ella muchos ventanucos y agujeros simétricamente combinados, y un arco sin puerta, que daba acceso a un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchándose después, formaba un patio, circunscrito por altas paredes negras.

De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo o galerías abiertas, que corrían a lo largo de la casa en los tres pisos, dando vuelta al patio. Abriáanse, en el fondo de estas galerías, filas de puertas pintadas de azul, con su número negro en el dintel de cada una.

Entre la cal y los ladrillos de las paredes asombaban, como huesos puestos al descubierto, largueros y travesaños, rodeados de tomizas reseca. Las columnas de las galerías debían haber estado en otro tiempo pintadas de verde: pero a consecuencia de la acción constante del sol y de la lluvia, ya no les quedaba más que alguna que otra zona en su primitivo color.

Hallábase el patio siempre sucio; en un ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles, cubierto de chapas de cinc; se veían telas puercas, tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos; un revoltijo de mil diablitos.

Por las tardes solían algunas vecinas lavar en el patio, y los grandes charcos, al secarse, dejaban manchas blancas y regueros azules de agua de añil. [...]

Las Injurias

Cruzada la ronda, se iba por el paseo de las Acacias y el de Yserías al barrio de las Injurias.

Desde lo alto del paseo de los Pontones, junto a la puerta de Toledo, bajando en dirección al puente, se descubrían los campos de San Isidro, a la derecha, y el Campillo de Gil Imón, frecuentemente cubierto a trechos de ropas puestas a secar, que centelleaban al sol. Allí, las vecinas solían salir a peinarse a la calle, y los colchoneros vareaban la lana, a la sombra, mientras las gallinas correteaban y escarbaban en el suelo.

Al caer la tarde, el aire y la tierra quedaban grises, polvorientos; a lo lejos, cortando el horizonte, ondulaba la línea del campo árido, una línea ingenua, formada por la enarcadura suave de las lomas; una línea como la de los paisajes dibujados por los chicos, con sus casas aisladas y sus chimeneas humeantes. Sólo algunas arboledas manchaban a trechos la llanura amarilla, tostada por el sol y bajo el cielo pálido, blanquecino, turbio por los vapores del calor: ni un grito, ni un leve ruido hendía el aire.

Transparentábase, anochecido, la neblina, y el horizonte se alargaba hasta verse muy a lo lejos vagas siluetas de montañas no entrevistas de día, sobre el fondo rojo del crepúsculo. Las luces de gas empezaban a brillar en el aire polvoriento: filas de carros pasaban con lentitud, y a lo largo de las rondas marchaban en cuadrillas los obreros de los talleres próximos.

El barrio de las Injurias era una hondonada en donde había unas misérrimas casuchas que estaban al borde de una carretera. En esta carretera, que debía de ser la ronda de Toledo, al borde mismo estaba la taberna de la Blasa.

en una barraca que solía estar llena de cojos, mancos y lisiados que iban a pasar allí la noche.

En la misma hondonada se alzaba la Casa del Cabrero. Esta Casa del Cabrero, concurrida por algunos golfos piratas de los que desfilan por las páginas de mi novela *La Busca*, estaba formada por un grupo de edificaciones bajas, con un patio estrecho y largo en medio. En el verano, en las horas del calor, dormían allí a la sombra, como aletargados, tendidos en el suelo, hombres y mujeres medio desnudos. Algunas mujeres en camisa, acurrucadas y en corro de cuatro o cinco, fumaban el mismo cigarro, pasándose una a otra y dando cada una su chupada.

Pululaba una nube de chiquillos desnudos, de color de tierra, la mayoría morenos, algunos rubios, de ojos azules. Como si sintieran ya la degradación de su miseria, aquellos chicos no alborotaban ni gritaban.

Más lejos, hacia la Dehesa de la Arganzuela, en un pinar raquítico, había un depósito de cadáveres y un sitio donde se guardaban perros. Este depósito de cadáveres era un pabellón blanco, inmediato al río, casi siempre exhausto, se deslizaba formado por unos cuantos hilillos de agua negra y charcos encima del barro.

El próximo tejár de Mata Pobres se veía habitado por traperos que vivían con sus familias. Las casuchas estaban formadas con escombros y restos de todas clases, y las corralizas, limitadas por vallas hechas con latas viejas, roñosas, extendidas y clavadas sobre postes de madera. En un solar de área extensa veíanse carros de riego, barrederas mecánicas, bombas de extraer pozos negros, montones de escobas y otra porción de menesteres y utensilios de la limpieza urbana.

Al lado del tejár de Mata Pobres había otro barrio que llamaban de los Hojalateros, construido todo él con estiércol y paja, un verdadero aduar africano.

Se mezclaba allí la miseria urbana con la campesina: en los suelos de los corrales, cestas viejas y cajas de las sombrererías alternando con la hoz mellada y con el rastrillo desdentado. Alguna de las casas daba la impresión de un relativo bienestar, y su aspecto era ya labradoriego: en sus corralizas se levantaban grandes montones de paja; las gallinas picoteaban en la tierra.

Cruzábase el río por un puente por donde pasaba la línea del tren de circunvalación; en las praderas próximas al Manzanares pastaban las vacas: algunos andrajosos, en verano, solían andar por allí despacio, con cautela, buscando grillos.

Había por ese lado, no lejos, unas casas que llamaban la China. Desde ellas, Madrid, anochecido, surgía amarillo, rojizo, con sus torres y sus cúpulas.

las, iluminado con la última palpación del sol poniente. Relucían las vidrieras del Observatorio. Una bola grande, de cobre, del remate de algún edificio, centelleaba como un sol sobre los tejados mugrientos; alguna que otra estrella resplandecía en la bóveda azul de Prusia del cielo; el Guadarrama, de color violeta oscuro, rompía con sus picachos blancos el horizonte lejano.



4. MANUEL AGUILAR (1914)

En 1973, para conmemorar el cincuentenario de su casa editorial, Manuel Aguilar (1888-1976) publicó un libro de memorias (Una experiencia editorial, escrito en 1963) que tiene como hilo conductor su larga y fructífera trayectoria profesional. Esta obra, apasionante para cualquier editor, está impresa en dos pequeños tomos cuya línea divisoria coincide con lo que suele ser un momento decisivo en la vida de muchos españoles: la llegada a la capital. En este caso, quien llega a Madrid a comienzos de la Primera Guerra Mundial es un joven valenciano, ya viajado y baqueteado en el mundo de la edición (era entonces delegado en España de la casa Hachette de París), que no tardará en iniciar una brillante carrera como empresario.

Medio siglo después, don Manuel recuerda sus primeras impresiones de aquella ciudad en pleno desarrollo, hormigueante de espías y croupiers, y es interesante advertir, pese a la brevedad del texto, la sutil gradación de tales impresiones: primero estrictamente físicas, después éticas y finalmente estéticas.

Al llegar a Madrid se recibe la inyección de euforia que proporcionan su altitud sobre el nivel del mar, la pureza del cielo y el aire tonificante del Guadarrama. He creído siempre que la alegría de Madrid y de los madrileños, tan celebrada por propios y extraños, es obra exclusiva de su altitud y de su latitud geográfica. Felipe II, en ese sentido de bondad climática, no pudo hacer elección más acertada. Mi primera impresión de Madrid fue, pues, excelente. Supongo que sucede igual a todos los forasteros. Luego, una vez acomodado el organismo al ambiente y entregado a mis tareas, tuve que ver la capital de España desde un ángulo práctico.

Era en 1914. Constituía España un islote de neutralidad colocado estratégicamente en el embravecido océano de la guerra, y por tal causa reencontré a varios personajes del turbio mundo que en las primeras semanas de la guerra había conocido ya con un pie en cada orilla del Bidasoa. Junto a ellos, se movían otros tales. De ellas, algunas habían cambiado de escudo de nobleza y de título, pero seguían aferradas a su profesión; de ellos, varios habían adoptado otra profesión, nominal, claro es, y en vez de banqueros se decían grandes contratistas o proveedores de los países beligerantes. Pero el

juego que se traían era el mismo. Lo ratifiqué un día al encontrar, dentro de un sobre en el que estaba escrito mi nombre, una carta destinada a otra persona. Habían abierto el sobre mío y el del otro, para enterarse del contenido, y sufrieron una equivocación al meter de nuevo los pliegos en los sencillos sobres. Me aseguraron, ignoro con qué fundamento, que el personal alemán del hotel fiscalizaba y vigilaba a todos: a los huéspedes beligerantes y a sus propios espías. Tal resaca de gentes poco recomendables fue compensada, en cierto modo, por la afluencia de capitales y hombres de negocios que dieron vida y desarrollo a numerosas industrias. Harto lo necesitaba Madrid.

En el plano de las actividades productoras, la capital me produjo efecto triste. No añoro el Madrid del primer cuarto de siglo, desde ningún punto de vista. El Madrid de hoy es infinitamente superior a aquél. Pido perdón a los copleros, cronistas, revisteros y cancionistas que rememoran el Madrid de hace cuarenta años con nostalgia. Sus predecesores de hace ocho lustros añoraban el Madrid de Chueca y de Bretón. Y otros, anteriores, el de Bretón de los Herreros, y así sucesivamente. Su misión era, y es, la de idealizar. Ocurre así en París, como en Buenos Aires y en Roma... Me quedo con el Madrid coetáneo, al que ya se encargarán de idealizar los copleros que escriban pasados cuarenta años.

Marqué esa actitud sentimental prefiriendo Rosales entre todos los barrios. Nada más distante —aunque estuviera en la misma ciudad— que Rosales, de los barrios castizos y del centro angosto. Las salidas y las puestas de sol que he contemplado y contemplo desde el balcón de mi casa, y el mar que, a falta de auténtico, finge la niebla en la hondonada y cuenca del Manzanares, también en la línea del horizonte, son espectáculos comparables a los más bellos de la Naturaleza. Pocas ciudades pueden ofrecerlos y mostrar el Guadarrama azul de los atardeceres limpios y encasquetado de nieve en los días invernales.

Las dos industrias más activas eran la de la construcción... y la de los «recreos», eufemismo que encubría los juegos de azar industrializados: bacarrá, caballitos, ruleta... Había casi tantos *croupiers* como albañiles. Los «recreos» funcionaban en palacios, y los *croupiers* se encargaban de vaciar las carteras. En 1923, el general Primo de Rivera mantuvo firmemente una disposición, que acaso hubiera sido provisional, por la que prohibía el juego. Creo que por ello merece un monumento. Los jóvenes que hoy acuden a las *boîtes de nuit*, donde se baila y se bebe, han salido ganando.

5. ALFONSO REYES (1915)

Como a tantos otros escritores americanos, a Alfonso Reyes (1889-1959) la vocación literaria le llevó en su juventud a París, donde en 1914 le sorprendió el estallido de la Gran Guerra. Huyendo de ella se trasladó a Madrid, que sería su lugar de residencia durante los siguientes diez años. Estos años españoles —«tan fecundos para mí en todos sentidos», como diría más tarde— marcaron de forma indeleble la obra del escritor mejicano, y la ciudad que le acogió, además de depararle valiosas experiencias y amistades, fue la inspiración de un «cuaderno de notas y rápidos trazos» titulado Cartones de Madrid, que se publicó en Méjico en 1917.

«Libro moderno, ágil, fresco y siempre sorprendente. El Madrid de principios de siglo visto a la luz del mejicano más universal de todos los tiempos», dice de Cartones de Madrid su prologuista Juan Velasco. Ciertamente, uno de los rasgos más notables de esta obra es la modernidad de la prosa con que Reyes aborda temas costumbristas tan rancios como «El Entierro de la Sardina» (capítulo V). Completamos su visión con un ácido fragmento de «Manzanares y Guadarrama» (capítulo VII), donde plasma lúcidamente la cara menos amable del carácter madrileño.

El Entierro de la Sardina

Pongamos un paréntesis a la ley social. Bajo el disfraz, que autoriza todas las franquezas, en la boca hueca de la máscara ríe el carnaval, rito higiénico de los desahogos.

En el poema de la Edad Media, Don Carnal se presenta matando y desollando reses. En las modernas prácticas madrileñas, el Carnaval se despide, hoy miércoles de ceniza, con el simbólico entierro de la sardina.

Pasemos de largo por la Castellana, sin reparar en las familias que se aburren oficialmente desde las tribunas o en las carrozas floreadas (¡Oh triste Carnaval sin música!). Hay que vadear el Manzanares: Madrid se realiza fuera de Madrid. He aquí el puente de la Reina Victoria, allí la Fuente de la Teja. Estamos en una pradera de troncos altos y derechos con ramos en las puntas: la Pradera

del Corregidor. A lo lejos, las vidrieras del Palacio Real llamean de sol, por entre las varas de un paisaje de Isser. Hay una humedad olorosa y el día es anuncio de la primavera.

Acuden de todas partes los alegres grupos, las comparsas, en cómica peregrinación que evoca los cuentos de Chaucer. El columpio y el tío-vivo ostentan su amable frivolidad. Vibra en el aire y esmalta el suelo el papelillo de siete colores. De cuando en cuando, riegan el espacio los cohetes caudales.

Tañendo un cencerro, pasa el viático de la sardina con un figurón a la cabeza que no se sabe si es hombre o bulto de harapos. Síguenle unos muchachos pintarrajeados que se han improvisado disfraces con los tesoros del basurero. Aquí y allá, en el dominó de Pierrot, arde el amarillo canario. Las chulitas llevan trajes de hombres: torturado el seno en la camisa viril, andan con unos pasos equívocos, desequilibrados por el tacón alto, y en los tubos de los pantalones casi desaparecen sus piecitos de empeine respingado. Bajo la gorra asoman las bolsas del cabello: tras el antifaz, os espían unos pecadores ojuelos.

Unos hacen ronda, otros se persiguen. Aquellos dos paletos, luchando, repiten la suerte diabólica llamada por los conceptistas del siglo XVII «zancadilla de horca». Algo tiene de las piruetas del jiu-jitsu que estuvo a la moda antes de la guerra. Sólo imaginarla es un tormento, y la hallo descrita en ciertos romances de guapo donde se cuenta que mataron a uno

con zancadilla de horca,
pues, con los pies en el aire,
los brazos le fueron sogá.

Por entre la multitud, va trastabillando un hombrecito inmaculado —un *dandy* extraviado seguramente—, a quien una curiosidad peligrosa atrajo hasta estas regiones del infierno. Tropieza, pide excusas, y va suscitando a su paso mil y un incidentes de cortesía.

El espectáculo, en efecto, es crudo y castizo, y hay que prevenir el ánimo; hay que saber aguantar el arañazo de la maldición castellana: hay que saber celebrar las insolencias del granuja aplaudido y los chistes del rufián contento.

El genio grotesco de la raza estalla aquí en todo su vigor. El hombre del pueblo ensaya alambicadas posturas y hace resorte de su cuerpo. Aquí el grito loco y lírico, la palabra sin contenido racional, tecnicismo de la extravagancia. He oído a un muchacho gritar a otro que llevaba una máscara de burro:

—¡Eh, tú, cabeza de ópera!
Dejo la exégesis a los maliciosos.

Pero nada es mejor que acatar, en sí misma, esta ideación deshilachada del hombre que se regocija. ¿Ni quién seguirá las cabriolas que hace con el alma y con el cuerpo este pueblo genial? Aquí los saltos animales de la risa y las sacudidas y el pataleo; aquí la gracia bronca, el gesto muñeco y la canción del *taratachumba*.

De pronto, rasgan el aire las cornetas acatarradas, los gañidos de la gaita y el latir del tambor. Y la danza, entonces, como en un organismo único, tiembla a un tiempo mismo en toda aquella red humana tendida por la pradera. El gaitero, que tiene una inquietud divina, se balancea, entornando los ojos de pestañas rubias.

La riqueza del carnaval plebeyo consiste en que es una creación. Aquí no se ha comprado el disfraz, ya hecho, en los almacenes, ni el que se disfraza quiere repetir siluetas de la historia. Aquí la mascarada ha brotado, como del ombligo de la tierra, del montón de los despojos, del bagazo de la ciudad, de la basura y del estiércol. Así es: del saco del trapero surge la creación del Carnaval. Y he aquí cómo esta sutilísima industria de recoger lo que otros tiran —fábula del sabio más sabio, o del más pobre, que todo es uno—, halla por fin su justificación plena y estética el día en que el chico del arrabal, con un chispazo del fuego hereditario, se encaja hasta las orejas el hongo desgarrado, mete las piernas por las mangas de su blusa, se envuelve en un trapo habido de limosna, y llega botando y girando hasta la Pradera del Carnaval.

El mendigo, o no se viste de nada, sino meramente de fantasía —y entonces engendra monstruos que hubieran desconcertado la imaginación febril de San Antonio—, o descubriendo por su cuenta la paradoja del poeta inglés ¡se viste de mendigo!

Y la escena se desarrolla como en el cuadro de Bosco el flamenco, cuyo recuerdo, mientras la presenciábamos, estuvo acosándonos como una avispa: míranse, bajo el carro, todas las alimañas que horadan la tierra y devoran las semillas, con sus hocicos en punta de alfiler y con sus ojitos de chaquiras. Pero la alimaña va transformándose al trepar por la masa de heno que cabecea en el carro. Ya arriba, hay unas figuras humanas que tocan instrumentos de música. Y el carro, los hombres, las bestias y los monstrucillos se desarrollan bajo el ojo de llamas. Así, desde la fragua del carnaval plebeyo, adonde se mezclan en borrasca los desperdicios de la vida, nos ha parecido mirar la escala que liga el monstruo al hombre y a éste lo confunde con el misterio.

Todo el día ha cantado esta gente, todo el día ha bebido y ha bailado, y aún vuelve por la noche alborotando las calles y revoloteando en torno a los

faroles. Y si la fuerza de las razas se mide por su resistencia a la alegría... ¡oh España! ¡oh España!

Manzanares y Guadarrama

Aproximadamente, reza así el proverbio madrileño: *Nueve meses de invierno, y tres de infierno*. Lloremos sobre los tres meses de infierno; lloremos como llora el cielo sobre ellos (agua, nieve, hielo), en un largo arrepentimiento que dura lo que una gestación. El corto verano de sangre empaña con plebeyos hálitos el alma madrileña. ¡Quién tendiera un manto de nieve, de nieve perenne, sobre la meseta de Madrid!

El paisaje es fino, el aire claro. Velázquez, en los fondos de sus retratos, sorprende el espíritu de Madrid. Graciosa es la gente que se tiende por la pradera en ese paisajito de Goya... En los corredores de Palacio, desde el Balcón de la Armería, se puede admirar el Madrid posible.

Entonces ¿por qué hay almas rudas y voces roncas? ¿Por qué hay chiste insulso y carcajada procaz? ¿Por qué hay, subrepticia, sorda, inequívoca, una corriente de odio a la belleza? ¿Por qué una gran parte de la gente tiene siempre «el aire de estar de vuelta»? ¿Por qué el provocar en ellos una nueva curiosidad —gusto de la vida— es incomodarlos, «darles la lata»? ¡Oh, meses de infierno! ¡Visceras y estiércol y sangre sobre la tierra! ¡Ola de la vida Perezosa, ola chocarrera, Manzanares, maldito seas! ¡Parodia escasa, agua pi-caresca, maldita seas!

No faltan las siluetas elegantes, las líneas sobrias y los ademanes justos. Muchos sabrían llevar con dignidad el guante suspendido ligeramente por el índice, como el propio Baltasar Carlos. Por eso en inglés es frase hecha que todo español es un gentleman.

No faltan (¡oh, no!) los mejores, los hijos de su invierno. Y entonces, al paso de su vida van resonando sus pensamientos como un par de espuelas de plata. «Cervantes, Gracián, Goya, Larra», anota «Azorín».

Pero ¿y los demás? ¿Por qué el paisaje fino de Madrid no crea necesariamente hijos superiores? ¡Persuádelos, Guadarrama, cumbre de diamante! Transfórmalos entre frías ondas de espíritu. Castígalos con saetas de hielo. Aclara los ojos, afina las narices, alarga los dedos, apresura los pasos y los pensamientos, aprieta los músculos y enciende, por dentro, renovados estímulos. Persuádelos, Guadarrama, cumbre de diamante.

6. LEÓN TROTSKY (1916)

León Trotsky (1879-1940) pertenece a una clase peculiar de viajeros —los revolucionarios— muy abundante a principios de siglo, cuyas idas y venidas por Europa no dependían tanto de su voluntad como de la de las autoridades policiales. Como es sabido, Trotsky pasó media vida —antes y después de la Revolución soviética— errando de país en país, acosado no sólo por la policía sino también por sus adversarios políticos. En 1916, tras ser expulsado de Francia, se vio obligado a venir a España, donde no tardaría en correr la misma suerte. «Anarquista peligroso, cuyo nombre damos, ha pasado la frontera por San Sebastián. Piensa instalarse en Madrid», fue el telegrama con que la Prefectura de París advirtió de su llegada a la policía madrileña.

Así, en su breve estancia en nuestra ciudad, Trotsky (al igual que otros ilustres viajeros en siglos anteriores, como Casanova o Borrow) fue a parar con sus huesos en la cárcel, en este caso la Modelo. En su autobiografía de 1929 (Mi vida, traducida por Wenceslao Roces) cuenta con detalle el episodio, salpicando el relato con reflexiones amargamente irónicas. «Encarcelado en Madrid! Jamás pude soñarlo.» Quién le iba a decir que la ironía del destino le llevaría a acabar sus días en Méjico, un cuarto de siglo después, brutalmente asesinado por un español cuyo nombre —Ramón Mercader— figura desde entonces en la letra pequeña de la historia universal de la infancia.

En San Sebastián, donde admiré el mar y me quedé espantado de los precios, tomé el tren para Madrid. Heme aquí en una ciudad en que no conocía a nadie —ni a un alma— y en que de nadie era conocido. Y como no sabía tampoco español, no podía sentirme más solo ni en medio del Sahara ni recluido en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. No me quedaba otro camino que acogerme al lenguaje del arte. Los dos años de guerra me habían hecho casi olvidar que existía arte en el mundo. Me lancé con la furia del hambriento sobre los tesoros deliciosos del Museo del Prado y, como en otro tiempo, volví a sentir en este arte el elemento de lo «eterno». Rembrandt, Ribera. Los cuadros de Jerónimo Bosch, genial en su simplista goce de vivir. El vigilante, un hombre viejo, me dio una lupa para que pudiese ver mejor las figurillas de los aldeanos, los asnos y los perros que pululan en los cua-

dros de Miguel. Aquí no se notaba para nada la guerra. Cada cosa ocupaba, imperturbable, su lugar y los colores vivían su vida propia y libre. [...]

El secretario del partido socialista, Anguiano, a quien tenía el propósito de visitar, estaba por aquellos días en la cárcel cumpliendo quincena, por haber faltado al respeto a un santo de la Iglesia católica. De haber ocurrido esto unos siglos antes, le habrían quemado en la hoguera sin más contemplaciones.

Mientras llegaba la contestación de Suiza, seguía estudiando algunas palabras de español, charlando con Gabier y visitando los museos. El día 9 de noviembre fui llamado al pasillo con gestos de terror por la doncella de la pequeña pensión en que me había instalado Gabier. En el pasillo aguardaban dos sujetos de pelaje inconfundible, que sin perder el tiempo en grandes cortesías me invitaron a que les acompañase. ¿A dónde? No hace falta preguntarlo: a la Dirección de Policía de Madrid. Llegado al punto de destino, me sentaron en un rincón.

—¿De modo que estoy detenido? —pregunté.

—Sí; por una horilla o dos.

Mis siete buenas horas me tuvieron en la Dirección, sin cambiar de postura. Hacia las nueve me llevaron escaleras arriba. Hube de comparecer ante un olimpo bastante numeroso.

—¿Y por qué se me detiene, si puede saberse?

Esta pregunta, a pesar de ser tan sencilla, causó el asombro de los olímpicos. Una tras otra fueron aventurándose diversas hipótesis. Uno de aquellos señores habló de las dificultades que el Gobierno ruso ponía para los pasaportes de los extranjeros que se dirigían a aquel país.

—¿Si supiera usted el dinero que nos cuesta perseguir a nuestros anarquistas!... —dijo otro, como si quisiera con esto moverme a compasión.

—Pero, permítame usted, no es posible que se me haga responsable al mismo tiempo de la policía rusa y de los anarquistas españoles...

—Cierto, cierto; lo decía sólo a modo de ejemplo...

—¿Qué ideas profesa usted? —me preguntó, después de mascullar un poco, el jefe.

Procuré explicarles, en forma vulgar, cuáles eran mis ideas.

—¡Hola, ahí lo tiene usted! —me contestó el hombre.

Por fin, el jefe me hizo saber por medio de un intérprete que se me invitaba a salir de España cuanto antes, y que entre tanto no tenía más remedio que someter mi libertad «a algunas restricciones».

—Sus ideas son demasiado avanzadas (*trop avanzées*) para España —me dijo, con una hermosa sinceridad, a través del intérprete.

A las doce de la noche, un agente de policía me condujo en un taxi a la cárcel de Madrid. El inevitable cacheo en el centro de la «estrella», donde se cruzan las cinco alas del edificio, de cuatro pisos cada una. Escaleras de hierro. Silencio, ese especial silencio nocturno de la celda, lleno de fuertes emanaciones y de pesadillas. En los corredores, bombillas eléctricas mortecinas. Todo conocido, todo igual. El chirrido de la puerta blindada que se abre. Una pieza grande medio en tinieblas, el aire recargado de la prisión, el mísero camastro que da asco ver. El chirrido de la puerta que se cierra. ¿Cuántas veces se ha repetido ya esta historia? Abro el ventacuno cruzado por barrotes. Se cuele una bocanada de aire fresco. Sin desvestirme, con todos los botones abrochados, me tiendo en la cama y me arropo con mi abrigo. Hasta ahora no me di cuenta de lo absurdo que era todo lo sucedido. ¡Encarcelado en Madrid! Jamás pude soñarlo. No puede negarse que Isvolsky había trabajado a conciencia. ¡En Madrid! Y allí, tendido en un camastro de la Cárcel Modelo, sin poder contenerme, me eché a reír con todas mis ganas. Riendo, me quedé dormido.

En el paseo, los presos por delitos comunes me dijeron que en esta cárcel había celdas gratis y celdas de pago. Una celda de primera costaba peseta y media, y siendo de segunda, 75 céntimos al día. El preso tenía opción a una habitación alquilada, pero no se le reconocía el derecho a rechazar la que le daban gratis. Mi celda era una de las de primera clase, de las caras. Oyendo aquello, volví a echarme a reír muy de buena gana. Pero en realidad no podía negarse que la organización era lógica. ¿Por qué ha de reinar la igualdad en las cárceles de una sociedad cuyo fundamento es la desigualdad en todas las cosas? Dijéronme también que los moradores de las celdas caras podían pasear dos veces al día, una hora de cada vez, mientras que los demás sólo tenían media hora de paseo. También aquello era lógico. Los pulmones de un estafador, por ejemplo, que puede pagar peseta y media al día tienen derecho a una ración de aire mayor que los del huelguista que respira gratis.

Al tercer día de estar en la cárcel me llevaron a tomarme las medidas antropométricas, y me ordenaron que pusiera las yemas de los dedos encima de una plancha sobre la que habían extendido tinta de imprimir, para sacar las huellas dactilares. Como me negara, lo hicieron por la «fuerza», aunque con una refinada cortesía. Yo me puse a mirar por la ventana mientras el vigilante me iba ensuciando cuidadosamente los dedos, uno tras otro, y sellando con ellos no sé cuántas fichas y hojas de papel, lo menos diez: primero la mano derecha y luego la izquierda. Hecho esto, me dijeron que me sentase y me quitase las botas. Me negué a ello. Con los pies, la cosa no era

tan sencilla. Los empleados de la cárcel me rodeaban sin saber qué hacer. Por fin, me dejaron y lleváronme al locutorio, donde me aguardaban Gabier y Anguiano, a quien habían sacado de la cárcel —pero no de ésta— el día antes. Me comunicaron que habían puesto en movimiento todos los resortes para conseguir mi libertad. Al salir, me crucé en el corredor con el cura de la cárcel, el cual me manifestó sus simpatías católicas hacia mi pacifismo, y añadió, a guisa de consuelo: *¡Paciencia, paciencia!* Realmente no me quedaba otro recurso por el momento.

El día 12 por la mañana se presentó un agente de policía a comunicarme que aquella noche debía salir para Cádiz, y me preguntó si deseaba pagarme yo mismo el billete. Como aquel viaje no respondía, ni mucho menos, a mi propósito, di las gracias y me negué resueltamente a costeármelo. Ya estaba buena con que pagase la pensión en la Cárcel Modelo.

Aquella noche íbamos camino de Cádiz, viajando a costa del Rey de España.

Traducción de Wenceslao Roces



7. JOHN DOS PASSOS (1916-1933)

De los escritores de la llamada «generación perdida», John Dos Passos (1896-1970) fue quien tuvo una relación más estrecha y sincera con España, aunque la fama se la llevara ese gran propagandista de sí mismo que fue su amigo Hemingway. Pocos saben, por ejemplo, que el autor de Manhattan Transfer pasó varios meses entre 1916 y 1917 estudiando español en Madrid, o que uno de sus primeros libros fue una colección de ensayos sobre la cultura española. Dos Passos, que volvería a Madrid en numerosas ocasiones durante los años veinte y treinta, tuvo siempre aquí excelentes amigos, como José Giner o el propio Unamuno. Viajero incansable y perspicaz, esta predilección por nuestro país le acompañó a lo largo de su aventurera existencia.

Ya en su vejez (1966) publicó The Best Times, «libro informal de memorias» sobre las primeras décadas del siglo, traducido al español por José Luis López Muñoz con el título de Años inolvidables. De él hemos seleccionado varios pasajes correspondientes a tres épocas: su primera estancia en 1916, una visita durante los años veinte y otro viaje con su mujer en 1933. Páginas llenas de humor y entusiasmo juvenil, en las que no se habla tanto de la ciudad como de los alrededores, de la Sierra, de sus amigos y de momentos históricos como las últimas horas de Alfonso XIII en el Palacio Real.

Primeras impresiones (1916)

Mientras tanto, Dos Passos Junior se ha establecido en la Pensión Boston, junto a la Puerta del Sol en Madrid. Lo encuentra todo delicioso: la cortesía española, los serenos con sus linternas y sus largas capas, que abren la puerta por la noche, los sonidos roncOS y los fuertes olores de la ciudad.

Las cartas que Juan Riaño había proporcionado a mi padre no podían haber resultado mejor elegidas. Eran para periodistas y gente relacionada con la que empezaba a ser conocida como generación de 1898. A pesar de mi enorme timidez, fui a tomar el té con Juan Ramón Jiménez, que ya entonces

parecía sacado de un cuadro de El Greco, y me presentaron al formidable Valle Inclán de barbas de chivo a las tres de la mañana en un café lleno de corrientes de aire.

Un fornido estudiante de derecho llamado Carlos Posada me llevó a escalar la sierra de Guadarrama, que se convirtió inmediatamente en mi cordillera favorita. Un individuo de escasa estatura y barba negra llamado José Giner, sobrino de Giner de los Ríos, el gran educador, apóstol de los liberales españoles, resultó ser amigo de todos los sacristanes y conocer todas las obras maestras olvidadas de los pueblos desperdigados por las llanuras de Castilla. Los dos éramos grandes andarines. Nos hicimos muy buenos amigos y no tardamos en llamarnos de «tú». [...]

Paseos y escaladas

Pepe Giner era mi cicerone. Por la tarde, pasábamos a veces frente a la encantadora ermita de Goya a la que la expresión de Jefferson «arquitectura esférica» se aplica tan bien, y atravesando la llanura de encinas que constituye el fondo de los retratos de Velázquez, llegábamos hasta el antiguo pabellón real de El Pardo. El padre de Pepe, un médico retirado, era el conservador. Como Juan Ramón Jiménez, también él parecía pintado por el Greco. La madre de Pepe, siempre de negro, era una de las señoras devotas en los cuadros de monjas de Zurbarán. Tomábamos una especie de merienda-cena con ellos y regresábamos al oscurecer. El Madrid que veíamos alzarse en silueta contra el cielo del crepúsculo era todavía la ciudad que pintara Goya.

Los domingos nos levantábamos pronto para coger a las seis y media el tren de la Sierra. Me había incorporado a un grupo muy unido de montañeros. Pepe, que era un católico devoto, pero muy discreto, se levantaba una hora antes para ir a Misa.

«Mi mayor alegría» le escribí a Arthur, «es la Sierra de Guadarrama, la larga cordillera de montañas pardas hacia el norte y el oeste. El sol se pone del otro lado con deslumbrante gloria. Nunca he visto crepúsculos parecidos; remueven el alma como un cocinero remueve una sopera de caldo pero, ¡con qué cuchara de oro! Todos los domingos, en compañía de un perfecto caballero español y del Todo Madrid, equipado con atuendo alpino, mochila y todo el resto, me traslado allí y me dedico a escalar. Los paisajes más maravillosos surgen por todas partes. Desde la cumbre se ven las llanuras de Castilla la Vieja y Castilla la Nueva; hacia el norte, de un color amarillo rojizo; hacia el sur, de un amarillo color paja que acaba perdiéndose al pie de

las montañas detrás de Toledo. La nieve de los picos toma formas extraordinarias de plumas y cuchillos debido al viento; y cuando el cielo es de un azul intensísimo y las rocas bordeadas de nieve brillan al sol, y cuando se puede ver desde Segovia hasta Toledo... ¿cómo extrañarse de que la musa enmudezca? Embarras de richesses.»

Por entonces ya leía yo la renovación de la picaresca hecha por Baroja, *Mala hierba*, *La busca*, *Aurora roja*. Las impresiones nuevas se acumulaban tan de prisa que ninguna jornada era lo bastante larga para albergarlas. El castellano suponía un reto continuo. Yo sufría todas las cómicas confusiones de un idioma nuevo. Todo me divertía. A medida que aprendía algo del idioma, las conversaciones en el comedor de la pensión Boston, donde me hospedé mientras aguardaba una vacante en la Residencia de Estudiantes, resultaban más y más entretenidas. Era una asamblea políglota. «Mientras don Lorenzo, el propietario-camarero, nos sirve, uno tras otro, deliciosos platos españoles, un flujo incesante de conversaciones circula alrededor de la mesa. La Escritora y el Caballero Danés hablan en alemán. Yo hablo en mal castellano con el Caballero Danés que contesta en inglés a los americanos y en francés a las señoras portuguesas que a su vez hablan portugués entre ellas, en francés conmigo, en castellano con los españoles, que a su vez utilizan una considerable variedad de dialectos.» La calidad de los alimentos nunca terminaba de sorprenderme. El aire cortante del invierno me daba un perpetuo apetito. Escribí a casa que las comidas no se acababan nunca; los españoles se pasaban todo el tiempo comiendo, a excepción de los que se morían de hambre.

Cuanto leía y veía formaba parte de un mismo decorado. Toledo era la misma que aparece en las Novelas Ejemplares de Cervantes, y las escenas callejeras de la Puerta del Sol eran las que escribió Lope de Vega. [...]

Una noche memorable

Una de las manifestaciones de la rebelión de Roly contra su padre y el mundo de los negocios era que insistía en ir con playeras a todas partes. Las playeras de Roly resultaban especialmente embarazosas porque en la España de aquellos días, por muy andrajoso que vistiera un hombre, siempre se las apañaba para calzar buenos zapatos y usar un buen sombrero. Cuando íbamos a los cafés, los camareros contemplaban las playeras de Roly sin ocultar su desagrado. En los conciertos, conseguían horrorizar a las madrileñas elegantemente vestidas.



Uno de los placeres de la compañía de Roly y Downes era que les gustaba beber. Ninguno de mis amigos españoles bebía más de un vaso de vino y muchos sólo bebían agua. Pasamos una noche memorable en una cervecería alemana llamada El Oro del Rhin. Comimos mucho durante la cena y después les llevé a ver a Pastora Imperio. Yo ya la había visto antes. La consideraba la mejor bailarina de todos los tiempos. Todos nos entusiasmamos. Enfervorizados por *lo flamenco*, volvimos al Oro del Rhin.

En aquellos días yo llevaba siempre en el bolsillo un volumen con los poemas de Jorge Manrique. Empecé a leer el poema de Manrique a la muerte de su padre. El castañeteo de los dedos de Pastora era tan inevitable como la muerte, gritamos por encima de las jarras de cerveza. Aquel poema y Pastora, proclamaba yo, eran las dos grandes experiencias de mi vida.

De pronto, nos dimos cuenta de que nos molestaba la melosa música alemana. Roly se fue a acostar, pero como era una fresca y clara noche bañada por la luna, Downes y yo decidimos que sería divertido ir andando hasta Toledo. Pasamos bajo los soportales de la calle de Toledo, cruzamos la Puerta y avanzamos por la blanca carretera. El camino estaba animado con el sonido de los carros, tirados cada uno por tres, cuatro o hasta cinco recias mulas. Siempre, precediéndolas, iba un borriquillo trotando con pasos menudos. Hablamos con los arrieros. Nos dieron a beber de sus botas. No estamos en el presente, nos decíamos el uno al otro, estamos en la España de Don Quijote y de Sancho Panza.

Escribí unas líneas entusiastas en mi cuaderno, repleto ya de *olé*s a Pastora: «Una noche maravillosa con estrellas que brillaban débilmente y con la larga sucesión de las suaves laderas de Castilla, de un indeciso color marrón bajo la luna. Los gallos cantaban y los perros ladraban en la lejanía y parecía oírse el rozar de la faldas de las estrellas mientras interpretaban su danza ceremonial en el cielo. En las zonas más bajas había neblina y todo quedaba confundido en una tonalidad de plata bruñida. Finalmente la luna, que parecía una naranja arrugada y medio podrida, se ocultó cuando el primer brillo acerado de la aurora asomaba por Levante.»

Atravesamos zonas de neblinas a ras de tierra que parecían lagos en las cañadas, hasta que el sol empezó a calentar nuestras mejillas.

Por supuesto, nunca llegamos a Toledo. En Torrejón nos acercamos a la estación de ferrocarril para sentarnos a descansar. Nos dolían los pies y teníamos muchísimo sueño. ¿Debíamos continuar? El último arriero con el que hablamos nos dijo que aún quedaban veintisiete leguas, pero nos recomendó mucho que siguiéramos andando. Había que considerar el dinero que economizaríamos por no tomar el tren...

Entonces me acordé de que tenía un compromiso para cenar en Madrid. Y nada menos que en la Embajada. Mi padre me había proporcionado una carta para el embajador americano y había insistido en que la presentara. Uno de los secretarios me había invitado a cenar muy en contra de mis deseos. Aquella noche era la noche fatal. Volvimos a Madrid en tren, pero a pesar de todo el paseo nos dejó un recuerdo impercedero. [...]

Ceremonia cortesana (años veinte)

Durante una breve visita a Madrid en los años veinte, Pepe Giner me llevó al palacio real para ver una de las ceremonias de la corte: ceremonia que, por cierto, iba a celebrarse escandalosamente pronto. Nos reunimos a las seis y media de la mañana en un café de la plaza de Oriente. Pepe tenía invitaciones especiales. Llegábamos tarde; pasamos a toda prisa frente a los guardias a caballo en el patio. Un conserje uniformado, con una cadena de plata cruzándole el chaleco, nos hizo subir precipitadamente por una escalera de caracol para incorporarnos a una fila de personas que permanecían de pie, la espalda contra la pared, en un estrecho corredor adornado con tapices. La dura luz de la mañana castellana entraba a raudales por una ventana frente a nosotros.

Estábamos aún jadeantes cuando el cortejo llegó a nuestra altura. Alfonso XIII andaba de prisa, destacado de la masa de uniformes, medallas, bandas de colores, espadas repujadas, monóculos y bigotes de los grandes de España y de los collares, las joyas y los pendientes de las damas de la corte. Todos tenían la horrible expresión de quien se ha visto forzado a levantarse demasiado pronto. Don Alfonso pasó tan cerca que su charretera casi rozó nuestros pechos, mientras hundíamos los hombros en el tapiz de detrás para hacerle sitio.

En aquella luz, los trazos del rostro del monarca se destacaron con gran claridad; pude ver la nariz pálida y delicada, los ojos muertos y la barbilla desmesurada que caracteriza a los Austrias en los retratos de Velázquez. No eran las facciones serenas y altivas de Felipe IV; era más bien la expresión de pobre de espíritu que Velázquez había captado en el rostro de Carlos II, «el Hechizado»: el rey que terminó tan lamentablemente la gran estirpe de la Casa de Austria y dejó el trono vacante para los Borbones franceses.

Alfonso tenía mucho de *playboy* internacional en sus costumbres: era lo que los españoles llaman un «señorito». Su aspecto céreo se debía quizá a la resaca de la noche anterior; muy posiblemente no habría podido acostarse.



No cabía duda de que tenía prisa por acabar con aquella aburrida ceremonia. Su rostro desapareció inmediatamente, pero la imagen quedó grabada en mi memoria. De no haberme pasado tanto tiempo estudiando los retratos de Velázquez no creo que lo hubiera visto de aquella manera.

Palacio Nacional (1933)

Cuando Katy y yo llegamos a Madrid en uno de mis viajes de convalecencia, nos encontramos con que Pepe Giner se había convertido en uno de los conservadores de aquel palacio. Bajo la república había que llamarlo el palacio nacional.

Nadie mejor cualificado que él. Nos condujo por la gran escalera de mármol hasta el salón del trono, con sus leones dorados y su profusión de bustos negros de emperadores romanos. Todo aquello era obra de los Borbones. Pepe nos enseñó el techo que Tiépolo había pintado para Felipe V. Se mostraba tan entusiasmado que, finalmente, empecé a apreciar la magnificencia de aquellas nebulosas abstracciones de gobierno y poder, bañadas en la fría luz de las esferas celestiales. Hasta entonces, apenas me había dignado mirar a los últimos representantes de la escuela veneciana.

Aquel día, Tiépolo venía bien con nuestro estado de ánimo. Teníamos grandes esperanzas de que el nuevo poder republicano en España avanzara envuelto en la clara luz de la razón. El resto de Europa estaba hundida hasta el cuello en una locura de poder que la sofocaba. En los periódicos de la mañana habíamos leído las noticias sobre la purga de Stalin. En Berlín, Hitler proclamaba un milenio de nacional socialismo, mientras Mussolini peroraba sobre la gloria militar de un extremo a otro de la península italiana y la turbamulta nazi amenazaba las instituciones liberales que parecían tan firmemente establecidas en Viena.

En el palacio nacional reinaba la calma. Nosotros éramos los únicos visitantes. Mientras nos enseñaba el similar, los tapices y los relojes antiguos, Pepe, con su manera humorística habitual y como quitándole importancia, nos describió la marcha del último de los Borbones.

Don Alfonso había pasado un cuarto de hora muy desagradable cuando, después de un período de disturbios y huelgas generales contra la monarquía, los aviones de Ramón Franco sobrevolaron Palacio. Ramón Franco era un joven oficial al frente del movimiento de protesta contra la ineficiencia y corrupción que habían causado los desastres militares de Marruecos. Ramón era el más popular entre los aviadores españoles, el ídolo de las fuerzas aéreas. Los avio-

nes se contentaron con volar por encima de Palacio. Cuando llegó el momento de arrojar las bombas, a Ramón Franco le faltó coraje. Fue el ver a los niños jugando en la Plaza, les dijo Ramón a los simpatizantes portugueses que le interaron cuando se refugió en Lisboa; su intención había sido destruir el palacio y acabar para siempre con los Borbones.

A don Alfonso aquello le afectó profundamente. Aunque se sentía más a gusto ante una mesa de ruleta que frente a los problemas de gobierno, no era mala persona. Trató sinceramente de promover el desarrollo de una monarquía más constitucional al estilo inglés, pero cuando se hicieron unas elecciones más representativas los españoles votaron abrumadoramente por la república. Los estudiantes empezaron a gritar «Muera el rey, viva la república», mientras escapaban de los sables de la Guardia Civil por las calles adoquinadas de Madrid.

Una hermosa mañana de abril, don Alfonso decidió de repente que ya estaba bien. Quizá se cansó de que todo el mundo le dijera lo que tenía que hacer. Aquella tarde quemó una serie de documentos en su despacho y cruzó el palacio hasta llegar a la habitación donde su mujer, la inglesa, tomaba el té. En términos que no dejaban lugar a dudas le dijo que aquello era el fin. Salía para Francia. La reina tendría tiempo de hacer el equipaje y seguirle por tren con sus hijos. Él se marchaba en automóvil a Cartagena aquella misma noche. Un buque de guerra le esperaba. Entre los oficiales de la marina tenía amigos en los que podía confiar. La reina se reuniría con él en Biarritz. Y de esta manera, aprovechando la oscuridad, don Alfonso se marchó de Palacio tan furtivamente como el cajero de un banco que ha cometido un desfalco.

El pueblo de Madrid, al despertar a la mañana siguiente, se encontró, para su gran sorpresa, constituido en república. El único acto de violencia incontrolada que cometieron fue derribar la hermosa estatua ecuestre de Felipe III en la Plaza Mayor: una estatua que Pepe y yo admirábamos siempre cuando íbamos a «Botín». Mientras hacía el inventario de los bienes reales, Pepe se encontró por casualidad con la corona de España en una bolsa de tela verde, escondida en un viejo armario ropero.

Mientras nos contaba los sucesos, iba enseñándonos las habitaciones donde habían ocurrido los distintos episodios. Tuvimos la sensación de haberlos presenciado.

El Ateneo

Yo pagaba los gastos de nuestro viaje escribiendo algunos artículos sobre la segunda república; «La República de los Hombres Honrados», como la



llamaba la prensa liberal. Conseguí una entrevista con Manuel Azaña, el Primer Ministro, a quien se señalaba ya como sucesor de Alcalá Zamora para cuando éste se retirara de la presidencia.

Durante mis primeros tiempos en Madrid, Azaña era el presidente del Ateneo. El Ateneo era una de esas viejas instituciones que florecieron en los principios del siglo XIX, fruto del entusiasmo por las artes y las ciencias. Tenía una biblioteca muy buena y yo solía trabajar en la sala de lectura en los días en que hacía demasiado frío en mi habitación de la pensión «Boston». Una ventaja sobre otras bibliotecas era que se podía fumar. Había un camarero que traía café e iba incluso a buscar bocadillos si se le pedían. [...]

Aquella tarde nos paseamos por los barrios obreros de detrás de la Plaza Mayor. El partido socialista estaba celebrando una feria. Distribuían literatura en casetas agradablemente decoradas. Había puestos de comidas y barracas con juguetes de fabricación casera en las que se vendían caricaturas de los diferentes *políticos* en forma de títeres. Era todo muy inocente y muy divertido. Una de las casetas exhibía este anuncio: *Limonada socialista*.

Unamuno se moría de risa cuando se lo conté. Fue la última vez que vi a don Miguel. Con su piel apergaminada y su frente estrecha y abombada cada vez se parecía más a don Quijote. No pude conseguir que hablara de la república, a cuya venida tanto había contribuido. Sólo preguntó quejumbrosamente: «¿Dónde están los grandes hombres?» [...]

La Cucaracha

En aquella ocasión queríamos ver España por carretera. Como, al parecer, no había manera de alquilar un automóvil, compramos un diminuto Fiat de segunda mano al que llamamos «la Cucaracha». El campo nunca nos había parecido tan hermoso como en aquel viaje. En El Escorial pasamos mucho tiempo en las habitaciones privadas de Felipe II. Se conservan tal como él las dejó. De aquellas habitaciones con desnudas paredes de yeso, amuebladas con elegancia, pero con modestia, para un personaje real de la época, se sale saturado de la personalidad de aquel hombre rígidamente devoto, trabajador infatigable e inventor del sistema burocrático que mantuvo unido el imperio español en Europa y América durante dos siglos. Y, por supuesto, sus intenciones eran buenas. Cuando se gloraba de quemar a los herejes creía estar sirviendo a Dios y a los hombres. Me fue imposible dejar de considerar todo el mal que pueden hacer los que trabajan por el triunfo del bien. [...]

Llegamos al hotel Alfonso de Madrid muy pocos días antes de que saliera de Gibraltar el barco italiano que tenía que llevarnos a casa. Para empeorar las cosas, tuve que meterme en la cama con una recaída de las fiebres reumáticas de la primavera anterior. Pusimos un anuncio en los periódicos. «*Cochecito a vender*». Soñaba con recuperar casi todo lo que había tenido que pagar por la desdichada Cucaracha. Llegaron varios posibles compradores y hablé con ellos desde mi lecho de enfermo, mientras Katy les hacía los honores con una copa de jerez.

Todos se echaron atrás al oír el precio, hasta que apareció un joven oficial del ejército, resplandeciente en su uniforme rojo y azul. *Qué muchacho más simpático*. El *cochecito* le gustaba. El precio estaba muy bien. Presentó sus credenciales. Todo lo que pedía era que se le dejara probar el cochecito en la carretera. Estaría de vuelta en una hora. ¿No era una cosa muy razonable? Le hice una nota para el garaje. Se retiró después de desearme, con gran elocuencia, una rápida mejoría.

Pasó una hora. Pasó un día. El teniente no aparecía. Llamamos al garaje. El *cochecito* tampoco aparecía. Llamamos a algunos amigos. Llamamos a la policía. La policía envió a un muchacho vestido de paisano con quien mantuve una larga conversación sobre el barroco en la poesía, Góngora para ser más exacto. Apuntó todos los detalles con gran esmero en su bloc de notas y se marchó después de varias copas de jerez. Nunca he tenido una impresión más clara de ser un perfecto imbécil.

Pasó otro día sin noticias. Después, el entendido en Góngora me telefonó: buenas noticias. La policía había recuperado el *cochecito*. En este mismo momento reposa en el patio de *Gobernación*, en la Puerta del Sol. Bravo. No me mostré tacaño en expresiones de gratitud y felicitaciones. Qué estupenda policía había en aquel Madrid republicano.

Apenas había colgado el teléfono cuando hicieron pasar a mi habitación a otro oficial del ejército, un capitán esta vez. Me hizo saber que estaba muy avergonzado. El teniente era su hermano. Tenía que disculparle. Su hermano estaba un poco loco. Su manía era llevarse coches para probarlos y luego no los devolvía. El capitán me pedía respetuosamente que me abstuviera de presentar la denuncia. Su hermano había sido ya internado en una casa de salud. ¿Qué podía hacer yo? El coche había sido recuperado. Ser-vimos más jerez y el capitán nos prometió eternos sentimientos de fraternidad.

Tan pronto como pude tenerme en pie, me trasladé a Gobernación para hablar con la policía. Habíamos encontrado otro comprador, a mitad de precio. Queríamos el coche. La policía se mostró extraordinariamente cortés.

El *cochecito* estaba perfectamente seguro. Me llevaron a verlo a un patio trasero. Le habían puesto una alambrada alrededor para que nadie pudiera tocarlo.

¿Podía llevarme el coche? Tenía un comprador. Salía para Gibraltar al día siguiente. El inspector jefe se mostró muy afligido al saber estas noticias, pero el coche tenía que quedarse allí como evidencia, hasta que se capturara al teniente que lo había robado. *No hay remedio. Es la ley.* De vuelta al hotel llamamos a más amigos. El entendido en Góngora se presentó y tuvimos otra agradable conversación. Al teniente no se le encontraba por ningún sitio. Y sin teniente no había *cochecito*. Aquella estúpida serie de incidentes empezó a parecerme tan ilustrativa de la condición humana como las aventuras del Caballero de la Triste Figura se lo parecían a Unamuno.

Tomamos el tren de la noche para Gibraltar. La última vez que vimos a la Cucaracha estaba todavía rodeada de tela metálica en el patio trasero de Gobernación.

Traducción de José Luis López Muñoz



8. LUIS BUÑUEL (1917-1925)

La aparición en 1982 de Mi último suspiro, las memorias de Luis Buñuel (1900-1983), fue saludada como uno de los acontecimientos culturales del año. Escrito con la ayuda de Jean-Claude Carrière y publicado originalmente en francés, el libro es una evocación sencilla y reveladora de la vida y la obra de este aragonés universal, que ocupa un lugar indiscutido en el Olimpo del arte por excelencia del siglo XX.

Buñuel dedica uno de los mejores capítulos a sus años madrileños, entre 1917 y 1925. Años decisivos de formación en la Residencia de Estudiantes, de su amistad con Lorca y Dalí, de fermentación artística y correrías descabelladas por aquella ciudad donde «todo el mundo se conocía y cualquier encuentro era posible». Nuestra selección incluye varios pasajes ilustrativos de dicho capítulo y, a modo de coda, un fragmento de otro anterior («Los placeres de aquí abajo») en el que se recoge la parte relativa a Madrid de la magnífica disertación buñueliana sobre los bares.

Yo no había estado en Madrid más que una vez, con mi padre, por pocos días. Cuando volví, en 1917, con mis padres, para buscar un lugar donde continuar mis estudios, al principio, me sentía paralizado por mi provincianismo. Observaba discretamente cómo vestía y se comportaba la gente, para imitarla. Aún recuerdo a mi padre, con su sombrero de paja, dándome explicaciones en voz alta en la calle Alcalá y señalando con el bastón. Yo, con las manos en los bolsillos, miraba para otro lado, como si no fuera con él.

Visitamos varias pensiones madrileñas de tipo clásico, en las que todos los días se comía el cocido a la madrileña, con garbanzos, patatas, tocino, chorizo y, a veces, una tajada de carne o pollo. Mi madre no quiso ni oír hablar de dejarme allí y mucho menos por cuanto que temía que hubiera en ellas cierta libertad de costumbres.

Finalmente, gracias a la recomendación de un senador, don Bartolomé Esteban, me inscribieron en la Residencia de Estudiantes, donde permanecería siete años. Mis recuerdos de aquella época son tan ricos y vívidos, que puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que, de no haber pasado por la Residencia, mi vida hubiera sido muy diferente.

La Residencia era una especie de campus universitario a la inglesa y no costaba más que siete pesetas al día en habitación individual y cuatro pese-

tas en habitación doble. Mis padres pagaban la pensión y, además, me daban veinte pesetas a la semana para mis gastos, suma bastante considerable que, no obstante, casi nunca me alcanzaba. Cada vez que iba a Zaragoza de vacaciones, pedía a mi madre que encargara al administrador que pagara las deudas acumuladas durante el trimestre. Mi padre nunca se enteró.

El director de la Residencia era don Alberto Jiménez, un malagueño de gran cultura. En ella se podía preparar cualquier asignatura y contaba con salas de conferencias, cinco laboratorios, una biblioteca y varios campos de deportes. Uno podía quedarse todo el tiempo que quisiera y cambiar de disciplina durante el curso. [...]

Las únicas discusiones políticas en las que yo participaba —quizá fueran las únicas que había en Madrid— eran las de la peña del «Café de Platerías» de la Calle Mayor.

La peña ha desempeñado un papel muy importante en la vida de Madrid y no sólo en la vida literaria. La gente se reunía, por profesiones, siempre en el mismo establecimiento de 3 a 5 de la tarde o a partir de las 9 de la noche. Una peña podía contar entre ocho y quince miembros, todos ellos, hombres. Las primeras mujeres no aparecieron en las peñas hasta principios de la década de los treinta y en detrimento de su reputación. [...]

Madrid era todavía una ciudad pequeña, la capital administrativa y artística. Se andaba mucho para ir de un lado a otro. Todo el mundo se conocía y cualquier encuentro era posible.

Una noche llego al «Café Castilla» con un amigo. Veo que han puesto biombos para aislar una parte de la sala, y el camarero nos dice que Primo de Rivera irá a cenar allí con dos o tres personas. Efectivamente, llega, manda quitar los biombos inmediatamente y, al vernos, dice:

—¡Hola, jóvenes! ¡Una copita!

Me encontré hasta con Alfonso XIII. Estoy asomado a la ventana de mi habitación de la Residencia. Bajo el sombrero de paja, el pelo bien planchado con fijador. De pronto, delante de la ventana, para el coche del rey, con el chófer, el ayudante y otra persona (de joven, yo estaba enamorado de la reina, la bella Victoria). El rey se apea del coche y me hace una pregunta. Busca una dirección. Yo, aunque en aquellos momentos me consideraba teóricamente anarquista, me azaro y contesto con gran cortesía y hasta le llamo «Majestad». Cuando el coche se aleja, me doy cuenta de que no me he quitado el sombrero. El honor está a salvo.

Conté la aventura al director de la Residencia. Era tal mi fama de bromista, que mandó comprobar mis afirmaciones cerca de un secretario de Palacio. [...]

Los cafés literarios más importantes de Madrid eran el «Café Gijón», que aún existe, la «Granja del Henar», el «Café Castilla», «Fornos», «Kutz», el «Café de la Montaña», en el que hubo que cambiar los veladores de tanto como los habían ensuciado los dibujantes (yo iba todas las tardes, después de las clases, para seguir estudiando) y el «Café Pombo», donde los sábados por la noche pontificaba Gómez de la Serna. Llegábamos, nos saludábamos, nos sentábamos, pedíamos de beber, casi siempre, café y mucha agua (los camareros no paraban de traer agua) y se iniciaba una conversación errabunda, comentario literario de las últimas publicaciones, de las últimas lecturas, noticias políticas. Nos prestábamos libros y revistas extranjeras. Criticábamos a los ausentes. A veces, un autor leía en voz alta una poesía o un artículo y Ramón daba su opinión, siempre escuchada y, en ocasiones, discutida. El tiempo pasaba de prisa. Más de una noche, unos cuantos amigos seguíamos hablando mientras deambulábamos por las calles. [...]

Federico García Lorca no llegó a la Residencia hasta dos años después que yo. Venía de Granada, recomendado por su profesor de Sociología, don Fernando de los Ríos, y ya había publicado un libro en prosa, *Impresiones y paisajes*, en el que contaba sus viajes con don Fernando y otros estudiantes andaluces.

Brillante, simpático, con evidente propensión a la elegancia, la corbata impecable, la mirada oscura y brillante, Federico tenía un atractivo, un magnetismo al que nadie podía resistirse. Era dos años mayor que yo e hijo de un rico propietario rural. En principio, fue a Madrid para estudiar Filosofía, pero pronto dejó las clases para lanzarse a la vida literaria. No tardó en conocer a todo el mundo y hacer que todo el mundo le conociera. Su habitación de la Residencia se convirtió en uno de los puntos de reunión más solicitados en Madrid.

Nuestra amistad, que fue profunda, data de nuestro primer encuentro. A pesar de que el contraste no podía ser mayor, entre el aragonés tosco y el andaluz refinado —o quizás a causa de este mismo contraste—, casi siempre andábamos juntos. Por la noche nos íbamos a un descampado que había detrás de la Residencia (los campos se extendían entonces hasta el horizonte), nos sentábamos en la hierba y él me leía sus poesías. Leía divinamente. Con su trato, fui transformándome poco a poco ante un mundo nuevo que él iba revelándome día tras día. [...]

No puedo explicar día a día lo que fueron aquellos años de formación y encuentros; nuestras charlas, nuestro trabajo, nuestros paseos, nuestras borracheras, los burdeles de Madrid (los mejores del mundo, sin duda) y nuestras largas veladas en la Residencia. El jazz me tenía cautivado, hasta el extremo de que empecé a tocar el banjo. Me había comprado un gramófono y

varios discos norteamericanos, que escuchábamos con entusiasmo mientras bebíamos grogs al ron, que yo mismo preparaba (el alcohol estaba prohibido en la Residencia, incluso el vino con la comida, so pretexto de evitar las manchas en los manteles blancos). De vez en cuando montábamos una obra de teatro, casi siempre *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, que creo que aún me sé de memoria. Conservo una fotografía en la que aparezco yo de don Juan con Lorca, que hace de Escultor, en el acto quinto.

Yo había instituido también lo que nosotros llamábamos «las mojaduras de primavera» y que consistía, estúpidamente, en echar un cubo de agua a la cabeza de cualquiera. Alberti se habrá acordado de ellas al ver a Fernando Rey regar en el andén de una estación a Carole Bouquet en *Ese oscuro objeto del deseo*. [...]

Sólo quiero decir que el café es charla, ir y venir y el trato, bullicioso a veces, de las mujeres.

Por el contrario, el bar es un ejercicio de soledad.

Tiene que ser, ante todo, tranquilo, más bien oscuro y muy cómodo. Toda clase de música, incluso música lejana, debe estar absolutamente desaterrada (al contrario de la infame costumbre que hoy se extiende por el mundo). Una docena de mesas a lo sumo, a ser posible, con clientes habituales y poco comunicativos.

Me gusta, por ejemplo, el bar del «Hotel Plaza», de Madrid. Está instalado en el sótano, lo cual es excelente, ya que hay que desconfiar de los paisajes. El *maître* me conoce bien y me lleva inmediatamente a mi mesa favorita, junto a la pared. La luz ambiente es discreta, pero las mesas están suficientemente iluminadas.

De Madrid me gustaba también mucho «Chicote», lleno de preciosos recuerdos. Pero es más para ir con los amigos que para meditar en solitario.

En el «Hotel del Pualar», al norte de Madrid, instalado en uno de los patios de un magnífico monasterio gótico, yo solía tomar el aperitivo por la noche en una sala muy larga con columnas de granito. Salvo los sábados y los domingos, siempre días nefastos en los que los turistas y los chiquillos ruidosos andaban por todas partes, yo estaba prácticamente solo, rodeado de reproducciones de cuadros de Zurbarán, uno de mis pintores favoritos. A lo lejos, de vez en cuando, pasaba la silenciosa sombra de un camarero, respetando mi recogimiento alcohólico.

Puedo decir que llegué a querer aquel lugar tanto como a un viejo amigo.

Traducción de Ana María de la Fuente

9. CORPUS BARGA (1922-1926)

El escritor madrileño Corpus Barga (nombre literario de Andrés García de la Barga, 1887-1975), autor de numerosas crónicas y libros de viajes, fue ante todo un gran entendido en ciudades, empezando por la que le vio nacer. Aunque pasó la mayor parte de su vida lejos de ella (de 1914 a 1948 en París, salvo el paréntesis del período republicano, y después en Lima hasta su muerte), la distancia no fue impedimento para que Madrid ocupase un lugar central en su producción literaria y periodística, ya fuera como escenario de sus memorias, en los tres primeros tomos de Los pasos contados, o como tema recurrente en la multitud de crónicas y reportajes que durante los años veinte y treinta publicó en El Sol, Crisol y La Nación de Buenos Aires, entre otros diarios.

De estas crónicas, editadas en 1987 con el título Paseos por Madrid, nos parecen especialmente interesantes las que recogen las impresiones de Corpus Barga ante la transformación del paisaje urbano madrileño en la década de 1920. De ellas se desprende una visión nostálgica y un tanto conservadora de la ciudad, en la que se suele anteponer lo castizo a lo moderno (Baroja le acusó precisamente de exagerar el paletismo de Madrid); sesgo bastante natural, por otra parte, en un viajero hostil a los cambios que a su juicio afeaban el rostro de su amada ciudad natal, y que en cualquier caso no empañaba en nada la brillantez de su prosa. Notables ejemplos de la misma son los textos que hemos seleccionado, procedentes de dos series de artículos publicados en El Sol en diciembre de 1922 y—con títulos del autor— en abril de 1926.

En tierras del Jarama.— Vamos con José Ortega y Gasset, en su automóvil, Pío Baroja y yo. Las Ventas del Espíritu Santo son ya pueblo y tienen el espíritu madrileño; tienen gracia. España es, evidentemente, una de las tierras en donde la pobreza tiene gracia; en la Italia del norte, por ejemplo: en la costa de Liguria y en el Milanesado, la miseria estropea la belleza del paisaje. Quedan abajo el Abroñigal, los merenderos y los puestos de gallinejas: mal olor y bello color. Arriba, en la planicie, empieza a haber nada más que la luz. Por eso resulta un paisaje alucinante. Lo que es aquí, Castilla al sol no parece estática. Hay tanta luz, que no se ve el color del cielo. Hay que hacer



algo; por lo menos una imagen ultraísta: los carros de Canillejas se apoyan con sus varas en la tierra, y parece que van a andar con muletas. ¡La alameda de Osuna! Señor Bauer: en Castilla no nos imponen los nuevos ricos; consideramos nuevos la riqueza y el poder que no daten de los Austrias. Usted podrá hacer todo lo que quiera con su alameda de Osuna; pero no puede usted hacer que no se llame de Osuna su alameda. ¡La plaza de Barajas! Es un claustro exclaustro. A la salida del pueblo, derrengada, sin poder seguimos, se queda una casa de escudo y reja. Vamos hablando de Gobineau, porque Ortega ha dicho que el paisaje de Persia debe de ser como el del Jarama, y el editor Grasset, de París, acaba de editar la obra de Gobineau *Tres años en Asia*. Pero a Ortega le parece también que a Gobineau le falta el sentido del paisaje. El automóvil avanza con la protesta de los mastines de un rebaño; nos pasa por las bucólicas riberas del río, nos sube a un alcor herido por las torrenceras. Paracuellos. «La verdad es que es un nombre ridículo», dice Baroja, y se pone a hablar de una duquesa. En lo alto hace centinela una ruina. Echamos pie a tierra. Salen a nuestro encuentro los animales domésticos, del burro para abajo. Todos son graciosos. Y, sin embargo, se diría que el medio es propicio a que se encontrara sólo a monstruos que se alimentasen del aire. En una era hacen el ruedo de unos corderos blancos señalados en la cruz con bermellón. «Eso es la Biblia —exclama Ortega—: corderos y crímenes.» Montamos en el auto. Adelante. La tarde se desmaya. Nadie. Un cazador. Una curva y parece que acaba de caer un pueblo del cielo. Ha caído bien. El campanario español sabe llevar el caserío, como el hombre sabe llevar la capa. ¿He dicho español? Se llama Ajalvir. Hay moros en la costa. Volvemos. Los alcores de Alcalá están sangrando en el Henares. Se pone el sol y empieza en el poniente la función de magia. De entre los bastidores de las nubes salen los monstruos que antes he echado de menos y las ninfas que arrojan sus vestiduras, violetas y azules, como sombras, a la tierra. [...]

Delante de Neptuno es el lugar madrileño de la guerra europea, entre el palacio y el «Palace». Los palacios antiguos de Madrid: el de Fernán Núñez, en Santa Isabel; el de Perales, en la Magdalena; el de Rivas, en la calle de su nombre; el de la calle del Duque de Alba, situados en los barrios populares, para ilustrar, si fuera preciso, el popularismo de la vida española, resultan defendidos frente al «Palace» por el llamado con la más llana popularidad: palacio de la Esquilache. El palacio de la Esquilache, el último madrileño del Salón del Prado, se defiende bien con la cuesta de la carrera y la masa del Congreso. El «Palace», sin embargo, tiene de su parte unas casas aplastantes. Lo que ya no se defiende es el neorrenacimiento de la casita que, en la misma plaza de Cánovas, está junto

a una de esas aplastadoras. La plaza de Cánovas es la plaza índice de Madrid. Del lado del Museo de Pinturas, y hacia el Museo de Reproducciones, da al Madrid romano. Hay mucho carácter romano de la decadencia católica en Madrid, en la propia fuente de Neptuno. El obelisco del Dos de Mayo tiene demasiada historia madrileña para que sea otra cosa que madrileño, como el Prado. El «Palace» y el «Ritz» son el Madrid moderno. Desde la plaza de Cánovas se divisan también, a la altura de la torre de Correos, unas grúas del Madrid siempre en construcción, del Madrid como salido de una catástrofe. ¡La plaza de Cánovas! Su nombre es justamente el del capítulo de la restauración de donde ha salido, algo equivocada, la capital de hoy.

Ya no es fácil en Madrid mirar al cielo. Hay toda una caballería aérea para cocearos la mirada, cuando no es un ángel exterminador el que os apabulla la vista. En verdad, señores arquitectos, están echando ustedes las patas por el aire. Y no se contentan ustedes con ángeles voladores y caballos galopantes para rematar los edificios. Ahí echan ustedes también castillos de juguete, linternas mágicas, columnas de rompecabezas, qué sé yo: sólo faltan los aeroplanos de bronce. Parece que han puesto ustedes al aire libre los desvanes de Madrid, donde, en cada casa, se guardan los trastos. ¿Por qué tales injurias al firmamento? Ofenden ustedes a esas castas madrileñas, las nubes, las maravillosas nubes; y, sobre todo, ofenden ustedes a nuestras miradas pecadoras. En Madrid, la corte celestial tenía ya un ángel caído, el del Retiro; y la caballería aérea, el magnífico caballo que galopa en el aire de la plaza de Oriente. [...]

Para un buen madrileño que haya estado fuera de la corte cierto tiempo resulta un gusto y una sorpresa bajar hasta la puente segoviana. El gusto es el de siempre: contemplar la vista más bella de Madrid, la que pintó Goya como fondo de la pradera de San Isidro. Madrid es la ciudad de los cerros, como Roma es la ciudad de las colinas. Esa reducción de la cúpula de San Pedro de Roma, la cúpula de San Francisco el Grande, ¡qué bien corona la altura de las Vistillas! Mejor dicho, es una tiara. Los humos de una fábrica ocultan el Seminario. Y la verdadera corona es el Palacio Real, que parece una joya. Todo Madrid se alza allí tiarado por otras cúpulas. ¿Cómo no han venido a inspirarse en este paisaje urbano los arquitectos de la Gran Vía? Verdaderamente, antes, cuando los hombres se acercaban despacio a los lugares, sabían depositar su arquitectura en el paisaje. En el de Madrid, tan sobrio y frío, está engarzada la blancura del Palacio Real, y se desvanecen las cúpulas que, indiscretas, se perfilarían. Grave lección de respeto plástico al aire. ¡Si hasta el pueblo sórdido que pasa encorvado bajo la carga por el puente de Segovia marcha como si el ambiente se fuera a quebrar!

La sorpresa es ver al Manzanares de aldea con el corsé de un río cortesano. En una orilla los obreros están picando la piedra para los pretilos: se diría que están construyendo un puerto. Y hasta hay en pie una columna que no tienen ya piso tercero en Madrid donde colocarla los arquitectos. En la otra orilla se levanta una fábrica.

¿Cuál es la calle más bella de Madrid? Se parte de la plazuela de Puerta Cerrada, de la esquina en donde está la Bodega del Segoviano y en donde hay un puesto de aceitunas con cierto olorillo a betún. El fondo de la plazuela es una casona verde y emocionante, mucho más moderna decorativamente que esa germanofilia de la construcción mal traducida al castellano y adulterada con un neoclasicismo mal traducido al cemento, con que los arquitectos modernos están apabullando a Madrid. Se toma la calle de Segovia abajo, entre muros curvos y se da con la casa-palacio de la Romana, que hace fachada y jardín entre dos «salidas», como dirían los genoveses, o, como dicen los madrileños, costanillas — la de San Pedro y la de San Andrés—, las cuales, a ciertas horas, suben al cielo. La iglesia de San Andrés, la única bella de Madrid, sale sobre una plaza pendiente, cual en una tabla primitiva, a mitad de la costanilla de su nombre. Enfrente se abre la plaza de la Cruz Verde con una fontana hermosa y muca en el fondo. Le sigue, calle abajo, a lo largo de las tiendas: una prendería, una alabardería y collaría, una abacería, una cacharrería, una casquería. A la puerta de todas parece que se ha detenido la vida. Por el aire atraviesa la calle el viaducto, suspendido sobre el abismo; por debajo del viaducto se ve la línea del horizonte. A un lado se alza, sobre el declive de un jardín, uno de los pocos edificios madrileños con estilo, con el estilo más pobre de la Roma papal: el de los Consejos. Al otro lado, en la calle de los Caños Viejos, está el escudo de piedra del oso y el madroño y, pasado el viaducto, se halla la sórdida posada del Maragato, que tiene a la puerta una prevención de la autoridad contra los estafadores, escrita en seis lenguas. Luego, de la misma acera sube su escalinata rota la dramática cuesta de los Ciegos. Y en la perspectiva de la calle, a lo lejos, se columbra, subido a un cerro, el poniente: el cielo puro, la tierra parda y un campanario. [...]

«Azorín» dice que, en la corte, ya no se pasea, se camina. Madrid tiene, pues, el signo de toda ciudad metropolitana. Instintivamente, un hombre, al salir del «Metro», anda deprisa. Pero, si ya no es corriente el paseo a lo largo de las calles, se puede pasear ahora en Madrid a lo alto de las casas. El arquitecto de la Calpense, sin tener en cuenta mis protestas contra la arquitectura del Nuevo Madrid, me ha permitido subir a su busca-cielos de la Gran Vía. A mitad de camino ya se está en una gran ciudad donde la gente que va por la calle es muy pequeña. Más arriba, y se ve a todo Madrid como a un chico en la edad de dar el estirón. Madrid se está arreglando por todas partes, es decir, que

está descompuesto. Surge el Nuevo Madrid entre el Madrid Viejo. Hay el Madrid Alto de las terrazas y el Bajo Madrid de los tejados; el Madrid quijotesco, de las altas Empresas, y el Madrid sanchopanza y aldeano con sus campanarios, su tierra parda y amarillenta, y su cielo calmoso.

Por la carretera de Napoleón (1926)

He llegado a Madrid por la carretera que trazó Napoleón. Un turista no es un conquistador precisamente, pero las guerras napoleónicas fueron unas guerras turísticas. Entre Pancorbo y Somosierra, España vista desde el automóvil da cierta impresión que sólo puede lograrse en otros países, por ejemplo: en Francia, desde el aeroplano. Es la impresión más profunda o más alta que el aeroplano da de nuestro planeta: ¿La Tierra, como Marte, estará habitada? Se ve todo lo deshabitada que está. El automóvil español se halla, para los sentidos, a la altura del aeroplano francés. Con respecto a la Tierra, los franceses viven en el principal, y los españoles en el segundo derecha. Con respecto al cielo, los españoles viven en el primero y los franceses en el sótano. El cielo de Francia suele ser de barro.

La visión de España es aérea. Cuando se viene de Francia a España, se tiene exactamente la misma impresión que cuando, en París, se sale a la línea aérea en el «Metro» que iba subterráneo. El automóvil en España vuela aunque vaya más despacio. Lo mismo el tren. Por eso, el turista que vaya en tren no debe quejarse de que los trenes marchen más despacio en España que en Francia. Tal, por lo menos, puede ser la opinión del turista que vaya en automóvil. El automóvil puede ir tan deprisa por la carretera francófila de Napoleón como por las carreteras francesas. Sea cualquiera su velocidad, entre Pancorbo y Somosierra va pendiente del cielo. El cielo no gravita como en Francia; todo en la Tierra está colgado del cielo por hilos invisibles.

Las agujas de la catedral de Burgos están colgadas también; no se caerán gracias a la Providencia. ¡Alabado sea el cielo! Las paredes de Lerma, los miradores de Aranda, las murallas de Buitrago, todo cuelga. ¿La misma carretera solitaria por esta tierra abandonada estaría con tanto esmero si no fuese una cinta caída? Pasado Somosierra, antes de llegar a Cabrera, en un pedregal, me construiría un palacio. Allí no se cuelga. Se está, se han posado en el suelo, como las piedras, los sentidos. Situación análoga eligió para su palacio uno de los grandes poderosos del mundo, que no tuvo nada de místico. Para comprender en su reino a Felipe II no hace falta pasar por El Escorial.

Ahora que para llegar a Madrid, viniendo, por tierra, de París, y hasta de Roma, si no se pasa por El Escorial, se pasa por Chamartín. En Chamartín fue en donde se detuvo Napoleón y dominó un momento a España desde el palacio estratégico que hoy ocupan los soldados de la Compañía de Jesús.

El paisaje de armas tomar

La plaza de la Armería es quizá la última plaza de armas que se conserva en Europa. Por lo menos, yo no conozco otra en ejercicio. Es la mayor curiosidad que hasta ahora he visto en Madrid. La he visto radiante. El palacio, los arcos, las verjas, el suelo, todo parecía hecho de sol. De un sol árido. Cierta aridez soleada en el paisaje madrileño llega a darme la impresión de otro planeta muerto y radioso, como la cabeza de una cerilla encendida. En cambio, la fronda, el río y la sierra, vistos desde los balcones sobre el Campo del Moro, forman un paisaje que está citando a la realidad. Tan concreto, tan aplicado llega a ser irreal a fuerza de fijeza; es un paisaje de tapiz.

El mismo paisaje que en una tabla es niño, en un óleo es mujer, en un tapiz es hombre y en un grabado es viejo. El paisaje, en la realidad, tiene también edad y sexo. Yo no puedo pensar en un paisaje español con respecto a un francés, sin poner al español encima; y no es porque el paisaje francés me guste menos, sino porque acaso me gusta más. Con respecto al paisaje italiano, me parece detrás el español. Esta manera halagüeña de ver el paisaje español tiene el inconveniente de que, a su vez, se ve detrás de él al paisaje africano. El paisaje español no es ambiguo como el italiano, ni sensual como el francés, ni es un paisaje de solterona como la pradera británica, ni un paisaje de anciano como la Selva Negra. Es un paisaje dormido en un tapiz: pero es un paisaje de armas tomar.

El hombre español suele parecer más hábil que fuerte. Su misma reconocida dureza parece la dureza de lo estéril. La petulancia masculina del español se justifica en el paisaje. La cara no es el espejo del alma, es el espejo del paisaje. Por eso la mujer española es menos femenina que matrona («todas matronas y ninguna dama» deseaba Quevedo). La mujer española es un paisaje con mantilla.

Un turista no tiene otro recurso que explicar, por el paisaje, las personas. ¿Pero qué relación hay entre esta plaza solar de la Armería y sus anécdotas? Toman el sol el soldado y su novia, el niño corneta y el sar-

gento mayor. Cocina y rancho. Pasan pisando siempre alfombras los albarderos. Y está abierta la puerta a las anécdotas que han dejado huellas de acero en la Armería Real.

—¡También puede usted visitar las Caballerizas! —me advierte un guarda jurado.

La batalla del cemento y el ladrillo

Pasan los automóviles militares. Madrid hoy es un campo de batalla; por todas partes hay barricadas, obras, derribos. Los «taxis» de 40 céntimos meten más ruido que los «tanques». Suenan timbres y voces de mando para dirigir la circulación. ¿Por qué suenan más que en ninguna otra ciudad, lo mismo que las bocinas de los «autos»? Los automóviles de Madrid son europeos. Las bocinas son de Jericó. A su ruido nada se resiste. ¿Qué fue del pregón armonioso que se desperezaba en la silenciosa calle? ¿Qué del silbato rústico del afilador? ¿Quién entiende a la voceadora de la lotería, a los vendedores de papel de Armenia, de perritos para el puchero, de sujetadores para la corbata o de anillos para el paraguas? ¿Dónde se oye estirar y encoger las últimas emociones de la tarde, al acordeón del ciego? ¿No se volverá a oír el «grigrí» del vendedor de grillos, ni la nocturna y misteriosa «¡Cañamonera, cañamones!»? Los serenos han perdido su serenidad. Antes eran dioses del Olimpo oscuro en donde las llaves de las casas y de los corazones sonaban como armas secretas.

Ahora queda por la noche en los oídos madrileños, como en los cacaroles, el ruido del mar, el resonar amenazador de la nube de bocinas. Alguna rasga el aire: es el «Centinela, ¡alerta!» del ejército que al otro día ha de continuar el ruido de la batalla. La línea es la Gran Vía. Los cementos invasores han llegado al centro. Los ladrillos se defienden, paso a paso, mordiendo los pies a los grandes edificios de cemento. Las casas, tan madrileñas, de ladrillo son el pueblo menudo. El Dos de Mayo se repite. En cada barrio hay casas héroes. Algunos fantasmones de cemento parece que van a caer rodeados por el pueblo. No caerán. La lucha será larga; la batalla está decidida. En los Cuatro Caminos de las invasiones se hallan los Titanes en reserva. Bajo el ruido de las bocinas triunfales perecerá el tributo de Madrid a la arquitectura: el gracioso ladrillo madrileño y el paso doble.



Plazuelas, calles y plazas

Toda la belleza de Madrid está en sus plazas. Las calles son feas. Los paseos, hermosos. Los parques, elegantes. La circulación en las calles es ya más perezosa que en las venas. Recuerda a una película de la circulación en París «al ralentí», en lento. La circulación a pie forma calles en las plazas de las ciudades activas. Madrid empieza a serlo; pero en Madrid, como en Milán, aunque no son ya ciudades del Mediodía, las plazas son aún lugares de ocio. Son las curvas sensuales de la ciudad.

La Plaza Mayor es austríaca. La de Oriente, borbónica. La Puerta del Sol tiene todavía el aire de la Restauración y la Regencia. Puerta Cerrada es de Galdós. La Puerta de Atocha es de Blasco Ibáñez. La de Isabel II es de Valle-Inclán. La de Cuatro Caminos, de Pío Baroja. Las Vistillas son de «Azorín». Las plazas de las Descalzas y de los Carros son castellanas. La Cabecera del Rastro es modernista. La plaza del Progreso está anticuada.

Las plazas de Recoletos y el Prado son europeas. Las de los bulevares son provincianas. La plaza más madrileña es la de Celenque. La de Santo Domingo es la menos simpática. La de Antón Martín es campechana. La de Pontejos es un patio. La plaza de la Independencia, hacia Madrid, va cuesta abajo. La Plaza de Toros es una coronilla. (Con el pelo que en la coronilla se afeitan los clérigos, se hacen los toreros la coleta.)

La plaza más emocionante de Madrid es el *Stádium*. El paisaje se asoma a verla. Enfrente de las tribunas es un paisaje confortable, como se ve en los cuadros de los museos, para que se asomen los ermitaños a contemplar la fuerza y la habilidad, las fieras y las alimañas. Todas las plazas de Madrid son bellas, a veces por pobreza, también por su mismo mal gusto.

La belleza de Madrid está en sus plazas y en su cielo, que parece una plaza monumental.

10. AUBREY BELL (1924)

A *Pilgrim in Spain* (Un peregrino en España) es uno de esos libros de viajes que se publican sin pena ni gloria, se leen poco y mal y en seguida se olvidan, si es que se puede olvidar lo que nunca retuvo la flaca memoria del público. Algo parecido cabe decir de su autor, el hispanista inglés Aubrey Fitz Gerald Bell (1881-1950), que aunque vivió largo tiempo en nuestro país y escribió numerosos estudios sobre su literatura (entre ellos *Literatura castellana*, 1938, y *El Renacimiento español*, 1944), hoy es apenas recordado por algunos especialistas. Sin embargo, Bell fue un excelente escritor y un viajero de fina sensibilidad, y la obra que nos ocupa es uno de los mejores libros sobre España aparecidos en los años veinte, que a nuestro juicio bien merece ser rescatado del limbo polvoriento donde yacía.

Del capítulo dedicado a Madrid en *A Pilgrim in Spain* (1924) cabe destacar la fluidez de su trama, ajustada al paso de las estaciones sobre el paisaje urbano; la belleza cromática y cadenciosa de su prosa, que refleja admirablemente «el peculiar encanto evasivo» de la ciudad; y por último la agudeza con que el autor analiza viejos temas recurrentes como la animación y el ritualismo de la vida madrileña. Aubrey Bell es además el primer viajero que habla del incipiente fenómeno del veraneo y repara en las delicias del estío en la capital, adelantándose perspicazmente a la época en que se acuñó el castizo parangón de Madrid con Baden-Baden.

El peculiar encanto evasivo de Madrid se debe quizá en gran medida a su aislamiento, a su aire limpio y transparente y a la cercanía del cielo que lo envuelve. La atmósfera sutil, el envolvente dosel del cielo resultan familiares en las desiertas altiplanicies de Castilla, pero Madrid es la única gran ciudad en que se siente su presencia. Por eso Madrid, además de ser una gran capital de calles espléndidas, tiene algo de la hospitalaria reserva, la *gallardía* de un pueblo de montaña; es una Viena a casi dos mil quinientos pies sobre el nivel del mar. La clara luz pone todo nítidamente de relieve, el cielo se desborda en las calles, y una granizada en un día blanco y azul de marzo, o una repentina vista de montañas coronadas de nieve, o el follaje exuberante de un parque, artificial e inmóvil, recortado contra el cielo estival radiante y sereno.

tienen la rareza de una experiencia nueva. Son cosas corrientes vistas bajo una nueva luz, y la misma novedad se comunica a los edificios, los bancos, las tiendas y la oficina central de correos, todo de magnífica hechura (su arquitectura sólida y práctica contrasta favorablemente con el diseño de relumbrón de algunas de las nuevas construcciones de Barcelona), de forma que la calle de Alcalá, sin grandes iglesias ni antiguas universidades, es hoy sin duda una de las calles más espléndidas y hermosas de Europa. Fue una genialidad por parte de Felipe II trasladar su capital a Madrid. No podía impedir que los extranjeros vivieran en su capital y corte, pero podía aislar este elemento cosmopolita del resto del país; no podía prever los trenes y los automóviles. Sin embargo, aun sin cómodos medios de transporte a distancia, los extranjeros en Madrid pueden considerarse afortunados, pues tienen muy cerca un campo encantador con paisajes muy hermosos, y Toledo prácticamente a dos pasos.

Verano

El clima de Madrid ha sido sin duda calumniado. De mediados de julio a mediados de septiembre el calor es inequívoco y constante. El sol tiraniza desde un cielo despejado, y da la impresión de que se podría encender una cerilla agitándola simplemente en el aire. Pero es un calor muy seco y rara vez insoportable, salvo a pleno sol. Los que se abstienen de salir a la calle durante las cuatro o cinco primeras horas de la tarde no sufren verdaderas molestias. Cabe pensar que los veraneantes que, al dictado de la moda, llenan hasta rebosar los numerosos trenes que van al norte no salen precisamente ganando. Además, el calor en Madrid tiene muchas compensaciones. Los habitantes son muy duchos en helados y bebidas heladas, y al anochecer se ven por todas partes grupos felices de gente tomando el aire en las plazas y avenidas arboladas, donde la hierba se mantiene fresca y verde, pues el agua se usa generosamente en calles y jardines, y el aire parece perfumado por doquier con el aroma de los tilos, la alheña y el heliotropo. Hasta las calles más humildes muestran desde principios de agosto una gran abundancia de fruta excelente de todas las regiones de España, entre ella las tempranas uvas verdes de la costa de Levante. Los museos y los ministerios cierran pronto, y en la primera parte de la tarde la entera ciudad se tiende a dormir la dulce *siesta*. El calor parece completamente incapaz de reducir al castellano a la dejadez o a la pereza. Nadie anda de prisa por la calle, pero en cada gesto se observa una energía latente. La diferencia de temperatura entre la sombra y el sol es realmente asombrosa y proporciona un delicioso

contraste cuando uno pasa del sofocante horno africano de una calle sin árboles al frescor de una casa o un museo, con las salas barridas y fregadas con ese escrupuloso amor por la limpieza que es uno de los rasgos distintivos del castellano. Sin embargo, ni el más curtido y ferviente *madrileño*, que tiene como lema «De Madrid al cielo, y en el cielo una ventanita para verlo», puede llamar cielo a Madrid en julio y agosto. Pero los habitantes que no se han ido a *veranear* (y tanto los pueblos costeros como los del interior tienen su cuota de *veraneantes*) están mucho mejor preparados para aguantar el calor que el extranjero de paso. La Sierra de Guadarrama apenas se ve ahora tras la calina, sus últimas nieves se han derretido ya y parece muy diferente del precioso fondo, todo azul y blanco, del retrato ecuestre de Velázquez del príncipe Baltasar Carlos. En julio sus nieves no bastan para enviar a Madrid algún frescor estimulante, y si una ráfaga de aire atraviesa la ciudad viene de la meseta castellana a través de rastrojos resecos y polvorientos, donde los espigadores se afanan bajo el calor abrasador del sol. Ni siquiera de noche o de madrugada, antes del toque del ángelus, cuando miles de golondrinas zigzaguean sobre los tejados de la ciudad, se nota mucho el fresco. En las calles se ve algún que otro coche de punto tirado por un caballo que avanza cansinamente con su eterno paso de tortuga, y sólo se espabila de tanto en tanto tras seguir un trecho a algún vetusto peatón. Sin aflojar el paso a ojos vistas, para luego fingir de repente que se abalanza sobre él para atropellarle con un grito estridente del cochero. En los bancos y las aceras en sombra yacen obreros y parados dormidos en toda clase de violentas posturas goyescas. Madrid es una ciudad con multitud de edificios magníficos, y tiene parques y jardines que no les van en zaga. Se puede atravesar a pie toda la ciudad desde la Estación de Atocha hasta más allá de la plaza de Colón sin salir de la sombra de los árboles, sin dejar de oler el aroma de las flores, los tilos y las adelfas y sin dejar de oír el chapoteo de las fuentes. El cuidado Jardín Botánico ofrece un refugio delicioso contra la luz deslumbrante, y tiene un grato aire bucólico con las cigarras que cantan bajo árboles tan viejos que casi pudieron dar sombra a Velázquez (cuando vivía en la cercana calle del León), a través de cuyas ramas se ven jirones y retazos de cielo azul oscuro. Más adelante, en el paseo de Recoletos o en el paseo de la Castellana, las fuentecillas burbujan entre cuadros de heliotropos. Día tras día el sol se pone en una fragua incandescente de cielo cobrizo y purpúreo sin una nube, y no es sino hasta bien avanzado agosto cuando pueden caer las primeras lluvias y empieza a cubrirse la Sierra de Guadarrama con su sobrepelliz invernal. El aire es extraordinariamente sutil, y el sonido de las palabras, pronunciadas por los castellanos con característica



claridad, se oye desde muy lejos. El museo del Prado sigue teniendo pocos visitantes hasta en los días de canícula, y de vez en cuando se oye cómo se discute y despacha un cuadro con una grave frase de sonoro castellano. La Salomé de Tiziano y la Lucrecia de Andrea del Sarto miran al vacío con su misteriosa belleza semisonriente, y las largas figuras delgadas y los fríos colores del Greco nunca parecen tan frescos y exquisitos como cuando se ven en uno de estos días sofocantes de verano.

Otoño

Pocas semanas después empieza el otoño, que es quizá la mejor época para pasar una temporada en Madrid. Las últimas hojas doradas caen revoloteando de los castaños en el paseo de la Castellana, y las de las acacias, acuñadas en un troquel más pequeño, se precipitan como la lluvia de Dánae. Una bandada de palomas que remonta el vuelo desde la Biblioteca Nacional (pues aquí, como en Londres, les apasiona el saber) destella al sol en el despejado cielo azul, que se refleja maravillosamente en el asfalto recién regado de esta ancha avenida, cuyos edificios, por encima de los árboles que se desnudan, adquieren en el crepúsculo otoñal un tono frío de púrpura muy desvaída. Se habla mucho del frío de Madrid, pero los días de finales de otoño pueden ser tan cálidos como en Lisboa o en El Cairo, aunque a veces hay una nota cortante en el aire, un deje picante que estremece con la inconfundible insinuación de la presencia de montañas nevadas. La Sierra de Guadarrama, medio cubierta ya por un reluciente manto de nieve, no se ve desde la mayor parte de las calles de Madrid, pero su presencia se deja sentir sutilmente tras la puesta del sol, y forma un hermoso fondo blanquiazul en las vistas desde el parque del Oeste y la Moncloa, donde las violetas blancas florecen ahora bajo los pinos. Poco después se presentará con más ímpetu a los habitantes de Madrid en forma de aguanieve, granizo y viento glacial, para triunfar plenamente a finales de invierno y comienzos de primavera, moteando con blancas ventiscas el claro día azul.

Estos días de noviembre pueden ser los más preciosos del año madrileño, cuando, como ocurre de tanto en tanto, San Martín parece prolongar indefinidamente su veranillo, como si los días cálidos no fueran a acabar nunca, y la *capa*, cuando se saca, se lleva abierta al sol, y los *cafés* están llenos por costumbre, más que por necesidad de calor o refugio, y los ociosos de la Puerta del Sol no necesitan elegir cuidadosamente su posición para recibir el sol de lleno y evitar el viento. Uno se siente todavía en verano, y aún



no se siguen con todo rigor los usos de la temporada invernal: el Teatro Real no ha abierto sus puertas, y las recepciones y los bailes no están en pleno apogeo. Pero ya hay una animación navideña en los mercados, los despachos de lotería están llenos de décimos para el gran sorteo de Navidad, las fruterías están abarrotadas de castañas, naranjas y almendras y revestidas de una verde cortina de uvas, que se conservan así hasta finales de año, y por las calles deambulan asnos con serones de crisantemos. La ciudad está llena, los *veraneantes* han vuelto de sus vacaciones en la costa o el extranjero, o en pueblecitos de Castilla, y los españoles de las provincias vienen a visitar la capital y corte. Los extranjeros suelen elegir la primavera, cuando el clima es más áspero y voluble. Por supuesto no se puede estar seguro de contar con un buen otoño, pero si se tiene esa suerte no hay ninguna capital más agradable que Madrid en un tardío veranillo de San Martín, antes de que las brumas de diciembre empañen las calles con un velo de sordidez londinense y se abatan sobre las negras tierras de labranza de Castilla.

Animación y ritualismo

Uno de los encantos de Madrid es que con todo su progreso moderno, su cosmopolitismo, su magnificencia, conserva muchos rasgos rústicos. Junto a los tranvías eléctricos avanzan las lentas carretas de bueyes, y los graves cencerros que llevan las reses colgados del pescuezo recuerdan los pastos de la meseta, igual que un carro tirado por un hato de mulas te recuerda las solitarias y polvorientas carreteras españolas. Otra característica encantadora que diferencia a Madrid de cualquier otra capital es el carácter fuertemente individual de sus habitantes. Por muy grande que sea la multitud nunca parece fundirse en una masa, sino siempre a punto de disgregarse en las unidades que la componen, separadas como los granos de una granada. Ésta es realmente la fuerza y la flaqueza de España. El ciudadano más humilde de Madrid tiene un agudo sentido de su dignidad e importancia. El barrendero carga su carro con el aire de un príncipe disfrazado, y esta actitud independiente y animosa de gente de abolengo es un constante placer para el extranjero. Hasta la *madrileña* nata, la *gata*, como la llaman, combina con una airosa elegancia un vigor del que carece la pálida *alfacimba* lisboeta.

Pocas ciudades tienen una ociosidad tan enérgica como la de la capital de España. Las calles y los *cajés* atestados, la rebotante Puerta del Sol, antaño una espléndida plaza urbana que hoy parece encogida y estrecha, todo está lleno de vida y movimiento, y en los ademanes y el habla de cada per-

sona se puede percibir una mina de energía más o menos explosiva. Algunas calles, cuando las farolas están encendidas y los anuncios de luz eléctrica destellan por todas partes en un momento pasajero de tráfico intenso, recuerdan a las calles más concurridas de Londres. Si un extranjero se pregunta el porqué de todo este tráfico y esta agitación en una ciudad que no tiene industria ni comercio, mostrará que no ha entendido el carácter de Castilla y España. La medida adecuada para estudiar la humanidad es aquí el hombre; todo es cuestión de personas, formas y costumbres. La maquinaria no lleva las riendas de la humanidad; el castellano nunca soportaría semejante indignidad; prefiere montar un buen caballo y ser libre. Es una libertad relativa, pues cree en el valor de las formas rígidas. ¿Y quién se atrevería a afirmar, especialmente a la luz del caos mundial actual, que su creencia no está justificada?

Hay algo ritual en la vida que se lleva aquí. En ningún país son tan formales los usos sociales; un gran novelista español ha descrito la vida madrileña como metódicamente insípida. A ciertas horas y estaciones bajas en tu coche al paseo de la Castellana y te sumas a una larga fila, tan apretada que a veces los caballos de un coche hacen un almuerzo rápido con los sombreros de las damas del coche precedente; a ciertas horas vas a tu palco en el teatro o en la plaza de toros, con la misma regularidad con que vas a la costa cuando llega el verano; y si te escapabas a una *verbena* popular (una feria que se celebra la víspera de la festividad de algún santo) descubrirás probablemente que la mitad de la buena sociedad madrileña está también allí, pues la costumbre de escaparse se ha convertido en otra convención. Estas manifestaciones de la comedia humana acaso parezcan frívolas y huera al filósofo, pero la juventud y la belleza de cada generación insuflan vida y alegría en las viejas costumbres, e impiden que sean tediosas o insípidas.

Madrid es el escenario donde se manifiestan los privilegios y las rivalidades personales, las diversiones, los chismorreos sociales y políticos, las largas discusiones de *café* sobre todo lo divino y lo humano, la animada conversación y el *jaleo*; y existe la profunda convicción de que la vida no es más que eso: el espectáculo cotidiano de las relaciones entre hombres y mujeres. En las diferentes clases de esta sociedad hay sin duda inflexible exclusividad y acerba envidia, y constante discordia y ambición, pero el *madrileño* que mejor aprecia el privilegio de vivir en la capital y corte es aquel que no odia ni desprecia demasiado, sino que se contenta con su ronda diaria de *café*, teatro, corrida y horas de oficina, y limita su ambición al deseo de ver en el poder a su político favorito. Hace tres cuartos de siglo Richard Ford describió Madrid como «una ciudad cara, de segunda categoría e in-



hospita». Puede que sea cara, pero nadie puede tildarla verazmente de segunda categoría o inhospita. Los espléndidos edificios del nuevo Madrid la convierten en una de las mejores ciudades de Europa. Madrid, la altiva pero hospitalaria ciudad de la meseta pelada y desolada, está llena de una nueva vida. Artificial y convencional si se quiere, pero fascinante y progresista, digna de una ciudad que pronto se considerará como una segunda Viena, la capital de un país grande y floreciente. Puede que no sea España (los españoles y los extranjeros que sólo salen de Madrid para viajar en un tren expreso hasta la frontera o hasta alguna estación balnearia viven y mueren sin conocer la España real), pero desde luego es magnífica.

Libros

Madrid tiene muchos escritores famosos, muchos editores y muchas librerías, bibliotecas y academias culturales, aunque la impresión que se recibe nunca es exclusivamente literaria. Abundan las asociaciones literarias con el pasado. En esta humilde casa de la calle del León vivió Cervantes, desde aquel convento se asomó la hija de Lope de Vega para ver pasar su magnífico cortejo fúnebre; cerca de la plaza donde está la estatua de Calderón había otro convento al que solía ir Fray Luis de León desde el de los agustinos, y donde ataba su mula a la verja o a una argolla en el muro. Para apreciar Madrid cabalmente es preciso haber leído a los dramaturgos clásicos y los sainetes dieciochescos de Ramón de la Cruz, sin olvidar a los novelistas españoles modernos que han descubierto que Madrid es una ciudad de gran interés, encanto y belleza. En Madrid hay ferias del libro cada año, y quienes buscan con diligencia todavía encuentran a veces algún tesoro. En el Rastro hay pocos libros entre la ropa vieja y la chatarra, pero los que hay no tienen ningún orgullo ni privilegio de lugar como los que se exhiben a orillas del Sena. Yacen sobre los toscos adoquines, entre una abigarrada compañía de llaves, monedas antiguas y cadenas, en cúmulos atados con cuerda o montones tambaleantes que recuerdan a los libros que aguardan la quema tras el gran escrutinio en la casa de Don Quijote. El sol abrasador alabea las encuadernaciones, y el viento vuelve las cubiertas para mostrar portadas con títulos en latín, francés, catalán, castellano o incluso en sonoro vascuence, y quizá una nota en tinta desvaída que recuerda que «Este libro es propiedad del Inquisidor Fulano de Tal», o de tal o cual convento de frailes o de monjas. Sólo unos pocos se recogen de la calle y se presentan pulcramente ordenados en puestos de madera. Arrastrados hasta aquí desde todos los rin-

cones de España, aparecen a intervalos principalmente a ambos lados de la Ribera de Curtidores, la empinada calle al pie de cuya cuesta se extiende la parda llanura reseca y pelada hasta el lejano azul. Son las últimas víctimas de una larga serie de martirios de libros que dura desde hace muchos siglos. Para los amantes de los libros, lo más penoso del escrutinio de la biblioteca de Don Quijote es que «cansóse el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen». En la vida real, al menos un español de aquella época, Miguel de Cervantes, se habría negado ciertamente a arrojar ningún libro al fuego sin echarle antes un buen vistazo.

Traducción del compilador



11. HENRY DE MONTHERLANT (1925)

Henry de Montherlant (1895-1972) es probablemente el escritor francés de este siglo que más interés y afecto ha mostrado por España. Su temprana pasión por los toros (a los quince años se escapó de casa para venir a torear a nuestro país) tiñe de color español las páginas de Los bestiaros (1926), esa fina novela de aprendizaje cuyo héroe, Alban de Bricoule, es un claro trasunto del Montherlant adolescente. También en su prosa de viaje, género que cultivó con tanto éxito como la novela y el teatro, los temas españoles suelen ocupar un lugar privilegiado, como muestra la trilogía Les Voyageurs traqués (1925-1929).

Madrid aparece ya en Los bestiaros y más tarde en la novela póstuma Moustique, pero es en los tomos de Los viajeros acosados (Aux Fontaines du Désir, La Petite Infante de Castille y Un voyageur solitarie est un diable) donde hay que buscar los pasajes más significativos. Del último libro hemos elegido un texto poco conocido de 1925, titulado «El carnaval negro», en el que Montherlant nos ofrece una imagen insólitamente tétrica del carnaval madrileño en los años veinte.

Como toda fiesta española, el Carnaval de Madrid se pone en marcha hacia las cuatro de la tarde. El frío es bastante intenso, pero, hoy como hace trescientos años (así lo señalan los autores antiguos), la gente va a «tomar el sol» a la Puerta del Sol, cabalmente así llamada. En el Prado, algunos guardias municipales bastan para contener a la multitud a cada lado de la calzada, por donde desfilan las máscaras. El orden es sin duda algo encantador; son encantadoras estas exuberancias canalizadas y vigiladas. Y esos guardias pulcros y relucientes, esos soldados enjutos, todos enguantados, esos caballeros funcionarios del municipio que, de forma un poco obsesiva, pasan y vuelven a pasar usando los instrumentos de su arte (que consiste en recoger los excrementos equinos), esa multitud que se divierte casi en silencio, esos carruajes señoriales que hienden el gentío sin provocar una mirada de hostilidad, ni siquiera de impaciencia, ofrecen un contraste penoso con la mojiganza pobre, desaliñada y vulgar del Carnaval de París. [...]

Muchos coches de caballos, victorias y *breaks*. Las mujeres con traje andaluz van sentadas en la capota, y tras ellas se extienden los chales de color crema, con flores rojas. Estos bellos pájaros se alejan mientras las serpentinas, colgadas de los coches, se estiran temblando como lamentos en el aire de la estela. Y carrozas como ya no quedan en Francia entremezclan con todo esto sus negras armonías. «*Clere Espagne la bele*», dice la Canción de Roldán. ¿Clara? Negros los ojos, negros los cabellos, negros de pies a cabeza los trajes de los hombres y las mujeres. Y negros los grandes pintores del Prado, ¡que se los lleve el diablo! El negro es el color nacional de España, como lo es de la anarquía. *Nigra sum sed formosa*.

Sí, negro, este Carnaval de Madrid. En la *Flor de Romances* hay un *romance* que empieza así: «El amor y la muerte se encontraron un día en una posada. El amor iba a Sevilla, la muerte a Madrid.» ¡El amor a Sevilla! ¡La muerte a Madrid! Eso es. Hay un Madrid sombrío, lleno de ciegos, de niños sin brazos, qué sé yo. Desde las terrazas del Retiro se ve un campo pelado, y más allá, hasta donde se pierde la vista, desiertos horrosos que llegan hasta las últimas casas de la ciudad. Madrid, cuando uno se aleja, parece una costa que un buque abandona.

En Estados Unidos el pueblo es tan joven, en Inglaterra está tan seguro de sí que, cuando muere un nativo de estas naciones, me digo: «¡Cómo! ¡También allí!» Pero, en España, estos hombres flacos, malnutridos, de tez cérea, con piernas esqueléticas, eternamente de luto, con barbas de cadáveres, recuerdan a la muerte, son de ella desde hace tiempo. Aquí les trae sin cuidado morir, y por eso les trae sin cuidado matar. El grito de guerra de la Legión española es: «¡Viva la muerte!» Y esos curas siniestros, esos conventos-tumbas, esas iglesias sin ventanas, esos coches fúnebres traqueteando por todas partes evocan la muerte y proclaman que éste es su reino.

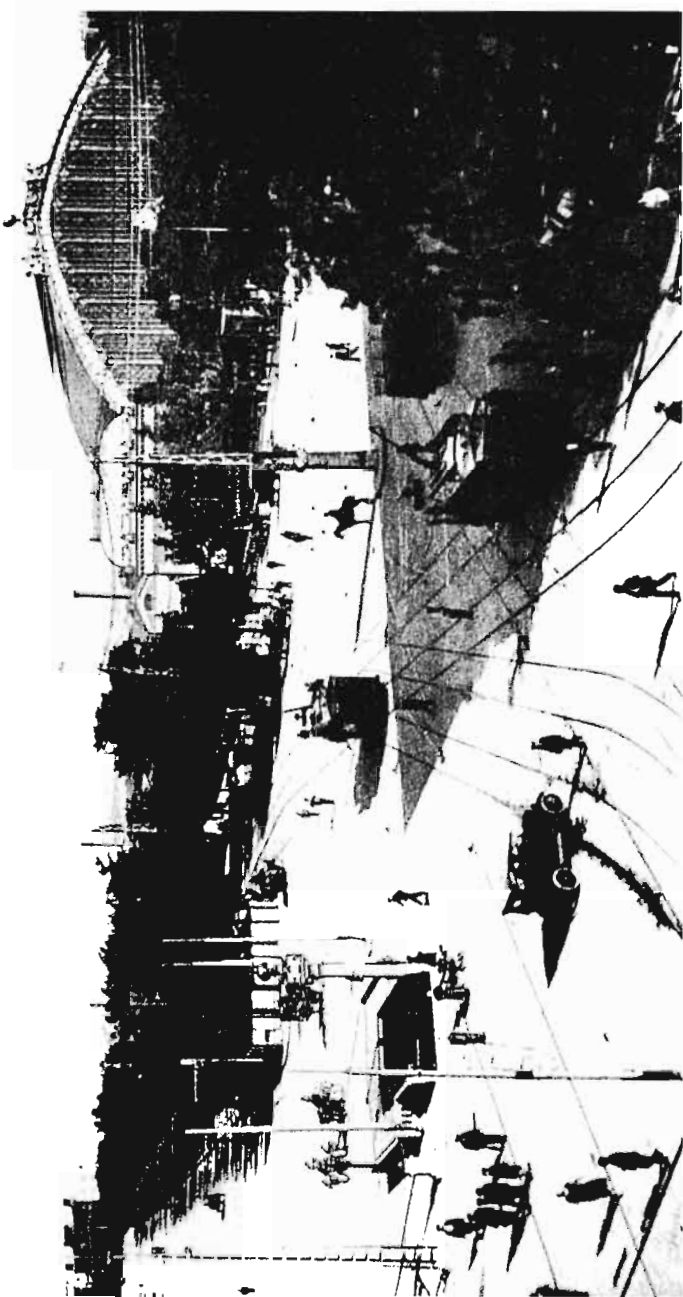
Madrid negro: la ciudad de Onán. En España, muchas más cosas de las que uno cree ocurren en la imaginación y en las palabras: es el sentido nacional de Don Quijote. España está llena de señores de sesenta años, de ojos magníficamente ojerosos, que castigan a las mujeres con la mirada, pero no han tocado a una en toda su vida. De los tres héroes nacionales de España, dos mueren, a mi juicio, de los excesos de su soledad: Santa Teresa y Don Quijote. En cuanto a Don Juan, ¿no habrá un psiquiatra para demostrarnos que es una especie de impotente? (Lo digo por reír, pero estoy convencido de que esta tesis «brillante» ha sido mantenida.)

La mayoría de las máscaras son muchachos venidos de los suburbios. Muy pocas mujeres: el Islam está ya muy cerca. No cabe imaginar nada más inocente que la gran diversión de estos chiquillos, que consiste en frotar con

una varilla de aluminio una placa del mismo metal, parecida a un rallador de queso. El sonido que extraen de esta maquinilla es tan tenue que resulta enteneecedor. Me recuerda a la flauta árabe, que no hace nada de ruido, a los minúsculos címbalos marroquíes, que no hacen nada de ruido: a ambos lados del Estrecho se contentan con poco. Desde luego, un país simplón. ¡Cómo aceptan todos! Él, en la flor de la edad, y guapo mozo, embetunar zapatos, arrastrar por las calles un organillo. Ella, tan encantadora, a todas luces creada por Dios para ser mantenida, pasar las mañanas a cuatro patas fregando suelos. Y todas las incomodidades, todas las arbitrariedades, todas las formas de gobierno. El propio Madrid está a las puertas del campo, que lo invade aquí y allá, como ocurre en las ciudades de Oriente. El hombre con una gallina bajo el brazo es un tipo tan madrileño como africano. En Nochebuena, los tranvías de Madrid se ven detenidos en las calles más céntricas por bandadas de pavos...

Pese a todo mi «españolismo», el cante flamenco y la guitarra, sin condimentos, no llegan a hacerme perder la cabeza. Pero he aquí una orquesta ambulante con una veintena de guitarras, y eso produce una música muy aguda, que recuerda al clavicordio, o como un zumbido de abejas para acompañar el *Sueño de una noche de verano*. Los músicos van disfrazados de pierrots, de pierrots negros, por supuesto, y llevan un pendón negro: ¡se ve en seguida que hoy es un día de júbilo! Van pidiendo. Cuando hay damiselas en un balcón, se detienen y tocan una serenata, uno frente al otro, mirándose fijamente a través de sus antifaces negros, y eso, en el Madrid negro y rosa, tiene algo de galante y lúgubre que es muy castellano.

Traducción del compilador



Atocha.



12. RAMÓN GAYA (1928)

Ramón Gaya (1910), una de las figuras señeras del arte español contemporáneo, apenas necesita presentación como pintor, pero quizá sí como escritor, pues sus ensayos (como El sentimiento de la pintura, 1960, o Velázquez, pájaro solitario, 1969) no han alcanzado probablemente la difusión que merecían. Aun para quienes conocen el lugar que ocupó Gaya en el semillero artístico de la Segunda República, y la fructífera carrera que desarrolló después en el exilio y a su vuelta a España, acaso sea una sorpresa descubrir que su maestría con la pluma no va en zaga a la ya reconocida con el pincel.

Prueba de ello es el texto que hemos seleccionado, escrito en 1992 para la Revista de Occidente con el título «Entrada en Madrid de un pintor». En él veremos a encontrar las primeras impresiones de un joven provinciano recién llegado a la capital, cuya mirada desvela hícidamente la esencia misma de la ciudad, que no es sino el aire. Algo que todo el mundo siente, pero que sólo un artista como Ramón Gaya es capaz de definir con las palabras justas, contraponiendo al madrileñismo de Goya el Madrid quintaesencial de Velázquez. En suma, dos páginas imprescindibles para entender «eso tan incorpóreo, tan delgado» que es el aire que respiramos en Madrid.

A Madrid se llegaba, sobre todo, por la estación de Atocha (y por la estación del Norte, por supuesto; lo que sucedía es que esa porción del mundo —el norte— no existía para mí). También se llegaba por carretera, a pie, o montado en un carro, o en un burro. No en automóvil. Todos aquellos que habíamos nacido en provincias —en sus pequeñas y encantadas ciudades, en sus sabrosos pueblos, en la íntima concavidad de tal o cual paisaje— acudíamos a Madrid como moscas sin saber muy claramente por qué ni para qué. Se decían algunas cosas —«abrirse paso», «ver mundo», «hacerse hombres», «labrarse un porvenir»—, pero todo eso, claro, no era más que hablar por hablar. Acaso, desde fuera, se llegaba a Madrid, no tanto *para* esto o aquello, sino *por* él, por él mismo, por una extraña y vaga intuición y atracción nuestra de un ser más secreto y más... tenue. Nada más bajar del tren en Atocha, bordear la verja del Botánico, rozar el Museo, subir por Alcalá has-

ta Núñez de Balboa —que era en donde vivía la familia amiga que me hospedaba— me pareció haber entrado en contacto con un aire muy sutil, delgadísimo, limpio, virgen, sin color; un aire, diríase, de altura y... altivo, muy diferente al que yo conocía —ahora el aire de Murcia se me revelaba como algo casi corpóreo, carnoso, succulento, sensual—; el aire de Madrid, en cambio, era más bien como una transparencia.

En enero de 1928, casi un niño todavía, entraba yo temblando, sin respiración, sin aliento, en el museo de más... *sustancia pictórica* que existe. Sabía muy bien, por reproducciones y libros, lo que encerraban aquellas salas —por aquel entonces muy silenciosas y casi desiertas—, pero ahora lo que tenía ante mí no eran ya unas simples estampas planas, aplastadas, sin vida, sino la *misteriosa verdad* directa de la pintura. Los cuadros no eran esa «superficie animada» que tan tontamente se nos dijo ser; no, no eran lienzos cegados, tapiados, pintarrajeados por Poussin o por Mondrian, sino sencillísimas ventanas de par en par, abiertas al infinito.

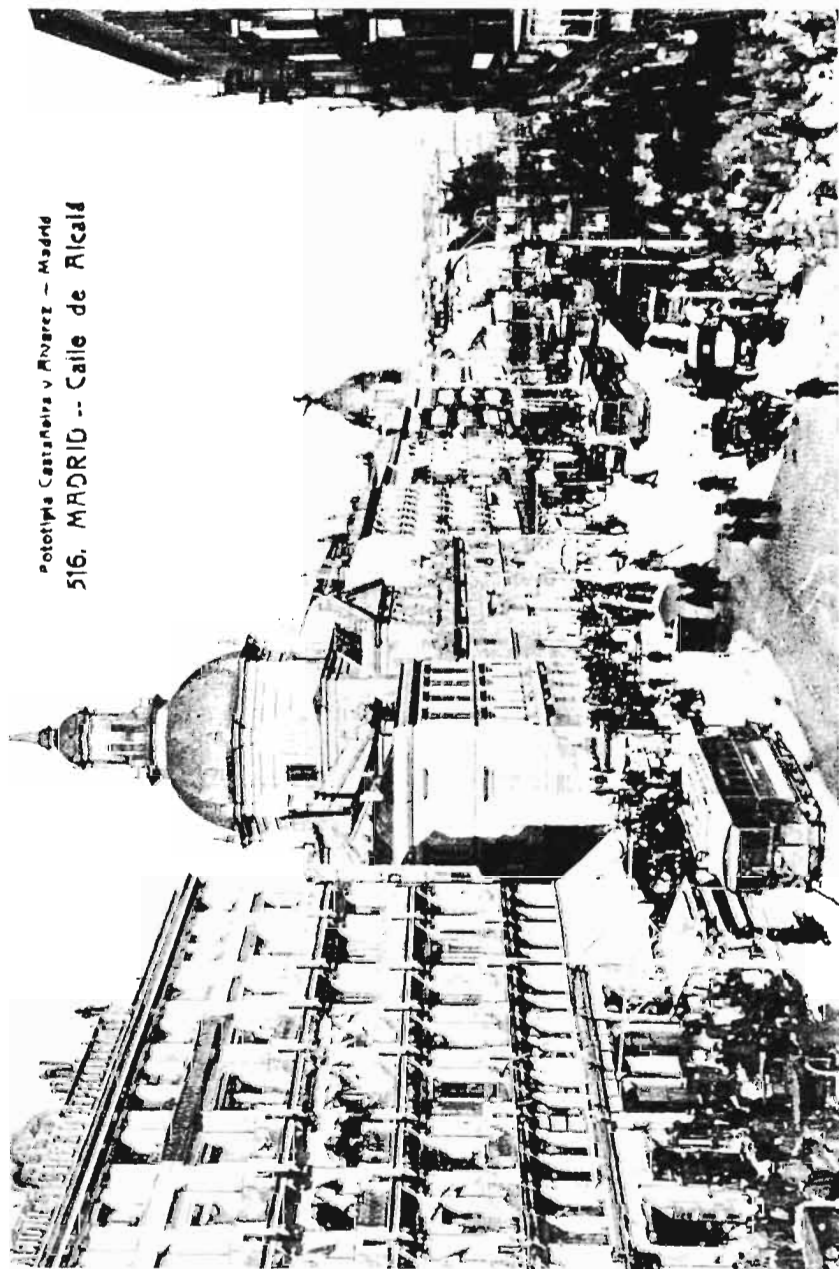
Nada más entrar en las salas de Velázquez me pareció sentir en las mejillas, en las sienes, en los párpados, el roce de un aire frío, como el que sintiera el día anterior en la calle. Era un frío limpio, de roca viva, no subterráneo, como el de París, por ejemplo; el frío de París es de sótano, de rata mojada, de alcantarilla, de albañal romántico. Madrid, a pesar de sus barrios pobres, de sus mendigos, de sus traperos, de sus basureros, no nos parecerá jamás un algo sin redención, pues todo se diría poder salvarse, elevarse, gracias a ese frío tan puro, tan desnudo, del aire de la sierra. Pero eso tan corpóreo, tan delgado, es muy difícil de ver, de comprender; sin la vigorosa ayuda de Velázquez es muy fácil caer, sin más, en el gracioso laberinto de lo castizo. Recuerdo que venía de contemplar en Goya algo mucho más visible: el *madrileñismo*, un madrileñismo que es cierto y verdadero, pero no esencial. El madrileñismo no es Madrid, sino, a lo sumo, su marco, el marco que lo estiliza, que lo caracteriza, que lo facilita, pero el carácter no es nunca la esencia de nada. La esencia de Madrid es el aire. Y sólo el gran sevillano —la sensibilidad más firme, más *invulnerable* que ha existido— podía darnos esos retratos de caza suyos. Porque Velázquez nunca se dejó deslumbrar —equivocar— por esa primera corteza que tienen las cosas todas del mundo, sino que su mirada llegó hasta el centro mismo de la vida. Por eso en su retrato de Madrid no hay nada, sino aire, un aire azulado, aristocrático, de altura. Velázquez comprendió y nos hizo comprender que Madrid es el Guadarrama. Existe, además, lo madrileño, o sea, un estilo —todas las grandes capitales necesitan de un estilo muy dibujado, puesto que han de soportar y amasar lo diverso, lo que desordenadamente les llega de provincias—; Ma-



drid tiene, claro está, una figura, una figura garbosa, popular, muy elaborada; Goya y Galdós —acaso también Ramón— son, quizá, sus más grandes pintores. La verdad es que me gustan mucho esos retratos, pero siempre volveré al del «Niño de Vallecas»; allí, en un rincón, asoman unas cuantas manchas que no llegan a decidirse en árboles, montañas o nubes, es decir, que no son paisaje, sino aire solo, un aire vívido, un aire que no es de ciudad, sino de campo, un aire que le llega a Madrid por la plaza de Oriente y se abre paso Arenal arriba.



potolpa Castañeira y Alvarez — Madrid
516. MADRID -- Calle de Alcalá



Calle de Alcalá.



13. FRANCIS CARCO (1928)

Francis Carco (seudónimo de François Carcopino-Tusoli, 1886-1958) fue uno de los personajes más representativos de la vida artística y bohemia del París de principios de siglo, uno de aquellos escritores inclasificables —como Alfred Jarry o Jean Moréas— que merecieron de Apollinaire el calificativo de «contemporáneos pintorescos». Poeta, novelista, biógrafo y reportero. Carco es recordado hoy como el mejor cronista de los bajos fondos parisinos de la época, cuyos tugurios y truhanes cobraron vida literaria y una nueva dimensión poética gracias a obras como Jesús-la-Caille. Scènes de la vie de Montmartre y L'homme de minuit.

En 1928 Carco hizo un viaje por España que dio origen a su libro Printemps d'Espagne (1929). El primer capítulo, dedicado a Madrid, nos ofrece una visión poco convencional de la ciudad, plasmada en un lenguaje de gran plasticidad y aderezada con una ironía que no deja lugar al menor tópico turístico. Fiel a sí mismo, tras callejear por el casco urbano Carco sale de noche a explorar el Madrid golfo, y aunque sus recorridos dejen un tanto frustrado al autor, el humor y el lirismo del relato compensan con creces al lector. Completamos nuestra selección con extractos de otro capítulo —quizá de mayor enjundia descriptiva— dedicado al Escorial.

Aquella clara mañana de marzo en que me apeé del tren en la Estación del Norte de Madrid había todavía poca gente en la calle, pero el metro empezaba ya a verter en las aceras largas filas de dependientes, empleados y obreros que se dirigían sin prisa al trabajo. Guardias civiles con cascos de fieltro y guantes, imperturbables, pitaban, levantaban un brazo, esperaban a que se juntara benévolutamente una treintena de personas, y entonces les daban paso.

Encorbatados con placas de hojalata donde se leían números, los conductores de tranvía se deslizaban en medio de un espejo de reflejos y cristales. Los regadores públicos, de dos en dos, con uniformes caquí, doblaban el espinazo bajo el peso de sus altas funciones, sus mangas y bocamangas. Carteros, telegrafistas, cobradores, ordenanzas, ciclistas y botones lucían insignias complicadas, talabartes, caireles y alamares de todos los colores, y

con el sable al costado, los militares iban a sus mandados, uno con una escoba, otro con botellas vacías. Yo estaba pasmado. Pero cuál no sería mi estupor cuando al llegar al hotel, el portero, tras inclinarse ante media docena de oficiales resplandecientes de cruces y brillantes, se enderezó y me dijo alegremente:

—¡Esos señores son portugueses!

Después de arreglarme salí a la calle con ánimo de ver y conocer todo, como verdadero francés que allá donde vaya se cree en su casa. Hacía bueno. El sol arrancaba destellos chispeantes a los cobres de los escaparates, calentaba el asfalto, deslumbraba, y dejándome arrastrar por la multitud me encontré en la Puerta del Sol, donde el hormigueo de los peatones me encantó.

Esta plaza es el centro de la ciudad. Da origen a la gran calle de Alcalá y la alimenta con las muchedumbres de ciudadanos que vierten en ella —como en una cuba— numerosas callejuelas antiguas y pintorescas. Desde los arrabales de Tetuán donde viven los traperos, desde el viejo Madrid, desde el mercado callejero que llaman el *Rastro*, los medios de transporte convergen hacia la Puerta del Sol. Es fácil imaginar la cantidad de población que en ella se amontona. Revendedores de billetes de lotería que cantaban los números, vendedores de agujas, pipas, balanzas, dedales, juguetes, anillos para paraguas, cigarros, cerillas: todos estaban allí, ofreciéndome su pacotilla.

Ante una puerta se aglomeraban los mirones, riendo a carcajadas con una revista ilustrada. Se empujaban, comentaban la doble página del *Buen Humor* en la que aparecía un gran dibujo coloreado cuya leyenda, «Cómo se imaginan los extranjeros la Puerta del Sol», no carecía de ingenio. En este dibujo, Carmen y don José, toros sueltos por la calle, maridos celosos, bailaores, bailaoras, bandidos, músicos y mujeres cautivas bailaban una especie de fandango jovial acompañado de exclamaciones, desafíos y palabrotas que provocaban la hilaridad de la gente. Esto me abrió los ojos. Me acordé de la frase de Gautier: «Los españoles se enfadan cuando se habla de ellos de forma poética». Y esta observación, unida al comentario que me había divertido en boca del portero del hotel, me hizo admitir que si en Madrid se burlan del candor de los viajeros, no les escatiman las informaciones.

Satisfecho de mi descubrimiento, bajé por la calle de Alcalá para ir a Correos, y pude así percatarme del esfuerzo que han hecho los madrileños para modernizarse. En efecto, pasmosas edificaciones con columnas y cúpulas, coronadas por una media luna gigantesca y una mujer desnuda, o por carros tirados por caballos, alternan con sombríos cubos de cemento. Bancos, círculos, compañías de seguros tienen su sede en estos edificios: el

Banco de Bilbao, el del Río de la Plata, el Círculo de Bellas Artes, la Compañía del Fénix Español. ¡Qué sé yo! Allí donde posara los ojos me chocaba la pesadez de las construcciones, sus proporciones, su aspecto fastuoso. Y cuando surgió en el cielo la blanca torre almenada de Correos, como un inmenso barquillo, la vista me pareció tan absurda que le volví resueltamente la espalda y entré en un café.

Los cafés de Madrid son encantadores. En ellos se come, se bebe, se reúne la gente sin distinción de rango ni de sexo. Se admite a las mujeres (quiero decir a las que no se suelen encontrar en París en tales lugares), y su presencia allí parece de lo más natural. En cuanto a los hombres, están como en su casa. Así pues, me senté en un café dorado como un misal y pedí una absenta. ¡Dichoso país! Desde mi sitio veía deambular a importantes caballeros que, no teniendo nada que hacer, se prodigaban los abrazos y luego seguían calle arriba, cogidos del cuello, a lo largo de las tiendas. Ramilletteras que no tenían ningún parecido con Raquel Meller les ofrecían flores. En fin, por todas partes, con su caja de cepillos bajo el brazo, acudían los limpiabotas, y precipitándose a los pies de quienes no les rechazaban, gritaban imperiosamente:

—¡Limpiar, señor, limpiar!

Pronto hubo entre los veladores y las escupideras varios de estos pobres diablos que se afanaban con sus cepillos y sus trapos y que, cuando a veces levantaban la cabeza, me recordaban a los enanos de Velázquez.

Un amigo me había dicho: «En España te encontrarás con los personajes de los cuadros más célebres que, apeados de sus marcos, van y vienen por la calle. En Madrid son tan numerosos que ya verás cómo te cruzas con ellos a cada pasò.»

Y así es.

Después de Velázquez apareció un auténtico Goya en forma de una dueña que paseaba a una apetitosa criatura, para exhibirla, mientras le hablaba al oído.

«¡Buenos consejos!», no pude evitar pensar al acordarme del grabado de los *Caprichos*.

Las dos mujeres se sentaron ante el velador contiguo al mío y, poniendo cara de circunstancias, fingieron no darse cuenta del efecto que producían. La vieja, con sus ojos saltones bajo cejas de crespón, su boca desfruncida, sus pómulos rojos y sus rizos pringosos en las sienas, tenía el tipo inconfundible de su oficio, pero su bella pupila de mejillas rosadas resplandecía con tal frescor que los hombres que pasaban se la quedaban mirando de hito en hito, y después, arrebuñándose en sus capas, se daban media vuel-

ta para mirarla una vez más de reojo antes de alejarse. Estas idas y venidas no tenían nada de grotesco. La mugrienta iglesia de Calatravas, que formaba telón de fondo, les daba un carácter muy español, que los mendigos cómodamente instalados bajo el pórtico y los golfillos que pregonaban con voz cavernosa los diarios matutinos me ayudaban a situar.

«Y bien», me dije, «no son sólo los modelos de los pintores los que siguen vivos aquí.»

Y pensando en Quevedo, que escribió: «Lo primero ha de saber que en la Corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas», me dejé invadir por el encanto de esta ciudad que, bajo sus apariencias, se mantiene unida a su pasado por mil fibras secretas.

Sin embargo, en la calle de Alcalá reinaba una animación trepidante. Mecanógrafas vivarachas que salían de bancos y ministerios se mezclaban alegremente, entre los coches y los tranvías, con los grupos de dependientas que lucían el palmito con el aire más natural del mundo. Todas iban atildadas, arregladas y ataviadas a las mil maravillas. Morenas y rubias, no llevaban la mantilla, pero tocadas con elegantes sombreritos de fieltro, sin afeites, apenas empolvadas, caminaban con un paso danzarín y acompasado que dejaba encandilados a los hombres.

—¡Flor de mi corazón! ¡Calor que me hiela la sangre! —murmuraban siguiéndolas—. ¡Carne de mi carne!

Confieso que este espectáculo me encantó y que me uní a esta ardiente juventud, pero no había recorrido treinta metros cuando un coche fúnebre, pintarrajeado como un carrito de helados, desembocó al trote de la Gran Vía y disipó toda la alegría. Los hombres se descubrieron. Algunas mujeres se santiguaron y una de ellas, señalando el féretro que debía de contener los restos mortales de una muchacha, murmuró a mi lado con un tono de trágica compasión:

—¡Ay, pobrecilla! ¿Quién te querrá ahora a ti?

Entretanto eran ya las dos, por lo que me encaminé hacia el Grill Room del Palace y, después de comer, me puse a pasear con curiosidad por la ciudad.

Ahora bien, nunca ocurre nada en Madrid. Tras los ventanales del Círculo de Bellas Artes, lúgubres personajes correctamente vestidos componían pavorosas réplicas del *Entierro del conde de Orgaz*. Me detuve para contemplarles mejor.

En la calle de Sevilla, otro círculo.

—Lo llamamos la jaula —dijo un transeúnte.

—¿La jaula?

—*Sí, señor*: O si lo prefiere, el círculo de los aviadores, porque todos esos que se ven dentro, en este momento, no vuelan.

Y como un brusco chaparrón empezaba a descargar sobre las aceras:

—Vaya —dijo el transeúnte—, con esta lluvia la jaula quedará en seguida pequeña.

En efecto, llovía como llueve en España, es decir, a cántaros. En un abrir y cerrar de ojos se desbordaron las alcantarillas de la Puerta del Sol. Se chapoteaba al andar. A veces, bajo el pie, un puro reblandecido te procuraba sensaciones. Había muchos de estos puros. En los cafés, una atmósfera fuertemente saturada de tufo de anís, charcutería, tabaco y cuero mojado te atenazaba la garganta. Era difícil encontrar una mesa vacía. Y cuando la encontrabas, el camarero, que miraba caer el agua, te decía cortésmente con aire sombrío, como para disculparse:

—*¡Mal tiempo, señor!*

Al anoecer, habiéndome refugiado en una cervecería de la Gran Vía, descubrí con placer que mis vecinos de mesa eran unos enamorados. Una anciana dama les hacía compañía.

«Pobres críos», pensé. «esa vieja debe fastidiarles.»

Había visto mal. No les fastidiaba en absoluto. Casi fundidos en un abrazo ante sus ojos, no se ocupaban de ella ni de nadie, y se miraban extasiados.

—*¡Son novios!* —me informó amablemente el camarero—. *Todos.*

Había novios en todas las mesas. Y en todas las mesas, también, una anciana dama muy digna, que no parecía enterarse absolutamente de nada. Sería difícil imaginar en Francia los abrazos, los apretones de manos, las miradas y sonrisas que intercambiaban estos jovencitos. Ora se hablaban con las bocas pegadas, bebiéndose el aliento hasta desfallecer; ora lanzaban suspiros tan patéticos que había que estar ciego y sordo para no darse cuenta de nada. Algunos niños que correteaban por la sala se detenían desconcertados y contemplaban en silencio estos juegos que no comprendían. No eran juegos de su edad. En efecto, mi vecina se peleaba con su *novio* y, con la excusa de recuperar una esquila amorosa que había tenido la imprudencia de enviarle el día anterior, le registraba. La vieja dama le dejaba hacer. En cuanto al paciente, sólo oponía resistencia a semejante cacheo con el fin de prolongarlo.

—¡Eh, no! —protestaba blandamente—. No. No. No quiero...

¡Qué habría ocurrido si hubiera dicho sí!

Al día siguiente, con la esperanza de enriquecer mis impresiones, decidí dar la vuelta a la ciudad a pie y salí muy temprano. Era viernes. En el paseo del Prado, una fila parlanchina de burguesas, obreras y mujeres del

pueblo, encauzada por guardias y flanqueada por vendedores de rosarios, se dirigía indolentemente hacia una iglesia en la que era día de rezo. Los niños jugaban. Despreciando unas ordenanzas que imponen una multa inmediata a la menor infracción, un carretero orinaba contra un árbol, y el cielo azul, sembrado de nubecillas relucientes, desplegaba sobre la estación del Sur un vasto espacio henchido, estremecido de luz. Después de la estación, los bulevares de Atocha y de Valencia atraviesan por en medio el viejo Madrid. Yo esperaba descubrir aquí, mejor que en la calle de Alcalá, algún detalle que me ilustrase sobre los usos y costumbres de la gente, para ayudarme a comprenderla, pero sólo vi callejuelas pedregosas, el Hospital, la Fábrica de Tabacos y la Escuela de Veterinaria, antes de ir a salir, por una plaza adornada con estatuas, al Puente de Toledo.

Pesadas columnas cargadas de antorchas, coronas, amorcillos y escudetes desmoronados forman a cada extremo de este puente ornamentos pomposos, que el arroyuelo Manzanares hace parecer tanto más estrafalarios por contraste con su modesto hilillo de agua.

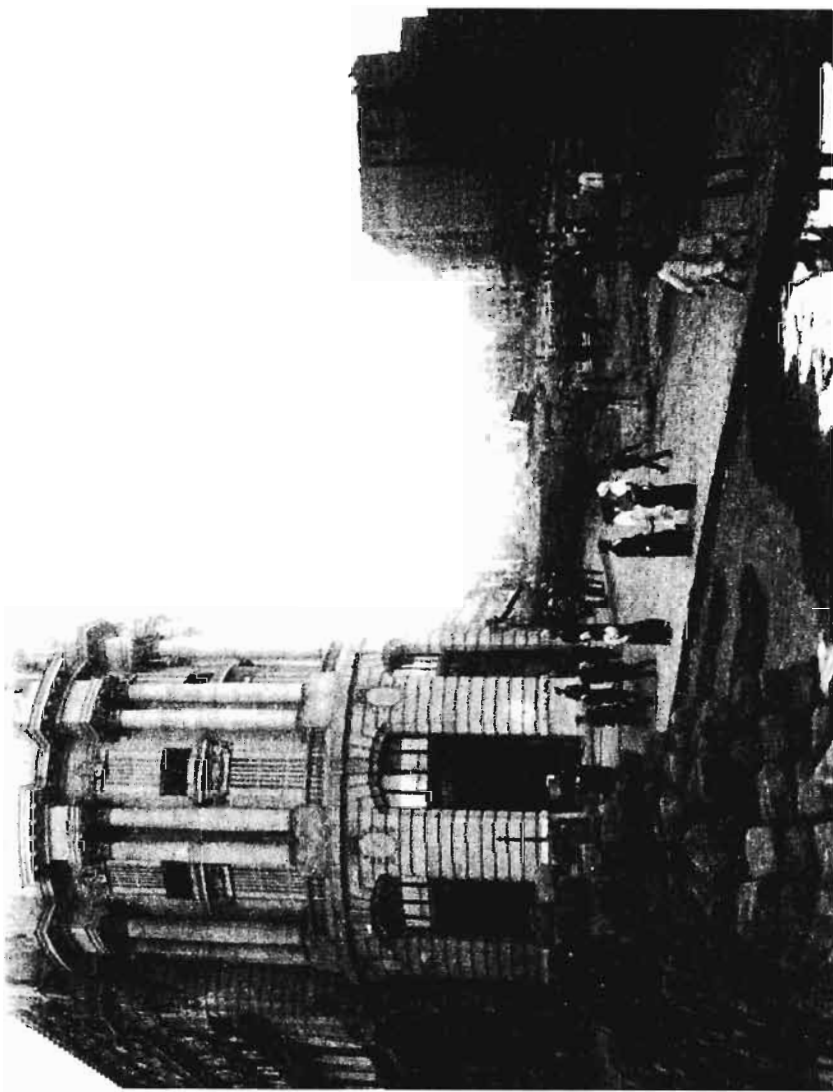
—¡Ah! —exclamé, decepcionado—. Ese arco vacío...

Única capital de Europa sin río, de pronto creí comprender que Madrid sufre de esta excepción que le impide renovarse. Entendámonos: cuando escribo que sufre, sería más exacto leer que se niega a sufrir, lo que es peor y justifica hasta cierto punto sus aires de grandeza, su tedio, su altivez y su envaramiento.

Debajo, las comadres lavaban la ropa y la tendían a secar sobre la hierba, que se cubría de tonos crudos como la muestra de un droguero. Pensé en Jean-Louis Talon, que en *La Marquesita* describe este barrio durante el entierro del guapo Rafaelito. Afortunadamente, había menos gente que el día de aquellos funerales, pero aunque tenía todo el tiempo para examinar a los transeúntes, no ofrecían nada inesperado. Iban y venían mujeres con la pañoleta en la cabeza o el velo de tul prendido del pelo con alfileres, hombres tocados con boinas y sombreros, gitanas con faldas brillantes y desaliñadas, y los mendigos, aprovechando un rayo de sol, desplegaban sobre los bancos las colillas que les abultaban los bolsillos en revoltijo con perras chicas.

«Evidentemente», me dije: «¿España? ¡Llego demasiado tarde!»

Sin embargo, altísimos muros de ladrillo descolorido, verjas, entradas palaciegas, tenderetes y quioscos de bebidas se sucedían a lo largo de una prolongada rampa en zigzag. En la calle de Bailén, un pequeño húsar de la Reina con casco puntiagudo hacía guardia junto a la nueva catedral, «la única iglesia —señala la guía— en la que se permite la entrada a los féretros de los muertos», y el Palacio Real, con su piquete de infantería, desplegaba fren-



Gran Vía.

te a la plaza de Oriente su masa erizada de chimeneas. Podían ser las once. Coches de reparto, bicicletas y simones tirados por mulas se detenían confiadamente junto a las garitas donde acababa de efectuarse el relevo de la guardia, a juzgar por la cantidad de curiosos que, literalmente boquiabiertos por el espectáculo de los alabarderos desfilando al son de sus dos tambores y a los fúnebres acordes de una música militar, esperaban todavía no sé qué. Quizá buscaban como yo ese no sé qué que, precisamente, me irritaba. O tal vez... no, no eran tan tontos y esperaban simplemente al tranvía. Era más simple que todo eso, y ya empezaba a enternecerme cuando la lluvia, que siempre me ha sido útil, rompió de golpe a caer...

La noche siguiente, después de cenar, subiendo por la Gran Vía me encontré con gruesas damas de grandes ojos negros que se dedicaban inocentemente a los gozos del busconeo, mientras los *serenos*, con su linterna sorda sujeta a la cintura, sus porras y sus manojos de llaves se amontonaban en los bares. En la calle Jardines, húmedas casas de citas escalonaban sus luces y, paralelamente, la calle de la Aduana mostraba su perspectiva trivial, que varias cervecerías de mujeres intentaban en vano alegrar con sus blancos cristales esmerilados. Una sala de baile, con portero ruso enfundado en una librea con botones dorados, hacía papel de nuevo rico entre estos establecimientos, y al fondo, a la izquierda, una bombilla colgada sobre un portal iluminaba violentamente una palabra pintada de cualquier modo sobre la piedra: *Edén*. No era en modo alguno —como cabe imaginar— el paraíso, sino un vulgar café cantante que sólo me divertió un instante, al cabo del cual pregunté si no había en Madrid otros lugares más típicos.

—Sí, señor —me respondió el camarero—, está el Magdalena.

—¿Qué Magdalena?

—El Kursaal —me explicó—. Desde aquí no tiene más que coger por la calle de Sevilla, seguir por la del Príncipe y después por la calle de Atocha...

No escuché más.

«Kursaal de la Magdalena», no dejaba de repetirme, «Kursaal...»

La palabra «Kursaal» no evocaba precisamente la atmósfera española. Sin embargo, salí en su busca, orientándome como podía en un barrio donde los novios que no habían tenido ocasión de verse durante el día, se desquitaban por la noche. Debería haberles preguntado por el camino o, para no molestarles, esperar a que pasara alguien, pero estaba tan ansioso que en lugar de torcer a la derecha, torcí seguramente a la izquierda y ya no supe dónde estaba. Las calles subían y bajaban. A veces, a la puerta de una *vaquería*, una mula silueteaba su grupa lustrosa o, golpeando furtivamente el adoquinado, se alejaba. Era extraño. No había nadie tras estas mulas, nadie en estas vaquerías. Lo compro-

bé echando una ojeada al pasar: estaban vacías. De tanto en tanto algunas tabernas, donde el dueño roncaba entre sus frascas, poblaban confusamente la noche con sus luces mortecinas. No era muy tarde. En la calle de Santa Ana, un grupito de golfos apostados a la entrada de una casa sórdida me hizo acercarme. Debía de ser, como las llaman aquí, una *casa de compromiso*, pero de la más baja estofa, pues en el pasillo, manchado de orines y excrementos y sembrado de cristales rotos, brillaba un farol tras una cancela sobre el suelo lleno de restos, mondas y papeles arrugados, como un basurero. Al verme, los golfos se eclipsaron. Creí que llegarían otros y me puse a rondar la calle hasta que, al ver un perrito, comprendí que me estaba destinado. Le llamé. Se acercó brincando. Poco después, un borracho que venía costeando las fachadas se agachó para acariciarle. Sin duda debíamos formar un grupo curioso, el perro, el borracho y yo, pero eso me divertía. El borracho decía:

—¡Perrito!

Después, percatándose de mi presencia, abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Conoce usted el Kursaal de la Magdalena? —le pregunté.

Hizo un gesto y respondió:

—¡Por allí!

Era por la calle del Mesón de Paredes, en cuyas tascas se bebían copas de manzanilla, jerez, amontillado, valdepeñas y coñac, acompañadas con aceitunas, anchoas y lonchas de jamón. En la puerta, los serenos canturreaban aires tristes, cansinos e interminables o charlaban con sus paisanos, mientras un retumbante organillo, cuyo estruendo aumentaba según avanzaba yo, entremezclaba sus notas quejumbrosas y mecánicas con aquella extraña animación. Pero ¿dónde estaba? En la esquina de la calle de la Encomienda, que la Chelito hizo famosa con la *rumba*, voluptuosa danza de los senos importada de Cuba, una taberna pintada de azul difundía una música tan gangosa que me recordó viejos ambientes crapulosos. Aquella música dura y chillona me sumió en una profunda perplejidad. Me detuve. Examiné los alrededores y, al intentar por última vez desvelar el misterio de esta curiosa gran ciudad que decididamente me desbordaba, me sentí completamente perdido.

El Escorial

Mi primera impresión de El Escorial había sido la de cualquier viajero que, desde la ventanilla del vagón, poco antes de San Lorenzo, ve agrandarse entre las rocas la áspera fachada de torres cuadradas del legendario monumento. Es una aparición que el humo del tren sepulta en seguida entre sus

volutas, mientras que, por la carretera, se divisan de lejos la cúpula, los tejados, las innumerables ventanas de esta mole cuadrangular de granito cuyo espíritu armoniza con el paisaje y le confiere una rara nobleza huraña y resuelta. Sin embargo, la salida de Madrid por el Puente de los Franceses no prepara el ánimo para tanta altiva resignación, pero ya antes de llegar a cierta venta adonde los elegantes van a merendar, se descubre un inmenso desierto cuya vista le reduce a uno a tan poquita cosa que los menos prevenidos suelen quedarse pasmados. ¿Es ésta la razón por la que Felipe II eligió al pie del Guadarrama el emplazamiento del fúnebre edificio? Todo induce a creerlo. En efecto, estas planicies escabrosas donde el cielo se extiende bruscamente, como sobre el mar, y os deja en presencia de su mudo enigma, son como un trampolín para el alma y la disponen a no concebir más que a ella frente a los elementos.

En las depresiones de los pliegues del terreno brillaban los charcos. Cruzamos un río, subimos una pendiente, la bajamos por bancales sucesivos salpicados de enebros y helechos, donde asnos sobrecargados se atravesaban frecuentemente delante del coche; después, tras un segundo puente adornado con bolas de piedra, cruzamos una región verdecida, moteada de robles y abedules. En los prados mugían los toros. Entre los árboles, en lo alto, el pueblo rosa y blanco de San Lorenzo mostraba sus graciosas casitas de campo y sus hoteles, y borrando de golpe el enorme caos de rocas donde está situado, apareció El Escorial.

A medida que me acercaba me sorprendía cada vez más no descubrir ese aire arisco con que lo pintan todos los libros de viajes, sino un no sé qué de trágico, intenso e iluminado. La cúpula relumbra al sol. Los tejados de pizarra despedían fríos fulgores de armadura, y los centenares de postigos verdes, contrastando con la áspera cota de malla de los muros, parecían dibujar en ellos un tablero de ajedrez. Recordando el absurdo e inútil palacio renacentista que Carlos V intentó construir en Granada y comparándolo con el que tenía ante los ojos, admiré en El Escorial el carácter rígido y desnudo que hace de él el monumento más expresivo de España. Afirma la fe, el orgullo y el gusto por la muerte. Es un monasterio, una fortaleza. Es una tumba. Los monjes rezan en su interior. Los vivos saben qué lugar ocuparán en ella, y cuando uno se presenta ante sus puertas tachonadas de clavos negros se asombra de no encontrar en el dintel la frase de Dante: «Vosotros que entráis, abandonad...»

—¡Por aquí! —dijo un guía.

Éramos varios los que esperábamos para hacer la visita, y sin comprender el lúgubre lamento del viento en las galerías —pues fuera la atmósfera estaba en calma— nos mirábamos sin hablar.

El guía prosiguió:

—¡A la izquierda!

Vimos magníficos faroles dorados, rematados con la corona real, ante-
puertas de damasco rojo, escaleras y después, en el primer piso, una larga hi-
lera de estancias claras.

—En estos aposentos que forman la parte habitable del palacio —reci-
tó de sopetón el guía— se admiran los tapices de Goya, Bayeu, Wouwerman,
Maella, Téniers y Rubens procedentes de la fábrica española del Retiro. Her-
moso mobiliario. Relojes imperio. No tocar.

Este hombre me gustó. No se explayaba en explicaciones, sino que, una
vez terminada su perorata, se encaminaba hacia nuevas salas, donde la rean-
nudaba.

Así vimos la famosa Galería de las Batallas, que tiene escaso interés, ba-
jamos una treintena de escalones y llegamos por un pasillo al aposento de las
Infantas, la antecámara y el Salón del Trono, en el que, según pretenden los
Tharaud, fiándose de un guarda, ninguno de los muebles es auténtico. Qué
importa. Estas salas, que forman con el aposento de Felipe II un saledizo pro-
nunciado, exhalan una extraña tristeza que su frío mobiliario, sus paredes en-
caladas y la disposición de la alcoba del monarca, que da sobre el interior de
la iglesia cuyo altar mayor domina, no contribuyen a disipar. Tratándose de un
príncipe sensible a los goces de las artes, como atestiguan la Biblioteca y las
espléndidas colecciones de pinturas de las Salas Capitulares y la Sacristía, to-
do delata en este lugar una necesidad singular de mortificación que, a poco
que se sea sincero, ayuda a comprender mejor la razón de ser y la fuerza de
El Escorial. Es aquí, en esta celda con su cama estrecha, donde está la clave
de todo el edificio. Puede que al principio uno no se percate, o incluso que se
indigne por la absurda presencia de dos maniqués grotescos apostados en los
pasillos para asustar a la gente, pero nada es comprensible sin esta visita que,
a mi juicio, los guías hacen mal en reservar para el final de la tarde.

—Vean por estas ventanas —decía el nuestro— los bojes podados de la
terrazza. Continúan fuera el mismo estilo que la arquitectura.

Pero nadie le escuchaba y fuimos saliendo por grupitos a un patio de-
sabrado desde el que nos llevaron a la iglesia, cuyo aspecto pasmoso, con su
verja, su enlosado gris y blanco, sus columnas, su cúpula, sus cuarenta y
dos altares y sus naves de una amplitud y una elevación grandiosas, me de-
jaron helado hasta los huesos. Apretados unos contra otros, como para man-
tenernos calientes, atravesamos esta basílica petrificada en una especie de
posición de «firmes», que los grupos de estatuas doradas de Carlos V y Feli-
pe II rodeados de sus mujeres parecen justificar suficientemente. El coro de

sillas simples pero pulidas y relucientes nos permitió apreciar, frente a la capilla mayor, un retablo de treinta metros de altura compuesto de mármoles, adornos y esculturas de un gusto exagerado. [...]

Yo sabía, por las descripciones que había leído, que esta parte de El Escorial produce una profunda impresión por su *puñidero* donde se deshacen los cuerpos en sus ataúdes y su cripta fúnebre que contiene los restos mortales reunidos por Felipe II, de sus antepasados al emperador Carlos V, y después, de todos los reyes y las reinas de España; pero es difícil imaginar el efecto de la oscura bajada a esta gruta, entre gruesos muros de jaspe reluciente. Para hacerse una idea hace falta haber oído decir al guarda que, detrás de cierta puerta de bronce cerrada con llave, terminan de descomponerse los restos de la infanta María Teresa, y luego, en la propia cripta, contemplar los pesados sarcófagos sobrepuestos en seis lados de un octógono, cuyos dos muros restantes están ocupados por la entrada y por un altar adornado con un Cristo y candelabros. [...]

Como era la hora de cierre de El Escorial, tuvimos que pensar en comer y apresurarnos por un dédalo de patios y pasillos hacia la salida, donde el viento que nos había acompañado durante este trayecto —un viento insidioso y sepulcral— cesó como por ensalmo. Esto me intrigó mucho, pero los porteros de hotel que esperaban fuera no me permitieron recobrar me de mi sorpresa, pues me tenían preparada otra en la mesa donde, de repente, creí hallarme entre las glaucas gollerías de una sala repleta de turistas, en un horrible palacete contiguo no al osario real que acababa de ver, sino a un casino de temporada. En efecto, esta gente hablaba en voz alta, gritaba, reía, gesticulaba. El aire estaba cargado de olor a comida y a cigarro. Jovencitas encantadoras cubiertas de brillantes y rodeadas de viejos coquetones, deportistas, gigolos vestidos de negro, españolas rubias como coristas, colonias de alemanes, ingleses, suecos y franceses con cuello duro, en mangas de camisa, despachaban alimentos servidos en fuentes de metal, en medio de un barullo de platos, cuchillos, cucharas, tenedores y sillas volcadas. Era para no creerlo. De las doce a las dos el hotel no dejó de resonar con los ruidos más inoportunos, y después, por un contraste singular, se sumió en una vaga somnolencia que me mecía hasta que, volviendo súbitamente a la realidad, como un hombre adormecido en un velatorio se siente de nuevo traspasado por el agujijón cruel de su dolor, la idea de la muerte volvió a embargarme y me condujo hasta la entrada principal del monasterio.

Traducción del compilador



14. KAREL ČAPEK (1930)

Karel Čapek (1890-1938) es uno de los autores más destacados, pero quizá peor conocidos, de la literatura checa contemporánea. Cierta tendencia a encuadrarle en los confusos dominios de la ciencia-ficción (se le suele recordar por su drama R.U.R. de 1920, en el que inventó la palabra «robot», y por su hilarante fábula futurista La guerra de las salamandras) oculta a menudo la admirable variedad de su obra, que incluye novelas, relatos, dramas, ensayos y también libros de viajes. Čapek fue además un activo escritor anti-fascista, y uno de los que mejor han utilizado el humor para denunciar la opresión totalitaria, la estupidez de la guerra y los delirios tecnocráticos del mundo moderno.

El humor es también la nota dominante de su Viaje a España de 1930, que el propio autor ilustró con mucha gracia. De este libro (traducido al español por Jana Stancel y Clara Janés) hemos seleccionado dos briosos capítulos dedicados a la Puerta del Sol y a Velázquez, o lo que es lo mismo: al alegre y variopinto pueblo de Madrid y al pintor que mejor ha sabido expresar esa «tensión suave y ligeramente excitante» del aire de la ciudad. (Títulos del autor)

Puerta del Sol

Lo sé, aquí, sin duda, tendría que contar muchas otras cosas, por ejemplo la historia de Madrid, la vista del Manzanares, los jardines del Buen Retiro, el Palacio Real con guardias de rojo y el barullo de los niños guapos que gritan en el patio, toda una serie de iglesias y museos y otras cosas dignas de ver. Si esto os interesa, leedlo en otra parte, yo os ofrezco sólo la Puerta del Sol, y por ser vosotros, añadiré la calle de Alcalá y la calle Mayor, con todo el pueblo de Madrid en una noche cálida.

Hay en el mundo lugares sagrados; hay calles hermosísimas cuya belleza es irracional y misteriosa como el mito. En Marsella, la Cannebière; en Barcelona, las Ramblas; en Madrid, la calle de Alcalá. Si uno las sacara de su entorno, de su jugo, privándolas de su vida y de esa especie de olor

local, para colocarlas en otro lugar, no encontraría en ellas nada especial. Bueno, diréis vosotros que la de Alcalá es una calle bastante ancha y bonita, y ¿qué más? ¡Qué más, hombres de poca fe! ¿No veis que esta plaza famosa que digo tiene renombre universal, la Puerta de Sol, centro del universo y el ombligo de Madrid...? ¿No veis acaso cómo va por ella un cura más venerable y robusto que los curas del resto del mundo, con la capá recogida bajo el brazo como un soldado? Y fijaos en aquel hidalgo español, disfrazado de guardia con el sombrero de charol, chato por detrás, y en aquel caballero, probablemente un marqués o algo por el estilo, con la nariz aguileña y la voz de comandante de cruzados, que pregona *El Soool* o algún otro periódico; y en este conquistador apoyado en una escoba que representa con gestos esculturales una alegoría, tal vez la Limpieza de la Ciudad. Sean lo que sean son gente estupenda: los campesinos de la Sierra, secos y morenos, que transportan en burros verdura y melones; y esos uniformes rojos, azules, verdes, que podrían servir de vestuario para un montón de obras de teatro; los limpiabotas con sus cajas...

Un momento: eso por sí solo da para un capítulo que se llama limpiar zapatos: es el baile o ritual español. En otras partes del mundo, por ejemplo en Nápoles, un limpiabotas se lanza sobre los zapatos con una especie de furia, cepillándolos como si se tratase de un experimento de física para producir por frotamiento el calor o la electricidad. Limpiar zapatos en España es una danza que, de manera semejante a las danzas siamesas, se baila sólo con las manos. El bailarín se arrodilla ante usted como prueba de que esta representación se celebra en honor a Su Merced, con un movimiento elegante le sube el pantalón, con gracia aplica el betún u otra crema en el zapato correspondiente para, a continuación, caer en un trance de baile: alza el cepillo, lo coge, se lo pasa de una mano a la otra, de modo que se oye una palmada, dando en los zapatos con deferencia y zalamerías. El sentido de esta danza es claro: expresa una especie de veneración: uno es un gran noble que recibe el homenaje solemne de su escudero, y un calor sublime y agradable que sube desde sus pies se apodera de su interior, lo que sin duda alguna vale dos reales.

Oiga, camarero, una copita de Fundador. Oigan, caballeros, estoy a gusto aquí, tanta gente, tanto barullo, que no molesta, tanta alegre cortesía y tanto donaire. Aquí todos somos caballeros, el mendigo y el guardia, el barrendero y yo, todos somos nobles, y por ello ¡viva la igualdad del sur! ¡Madrileñas, mujeres, hermosas y narigudas, con mantilla negra y ojos negros, con qué dignidad andáis y andáis medio embozadas! Señoritas y madres de

ojos negros, madres e hijos de pequeñas y redondas cabecitas, como marionetas, padres que no se avergüenzan de su amor a los niños, viejecitas con rosarios, buenazos con cara de bandido, mendigos, hombres con dientes de oro, vendedores de periódicos, todos caballeros; una muchedumbre viva y ruidosa que se divierte y callejea en un *allegro* cabal.

Luego llega la noche, el aire es caliente y penetrante, y todo madrileño que pueda andar pasea y se apretuja y da vueltas desde la calle Mayor hasta la calle de Alcalá; caballeros de uniforme, caballeros de paisano, con sombreros y gorros, jóvenes de todas clases, es decir, *madamisolas, doncellas y muchachas, señoritas y mozas y chulas, madamas y señoras, dueñas, dueñazas y dueñísimas, hijas chicas, chiquitas y chiquirriticas* de ojos negros detrás de la mantilla negra, de labios rojos, uñas rojas y miradas negras de soslayo, una calle mayor única, fiesta de una jornada cotidiana, un desfile de amor y coqueteo, jardín de ojos, alameda del eterno hechizo amoroso.

La Cannebière, las Ramblas, Alcalá; las calles más hermosas del mundo rezuman vida como el vino sale de la copa.

Velázquez o la grandeza

Para encontrar a Velázquez hay que ir a Madrid, por un lado porque allí es donde hay más obras suyas, y por otro porque precisamente allí resulta casi natural vivir con orgullo en un marco sobrio, entre la ostentación de la realeza y el alboroto popular; en esa ciudad ardiente y fría a la vez. Si tuviera que expresar en pocas palabras qué es Madrid, diría que es la ciudad de la solemnidad palaciega y de las tormentas revolucionarias. Fijaos en cómo lleva la gente la cabeza: en parte por la grandeza y en parte por cabezonearía. Si me fiara de mi olfato para captar las ciudades y la gente, diría que en el aire madrileño hay algo parecido a una tensión suave y ligeramente excitante, mientras Sevilla descansa y Barcelona hierva medio oculta.

Diego de Silva y Velázquez, caballero de Calatrava, mariscal del rey y pintor de la corte de aquel pálido, frío y extraño Felipe IV, pertenece, pues, al Madrid de la realeza hispana por doble derecho. En primer lugar es noble: tan soberano que ni siquiera miente. Pero no se trata ya de aquella nobleza blanda y dorada de Tiziano; encierra una frialdad mordaz, una atención delicada e inexorable, una terrible seguridad del ojo y del cerebro que rige la mano. Creo que su rey le hizo mariscal no para premiarle, sino porque le temía: debían de inquietarle los ojos fijos y penetrantes de Velázquez: no podía aguantar aquella paridad con el pintor, y por esto lo hizo grande de Es-

pañá. Luego se convirtió en el paladín español que pintaba al pálido rey de párpados cansados y ojos fríos o a las pálidas infantas de caras coloreadas, pobres marionetas comprimidas en un corsé. O los enanos de la corte de cabezas hidrópicas, los bufones palaciegos y los locos, pavoneándose con una dignidad grotesca. el tullido, el idiota del pueblo, que involuntariamente caricaturiza la grandeza de la corte. El rey y su bufón. Velázquez llevó a cabo estos parangones de modo demasiado agudo y consecuente, para que no cobraran un extraño sentido. Un mariscal del rey difícilmente pintaría a los servidores de la corte sin quererlo él mismo. Si eso no dice nada, por lo menos da una idea cruel y gélida: éste es el rey y su mundo. Velázquez fue un pintor demasiado soberano para limitarse a servir, y demasiado grande para limitarse a pintar sólo lo que veía. Lo veía todo demasiado bien, y su cerebro claro e independiente no podía no mirar a través de sus ojos.

Traducción de Jana Stancel y Clara Janés



15. ERNEST HEMINGWAY (1932)

Ernest Hemingway (1889-1961) es en cierta medida el equivalente contemporáneo de los viajeros románticos que «descubrieron» España en el siglo XIX, es decir, el escritor que más ha contribuido en este siglo a acuñar una imagen estereotipada —pero muy sugerente— de nuestro país en el extranjero. También ha sido, en consecuencia, uno de los principales benefactores de la industria turística española. Sin una novela como Fiesta (The sun also rises, 1926) sería inexplicable que todos los años algún ciudadano estadounidense resulte aparatosamente cogido en los encierros pamploneses de San Fermín: por otra parte, Por quién doblas las campanas (1940) sirvió para difundir en todo el mundo una visión pintoresca y sentimental de nuestra guerra civil (recordemos que en ambos casos Hollywood ayudó en la faena con sendas películas de éxito, sobre todo la segunda, gracias al memorable protagonismo de Ingrid Bergman y Gary Cooper).

Pero sería injusto reducir la España de Hemingway (y con ella su bienamado Madrid) a una serie de tópicos remunerativos. Existe un Hemingway bravucón, egolátrico y bastante cargante como personaje y como escritor; pero también conocemos al fino prosista y consumado narrador que firmó algunos de los mejores relatos de la literatura norteamericana de este siglo. A este Hemingway pertenece sin duda Muerte en la tarde (1932), la primera de sus obras taurinas, a nuestro juicio muy superior a El verano peligroso (1960). En Muerte en la tarde, además de toros, se habla con gusto y fundamento de paisajes, climas y ciudades. Valgan como muestra las páginas siguientes sobre Aranjuez y Madrid, en la traducción de Lola Aguado.

Aranjuez

Aranjuez está solamente a cuarenta y siete kilómetros de Madrid, en una carretera monda como una mesa de billar. Es un oasis de altos árboles, ricos jardines y un río rápido, que se desliza por llanuras tostadas entre colinas. Se encuentran allí avenidas de árboles, como en los fondos de los lienzos de Velázquez. El 30 de mayo podéis hacer una excursión en coche, si tenéis di-



nero, o procuraros un billete de ferrocarril, de ida y vuelta, de tarifa reducida, o ir en autobús, si no lo tenéis. Encontraréis un autobús especial, que sale de la calle de la Victoria, frente al Pasaje de Álvarez. Después del sol tórrido, de la campiña desnuda y desierta, veréis de repente, bajo la sombra de los árboles, muchachas de brazos bronceados, con cestas de fresas frescas, alineadas sobre el suelo, bien harrido y fregado; fresas que no podréis coger entre el pulgar y el índice, húmedas y frescas, amontonadas sobre hojas verdes en cestas de junco. Las muchachas y las mujeres las venden juntamente con cajas de espárragos maravillosos, cada uno tan grueso como vuestro dedo gordo. Las venden a la multitud que desembarca del tren de Madrid y del de Toledo, a las gentes que llegan a la ciudad en automóviles y a los viajeros de los autobuses. Se puede comer en tabernas, donde sirven carne a la plancha o pollo asado sobre fuego de leña, y beber todo el vino de Valdepeñas que se pueda resistir por cinco pesetas. Podréis tumbaros a la sombra o pasear viendo los jardines hasta la hora de la corrida. Encontraréis las indicaciones sobre los jardines en el Baedeker.

La plaza está al final de una calle tórrida, larga y polvorienta, que del frescor selvático de la ciudad lleva hacia el calor, y los mutilados de profesión, los profesionales del horror y de la limosna que siguen las ferias de España, una tras otra, bordean la carretera, agitando sus muñones, exponiendo sus lacras, exhibiendo sus monstruosidades y pidiendo limosna con su gorra entre los dientes cuando no les queda otra cosa para sujetarla; de manera que recorréis ese camino polvoriento, como si fuera un torneo, entre dos filas de monstruos, hasta la plaza. La ciudad es un cuadro de Velázquez hasta que se acaban los árboles y un cuadro de Goya, de repente, hasta la plaza. Pero es de tiempos anteriores a Goya, un encantador edificio al estilo de la vieja plaza de Ronda.

Sentado en la *barrera* se puede beber vino y comer fresas a la sombra, con la espalda vuelta al ruedo, viendo cómo se llenan los palcos y cómo las muchachas de Toledo y de toda la comarca de alrededor colocan los mantones sobre las barandillas de sus palcos, se sientan con grande agitación de abanicos y sonrisas, y hablan con la encantadora y estudiada confusión de las bellezas inocentes bajo miradas inquisidoras. Este examen de las muchachas es una parte importante de la corrida para el espectador. Si sois corto de vista, podéis llevar unos gemelos de teatro o de campaña. Este gesto será considerado como una galantería y conviene no olvidar un solo palco. El empleo de unos buenos gemelos tiene una ventaja. Harán que se desvanezcan a vuestros ojos algunas de las más grandes y más impresionantes beldades que habrán entrado entre nubes blancas de blonda, con peinetas

altas y colores vivos, con mantones maravillosos, beldades que, con la ayuda de los gemelos, dejarán ver sus dientes de oro y su rostro enharinado, acaso el mismo de alguna que hayáis visto la noche anterior y que asiste a la corrida para hacer el reclamo de la casa. Pero, en un palco que no hubierais visto sin los gemelos, podéis encontrar alguna muchacha realmente bonita.

Es fácil para quien viaje por España viendo los rostros gordos y enharinados de las danzarinas flamencas y de las mujeres duras de los burdeles, escribir que todo lo que se ha dicho sobre la hermosura de las mujeres españolas es mentira. La prostitución es un oficio mal pagado en España y las rameras españolas trabajan demasiado para poder cuidarse de su físico. No busquéis mujeres lindas en la escena, en los burdeles ni en los colmados de cante hondo. Buscadlas por la noche, a la hora del paseo, cuando, sentados en un café o en la calle, podéis ver durante una hora pasar ante vosotros a todas las muchachas de la ciudad y verlas, no una, sino varias veces, ir y venir hasta el final de la calle en grupos de tres o cuatro. O podéis buscarlas en los palcos de una corrida de toros, con la ayuda de unos buenos gemelos, cuando asistís a la corrida.

No es de buena educación dirigir los gemelos a alguien que no está en un palco, ni es tampoco cortés utilizarlos desde el mismo ruedo, en las plazas en donde los admiradores de las muchachas están autorizados para circular antes de la corrida y a reunirse ante ciertas beldades. Servirse de los gemelos cuando se está en el ruedo es señal de que se es un curioso o un mirón en el peor sentido de la palabra; es decir, alguien a quien gusta más ver que hacer. Pero dirigir los gemelos desde una barrera a los palcos es completamente legítimo, es un cumplido, un medio de comunicación y casi una presentación. No hay mejor presentación preliminar que una admiración sincera y respetuosa, y para enviar esta admiración a cierta distancia y conocer la respuesta, no hay mejor recurso que un par de gemelos de bonita apariencia. E incluso si no tenéis interés en ver a las mujeres, los gemelos son útiles para ver bien el trabajo de muleta con el último toro, cuando comienza a oscurecer en la plaza y el toro tiene que morir al otro lado del ruedo.

Aranjuez sería un sitio excelente para que pudierais ver vuestra primera corrida. Sería un sitio excelente si vinieseis nada más que para ver una corrida de toros, mucho mejor que Madrid, porque la corrida posee todo el color y el pintoresquismo que todavía gustan cuando se está en el plano de espectador. Más adelante, lo que pediréis a una corrida de toros, suponiendo que haya buenos toros y buenos espadas, será un buen público, y un buen público no es el público de un festejo o una corrida única, en donde

todo el mundo bebe y trata de pasarlo bien, adonde las mujeres acuden muy bien vestidas, ni es tampoco el público borracho, bailarín y jaranero de los toros de Pamplona o el de los adoloradores de los toreros de Valencia, con patriotismo local. Un buen público es el público de Madrid: no es el de las corridas de beneficencia, con su montaje complicado, a estilo de gran espectáculo y sus precios elevados; sino el público serio de los *abonos*, que conoce las corridas, los toros y los toreros, que sabe distinguir lo bueno de lo malo, lo fingido de lo sincero y para quien el torero debe entregar enteramente lo mejor que tiene. Lo pintoresco está bien cuando se es joven, cuando se ha bebido un poco, de manera que todo parece posible, cuando no se ha logrado nunca ser una persona adulta, cuando se lleva al lado a una mujer que no ha visto nunca el espectáculo, una vez quizá por temporada o cuando se está enamorado. Pero si queréis realmente aprender todo lo que se puede aprender sobre las corridas de toros y si habéis llegado a enamoraros de ellas, tarde o temprano tendréis que ir a Madrid.

El clima de Madrid

Lo malo cuando se va a España a ver los toros en primavera es la lluvia. A veces llueve en todas partes, sobre todo en mayo y en junio, y ésta es la razón de que yo prefiera los meses de verano. En verano llueve algunas veces, pero en julio y en agosto no suele nevar; aunque nevó en agosto de 1929 en algunos parajes de placer de las montañas de Aragón y nevó en Madrid una vez el día 15 de mayo, y hacía tal frío que hubo que suspender las corridas. Me acuerdo de que aquel año llegué a España creyendo encontrar instalada la primavera, y, según íbamos en el tren, durante todo el día, atravesábamos un campo tan desnudo y frío como un páramo en noviembre. Me costaba trabajo reconocer el país que había visto el verano anterior, y cuando me apeé del tren, por la noche, en Madrid, la nieve caía en pequeños copos fuera de la estación. Como no llevaba abrigo, tuve que permanecer en mi habitación, en la cama, escribiendo, o meterme en el bar más próximo a beberme una taza de café y una copa de coñac. Durante tres días hizo demasiado frío para salir a la calle, hasta que llegó por fin el hermoso tiempo primaveral.

Madrid es una ciudad de sierra con clima de sierra. Tiene ese cielo alto sin nubes de España que hace que se nos antoje sentimental el cielo italiano, y un aire que hace del respirar un verdadero placer. El calor y el frío vienen y se van con la misma celeridad. He visto, durante una noche de julio, en que no podía dormir, a unos mendigos haciendo lumbre en la calle con



unos periódicos y arrimarse y agacharse en derredor del fuego para estar calientes. Dos noches más tarde, hacía demasiado calor para dormir también hasta el frescor que viene un poco antes del alba.

A los madrileños les gusta su clima y se sienten orgullosos de esos cambios bruscos. ¿Qué otra gran ciudad podría proporcionar semejante variedad? Cuando os preguntan en el café cómo habéis dormido y contestáis que con ese calor del diablo no habéis podido pegar ojo hasta la madrugada, os dicen que ése es el momento apropiado para dormirse. Poco antes del alba desciende un poco la temperatura, y ése es el momento en que un hombre decente debe irse a la cama. Por grande que sea el calor de la noche, siempre refresca en esos momentos. Por lo tanto, es un clima excelente si los cambios no os trastornan demasiado. Además, en las noches demasiado calurosas podéis ir a la Bombilla, sentaros, beber sidra y bailar, y hace siempre fresco cuando se acaba el baile, bajo el follaje de las largas avenidas de árboles, bañadas por la humedad que asciende del pequeño río. En las noches frías podéis beber un buen copazo de coñac y largaros a la cama.

Irse a dormir temprano en Madrid es como querer sentar plaza de persona extravagante, y vuestros amigos se sentirán molestos durante algún tiempo con vosotros. Nadie se va a la cama en Madrid antes de haber matado la noche. Por lo general, se cita a un amigo poco después de medianoche en el café. En ninguna de las otras ciudades en que yo he vivido, salvo en Constantinopla, durante la ocupación aliada, se va con menos ganas a la cama por el propósito de dormir. Todo ello puede explicarse en realidad por la teoría de que uno está despierto hasta el momento en que llega el frescor antes del alba; pero esa razón no valía en Constantinopla, ya que empleábamos precisamente el momento del frescor del alba para hacer una pequeña excursión por el Bósforo y ver la salida del sol.

Un sitio curioso

Hay también otra razón para que veáis vuestra primera y última corrida en Madrid, y es que las corridas de primavera no se celebran durante la temporada de ferias y los toreros están por entonces muy en forma; tratan de alcanzar triunfos, que les proporcionarán contratos para las próximas ferias y, si no han pasado el invierno en Méjico, de donde regresan cansados y con sus facultades mermadas, por una doble temporada y por los defectos adquiridos trabajando con toros mejicanos, que son más pequeños y menos difíciles, suelen hallarse en plena forma.

Madrid, en cualquier caso, es un sitio curioso. No creo que llegue a gustarle a nadie cuando se va por primera vez. No tiene la catadura que uno espera que va a tener España. No es pintoresco. Es más moderno que pintoresco, no hay trajes regionales, no hay sombreros cordobeses, como no sea en la cabeza de algunos chalados, no hay castañuelas ni esa repugnante farsa de las cuevas de gitanos de Granada, por ejemplo. No hay en la ciudad un solo lugar de color local para los turistas. Y sin embargo, cuando se conoce Madrid, es la ciudad más española de todas, la más agradable para vivir, la de la gente más simpática, y, un mes con otro, la de mejor clima del mundo. Las otras grandes ciudades son todas grandes ciudades típicas de provincias, andaluzas, o catalanas, o vascas o aragonesas o de cualquier otra provincia. Sólo en Madrid se encuentra la esencia. Y la esencia, cuando realmente es la esencia, puede estar contenida en una botella de vidrio ordinario, no hacen falta etiquetas fantásticas; no hacen falta en Madrid trajes folklóricos. Cualquier clase de edificio que se construya, incluso aunque se parezca enormemente a los que se construyen en Buenos Aires, cuando se le ve encuadrado en ese cielo de Madrid se sabe que uno está en Madrid. Y aunque Madrid no tuviera más que su Museo del Prado, valdría la pena de ir a pasar allí un mes todas las primaveras si uno tiene dinero suficiente para pasarse un mes en una capital europea. Pero cuando se puede tener al mismo tiempo el Prado y los toros, con el Escorial a dos horas apenas al Norte y Toledo al Sur, con una buena carretera que os llevará a Ávila y una buena carretera que os llevará a Segovia, y a un paso de Segovia, La Granja, se experimenta realmente una pena muy grande pensando que, al margen del problema de la inmortalidad, será preciso morirse algún día y no volverlo a ver.

Museo del Prado

El Prado es muy característico de Madrid. Por fuera tiene el aire tan poco pintoresco de un colegio norteamericano. Los cuadros están dispuestos de una manera tan sencilla, tan fáciles de ver y tan bien iluminados, y, con la sola excepción del Velázquez de las pequeñas damas de compañía, con tan poca preocupación por destacar las obras maestras con un montaje teatral, que el turista, después de haber mirado en la guía roja o en la azul cuáles son los lienzos famosos que tiene que ver, se encuentra ligeramente decepcionado. Los colores están tan maravillosamente conservados en ese aire seco de la sierra y los cuadros se hallan tan sencillamente colgados de las paredes y son tan visibles, que el turista se



siente defraudado. He visto con frecuencia algunos visitantes desconcertados. «¡Cómo! No pueden ser los grandes cuadros; los colores están demasiado frescos y se ven demasiado bien.» Esas telas están colgadas como en la tienda de un marchante de cuadros modernos, de la manera más ventajosa y más sensible, con el objeto de poderlos vender. No puede ser verdad, piensa el turista. Tiene que haber un truco en alguna parte. Por el contrario, los turistas creen que han gastado bien su dinero en los museos italianos, donde cuesta mucho trabajo encontrar el cuadro que buscan, y apenas si lo pueden ver cuando lo encuentran. De esa manera tienen la sensación de que han visto el gran arte. El gran arte debe tener grandes cuadros y un fondo de peluche rojo o una mala iluminación. Es como si, no habiendo conocido ciertas cosas más que a través de la literatura pornográfica, el turista se encontrase ante una mujer seductora, enteramente desnuda, sin velos, sin conversación y en el más sencillo de los lechos. Sin duda, tendría necesidad de un libro para que le ayudase un poco, o al menos de algunos aditamentos o de algunas sugerencias.

Tal es la razón, en efecto, de que haya tantos libros sobre España. Por una persona a quien le guste España, hay una docena que prefieren un libro sobre España. Francia se vende mejor que los libros sobre Francia.

A los toros

Si vais por vez primera a los toros en Madrid, podéis bajar a la plaza y pasear por ella antes de la corrida. Las puertas que comunican con los corrales y con el patio de caballos están abiertas y en el patio interior veréis los caballos alineados contra la pared y a los picadores que llegan de la ciudad en caballos que los monosabios o mozos del ruedo han montado antes para llevarlos desde la plaza hasta la casa donde se alojan los picadores. El picador, con su camisa blanca, su corbata negra de tirilla, su chaqueta bordada, su ancho cinturón, su sombrero redondo con un pompón al lado y sus pantalones de cuero grueso, cubriendo sobre la pierna derecha una armadura de lámina de acero, llega, cabalgando por las calles, y entre el tráfico de la carretera de Aragón, hasta la plaza. El monosabio le acompaña algunas veces montado a la grupa y a veces en otro caballo, que ha llevado también; estos pocos jinetes aislados en la marea de coches, carretas, taxis y motos, sirven para anunciar la corrida, para fatigar a los caballos y para evitar que el espada tenga que reservar un sitio al picador en su propio coche o automóvil.

Para ir a la plaza, el mejor medio consiste en tomar uno de los coches de caballos que salen de la Puerta del Sol. Podéis sentaros en la imperial y ver a las otras gentes que van a los toros, y si observáis atentamente la batahola de vehículos veréis pasar un automóvil lleno hasta los topes de toreros con traje de luces. Lo más que veréis de ellos será su cabeza con el sombrero negro chato, sus espaldas cubiertas de brocado de oro o de plata y su cara. Si en un solo coche hay varios hombres con chaquetillas bordadas en plata o en negro y uno solamente vestido de oro, que conserva un rostro tranquilo, mientras los otros ríen, fuman y bromean, ése es el matador, y los otros son los hombres de su cuadrilla.

El camino hasta la plaza es la parte más penosa del día para el espada. Por la mañana, la corrida es todavía una cosa lejana. Después del almuerzo, es todavía una cosa lejana también, y en seguida, antes que el coche esté dispuesto, está la preocupación de vestirse. Pero una vez en el automóvil o en el coche, la corrida está ya muy próxima y no se puede hacer nada en tanto dura el viaje, apretujados los unos contra los otros, hasta llegar a la plaza. Si van tan apretados, es porque la parte superior de la chaquetilla del torero, tanto la que lleva el espada como las de los banderilleros, son gruesas y sobrecargadas en los hombros, y ésa es la razón de que aparezcan apiñados unos contra otros cuando van vestidos con sus trajes de luces en el coche. Hay algunos que sonrían y reconocen a los amigos por el camino; pero casi todos llevan un aire impasible y reservado.

El matador, como tiene que enfrentarse cada día con la muerte, se hace muy reservado, y la medida de su reserva, por supuesto, es la medida de su imaginación; durante todo el día de la corrida y durante toda la temporada, hay un no sé qué de lejanía en su espíritu, que casi se puede ver. Lo que hay dentro es la muerte, y no se puede uno enfrentar con ella todos los días, sabiendo que hay siempre una posibilidad de que se os acerque, sin que ello deje una señal muy visible. Esta huella la imprime la muerte en cada uno de ellos de una manera distinta. Los banderilleros y los picadores son otra cosa. El peligro que corren es relativo. Son subordinados. Su responsabilidad es limitada y no tienen que matar. Tampoco tienen que soportar una gran tensión nerviosa antes de la corrida.

Traducción de Lola Aguado



16. MIGUEL DE UNAMUNO (1932-1933)

Para Miguel de Unamuno (1864-1936), como para Baroja, el viaje era una necesidad vital, más que una forma de esparcimiento. La búsqueda de la España real, por reacción contra la oficial, le llevó a hacer del paisaje de nuestras tierras un tema constante de meditación y escritura. Pero a diferencia de Baroja o Valle Inclán, Unamuno rehuía intencionalmente en sus novelas las referencias paisajísticas y geográficas, para darles así «la mayor intensidad y el mayor carácter dramático posibles». Como compensación, dice José Antonio de Zulueta, «nos ha dejado unos espléndidos libros de viaje y andanzas, de lo mejor escrito en castellano sobre paisajes». En vida publicó cuatro: Paisajes (1902), De mi país (1903), Por tierras de Portugal y de España (1911) y Andanzas y visiones españolas (1922), a los que hay que añadir el libro póstumo Paisajes del alma (1944).

En esta última obra se recogen entre otros ocho textos cortos dedicados a Madrid y su provincia, de los que hemos elegido dos para nuestra antología: «Manzanares arriba, o las dos barajas de Dios» y «La Cibeles en Carnaval», publicados respectivamente en El Sol en julio de 1932 y en Ahora en marzo de 1933. Ambos reflejan la maestría de Unamuno en un género al que supo imprimir su inimitable estilo personal, felizmente alejado de la ramplonería descriptiva de tantos autores. Pues Unamuno no pretende describir sin más el paisaje del Manzanares o el color del cielo sobre la Cibeles, sino interpretarlos de acuerdo con las emociones y evocaciones que le sugieren. Por eso sus paisajes están siempre empapados de sentimiento y sentido, es decir, de literatura e historia: «Canta el agua del Manzanares naciente con acento castellano, latino, gótico y morisco», y la estatua de la Cibeles, maquillada por el cielo de Madrid («esa serenísima matrona marmórea arrebozada en aire azul y soleado»), se transfigura por obra y gracia de don Miguel en diosa tutelar de nuestra cotidianidad.

Manzanares arriba, o las dos barajas de Dios

Con la visión todavía del Manzanares metropolitano y arteriosclerótico fue- se uno a buscar la mocedad del río pequeño y con ella la de Castilla la Nueva. Manzanares arriba hasta dar vista y pecho a La Pedriza, en la Sierra del Guada- rrama. La Pedriza, esto es: pedregal, escombrera de castillos de mano de Dios, naturales. Contemplando algo así, las peñas de Neila, en el alto Tormes, en Be- cedas, debió de soñar Teresa de Jesús, moza, su soledad con Dios, antes de so- ñarla ante torreones de manos de hombres, en Ávila, su castillo interior. Aquel- las piedras de La Pedriza le recordaron a uno el nombre que en las hoces del Nansa —las «peñas arriba» de Pereda— les dan a los conglomerados pedrego- sos que asoman entre las capas térreas de los arribes, y es el de «cilibros», o sea: cerebros, seseras. Y seseras o requesones pedernosos —hay los requesones de Miraflores de la Sierra— aparentan a las veces. Y de ellos baja, suero de vida, el agua viva del río Manzanares, por un campo escueto y sereno, aromoso a jara, tomillo y cantueso. El río naciente —y renaciente— que se remansa luego en el pantano de Santillana, para ofrecer espejo al cielo y, de soslayo, a La Pedriza, su madre. Y en ese río pescaban bogas y barbos y samarugos y otros pescados con mandil, *asedega* y manga, o haciendo tejadas y *boclares* —azudes o presas—, los pescadores de fines del siglo XII; el del balbuciente fuero de Madrid.

¿Piensan esas pedrizas, esos «cilibros» o seseras? ¿Es el curso del río su pen- samiento? Lo de ver quebrarse el agua entre peñascos rodados es como con- templar la rompiente del oleaje marino en una costa, o las llamaradas del fuego del hogar o los giros del humo. Juego de solitarios de la baraja de Dios. O de la Naturaleza. Y así va y viene todo —y queda y pasa— en barajuste —baraja-ajus- te— y desbarajuste alternados.

Pero el Señor juega con dos barajas: la de la Naturaleza y la de la Historia. O la de la Historia Natural y la de la historia nacional o humana. ¿Cuál más divi- na? Y allí, a orilla del Manzanares naciente —y renaciente—, junto al Real de Man- zanares, poblado humano, los raigones del castillo de Abderramán, que hizo arrasar Alfonso VI. Nos habla de muzárabes y moriscos, los de Magerit, que con los latinos formaron el Concejo de Madrid, donde ricos y pobres vivieron en paz y en salud, como en su latín bárbaro reza la entrada del Fuero: *unde dives et pau- peres vivunt in pace et in salute*. Fuero casi bilingüe y en que abundan voces mor- ricas de aquellas tierras de los *guad (wad)* —tal Guad-arrama— o ríos serran- nos. Y un acento líquido en todo ello.

Y en seguida se yergue, junto al mismo Real de Manzanares, el castillo de Santillana, agobiado de recuerdos seculares. Castillo de mano de hom- bres, de la otra baraja del Señor. En su mantel de piedra, sacada de La Pe-

driza, prenden unas esmirriadas higueras que estrujan jugo dulce de la roca tallada. Dentro del castillo, en su recinto, languidecen ortigas, saúcos, mustias amapolas, pobres matas de varias clases. Las ruinas del castillo contemplan otras ruinas. Barájanse las dos barajas. El castillo, gótico, castillo de Castilla, caballeresco, rima con la malencónica serenidad del campo. Y nos habla de aquel señor y conde del Real de Manzanares, don Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana, el de don Álvaro de Luna, cuando agonizaba la caballería. Ese castillo, con otros de su laya, dieron cuño caballeresco y castellano, entre gótico y morisco, a la Sierra, antes que El Escorial, después de San Quintín, vencida ya la caballería castellana, le diese sello imperial, español, herreriano, rígido, majestuoso y monástico. Después de San Quintín, Lepanto, donde se engendró el *Quijote*. Y cuando Don Quijote se caló, al ir a acometer al león, el yelmo de Mambrino en que Sancho había puesto los requesones que compró a unos pastores, creyó que se le ablandaban los cascos o se le derretían los sesos. Se le ablandaron los cascos, se le derritieron los sesos —los «cilibros»— a la caballería andante castellana ante el león —más bien águila— imperial. Otro solitario del barajuste nacional.

Aquel marqués de Santillana, conde del Real de Manzanares, se puso a toque con el pueblo y compuso serranillas. De letrado culto. No le tratarían como al pobre juglar, al *cedrero* —tañedor de *cedra* o cítara— que al llegar, caballero —a caballo— a Madrid a cantar en el Concejo —*cavalero, et in conzeio cantare*—, no podían, según el Fuero, darle más de tres *morabetinos* y medio, bajo pena de multa. ¡Pero el marqués!...

-Por todos estos pinares
nin en Navalagamella
non vi serrana mas bella
que Menga de Mançanares»...

Y entra con ella a brazo partido, a luchar en una espesura a dos pares, y...

-con muy grand malenconía
armé la tal guadamaña
que cayó con su porfía
cerca de unos tomellares.»

¡Zancadilla fue! Marqués y serrana se revuelcan, a brazo partido, en tomellares. Y en la lengua, revuélcanse juntas voces de letrados y voces de pueblo, de paisanos. Y nace la nación.

Paisano es el del país, el del pago, el hombre natural, de Dios, que se hace fuego nacional, histórico, más humano y más de Dios. El país y la lengua también se revuelcan sobre la tierra de tomillos y jaras y espliegos y cantuesos y gamonas,... y hacen el paisaje y el lenguaje. El paisaje es un lenguaje, y el lenguaje es un paisaje. Y en éste el agua es el acento musical. Canta el agua del Manzanares naciente con acento castellano, latino, gótico y morisco, como el del Fuero de Madrid. Canta en este paisaje castellano el agua que, entre sobrios y escuetos arbolillos, baja de los cascos de la Sierra de Guadarrama, de La Pedriza. Y al oírle cantar se le suben a uno de las entrañas de la tierra madre de España ocho siglos que le remozan a quien les oye con el corazón. ¡Y qué cosas balbuce el Fuero en su lenguaje paisano! El prado de Toña... *sedeat defesado desde la fonte del manzano quomodo se ad-junctan los arroyos de los valles inde adituro usque al fondon de los ortos quod estermnaron los sabidores del conzejo et sedeat semper per foro per a la obra del adarve*. Y sueña uno en la dehesa de la villa, el prado acotado, de la fuente del manzano, junto al Manzanares, donde se juntan los arroyos de los valles hacia abajo, hasta el hondón de los huertos que determinaron los sabedores del Concejo de Madrid para ayudar, por fuero, a la obra del adarve de la Almudena.

Así nos hablan La Pedriza de Guadarrama, los pedregales de la Sierra castellana, los castillos caballerescos, las serranillas del Manzanares, los balbuceos del Fuero del concejo de Madrid; así nos hablan el paisaje y el lenguaje castellanos, naturales y nacionales. Después se oye la voz de Inigo de Loyola, la de Don Quijote y el rasgueo de la pluma de águila enjaulada de Felipe II. Lo que nos enseña, recreándonos —y nos re-crea enseñándonos a ser hombres—, el contemplar la Naturaleza como historia y la historia como Naturaleza, el paisaje como lenguaje y el lenguaje como paisaje, las pedrizas como castillos y los castillos como pedrizas, y sentir cómo Dios, el Supremo Solitario y Hacedor, juega a sus solitarios con las dos barajas, la natural y la racional, barajustándolas y desbarajustándolas arreo.

La Cibeles en carnaval

Todo el año es Carnaval, decía Larra, el suicida, hace un siglo, en revolución —o guerra civil, que es igual— española. Todo el siglo ha sido carnaval y sigue siéndolo, podríamos añadir. ¿Y es que lo que se suele llamar revolución, sarta de motines y de pesadas bromas legislativas y ejecutivas, no es también algo carnavalesco? Dícese otras veces que el carnaval, sobre todo el



Paseo de la Castellana.

callejero, el del consabido hombre de la calle, agoniza, y es porque le devora el otro carnaval. En ambos un holgorio forzado, de disfraz, pirueta y tunantería, o sea pedigüeñería. Y ahora serpentinas de papel en uno y en otro. Y el imaginarse que por romper, siquiera en apariencia, la continuidad cotidiana de la costumbre con una pequeña y periódica revolucionzuela se intensifica la vida pública y se la renueva. En tanto los actores, los revolucionarios, con sus máscaras, se aburren soberanamente de jugar a la soberanía popular. Y al cabo, en uno y otro carnaval llega el miércoles de ceniza, se quedan por el suelo, entre polvo o fango, no hojarasca ni flores marchitas —nada de batalla de flores— sino papelitos más o menos constitucionales, escurriduras del paso de las comparsas, y acuérdase el hombre de su casa de que es polvo y, a poco que llueva o se desangre, fango.

En todo lo cual íbamos pensando al dar a la salida —o entrada— del curso carnavalesco del Madrid de hoy. Recoletos y el paseo de la Castellana, con Su Serenidad Cibeles, Madre de los Dioses mayores, que se alza, sentada en su carro, sobre un pequeño estanque en que se refleja. De la que Eulogio Florentino Sanz, en aquella su *Epístola a Pedro* que escribió en Berlín —era en el ocaso del romanticismo—, decía lo de que:

«Lejos de mi Madrid, la villa y corte,
ni de ella falta yo porque esté lejos,
ni hay una piedra allí que no me importe;
pues sueña con la patria a los reflejos
de su distante sol, el desterrado,
como en su niñez sueñan los viejos.
Ver quisiera un momento, y a tu lado,
cual por ese aire azul nuestra Cibeles
en carroza triunfal rompe hacia el Prado...»

¡El aire azul de Madrid!

Mirábamos romper no hacia el Prado como antaño, sino hacia el centro de Madrid, hacia la Puerta del Sol, a esa serenísima matrona marmórea arrebozada en aire azul y soleado. De su carroza, con sus ruedas solares, hacen como que tiran dos leones antropomórficos distraídos, como si se rieran desdeñosamente y con una mueca carnavalesca. ¿Estarían desdeñando al carnaval del año y al del siglo? De seguro que aquellos otros leones, éstos de bronce, que no uncidos al carro —ni al del Estado— hacen guardia, apo-

yándose en unas bombas, en la escalinata del Congreso de los Diputados de la nación. Más de carnavales los de bronce que los de mármol. La frente mármorea de Su Serenidad Cibele, coronada, brilla al aire azul de Madrid. Y nos habla de sosiego y de cotidianidad. Yendo encarados a la Madre de los Dioses, por el palacio de Buenavista —hoy Ministerio del Ejército—, le hace fondo a la mítica matrona la Puerta de Alcalá, siempre abierta al aire azul; allá, a la distancia, el Apolo y el Neptuno, y villa adentro el Ministerio de Hacienda, cinco monumentos de sosiego, de ponderación, de ritmo sereno. Y luego, en torno, todas esas nuevas termiteras de traza babilónica o... neoyorquina, esos edificios carnalescos que se retuercen en contorsiones barrocas o se estiran en tiesuras cúbicas. Son dos épocas. ¿Dos revoluciones? No; la Cibele, el Neptuno, la Puerta de Alcalá, el Ministerio de Hacienda no nos hablan de revolución, como no sea la íntima, la entrañada, la silenciosa, sin ruido de comparsas ni de tunas, que simboliza Rousseau y no Robespierre. La revolución individual. Y el mármol de esas mitológicas estatuas es italiano y nos habla de Italia —de la Italia napolitana de Carlos III— en esta tierra de granito y de arenisca. (Arenisca es arisca.) Y de madera de imaginería que luego se pinta y se enmascara.

Como el poeta Eulogio Florentino Sanz, el hombre de las calles de Madrid, poeta también, ve a cada paso, y la ve aun sin mirarla, a Su Serenidad Cibele rompiendo el aire azul y recogéndolo y cuajándolo en blancura marmórea, y esa visión la va calando en el hondón del ánimo y serenándose. Va unida a sus oscuras sensaciones cotidianas; va entretejida con sus afectos de costumbres; es parte de la continuidad que pueden quebrarla. ¿Literatura? Al hombre de la calle, al verdadero hombre de la verdadera calle, esas visiones mitológicas, mejor o peor traducidas, le llenan, sin que él de ello se dé cuenta, de literatura la mollera. Le dicen más que la retórica jacobina de los mítines. ¡Dice tanto al sol el mármol!

Recordamos haber oído hace unos años de un pobre hombre de la calle que se echó a ese estanque y trepó a la carroza de Su Serenidad, sin miedo a los leones, para ir a abrazarla. ¿Embriaguez? Quién sabe... ¿Y embriagado, de qué? Más embriagado —y de peor tósigo— el que últimamente, cuando lo de la quema revolucionaria de los conventos, le rompió una mano a esa misma Cibele. El pobrete quería romper la mano que lleva las riendas de la historia cotidiana, de la cotidianidad, de la costumbre, la que enfrena a los leones del instinto salvaje, la que guía la serenidad. En aquel estadillo carnalesco que fue lo de las quemas aquellas, cuando unos aburridos chicos —que no hombres— de la calle se disfrazaron de pobres diablos revolucionarios, hubo quien sintió toda la tontería —peor que barbarie— del acto. Disfrazados de

pobres diablos revolucionarios se decían: «Y bien, esto de la república, de la revolución, ¿qué viene a ser?» Y como los otros se estaban tan tranquilos, como no parecían temer nada, había que sacarlos de sí, provocarlos, amedrentarlos. Y poco después los que empezaron por querer hacerse temibles, a fuerza de pretender amedrentar acabaron amedrentándose a sí mismos, y de aquí a ver en torno peligros y acechanzas y a atemorizar con su temor. Y entonces se dijo: «¡Hay que hacer de veras la revolución que pide el pueblo!» Y a ver si se enteraban de lo que pedía el pueblo callado. Y la tan sonada revolución callejera se estancó en el Parlamento, revolución parlamentaria y papelera, de papel de serpentinas, de debates de carnaval, mascarada y tunos. Y nada de batallas de flores ni de frutos.

Su Serenidad Cibeles, Madre de los Dioses, sabe que no hay que temer a las tempestades del estanque que se tiende a sus pies, bajo su carroza; sabe lo que es la costumbre cotidiana; sabe que sobre el alma del hombre de la calle resbala la retórica jacobiana como sobre ella el agua de la lluvia cuando el cielo se nubla y el aire se pone pardo. Y sabe que este maravilloso aire azul de Madrid le llena a su pueblo el ánimo de airosidad y de azuléz. Pueblo airoso y azul, color de cielo, no negro, ni rojo, ni blanco, ni gualdo, ni menos morado; pueblo que ni se enmascara ni carnavalea. Y que se conserva sereno, airoso y azul de cielo, mientras pasa la comparsa.



17. WALTER STARKIE (1933)

El hispanista irlandés Walter Fitzwilliam Starkie (1894-1976) ha sido, tanto por sus estudios como por sus viajes, uno de los extranjeros que mejor ha conocido España en este siglo, desde sus primeras visitas en los años veinte hasta su muerte en Madrid a mediados de los setenta. Escritor, musicólogo y folklorista, profesor de Universidad, director junto con Yeats del Abbey Theatre, autor de numerosos ensayos sobre la cultura española (La España de Cisneros, 1939, El camino de Santiago, 1954), Starkie fue además «admirador de Borrow y discípulo de aquél en sus exploraciones gitanescas», en palabras de Caro Baroja, y por ende un viajero infatigable por las rutas de nuestro país, que recorrió a pie en su juventud con el espíritu de los antiguos juglares y peregrinos. Tras la guerra civil se estableció en Madrid, y en los difíciles años de 1941 a 1952 dirigió con acierto el Instituto Británico de la capital, labor que terminó de granjearle el respeto y la amistad de la alicai-da intelectualidad de la época.

A nosotros nos interesa sobre todo aquel entusiasta andarín, ya no tan joven, que en 1934 publicó un libro de viajes traducido poco después por Antonio Espina con el título Aventuras de un irlandés en España. En él encontramos al entrañable «don Gualterio, don Starkie, rey sin corona de los gitanos, rey bohemio del violín», como le llamó su amigo Luis Calvo, que precisa al respecto: «Le gustaba que le llamasen “minstrel”, juglar, en vez de literato, historiador o crítico, y en todos sus libros aparece, sin jactancia, pero con entono, su preferencia por ese don que había recibido del Cielo: ser juglar». El propio Starkie aclara en el prefacio que se trata del relato de «un viaje veraniego que hice yo solo y a pie por España, ganándome la vida como un trovador vagabundo». Un viaje que le llevó finalmente a Madrid en un momento de gran efervescencia política y cultural de la Segunda República, que Starkie refleja fielmente en los últimos capítulos del libro.

Nuestra selección incluye amplios extractos en los que este juglar irlandés describe con agudeza y cariño los ambientes más dispares de la ciudad, de la Puerta del Sol a las tertulias de café, de los míseros barrios populares a la ilustre Residencia de Estudiantes.

La Puerta del Sol

Los habitantes de Madrid pueden jactarse de su Puerta del Sol, que bien puede decirse que es el ombligo del mundo español. Nada importa lo violentamente regionalista que pueda sentirse un español. Siempre reconocerá que todos los caminos de España conducen a esa famosa plaza llamada la Puerta del Sol. Yo he oído, incluso a peruanos y venecianos, declarar que antes de amar a España empezaron ilusionándose por la Puerta del Sol.

En sus orígenes, la Puerta del Sol era un campo ancho y soleado, situado un poco al este de Madrid. Durante la guerra de los comuneros, en 1520, se construyó un castillo en dicho lugar y sobre su puerta fue esculpido un sol. Esta puerta se convirtió en entrada principal de la ciudad. Muchas transformaciones ha sufrido Madrid desde los días de Felipe II, en que se hizo a esta ciudad capital de todas las Españas; pero la Puerta del Sol nunca ha perdido su carácter único. Siempre fue el paraíso del señorito, del desocupado y del cortesano, incluso en los días de Cervantes, Quevedo, Lope de Vega y Moreto, cuando los jóvenes nobles de capa y espada solían reunirse en el Mentidero, al lado de la iglesia de San Felipe el Real. Por la Puerta del Sol voceaba el pregonero anunciando al pueblo que los haces de leña estaban ya listos para el auto de fe en la vecina plaza Mayor. Algunas veces la Puerta del Sol fue testigo de trágicas escenas de muerte y asesinato; otras veces, de famosos lances de carnaval. Fue también campo de acción de la epopéya, como cuando en el 2 de mayo de 1808 el pueblo de Madrid se levantó, inerme como estaba, contra los franceses invasores. Hoy la Puerta del Sol es un motivo de desilusión para los turistas extranjeros, que no saben ver más que la superficie de las cosas.

—¿Ésta es la célebre Puerta del Sol? —exclaman—. Nos dijeron que era la plaza más hermosa del mundo, más aún que la plaza de la Ópera y que el Piccadilly Circus, una mezcla de Quinta Avenida y de Unter der Linden, y lo que vemos no es más que una glorieta llena de tranvías, algo así como la Columna de Nelson en Dublín.

A lo cual cabría responder:

—Señoras y señores: ustedes han equivocado el viaje. Ustedes debían haber pasado sus vacaciones en algún lugar de esos de belleza vulgar y turística, como Mallorca o Capri. La Puerta del Sol es un valor espiritual, un centro vital de España; todos los caminos parten de allí. Se trata de una especie de posada gigantesca, abierta día y noche a todo el mundo, lo mismo a ricos que a pobres; un salón lleno de sol, donde el tullido haraposos que va cojeando con su bastón y el rico opulento pueden solazarse y vagar placenteramente.



Se tarda algún tiempo en iniciarse en los secretos de la Puerta del Sol. Cuando yo visité por primera vez Madrid, solía pasear por la acera del ministerio de la Gobernación, entre la calle Mayor y la calle de Carretas; pero después de conocer a algunos madrileños castizos, como los llama Benavente, y de leer las obras de Ramón Gómez de la Serna, el incomparable cicero del Madrid antiguo y moderno, descubrí que el verdadero lugar de concurrencia de los *portasolinos* o *habitués* era la sección comprendida entre la vieja librería de Fernando Fe y la calle del Arenal, que corre paralela a la calle Mayor. En ese pequeño espacio de no más de 80 yardas el paseante puede contemplar el panorama de toda la vida española pasando ante sus ojos. La mejor hora para ver la Puerta del Sol me dijeron que era de seis a ocho de la noche, pues entonces las calles están llenas de gente; pero yo observé que en la Puerta del Sol cada hora del día tenía su carácter especial. Por la mañana abundan los vendedores de flores. Pocos hombres serían capaces de negar estos pequeños obsequios a estas muchachas encantadoras; la ropa de la madrileña puede ser modesta, pero todas estas chicas llevan medias de seda, ondulan su pelo con cuidado y tienen una cortesía natural que muchas señoras envidiarían. Abundan también las damas con mantilla de encaje negro, que van a misa; las niñeras con sus niños, que por la calle de Alcalá arriba se dirigen a los jardines del Retiro; los músicos ciegos, los limpiabotas, los estudiantes, etc. Recuerdo a un viejo violinista ciego que solía yo encontrar todas las mañanas delante del café de Correos, en la Puerta del Sol. Su paseo cotidiano se reducía a ir desde la Puerta del Sol a la fuente de Cibeles.

Después de la una de la tarde sobreviene la primera concentración de gentío en la Puerta del Sol. A las dos se come en España, y ningún madrileño digno de tal nombre marcha a su casa para comer y echarse la siesta sin dar un paseo por la Puerta del Sol. Los transeúntes andan por esta plaza más despacio que en ninguna ciudad del mundo, y prefieren ir por medio del arroyo, con riesgo de ser atropellados por un auto, que caminar por las aceras. En una ocasión oí decir a un peatón, dirigiéndose a un chófer: «Yo voy por donde me da la gana». Por la tarde la Puerta del Sol duerme pacíficamente, y los tranvías, vacíos, se deslizan en silencio. Algunos mendigos, vendedores de juguetes y mujeres que pregonan billetes de lotería permanecen en la plaza. A las seis, la vida empieza otra vez a sentirse. Los camareros que han estado dormitando en los cafés se disponen a la acción. Comienzan el bullicio y las voces; las calles se anegan de gente; los tranvías van llenos; las bocinas y los timbres suenan.

En la Puerta del Sol se forman corrillos en los que se charla, sobre todo de política; los gobiernos españoles nacen y mueren al capricho de la Puer-

ta del Sol. Tal es la razón de que se encuentren tantos políticos entre esos grupos de comentaristas. La experiencia les ha enseñado a invocar al espíritu de la Puerta del Sol para que les preste su apoyo como Egeria se lo prestó al rey Numa.

En la Puerta del Sol los vendedores de periódicos distribuyen su mercancía. En Inglaterra, los pregones de los vendedores de periódicos no llaman mucho la atención, pues el británico toma con calma los acontecimientos. Ya sabe a qué atenerse con respecto a las noticias del *Evening News*, del *Standard* o del *Star*. El español, por el contrario, gusta del sensacionalismo periodístico. Por otra parte, las empresas de los diversos periódicos nocturnos de Madrid parecen haberse puesto de acuerdo para tirarles uno tras otro a horas especiales. El primero que sale es *Informaciones*. Una banda de chicos lo distribuye y lo vende con gran algaraza y escándalo de gritos y carreras. Al poco rato otra banda de chicos se precipita por las calles gritando: ¡*Heraldo de Madrid!* como si toda su vida y afanes dependiera de ello. Los titulares a grandes tipos gritan al público tan fuertemente como los vendedores, y así, cada periódico que sale es ansiosamente arrebatado por los compradores. Media hora más tarde oímos por todas partes la palabra *Voz* lanzada por innumerables gargantas enronquecidas, y en un momento todos los periódicos anteriormente citados quedan olvidados, para dejar su puesto de emoción y curiosidad a este otro rotativo de la noche.

Suele decirse que los españoles son gente que carece de sentido político. Un crítico inglés me dijo que España era un país *de pandereta*, y nada más; añadiendo que, por tanto, era absurdo esperar de un pueblo semejante la menor capacidad para el estudio de los problemas del Estado y de gobierno ni tampoco que se tomase interés por ellos. Si ese crítico pasara una noche en la Puerta del Sol tendría otra cosa muy distinta que contar. Jamás he visto un interés tan apasionado por la política como el demostrado por el Madrid posrevolucionario. La dificultad en gobernar tal pueblo no reside en la apatía de éste, sino precisamente en lo contrario: en su actitud pasional hacia la política. Todo español es un rebelde absoluto y satánico y sólo excepcionalmente accede a realizar una tarea política común. En mis conversaciones con los madrileños me ha impresionado siempre su vivo interés en la política europea, un interés tanto más sorprendente cuanto que es desinteresado. Madrid es hoy una de las pocas ciudades del mundo donde el extranjero encuentra un equilibrado e imparcial punto de vista respecto a los problemas europeos. Esto es debido principalmente al tremendo influjo de la moderna cultura europea en España. Al pasear alrededor de la Puerta del

Sol examinando los numerosos puestos de libros que en ella existen encuentra ediciones baratas de traducciones del inglés, francés, alemán e incluso de los más nuevos autores rusos. Si diésemos un valor absoluto a este síntoma, creeríamos que el gran público español ha cesado de leer novelas y se ha entregado por entero al estudio de la economía, la sociología y la religión. Más tarde, por la noche, sin embargo —desde medianoche hasta la una y media—, observé que los libros serios y científicos desaparecían de los puestos para ser reemplazados por otros libritos extraños pertenecientes a diversas series rotuladas: «Novela pasional», «Novela semanal», «Colección Fruf-rú», «Novela picaresca», etc. Cada librito de estos tenía en su cubierta un dibujo provocativo y títulos tales como: *La condesa encuentra un marido*, *Una venus de quince años*, *Las perversiones de Pura*, *Las cosquillas de Clarita*, etc. Yo compré uno que se titulaba *En un lugar de la Mancha*, creyendo que contendría alguna novedad interesante sobre la historia de Don Quijote, pero mi sorpresa fue grande cuando leí una narración en la que se describían las aventuras amorosas de un inglés en la Mancha, redactada con una abundancia de detalles obscenos que bien podría dar temas de discusión para una semana a todo un consejo de censores de literatura pornográfica. La pornografía debe de ser un arte especial en España que requiere mucha lectura, pues en la mayoría de los libritos que leí los escritores exhibían sus conocimientos de los clásicos con tanta seguridad como si hubieran sido discípulos de Guillermo Apollinaire. Pero estas citas eran siempre irónicas. Así, las hermosas palabras del gran fray Luis de León: «Qué descansada vida», eran aplicadas por uno de aquellos escritores a la moral de una vieja desvergonzada que trataba de consolar las penas de una elegante cocota. Otro procedimiento que suelen emplear otros escritores pornográficos consiste en tomar el asunto de alguna conocida y gran novela de la Edad de Oro, convirtiéndolo en vehículo de una narración burlesca de los tiempos actuales, con tipos modernos y vicios más modernos todavía.

Cuando, por fin, los muchos madrileños que hay juerguistas y noctámbulos se han acostado ya, la Puerta del Sol se entrega a su cotidiana meditación silenciosa. Los cafés se cierran; los vendedores de periódicos y de billetes de lotería se retiran, y la única gente que queda en la plaza famosa son los vagabundos y golfillos que duermen bajo las estrellas. La Puerta del Sol yace oscura, excepto la cara luminosa de luna llena de un reloj. El reloj de la torre del ministerio de la Gobernación, cuya iluminada esfera parece contemplar con ironía el lugar en sombras. Mi amigo, el ciego violinista, golpea en el filo de la acera con su bastón. Me dice que va hacia su casa, en los barrios bajos, cerca del Rastro.

—Esta noche puede uno estar en la calle sin miedo a resfriarse —añade—. Pero espere usted a que llegue noviembre. Entonces el viento norte sopla del Guadarrama y le atraviesa a uno como un cuchillo, y los pobres como yo, que no tenemos ni una mala capa para cubrarnos, nos morimos de frío. Usted es extranjero, y voy a darle un consejo: no se fíe de Madrid. Es el clima más traicionero de España, porque siempre anda cambiando. Acuérdele del refrán que dice: «Viento de Madrid, que mata a un hombre y no apaga un candil.»

La noche empezaba a refrescar. Yo me fui con el viejo violinista calle Mayor abajo hasta la calle donde se encontraba mi alojamiento. Al despedirnos murmuró otra vez con su voz ronca:

—Acuérdele del refrán: «Viento de Madrid, que mata a un hombre y no apaga un candil.»

La verbena de la Paloma

Mi primera necesidad al llegar a Madrid era ganar algún dinero. Para ello decidí irme a tocar por los barrios populares. Si hubiera tomado la calle de Alcalá o la carrera de San Jerónimo como campo de operaciones habría procedido de una manera tan absurda como un traperero que ejerciese su oficio en una playa de moda. Además, siempre había el peligro de ser reconocido por algún amigo, en cuyo caso me vería obligado a darle explicaciones largas y embarazosas. No; era mejor comenzar mis tareas por la plaza Mayor. Afortunadamente, mi llegada a la capital de España coincidió con la famosa fiesta de Madrid llamada la verbena de la Paloma.

—¿Por qué llaman verbena a esta fiesta? —pregunté a un amigo días después.

—En tiempo de los antiguos romanos —me contestó— los sacerdotes llevaban, como símbolo de su poder, un ramo de la planta llamada verbena. Solían recogerlo en la segunda noche del solsticio de verano, el 23 de junio. Más tarde los cristianos convirtieron la fiesta en una romería, y, como usted sabe, una romería se compone sólo de oraciones y salmos; como dice el proverbio, «romería cerca, mucho vino y poca cera». Hay verbenas todos los meses de verano. La primera es la de San Antonio, y es la más alegre, porque es la que inaugura la serie; luego viene la verbena de San Juan, y des-



pués de algunas otras verbenas menores, tenemos la gran verbena de la Paloma, con la que, en realidad, se despide el estío.

Emprendí mis aventuras por los barrios pobres y tradicionales de Madrid, generalmente de noche, ya tarde, cuando la plaza Mayor quedaba silenciosa. Esta plaza era la más importante de Madrid en la Edad de Oro. Aquí verificaban los hidalgos sus torneos delante del rey; aquí también se celebraban las corridas de toros y los carnavales, y de vez en cuando fue testigo de la quema de herejes por la Inquisición. Aquí también tuvo lugar en 1680 la beatificación de San Isidro, el santo patrón de la ciudad. San Isidro, labrador humilde, sigue viviendo en espíritu en este paraje, sobreponiéndose su recuerdo al del fausto y la pompa que desplegaron los siglos en este sitio. San Isidro será mi patrón de aquí en adelante.

La plaza está oscura y desierta. A través del arco alto que conduce a la calle de Toledo veo un conjunto de luces de colores, que de momento produce la impresión de una iluminación de teatro. Las paredes de las casas en la plaza Mayor vibran con el sonido de las voces lejanas.

Tan pronto como paso bajo la bóveda me encuentro con otro mundo. La calle serpeante está llena de gente; los balcones repletos de mujeres y niños. Guirnalda de papel cuelgan suspendidas de largos alambres y los arcos voltaicos arrojan una luz brillante sobre la escena. Los faroles japoneses se balancean en la suave brisa de la noche. Su luz discreta cae sobre grupos de gentes sentadas a la puerta de las tabernas y bares. En el centro de la calle hay puestos de helados, despachos ambulantes de bollos y pasteles y calderas donde se fríen los clásicos churros.

A esta hora las calles pertenecen por completo a los transeúntes; podemos bailar o pararnos en medio del arroyo sin temor a cocheros ni chóferes. De vez en cuando, un coche de caballos pasa lentamente y la gran masa de gente se abre en dos alas para dejarle paso. Al marchar lentamente por la calle de Toledo hacia la plaza de la Cebada no oía más que músicas por todas partes; músicas de guitarra, violín, mandolina, flauta o pífano. Era difícil encontrar un lugar donde no se oyese algún instrumento. Los músicos callejeros actúan a esa hora en medio de la calle, rodeados de gente. Casi todas las tiendas y pequeños comercios instalan gramófonos delante de sus puertas: los discos giran y giran arañando y chillando... Al principio, ensordecido yo por tanto ruido, no sé qué hacer. Luego me arriesgo poco a poco por este laberinto de sonidos. Abundan los temas populares, que anoto en mi mente con rapidez y, según creo, con fidelidad.

Por primera vez en mi vagabundear me siento melancólico y desilusionado. ¿Por qué abandoné carreteras, vericuetos y caseríos, donde siempre era bien acogido, para entrar en este infierno?

Lavapiés y el Rastro

Pronto me encontré en la plaza de Lavapiés, donde empecé a soñar con el Madrid de Goya. (...) A primera vista este barrio recuerda los distritos populares de Nápoles o las viejas calles del Dublín antiguo, donde las familias pobres se albergan en casas de vecindad o en los grandes palacios que antes habitaron los señores del siglo XVIII. Se advierte mucha pobreza en todas partes; las mujeres pululan astrosas y desgreadas; los niños gritan y corren raquíticos y mal alimentados. Pero después de vivir unos días con esa gente empieza uno a verlos bajo colores más alegres; puede hablar con ellos de igual a igual, y si no quieren hablarle, siempre están dispuestos, por lo menos, a escuchar buena música. El hambre, la miseria y el paro no han podido sofocar esa vivacidad espontánea tan característica del pueblo de Madrid. El castellano es un hombre solemne y lleno de dignidad; pero el aire del Guadarrama afila sus sentidos extraordinariamente y entonces se convierte en un verdadero manolo, que es el nombre dado a los tipos castizos y dicharacheros del barrio de Lavapiés.

La plaza de Nicolás Salmerón se abre en el célebre Rastro. En ella se reúne una abigarrada muchedumbre de personajes sainetescos y a todos los preside la estatua del héroe de Cascorro, un soldado raso de la guerra de Cuba, el único que ha sido immortalizado en bronce entre los muchos héroes de aquella contienda.

Desde esta plaza se divisa, en la lejanía, extenso panorama de llanuras secas y amarillas. La calle principal del Rastro, llamada la Ribera de Curtidores, desciende rápidamente hacia el sur y está llena de puestos de compraventa cubiertos de toldos que dan la impresión de un gran campamento gitano. Cada puesto se halla atestado de baratijas de todas clases: camas usadas, armarios, sillas, relojes, braseros, candelabros, todos ellos mezclados y juntos en monstruosa confusión. Si Adán y Eva fueran otra vez arrojados del Paraíso y cayeran en el Rastro podrían encontrar en él no sólo los vestidos que necesitasen, sino el ajuar completo de una casa bien surtida, aunque no elegante. En la mayoría de los puestos se venden muebles y objetos modernos, generalmente usados. Pero la mayor parte de las tiendecillas que abun-



dan en la calle y en las dos plazas llamadas «Las Américas» son los más fantásticos comercios de antigüedades que hay en toda Europa. Tan atestados están estos tenderetes de mercancías, que no dejan entre ellos más que un pequeño corredor para que circule el visitante. La parte interior de las tiendas es oscura y sombría. Cada objeto de los que aquí se venden tiene una historia; vestidos, relojes, cuadros, bargueños, lámparas. He aquí, por ejemplo, el traje de un torero, que acaso murió en el ruedo; está roto por la pechera y manchado de sangre.

Tertulias

Ninguna institución es más característicamente española que la «tertulia». A ella debe Madrid su reputación de ser la ciudad donde más se habla. La tertulia es algo que a primera vista pudiera equipararse al club londinense. Sin embargo, hay enorme diferencia entre el temperamento castellano y el anglosajón. Un club en Londres es una institución seria, donde apenas se conversa. El britano aprende a ser silencioso desde el colegio. La conversación y la hilaridad están proscritas de los clubs londinenses. El inglés pertenece a una civilización de tipo más rural que cortesano, condición que hace del británico un ser que se cansa pronto del trato de gentes y de los convencionalismos sociales. Su espíritu necesita de lugares de reposo y soledad. Inglaterra ha sido la inventora de aquella política del «espléndido aislamiento» que los severos clubs de Londres, verdaderos castillos a lo largo de Pall Mall, recuerdan constantemente.

El castellano sólo se aísla en su casa. Tiene más condiciones de cortesanía que el inglés, lo que le convierte en el individuo más hospitalario de Europa. Sin embargo, raramente invita a un huésped extranjero a comer en su casa. Le invitará a un hotel, donde mandará preparar un banquete suntuoso, y más tarde le conducirá, tal vez, a un «colmado», donde —como en Villa Rosa de Madrid— se encuentran fácilmente cantaores y bailarines gitanos. El hogar español es un paraíso, en el sentido original de la palabra. El español vive su vida familiar aparte del mundo y necesita sus horas de expansión en el club con sus amigos. De aquí que elija como club un lugar, el más ruidoso del mundo: el café. Cuando yo estuve en Madrid en 1924 me hicieron miembro de varias tertulias de café, frecuentadas por hombres de letras. Al citarles este hecho a un amigo mío inglés, me felicitó con tanta efusión como si hubiera sido elegido miembro de un club londinense.

—¿Cómo son esos clubs de Madrid? —me preguntó.

—Son salones bulliciosos —contesté yo—. Salones incómodos, donde se reúnen grupos de amigos alrededor de unas mesas para tomar café.

La tertulia de café posee inmensas ventajas sobre el club británico. Si un extranjero va a Londres deseoso de conocer las maneras y costumbres de la sociedad británica, advierte con sorpresa que su ingreso temporal en el club no le ilustra nada sobre la vida social, política o literaria de Inglaterra. Apenas se conversa; no puede hablar de sus negocios ni enterarse de los ajenos; no puede hablar de política, porque pudiera estar algún ministro o parlamentario presente que le tomarían por un espía; no puede hablar de mujeres, pues eso está mal visto. Lo más que puede averiguar, haciéndose amigo del portero del club, es a cuánto ascienden en dinero las partidas de *cricket*.

El español, en cambio, se comunica fácilmente con todo el mundo. El hombre que pusiese freno a su lengua sería desde luego recusado por las innumerables tertulias que florecen alegremente en la calle de Alcalá. Desde las siete hasta las nueve, todas las noches, los madrileños, tan parecidos a los irlandeses, de los cuales el doctor Johnson observó elegantemente: «Son un pueblo justo: nunca hablan bien unos de otros», se reúnen en sus tertulias. Con la excepción de Dublín, en ninguna ciudad en Europa se derrocha en la conversación tanta mordacidad como en Madrid. Pero mientras los ingleses de Dublín viven bajo el crepúsculo céltico y se guardan de las flechas de sus adversarios con la niebla, los francotiradores de Madrid, bajo su atmósfera limpia, casi nunca fallan el blanco. Durante mi estancia en Madrid iba a muy diversos cafés. En el de Correos me reunía con mis amigos gitanos y chalanés. De allí iba al Colonial, donde abundan las *cocottes*. De allí, al Regina, a donde el sutil poeta y crítico dramático Díez-Canedo y sus amigos acuden todas las noches; y más tarde, después de cenar, no faltaba a cierto café de la Gran Vía, sitio de reunión de muchos emigrados portugueses.

Cada tertulia suele tener una especie de jefe o presidente, que es el que da el tono a la reunión. Si la preside un poeta, como Antonio Machado, la conversación recae generalmente sobre los poetas de la España moderna; Antonio Machado habla lento y mesurado, maravillando con su imaginación y sus agudezas de andaluz a todo el que le escucha. [...]

La Residencia de Estudiantes

Al día siguiente de mi visita a la tertulia de Valle-Inclán subí a los altos del Hipódromo, donde se encuentra la Residencia de Estudiantes. La Residencia se yergue en una altiplanicie ante el paisaje claro y tranquilo de la sierra. La terraza ofrece una vista espléndida. Abajo, en la ciudad, hacía el calor sofocante; pero allí arriba el aire era fresco y el paisaje soberbio. Los mejores profesores de España han creado con la Residencia un pequeño centro selecto de enseñanza. Abundan en éste las bibliotecas, laboratorios y salas de conferencias. Los estudiantes que viven en este lugar delicioso disponen de todos los medios de educación y de todos los instrumentos de trabajo propios de la vida universitaria moderna, tal como puedan tenerlos nuestros escolares en los mejores centros de enseñanza británicos. Las habitaciones son sencillas y severas como celdas monásticas y tienen ventanas que dan a hermosos jardines. Entre los residentes reina un espíritu de feliz camaradería; estudiantes y profesores comen juntos en el comedor, y juntos forman tertulias al aire libre bajo los árboles, exactamente igual que si viviesen en pleno Renacimiento bajo el signo espiritual de Castiglione.

El director de este ejemplar establecimiento es Alberto Jiménez Fraud, continuador de la obra de Francisco Giner de los Ríos, uno de los paladines de la buena tradición humanista infiltrada a costa de grandes luchas en la educación moderna de la Universidad española. Cuando pienso en Alberto Jiménez y en su encantadora y culta esposa, doña Natalia, recuerdo muchos días felices pasados en aquella casa de la calle del Pinar. ¡Qué placer experimentaba al oír al padre de doña Natalia, el sabio Manuel Cossío, autor de un magnífico libro sobre *el Greco*, hablar del arte popular de España! Lo mismo si se trataba de un traje de charro de esos que usan los campesinos de la región de Salamanca, o de una tonada de Murcia, que de una pieza de alfarería verde y azul oriunda de Paterna, don Manuel siempre nos instruía con sus conocimientos, haciéndonos notar su valor como significativo de la eterna grandeza de España. La Residencia es punto de cita de los intelectuales de otros países, pues don Alberto ha sido incansable en sus esfuerzos por llevar los hombres más ilustres de Europa a la Residencia. Sin embargo, la Residencia polariza su mayor influjo dentro de España. Los estudiantes de ella poseen una cultura europea sin perder por eso su profunda sustantividad nacional. De Francia adquieren la exposición clara y lógica y la concisión de estilo; de Alemania, la perfección metódica; de Italia, la crítica imaginativa. El Centro de Estudios Históricos, que procede del mismo movimiento intelec-

tual que la Residencia, es una verdadera central del pensamiento europeo en cuanto a crítica y erudición, todo ello debido a hombres como Ramón Menéndez Pidal, sucesor del insigne polígrafo del siglo XIX, Menéndez y Pelayo. A su lado trabaja Américo Castro, el gran intérprete y comentarista de Cervantes y de Lope de Vega.

Traducción de Antonio Espina



18. ALEJO CARPENTIER (1934-1935)

El novelista cubano Alejo Carpentier (1904-1980), autor de obras como El siglo de las luces que figuran entre los grandes clásicos de la literatura latinoamericana contemporánea, tuvo durante los años treinta estrechas relaciones con España, y especialmente con Madrid. Aunque vivió la mayor parte de la década en París (adonde le había obligado a exiliarse la dictadura de Machado), en Madrid publicó su primera novela, Ecue-Yamba-O (1933), pasó largas temporadas y compartió afanes literarios y exploraciones callejeras con aquel grupo excepcional de escritores y poetas —Lorca, Alberti, Altolaguirre, Neruda, Dos Passos—, casi todos venidos como él de tierras lejanas, que tanto esplendor dieron a la vida cultural del período republicano. De sus andanzas con aquellos amigos, sus impresiones sobre la ciudad y sus excursiones a los alrededores dio Carpentier cumplida cuenta en las crónicas que escribía para la revista Carteles de La Habana, en las que alternaba la crítica musical y literaria con los relatos de viajes.

De aquellas Crónicas (publicadas en forma de libro en 1976) hemos seleccionado tres fragmentos correspondientes a otros tantos viajes que realizó Carpentier en 1934 (Madrid) y 1935 (El Escorial). Unas páginas espléndidas sobre el ritmo «a escala de hombre» de la vida madrileña, las estatuas, las mujeres, la zarzuela y la obra cumbre de Herrera. (Títulos del autor.)

El ritmo de Madrid

Claro está que apenas os voy a hablar de Madrid. Descubrir el Mediterráneo es todavía admisible. Pero la tarea de hacer el descubrimiento de Madrid, debe dejarse a los escritores oriundos de naciones en que todavía se cree que las españolas andan con una navaja en la liga. (Películas españolas filmadas en Hollywood, ¡cuántos estragos habéis hecho en los países nórdicos!)

Sin embargo, no quiero dejar de señalar en esta crónica un hecho que compruebo cada vez que me ocurre charlar con españoles en París. Y es que los madrileños son los peores propagandistas del mundo en lo que se

refiere a su capital. Hábleseles de Madrid en París, en Londres o en Berlín. Siempre escucharéis los mismos comentarios:

—Aquello es una aldea...

—Quitando la Gran Vía, la calle de Alcalá y el Retiro, no hay nada que ver allá...

—La vida que se lleva en Madrid es vida de provincia...

Y Madrid es, sin embargo, la ciudad más alegre, más cordial, más animada, que yo haya visitado en mi vida. Tiene todas las ventajas de modernidad y de *comfort* que se hallan en las capitales tentaculares, con el encanto de una ciudad de proporciones más reducidas, donde las relaciones entre individuos se mantienen en un plano a escala de hombre. En París o en Berlín, la lucha por la existencia, la multiplicidad de actividades, las barreras que construyen las distancias, tienen la virtud de alejar terriblemente a los individuos. La amistad, la camaradería, casi no se cultivan por falta de tiempo. En París ocurre muy frecuentemente que dos amigos íntimos pasen seis meses sin verse. Se acaba por vivir egoístamente, cada cual en su rincón, sin más frecuentación asidua que la de una amiga predilecta. Los encuentros, citas, reuniones, están situados en un terreno pragmático. Se va a ver a Fulano, cuando «hay algo que decirle», cuando un negocio o una necesidad impelen a ello. O cuando un amigo ofrece una fiesta, y en este caso la cita cobra categoría de «recepción»... En Madrid he vuelto a encontrar la voluptuosidad de «hablar por hablar», de tropezarme con amigos en la Granja el Henar, o en el típico restaurante arrabalero de San Millán, y de pasar horas enteras en su compañía, sin más obligación que la de comentar el suceso de actualidad, o de cambiar impresiones tanto más encantadoras cuanto más deshilvanadas. Es éste el placer de *flaner* —como dicen los franceses—, o de *vagar*; placer que ha desaparecido totalmente de otras ciudades europeas. Y no se me diga que una vida que permite este privilegio sea «vida de provincia»; ni que la ciudad que lo propicia es una aldea. Significa sencillamente que en Madrid se vive sobre un ritmo más humano, más soportable, más grato, que el que nos imponen otras urbes del viejo continente...

¡Cuántas veces pensé en ello, la noche en que, acompañado por Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, John Dos Passos, María Teresa León y Carlos Enríquez, pude pasear interminablemente, sin pensar siquiera en la cercanía del alba, por las calles del viejo Madrid! [...]

Bajo el signo de la Cibeles

Cuando, fuera de España, os encontréis con un madrileño, habladle de su capital. Veréis que sus reacciones suelen producirse de dos maneras totalmente opuestas. O bien os dirá que aquello es «una aldea en donde no se puede vivir»; o bien os afirmará que aquello es «el centro del universo... Ni lo uno, ni lo otro. Madrid es una extensa y hermosa ciudad, con todo el encanto de las ciudades pequeñas. Y resulta imposible compararla con otras capitales de Europa, por la sencilla razón de que no se parece a ninguna. La Villa del Oso y del Madroño tiene una fisonomía peculiarísima, y conserva, hasta en su topografía, un estilo especial, con características inconfundibles.

Entre todas las ciudades que conozco, Madrid es la única, por ejemplo, que no posee arrabales exteriores, de los que establecen —como en París, como en Bruselas— una transición entre el campo y la urbe. Seguid una calle. Descubriréis que su última casa —supongamos que ostente el número 230— es un edificio de tres pisos, igual a todos los demás. Pero después de ese edificio comienza de súbito la llanura castellana, sin una vivienda visible hasta el horizonte. Cada día debería llevar, en su extremidad, un cartel afirmativo que dijera: *Hasta aquí llegué...* Ciudad-bloque, con aristas de piedra y cemento.

Cuando se pasea por la calle de Alcalá, al alba, se descubre que cada azotea, cúpula o techo, es un teatro, donde personajes de bronce se entregan a las más absurdas actividades. Hay un buen mozo, completamente desnudo, que pretende sentarse en el lomo de un águila para dirigirse al Retiro por vía aérea. Hay unas cuadrígas que avanzan hacia el borde de la cornisa, sin temor de ir a caer en el centro de la calle. Hay unos señores que soplan desesperadamente en trompetas tupidas, sin arrancarles el menor sonido, bajo las miradas compasivas de damas pétreas y cariátides macizas, incrustadas en las fachadas sin la menor esperanza de liberación.

Bien plantada en tierra firme —lo que llaman los franceses «el tablado de las vacas»— se encuentra la Cibeles en su carro tirado por leones. Parece la capitana del indisciplinado ejército que anda desperdigado en las fronteras del cielo. No lejos, se encuentra un Neptuno enflaquecido por la crisis, tristemente apoyado en su tridente simbólico. Pero este pobre Neptuno ha dejado, hace tiempo, de ser el rey de los horizontes marinos. Desde su zócalo avaro, no rige más humedad que la de los innumerables puestos de horchata de chufas, agua de cebada y limonada, que parecen acogerse a su amparo.

Las estatuas son lo peor de Madrid... Pero ¿qué falta hacen muñecos de mármol o de piedra, en una ciudad en que las mujeres andan con tanto garbo?...

Cuando se pasea, a las siete de la tarde, por la Gran Vía y se ven tantas madrileñas sin sombrero, maravillosamente peinadas, se comprende que el cabello de la mujer no es un vano adorno. El resto de lo visible —o adivinable— tampoco... ¿Y qué secreto tendrán las madrileñas, para tener el don de hacernos adivinar tantas cosas?...

A ese secreto se debe sin duda que tantos hombres, en España, tengan las manos transformadas en péndulos voluntarios, destinados a rozar las caderas de las mujeres que pasan entre ellos y las murallas de las casas...

Los cimborrios, cúpulas y campanarios de Herrera —o a lo Herrera— constituyen, en Madrid, una verdadera obsesión arquitectónica. Obsesión que no carece de encanto, ya que tiene la virtud de comunicar un sorprendente carácter de grabado antiguo a toda vista panorámica o perspectiva de los barrios viejos... La cúpula de San Francisco el Grande crea siempre un fondo a lo Goya detrás de los paisajes urbanos de Madrid.

La Plaza Mayor, con su sequedad, sus recuerdos de Santos Oficios, su ausencia de toda seducción arquitectónica, es sin embargo uno de los rincones más sorprendentes —más mágicos— que existan en el mundo. Nunca sé lo que voy a buscar a la Plaza Mayor. Pero lo cierto es que difícilmente logro sustraerme a la atracción que ejerce sobre mí ese lugar en que tan pocas cosas solicitan la contemplación.

¿Justificará esas extrañas pasiones del viajero por un lugar determinado, la reflexión del creyente en la transmigración de las almas que se pregunta: «¿Habré vivido aquí en otros tiempos?...?»

El año pasado, descubrimos con John Dos Passos una maravillosa taberna instalada en los antiguos calabozos que se hallan debajo de una de las escaleras que acceden a la Plaza Mayor. Carlos Enríquez —que por una vez se nos reveló historiador—, supo que esa taberna había sido frecuentada antaño por Luis Candelas, héroe de epopeyas populares. Tres salas angostas —la segunda más baja que la primera, la tercera más baja que la segunda— conducían a una bodega extraordinaria, digna del *Quijote*, repleta de pellejos de vino, quesos tan grandes como norias, salchichones y jamones pantagruélicos. El Valdepeñas era excelente, y el patrón de la taberna se mostraba afable y comunicativo, aunque no ocultara su sorpresa al ver el interés que despertaba en nosotros el aspecto de su establecimiento.

—El día menos pensado —le dijo Carlos Enríquez—, su taberna será invadida por los turistas...

—¡Quía! —respondió el buen hombre—. A los turistas lo que les gusta es el lujo y el *fostró*... ¿Qué vendrían a buscar acá?

¡Ojalá el escepticismo cándido de nuestro amigo, defienda por muchos años la invulnerabilidad de la taberna de Luis Candelas!

Cada vez que me hallo en Madrid, me vuelvo espectador asiduo de los teatros de zarzuela y género chico. Después de asistir a cien representaciones de teatro avanzado, de óperas y ballets nuevos por su estética, su técnica o su ideología, me veo siempre maravillado por el extraordinario primitivismo escénico del típico espectáculo español. *Agua, azucarillos y aguardiente*, *El dúo de la Africana*, *El santo de la Isidra* o *La revoltosa* tienen para mí todo el encanto de una evocación de la «comedia del arte» italiana —origen de nuestro teatro— por el carácter improvisado de la interpretación y escenografía, por la ingenuidad de las intrigas, por la puerilidad de los chistes y situaciones cómicas. Tengo siempre la sensación de hallarme ante un enorme *guignol* animado por marionetas humanas... ¡que se tomen en serio! Hay un buen señor que aparece en escena dando gritos, porque unos ladrones lo han dejado en paños menores en el medio de la calle. ¡Ja... ja... ja...! Un muerto que estornuda en el preciso instante en que el médico está firmando su acta de defunción. ¡Ja... ja... ja... ja...! Una suegra que le da una gran paliza a su yerno, cuando éste se halla cantando una romanza en el escenario de un teatro colmado de público... ¡Ja... ja... ja...! Los autores de zarzuela no sospechan que, a pesar de sus mismas convicciones, están mucho más cerca del teatro moderno de lo que pueden creerlo. Sólo les falta dar un paso para situarse en el terreno estético al que debemos obras como las primeras farsas de Marcel Achard, las de Roger Vitrac, o aquella inefable *Ópera de cuatro centavos* de que os hablé en otra oportunidad. [...]

Debe creerse que en Madrid el sueño hace olvidar a los hombres solteros que existen seres de otro sexo... Porque apenas se despiertan y salen a la calle contemplan cada mujer que pasa como si fuera algo tan desconocido como imperativamente codiciable.

Me decía un amigo mexicano:

—Cuando vivía en México, yo engañaba a mi esposa veinte veces al año. Aquí no he logrado hacerlo una sola vez...

¿Será Madrid el paraíso de las mujeres casadas?

Madrid, aldea grande o centro del mundo —como quieran afirmarlo sus detractores o fanáticos—, es una de las ciudades más encantadoras que existen en el universo. Hace falta haber viajado mucho para comprender que es urbe con *intuición* y *carácter*.

La intuición y el carácter son las cualidades que más hacen estimar un individuo o una ciudad. Por ello, cada vez que logro evadirme de París por unos días, voy a dar a los senderos del Retiro, a las retretas de la Moncloa, o

a las callejas del barrio de Lavapiés... También hay la Plaza Mayor. Pero esto es asunto más íntimo. ¡Algún día conoceré el secreto motivo de la atracción que ejerce sobre mí ese misterioso lugar!

El Escorial, museo de milagros

Si queréis ver un paisaje más cubista que los pintados por Picasso, más arbitrario aún, más temerario en sus desafíos a las leyes de la gravedad, visitad el pueblo de Dueñas, en Castilla. A dos horas de Ávila, hallaréis el caserío más fantástico, más irreal, más inhabitable que pueda existir en el mundo...

Pero Castilla es esto. Tierra de milagros. Y su máximo milagro, El Escorial.

...Allí se alza, al pie de la sierra, esa mole de granito gris, con sus ventanas de musgo tierno, y sus monstruosos reyes de mármol guardando el patio cuadrangular en que tantas veces se asomó el Cristo de Benvenuto Cellini para contemplar un alineamiento de soldados. Nuestra Avellaneda dijo cierta vez, en jerga de mala retórica, que El Escorial era una *epopeya de piedra*... Nada menos cierto. Porque El Escorial está situado en los antípodas de lo grandilocuente o heroico. Los hombres que lo construyeron vivieron tiempos heroicos sin ser héroes. Los que primero lo habitaron fueron opuestos a toda grandilocuencia. Con proyectos de piedra y anhelos de austeridad no se hacen las epopeyas.

En realidad El Escorial es la última pirámide que construyó el hombre. Pirámide cristiana, con ventanas y campanarios, pero emparentada directamente, por el sentido, con las pirámides de Egipto y de México. Es el último monumento que una civilización humana consagró a la muerte, a la presencia de la muerte, a la espera de la muerte, a la previsión de muertes futuras. Porque la muerte reina, de cuerpo presente, sobre una buena mitad del monasterio.

Cuando se penetra en las habitaciones de Felipe II se experimenta un profundo asombro al ver la austeridad con que vivía el monarca. Los intereses del más fenomenal imperio que conoció la historia, se regían desde una sala embaldosada de ladrillos rojos en la que por todo lujo existía una alfombra de cuero raído. Un mísero taburete destinado a sostener su pierna enferma, constituía la única comodidad tolerada a sí mismo por el rey. Una pobreza altanera y consentida, pobreza hecha de energía y desprendimiento, rige esos departamentos exiguos y fríos que corresponden, cronológica-



mente, a la edificación de los castillos de la Loire, en Francia, emporios de lujo, de arte y de voluptuosidad.

A medida que nos alejamos de la vida para entrar en los dominios de la muerte, reaparece la riqueza. Riqueza que se va haciendo más sensible cuando penetramos en lo que el monasterio consagra al culto y a sus servidores. Para Dios se hicieron cúpulas gigantescas, entablamentos clásicos, bibliotecas, misales, libros miniados, estatuas, facistolos... En esta parte del edificio, Herrera se tornó fantasioso y poeta.

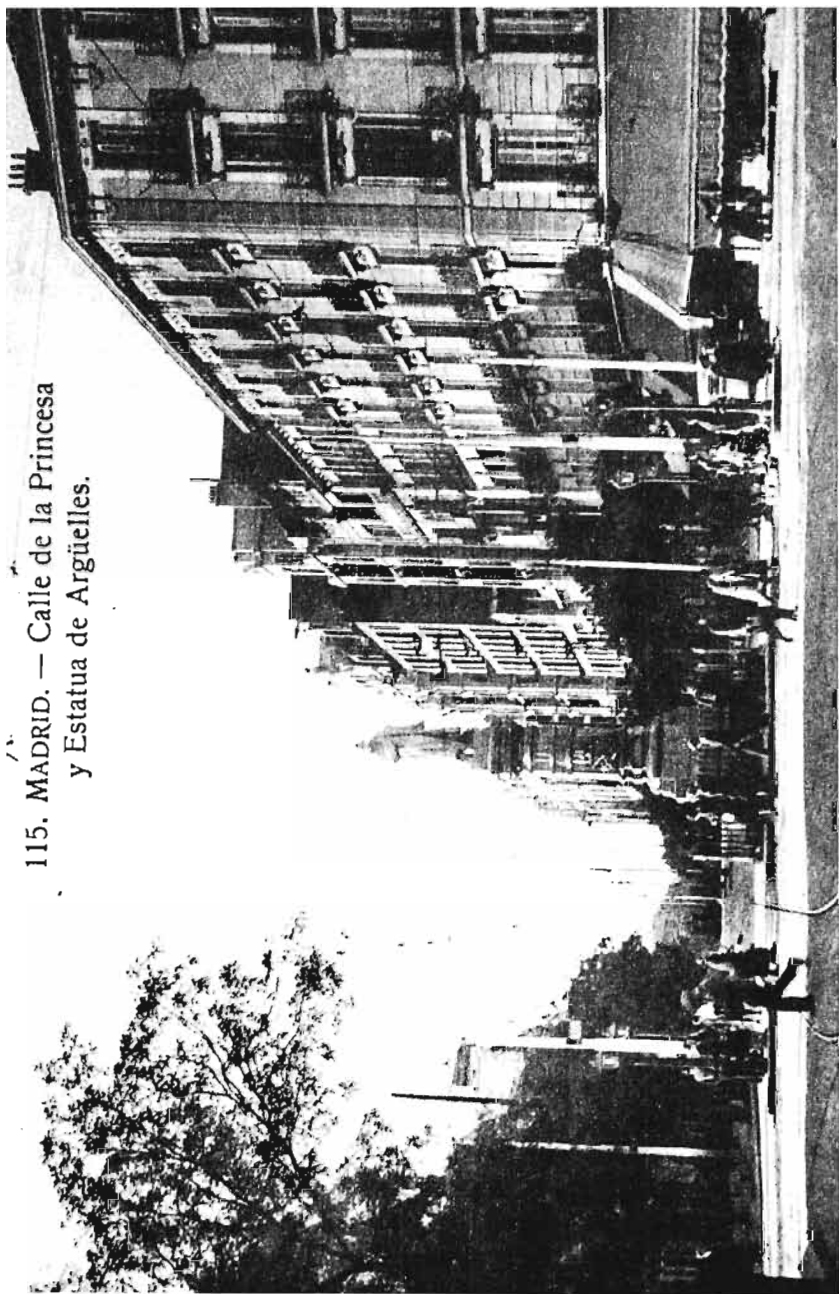
Se valió de materiales diversos para hacer cosas raras, milagros de esteotomía, prodigios de acústica. Asombró a sus herederos dejándoles dos rompecabezas inmortales: la «bóveda plana» y la «sala de los ecos». Trampolín de mármol la bóveda; teléfono de granito la sala...

Pero a pesar de todo, la religión del monasterio no es el cristianismo liberal y pagano, estético y suntuario, político y flexible que creó las bulas de indulgencia emitidas por Roma a manera de valores al portador. El cristianismo del Escorial es ley de cilicio, de examen de conciencia, de concentración hacia adentro. Y para recordarlo está la gigantesca necrópolis que se extiende en los sótanos del edificio. Porque la montaña de piedra descansa sobre sepulturas y ataúdes.

Interminables corredores de mármol gris, criptas siniestras, salas alargadas, tapizadas de nichos funerarios, que constituyen verdaderas pinacotecas de blasones y divisas. Durante centenares de años los reyes, príncipes, infantes, han penetrado en estas estancias, horizontalmente, acompañados por el ritmo lúgubre de los bordones. Hasta los infantitos muertos antes de cumplir la edad de siete años tienen lugar reservado en estas *mastabas* de la cristiandad: una especie de gigantesco pastel de cumpleaños, de mármol blanco, guarnecido de cavidades a escala de niño...

¡Y al fin se llega a la cripta real, perfectamente redonda, sin el menor tragaluz, con sus sarcófagos de mármol rojo, que parece el corazón sangrante del edificio, y a la que se accede pasando ante una puerta que oculta los antrós del *Pudridero!*...

¡Huir!... ¡Salir!... ¡Subir!... ¡Respirar el aire de la sierra!...



115. MADRID. — Calle de la Princesa
y Estatua de Argüelles.

Argüelles.



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

19. PABLO NERUDA (1934-1936)

El poeta chileno Pablo Neruda (1904-1973) fue un viajero incansable durante toda su vida, que transcurrió en países tan dispares y remotos entre sí como su Chile natal y Birmania, Francia y Méjico o Italia y la URSS. De 1934 a 1937 ocupó el cargo de cónsul de su país en Madrid, donde hizo amistad con los poetas de la generación del 27, fundó la revista Caballo verde para la poesía y publicó la segunda parte de Residencia en la tierra. La guerra civil española abrió una nueva etapa en su obra, que a partir de entonces no abandonaría ya el espíritu combativo manifestado por primera vez en los versos de España en el corazón (1937).

«El poeta debe ser, parcialmente, el cronista de su época», escribió Neruda, que lo fue en efecto de la suya en dos libros de memorias publicados póstumamente: Confieso que he vivido (1974) y Para nacer he nacido (1978). En el primero de ellos dedica pocas pero jugosas páginas a su estancia en Madrid durante los años anteriores a la guerra, que marcaría trágicamente el destino de sus dos mejores amigos españoles, Miguel y Federico.

No permanecí mucho tiempo en el consulado de Buenos Aires. Al comenzar 1934 fui trasladado con el mismo cargo a Barcelona. Don Tulio Maqueira era mi jefe, es decir, cónsul general de Chile en España. Fue, por cierto, el más cumplido funcionario del servicio consular chileno que he conocido. Un hombre muy severo, con fama de hurano, que conmigo fue extraordinariamente bondadoso, comprensivo y cordial.

Descubrió rápidamente don Tulio Maqueira que yo restaba y multiplicaba con grandes tropiezos, y que no sabía dividir (nunca he podido aprenderlo). Entonces me dijo:

—Pablo, usted debe vivir en Madrid. Allá está la poesía. Aquí en Barcelona están esas terribles multiplicaciones y divisiones que no lo quieren a usted. Yo me basto para eso.

Al llegar a Madrid, convertido de la noche a la mañana y por arte de birlibirloque en cónsul chileno en la capital de España, conocí a todos los amigos de García Lorca y de Alberti. Eran muchos. A los pocos días yo era uno más entre los poetas españoles. Naturalmente que españoles y americanos

somos diferentes. Diferencia que se lleva siempre con orgullo o con error por unos o por otros

Los españoles de mi generación eran más fraternales, más solidarios y más alegres que mis compañeros de América Latina. Comprobé al mismo tiempo que nosotros éramos más universales, más metidos en otros lenguajes y otras culturas. Eran muy pocos entre ellos los que hablaban otro idioma fuera del castellano. Cuando vinieron Desnos y Crevel a Madrid, tuve yo que servirles de intérprete para que se entendieran con los escritores españoles.

Uno de los amigos de Federico y Rafael era el joven poeta Miguel Hernández. Yo lo conocí cuando llegaba de alpargatas y pantalón campesino de pana desde sus tierras de Orihuela, en donde había sido pastor de cabras. Yo publiqué sus versos en mi revista *Caballo Verde* y me entusiasmaba el destello y el brío de su abundante poesía.

Miguel era tan campesino que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea. Vivía y escribía en mi casa. Mi poesía americana, con otros horizontes y llanuras, lo impresionó y lo fue cambiando.

Me contaba cuentos terrestres de animales y pájaros. Era ese escritor salido de la naturaleza como una piedra intacta, con virginidad selvática y arrolladora fuerza vital. Me narraba cuán impresionante era poner los oídos sobre el vientre de las cabras dormidas. Así se escuchaba el ruido de la leche que llegaba a las ubres, el rumor secreto que nadie ha podido escuchar sino aquel poeta de cabras.

Otras veces me hablaba del canto de los ruiseñores. El Levante español, de donde provenía, estaba cargado de naranjos en flor y de ruiseñores. Como en mi país no existe ese pájaro, ese sublime cantor, el loco de Miguel quería darme la más viva expresión plástica de su poderío. Se encaramaba a un árbol de la calle y, desde las más altas ramas, silbaba o trinaba como sus amados pájaros natales.

Como no tenía de qué vivir le busqué un trabajo. Era duro encontrar trabajo para un poeta en España. Por fin un vizconde, alto funcionario del Ministerio de Relaciones, se interesó por el caso y me respondió que sí, que estaba de acuerdo, que había leído los versos de Miguel, que lo admiraba, y que éste indicara qué puesto deseaba para extenderle el nombramiento. Alborozado dije al poeta:

—Miguel Hernández, al fin tienes un destino. El vizconde te coloca. Serás un alto empleado. Dime qué trabajo deseas ejecutar para que decreten tu nombramiento.

Miguel se quedó pensativo. Su cara de grandes arrugas prematuras se cubrió con un velo de cavilaciones. Pasaron las horas y sólo por la tarde me contestó. Con ojos brillantes del que ha encontrado la solución de su vida, me dijo:

—¿No podría el vizconde encomendarme un rebaño de cabras por aquí cerca de Madrid? [...]

Con Federico y Alberti, que vivía cerca de mi casa en un ático sobre una arboleda, la arboleda perdida, con el escultor Alberto, panadero de Toledo que por entonces ya era maestro de la escultura abstracta, con Altolaguirre y Bergamín; con el gran poeta Luis Cernuda, con Vicente Aleixandre, poeta de dimensión ilimitada, con el arquitecto Luis Lacasa, con todos ellos en un solo grupo, o en varios, nos veíamos diariamente en casas y cafés.

De la Castellana o de la cervecería de Correos viajábamos hasta mi casa, la casa de las flores, en el barrio de Argüelles. Desde el segundo piso de uno de los grandes autobuses que mi compatriota, el gran Cotapos, llamaba «bombardones», descendíamos en grupos bulliciosos a comer, beber y cantar. Recuerdo entre los jóvenes compañeros de poesía y alegría a Arturo Serrano Plaja, poeta; a José Caballero, pintor de deslumbrante talento y gracia; a Antonio Aparicio, que llegó de Andalucía directamente a mi casa; y a tantos otros que ya no están o que ya no son, pero cuya fraternidad me falta vivamente como parte de mi cuerpo o substancia de mi alma.

¡Aquel Madrid! Nos íbamos con Maruja Mallo, la pintora gallega, por los barrios bajos buscando las casas donde venden esparto y esteras, buscando las calles de los toneleros, de los cordeleros, de todas las materias secas de España, materias que trenzan y agarrotan su corazón. España es seca y pedregosa, y le pega el sol vertical sacando chispas de la llanura, construyendo castillos de luz con la polvareda. Los únicos verdaderos ríos de España son sus poetas; Quevedo con sus aguas verdes y profundas, de espuma negra; Calderón, con sus sílabas que cantan; los cristalinos Argensolas; Góngora, río de rubíes. [...]

Federico García Lorca no fue fusilado; fue asesinado. Naturalmente nadie podía pensar que le matarían alguna vez. De todos los poetas de España era el más amado, el más querido, y el más semejante a un niño por su maravillosa alegría. ¿Quién pudiera creer que hubiera sobre la tierra, y sobre *su tierra*, monstruos capaces de un crimen tan inexplicable?

La incidencia de aquel crimen fue para mí la más dolorosa de una larga lucha. Siempre fue España un campo de gladiadores; una tierra con mucha



sangre. La plaza de toros, con su sacrificio y su elegancia cruel, repite, engalanada de farándula, el antiguo combate mortal entre la sombra y la luz.

La Inquisición encarcela a fray Luis de León; Quevedo padece en su calabozo; Colón camina con grillos en los pies. Y el gran espectáculo fue el osario en El Escorial, como ahora lo es el Monumento a los Caídos, con una cruz sobre un millón de muertos y sobre incontables y oscuros recuerdos.



20. LAURIE LEE (1935)

Laurie Lee (1915) es un poeta inglés apenas conocido en nuestro país, pero bastante célebre en el mundo anglosajón por su obra lírica y sobre todo por tres libros autobiográficos: Cider with Rosie (1959), As I Walked Out One Midsummer Morning (1969) y A Moment of War (1991). Curiosamente, los dos últimos se refieren de forma directa a España, donde sólo ahora (hace poco se publicó la traducción del primero de ellos) se empieza a reconocer el mérito literario de este viajero excepcional.

Cuando partí una mañana de verano es seguramente el mejor libro de viajes por la España de los años treinta que ha visto la luz en este siglo. Como poco antes hiciera Starkie, en el verano y el otoño de 1935 Laurie Lee atravesó a pie la Península —del noroeste al sudoeste— ganándose la vida con su violín; pero a diferencia del hispanista irlandés, Lee tenía apenas veinte años, no sabía una palabra de español y carecía de cualquier tipo de referencias culturales sobre el país que había elegido para su aventura. De ahí la frescura y la viveza de sus impresiones, y también la violencia de su amor a primera vista por España, que poco después le haría alistarse en las Brigadas Internacionales, y que muchos años más tarde sabría plasmar en la exquisita prosa de viaje de un escritor ya formado.

Lee pasó unas cuantas semanas en Madrid entre julio y agosto de aquel año. Tanto si se atribuye a su estado de gracia juvenil como a su madura capacidad de evocación, lo cierto es que pocos viajeros han descrito con tanta sutileza y precisión el paso de la Sierra, las tabernas, los barrios bajos, las mañanas y las noches de nuestra ciudad.

La Sierra

Tardé dos días en atravesar la Sierra de Guadarrama, y fue como si atravesara otra estación y otro país, subiendo por una magnífica carretera de bloques de granito hasta un punto a casi dos millas de altitud. Había arroyos



veloces, grandes bosques umbrosos y peñascos cubiertos de enredaderas en flor. Aquí parecía ya otoño; las nubes bajaban rodando desde las cumbres, descargando a trechos frescos chaparrones, mientras los pastores trepaban a lo lejos, seguidos por perros de aspecto lobuno, y el aire tenía un olor fresco a resina y miel.

Pasé la primera noche en un robledo, tumbado sobre hojas tan húmedas como Gales, bajo un denso rocío y una fría luna afilada y rodeado por las incessantes esquilas de las ovejas. Por la mañana desperté tiritando y desayuné con queso de cabra, que la noche había empapado y ablandado; luego me quedé mirando la luz del sol que descendía lentamente por los troncos de los pinos, de un rojo oscuro, como si sangraran por la copa. Cerca había una cascada que caía en una charca rocosa, donde me desnudé y me di un breve chapuzón. El agua era glacial, brutal y vivificadora, aislada entre los árboles, y cuando terminé me senté desnudo en una piedra musgosa y me sequé lentamente al sol naciente. Me parecía estar en un rincón del norte de Europa, lleno del frío esplendor de los dioses finlandeses. Una neblina verde de polvo pinariego flotaba en haces de luz solar y las ardillas se columpiaban y castañeteaban por encima de mí. Aspirando el fino aire seco y oliendo la montaña resinosa, quizá nunca he vuelto a estar tan vivo y tan solo como entonces.

Hacia mediodía había ascendido ya los seis mil pies del Puerto de Navacerrada, donde descansé un rato bajo altos pinos espolvoreados de nieve estival. Grandes bancos de nubes remontaban las laderas septentrionales, se desgarraban en las crestas y desaparecían; mientras ante mí, a través del puerto, veía surgir un nuevo país: la inmensa llanura de La Mancha, extendiéndose lisa como el cuero y mancillada por la llaga del lejano Madrid.

El paso de la Sierra no fue una etapa más de mi viaje, pese a la barrera física. Fue también uno de esos avances súbitos y espasmódicos en la vida, que una vez hechos cierran el pasado para siempre. Fue una frontera para mí en más de un sentido, y hasta que no la hube cruzado no me sentí realmente inmerso en España.

La Sierra, como la luna, tenía dos caras distintas: la norte distante y fría en su sombra, un lugar de verdes bosques y silencio alpino, mientras que al sur la montaña no era más que pura roca quemada, riscos desnudos bajo el sol que Madrid parecía utilizar como una especie de pared de patio donde garabatear anuncios de coñacs y clubes nocturnos. La vertiente norte tenía una quietud pastoral, una pureza y una calma veladas; mientras que la ru-

gosa cara sur, aunque estaba al menos a diez millas de la ciudad, apestaba ya a la basura de las calles.

Aun así estaba impaciente por llegar a Madrid y apreté el paso hacia allí, bajando a trompicones por senderos de esquivo quebrado, sin hierba ni árboles, mientras los picos de las montañas se ocultaban entre las nubes, cegando todo lo que yo había sido hasta entonces. Una noche más en las laderas y llegué a la carretera principal, una ristra de cafés, chozas y vertederos de neumáticos. Allí me cogieron dos simpáticos jóvenes vendedores de libros que llevaban una furgoneta cargada de misales latinos. Los jóvenes, muy alegres, me obsequiaron con sus tarjetas y fueron señalando todos los burdeles mientras entrábamos en Madrid, donde al fin me dejaron hacia las diez de la mañana, en el corazón de la ciudad, el corazón de España.

Mi primera impresión de Madrid fue todo timbres y cables de tranvías, mármol falso y deterioro. Contando Londres, era sólo la segunda gran ciudad que había visto, y me metí en ella como en las fauces de un león. También tenía el aliento de un león, algo fétido y picante, mezclado con paja y jugos de carne descompuestos. La propia Gran Vía tenía un rugido de león, aunque afectado, como el de una fiera de circo: ancha, tímida y un poco desastada, flanqueada de edificios como dientes rotos.

Aquellas anchas calles de relumbrón mostraban toda esa pompa y vacuidad que se suele asociar con Latinoamérica: plazas de armas políticas rodeadas de mansiones como tartas de boda, con nombres de presidentes, fechas históricas y virtudes. Sin embargo, justo detrás de ellas bullían las animadas callejuelas de la ciudad, estrechos callejones atestados de carros y mendigos, con flacas criaditas y niños tuberculosos, guapos y cubiertos de llagas.

Primero fui a Correos a recoger mis cartas, que encontré clasificadas en la «E» de «Esquire»: una de un periódico con un tercer premio de poesía, y otra de mi madre, que esperaba que tuviera los pies secos. Después me puse a deambular por las callejuelas cercanas a la Puerta del Sol buscando una posada apropiada, y al fin encontré una tan vieja como Chaucer, con un establo en el sótano. El propietario escribió mi nombre en un gran libro negro, copiándolo del sobre de mi madre, y luego me dio una llave grande como una pala y dijo que el cuarto costaba seis peniques por noche.

Tabernas

Para entonces era ya mediodía y casi todo el mundo se había refugiado en los bares y en la húmeda penumbra de los cafés, a esa hora en que Madrid se recoge cabalmente en su ser: una gota de rocío en la parrilla de la meseta. Con ese calor, la mayoría de las capitales habría seguido siendo un infierno del deber, lleno de dependientas sudorosas y oficinistas agotados. Pero aquí no, porque Madrid sabía cuándo tenía que decir no y cerrar las persianas al sol.

Naturalmente, ésa era también la costumbre en otras ciudades españolas, pero aquí había alcanzado un apogeo de genialidad. Porque en aquella época, si no hoy, Madrid era una ciudad de mil tabernas exquisitas, siempre recién baldeadas, llenas de barriles y cavernosamente espaciosas, baratas y afablemente regentadas, en cuya penumbra tradicional los hombres, al menos, pasaban la mitad de sus horas de vigilia.

Al entrar desde la tórrida calle te salía al encuentro un hálito de aire fresco como piel de fruta apretada contra tu frente, y te sumergías en una gruta enclaustrada, saturada de un fuerte olor a marisco, baldosas mojadas y madera empapada de vino. No había esperas ni apretujones; el lugar era tuyo; los mozos repetían tus pedidos con gritos sonoros; y los hombres estaban a sus anchas con una copa de jerez en la mano, con tiempo de sobra para beberla, mientras apilados a lo largo de la barras —suculentamente ordenados en fuentes o entronizados sobre grandes bloques de hielo— había banquetes de marisco: rocosas ostras, cangrejos, calamares amontonados en círculos dorados, langostas frescas retorciéndose en lechos de palmas, cuencos de mejillones y gambas barbadas. También te ofrecían platillos chisporroteantes de riñones o gorriones asados, caracoles, calamares fritos, gambas al ajillo, cerdo estofado y tripas de cordero. Nadie bebía sin comer, se habría considerado incivilizado (y puede que fuera una de las razones por las que nadie estaba borracho). Pero además es que este marisco era a fin de cuentas uno de los mejores del mundo, el milagro particular de un Madrid cercado por la tierra, recién cogido aquella misma madrugada en costas lejanas —el Mediterráneo, Vizcaya, el Atlántico— y transportado velozmente a la capital en trenes especiales que apartaban a su paso a todos los demás a vías muertas.

Así lo recuerdo: bajo los techos de terracota, una proliferación de cuevas de hielo. Con carreteros, porteros, serenos, taxistas, dandis impecables y



orondos funcionarios bebiendo a sorbitos sus vinos dorados, pelando delicadamente una gamba, mordiendo la agria carne rosada de una langosta, saboreando la viva salmuera de mares medio olvidados, de imperios medio recordados, mientras el oleaje de la conversación seguía encrespándose como agua burbujeante bajo los cuadros de toros y héroes. Era una forma de vida evolucionada como una colmena y cobijada del cielo ardiente; y quizá ninguna otra ciudad de aquella época había asimilado de manera tan cabal esta prioridad especial del placer.

Pero creo que mi impresión más duradera sigue siendo la pausada dignidad y nobleza con que el español trataba su bebida. Nunca la despachaba de un trago, ni hacía alharacas, ni suplicaba al camarero, ni se dejaba echar a gritos a la calle. Beber era para él uno de los privilegios naturales de la vida, más que el suicidio temporal que tan a menudo es para otros. Pero también es verdad que el alcohol tenía aquí pocos impuestos, y que no había leyes sobre licencias de venta, y en tales condiciones podía uno tomarse su tiempo.

La calle

Me pareció que Madrid era una ciudad donde podría sacar algo de dinero, de modo que fui al Ayuntamiento para obtener el permiso acostumbrado. El hombre examinó mi violín, tarareó unos compases de *Il Trovatore* y dijo que debía ir a la comisaría de policía. Ésta estaba en otra parte de la ciudad y no me sirvió de nada, pues de allí me enviaron inmediatamente al Ministerio de Agricultura. Los funcionarios se mostraron somnolientamente amables, me liaron cigarrillos y me preguntaron qué pensaba de Madrid, pero aunque parecían aprobar la idea de dar conciertos en la calle, ninguno de ellos pudo encontrar el formulario necesario para autorizarlo. Pero al final dio igual; me agradecieron que hubiera hecho las gestiones adecuadas y sugirieron que podía empezar sin permiso.

Así que aquella tarde, cuando refrescó el aire, me dirigí a la parte antigua de la ciudad, a las concurridas costanillas sobre el Manzanares. Allí no había apenas tráfico; las calles eran íntimas como patios, con arcos iluminados por farolas que olían a vino y humo de leña. Y todas bullían con ese denso ir y venir de la gente demasiado pobre para ir a ningún sitio, conten-



ta de pasear de un lado a otro a la vista de sus vecinos, mascando altramuces y pipas de girasol.

Me fundí con bastante facilidad en las multitudes vespertinas, tocando solo pero no enteramente desapercibido. La gente salía de las tiendas para darme una manzana o una naranja, y las mujeres me tiraban obsequios envueltos en papel desde los balcones. «Mira a ese muchacho. Búscales un bocado, por Jesús», y llovían perras chicas y galletas.

Donantes y beneficiarios parecían estar aquí en pie de igualdad. Era un mundo de intercambios, más que de caridad. Los dueños de puestos hacían trueques con sus vecinos, o comían sus propias mercancías, y los camareros se servían bebidas unos a otros. Había mendigos por todas partes, recostados contra las paredes, cada cual examinando cuidadosamente el hatillo del de al lado, mientras a su alrededor corrían chiquillas pintadas y maquilladas, con la falda y los zapatos de su madre.

En esta zona de Madrid pasaba buena parte del tiempo, sobre todo las noches en que nadie dormía, sentados hasta el amanecer en sus sillitas de acera esperando un soplo de aire de la Sierra. Todo era cómodo, somnoliento y bien arropado, como vivir en una cama pública. Recuerdo los gritos y las conversaciones que ascendían y decaían, serpenteando de puerta a puerta:

«¡Compro cuerdas y hierro, algodón y seda! ¡Compro sartenes, clavos y llaves!»

«Paco no es de ley. Tiene muy *mala lengua*. Sólo sabe contar chismes.»

«Ella viene de Génova, por lo menos su familia. Él es de Burgos. Espía para la Guardia...»

«¡Tengo *fritas, gambas y pajaritos!* Bocaditos frescos, caballeros...»

«¡Inmaculada! Puta, ¿dónde has estado toda la noche? ¿Qué colchón has estado calentando?...»

No parecía haber ningún programa de vida en estas estrechas callejuelas; nada se detenía y todas las horas eran iguales: siempre alguna vieja gruñona comprando medio kilo de alubias, una muchacha en la ventana dando el pecho a un bebé, un chico torturando silenciosamente a otro en una calle lateral, una familia comiendo en torno a una mesa...

Las mañanas

Mi cuarto era una celda sin ventanas, y tenía chinches tan grandes como cucarachas. Estar tumbado era ser acosado, atormentado y devorado, ras-carse y boquear en busca de aire. Estaba claro por qué todo el mundo pa-saba las noches en vela en esta ciudad. De noche sólo se podía respirar en las calles y en los patios, y el calor hacía bullir las camas.

Las mañanas, sin embargo, eran milagros de renovación, que resarcían con creces del breve infierno nocturno. El cielo era entonces una infinidad de azul cristalino, puro como un diamante visto a través del agua, capaz de devolver a la vida a los dolientes insomnes que aparecían con caras brillan-tes como handejas. Las piedras regadas y el estiércol húmedo, junto con el delicado aroma de los pinos, perfumaban las calles matinales. Erguida con-tra el cielo, la ciudad centelleaba como una de las primeras en recibir su luz. De hecho Madrid, la capital más alta de Europa, era una plataforma de cristal a esta hora temprana, y la claridad del aire quizá fuera la causa de al-gunas de las obsesiones locales: el interés de la gente por la verdad, su mis-ticismo descarnado e inclemente, su fascinación por el placer y por la muer-te. Se mostraban naturalmente altivos en su amor por la ciudad, encum-brándola en numerosos refranes. «De provincias a Madrid, pero de Madrid al cielo», rezaba uno con orgullo ascendente. Y también: «Cuando muera, quie-ra Dios que vaya al cielo, pero que me deje tener una ventanita para ver Madrid». Empinada en su meseta a una milla de altura, la ciudad se conside-raba el peldaño más alto de una escalera que llegaba justo a este lado del paraíso.

Las mañanas eran el mejor momento del día en la *posada*; con las pare-des goteando por los tiestos de flores recién regadas, me sentaba a la entra-da de cara a la calle, mientras Concha iba a comprarme el desayuno; luego, cuando volvía, se sentaba a mi lado en el banco y empezaba a ponerse hor-quillas para rizarse el pelo. Concha era una joven viuda bien plantada, de Aranjuez, que pasaba la mayor parte del día haraganeando y esperando a que volviera su novio asturiano, que le traía de regalo mermelada y mante-quilla. Mientras tanto se ofrecía a hacerme las compras, con tal de poder quedarse algo para ella.

Tenía veintitantos lozanos años y me parecía madura y hermosa, aunque inaccesible para mi edad. Su espeso pelo dorado parecía una gavilla de pa-ja, y habría tenido mejor aspecto aun si se lo hubiera teñido más a menudo.



Me hacía las preguntas acostumbradas. «¿Por qué estás solo? ¿No tienes mujer o una amiguita?» A veces vertía un poco de aceite de pescado en las palmas de mis manos y me hacía masajearle el pelo con él. Me gustaba pasar la mañana dedicado a esta indolente tarea, mientras los carros pasaban traqueteando por la calle, y sentirla apoyada contra mí, pesada y silenciosa, ajena a los gritos de los carreteros...

Finalmente, una mañana, hacia el final de mi estancia, advertí sus cálidos ojos perezosos mirándome de arriba abajo. Mi ropa, dijo, no tenía clase ni dignidad y no era correcta para un inglés. Lo que necesitaba, al menos, era unos pantalones nuevos, y dijo que me conseguiría unos de un caballero que conocía. «Los tendrás esta noche, te lo prometo. Entonces podrás salir a la calle con dignidad.»

Ronda de bares

El caso es que aquella tarde se me dió bien con el violín y pasé el resto de la noche en los bares. El aire caliente e inmóvil avivaba el sabor del vino y me impulsaba a vagar de calle en calle, contento de estar solo en esta ciudad abierta con todas las ventajas del anonimato.

Empecé en la calle Echegaray, una callejuela de relumbrón, medio goyesca medio de postín eduardiano, con cafés-burdeles llenos de espejos pintados, poetas tullidos y chicas enjalbegadas. La estrecha callejuela con aspecto de zanja estaba atestada de gitanos, serenos, ganchos y libertinos, y de jóvenes que miraban pasmados a las chicas en las ventanas, sin dinero para comprarlas. Dentro, los afortunados —los socios panzudos y calvos, los *señoritos* mimados que gastaban la asignación de sus madres— tomaban cerveza y gambas, con una chica a cada lado y un limpiabotas agazapado a sus pies, comprando la pingüe vida cortesana por unas pesetas en medio de un clamor de arpías y mendigos.

Al final de la calle encontré un bar menos estridente, pensado para beber con más calma y menos luz, pero voluptuosamente amueblado y decorado de arriba abajo con una amalgama victoriana de sangre y sexo. Carteles barnizados en las paredes, color de viejo salmón ahumado, anunciaban «*Toros en Valencia, 1911*», o mostraban bellezas del tipo de Theda Bara con mantilla negra de encaje y rosas apretadas contra los pechos desnudos, po-

sando sensualmente sobre un fondo de toreros agonizantes y toros estirando la pata sobre arenas carmesíes.

En este bar el vino lo extraían de un gran cántaro de piedra, y lo servía un viejo que había perdido una pierna en el ruedo. Arrastraba sus quejas y desdichas como una vela goteando cera de un grupo de bebedores a otro. [...]

Después aparecí en otro bar. El ambiente estaba ya más tranquilo. La gente se iba asentando para pasar las horas medias de la noche. En la barra había cuatro hombres con las cabezas juntas, las manos apoyadas en los hombros del vecino, íntimos, quedos, de mediana edad y ajenos a todo, entonando por turnos el verso de una copla. Cada uno cantaba en un falsete espectral, mientras los demás inclinaban la cabeza para seguir la letra, y sus caras de barbillas afiladas, absortas y escuchando, mostraban arrugas de callado placer. De un grupo semejante con las cabezas juntas en una taberna inglesa, se hubiera adivinado que contaban chistes verdes; y las canciones que cantaban aquellos hombres también eran chistes sexuales en cierto modo, pero pulidos por mil poetas anónimos: versos punzantes sobre la pasión, el deterioro de las facultades, la seducción, la derrota y la muerte.

Acabé aquella noche, la última que pasé en Madrid, con una visita al Bar Chicote, no el profiláctico club nocturno para turistas en que se convertiría después, sino un lugar de indulgencia modestamente local. Más parecido a una sala privada que a una taberna pública, tenía una atmósfera de erotismo exhausto, y las chicas estaban silenciosamente sentadas en las sombras, sumisas pero arreboladas, como hijas esperando para escaparse de casa.

La clientela consistía en unos cuantos viejos de aire sacerdotal y un puñado de dandis ajados, todos impecablemente vestidos y amarrados a sus bebidas como si hubieran encajado el mobiliario a su alrededor. En un rincón, sentado en un taburete, un guitarrista de aspecto zorruno silbaba entre dientes mientras tocaba, y había un cantaor diminuto, ansioso y hambriento, que soltaba repentinas risitas como gañidos, y cuando no cantaba se quedaba sentado con los labios listos, replegados sobre sus encías relucientes. [...]

Volví caminando por las calles con la cabeza oscilante, hilvanando simples pensamientos irónicos. Eran las tantas de la noche, casi de madrugada, y por una vez Madrid parecía desierto. La posada estaba cerrada, pero la puerta se abrió al empujarla con el hombro y los gatos salieron a escape por el patio como lagartos.

Mientras subía las escaleras dando tumbos una mano tocó la mía en la oscuridad y me arrastró hasta una habitación en desorden iluminada por la

luna. «Tengo tu ropa», dijo Concha. Estaba pegada a mí, sujetándome por los hombros, y sentía el olor picante de su carne. «Hombre», susurró. Me tambaleé, sumido en un mutismo nebuloso e irreflexivo. En algún lugar de la habitación un crío llamó «Mamá», y la mujer se inclinó para darle una cucharada de mermelada. Luego me quitó las botas y me ayudó a meterme en la cama. Antes de acostarse a mi lado se santiguó.

Traducción del compilador



21. RAOUL MESOT (1936)

Aunque habría que remontarse hasta el siglo XVI—concretamente hasta los flamencos Jean Lbermite y Lamberto Wylts— para encontrar un viajero belga que haya escrito algo interesante sobre Madrid, el testimonio de Raoul Mesot nos basta y sobra para cubrir esta laguna en nuestra antología. Nada sabemos de este escritor francófono de la época de entreguerras, salvo lo que él mismo deja traslucir en su obra Castille, publicada en Bruselas en 1937, a saber: que debía ser un hombre profundamente reaccionario, que tenía un estilo engolado y ampuloso y que amaba sinceramente a España, al menos la España imperial de Felipe II.

A pesar de todo, Castille es un libro de viajes no exento de mérito, y la amplia descripción que hace Mesot del Madrid republicano, aunque tendenciosa y plagada de errores, resulta por lo general bastante sugestiva. Completamos su imagen casticista de la ciudad con un fragmento del capítulo que dedica a El Escorial.

Madrid es una capital sin preámbulo fastidioso, sin extrarradio que la prolongue indefinidamente: la aglomeración madrileña lo es a carta cabal, delimitada en medio de una meseta estéril y soleada, a 650 metros de altitud. Claro es que tiene arrabales, como la sórdida aldea de Vallecas, los polvorientos Carabancheles y sobre todo Cuatro Caminos, el Saint-Denis de la gran ciudad. Aquí, en llamativo contraste con altos edificios construidos a la americana, bulle una humanidad sin muebles, calzada con alpargatas y alimentada con malas aceitunas, insípido bacalao y rojas guindillas. Para consolarse tiene la deliciosa agua del Lozoya, que el Cardenal Infante hacía transportar en grandes barricas hasta Flandes, tan incomparable es su frescor. A estos desgraciados les han dado cines revestidos de mármol, viviendas que trepan al cielo y plazas de toros grandes como Coliseos, pero la muchedumbre hambrienta no tiene pan. Es aquí donde, a veces, los truhanes zanquivanos y de pecho hundido se transforman en incendiarios y bajan por la calle de Bravo Murillo hasta la glorieta, y hasta la de Bilbao, con la tea en ristre, dispuestos a asaltar a las monjas y a ensangrentar sotanas.



Madrid es pobre, y una prueba de su indigencia son los innumerables Montes de Piedad y casas de empeño donde se acumulan los objetos heteróclitos y miserables que se han empeñado para saciar el hambre.

Madrid y su millón de almas tumultuosas, aislado en la tórrida llanura de Castilla la Nueva, es un fenómeno urbano paradójico, que debe dejar estupefactos a algunos solemnes pedantes de la geografía, que van proclamando con furor explicativo: «Amberes del Escalda, a 80 kilómetros del mar, a orillas de un gran río navegable»; o bien: «Bruselas, nudo de carreteras, centro hortense de fértiles tierras ondulantes donde se cultivan legumbres, lógica desembocadura de las cañadas del rico ducado de Brabante». [...]

Palacio Real

Al norte de la ciudad, cerca de la escarpada cuesta de San Vicente y de la deliciosa ermita decorada por Goya, se yergue la masa grandiosa del Palacio Real, de estilo Luis XV muy adulterado por florituras españolas; lo mandó construir Carlos III de Borbón en el siglo XVIII. El palacio parece situado sobre un zócalo de frondas movedizas. Son los jardines escalonados y umbríos del Campo del Moro, que descienden en rápidos desniveles hacia una falla de verdor, verdadero valle de Tempé, que son los bosques de la Casa de Campo, evocadores de las prerrogativas de caza del rey.

Cuando se proclamó la República, la chusma arrabalera de Pacífico y Lavapiés, ebria de destrucción, organizó allí cacerías sin fasto y diezmó la caza real en los calveros.

Detrás de estos bosques se extiende la Castilla polvorienta, el infinito de carreteras sin sombra, la yerma magnificencia de un paisaje aplastado por el sol, y a lo lejos, las estribaciones del macizo de Guadarrama. [...]

Cerca del Palacio Real se encuentra la Plaza de España, con sus baches, sus casas leprosas, sus árboles rojizos y la sugestiva estatua de Don Quijote sobre su montura trasijada, seguido por su escudero Sancho Panza.

Gran Vía

Aquí empieza la gran arteria del Madrid renovado, los tres tramos de la Gran Vía; grandes edificios, enérgicamente podados de florituras fin de siglo, alcanzan una media respetable de diez pisos. En la encrucijada de Callao se recorta contra el azul el rascacielos de la Prensa, de ladrillos rojos, y más allá,

en el emplazamiento del antiguo lugar que los viejos madrileños siguen llamando la Red de San Luis, casi en el cruce con Hortaleza y la bulliciosa Montera, se eleva el rascacielos de la Compañía Telefónica, que es una feliz combinación arquitectónica de audacias modernas y superficies lisas, aunadas con las evocaciones decorativas del Renacimiento que alegran el dintel del pórtico y rematan la cúspide del edificio.

¿Pero por qué traspasar un cielo tan azul con blancas aristas y ángulos rectos cuya agudeza hiere las capas celestes y divide el reino de las golondrinas?

Dejemos, me dice una voz interior, en la niebla a los constructores que quieren maldecir la inclemencia de las estaciones, pinchar las nubes cargadas de lluvia con las masas opacas de los altos edificios; pero los miradores, las galerías y rejas románticas que adornan las superficies planas me responden que ellos interrumpen la monotonía y abren, sobre la sajona estructura de hormigón, perspectivas de escalada florentina y sueños de evasión quijotesca.

La vieja España parece haber recibido a lo largo de esta grandiosa Gran Vía el choque de vuelta de las civilizaciones sudamericanas.

En Molinero, en la esquina de Alcalá con la Gran Vía, en el tibio anochecer, al compás de un tango chileno muy lento, el filipino de ojos oblicuos coge del talle a una blanca castellana y sobre el parqué reluciente se esbozan pasos de baile cargados de orgullo y mesura.

Gordas argentinas con vestidos de vivos colores parlotean sorbiendo horchata. Es la hora, no sin grandeza, de las Españas unánimes fundidas en el trato y la dulzura madrileña.

El olor del asfalto es imperial.

Puerta del Sol

La calle de Alcalá, la Calcalá como la llama el buen pueblo, y la Puerta del Sol siguen siendo el foro de la capital.

En la Puerta del Sol el *castizo*, o madrileño de casta, come las doce uvas cuando, en Nochevieja, suenan las doce campanadas de medianoche en el gracioso campanil del Ministerio del Interior; es aquí donde se celebra todos los años la proclamación de la Gran Lotería.

Todos los días, todo el mundo toma aquí el café con leche en establecimientos anticuados con bancos tapizados de terciopelo rojo y veladores bardados de cobre, a la usanza antigua y solemne del café parisiense de 1890.

Chalanes con blusón vienen aquí a vender ganado: los he visto armados con gruesos bastones campesinos nudosos como el manípulo de un centurión.

La Puerta del Sol es al mismo tiempo la explanada del pueblo donde se pasea ociosamente y el corazón de la gran ciudad.

Aquí, en las horas dolorosas de las grandes refriegas, los guardias civiles moderan el ardor partidista a culatazos de fusil; aquí han sido asesinados presidentes del Consejo. Todo el mundo quiere venir al menos una vez al día, aunque sólo sea para quejarse de los empujones que aquí se prodigan y de la exigüidad del lugar. Todos los novios se han encontrado con su prometida aquí, al menos una vez, como por casualidad, bastante antes de los esponsales, del brazo de una tía mofletuda que vive por la parte de Chamberí.

Todavía me parece oír la triste melopea de los chiquillos andrajosos que pasan allí la noche entera vendiendo tabaco, puros y cerillas.

Calle de Alcalá

La grandiosa calle de Alcalá, que empieza en la Puerta del Sol, es una hermosa vía de comunicación que une como un símbolo el corazón de la ciudad con el ruedo de la Plaza de Toros.

En ella se alzan numerosos monumentos enfáticos. El Banco del Río de la Plata se asienta sobre un alto zócalo, como un Partenón bancario; el Club de Bellas Artes, ese templo del *far niente*, se yergue hacia el cielo con sus hileras de columnatas superpuestas; los sólidos edificios civiles del siglo XVIII, de superficies planas y frontones triangulares, moderan la exuberancia decorativa de los grandes bloques y ponen una nota de ponderación y racionalidad en medio de la floración desordenada de los edificios modernos. Son la Academia de San Fernando y el Palacio del Ministro de Carlos III, aquel Godoy a quien llamaron el Príncipe de la Paz, seguramente porque sabían que su palacio, transformado en Ministerio de la Guerra, sería testigo de disparos y tumultos sangrientos cada vez que un *pronunciamiento* conmociona a la capital.

Más allá de la plaza de Cibele, la calle de Alcalá asciende ligeramente hacia el bonito arco de triunfo de Carlos III; yo preferiría llamarlo el arco de las victorias aladas, pues sus columnas griegas, sus trofeos antiguos y sus hermosas puertas exhalan un equilibrio que se apoya en la medida, tan alejada de la demencia guerrera. A la derecha, las frondas del Retiro, el parque que se extiende sobre 140 hectáreas entre el aristocrático barrio de Salamanca y la Estación del Mediodía, os ofrecen glorietas umbrosas, un jardín zoológico

de estilo sevillano (los elefantes y los camellos tienen incluso un aire desorientado en medio de los graciosos azulejos árabes) y bosquecillos sabiamente abastecidos de agua, pues el riego de estas arboledas dispuestas en planos inclinados se deja al cuidado del jardinero mayor, que inunda las regueras que atraviesan el parque y les proporciona el agua vital.

Pícaros

Entre los jóvenes, como una llaga purulenta que se ceba desde hace siglos en el cuerpo social de España, todavía abundan en Madrid los descendientes de los estudiantes picarescos de Alcalá y Salamanca, mandaderos de las carreras intelectuales cuyas gracias despertaron la inspiración de Quevedo y colorearon las bellas páginas de Cervantes. Como antaño, *tienen un hambre imperial*, pues se alimentan del caldo claro de las pensiones de cinco pesetas, donde el aceite es rancio y la *olla* escasa. Cuando se ponen enfermos, apuesto a que, como aquel estudiante de Quevedo, ruegan al doctor que no hable demasiado alto para no despertar la resonancia de sus tripas.

En el café Negresco, en la Granja del Henar, estos pícaros peroran hasta perderse de vista, y también por los pasillos del Ateneo, el viejo club radical de la calle del Prado, a medio camino entre los anticuarios de la carrera de San Jerónimo y la ruidosa vulgaridad de la plaza de Antón Martín. [...]

Verbenas

Junto a la calle de Toledo se extiende el barrio de la Latina con sus tejados rosas, donde en verano las *chicas* tararean mil estribillos despreocupados en las claras mañanas de Castilla.

En el mes de agosto la calle de Calatravas se anima con una fiebre festiva y piadosa al mismo tiempo, pues Madrid es la ciudad de las kermeses o *verbenas*, la diversión provinciana del pueblo madrileño: la verbena de San Antonio, la verbena de los Ángeles y sobre todo la de la Virgen de la Paloma, una verbena loca, más alegre que el carnaval de Venecia o el *reglione* de Niza.

La Virgen de la Soledad, llamada Virgen de la Paloma, recibe en ofrenda todos los años, en su iglesieta, varias decenas de millares de cirios; entonces se desata el frenesí popular en canciones piadosas y danzas profanas. La ebriedad religiosa se mezcla con las libaciones de manzanilla; las parejas,

viejas y jóvenes, comen *churros* crujientes, y las musiquillas resuenan por las calles desiguales; en los patios traseros, las muchachas envueltas en chales multicolores de franjas ondulantes bailan chotis impúdicos con los chulos de Lavapiés.

Es la hora de reflejos rojizos en que la tempestad goyesca de lujuria, alegría y exaltación religiosa estalla en una alegoría folklórica de ricas coloraciones, cuyo oleaje rompe hasta contra las puertas talladas de la suntuosa basílica de San Francisco el Grande, que lo ataja y aplasta bajo su cúpula majestuosa.

Lujo y ociosidad

Madrid tiene su propio perfume, su refinamiento personal de capital que ha evitado la uniformación internacional en gabardina y bombín. Su ambiente cautiva, hechiza y retiene; está henchida de olorosos puros antillanos, de claveles con aromas picantes e insinuantes; está hecha de gestos abolidos en otras partes. el extremo de la capa que se echa con orgullo sobre el hombro, el despliegue de abanicos delicadamente ajados en manos rollizas; encierra en su seno infinidad de cosas graciosas e ingenuas, como esos cumplidos o *piropos* casi orientales que los jóvenes lanzan con pasión e ingenio, hasta en la calle, a las bellas transeúntes; los hay clásicos: «¡Viva tu madre!»; los he oído ocurrentes, teñidos con dejes de agudeza latina, esa viveza de espíritu que es herencia común de los hijos de la loba. Un joven ha rozado con el tacón el zapato de la *chica* de pelo azabache: «Bendita sea mi torpeza y feliz mi tacón». Los hay conmovedores; un hombre maduro de pelo blanco, a la salida del teatro Fontalba, cubre a su mujer con un mantón abrigado (pues la Gran Vía, frente a las crestas del Guadarrama, es fría en invierno); la mira con cariño, tiene un aire afable y ha debido ser muy guapa, y le dice este delicioso cumplido: «Carita de novia eterna».

El lujo madrileño se refugia en la indolencia y en calesas con buena suspensión; es señorial y antiburgués, pues las propinas son espléndidas y desproporcionadas. A las ocho de la tarde la multitud pasea por Alcalá, la Gran Vía, Montera y la Puerta del Sol; es una costumbre provinciana y encantadora; las muchachas, como en la alameda del pueblo, van cogidas del brazo con sus claros vestidos estampados; parece que uno está en el paseo marítimo de una playa de moda en pleno agosto.

Señores barrigudos se despattan en sillones ante los clubes elegantes. Una frase de Louis Bertrand me viene súbitamente a la memoria: «Estas gen-

tes de Buenos Aires, Río, Madrid o Lima perpetúan una concepción de la vida, unas tradiciones de cultura y elegancia intelectual, un sentido de la voluptuosidad y la belleza, una necesidad de ocio, incluso de pereza, que son las condiciones de las grandes obras del arte y el pensamiento y que honran a la humanidad.» [...]

¡Dichoso Madrid! Jamás el humo industrial ha deslustrado el cielo de tu Castilla, corazón despreocupado de pinzón para una ciudad de un millón de almas, capital de las Españas suntuosas y sede de mis afectos espirituales más profundos.

Al Escorial

Cuando entre las chulas del barrio bajo de Lavapiés, del mercado de la plaza de la Cebada o del Rastro estalla una de sus reyertas, entre canastos rebosantes de guindillas o sandías, las injurias torrenciales llueven como alabardas. *¡Sinvergüenza, besuga, fresca!* Luego pasan bruscamente a tirarse de los moños negros y grasientos; entonces, el más ignorante de los vagabundos, si no aparta a las comadres congregadas y dice maliciosamente, como si se tratara de una atracción turística: «Pero dejad sitio para que el señor extranjero pueda ver...», os dirá a guisa de información: *«¡Se armó la de San Quintín!»*

La famosa infantería de los Tercios, que Condé aplastaría definitivamente en Rocroy un siglo después, obtuvo en 1557, bajo el mando de Filiberto de Saboya, una victoria exaltante sobre los franceses, dirigidos por el Condestable de Montmorency.

La imaginación popular debe haberse emborrachado de este hecho de armas de San Quintín para que, todavía hoy, con ocasión del menor altercado, resuene en el cielo castellano el recuerdo de aquel triunfo impercedero.

¡Se armó la de San Quintín! Los tres pendones de seda tomados en la batalla a los franceses por el conde Don Martín de Ribagorza restallan al viento con el susurro de su seda blanca; agitan nuestros pensamientos y sacan a la miserable reyerta del callejón con tufos de aceite rancio para situarla ante la historia, en la ráfaga de metralla que barrió la llanura de Picardía.

Perpetuada en boca del pueblo, la victoria de San Quintín fue inmortalizada en piedra.

Fue para recordar a las generaciones futuras las gloriosas campañas de Flandes por lo que Felipe II hizo construir el palacio, monasterio y panteón

de San Lorenzo del Escorial en Castilla la Nueva, a doce leguas de la Villa y Corte, como se decía hasta el advenimiento de la República para designar a Madrid como capital del reino.

El palacio está situado en una estribación de la cadena montañosa del Guadarrama. El desorden dantesco de la naturaleza es aquí indescriptible: deja entrever las entrañas quebradas de un suelo duro cubierto de peñascos de aristas agresivas, que contiene escorias ferruginosas en el lugar llamado «Escorial» por su tenor mineral. Felipe II puso la primera piedra de la iglesia de San Lorenzo de El Escorial el 20 de agosto de 1563; eligió el lugar con su mirada de acero en este paisaje agreste y pobre donde sólo las pinedas siempre verdes del cercano Guadarrama atemperan el aspecto inhóspito de estos parajes casi aterradores.

Aquí se alza una obra llena de reflexión grave y serena, sin rebabas decorativas, una construcción cuadrangular de cuatro pisos uniformes, donde se alinean hileras interminables de ventanas idénticas. Cuatro torres cuadradas de sesenta metros de altura rematadas con agujas completan el edificio. La austeridad del conjunto está apenas atenuada por un tejado azul grisáceo de finas pizarras.

Es una obra tranquila, muda, mediterránea por su sentido de la medida, verdadero desafío al desorden que la rodea: es una afirmación inflexible de voluntad arquitectónica.

El Escorial es mucho más conmovedor en su desnudez que Versalles y sus tarjetas de hojas de acanto torturadas, su decoración ligeramente pastelería y sus altos oquedales, podados para formar bonitas perspectivas, pobres retoques humanos que violentan el libre desarrollo de las ramas y los vástagos, que Monsieur Le Nôtre escamondó y acuchilló manejando con su vanidad jardinera la tijera del peluquero en las florestas de Dios.

El Escorial es una construcción de gran aliento, sin vacilaciones, vigorosa en su diseño, armoniosa por la conjunción de sus líneas en torno a una idea maestra adecuada a la perseverancia del cerebro ordenado y metódico de Felipe. No es como Elsinor en el norte brumoso de paisajes enguatados de niebla, donde un príncipe inseguro de sí, un Hamlet de cabellos rubios y sedosos, soñaba con blancas Ofelias ante el espejo inquietante de estanques sin fondo adornados con la pompa engañosa de nenúfares románticos: fue Felipe el autócrata de alma de brasa, el señor de dos mundos, quien imaginó la ordenación de esta morada hermética y grandiosa.

Traducción del compilador

22. KATE O'BRIEN (1936)

La escritora irlandesa Kate O'Brien (1897-1974) descubrió España en 1922, año que pasó en Bilbao trabajando de institutriz para la familia de José María de Areilza. Una década más tarde cosecharía sus primeros éxitos literarios con las novelas Without My Cloak (1931) y sobre todo Mary Lavelle (1936), en la que rememora sus experiencias juveniles en tierras vizcaínas. O'Brien volvió varias veces a España durante los años treinta, y en 1937 apareció Farewell Spain, compendio narrativo de esos viajes y melancólica evocación de los lugares que había conocido antes de la guerra. Todavía en 1951, su feroz nostalgia de nuestro país (en el que se le había prohibido la entrada) le llevó a publicar una monografía sobre Santa Teresa de Jesús.

Adios, España contiene magníficos capítulos de prosa viajera sobre Madrid y sus alrededores. La mirada de Kate O'Brien, tan penetrante como emotiva, trasciende las imágenes turísticas al uso con ánimo de interpretar, a la dramática luz de los primeros meses de la guerra, el latido cordial de la ciudad durante el período republicano. Y si su apresurada evocación de Madrid deja al lector con la miel en los labios, siempre puede consolarse con la gracia y originalidad de los cuadros sobre Alcalá de Henares, El Escorial y Villalba que traza esta fina escritora.

Me acerco ahora a Madrid como nunca lo había hecho, en un estado de ánimo de cansada tristeza. A menudo, mientras escribo estas memorias a vuelapluma, siento lo que sospeché cuando las inicié: que soy realmente un Nerón paladeando con fruición la felicidad que me brindó hace tan poco tiempo un país ahora atenazado por la angustia. Y cuando Madrid, el Madrid de hace sólo un año, me sale al encuentro surgiendo desordenada y visto-samente por la carretera polvorienta de los Pinares, me siento cohibida ante mi propio sentimentalismo y reacia a seguir adelante en busca de lo perdido. Pues hablar ahora del único Madrid que conozco —alegre, pausado y *moqueur*— es como si, en presencia de un amigo que ha sufrido algún penoso desastre corporal, se pusiera uno a disertar sobre cómo era antes de recibir sus heridas y mutilaciones.



Pero aunque ya han muerto muchos por ella y probablemente morirán muchos más, éste no es el lecho de muerte de España; y aunque no se pueda decir que el fénix renacido sea la misma ave, sin embargo Madrid, con la cara remendada y quizá no enteramente reconocible, volverá a vivir su vida característica... algún día. [...]

No es, no era una ciudad de aspecto heroico. Puede que sus ruinas le impongan ahora esa apariencia, pero en la vida normal Madrid no suele mostrar actitudes castellanas. En realidad tiene un aspecto bastante corriente: es una ciudad animada, activa y muy influida, según creo, por ideas sudamericanas de esplendor urbano. *Muy moderno*. Está muy orgullosa de sus escasos y feos *rascacielos*. Tiene algunos bancos y cines tremendos y una casa de correos apropiadamente llamada *Palacio de Comunicaciones*. No tiene nada de un París menor ni de una pequeña Nueva York latina. Por otra parte, tampoco es un Toledo agrandado ni un Santiago de Compostela más majestuoso. Es Madrid: soleado, despabilado y acogedor. Abiertamente jactancioso y con un toque ingenuo en su viveza. Pero por temperamento, carácter y situación es innegablemente la capital de España.

Una vez me alojé en un hotel de la Puerta del Sol, que es el Piccadilly Circus de Madrid, como estamos todos cansados de oír. Cumple la misma función que Piccadilly Circus, proporcionar un centro a la vida urbana, pero lo hace de un modo marcadamente propio, para un pueblo que no es inglés. No hay ningún parecido espiritual entre la Puerta del Sol y Piccadilly, ni tampoco en el aspecto. Es una gran media luna de pavimento llena de tranvías amarillos, luz del sol y conversadores ociosos. Las casas que la rodean son altas y destaraladas y la mayoría es de hace siglo y medio. Me alojé en una de ellas. Por diez chelines al día me daban todas las comidas y dos habitaciones convertidas en una mediante la eliminación de unas puertas plegables. Estas habitaciones estaban soladas con mármol blanquinegro y amuebladas en un decaído estilo Segundo Imperio. Eran bastante parecidas al Grill Room del Café Royal, sólo que más bonitas y mucho más ajadas. Estaba alojada en el segundo piso y mis dos balcones daban a la plaza. Era un cuarto divino. El tintero de latón tenía la forma, y el peso, de un galeón. Había luz eléctrica en muchos puntos convenientes, y *agua corriente* caliente y fría en el lavabo. La cama era inmensa, la atmósfera *muy simpático*. Pese al ruido de Madrid, que es estruendoso, dormía tan bien en aquella habitación que todas las mañanas el viejo camarero con cara de duende, al entrar desde la habitación exterior haciendo tintinear levemente la bandeja con mi café, me sacaba de un sueño profundo con tal sobresalto que ponía cara de susto, lo que a su vez le asustaba visiblemente. Creo que aquel vie-

jo afable debía pensar que yo padecía de algún tipo de locura matinal. En cualquier caso, siempre estaba muy nervioso cuando me traía el café, y yo también. Era simplemente el resultado de dormir excepcionalmente bien en el centro de la ciudad más ruidosa de Europa.

Pero si la Puerta del Sol es estruendosa, el hotel era tranquilo a pedir de boca. Un día se lo comenté al propietario. Era un hombre muy guapo con un aire monacal y contemplativo. Le felicité por la tranquilidad de su casa. Estaba acariciando la cabeza de una niña de unos seis años, que se apoyaba contra él. «Sí, *señorita*», dijo con aire soñador, «me gusta el silencio.» «¿Es hija suya?», pregunté. «Una de ellas, *señorita*. Tengo doce hijos.» E indicó vagamente los aposentos traseros del piso. Le gustaba el silencio y conseguía mantenerlo, ¡con doce hijos en un piso de Madrid!

Durante aquel verano de 1934 los disturbios agrarios, siempre naturales y frecuentes en España, estaban de plena actualidad. (...) A principios de septiembre los terratenientes catalanes celebraron un gran mitin en Madrid para protestar contra la aplicación de la *Ley de cultivos*. Y Madrid se declaró en huelga relámpago de transportes para protestar contra los terratenientes. Éste fue el aldabazo de un estado de alarma, como lo llaman, en toda España, que alcanzaría su clímax el 5 de octubre con una huelga general en toda la Península y la proclamación de la ley marcial en Asturias.

Pero desde un balcón de la Puerta del Sol y a los ojos no proféticos de una extranjera, este comienzo de batalla y tragedia no parecía lo que era, y como los *madrileños* son tan agradecidos con sus propias crisis, produjo en realidad un efecto de diversión muy bien recibido. [...]

La Puerta, con todo parado, estaba mucho más animada que un día normal. Multitudes de hombres, mujeres y niños regocijados deambulaban por ella todo el día de muy buen humor. Cada vez que un *guardia civil* ponía en marcha cautelosamente un tranvía amarillo abandonado se oía una alegre salva de aplausos; cada vez que alguien entraba o salía del lastimoso Ministerio del Interior, en el lado sur, era afablemente insultado y jaleado. Los camiones llenos de *guardias de asalto* armados que se abrían paso lentamente a través de la multitud eran acogidos con una lluvia de flores, besos y botas de vino, como si fueran toreros populares. Y aunque parecían eficientes y severos, eran populares. Eran de la República, y todavía no tenían a su espalda una tradición de crueldad.

Nada le gusta tanto a Madrid como tener una excusa para vagar de un lado a otro, pararse a esperar y enterarse de las noticias. Una huelga de transportes ofrece las perfectas condiciones para este pasatiempo, tan perfectas que, aunque el tiempo era bochornoso, mucha gente parecía olvidar la ne-

cesidad de la siesta. Con tal de andar rondando y no perderse nada de la comedia de la huelga, hasta soportaban con toda amabilidad e interés los cacheos regulares en busca de armas que hacía la policía. Y a veces, cuando la multitud se agolpaba demasiado o cuando un joven gritaba algo demasiado grosero contra el Gobierno, y un *guardia* exasperado pegaba un tiro al aire y amenazaba con su fusil a los pacíficos espectadores de los balcones, recibía un aplauso suficientemente enérgico como para satisfacer a Belmonte en su día más afortunado. De hecho, ningún espectador que no estuviera al corriente podría haber adivinado que aquella huelga de protesta tan alegremente desarrollada era en realidad, y así lo entendían los *madrileños*, una seria advertencia de ira y desesperación. La única señal de esto que se advertía en la Puerta durante aquellos dos días era el triste encogimiento de hombros que hacían los transeúntes cuando, al acercarse a las puertas de los retretes públicos, descubrían que estaban cerradas.

Un español —he olvidado quién— ha dicho que Madrid tiene todo lo necesario para la felicidad humana, a saber: cafés, el museo del Prado y tres plazas de toros.

Desde luego es un buen sitio para ver corridas de toros, pero si algún jueves, domingo o día festivo de la temporada ninguna de sus plazas ofrece una *corrida* atractiva, lo que es improbable, es seguro que habrá alguna en Toledo, o en Aranjuez, o al menos una *novillada* en Alcalá de Henares. Pero la dificultad más usual para el *aficionado* es la de elegir entre ver torear a Lalanda en Guadalajara o a El Soldado en la nueva plaza de Las Ventas en Madrid. [...]

Alcalá de Henares

Hay otra ciudad cerca de Madrid, Alcalá de Henares, donde nacieron Catalina de Aragón y Cervantes, donde el Cardenal Cisneros de Jiménez fundó en el siglo XV una Universidad que casi desde sus comienzos rivalizó en saber con la antigua de Salamanca, donde se publicó la primera Biblia políglota, y donde hacen unas deliciosas almendras garrapiñadas. Me gustaría volver a pasar otro día festivo en Alcalá. En realidad, me gustaría vivir allí durante una temporada. Es una población extensa, desparramada y deshilvanada, de aspecto más bien flamenco, achatada en la llanura. Allí las calles se convierten en caminos cubiertos de hierba, y luego de repente aparecen plazas. Casi todas las fachadas son bonitas; todas están desconchadas y lo llevan con toda naturalidad. En verano es un lugar muy polvoriento y pálido.

La música de sus árboles es un sonido quebradizo. Hay chalets pintados de rosa y blanco, con altas verjas de hierro y espesos macizos de arándanos. En las afueras acampan los gitanos, que se pasan el día durmiendo entre hierbas susurrantes. Los días de mercado sus soportales albergan todo tipo de comercio. A menudo se celebran buenas corridas modestas en su modesta plaza de toros. La cerveza es fuerte y la sirven bien fría. Hay un quiosco de música iluminado. Y si no te gusta, hay una pequeña estación de ferrocarril. y Madrid está a una hora.

A mí me gustó, y me volvería a gustar en cualquier momento: una ciudad bien educada, antigua, desordenada y graciosa. Pero mi ruta no me lleva ahora hacia el este. Me dirijo hacia el norte. Los trenes que salen de Madrid desde la estación de Atocha no me están esperando. Ahora debo atravesar la capital en dirección al norte. No la he elogiado ni la mitad de lo que se merece. No he dicho nada de sus acacias sibilantes, de sus cafés al aire libre, de sus simpáticos limpiabotas y sus guapos niños; de sus alegres, valientes y antiguos barrios bajos; de sus elegancias, sus clubes y sus chispeantes agudezas. No he mencionado sus teatros y cines que inician la última función a las once de la noche, sus restaurantes donde uno se puede quedar hablando hasta el amanecer, o lo natural que resulta pasearse por el paseo del Prado a las cuatro de la mañana y coger un tranvía a las cinco para volver a casa; no he dicho nada de la Plaza Mayor, el Palacio Nacional, la Ciudad Universitaria o el Retiro; ni de los clubes nocturnos del paseo de Rosales, o los «dancings» de la Florida; ni de pararse a escuchar un aire flamenco a lo lejos, muy tarde ya, desde el puente de Toledo. No he mencionado el asombroso cielo de Madrid, ni la vista que hay por todas partes de la vacía, rubia y austera Castilla. No he hablado de la alegría y la gracia que hacen adorable la ciudad de punta a punta. Porque todos esos recuerdos me causan ahora dolor, una sensación de amor que resulta insoportable. El Madrid asediado por españoles, el Madrid desfigurado y atormentado sigue siendo, tan grande es su corazón, un Madrid muy reconocible, pero nadie que lo haya amado alguna vez puede demorarse ahora demasiado en la evocación de sus gracias más leves y felices.

Lo que hay que señalar es cómo estas gracias se han transmutado, por carácter latente, en heroica y eterna decoración. *No pasarán*. El enemigo de todo lo que es individualista, libre y libertario no puede sojuzgar a la menos pretenciosa de las ciudades castellanas. Puede que Madrid tenga un semblante frívolo y cosmopolita, pero es la capital de España y asume impávidamente esa responsabilidad. *No pasarán*.

El Escorial

En cuanto se menciona El Escorial, todos los escritores de guías y casi todos los periodistas viajeros empiezan a gemir. «*Cette énigme de pierre*», sueltan en seguida, y «*cette façade monotone et froide*». Dice Gautier: «...*le plus ennuyeux et le plus maussade monument que puisse rêver... un moine morose et un tyran soupçonneux*». Dice Barrès: «...*le paysage de l'Escorial, tourmenté par de sombres passions...*» «Sin libertad no es posible la belleza ni la verdad», dice Justi, generalizando alegremente. «El espíritu de severa etiqueta que Felipe inculcó en la corte española... nos contempla desde su edificio con efectos petrificadores». Y «...infundiendo en los espectadores la convicción de su indestructibilidad... parece erguirse con hosca determinación...», dice la señora de Pitt Byrne.

Todo esto podría despacharse con una o dos palabrotas que el impresor no imprimiría. Las generaciones llevan mucho tiempo transmitiéndose la idea de que Felipe II de España era un enigma frío, poco atractivo y siniestro, y de que construyó este palacio-monsterio-tumba en el Guadarrama por razones poco atractivas y siniestras de megalomanía, morbosidad y fanatismo. No saben esto por los libros, sino porque lo han mamado con la leche de sus madres, por así decirlo; lo saben a través del perezoso oído popular que se complace en absorber leyendas triviales. Una idea siniestra y desolada de principio a fin, ese monasterio de San Lorenzo, y diciéndose esto mientras salen de Madrid los turistas tiemblan supersticiosamente, y cuando llegan a la soleada meseta donde el gran edificio descansa en paz están ya tan absortos en la historia, según creen, que no ven lo que tienen delante, sino sólo lo que vienen preparados para ver: el horrible *chef-d'oeuvre* de un hombre desagradable, la expresión en granito de un espíritu atormentado y frío. Así que empiezan: «*le plus ennuyeux et le plus maussade...*»

Los historiadores nos dicen que Felipe todavía no ha sido analizado y explicado. Pero lleva ya mucho tiempo enterrado en este Panteón que erigió para los reyes españoles, y fueran cuales fueran sus horribles motivos para construir un retiro monástico (uno de ellos fue cumplir una promesa hecha a San Lorenzo para que atendiera sus súplicas de ayuda en la batalla y le diera la victoria; y puede parecer eso morboso a algún descendiente de la larga historia cristiana?), fueran cuales fueran sus histéricos motivos, las piedras erigidas con tanto esfuerzo y con tantos sueños anhelantes, tras soportar el sol y las lluvias durante más de trescientos años, tienen ahora un aspecto muy tranquilo, nada alarmante y nada vulgar de austeridad y paz. [...]

En realidad, es un edificio muy interesante. No «*ennuyeux*», ni «indestructible», ni tampoco, me parece, «*un énigme de pierre*». La primera vez que se ve, viniendo de Madrid por carretera, resulta impresionante y hasta formidable. Os habréis aburrido, y probablemente habréis pasado mucho calor, durante la mayor parte del viaje. Hay zonas de Castilla, y la comarca al norte de Madrid es una de ellas, que no son más que yermos pedregosos salpicados de maleza con poco que hable en su favor, y menos que nada los chalets elegantes y ultramodernos que algunos ciudadanos se han construido inexplicablemente en la polvorienta e indistinta llanura. Pero al cabo de un rato, subiendo ruidosamente, volvéis a encontrar verdor y prados, y una sencilla vida rural de lo más solemne y solitario. Volvéis a descubrir las inmensidades y variaciones de la *llanura*. Y luego, tras pasar junto a un famoso *corral ganadería* o finca de toros de lidia —lo que puede interesaros o no—, divisáis en lo alto, hermosamente recortadas contra montes boscosos, las torres del monasterio de Felipe. Bajo la luz del sol, con su color gris claro y sus líneas severas, tienen un aspecto magnífico. Pero tras apeáros del autobús en el pueblo alto, y después de beber algo y ver el aire frondoso y contento con que duerme el pueblecito contra el lado norte del gran monasterio, estaréis en mejores condiciones para afrontar vuestras impresiones.

Gautier describió muy bien el granito del Guadarrama cuando dijo que era como sal de cocina. Esa es precisamente la sensación que da al tacto, y además brilla. Este brillo hace que todo el edificio parezca al sol más claro y ligero de lo que es en realidad. A la sombra o bajo la lluvia toda la piedra del lugar es de color gris topo. La calle asciende bajo nobles árboles hasta una agradable placita con sencillos cafés, donde unos escalones cubiertos de una maraña de flores llevan a otra calle empinada con tiendas bajo soportales. Hay hoteles para turistas, dos de ellos muy buenos, y uno de estos dos con un encantador jardín silvestre. Hay un pequeño cine muy curioso, hay lugares donde se puede bailar. En verano hay mucha *animación*, pues la estación de montaña de Felipe tiene un clima estival brillantemente hermoso y unas condiciones idóneas para todo tipo de actividades al aire libre. Así que cuando en Madrid aprieta el calor, muchos *madrialeños* suben aquí y se alojan en los hoteles o en chalets de vacaciones. Y el propio pueblo es bastante populoso y cómodo. Así que cuando el turista pasa entre las casas de granito sólidas y agradables que Felipe mandó construir para los empleados del palacio, y contempla de cerca por primera vez el enigma de piedra, quizá le sorprende descubrir sus largos patios abiertos del norte y el oeste convertidos en un hervidero de niños, niñas y parejas de novios. Esto disipa de golpe la «atmósfera» de la «mole tenebrosa», pero la verdad es que la larga y

noble fachada no pierde nada por ello. Los patios son inmensos y sólo están separados de la carretera por cadenas colgantes, y en el lado oeste por un pretil bajo que sirve espléndidamente de asiento. Los muros del monasterio dan en algunos tramos una sombra agradable, y hay sitio de sobra para deambular, galantear, hacer punto y leer el breviario. La manía española del *paseo*, ese paseo sociable, frívolo, indefinido y aventurero, se satisface cumplidamente en los patios de El Escorial, y también en el jardín de setos recortados que se extiende a lo largo de su lado sur, y desde donde hay una vista incomparable, sobre estanques, huertos y triguales, del blanco Gredos y casi de la Sierra de Toledo. Este jardín bulle de niños en las tardes soleadas, y el ruido puede ser a veces espantoso; pero a los frailes de hábito negro que pasean de dos en dos o a solas por el claustro superior no parece molestarles. Es un jardín lleno de olores deliciosos, y sentada allí a la hora del fresco, oyendo el tañido de las campanas y el sonido amortiguado de las bocinas de los coches en el pueblo, medio mareada por la histeria bulliciosa de los niños antes de irse a la cama, mirando cómo faenan los frailes y los peones en los campos de abajo, y cómo se agolpan las vacas y las cabras en la portilla de la finca para ser ordeñadas, una aprecia algo de la jovialidad humana de la idea de Felipe, y vuelve a maravillarse del «*le plus emmyeux et le plus maussade...*» de Gautier.

Sin duda la severidad dórica se exageró un poco en el diseño arquitectónico. Las gracias que tanto encantan en las fachadas de los hospitales platerescos de Santiago y Toledo no habrían hecho ningún mal a El Escorial. Y unas ventanas más grandes y escasas le habrían dado una nobleza más atractiva. Pero dicho esto, realmente se pueden encontrar pocos defectos en unas proporciones tan perfectas, en una relación tan inspirada de una estructura con su emplazamiento y su función. El interior es también arquitectónicamente noble, pero decepcionante tanto en su falta de decoración como en la mayor parte de la decoración que posee. [...]

Si puedes, turista, quédate a dormir una o dos noches en El Escorial. Aunque el monasterio no te guste demasiado. Aunque la alegría y la gracia veraniegas del pueblo te cansen, y quizá ofendan tu obstinada concepción de lo que corresponde al siniestro Felipe. Aunque sólo sea para quedarte en tu balcón hasta tarde, hasta las tantas de la noche (y tendrá que ser muy tarde, pues los veraneantes españoles no abandonan los cafés y las calles frescas y frondosas hasta las tres de la mañana como muy pronto), pero quédate entonces en tu balcón, si da al sur o al este hacia Madrid, y atesora en tu memoria todo lo que puedas de la noche castellana. Debajo habrá todavía una farola encendida en la esquina de la calle, y la carretera blanquiázul estará moteada por

las sombras movedizas de los árboles. No verás el monasterio, pero quizá sientas un poco su tranquila presencia al fondo a la derecha, detrás de los árboles. Tendrás delante un terreno escarpado, con los tejados y algunas luces dispersas escalonándose abruptamente en la pendiente hasta el pueblo bajo. Es casi seguro que alguien estará cantando, de un modo tediosamente correcto, según puede parecer. Siempre hay alguien cantando por la noche en España. Es inútil negarlo. Tendida a tus pies estará la *llanura*, la gran llanura castellana, «toda Dánae para las estrellas». Infinitamente sugerente, profunda y sutil. Muy noble y paciente. Ni rastro ahora de las blancas cumbres de Gredos, pero están ahí al borde de la azul oscuridad. Y azul, azul tinta, no negro en sus lugares más oscuros, es el sereno cielo circundante, con sus pocas estrellas tan exageradamente claras y brillantes como si cada una fuera Sirio. ¡Y el aire, el aromático aire florido! Intenta recordar plenamente esa noche, turista. A mí me gustaría poder hacerlo.

Villalba

Ir de El Escorial a Segovia en tren (debía ser muy fácil ir en autobús, pero he olvidado por qué no lo hice) es una versión en pequeña escala de ir de Santander a Burgos. Tienes que describir un triángulo sumamente agotador y matar mucho tiempo en el vértice: un empalme ferroviario llamado Villalba, una de esas estaciones de empalme sobrecogedoramente desoladas que abundan en España. Abandonado allí por un lento tren vespertino, sales de la estación para ver el pueblo y en cinco minutos, a menos que seas un sociólogo apasionado y desmedidamente interesado por todas las facetas de la vida de tus semejantes, ya habrás visto todo lo que puedes soportar de ellos. Pues sería difícil encontrar un núcleo social más deprimente que Villalba. Unas pocas casuchas piojosas de adobe rojo; unas pocas más de nuevo ladrillo rojo; un firme de carretera que se ha afianzado de algún modo sin la menor intervención de la mano del hombre; una furgoneta destrozada; algo que parece una fábrica de gas abandonada. Un montón de basura con un perro dormido encima. El tonto del pueblo, una chica tullida, un crío tiñoso, el otro tonto del pueblo. Como digo, si llevas un corazón en el pecho en lugar de un libro azul, volverás en cinco minutos a la estación de Villalba. Tus hermanos, humanidad, viven vidas enteras en lugares perdidos como éste. Pero ¿qué puedes hacer tú por ellos, querida hada madrina? Y en cualquier caso, si alguien intentara abrir un café podría alegrar un poco las cosas. Por lo menos alegraría a los turistas.

Pero descubres que hay un café en la estación, con las mesas civilizadamente ordenadas en el larguísimo andén. Te sientas, pides una cerveza y está tan fría y deliciosa, y el vaso tan helado, como en el Alcalá de Madrid. Y mientras bebes (y fumas, con gran regocijo cortésmente expresado del viejo viajante de comercio de Logroño sentado en la mesa de al lado, que está encantado de estudiar las costumbres de *las extranjeras*), mientras bebes la tarde refresca y llega la hora del *paseito* español, también aquí en Villalba. Pues de repente, salida de Dios sabe dónde, quizá de la fábrica de gas abandonada, aparece en el andén una alegre multitud que se pone a pasear de acá para allá, de allá para acá. Y la estación resulta ser la alameda o bulevar de Villalba. Todas las mesas del café están ocupadas y el ritmo del paseo se vuelve en seguida muy lento. Pero así es como les gusta a los españoles. La sociable multitud se desborda por los otros andenes y pronto empiezan los grupos a llamarse y a cruzar las vías corriendo de un lado a otro con grandes muestras de amistad. Mientras tanto los trenes van y vienen en medio de un tremendo alboroto —estamos en la línea principal Madrid-Bilbao—, pero nadie resulta atropellado. El camarero nos dice que la estación está siempre así —Ah, sí, muy animada— por la tarde.

Las chicas van como de costumbre cogidas del brazo en grupos de cinco o seis, con su acostumbrado maquillaje brillante y el pelo cuidadosamente ondulado y fijado contra la cabeza. Muy pulcras, como de costumbre, y con andares alegres y desenvueltos: sumamente complacidas consigo mismas. Pero a mí me resultan estridentes y decepcionantes como nunca lo es su hermoso y distinguido país. En su acostumbrado ratito de diversión vespertina les agrada encontrar la novedad de dos extranjeras en su bulevar, y por una razón especial algunas de ellas pasan y vuelven a pasar ante nuestras sillas con lo que empieza a ser una frecuencia embarazosa.

En los últimos seis años o así, la Garbo y Jean Harlow han conseguido enloquecer a las mujeres de España con la cuestión de la «rubia», y ninguna raza de mujeres que yo conozca se toma estos asuntos del cultivo de la belleza con tan desgraciada seriedad como las españolas. Hay españolas rubias, pero la verdad es que son raras, y muy guapas. Hace algunos años sus hermanas de pelo castaño y negro no las consideraban gran cosa, pero ahora las envidian y estudian con pasión. Una auténtica cabellera rubia se ha convertido en el único símbolo de encanto para la España femenina, y con el más sincero espíritu de emulación se les hacen unas cosas pasmosas y tristes a los cabellos de colores menos afortunados. Actualmente, en los pueblos y en ciudades de provincias donde se acatan los consejos del farmacéutico o donde se siguen incorrectamente —o correctamente— las instrucciones de las re-

vistas femeninas, se ven lamentables y fantásticas coronas de gloria. Cabezas a rayas negras y doradas como una camiseta de fútbol; superficies de platino con espeso castaño oscuro debajo; *coiffures* verde oliva; maduras coronillas gris hierro que lucen halos color de miel. Como las mujeres españolas nunca llevan sombrero, los curiosos pueden apreciar sin dificultad estos sencillos esfuerzos.

Pues bien, en aquella tarde de verano en Villalba, el interés y el entusiasmo femeninos recibieron el estímulo del siglo. Resulta que Mary, la pintora, es rubia en sentido sueco, es decir, que posee una mata de pelo intensamente rubio. Y las chicas de Villalba, esforzándose a duras penas por ser educadas, no sabían cómo contener su pasmada admiración.

Traducción del compilador





II. LA CAPITAL DEL HEROÍSMO (1936-1939)

¡Madrid, Madrid!, ¡qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrá, el cielo truena,
tú sonrías con plomo en las entrañas.

ANTONIO MACHADO





YA HEMOS señalado en la Introducción la vasta resonancia literaria que tuvo la guerra civil española, y en concreto el asedio y la defensa de Madrid. No podemos extendernos aquí sobre el interés y la variedad de esa «literatura de ocasión» —en palabras de Aldo Garosci— generada por la guerra, en la que tan difícil resulta a veces deslindar el género viajero de otros afines. Nos limitaremos, pues, a presentar brevemente a los autores seleccionados y a exponer el criterio de ordenación de los textos.

De 1936 a 1939 volvieron a visitar Madrid muchos de los viajeros que habían conocido la ciudad durante los años veinte y treinta, por lo que el lector encontrará a continuación nuevos testimonios de Dos Passos, Buñuel, Corpus Barga, Hemingway, Carpentier, Neruda, Lee y O'Brien. A ellos hay que añadir los de los autores españoles y extranjeros que participaron de un modo u otro en la contienda y escribieron sobre el Madrid de aquellos años. Entre los primeros llamarán quizá la atención nombres tan conocidos como los de la líder comunista Dolores Ibarruri, el general republicano Vicente Rojo o los novelistas Agustín de Foxá y Angel María de Lera, junto a otros menos notorios como los de Julián Zugazagoitia, periodista y ministro de Negrín, Antonio Ramos Oliveira, embajador de la República en Londres, o el anónimo anarquista valenciano que firmaba como «Lazarillo de Tormes». Entre los segundos destacan a primera vista el aviador y escritor francés André Malraux, su compatriota Antoine de Saint-Exupéry, el poeta inglés Stephen Spender, el intelectual soviético Mikhaïl Koltsov, el novelista italiano Leonardo Sciascia y el corresponsal alemán Karl Georg von Stackelberg. Finalmente, hemos completado nuestra selección con algunos pasajes pertinentes de los historiadores británicos Hugh Thomas y Ronald Fraser.

Obviamente no están todos los que deberían figurar en una antología específica sobre la guerra, y quizá haya ausencias inexcusables, pero el conjunto de textos seleccionados nos parece más que suficiente para reflejar la visión de los viajeros sobre el período más dramático de la historia de Madrid. Ante la abundancia de fuentes, un poco abrumadora en este caso, hemos creído oportuno conceder más espacio a determinados autores relevantes, como Mikhaïl Koltsov, corresponsal de Pravda posteriormente ejecutado por Stalin, cuyo Diario de la guerra de España incluye vívidos testimonios sobre la vida cotidiana en Madrid durante el asedio; o Ernest Hemingway, que siguió en primera línea del frente algunas de las batallas más feroces, cazó perdices en el Pardo entre bombardeo y bombardeo, y dejó en sus Despachos de la guerra civil española páginas memorables sobre la capital sitiada; o Alejo Carpentier, que viajó a Madrid en julio de 1937 para visitar a sus amigos españoles y escribió unas crónicas espléndidas sobre los estragos de la guerra en la ciudad; o Stephen Spen-

der, cuya autobiografía *World Within World* es una referencia imprescindible para entender la actitud de los intelectuales extranjeros ante la contienda; o, en fin, Ronald Fraser, autor de *Blood of Spain*, sin duda la mayor contribución a la «historia oral» de la guerra, que recoge el testimonio de muchos madrileños humildes cuyos nombres no suelen aparecer en letra impresa. Mención aparte merece también Laurie Lee, que atravesó a pie los Pirineos para alistarse en las Brigadas Internacionales, estuvo a punto de ser fusilado dos veces por sus propios compañeros de armas y vivió días terribles en el frente de Teruel, y que muchos años después plasmaría sus recuerdos en *A Moment of War* (1992), acaso el mejor libro de viajes inspirado por nuestra guerra, en el que dedica a Madrid un capítulo muy emotivo.

La presentación de los textos en forma de collage nos parece idónea para reflejar de manera dinámica la multiplicidad y diversidad de los testimonios disponibles. Por otra parte, su ordenación cronológica permite situarlos en el contexto temporal al que corresponden, tarea que se ha intentado facilitar mediante la división del periodo bélico en varios apartados.

Alzamiento y revolución (julio - octubre de 1936)

Todo empezó para mí la noche del 19 de julio de 1936. Un chileno simpático y aventurero, llamado Bobby Deglané, era empresario de *catch-as-can* en el gran circo Price de Madrid. Le manifesté mis reservas sobre la seriedad de ese «deporte», y él me convenció de que fuera al circo, junto con García Lorca, a verificar la autenticidad del espectáculo. Convencí a Federico y quedamos en encontrarnos allí a una hora convenida. Pasaríamos el rato viendo las truculencias del Troglodita Enmascarado, del Estrangulador Abisinio y del Orangután Siniestro.

Federico faltó a la cita. Ya iba camino de su muerte. Ya nunca más nos vimos. Su cita era con otros estranguladores. Y de ese modo la guerra de España, que cambió mi poesía, comenzó para mí con la desaparición de un poeta.

Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*

Al desembocar en la plaza de la Ópera me sorprendió el estampido seco de un cañonazo disparado a pocos metros de allí. Miré el reloj: eran las seis en punto de la mañana. Había expirado el plazo concedido a los rebeldes del Cuartel de la Montaña, y el cañonazo, disparado contra éste, era la señal de ataque. Inmediatamente comenzó un tiroteo fragoroso en la próxima plaza de España.

Bajé de prisa por la calle de Bailén. En esta calle, numerosos paisanos armados, apostados estratégicamente en las bocacalles, pedían el carnet a todo el que pasaba. Los pocos que no llevaban carnet eran devueltos hacia arriba sin contemplaciones. [...]

Desde la mayoría de las ventanas del cuartel se hacía un fuego continuo sobre la multitud. Pero los proyectiles alcanzaban raramente a alguien. Tampoco el fuego nutrido de la muchedumbre debía de ser eficaz, pues todos los huecos del cuartel desde los cuales hacían fuego los rebeldes estaban protegidos con colchonetas y otros bártulos. El aeroplano que desde algunas horas antes volaba sin descanso sobre Madrid, planeó un momento sobre el área del cuartel y dejó caer un torpedo. No hizo blanco, pero el poderoso efecto moral de su intervención en la lucha excitó en el acto la acometividad de los sitiadores, que ganaron nuevas posiciones próximas al cuartel. El cañón tronaba constantemente y abría brecha en los muros del edificio. [...]

Cuando subí hacia el centro de Madrid eran las nueve de la mañana. A esa hora, toda la capital era ya teatro de la lucha. Se combatía en las calles, desde los balcones, en los tejados y en las terrazas. Pero el pueblo y las fuerzas adictas al Gobierno dominaban las calles. Era un síntoma que podía predecir el resultado de la lucha.

«Lazarillo de Tormes»: *España, tumba del fascismo* **

El 20 de julio, una multitud mayor aún que la que se había reunido la víspera se congregó en la plaza de España. Los gritos de «¡muerte al fascismo!» y «¡todos en ayuda de la República!» se sucedían con exultante monotonía. Se interpretó entusiásticamente que la lanza de Don Quijote, cuya estatua se alza en el centro de la plaza, señalaba al cuartel de la Montaña. Esta fortaleza fue bombardeada durante cinco horas. Entre las armas que se emplearon para el asalto se contaban la aviación y tres piezas de artillería (arrastradas por un camión de cerveza). Los altavoces animaban a los soldados que estaban en el interior del cuartel a rebelarse contra sus jefes. (...) La caída de una bomba en el patio, arrojada por un Breguet XIX leal, de la base aérea de Getafe, minó la resistencia de los rebeldes. La artillería también estaba siendo eficaz. Media hora más tarde, en una ventana de la fortaleza apareció una bandera blanca. La multitud avanzó para recibir la esperada rendición. Pero fue recibida con fuego de ametralladoras. Este hecho se repitió dos veces más, enloqueciendo de furor a los atacantes. Probablemente esto se debió más a la confusión reinante entre los defensores que a una decisión premeditada. Algunos de los soldados querían

rendirse, y, por lo tanto, estaban dispuestos a traicionar a sus oficiales. Finalmente, pocos minutos antes del mediodía, la gran puerta del cuartel cedió ante los repetidos asaltos. La multitud penetró violentamente en el patio, donde, durante unos momentos, todo fue histeria y una gran carnicería. De repente, un miliciano apareció en una de las ventanas exteriores y empezó a tirar fusiles a la multitud que todavía estaba en la calle. Un gigantesco revolucionario se creyó en el deber de arrojar, uno tras otro, a los oficiales desarmados, que gritaban de terror, desde la galería más alta del cuartel a la desenfrenada masa que se acumulaba en el patio. La carnicería que se produjo a continuación escapa a toda descripción.

Hugh Thomas: *La Guerra Civil Española*¹

El elemento civil comprometido en la sublevación, los fascistas, se habían reducido a hostilizarnos desde las casas y azoteas de las mismas. La mayor parte de sus disparos no eran más que de alarma, pues difícilmente se veía a alguno asomarse rápidamente a un balcón y disparar. Cuando esto ocurría, seis, ocho, quince guardias o paisanos armados subían al edificio y, poco después, aparecía por la puerta el agresor entre las iras de la multitud, de la que tenían que librarle los mismos que le habían capturado. A veces era materialmente imposible contener el furor del pueblo.

Hacia las nueve y media de la mañana, entre la multitud de coches que se desplazaban velozmente de un lado a otro, apareció en la Puerta del Sol, fuertemente escoltado por automóviles de milicias, un ómnibus en el que iban prisioneros unos treinta oficiales. Venían del cuartel del Conde Duque, que acaba de rendirse. [...]

Sucesivamente iban cayendo en poder del pueblo los cuarteles del Pacífico, los de Carabanchel y los aeródromos de Cuatro Vientos y Getafe. Todos estos reductos los había tomado la multitud al asalto, tras de una lucha que a la pluma le es imposible describir en toda su grandeza. A medida que estos cuarteles iban siendo asaltados, la multitud se armaba con las propias armas del enemigo.

-Lazarillo de Tormes: *España, tumba del fascismo***

Madrid despertaba lentamente de su larga y acongojante pesadilla. En la capital, el enemigo estaba desorganizado y sometido. Con todo, el peligro no

había pasado. Mola bajaba del norte por la ancha meseta, sin obstáculo, con diez mil hombres, abundante artillería y algunos aeroplanos [...]

Al grito de «¡A la sierra!», el pueblo de Madrid le salió, alborotado, al encuentro. En los vehículos más diversos —taxímetros, camiones industriales, autobuses, autos particulares requisados— la masa popular, sin oficiales, sin armas apenas, volaba por las carreteras que enlazan Madrid con el norte. Los insurgentes habían ocupado el Alto del León, a caballo sobre ambas Castillas, y se habían distribuido por los parapetos y trincheras construidos en el período que Gil Robles regentó el Ministerio de la Guerra. Desde estas posiciones camufladas segaban a las multitudes que corrían ciegas, con incauta indecisión, a alcanzar las alturas.

Antonio Ramos Oliveira: *Historia de España* ⁶⁶

Los milicianos de Madrid, organizados por partidos, sindicatos y grupos locales, salían de la capital cada mañana temprano y volvían a última hora de la tarde, tras pasar el día en las montañas de Guadarrama. A un chico de catorce años del barrio obrero de Lavapiés se le quedó esta escena cotidiana grabada en la memoria.

—Por la mañana se oían gritos: “¡Pablo! ¡Pedro! ¡Manolo!”, y los hombres salían de sus casas con fusiles en las manos. Bajo el otro brazo llevaban el almuerzo que les habían preparado sus mujeres. Se iban a la sierra como si fueran de excursión dominical, a cazar conejos. A menudo les acompañaban mujeres, algunas de ellas milicianas, pero la mayoría no. Putas, el tipo habitual de prostituta madrileña de la época, de enormes pechos y nalgas, recuerda Álvaro Delgado. «Qué asombroso parecía cuando por la tarde volvían todos a pasar la noche en casa. Al día siguiente se repetía la escena...»

Ronald Fraser: *Blood of Spain* ⁶⁷

A primera hora de la mañana he pasado a recoger a Dolores [Ibarruri] y por Fuencarral nos hemos dirigido a la sierra de Guadarrama. Una magnífica autopista cruza el espeso bosque de un parque y luego pasa entre lujosas fincas, con chalets del extrarradio de la ciudad. Casi sin interrupción, se van sucediendo uno a otro pequeños poblados de veraneo. Aquí descansaban del sofocante calor de Madrid la nobleza y la burguesía rica. Ahora está todo destrozado por la artillería, por los incendios o, sencillamente, las fincas están condenadas, descuidadas, abandonadas.

Cercedilla y Guadarrama son los últimos pueblos ante las líneas del frente. Aquí están destrozadas tres cuartas partes de los edificios. Casi todo son cenizas y ruinas. De una casa destruida por las llamas, no ha quedado en pie literalmente más que una puertecita montada sobre piedra, y en ella pende de un clavo una tablita aluminada que dice: «Asegurada contra incendios». Tirados por el suelo, se ven postes telegráficos, cables, cápsulas vacías y cascos de proyectiles.

Mikhail Koltsov: *Diario de la guerra de España* **

En el interior mismo de Madrid, simpatizantes fascistas desencadenaban tiroteos cada dos por tres. A cambio, los curas, los propietarios ricos, todos aquellos que eran conocidos por sus sentimientos conservadores y de los que cabía suponer que prestaban apoyo a los rebeldes franquistas, se hallaban en constante peligro de ser ejecutados. Al estallar las hostilidades, los anarquistas habían liberado a los presos comunes y los habían incorporado inmediatamente a las filas de la C.N.T. (Confederación Nacional del Trabajo), situada bajo la influencia directa de la Federación Anarquista.

Algunos miembros de esta Federación hacían gala de un extremismo tal que la mera presencia de una imagen piadosa en una habitación podía conducir a la Casa de Campo. Allí, en este parque público situado a las puertas de Madrid, tenían lugar las ejecuciones. Cuando se detenía a alguien, se le decía que lo llevaban «a dar un paseo». Esto ocurría siempre de noche.

Se recomendaba tutear a todo el mundo y acompañar todas las frases con un enérgico «Compañeros» si se hablaba con anarquistas o con un «Camaradas» si se trataba de interlocutores comunistas. La mayor parte de los automóviles llevaban sobre el techo uno o dos colchones como protección contra los francotiradores. Era sumamente peligroso sacar la mano para indicar que el coche iba a virar a uno u otro lado, pues este gesto podía ser interpretado como un saludo fascista y atraer una ráfaga de disparos al paso. Los señoritos fingían vestir mal para disimular sus orígenes. Se ponían viejas gorras y se manchaban la ropa, a fin de parecerse a los obreros, mientras que, del otro lado, las consignas del partido comunista recomendaban a los obreros ponerse corbata y camisa blanca.

Luis Buñuel: *Mi último suspiro*

El día de nuestra llegada a Madrid, mientras caminábamos por el borde de la pista, Álvarez del Vayo, con el brazo apoyado en el hombro de André,

se mostraba optimista: las armas habían sido por fin distribuidas al pueblo o tomadas por él; en Barcelona triunfaba; la Guardia Civil se había adherido al Gobierno regular, y la Marina también. A nuestro alrededor, signos amistosos: calor, esperanza de las primeras jornadas revolucionarias, la historia de Francia de mi juventud revivía. Volvía a ver las imágenes de mi Lavisse: las barracas donde la gente se alistaba, las mujeres con escarapelas, los fusiles recibidos como regalos. Pero lo que no me había permitido imaginar tanta literatura escolar era que una revolución pudiera teñir de azul una ciudad entera: en las calles, hombres y mujeres iban todos vestidos con «monos» de tela azul. Seis semanas después, yo también llevaba uno. [...]

En Madrid vivíamos en el hotel Florida, anclado en la esquina de dos calles. Por sus ventanas abiertas, los aullidos de los altavoces invadían las habitaciones. Más tarde, en el gran vestíbulo que nos servía de cuartel general se mezclaron todas las lenguas; por el momento dominaban todavía el español y el francés. Como tocado por la varita de un hada maligna, André se transformó allí en jefe de escuadrilla con el grado de teniente coronel.

Clara Malraux: *Le bruit de nos pas* *

Como en Barcelona, domina aquí, en todas partes, el «mono», traje azul de faena, hecho de lienzo o algodón, que se cierra con cremallera. Son muy cómodas las alpargatas. Antes, en estos barrios de Madrid, hasta cuando el calor era más terrible, resultaba incorrecto presentarse sin chaqueta, sin chaleco, sin corbata y sin sombrero. Ahora, toda la capital se pasea llevando mono y alpargatas, con la cabeza descubierta: milicianos, aguadores, damas y ancianos venerables.

Mikhail Koltsov: *Diario de la guerra de España* **

Los tres primeros meses fueron los peores. Como a muchos de mis amigos, me obsesionaba la terrible ausencia de control. Yo, que había deseado ardientemente la subversión, el derrocamiento del orden establecido, colocado de pronto en el centro del volcán, sentía miedo. Si algunos gestos me parecían insensatos y magníficos —como aquellos obreros que, un buen día, subieron a un camión, fueron hasta el monumento al Sagrado Corazón de Jesús, levantado a unos veinte kilómetros al sur de Madrid, formaron un pelotón de ejecución y fusilaron con todas las de la ley a la gran estatua de Cristo—, detestaba, en cambio, las ejecuciones sumarias, el pillaje, todos los

actos de banditismo. El pueblo se rebelaba, tomaba el poder e inmediatamente se dividía y se desgarraba. Injustificados arreglos de cuentas hacían olvidar la guerra esencial, la única que hubiera debido contar.

Todas las tardes, acudía a la reunión de la Liga de Escritores Revolucionarios donde encontraba a la mayoría de mis amigos, Alberti, Bergamín, el gran periodista Corpus Barga, el poeta Altolaguirre, que creía en Dios. [...]

Discusiones interminables y a menudo apasionadas nos enfrentaban unos a otros: ¿espontaneidad u organización? En mí, luchaban, como siempre, la atracción teórica y sentimental hacia el desorden y la necesidad fundamental de orden y de paz. Cené dos o tres veces con Malraux. Vivíamos una lucha mortal elaborando teorías.

Luis Buñuel: *Mi último suspiro*

La batalla de Madrid (noviembre de 1936)

El cielo estaba gris, hacía frío. La ciudad parecía reflejar el color del cielo, pensaba Álvaro Delgado, el muchacho de catorce años, hijo del encargado de una tienda, que miraba a los milicianos saliendo para la sierra en las mañanas de los primeros días de la guerra. Ahora miraba a los hombres que salían de un local del Partido Comunista en Atocha y a otros que venían del Partido Socialista en la calle de Valencia. Iban de paisano, con fusiles en las manos. Algunos llevaban botes de fruta en conserva llenos de dinamita.

Por encima se oía el ruido inconfundible de las «tres Marías», como llamaban popularmente a los trimotores Junkers alemanes que casi todos los días sobrevolaban la ciudad en misiones de bombardeo. Adultos y niños se agolpaban en las calles, sin hacer caso del peligro, para mirar a los bombarderos. Pero aquel día el muchacho vio unos aviones pequeños de morro achatado que nunca había visto, y que empezaron a atacar a «las tres Marías». ¿Qué eran? Llevaban el emblema republicano. En el reñido combate aéreo fueron derribados varios aviones enemigos, que se estrellaron contra el suelo. La gente aplaudía. Hasta entonces la aviación republicana había intentado pocas veces combatir al enemigo. Aquellos eran cazas rusos, los *chatos*, como rápidamente fueron bautizados. La situación pareció cambiar de repente.

Ronald Fraser: *Blood of Spain* *

En el mes de noviembre, en los primeros días del asedio, vuelan sobre Madrid escuadras de fascistas, 40 y 50 aparatos de bombardeo marca Junkers, con su correspondiente escolta de cazas italianos. Ya hay muchos edificios derribados en Madrid por los torpedos de la aviación. Algunas calles están obstruidas por los escombros de las casas aniquiladas. Pero los habitantes de Madrid, precavidos en los primeros días, han terminado por acostumbrarse a la guerra aérea y ya no bajan a los refugios. Sólo evitan la perpendicular con los aparatos. [...]

Nada hay comparable, dentro de la barbarie de la guerra, a la belleza de un combate en el aire. Apenas los aparatos de bombardeo divisan el inesperado ejército de pulgas mecánicas que va a su encuentro, viran en redondo y huyen pesadamente hacia su base. Los cazas italianos se quedan y se entabla el combate. Un ruido de motores apresurados puebla el aire. Los aparatos suben, bajan, se inclinan, descienden en vertical y disparan sus prodigiosas ametralladoras, a la velocidad fabulosa de 1.600 proyectiles por minuto. La lucha dura poco. A los tres minutos cae a tierra el primer aparato. Su piloto debe haber sido herido porque no utiliza el paracaídas y se estrella con su máquina. El público corre en avalancha hacia el lugar probable de la caída. La lucha en el aire continúa con frenética intensidad. Algunos proyectiles rebotan a nuestros pies. A pesar de ello, el público permanece impertérrito en los balcones, en las terrazas y en las calles. Un minuto más y otro aparato que cae verticalmente, envuelto en llamas.

«Lazarillo de Tormes»: *España, tumba del fascismo* **

La atmósfera de las noches históricas llenaba la calle de Alcalá igual que llenaba las calles estrechas: seguía sin oírse el cañón, sólo los acordeones. De pronto una ráfaga de ametralladora al fondo de una calle: un miliciano tiraba contra los fantasmas.

Y seguían construyendo barricadas. García sólo creía moderadamente en la eficacia de las barricadas, pero aquellas parecían atrincheramientos. Seguían agitándose las sombras en la bruma; a cada instante una sombra inmóvil, abandonando un momento su inmovilidad, volviendo a recuperarla, dirigía el trajín. En esta bruma irreal, que se espesaba por momentos, hombres y mujeres transportaban los materiales: los obreros de todos los sindicatos de la construcción organizaban el trabajo que dirigían los jefes técnicos, formados en dos días por los especialistas del Quinto Regimiento. En esta fantasmagoría silenciosa donde moría el viejo Madrid, por primera vez, por encima de los dramas particulares, de las locuras y los sueños, por

encima de aquellas sombras lanzadas a través de las calles con su angustia o su esperanza, una voluntad a escala de la ciudad entera se elevaba en la bruma de Madrid casi cercado.

André Malraux: *L'espoir**

Madrid herido, desangrado por la metralla, cierra las entradas de sus calles extremas, con trincheras antitanques, con muros aspillerados, con alambres espinosos.

El ulular de las sirenas rompe el silencio de la ciudad y advierte a la población del peligro que sobre ella pesa.

Pasan las horas y la tensión se hace insoportable... En el silencio preñado de amenazas, de peligros, de sangrientas sorpresas, comienza a oírse un rumor acompasado, rítmico, estremecedor, de firmes pisadas, que crece, que se aproxima... Se escucha ya distintamente el golpear de botas herradas sobre el pavimento de las calles.

Hay un momento de estupor, de indecisión. ¿Quién viene? ¿Quiénes son los que se acercan? ¿Quiénes son esos hombres que el 7 de noviembre de 1936 marchan por las calles de nuestro Madrid, mudos, erguidos, severos, con el fusil al hombro y la bayoneta calada, haciendo temblar el suelo bajo sus pies?

Se oye una orden, una voz de mando, en una lengua extraña, que corta como un latigazo el aire de la calle. Las primeras estrofas de un himno cercano y entrañable acompañan el rítmico movimiento de los desconocidos. El aire se llena de sonos y palabras vibrantes, solemnes, que estremecen a los madrileños. «¡Dios mío, ¿no es esto un sueño?!», se preguntan las mujeres con palabras donde tiemblan los sollozos.

¡Los hombres que desfilan por las calles del Madrid sitiado, cantan *La Internacional* en francés, en italiano, en alemán, en polaco, en húngaro, en rumano!...

¡Son los voluntarios de las Brigadas Internacionales, que al llamamiento de la Internacional Comunista vienen a nuestro país a luchar y quizás a morir, junto a nosotros!...

Dolores Ibarruri: *El único camino***

Tras las trincheras alemanas de la Brigada Internacional se eleva el resplandor de los primeros grandes incendios de Madrid. Los voluntarios no ven los aviones, pero el silencio nocturno, que no es ya el del campo, el extraño si-

lencio de la guerra trepida como un tren al cambiar de vía. Los alemanes están todos juntos, los que han sido exiliados porque eran marxistas, los que han sido exiliados porque eran noveleros y se creían revolucionarios, los que han sido exiliados porque eran judíos; y los que no eran revolucionarios, que han terminado siéndolo y están allí. Desde la carga del parque del Oeste rechazan dos ataques por día: los fascistas intentan en vano romper el frente de la Ciudad Universitaria. Los voluntarios miran el gran resplandor rojo que asciende entre las nubes de lluvia: las fulguraciones de los incendios, como las de los rótulos eléctricos, son inmensas en las noches de niebla, y parece que la ciudad entera arde. Ninguno de los voluntarios ha visto todavía Madrid.

André Malraux: *L'espoir**

Tras ocho días de lucha encarnizada se produjo la ruptura del frente; los legionarios y los moros cruzaron el río al asalto y se extendieron por la Ciudad Universitaria. Era el 15 de noviembre. La Brigada Internacional, con furiosos contraataques, reconquistó la Facultad de Filosofía, pero no pudo rechazar al enemigo hasta la otra orilla del río. Dos días después los nacionalistas volvieron a atacar y ocuparon el Hospital Clínico, que estaba en el mismo límite de Madrid; aquel sería su punto de penetración más avanzado.

“Necesitamos hombres en el parque del Oeste”, dijo la voz al otro lado del hilo. “De acuerdo”, contesté, “contad con nosotros”. Salvador López, funcionario público y miembro de UGT, acudió con algunos compañeros. «Al llegar al parque del Oeste, colindante con la Ciudad Universitaria, encontramos a una patrulla y nos dijeron: “Ahí está la trinchera, meteos dentro, tenemos que defender esto”. Me dieron un fusil italiano; estaba lleno de tierra. Me puse a limpiarlo con lo único que tenía, un bote de Nivea que me quedaba de una excursión a la sierra, antes de la guerra...»

La trinchera era rudimentaria, poco más que una zanja con unos cuantos sacos terreros, y sus defensores eran todos civiles. Se quedaron allí cinco días sin moverse. Cada sindicato mandaba raciones frías. Más tarde, pensando en ello, López se preguntó si no había sido de locos que él y los otros se metieran en aquella trinchera sin haber recibido la menor instrucción.

Ronald Fraser: *Blood of Spain* *

Bien avanzada la noche, recorremos las calles de Madrid. [...]

El mercado de la plaza del Carmen es pasto de voraces llamas. Humo sofocante, rancia hediondez de aceite de oliva, de pescado requemado. Con lo que había costado traer hasta aquí los víveres... Mañana, gran parte de la ciudad quedará hambrienta. Caen con estrépito las vigas y viguetas de la techumbre. Una inmensa columna de llamas pone candentes las casas en torno. Apretadas las manos, llorando silenciosamente, María Teresa León contempla el incendio. Rafael Alberti tiene inmóviles los ojos, como espejos, como objetivos fotográficos. Madrid arde, ¿será posible que quede reducido a cenizas, que sea totalmente aniquilado? Sí, ahora esto parece posible.

En una elevación, en un hermoso parque, está ardiendo el palacio del duque de Alba, tesoro de las artes, con su biblioteca, con su galería de pinturas. Estuve allí a finales de octubre, la milicia obrera mostraba con orgullo de qué modo conservaba ese monumento de arte y del pasado, desde las grandes estatuas, los cuadros y gobelinos hasta las más pequeñas frusterías, hasta los viejos guantes del duque. El dueño de la casa había huido a Londres; desde allí clamaba al cielo sobre el vandalismo de los rojos mientras los milicianos quitaban cuidadosamente el polvo del lomo de los libros. Un bombardero alemán ha soltado una bomba incendiaria sobre el palacio, y por lo visto no ha sido una sola. Ahora todo se retuerce y se deforma bajo las llamas. [...]

Los espacios comprendidos entre los edificios de la Ciudad Universitaria están sembrados de cadáveres. Durruti está muy abatido por el hecho de que ha sido precisamente su columna la que ha dejado penetrar al enemigo en la ciudad. Pero quiere resarcirse del fracaso con un nuevo ataque, en el mismo lugar en que los anarquistas han retrocedido.

Mikhail Koltsov: *Diario de la guerra de España* **

Pero algunos carros blindados nacionalistas con tropas moras consiguieron entrar en la ciudad antes de ser rechazados. Un periodista norteamericano fue a ver a Régulo Martínez para confirmar el rumor de que la milicia había descubierto un nuevo modo de luchar contra los tanques. El presidente de Izquierda Republicana de Madrid se ofreció a llevar al periodista al lugar de los hechos. Cuando llegaron a la Cuesta de San Vicente, Martínez encontró a un miliciano que había presenciado la destrucción de un carro blindado.

“¿Puedes decir a este periodista cómo se hizo?” “Oh, no fue gran cosa.” Yo sabía que la milicia había rechazado a los blindados con botes llenos de dinamita. “¿Pero cómo pudieron ustedes repeler a vehículos blindados?”

dados sin armas adecuadas?”, insistió el periodista. “Bueno”, dijo el miliciano, “*echando cojones al asunto*”. Una semana después me enseñaron un periódico norteamericano en el que leí que los milicianos de Madrid habían inventado un nuevo ingenio antitanque llamado “*echando cojones al asunto*”...”

Ronald Fraser: *Blood of Spain* *

En la Ciudad Universitaria empezó una sangrienta batalla. La babel de lenguas, el frecuente canto de *La Internacional* en distintos idiomas, y los insultos que se cruzaban entre nacionalistas y republicanos no hacían más que aumentar la macabra confusión. Las marchas que cantaban los comunistas alemanes inundaban los escombros de los laboratorios y las aulas de una tristeza teutónica. Los anarquistas confraternizaban con los hombres de la Brigada. En la oscuridad se daban órdenes en voz baja dirigidas a hombres que nunca habían visto la ciudad que habían venido a defender: «*Bataillon Thaelmann, fertig machen!*», «*Bataillon André Marty, descendez vite!*», «*Garibaldi, avanti!*». Tras horas y horas de bombardeo artillero y aéreo, en el que no cedía ninguno de los dos bandos, venían luchas cuerpo a cuerpo por una habitación o un piso de los edificios. En el hospital clínico, que aún no estaba terminado, el batallón Thaelman subía bombas en los ascensores para que explotaran entre los marroquíes que estaban en el piso inmediato; y, en este edificio, los marroquíes sufrieron bajas por haberse comido animales inoculados que se guardaban allí con propósitos científicos. Ambos bandos demostraron un valor extraordinario. Una compañía de polacos del batallón Dombrowsky resistió en la Casa de Velázquez del Instituto Francés hasta el último hombre. Una avanzadilla de marroquíes hizo retroceder a los anarquistas de Durruti una vez más en la plaza de la Moncloa, la primera plaza situada ya dentro propiamente de Madrid, y empezó a abrirse camino por la calle de la Princesa. Algunos incluso bajaron por el paseo de Rosales para llegar a la plaza de España, pero los mataron a todos. Sin embargo, no fue fácil detener el rumor de que «los moros están en la plaza de España». Miaja se presentó en la línea de fuego para renovar los ánimos de los milicianos. «¡Cobardes! —gritaba— ¡Morid en vuestras trincheras! ¡Morid con vuestro general Miaja!»

Hugh Thomas: *La Guerra Civil Española* ¹

Todo, pensaba Julián, dependía de la iniciativa popular. Cuando recibieron los primeros tanques soviéticos hubo que formar a los tripulantes, una tarea especializada que en la Unión Soviética podía durar un año. Se reclutó a los taxistas de Madrid para el servicio. «Esto es exactamente igual que conducir un taxi, salvo que en lugar de un volante tenéis dos palancas.» Para manejar los telémetros hacía falta gente que supiera trigonometría, así que se suprimieron. Lo mismo se hizo con los receptores de radio, que fueron sustituidos por banderas de señales. En el hueco de la radio había sitio para tres obuses más. A los consejeros soviéticos les costaba creer que se estuviera entrenando a tripulaciones de tanques en cuarenta días. Vinieron a ver. Julián observó a los taxistas maniobrar sus tanques en perfecta formación; pero no satisfechos con esta exhibición, los soviéticos querían ver una prueba de artillería y eligieron un tanque al azar, ordenándole que disparara parado sobre blancos dispuestos a diferentes distancias

«Primer disparo: de lleno en el blanco. Asombro. El oficial soviético corrió a felicitar al comandante del tanque. «¿Cómo lo han hecho?» «Pues bueno, ya sabe...» Todo esto estaba siendo traducido. «Déjeme ver», gritó el soviético. Entró en el tanque, el artillero abrió el fiador, miró por el cañón hacia el blanco, metió el obús y disparó. Otro blanco. ¡Imagínese cómo se quedó el ruso! Bueno, debían enterarse de algún modo de que no teníamos tiempo que perder. La iniciativa popular tenía que solventar muchas deficiencias...»

La lucha cuerpo a cuerpo en los edificios de la todavía inacabada Ciudad Universitaria continuó durante varios días con absoluta despreocupación por la vida. Pero una vez más, *in extremis*, el pueblo y los soldados unidos se las arreglaron para contener al enemigo. Aunque ninguno de los bandos ganó terreno, tuvo que considerarse una victoria republicana. Durante cuarenta y ocho horas Madrid sufrió constantes e intensos ataques aéreos de los bombarderos nazis de la Legión Cóndor. La capital española fue la primera en padecer el destino futuro de Londres, Dresde, Coventry y Hamburgo. Pero las bombas no pudieron someter a la población.

Ronald Fraser: *Blood of Spain* *

Las tropas de Varela habían llegado hasta pisar algunas calles madrileñas: el paseo de Moret y el de Ramón y Cajal. El Hospital Clínico era un fortín suyo. Alcanzaron, igualmente, una posición envidiable en la Casa de Campo: el tesoro de Garabitas, donde se artillaron, y desde el que ofenderían incesantemente a Madrid haciendo llegar los disparos hasta la plaza de Castelar, motivo que aconsejó convertir a la Cibeles en la «Linda Tapada». Los intentos de recuperación de

Garabitas costaron mucha sangre y todos ellos fueron infructuosos. El pequeño altozano, bien conocido de los madrileños, se transformó, por obra de los ingenieros militares, en una posición inexpugnable. Ni el fuego ni el coraje consiguieron debelarla. Cuando después de terribles preparaciones artilleras, y aún más, de innumerables descargas de la aviación, cuando ésta colaboró con los madrileños, se ordenaba su asalto, la posición, que había permanecido silenciosa, abría fuegos mortales sobre los asaltantes. Fuegos dispuestos geométricamente, estudiados matemáticamente. Era inútil pretender el paso. Estaba cerrado por una serie de ametralladoras concentradas y por un equipo de fusileros certeros. ¿Cómo se perdió aquella posición clave, que tanto duelo y sobresalto metió en el centro de la ciudad? Ningún pedazo de tierra más popular que la colina de Garabitas. Sólo la fortaleza del Clínico, increíblemente dura, le hacía competencia. En Garabitas había cañones: en el Clínico, Regulares. Tan-
tas veces como se les consideró expulsados, tantas nos equivocamos. Se interfería su abastecimiento, ametrallando a los convoyes; se atacaba al edificio con rudeza; se les cañoneaba con rabia y los moros, fieles a la orden recibida, seguían en su puesto, acechando todos los descuidos de los madrileños para causarnos bajas. Su puntería eran tan endemoniada como su paciencia. El tiempo no contaba para ellos. Horas y horas, ojo y fusil en guardia, espían el movimiento de nuestras posiciones, y cuando el blanco se hacía presente, disparaban. Esta táctica exasperaba a los madrileños y siempre que la arremetida era contra el Clínico ponían en el cumplimiento de la orden una pasión furiosa. De haber conseguido entrar en él y copar a los Regulares, contrariando lo dispuesto, los hubieran fusilado a todos.

Julián Zugazagoitia: *Historia de la guerra de España* **

Del «Garabitas» y del «Cerro Rojo» llueve metralla enemiga, mientras las gentes se apiñan en las «colas» para comprar alimentos o cigarrillos. Cada metrallazo obtiene un chiste en Madrid. Proverbial población frívola, se han ganado heroicamente el título de primeros ciudadanos del Planeta, por habitar en la Capital del heroísmo mundial. Porque Madrid es eso: la Metrópoli del proletariado universal, la ciudad que rebasó prestigios y leyendas, la Capital que más columnas y fotografías tiene diariamente en los periódicos de todos los países, el punto donde convergen todas las miradas, donde la muerte pasea por la Gran Vía y se le saluda y, por último, donde un general proletarista, José Miaja, escribe las últimas páginas asombrosas para los tratados posteriores de la táctica militar.

Alejandro Gómez Maganda: *¡España sangra!* **

Primer invierno de la guerra (diciembre de 1936 - abril de 1937)

La línea del frente se mantuvo donde se había trazado a sangre y fuego durante la ofensiva de noviembre. La artillería nacionalista siguió bombardeando esporádicamente la ciudad desde el Monte Garabitas, en la Casa de Campo, pero ya no hubo más asaltos directos. Pocas casas quedaron intactas en el *barrio* de Argüelles, frente a la Ciudad Universitaria. Una zona tan próxima al frente era también una zona en la que resultaba relativamente seguro esconderse. Desde el portal de una casa, un hombre miraba jugar a tres niños en la arena de la calle, tras una barricada de adoquines. Sólo dos familias vivían en las tres casas todavía habitables; una era la del farmacéutico a cuyos hijos daba clases para ganar dinero, pues como dirigente de la Falange clandestina el trabajo privado era más seguro. Mientras miraba, balas perdidas procedentes de la Ciudad Universitaria se estrellaban contra la barricada y las paredes de las casas. De pronto estallaron tres proyectiles de mortero sobre las azoteas. La madre de los niños alzó la vista. «Será mejor que entréis ya, se está poniendo un poco feo.» Era como si acabara de empezar a llover. «Así es como vivían los habitantes de Madrid.»

Las mujeres tendían la ropa en las alambraclad de púas; los niños asistían a clase en refugios antiaéreos, e iban a la Gran Vía a recoger metralla al rojo vivo. Éste era el pasatiempo favorito de Álvaro Delgado, el hijo quinceañero del encargado de una tienda de ropa. El bombardeo no solía empezar hasta las seis de la tarde. Los críos esperaban en las calles laterales del lado sur de la Gran Vía hasta que oían el tronido del cañón, el zumbido del obús por el aire y el estampido que producía al estallar contra la Telefónica. Entonces se precipitaban a la calle en busca del metal caliente.

«A los chavales nos parecía algo muy valioso para coleccionar. Una tarde, cuando las cosas se pusieron un poco más feas que de costumbre, me refugié en una zapatería; cuando se disipó el humo vi a un hombre en la calle al que le habían volado la cabeza...»

A la Gran Vía la llamaban la Avenida de los Obuses. Un chiste corriente era preguntar si había pasado el tranvía 17. «No, lo único que pasa por aquí es el quince y medio», era la respuesta habitual, en referencia al calibre de los proyectiles enemigos.

Ronald Fraser: *Blood of Spain* *

Ayer por la tarde, durante la sesión de cine en el local Goya, se presentaron los aparatos de bombardeo. Se interrumpió la proyección. La sala es-



taba a oscuras, ardían sólo las bombillas rojas *ad hoc*. El director del cine gritó a todo el público que bajara al sótano. La sala entera le respondió con un rugido y pataleando: «¡Que siga la película!»

Se proyectaba el film de gangsters y aventuras *Terror en Chicago*. Los bandidos y la policía se perseguían en automóviles, disparaban a los escaparares de los almacenes y escondían unos de otros el cadáver de un multimillonario. La sala estaba hecha una furia, los soldados amenazaban con matar al director si no daba orden de que la sesión continuara. Se reanudó la proyección del film. Los gangsters encerraron a una beldad, a la novia del detective, en un sótano, junto con el ataúd; la joven estaba sentada en un barril de cerveza, con vestido de baile, bañada en lágrimas; de súbito, la tapa del ataúd empezó a levantarse muy lentamente —en efecto aquello era horripilante.

Una explosión ensordecedora se produjo muy cerca. Las paredes del cine temblaron, se oyó un ruido de cristales rotos y la pantalla de nuevo se apagó. Durante un minuto todos permanecemos en silencio, aguzando el oído. En seguida el público se irritó contra el director del cine. «Venga la película —gritaban los soldados— venga, ¡si no, te hacemos papilla, fascista, cornudo, gusano!». Se reanudó la proyección, los cuadros oscilaban, saltaban en la pantalla, por lo visto el mecánico en su cabina también se sentía nervioso, pero lo fundamental estaba claro: el muerto del ataúd no era otro que el propio joven detective. Éste abrazó a su novia y empezó a forcejear en la puerta para salir al exterior, pero los gangsters comenzaron a echar al sótano gases asfixiantes; la novia se desmayaba ya haciendo bellos movimientos cuando, al fin, llegó la policía.

El público, estirándose indolentemente, sale a la calle.

Mikhail Koltsov: *Diario de la guerra en España* **

No se interrumpieron los espectáculos públicos, ni siquiera en los locales que se hallaban próximos al frente de combate o bajo el fuego de los cañones, en los ejes de tiro preferido por éstos; a las tiendas de las calles más frecuentemente visitadas por los proyectiles, las gentes acudían por igual en busca del sedante para sus nervios y para sus estómagos; y los escolares no dejaron de acudir a las aulas, ni los niños dejaron de jugar al sol, en las plazas y paseos alejados del frente, por fortuna, sin comprender la trágica armonía y el significado de aquella terrible música que llegaba a sus oídos.

Se celebró la Navidad. Se agotaron los juguetes. Salían las familias a presenciar desde algún observatorio la lucha en el frente de tierra o en el

aire: y sin que se abusara del retintín militar, cuando se celebraba alguna solemnidad de ese significado (entrega de banderas a unidades de nueva organización, revista de tropas rehabilitadas) acudía la gente atraída, como en tiempo de paz, por el entusiasmo, bullicio o algazara que tales actos provocan en la muchedumbre.

En el ambiente de una ciudad que rebasaba el millón de almas y que padecía los estragos de una guerra civil —guerra de ideologías políticas, de clases sociales, de creencias religiosas, de derechas e izquierdas y, en suma, de ricos y pobres—, en todo Madrid, como era natural que sucediese, se podía captar cuanto se quisiera, desde el egoísmo algo más que ultramontano hasta el sacrificio más abnegado.

Las iglesias estaban cerradas, pero se decía misa en algunas casas. Las cárceles retenían reclusos y, en la misma o en mayor proporción, las embajadas albergaban refugiados. Ya hemos dicho la tolerancia y generosidad que desplegó el Gobierno. [...]

Se respetaban la propiedad y la vida. Ese pulpo gigantesco que es el Metro madrileño servía de valioso refugio contra los bombardeos, de vivienda supletoria, de parque, de maestranza; los suburbios del frente opuesto al de la batalla, que por ley natural debieron vitalizarse o congestionarse recibiendo a quienes trataran de huir del peligro, apenas vieron acentuado el ritmo de su vida, como si las gentes se considerasen obligadas a defender con su presencia las ruinas de las Vistillas, de Argüelles, de las Delicias, de Cuatro Caminos y de la Puerta del Sol, incesantemente batidos.

Vicente Rojo: *Así fue la defensa de Madrid*

El Ayuntamiento quería dar una sensación de normalidad: circulaban los tranvías y estaban abiertos los cafés, los teatros y los cines. En la Zarzuela daban funciones benéficas a favor de los hospitales de sangre, en las cuales la Argentinita, la Pastora, Pompo y Thedy tenían que saludar con el puño cerrado. Triunfaban dos obras: *Nuestra Natacha* y *Morena clara*. Y Ballbonín había estrenado su *Frente de Extremadura*, cuando ya los militares rebasaban Talavera. En el Cine Calatravas se proyectaba una película titulada *El pueblo en armas*. Bajaba José Félix por Alcalá. En la Elipa, los milicianos de la FAI, como verdaderos burgueses, sorbían unos grandes vasos de limón helado.

Se encontró en la Castellana con unos amigos; pasaban de prisa, casi sin saludarse, con lentes de cristales oscuros para el sol, que les desfiguraban un poco.

—¡Salud!

—Salud.

Nadie se atrevía a decir «adiós». Cuando paraban un tranvía, extendían la mano con el puño cerrado para que no pareciera el saludo fascista.

Habían también suprimido las expresiones religiosas «no lo permita Dios», «Virgen mía» o «si Dios quiere». En las cartas se notaba aquel nombre amputado por miedo a la censura. «Estamos bien en este pueblecito de Albacete, dispuestos a lo que el destino quiera.»

Con la muerte de la religión se removían todos los posos paganos; algunos aludían a la fatalidad: bailaban dentro de las iglesias. Baco y Venus se entronizaban, y en medio de las eras de un pueblo cercano a Madrid, los mozos habían serrado en la estatua de san Miguel la imagen del arcángel con sus alas azules para pasear procesionalmente, entre los trigos y las amapolas, la efigie, pastosa y verde, del diablo en forma de dragón. Así rendían culto al viejo Pan, señor de los instintos y de las fuerzas oscuras.

Agustín de Foxá: *Madrid de Corte a checa*

A pesar de las derrotas, a pesar de todas las dificultades, los milicianos que entraban en la tienda del padre de Álvaro Delgado en Madrid parecían siempre muy animados, nunca dudaban de que al final se ganaría la guerra.

«Junto a la tienda, en la plaza de Antón Martín, estaba el Bar Zaragoza, localmente conocido como el bar de la sífilis; los milicianos que iban allí en busca de putas, a menudo las traían a la tienda para comprar algo. Durante mucho tiempo no hubo escasez de ropa y trajes, y los soldados tenían dinero en abundancia. Mientras les atendían, los dependientes pedían siempre noticias del frente. Aunque acabaran de recibir algún revés, los hombres se mostraban siempre optimistas, y la clase obrera madrileña compartió su fe hasta el final...»

La falta de alimentos era debilitadora. Las colas del pan y la leche existían desde comienzos de la guerra. Era necesario hacer cola desde las siete de la mañana para poder conseguir algo avanzado ya el día; los miembros de la familia se turnaban en la cola, haciendo cada uno un par de horas. Era allí donde hablaba la gente, donde se experimentaba un nuevo tipo de fraternidad revolucionaria. Todo el mundo se tuteaba, no se veían corbatas ni sombreros, y todos calzaban alpargatas.

Pero aquellos días eran cosa del pasado; la escasez de alimentos no hizo sino empeorar. Todo el mundo padecía deficiencias vitamínicas; le salieron grandes diviesos en el cuello y en los sobacos. Tenía las manos laceradas

das por los sabañones. Un cuenco de lentejas, de vez en cuando un poco de arroz, alegrado por algunas *chirlas*, unas gachas de harina: eso es todo lo que comía. No veía la carne, no probaba el café.

«A menudo he pensado que desde 1936 no volví a comer decentemente hasta diez años después. La gente volvía a casa temprano por el hambre y el frío; y en aquellas noches oscuras la única luz era la del cielo iluminado por el reflejo de las explosiones...»

Ronald Fraser: *Blood of Spain* *

De hecho, el hambre guardaba proporción con el número de habitantes, la proximidad de la línea de fuego y la facilidad de transporte. Por ello Madrid padecía más que el resto. Un millón y pico de habitantes, irremediablemente alejada del litoral y de las zonas fértiles ¡y el frente en la propia ciudad! Los madrileños veían pasar camiones y más camiones que se dirigían sin detenerse a las trincheras de la Ciudad Universitaria, donde eran descargados. [...]

En Madrid se masticaba incluso la madera. Había familias que parecían dispuestas a comerse sus propias sillas. Se comían cebollas, harina de maíz y nabos, aunque se rumoreaba que los nabos ocasionaban avitaminosis y afectaban peligrosamente la menstruación. [...]

En Madrid, el hambre metamorfoseaba las cosas o, por lo menos, su figura. Todo se relacionaba con el comer, y el léxico sufría violentos virajes que a buen seguro hubieran interesado a Fanny, a Bolen y a los filólogos. El cañón que disparaba sobre la ciudad cada día, al amanecer, era llamado «el lechero» y también «el churrero». Las petacas eran palpadas como si fuesen de chocolate, los vasos boca abajo eran «flanes», los huevos de cristal para zurcir medias eran huevos de verdad y las sábanas limpias parecían nata. El pan... El pan era lo básico y todas las piedras eran panes. El pan y las patatas y el aceite. Todo lo verde eran legumbres; y la sangre sería vino... Era la metamorfosis, la transubstanciación. Cuando un caballo pasaba por la calle, todo el mundo le miraba a las obscenas ancas. Cuando en el cine aparecía una mesa bien servida, lo mismo podía ocurrir que se desatara un escándalo fenomenal como que se hiciera un silencio cobarde. Por lo demás, el piso de los cines, lo mismo que el de las paradas de los autobuses, estaba lleno de cáscaras que crepitan un poco como la arena de las avenidas del cementerio, y las tiendas que decían: «Comestibles», «Ultramarinos», eran miradas con sarcástico fatalismo.

José María Gironella: *Un millón de muertos*



La segunda contribución de Madrid a la felicidad humana es una gran obra: el Museo del Prado. *The Times* nos muestra estos días fotografías de sus galerías vacías y desoladas, y las miramos con alivio, alegrándonos de que sus tesoros estén actualmente a salvo de Franco y sus aliados. Que hayan sido salvados de la destrucción mientras los niños que jugaban en la cercana calle de Atocha morían es indudablemente una amarga satisfacción, pero dos males nunca producen un bien, y en estos tiempos trágicos debemos consolarnos como podamos. Aunque, en realidad, es probable que el mundo hubiera podido arreglárselas perfectamente sin todos los Murillos y Riberas de la galería larga, mientras que no es nada probable que a los padres de esos críos les vaya muy bien de ahora en adelante, recordado la forma en que murieron. Pero *à la guerre comme à la guerre*.

Kate O'Brien: *Farewell Spain* *

Al día siguiente fui a Madrid. Éste, más que ningún otro lugar, era el centro de la guerra española. La población parecía un ejército popular, y no una multitud aturdida y perpleja, como en Barcelona.

Junto con el escritor indio que estaba en el frente conmigo y Denis Campkin, periodista y amigo de Inez, me alojé en la Casa de la Cultura. Era un palacio grandioso que había sido requisado para uso de «*los intelectuales*». Era recargadamente lujoso, con cuadros marrón oscuro y cortinas de terciopelo morado. El mayordomo y otros sirvientes de los aristocráticos propietarios de la casa se ocupaban de nosotros, y nos dijeron que no se había cambiado nada de la disposición original de la casa. Aquellos criados reverentes, respetuosos y taciturnos que atendían a sus inesperados visitantes, a quienes se pedía que no movieran jamás un mueble, daban una silenciosa demostración del irónico orgullo de ambos bandos de la guerra civil española.

En la Casa de la Cultura conocí a unos investigadores que, aprovechando la ocupación de los palacios de Madrid, estaban catalogando las colecciones privadas de arte. Me dijeron que habían hecho varios descubrimientos, entre ellos dos Grecos. Me llevaron a las iglesias y me mostraron cómo se había reforzado la estructura contra los bombardeos. En una iglesia el suelo de la nave estaba cubierto de imágenes sacadas de edificios donde corrían peligro. A este ejército de vírgenes, santos, ángeles y querubines de piedra y madera pintada le llamaban «la quinta columna de los santos». [...]

En marzo de 1937 hacía muchísimo frío en Madrid. En la Casa de la Cultura pasábamos la mayoría de las mañanas en la cama, arrebujados en nuestras colchas de terciopelo morado. Luego nos levantábamos e íbamos a un café, donde la multitud de gente vestida con abrigos, sentada a las mesas y bebiendo un coñac atroz (era imposible conseguir café) elevaba ligeramente la temperatura. Después íbamos al hotel donde comían los periodistas.

Stephen Spender: *World Within World**

Madrid, 11 de abril. El domingo, a dos kilómetros del frente, el estruendo llegaba como un ronco carraspeo desde la colina del otro lado, cuajada de pinos verdes, y sólo un jirón de humo gris marcaba la posición de la batería enemiga. De pronto irrumpió el estridente sonido, como si se rasgara una bala de seda. Todo iba dirigido hacia el centro de la ciudad, así que allí no preocupaba a nadie.

En la ciudad, sin embargo, cuyas calles rebosaban de gentío dominguero, las granadas caían con el súbito destello de un cortocircuito, seguido del fuerte estallido del polvo de granito. Durante la mañana cayeron veintidós granadas sobre Madrid. Mataron a una anciana que volvía del mercado, lanzándola como un montón de ropa negra del que se separó de repente una pierna que voló hasta chocar contra la pared de una casa contigua. Mataron en otra plaza a tres personas que yacieron como sendos fardos de ropa vieja entre el polvo y los escombros donde los fragmentos de la «155» habían estallado contra el bordillo. Un coche que se acercaba por una calle se paró de pronto, viró bruscamente después del brillante destello y del estruendo, y el conductor salió despedido con el cuero cabelludo colgando sobre los ojos y se quedó sentado en la acera con la mano contra la cara, mientras la sangre le resbalaba hasta el mentón con un brillo suave. Uno de los edificios más altos fue acertado tres veces. Bombardearlo es legítimo porque se trata de un conocido medio de comunicación y un punto sobresaliente, pero el bombardeo que atraviesa las calles buscando a los paseantes domingueros no era militar.

Ernest Hemingway: *Despachos de la guerra civil española 1937-1938*²

El sol matutino se proyectaba cálidamente sobre la Gran Vía no obstante el viento frío y seco de la primavera castellana. Al dejar las puertas del hotel para introducirme en el bullicio ensordecedor de la ciudad no podía



menos que pensar en los otros Madrid que yo conocí, veinte años atrás, dieciocho años atrás, cuatro años atrás. Los vehículos son los mismos, los rostros cetrinos de larga nariz de los madrileños son los mismos, con idéntica mezcla de oscuras cabezas en forma alargada, y las mujeres con chales de colores oscuros no tienen un aspecto muy distinguido. Por descontado, ya no se ve más «gente bien». Están en Portugal y Sevilla, o en el cementerio. De todas maneras, nunca vi muchas de éstas tan temprano. Los hoyos causados por las bombas y las señales de los fragmentos que vuelan y las granadas de metralla no han cambiado el aspecto general de la calle, ni tampoco los carteles políticos fijados hasta sobre el menor espacio libre de pared, ni el hecho de que la gente vaya tan lamentablemente vestida y haya un predominio de uniformes de tela kaki y azul. Es el carácter de cosa corriente de todo ello lo que da esa sensación de pesadilla...

Resulta curioso observar cómo el menos español de los edificios de Madrid, la torre barroca de la Compañía Internacional Telegráfica y Telefónica de Wall Street, símbolo del poder colonizador del dólar, se ha convertido para las mentes de los madrileños en el símbolo de la defensa de Madrid. [...]

De regreso al hotel, caminando por las calles desiertas del destrozado barrio posterior del Paseo de Rosales, tenemos ocasión de ver entre las casas las más distintas variantes de fuego de granadas y bombardeos aéreos. El efecto semejante al de esas casitas de muñecas (abiertas, que dejan ver el interior) de juguete, es el más común: el frente o un lado de la casa seccionado, revelando conmovedoramente todo lo que ha sido deformado y arrasado: dormitorios, vestíbulos, cocinas, comedores, camas de hierro, retorcidas y colgando, arañas labradas pendiendo inútilmente, un piano suspendido en el aire, un aparador con platos, un espejo de marco pintado brillando sobre un amontonamiento de destrozos.

John Dos Passos, en *Esquire* **

Bajo el bombardeo, la Puerta del Sol ha quedado en poder de los vendedores ambulantes. Siembre han tenido algo de cantineros los vendedores de mechas, de cortaplumas y de anillos para los paraguas. Siempre han sido, naturalmente, vendedores de circunstancias. Ahora las circunstancias les han convertido en un verdadero ejército. El ejército de Mercurio, que sigue siempre al de Marte.

Allí encuentra el soldado la insignia, el pañuelo, el botón, el alfiler, la sortija, la fotografía que le hace falta. Sobre todo, el frasco de agua de colonia. La guerra huele mal: a todos los soldados de todos los tiempos les ha

gustado perfumarse. Napoleón, perdido en las estepas de Rusia, se daba fricciones de agua de colonia todas las mañanas. En la Puerta del Sol abundan los puestos de perfumería. [...]

El mercadillo de la Puerta del Sol es el paraíso de los soldados de Madrid. La Puerta del Sol es la primera plaza que hay detrás del frente.

Corpus Barga: *Paseos por Madrid*

Madrid, 20 de abril. Hoy es el décimo día de nutrido bombardeo indiscriminado de objetivos no militares en los barrios centrales de Madrid. Desde las cinco de la mañana la ciudad ha sido bombardeada por baterías de seis y tres pulgadas y baterías antiaéreas desde la colina de Garabitas, y dondequiera que vaya y a cualquier hora del día, durante el lanzamiento de más de doscientas granadas, no puedo perder de vista ni dejar de oler el polvo de granito gris blanquecino y el olor acre, altamente explosivo, ni evitar la vista de los muertos y heridos y de las manjeras que lavan, no el polvo, sino la sangre de calles y aceras.

Algunas granadas llegan después de un fuerte sonido al salir de la batería con un alarido rápido y sibilante. Otras, mayores, llegan con un grito curvo. La gente se dispersa hacia el amparo de los edificios y las plazas se vacían durante el bombardeo, pero en cuanto cesa, vuelven a sus quehaceres, impertérritos. El bombardeo de Madrid se ha prolongado lo bastante para enseñar a la gente qué granadas son peligrosas por sus ruidos, y aunque el bombardeo de hoy ha sido tal vez el peor sufrido por una población civil, con treinta y dos muertos y doscientos heridos, la vida ha seguido su curso normal. La gente no está impresionada a causa de la maravillosa insensibilidad adquirida en la guerra por todos excepto los cobardes, de modo que un terrible bombardeo se antoja, tras diez días de repetición cotidiana, algo completamente rutinario. [...]

El bombardeo es desconcertante porque, o bien significa que los fascistas están gastando toda la munición disponible con la esperanza de matar a toda la población supuestamente roja de Madrid (donde ni un solo amigo de este corresponsal de los tiempos en que viví aquí, fuera cual fuese su política o religión, ha sido ejecutado o dado por desaparecido en esta guerra, salvo los que han muerto luchando en el frente, y esto incluye a periodistas, toreros, hoteleros, pintores, anticuarios, médicos, ingenieros, propietarios de tiendas o de bares a quien he conocido y con quienes he pasado el rato en fechas recientes), o pretenden con el bombardeo de Madrid sembrar el terror como represalia o amenaza, porque

de dos mil a tres mil moros y guardias civiles están ahora aislados en sus posiciones de la Ciudad Universitaria.

Ernest Hemingway: *Despachos de la guerra civil española 1937-1938*²

Era la única ciudad en la que se podía ir al frente en tranvía. Las amigas y las *novias*, sabiendo que sus novios tenían una o dos horas libres en el frente, cogían el tranvía para ir a verles.

«Y allí, tras las barricadas y los parapetos, podías verles haciendo el amor mientras las balas silbaban por todas partes a su alrededor. De vez en cuando mataban a una pareja y encontraban sus cuerpos todavía enlazados en un último abrazo», recuerda Régulo Martínez.

Pensaba que la gente se acostumbraba a todo. Un día iba dando un atajo por la plaza de Bilbao, tras el edificio de la Telefónica —el más alto de la ciudad y el principal objetivo del enemigo—, cuando vio a dos críos de unos ocho y seis años jugando a las canicas. Había una vieja sentada en la entrada de un cine tomando el sol invernal. De repente un par de obuses que habían fallado el blanco cayeron en la plaza. Uno explotó, el otro se enterró en el suelo. Uno de los críos levantó la cabeza. «*Abuela*, están bombardeando. Vete a casa, *coño*, sólo los hombres pueden estar fuera ahora.» Y volviéndose se hacía su compañero, dijo «Venga, te toca...»

«No podía dar crédito a mis oídos. Me acerqué y dije: “Y vosotros también, iros inmediatamente a casa, aquí hay mucho peligro.” Me miraron y dijeron: “¿Que nos vayamos a casa? ¿Para qué?”»

La gente se «vacunaba» con fragmentos de metralla, e iba al cine a olvidar. Los hermanos Marx, películas soviéticas. A muchos madrileños les parecía que los bombardeos enemigos coincidían con la hora de la salida de los cines. «A algunos soldados que habían vivido lo peor de la lucha en el frente les mataban al salir de un cine de la Gran Vía por la noche.» Para jóvenes como Álvaro Delgado, lo más emocionante era el miedo que pasaban hasta ponerse a cubierto cuando empezaba el bombardeo. «Si conseguías llegar hasta la plaza del Callao y la esquina de la calle Preciados, sabías que estabas a salvo.» Una noche estaba viendo una película americana, algo que tenía que ver con Méjico, cuando el ruido de los disparos en la pantalla pareció acercarse de algún modo y de repente se apagaron las luces: había caído un obús en el cine.

El centro de la ciudad estaba siempre lleno de gente; pero a medida que te acercabas a la plaza de España se veía cada vez menos gente. A par-

tir de allí empezaban las barricadas de adoquines, y los centinelas impedían a la gente acercarse al frente.

Ronald Fraser: *Blood of Spain* *

Escritores en el Madrid sitiado (mayo - noviembre de 1937)

La guerra de España iba de mal en peor, pero el espíritu de resistencia del pueblo español había contagiado al mundo entero. Ya combatían en España las brigadas de voluntarios internacionales. Yo los vi llegar a Madrid, todavía en 1936, ya uniformados. Era un gran grupo de gentes de diferentes edades, pelos y colores.

Ahora estábamos en París en 1937 y lo principal era preparar un congreso de escritores antifascistas de todas partes del mundo. Un congreso que se celebraría en Madrid. [...]

Nunca había salido de París un tren tan lleno de escritores como aquél. Por los pasillos nos reconocíamos o nos desconocíamos. Algunos se fueron a dormir; otros fumaban interminablemente. Para muchos España era el enigma y la revelación de aquella época de la historia.

Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*

¡Por fin en Madrid!... ¡Ciudad querida, ciudad acogedora como brazos de mujer amada! ¡Ciudad que aún brindabas al viajero una incomparable dulzura de vivir, al amparo de tus cimborrios de Herrera, cerca de la silueta —¡tan goyesca!— de san Francisco el Grande! ¡Ciudad de contrastes; ciudad de Plaza Mayor y género chico, de rascacielos y tabernas arrabaleras, en que aún vaga —¡tan evidentemente!— la vasta sombra de Federico García Lorca!... ¿Cómo penetrar en tus entrañas martirizadas sin sentir el gran nudo de la congoja atravesándose en nuestra garganta?...

Son las nueve. La ciudad entera está sumida en la oscuridad, a pesar de que las aceras están llenas de gente. Los tranvías circulan lentamente, para evitar accidentes. Los automóviles y motocicletas militares, conducidos por milicianos, corren a una velocidad determinada por la mayor o menor urgencia de la misión por cumplir, los quepis de los oficiales, los uniformes azules del Servicio del Aire, los *kakis* de las milicias, han hecho su aparición definitiva. A lo lejos retumba el cañón. De cuando en cuando, un seco ta-

bleteo de ametralladoras desgarran la noche. Los reflectores exploran las tinieblas... ¡Ya estamos en plena guerra!

...Y sin embargo, algo que ya no me sorprenderá mañana me llena de estupor por el momento: la animación de las conversaciones, el sonido cabal de las risas, el rumor viviente y alegre que se desprende de esta multitud que regresa a sus casas amenazadas.

Comparadas con las de Madrid, las noches de Valencia resultan mucho más dramáticas. En Valencia se esperan sorpresas apenas se pone el sol. En Madrid no hay sorpresas que esperar. El cañoneo es constante. Se vive perennemente en el filo de la muerte. En cualquier instante los obuses enemigos pueden penetrar en vuestra casa, llevarse vuestro balcón, abrirle un nuevo hueco a la torre de la Telefónica —llamada por los madrileños «el colador», matar al pobre empleado que sale de una estación del metro, echar abajo una iglesia, llenar vuestra sopera de cristales rotos... En tales circunstancias, los madrileños han optado por la más heroica solución: *viven como si nada ocurriera*. Han abolido el luto.

Concurren a sus oficinas. Conservan su elegancia tradicional de otros tiempos. Van al cine para aplaudir a Marlene Dietrich y Greta Garbo. A la «hora de la cerveza» —pues la cerveza es la única bebida que escasea algunas veces y su expendio se verifica a horas fijas— se reúnen en sus cafés habituales...

¿Inconciencia?

¡No! Tal actitud se explica por la preexistencia en el carácter español de esa forma superior de la conciencia y de la serenidad que es el valor. Sin tener vocación de héroes, todos los habitantes de Madrid han sido capaces de heroísmo cuando las circunstancias lo han exigido.

Y para darse cuenta de ello, basta echar una mirada sobre el espectáculo que nos rodea. La Cibeles con sus leones rotos. La Gran Vía y la Calle de Alcalá roídas por las explosiones. La Puerta del Sol, con sus edificios de cuatro pisos *vaciados* por las bombas aéreas. La habitación que yo solía ocupar en el hotel Gredos —Plaza del Callao— abierta sobre la calle por un obús que le llevó dos metros de pared...

Frente a nuestro hotel, situado en un costado de la Plaza de Santa Ana, una iglesia deshecha por los bombardeos exhibe sus heridas.

El botones que me ayuda a subir mis maletas al quinto piso va cantando distraídamente, a media voz:

Madrid, qué bien te guardan.

Madrid, qué bien te guardan.

*Madrid, qué bien te guardan,
mamita mía,
tus milicianos,
tus milicianos.*

Alejo Carpentier: *Crónicas*

Los delegados del Congreso viajamos en una flotilla de coches de la frontera española a Barcelona, Valencia y Madrid. En todas partes nos agasajaban, en todas partes nos recibían con el mismo entusiasmo y generosidad de un pueblo que parecía tener una fe conmovedora en que la presencia de «los intelectuales» fortalecía su resistencia. [...]

El Congreso sirvió para mostrar que había intelectuales de muchos países que iban al Madrid bombardeado para manifestar su oposición al fascismo. Además permitió a los escritores extranjeros conocer a los variados, fantásticos, paradójicos, sutiles y sin embargo vehementemente simples poetas y escritores españoles: hombres como el grandioso y retórico Rafael Alberti, una especie de comunista barroco; el paradójico y sensible José Bergamín, discípulo de Unamuno, con una mente al mismo tiempo caprichosa y precisa, un poco como la de E. M. Forster; o el poeta Machado, absorto en su mundo de puros valores poéticos, que recordaba a Walter de la Mare; o el más asombroso quizá de todos, el joven soldado-poeta de Madrid Miguel Hernández, campesino y pastor originario del pueblo de Orihuela. [...]

El Congreso, con todas sus buenas cualidades, tuvo algo de Fiesta de Niños Mimados, algo que sacaba a la luz lo peor de muchos delegados.

La farándula de intelectuales tratados como príncipes o ministros. Llevados durante centenares de millas por hermosos paisajes y pueblos destrozados por la guerra, aclamados con vítores y ovaciones entre corazones afligidos, viajando en Rolls-Royces, homenajeados con banquetes, fiestas, cánticos y bailes, fotografiados y dibujados, tenía algo de grotesco. De vez en cuando ocurría algún incidente que parecía un reproche, una burla hiriente surgida de la realidad que tan cuidadosamente nos habían ocultado. (...) Discursos, champán, comida, recepciones y habitaciones de hotel eran un seto espeso que nos separaba de la realidad.

Stephen Spender: *World Within World**

Nuestra primera noche en Madrid fue relativamente tranquila. No salimos del hotel, ya que Corpus Barga nos advirtió que «estábamos en ciudad en estado de guerra» y que no era oportuno hacerlo después de las nueve, mientras nouviésemos nuestros salvoconductos debidamente extendidos y legalizados... A las seis de la mañana fuimos despertados por un cañoneo intenso aunque lejano y por algunas salvas de ametralladora. Pero ya las tinieblas de una noche más —¡cuántos dirán en Madrid: «ha pasado una noche más!»— se habían disipado ante el sol espléndido que tiñe de oro los celajes de la meseta castellana. Ya podíamos emprender el segundo descubrimiento de una ciudad transfigurada por la lucha.

En su aspecto meramente humano, el despertar de Madrid se asemeja al despertar de cualquier urbe en tiempos de paz. Los trabajadores de obras públicas realizan su faena habitual, haciendo rodar latas filarmónicas a lo largo de las aceras. Los tranvías organizan el ritmo de su periodicidad. Los últimos barrenderos desaparecen misteriosamente, llevando su escoba en el hombro, como brujos sorprendidos por el canto de un gallo. Los gatos nocturnos, con las retinas contraídas, organizan su retirada ante la aparición de los primeros perros.

Las ventanas se abren, y en el aire fresco de la mañana nacen y crecen risas de niños...

Sin embargo, estamos en una ciudad martirizada, en una ciudad cuyas calles, cuyas casas, cuyo suelo, han sido arados por la muerte. Aunque los obreros madrileños renuevan cada día su labor de Danaides, consistente en retirar escombros, apuntalar murallas inestables o rellenar huecos tan profundos que llegan hasta los túneles del Metro, no les ha sido posible borrar totalmente las huellas de los bombardeos, reconstituyendo el paisaje urbano en su integridad. La Puerta del Sol, la Gran Vía, la calle de Alcalá, parecen haber pasado por un terremoto. Los edificios presentan resquebrajaduras de treinta metros de alto. Estatuas decapitadas y caballos de bronce suspendidos en el vacío. La torre de la Telefónica, milagrosamente sostenida en equilibrio, está atravesada de parte a parte por innumerables obuses. En la Puerta del Sol, dos casas de varios pisos han quedado reducidas a cuatro paredes negras plantadas en un yermo. Una fachada de la casa de Correos está totalmente estropeada por una explosión. El Museo del Prado ha sido herido por bombas incendiarias. Sólo quedan ruinas del Café Cristina, en la calle Mayor. Una bomba caída en los alrededores de Atocha ha suprimido —¡la palabra es exacta!— la mitad de un *building* de siete pisos, cuyas habitaciones quedan abiertas sobre la calle como los cuartos de una casa de juguete. La Carrera de San Jerónimo presenta idénticos cuadros de devastación... ¡Hasta la histórica Cibeles ha sido rota por los obuses!

—¡Esto no es nada! —me dice Herrera Petere—. ¡Cuando vean ustedes el barrio de Argüelles!...

...Estábamos en aquel instante junto a la estación del Metro de Correos. Diez días después un obús caería en aquel mismo sitio, matando a quince personas.

Alejo Carpentier: *Crónicas*

Madrid duerme, o más bien Madrid finge dormir. No hay un punto luminoso, un ruido. El estruendo fúnebre, que en lo sucesivo repercutirá cada dos minutos, se ahogará una vez tras otra en un silencio de muerte. No provocará en la ciudad ni un rumor, ni un trastorno. Se implantará cada vez como una piedra en las aguas. He aquí, por encima de nuestras cabezas, en las estrellas, este chorreo de botella descorchada, un segundo, dos segundos, cinco segundos. Retrocedo, a pesar mío. Me parece que voy a recibir el golpe y ¡pum!, es como si la ciudad entera se desplomase.

Pero Madrid emerge siempre. Nada se ha venido abajo, nada se cuarteó, nada ha cambiado: el rostro de piedra sigue puro. [...]

Están los que acaban de morir, y también los que acaban de escapar del peligro. Ochocientos mil habitantes, menos una docena de víctimas, reciben su prórroga. Entre el burbujeo y la explosión, ochocientos mil seres se encontraban en peligro de muerte.

Antoine de Saint-Exupéry, en *Paris Soir***

Por una razón íntima y sentimental quise ver la plaza del Mercado del Carmen donde, en otras épocas, había venido varias veces al alba, con una amiga, para comprar frutas recién traídas del campo...

Las naves del mercado han desaparecido, transformándose en unos cuantos montones de escombros reunidos entre sí por cañerías atirabuzonadas. Las casas que las rodeaban han perdido hasta su aspecto de casas, asemejándose más bien a terrones de azúcar que comenzaron a derretirse en una taza de té hirviente. ¡Pobre Mercado del Carmen!...

Unos niños juegan entre los escombros. Cantan. Me acerco para oír lo que cantan... Y en medio del paisaje de guerra, surgen, conmovedores, increíbles, los tres cochinitos de Walt Disney, primos del ratón Miquito y del gato Félix. La música que popularizaron los tres héroes del dibujo animado hace girar ahora una rueda de chiquillos asidos de la mano. Es el tema que



conocen todos los chiquillos del mundo, pero con palabras nuevas. Palabras que hablan del «lobo malvado» transformado en artefactos de muerte:

*Cuando pasa la aviación,
la aviación,
la aviación,
tira balas de cartón,
de cartón,
de cartón,
ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.*

...¿Creéis que a un pueblo de este temple se le puede dominar por la violencia?...

Alejo Carpentier: *Crónicas*

Suena el timbre del automóvil de una ambulancia. Salgo a la calle. Doblo otra esquina. En el suelo hay dos grandes piedras rotas y polvo de cristales. Crujen los pasos. Del balcón de una casa pende la baranda de hierro. En la acera hay dos bultos cubiertos con mantas. Un guardia de asalto está allí en posición de firmes. Pasa una muchacha jugando con su perro.

—¡Cuidado! —advierte el guardia— Cógelo; no lo dejes aquí, suelto.

Pasan hombres y mujeres —las jóvenes, bien peinadas, bien calzadas; los hombres, con boina o sin sombrero—. Van como iban por la calle todas las mañanas, antes del bombardeo, a sus oficinas, a sus compras. Pasan gravemente, sin detenerse, por delante de los bultos cubiertos. Circulan los tranvías, deteniéndose a cada parada. Corren los automóviles. Uno, un furgón negro, se para. Saltan de él dos hombres. Se acercan a uno de los bultos, lo envuelven en la manta que lo cubre y lo llevan al furgón. Hacen lo mismo con el otro bulto. El furgón-automóvil desaparece. Del portal más próximo sale el portero con un cubo de agua y limpia la acera. No hay más curioso que yo. Continúo mi paseo. [...]

Se oyen las bocinas de los automóviles, los timbres de los tranvías, la música atronadora del altavoz de un cinematógrafo, el grito de la vendedora de billetes de lotería, las voces de un vendedor de refrescos, otros vendedores ambulantes de insignias, corbatas y pañuelos, que anuncian su mercancía; se oye hasta el violín ronco de un ciego. Todos estos ruidos se confunden y se destacan del rumor total callejero. Como el silbido de la granada. La explosión, si la granada se aleja un poco, se pierde.

—Fíjese usted: no se nota el ruido de los proyectiles; no se diría que están bombardeando —hace observar un paseante a otro.

Este otro también es observador y contesta:

—¡Nada! Que Madrid sigue siendo la ciudad más ruidosa del mundo. ¡El bombardeo apenas se oye!

Corpus Barga: *Paseos por Madrid*

Los fascistas, rechazados de Madrid, resistían en algunos edificios de la Universidad. Otros estaban ocupados por las tropas republicanas.

Entré en un edificio cuyas ventanas estaban protegidas desde media altura por sacos terreros. Por encima de ellos se colaban de vez en cuando las balas disparadas desde el edificio de enfrente, en manos de los fascistas.

Ya que se encontraban en la Universidad, los soldados republicanos estaban aprendiendo a leer y a escribir. Las paredes estaban cubiertas de alfabetos y mapas, por lo que todo el lugar parecía una escuela de niños que se habían disfrazado de soldados y jugaban a la guerra.

Entré en un aula con hileras de asientos dispuestos en anfiteatro que descendían hasta el estrado del profesor. Sin pararme a pensar, empecé a bajar hacia él. Un guardia me gritó que volviera inmediatamente. Entonces advertí un cadáver, tendido en el suelo bajo la pizarra. Aquella tarima estaba en la línea directa de fuego de una ventana que se abría al fondo de la sala.

Stephen Spender: *World Within World* *

A cien metros de la Plaza del Callao se inicia una zona militar cuya visita resulta más emocionante que la de los propios campos de batalla —Guadalajara, Brunete— en terreno descubierto. Más emocionante, porque constituye uno de los puntos neurálgicos de la defensa de Madrid, y porque la violencia de la lucha se hace más evidente aún sobre una decoración casi irreal de casas y de calles arruinadas, que conservan, a pesar de todo, algo de su aspecto pasado.

Después de trazar innumerables zigzags entre los enormes parapetos de concreto, superpuestos y escalonados, que transforman las calles en un laberinto de barricadas inexpugnables; después de dejar a nuestra izquierda el Cuartel de la Montaña, roído y ennegrecido como restos de ciudadela asiria, penetramos en la calle Alberto Aguilera, cuyos edificios horadados, acribillados, rotos, yerguen un último biombo de piedra entre nosotros y las ametralladoras falangistas.

Aquí no queda una casa sana, un ladrillo sin herida, un árbol con las ramas enteras. Las fachadas se han abierto, como tapa de armario, dejando ver el interior de los departamentos, la intimidad de las habitaciones. Intimidad que violamos con un asomo de vergüenza, como quien leyera cartas que no le fueran destinadas. Intimidad que nos conmueve, sin embargo, porque conoció *actos* de vida y llantos de muerte, y porque en ella nacieron sueños de hombre. Cámara rosa, que debe haber sabido de júbilos nupciales; cámara gris, que ha oído el último suspiro de ancianos cuyos retratos adornan las paredes. Objetos humildes, sin más valor que el conferido por un recuerdo o una ternura humana: un cofrecillo de cobre repujado, un óleo de poca alcurnia, una muñeca sonriente, una cortina bordada por la niña amada, un caballito de madera, sublime a pesar de su fealdad... Todos estos objetos están ahí, donde los sorprendió el último bombardeo, sin que nadie alzara la mano hacia lo que no fuera suyo... Pablo Neruda, que se ha empeñado en visitar su departamento de otros tiempos, hoy acribillado por los cascos de obús y la metralla, encuentra intactos, en casa habitada por los milicianos, sus ediciones raras, sus máscaras javanesas, sus *souvenirs* de poeta viajero. Su *Góngora* monumental sólo ha sufrido un percance; está atravesado de parte a parte por una bala. Un miliciano filósofo que nos acompaña recoge el trozo de plomo al pie de la biblioteca:

—Es increíble que esto pueda matar a un hombre. ¿Qué daño quieren ustedes que le cause al organismo un pedacito de metal de esta clase?

—¿...?

—¡Lo terrible es la velocidad que trae! ¡Lo que mata es la velocidad!...

Alejo Carpentier: *Crónicas*

Por fin llegamos a Madrid. Mientras los visitantes recibían bienvenida y alojamiento, yo quise ver de nuevo mi casa que había dejado intacta hacía cerca de un año. Mis libros y mis cosas, todo había quedado en ella. Era un departamento en el edificio llamado «Casa de las Flores», a la entrada de la ciudad universitaria. Hasta sus límites llegaban las fuerzas avanzadas de Franco. Tanto que el bloque de departamentos había cambiado varias veces de mano.

Miguel Hernández, vestido de miliciano y con su fusil, consiguió una vagoneta destinada a acarrear mis libros y los enseres de mi casa que más me interesaban.

Subimos al quinto piso y abrimos con cierta emoción la puerta del departamento. La metralla había derribado ventanas y trozos de papel. Los li-

bros se habían derrumbado de las estanterías. Era imposible orientarse entre los escombros. De todas maneras, busqué algunas cosas atropelladamente. Lo curioso era que las prendas más superfluas e inaprovechables habían desaparecido; se las habían llevado los soldados invasores o defensores. Mientras las ollas, la máquina de coser, los platos, se mostraban regados en desorden, pero sobrevivían, de mi frac consular, de mis máscaras de Polinesia, de mis cuchillos orientales, no quedaba ni rastro.

—La guerra es tan caprichosa como los sueños, Miguel.

Miguel encontró por ahí, entre los papeles caídos, algunos originales de mis trabajos. Aquel desorden era una puerta final que se cerraba en mi vida. Le dije a Miguel:

—No quiero llevarme nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera un libro?

—Ni siquiera un libro —le respondí.

Y regresamos con el furgón vacío.

Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*

Al llegar a cierta encrucijada se detiene nuestro guía, un miliciano amigo:

—Debo advertirles que si quieren salir al paseo de Rosales será por su cuenta y riesgo. Estaremos, en pleno, a la vista de las avanzadas enemigas. Tengo, pues, que declinar toda responsabilidad...

—¿Es interesante?

—¡Hombre!..., ¡interesante sí es, claro está!

Pita, Neruda, Vallejo, Octavio Paz y yo nos concertamos con una mirada.

—¡Vamos!

—¡Adelante, pues!

Centenares de milicianos montan la guardia a lo largo de la calle Alberto Aguilera. Están sentados —con el fusil atravesado en las rodillas— en el borde de las aceras o en muebles cojos que han caído de las casas: bancos de cocina y butacas Luis XV, taburetes de piano y sillones de mimbre. El centro de la vía está constelado de cristales rotos, tejas quebradas, cazuelas agujereadas, botellas trucas, maderos con clavos enmohecidos, asas de ollas y tibores. En la esquina, un fogón de campaña caliente un rancho apetitoso. El cocinero reparte panes de libreta a los soldados. Como hace calor, los jarros desfilan por el garfio de un barril de cerveza recién traído de la ciudad.

—¡Salud!

—¡Salud!

Se escucha la voz de nuestro guía:

—¡Doblar a la izquierda!

Veinte metros de calle fortificada. Paredones de concreto, detrás de cuyas almenas aguardan las ametralladoras, mudas por el momento.

Y, de pronto, la inmensidad de la meseta castellana. Estamos en el paseo de Rosales, al borde de la cuesta histórica —uno de los ejes de la defensa de Madrid— donde se rompieron siete ofensivas moras desde el principio de la guerra.

—¡No formar grupo! ¡Y si pasa algo, tirarse al suelo!...

Debe creerse, en efecto, que el lugar es poco recomendable, a juzgar por el aspecto de la trinchera que bordea al paseo a tres metros de nosotros. Trinchera recubierta casi íntegramente de bóvedas de tierra y piedra, o de sacos de arena, donde los hombres sólo se hacen visibles cuando asoman la cabeza por diminutos tragaluces y huecos de aireación.

Nuestro guía nos señala un bosquecillo cuyos árboles desgarrados se alzan a menos de un kilómetro.

—¡Ahí están «los otros»!

Nuestros ojos comienzan a habituarse a la contemplación de un terreno que parece haber sufrido una monstruosa convulsión geológica. Terreno deshecho en agujeros y purulencias, embudos y cráteres, con montones de tierra removida, árboles con las raíces vueltas hacia el cielo, baldosas hendidas que señalan que ahí se alzó una vivienda. Nuestras miradas aprenden a discernir lo que aún vive en medio de estos diagramas de muerte, lo que aún es voluntad y premeditación en ese mapa de cataclismos. ¡Efectivamente! Ahí están *los otros*, en sus trincheras desdibujadas por las obras de defensa y *camouflage*. Se les divisa a simple vista, fugazmente, cuando algún centinela insurgente se escurre entre las ruinas, lanza una ojeada sobre el «*no man's land*» del Manzanares, o se insinúa entre los árboles reducidos a esqueleto. Parecen «pequeñas hormigas», como dijo Moreno Villa, pero «pequeñas hormigas» que llevaran turbante y embozo blanco de moro.

Alejo Carpentier: *Crónicas*

Madrid surge fantástico, igual que la dentadura millonaria de un monstruo macrocósmico. En danza de sombras colosales, el acero y el cemento arrojan sus siluetas a las calles... Los balcones cerrados y miopes hacen pensar en colmenas dormidas. Rondan las nubes, unas pocas nubes temblorosas, como bufandas grises; como bufandas grises con flecos de plata.



Un coche cruza velozmente por Cibeles. Suenan disparos. Crepita la multitud sobre los techos más altos. Se despreza el cañón antiaéreo. Atisba la ametralladora las voces tableteantes. Miles de ojos enfocan el cielo. Los reflectores empiezan a partir el vientre oscuro de la noche.

Y súbitamente un hervor de caldera desenfundada empieza a surgir de las entrañas de la ciudad inmensa. Suben y bajan los ascensores, racimos humanos pueblan las escaleras. Una que otra linterna trémula señala la ruta. Lloran los niños asustados... Los sótanos y las estaciones de los metros se saturan de compactas multitudes. Y la sirena aúlla, largamente, prolongadamente.

Demetrio Aguilera Malta: *Madrid***

A lo largo de este «paseo» de Rosales reina hoy el silencio más absoluto que hayan percibido nuestros sentidos: verdadero silencio de muerte. Ha comenzado esta mañana la ofensiva republicana sobre Brunete, lo cual significa tregua momentánea en este frente. Los milicianos permanecen en sus trincheras que más bien parecen galerías de topos. No se les oye. No se les ve. Cada diez o veinte metros un centinela atisba el paisaje hostil por el hueco de una atalaya, con la mano apoyada en el cañón de su ametralladora. Expresión de voluntad, de concentración de todos los sentidos en su tarea de vigilancia. No se vuelve siquiera al sentir nuestros pasos. Silencio... Silencio... Silencio...

La calzada está cubierta de enormes cascos de obús, de formidables vi-rutas de hierro, de casquillos y balas. Tremendos hongos de metal han ido a encajarse en el asfalto, creando una horrorosa vegetación lunar. Las casas que existían —hay que hablar en tiempo pretérito—, a nuestra derecha, no son ya sino cavernas informes, producto de alguna caries monstruosa. ¿Y el quiosco de la Moncloa, donde tantas veces oí ejecutar prestigiosamente el *Andantino* de la *Séptima sinfonía*? Está ahí, hecho una maraña de alambres y de barrotos, en su media plataforma donde las granadas hicieron carambolas de fuego. A su alrededor yacen los postes del alumbrado, como plantas derribadas por un ciclón. [...]

Muchos vecinos del barrio de Argüelles se han negado a abandonar sus casas, a pesar del llamado de las autoridades. Conviven con los milicianos, comparten sus momentos de alegría o de necesaria despreocupación. Como sus viviendas han perldido, en muchos casos, un piso o una pared, se han habituado a entregarse a sus quehaceres domésticos al aire libre. Cocinan en la calle. Comen debajo de los árboles. Tienden su ropa de accra a acera. Todavía quedan, en esa zona, algunos almacenes abiertos.

Durante un paseo por el barrio de Argüelles he contemplado este espectáculo increíble: en el medio salón de una media casa, bajo un medio techo, junto a una media ventana, una muchacha sonriente y linda hace sus ejercicios en un medio piano.

La parte del teclado correspondiente a la clave de *fa* ha desaparecido. Sólo quedan las notas de la clave de *sol*.

Estamos a 7 de julio. Esta tarde caerá Brunete en manos de los republicanos. Esta noche viviremos el bombardeo más terrible que ha conocido Madrid en un año de guerra.

Pero el estrépito infernal de cuatrocientos obuses cayendo sobre la ciudad no borraré de mi memoria el sonido conmovedor del pobre piano herido —piano del barrio de Argüelles—, cuya canción en clave *sol* ha sido para mí una expresión simbólica de la resistencia de Madrid.

Alejo Carpentier: *Crónicas*

Dábamos vueltas en torno a Madrid como las polillas de noche en torno a una vela, que se acercan hasta casi quemarse y se alejan revoloteando, vuelven a acercarse y una ráfaga de viento las arroja contra la llama. Así era Madrid. (...) Y qué ocurrencia la de plantar una capital en medio mismo de Castilla. Que en mitad de aquel desierto hubiera una ciudad grande y hermosa parecía increíble, era sólo una alucinación, te acosaba como le acosa al sediento la imagen del agua que brota. Pero Madrid existía: de noche reverberaba rojo en el cielo por los incendios que provocaban nuestros aviones; sólo a veces pensaba que en aquella ciudad había niños y ancianos, mujeres que gritaban de dolor y casas en las que vivían miles y miles de personas. Pensaba «el antimonio, el fuego», pero el reflejo estaba tan lejos, nos costaba tanta sangre y dolor aquella ciudad de alucinación, que habitualmente miraba la roja aureola de muerte como de niño, en el campo, miraba las lejanas girándulas de fuego de la fiesta de San Calogero: un lejano juego luminoso de la noche.

Leonardo Sciascia: *Gli zii di Sicilia* *

Madrid, 30 de septiembre. Dicen que uno nunca oye la que le acierta. Esto es verdad sobre las balas, porque cuando se oyen, ya han pasado de largo. Pero este corresponsal oyó la última granada que cayó en este hotel. La oyó salir de la batería, venir con un fuerte silbido, como el de un tren me-

tropolitano, chocar contra una cornisa y llenar la habitación de yeso y cristales rotos. Y mientras el cristal aún tintineaba y ya esperaba oír la próxima, me di cuenta de que ahora, por fin, había vuelto a Madrid.

Madrid está tranquilo ahora. Aragón es el frente activo. Se lucha poco alrededor de Madrid, exceptuando el minado, contraminado, ataques a trincheras, disparos de mortero y emboscadas en la constante guerrilla de sitio que continúa en Carabanchel, Usera y la Ciudad Universitaria. La ciudad se bombardea muy poco.

Algunos días no hay bombardeo y el tiempo es espléndido y las calles están atestadas. Las tiendas rebosan de ropa y todas las joyerías, tiendas de fotografía, galerías de arte y tiendas de antigüedades están abiertas y los bares se llenan. La cerveza escasea y el whisky es casi imposible de obtener. Los escaparates están llenos de imitaciones españolas de toda clase de cordiales, whiskys y vermouths. Éstos no se recomiendan para uso interno, aunque yo empleo algo llamado «Milords Escocés Whiskey» para después del afeitado. Escuece un poco pero me siento muy higiénico. Creo que serviría para curar el pie de atleta, pero hay que tener mucho cuidado para no derramarlo sobre el propio traje porque se come la lana. La gente está alegre y los cines, con las fachadas protegidas por sacos de arena, se llenan todas las tardes. Cuando más cerca está uno del frente, tanto más alegre y optimista es la población. [...]

En este momento ha caído una bomba en una casa de esta calle, un poco más arriba del hotel donde estoy escribiendo esto. Un niño llora en la calle. Un miliciano lo recoge y consuela. No ha matado a nadie en nuestra calle y la gente que había empezado a correr, afloja el paso y ríe nerviosamente. Quien no había hecho ademán de correr mira a los demás con aire superior y la ciudad donde vivimos ahora se llama Madrid.

Ernest Hemingway: *Despachos de la guerra civil española 1937-1938* 2

¿Qué alegría se preparaba a celebrar este pueblo nómada acampado en Madrid? ¿La resistencia china, ya que todos los periódicos estaban conformes aquella mañana en que, si se había perdido Gijón, los chinos resistían en Shanghai? Al salir de mi casa me acordé de que no andaba muy lejos el 7 de noviembre, la fecha gloriosa en que el Gobierno salió despavorido de Madrid. Y me acerqué al palacio de la esquina, de cuyas cornisas colgaban ya flámulas y banderas.

—¿Por el 7 de noviembre todo esto?

—También.

—¿Cómo también?

—Es que antes está el veinte aniversario de la revolución rusa.

Efectivamente, en la Puerta de Alcalá, utilizando los huecos, se enmarcaban retratos colosales de Lenin y Stalin; las estatuas del bulevar aprovechábanse para sujetar cartelones con la cara de Stalin y de Lenin; Lenin y Stalin tenían un monumento en cada plaza, en cada encrucijada, en cada esquina.

Julio Camba: *Madridgrado* **

La visita de Laurie Lee (enero de 1938)

A principios de enero me ordenaron ir a Madrid, lo que me sorprendió bastante, pues esperaba que me mandaran a otra parte. La orden me la comunicó el comisario político, y venía del capitán Sam de Albacete, que al parecer no me había olvidado.

Quería que fuese, con él y otros, a hacer unas emisiones desde Radio Madrid para América. Era el segundo invierno de frente de guerra en la capital, sitiada, medio cercada, incrustada como un puño en la boca de Franco y firmemente apretada contra sus dientes. [...]

Anocheecía ya cuando llegamos a los suburbios de la ciudad, ensartados de parte a parte en las líneas enemigas. Había poco que ver: sacos terribles reventados, carreteras levantadas, barricadas de ladrillos y armazones de camas, ventanas cegadas, tiendas y bares cerrados.

Había conocido brevemente Madrid en el verano anterior a la guerra, cuando tenía un aire ligero de fiesta parca y modesta. Ahora, con el asedio y el invierno, el cielo estaba bajo y mientras nos acercábamos al centro de la ciudad, pasando entre los centinelas embozados de las barricadas, las calles parecían vacías salvo por algunas figuras presurosas, inclinadas y envueltas en capas, que volvían a casa.

Sin embargo, encontramos un sitio bastante cómodo para pasar la noche. Nos alojaron en un hotelito bohemio junto a la calle Echegaray, cerca de la Puerta del Sol. Ramón, nuestro chófer asturiano, acampó sobre los adoquines bajo su camión, para hacerle compañía, según dijo. El hotel estaba regentado por un comité, que nos recibió en una mesa del vestíbulo y nos dio vales de comida acompañados por saludos con el puño en alto. Nos sentamos en el comedor, al principio intimidados y envarados, como niños huérfanos esperando nuestra sopa de beneficencia. Pero la comida, cuando llegó, aunque pobre resultó lasciva, servida como fue por joviales milicianas.

Tenían el oscuro poder físico del que son conscientes las chicas españolas desde temprana edad, con cuerpos menudos y bravíos, ojos rasgados y aceitinados y voces como rayos láser. Llevaban amplios monos azules, pero tan apretados en la cintura y tan profundamente escotados por delante que daban la impresión de acabar de levantarse medio desnudas de camas deshechas.

Sólo el capitán Sam parecía ajeno a la atmósfera erótica de aquel lugar, sentado con la cabeza inclinada, pergeñando manifiestos sobre la mesa, con un puro torcido en la boca. Él y un par de viejos de cara tiznada, probablemente delegados de alguna remota comuna de pueblo, que guardaban un tieso silencio ceremonioso, con la piel de los pómulos tensa y las ásperas manos aferradas a las rodillas.

Por lo demás recuerdo el ruido, casi el frenesí de aquel comedor en un sótano, aquella noche de invierno en el corazón del Madrid sitiado; los carteles bélicos en las paredes con sus planos héroes recortados y sus lemas de alerta, desafío y vigilancia; las fuentes de simples patatas cocidas, muchas de ellas negras por la helada; las descaradas milicianas escurriéndose ágilmente entre las manos tendidas de los soldados; y los soldados, malhablados, echando mano a las chicas y a la comida, y sonriendo en torno con placer alelado.

Había allí jóvenes veteranos y novatos medio instruidos, combatientes que estaban a un corto trayecto de autobús del frente, los que habían escapado por un pelo de la muerte y los que habrían de morir muy pronto; unos cuantos oficiales, agentes, espías, ganchos y periodistas, todos los cuales habían encontrado en aquel sótano, en medio de aquella enorme ciudad oscura, un momento incongruente de solaz provisional.

Laurie Lee: *A Moment of War**

El estudio de radio estaba en un sótano oscuro, húmedo y malsano en una casa de estilo victoriano. Mientras bajábamos por las escaleras, dando trapiés y saltando sobre montones de desperdicios, el edificio palpitaba y roncaba con durmientes de todas las edades, pues la mayor parte de las habitaciones habían sido asignadas a familias de soldados.

Sam nos condujo hasta un cuartito exiguo atestado de bobinas y válvulas, donde un joven locutor rubio, sudando en mangas de camisa, leía un parte de guerra en inglés teutónico. Guiñó el ojo a Sam cuando entramos y señaló hacia una mesa, en torno a la cual nos agrupamos. Finalmente, desde aquella diminuta celda en Madrid, saturada de vapores de vino y humo de

tabaco, empezamos nuestra emisión, radiada a tres mil millas a través de los mares invernales. Me pregunté quién podría estar escuchando. ¿conductores de camión encerrados en sus cabinas, jóvenes radioaficionados escrutando las ondas, aburridos camareros y maridos buscando las noticias deportivas vespertinas, viudas en mansiones de Long Island esperando a sus amantes?

Dudo que pudieran, quisieran o lo hicieran. Sam cogió el micrófono y leyó el manifiesto que habíamos pergeñado juntos, terminando con una lista de nombres de algunos héroes de la Brigada Lincoln. Como punto culminante teníamos pensado poner unos compases de la Internacional, pero mezclamos las etiquetas y pusimos en vez de ello el «Vals del patinador». Pero yo tenía la sensación de que no podían oírnos de ningún modo, de que los micrófonos no estaban conectados a ningún sitio, de que todo aquello no era más que una pantomima para aplacar a los dioses.

A pesar de todo seguimos adelante. Llegó el turno de Esterhazy e Ignacio, que recitaron con voz retumbante y aflautada lo que habían preparado de Machado. No sé el efecto que un oscuro poema español, en una mala traducción inglesa, leída al alimón por un exultante austriaco y un joven madrileño nervioso, pudo tener en una incierta audiencia a miles de millas de distancia, pero es dudoso que consiguiera atraer su atención unánime o conmover alguna fibra en sus pechos. [...]

La irrealidad desapareció cuando empezó el bombardeo, a eso de las tres de la mañana. Primero lo oímos como un lejano estampido metálico, afilado y pulido por el aire glacial, seguido por un silencio contenido, un zumbido que se acercaba rápidamente y luego el breve estruendo de la mampostería explotando. Curiosamente estos ruidos parecieron después plegarse sobre sí mismos, retrocediendo en oleadas de silencio, gritos, pies corriendo y finalmente chillidos lejanos.

El primer obús rompió algunos cristales, sacudió las paredes del estudio, hizo oscilar los muebles y levantó algo de polvo. El ingeniero nos hizo señas de que siguiéramos, y así lo hicimos, y al fin la emisión pareció adquirir algún sentido. Empezamos a hablar con voces normales, preguntándonos unos a otros por qué estábamos aquí. La cara del capitán Sam recobró su original calma proteica. Enderezó la espalda y recuperó su autoridad. Seguían cayendo obuses, tanto cerca como lejos, a intervalos de varios minutos. Se abrió la puerta del estudio y entró un grupo de mujeres con bultos de niños dormidos o lloriqueantes. Las caras de aquellas mujeres tenían una palidez de paciencia y hambre, como si se las hubieran frotado con húmedas cenizas grises. Se inclinaron ante nosotros con aire de disculpa, dudaron un momento y luego se dejaron caer en círculo alrededor de las paredes. Si tene-

mos que morir, muramos donde hay luz, entre nuestros semejantes, y cerca del poder de estos hombres que hablan una especie de latín, como sacerdotes.

De modo que en aquel semisótano abarrotado en la ciudad asediada, rodeados de nuestro público refugiado envuelto en mantas, y con su fondo sonoro de restregar de pies, suspiros y murmullos, punteado por los estampidos intermitentes de las explosiones en el exterior, seguimos hablando, leyendo poemas y pasándonos el micrófono, mientras los grandes ojos asustados de las mujeres permanecían clavados en nuestras bocas como si estuviéramos conjurando para ellas, en nuestra lengua extranjera, hechizos mágicos, sortilegios y plegarias.

Poco después el locutor alemán me tendió bruscamente un violín baqueteado, con un viejo arco como una fusta destrenzada. A la vista del instrumento las caras se suavizaron, los ojos se iluminaron y los niños dormidos fueron despertados a pellizcos. «¡Música!... ¡música!», corrió el susurro a nuestro alrededor. Y volví a ver aquellas expresiones de afable placer y expectación que había conocido en los pueblos pobres españoles antes de la guerra.

No toqué mucho, las cuerdas estaban raídas y grasientas, pero me las arreglé para rascar algunos viejos aires de danza españoles que había aprendido en mi estancia anterior, y los toqué lo más fuerte y deprisa que pude. Una experiencia intensa, con el olor del frío y la cordita, el zumbido de los obuses por encima, las mujeres veladas ladeando e inclinando la cabeza y la noche madrileña que compartíamos: intensa e inolvidable. Cuando terminé, el capitán Sam anunció que un voluntario británico acababa de dar un recital de violín. Los dos sabíamos que no era eso. Las mujeres sentadas en el suelo me miraban con benévola indulgencia, como si mirasen al crío de un vecino que da sus primeros pasos.

Laurie Lee: *A Moment of War**

La experiencia de volver a estar en Madrid, contrastando su fría desolación actual con los días despreocupados de mi anterior visita, me impulsó a salir en busca de algunos de los lugares que había conocido entonces.

Encontré la Puerta del Sol envuelta en un manto grisáceo, y recordé el bullicio de antaño en los cafés, los timbrazos de los tranvías, los gritos de los vendedores de lotería, el contoneo de las criadas con sus cestas de hortalizas recién lavadas, los jóvenes pavoneándose y los panzucos policías en las esquinas.

Ahora estaba vacía y silenciosa, los cafés cerrados, unas cuantas mujeres apiñadas ante una tienda con las persianas echadas. Pobre como era cuando la conocí, siempre había cierta sensación de fiesta en la ciudad, un entusiasmo desafiante por los deleites y placeres, puestos callejeros de palomitas, altramuces, pipas de girasol, cigarrillos infames y paquetitos de papel de caramelos ácidos. Nada ahora, naturalmente, ni olor a pan o a aceite ni las tufaradas de pescado frito que animaban las callejuelas en torno al centro de la ciudad: sólo un olor mohoso a caballos, paja, cañerías rotas y enfermedad febril.

Entonces me había alojado en una vieja posada junto a la calle Echegaray, donde alquilé un cuarto por seis peniques al día y me dejé cuidar por Concha, una joven viuda de Aranjuez. Los carreteros de la Sierra dormían con sus animales en los establos, y el dueño tenía una vaca en el sótano.

Encontré el lugar transfigurado. Las grandes puertas de siete metros, que llevaban cinco siglos colgando o girando sobre sus complicadas bisagras de tamaño de árbol, ahora, tras resistir generaciones de guerra y peste, habían sido arrancadas y quemadas como leña. El patio empedrado con guijarros, antaño lleno de carros y mulas, aparecía ahora cubierto de camiones desmembrados. Los calmosos carreteros, rebozados de paja y polvo del camino, habían sido sustituidos por mecánicos y conductores de camión con la cara manchada de grasa. En poco más de dos años esta posada, que no había cambiado desde los tiempos de Cervantes, se había convertido en un taller de reparación para vehículos militares. De hecho en un rincón, en medio de un grupo fogoso de críos mugrientos, estaban volviendo a montar un tanque italiano capturado. [...]

Los dos soldados se marcharon, pero no hubo ningún silencio embarazoso, ni la conversación cambió de modo demasiado brusco. Primero hubo alabanzas para los heroicos pilotos de la República, jóvenes águilas que atacaban a los buitres alemanes. Luego, con inflexiones que después recordaría —una mezcla de recuerdos de lecho de muerte, conmoción y promesa de supervivencia—, los viejos de Madrid se agruparon en torno a sus amargas mesas peladas y empezaron a hablar de la guerra aérea sobre la ciudad, los negros Junkers y Condors y los veloces cazas alemanes, y las largas incursiones nocturnas durante el primer invierno del asedio. «Nunca se había oído un ruido semejante. La mano del diablo haciendo agujeros en el cielo. Estaba cruzando la calle. Vi una casa derrumbarse ante mí. Como un hombre que deja caer una capa polvorienta. Luego vino un fuerte viento caliente que me levantó y me arrojó en una fuente.» «Soltero, ahí abajo junto al mercado. Partieron su casa por la mitad. Al

despertar descubrió que la mitad de su cama y su mujer habían desaparecido.» Luego vinieron las bombas incendiarias, calculadas, arrojadas sobre los barrios viejos y pobres. La Luftwaffe era clínica.

Franco había dicho que estaba dispuesto a borrar Madrid del mapa antes que dejarlo «en manos de los marxistas». Así que se lo entregó a la Luftwaffe, que estaba interesada en comprobar los efectos del bombardeo masivo sobre una gran ciudad europea. Los habitantes fueron ametrallados, destrozados, aplastados o incinerados por millares; los supervivientes fueron expulsados por el fuego de un barrio a otro, obligados a acampar en la calle, en sótanos o en el campo. Pero el efecto sobre las víctimas de esos bombardeos —como más tarde ocurriría en otras ciudades— nunca fue la causa principal de la derrota de un pueblo.

Laurie Lee: *A Moment of War**

Agonía y caída de Madrid (agosto de 1938 - marzo de 1939)

Vives en Madrid, bombardeado durante meses, y durante tu estancia en el hotel donde te hospedas es acertado cincuenta y tres veces por fuego de artillería. Desde tu ventana ves muchos asesinatos, porque hay un cine al otro lado de la calle y los fascistas hacen coincidir sus bombardeos con las horas en que la gente sale del cine para ir a sus casas. De este modo saben que tendrán víctimas antes de que la gente pueda buscar refugio. [...]

Ves caer una bomba sobre una hilera de mujeres que hacen cola para comprar jabón. Sólo matan a cuatro, pero parte del torso de una de ellas sale despedida contra una pared de piedra de modo que la sangre se infiltra en la piedra con tanta fuerza que después no pueden limpiarla ni con chorros de arena. Las otras mujeres muertas yacen diseminadas como fardos negros y las heridas gimen o gritan.

Ves una bomba de nueve pulgadas caer sobre un tranvía lleno de obreros. Después del fulgor, el estallido y el polvo, el tranvía yace de costado. Dos personas están vivas, pero sería mejor que hubiesen muerto, y las otras deben ser retiradas con palas. Antes de que caiga la próxima bomba, un perro se acerca al tranvía volcado. Olfatea el polvo de granito. Nadie se fija en el perro mientras se llevan a las dos víctimas indeciblemente mutiladas y, cuando la próxima bomba llega silbando en una caída vertiginosa, el perro sube corriendo la calle con un metro de intestinos colgando de sus mandíbulas. Tenía hambre, como todos los demás en Madrid.

Durante toda la primavera pasada y todo el otoño y el invierno pasados vimos a la artillería fascista asesinar en Madrid y nunca lo vimos sin cólera y odio. [...]

Asesinan por dos razones: para destruir la moral del pueblo español y para probar el efecto de sus diversas bombas en preparación de la guerra que Italia y Alemania esperan librar. Sus bombas son muy buenas. Han aprendido mucho en sus experimentos de España y sus bombardeos mejoran cada día.

Ernest Hemingway: *Despachos de la guerra civil española 1937-1938*²

Carecía de sentido tratar de deslizarse, desde el Ritz hasta el Retiro, sin ser visto. Se me hubiera tomado por uno de esos caminantes nocturnos, que eran tan igualmente odiados por la gente de Casado como por los comunistas. Por eso decidí avanzar por el medio de la calle. Nunca me había sentido tan solo, nunca me pareció tan grande el crujido de mis zapatos. A menudo, alguien a quien no veía me ordenaba que me parase. Me quedaba entonces como la mujer de Lot tras el milagro, mientras el otro decía:

—¡Mueran!

En cuanto le contestaba «...los traidores», podía continuar. Ésta era la consigna de la gente de Casado esa noche. [...]

Alcancé la casa en la que se encontraba la vivienda de Allen, abrí la gran puerta de hierro de la entrada principal, y ya tenía el cañón de un fusil entre las costillas.

Me dejaron entrar en cuanto oyeron mi español. «Un extranjero», le dijeron al cabo.

En el piso de Allen encendí la luz y me senté para tomar un plato de sopa. En dos segundos, dispararon desde fuera. Seguí tomando mi sopa en la oscuridad. Desde el tejado se oía un fuerte estruendo. La gente de Casado disparaba contra el parque, con la esperanza de alcanzar quizá a los comunistas que habían disparado cuando encendí la luz. [...]

No lejos de esta casa sucedió un curioso incidente cuando se retiraban los comunistas. En un edificio, entre la planta baja y el tejado, se encontraban doscientos comunistas en peligro de ser cercados. Una noche se evadieron, se replegaron por una plaza y ocuparon el primer gran edificio que encontraron.

Era un sanatorio. Una maternidad. He olvidado los datos exactos, pero de todos modos habría dentro unas cien enfermeras y pacientes. Como puede suponerse, el tiroteo cesó inmediatamente... Casado se vio obligado a se-

guir suministrando alimentos a la clínica. Pero con ello se le iba de la mano el arma más efectiva contra los comunistas. No les podía hacer morir de hambre. Casado suministró pues a sus enemigos los mejores alimentos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Las madres se tranquilizaron pronto, en cuanto vieron que no habría intercambio de disparos. Los médicos dijeron a los comunistas que metieran el menor ruido posible, e incluso lograron que éstos, cuando iban por los corredores, se quitaran sus pesadas y claveteadas botas.

Todo quedó arreglado a la española, tal como corresponde a hombres de honor, del siguiente modo. Se prometió a los comunistas que no se les atacaría, si se trasladaban a otro gran edificio de las proximidades; y allí pudo continuar el combate sin peligro para las madres y los bebés.

C.D. Gallagher. en *The Civil War in Spain* **

Escribo estas líneas en las trincheras de vanguardia del frente de Madrid, al noroeste de la capital. Sobre las tropas ondean banderas descoloridas, que en más de dos años y medio de guerra han quedado desgarradas, hechas jirones.

Todo está dispuesto para el último golpe decisivo. La artillería se encuentra en sus posiciones. La aviación espera la orden de realizar los últimos bombardeos. Cualquier día puede traer consigo el gigantesco cañoneo. Tras las tropas, en los pueblos cercanos a Madrid, permanecen los camiones de transporte de víveres de Auxilio Social, y esperan rodar hacia Madrid para prestar la primera ayuda a la población hambrienta. [...]

Poco antes de Carabanchel trepamos por las trincheras y posiciones de los nacionales, de las que salieron los soldados. Marchamos rápidamente a través de un laberinto de líneas, de casas en ruinas, que producen el efecto de un gran campo de escombros, siempre adelante hacia Madrid.

Ya estamos en las posiciones rojas. Las trincheras siguen como antes. Los rojos habían transformado Carabanchel en una sólida obra de fortificación. En los refugios cuelgan todavía los fusiles. Hay granadas de mano desperdigadas. Es necesario prever cada paso, para no pisar encima de ellas. Saltamos, trepamos y seguimos con paso apresurado...

Somos los primeros. Es un sentimiento extraño el que se tiene al caminar por las calles de la ciudad, de la que todavía nadie sabe qué aspecto tiene, mientras las tropas nacionales se detienen antes de entrar. [...]

Aquí está ahora el puente de Toledo. Todo son barricadas con sacos trreros y muros de cemento. Y allá una bandera, la primera bandera nacional,

que cuelga de una ventana. Otra más allá. Cada vez son más. De repente todas las calles aparecen engalanadas, cada vez ondean más banderas desde las ventanas. Algunas están cosidas con paños multicolores. Tapetes, colchas. Resuenan gritos de «¡Viva Franco! ¡Arriba España!»

Karl Georg von Stackelberg: *Legión Cóndor***

Se veían grupos de soldados que parecían deslumbrados por aquella frenética acogida triunfal que se les tributaba. Algunas mujeres los abrazaban, otras los besaban y muchas gritaban al paso de los oficiales:

—¡Ésos sí que son oficiales de verdad!

Era una explosión de alegría nerviosa, impaciente, eléctrica (...) También había quien parecía atónito, o asustado, sin saber si reír o llorar. Y también había quien bajaba la cabeza y miraba alrededor con desconfianza. Y también lloraba gente tras los cristales de los balcones, sin que pudiera saberse si era de pena o de alegría.

—¡Y han pasao! ¡Y han pasao! ¡Y han pasao!

Escuadras de muchachos con camisa azul rompían y pisoteaban las antiguas banderas o arrancaban de las paredes los carteles de propaganda antifascista. Así fueron desgarradas las efigies de los robustos obreros de la U.G.T. y de la C.N.T. dándose la mano, y las de Stalin, Lenin y Marx, y las del espion de grandes orejas, y las de la «Pasionaria», y las de Jesús Hernández, y las de los soldados en cuyos cascos campeaba la estrella roja de cinco puntas. [...]

—¿Otra procesión? —inquirió Molina.

En efecto, en la puerta de la iglesia de la Concepción se estaba formando otro desfile procesional en torno a unos estandartes, pero no era ése el motivo del colapso (...) Eran prisioneros de guerra: carabineros, guardias de asalto, soldados. Sus demacrados rostros, su tristeza, sus uniformes destrozados y su silencio componían la estampa simbólica de la derrota. Eran los supervivientes de un naufragio. Por un momento todo parecía callar y oscurecerse a su paso, como si sobre la calle soleada pasara una nube sombría.

Ángel María de Lera: *Las últimas banderas***

Los soldados llegaban del frente envueltos en sus capas. Álvaro Delgado miraba cómo tiraban los fusiles en plena calle. Hacía un sol radiante. Había salido a la calle para huir de la tristeza que oprimía su casa. Sus parien-

tes de derechas acababan de llamar por teléfono para compartir su alegría con su madre, pero ella estaba inconsolable. No había olvidado a su hermano, un republicano moderado que había sido ejecutado por los nacionalistas en Andalucía.

La plaza de España estaba abarrotada de manifestantes. Poco antes, unos derechistas montados en un camión se habían parado y habían obligado a su primo, que llevaba el uniforme republicano, a hacer el saludo fascista. A su alrededor todo el mundo levantaba el brazo estirado. Su amiga y la madre de su amiga hacían lo mismo. Encarnación Plaza tenía miedo de que se dieran cuenta. Pero no era más que una cría y nadie le hacía caso. Hija de un republicano de toda la vida, no se sentía capaz de hacer el saludo. Por todas partes había camisas azules. No podía creer que hubiera habido tantos falangistas ocultos en Madrid. Lo que más le impresionaba eran las mujeres, las *señoritas* de «buena» familia del barrio de Salamanca que gritaban «¡Por fin, por fin!» y cantaban el *Cara al Sol*.

«En todas sus caras no veía alegría, sino odio y rabia. Odio por la población entre la que habían estado viviendo, la clase obrera corriente de Madrid...»

Ronald Fraser: *Blood of Spain* *

¹ Traducción de Neri Daurella

² Traducción de Pilar Giralte Gorina

*Traducción del compilador

**Citado por Bernardo Gil Mugarza en *España en llamas 1936* (v. Bibliografía)

III. DEL AISLAMIENTO A LA FIESTA (1939-1992)

El encanto peculiar de Madrid no puede definirse con palabras y nunca ha sido adecuadamente pintado por los artistas, aunque Velázquez se inspiró evidentemente en los cielos de la ciudad. Madrid se le escapa a uno entre los dedos, se sacude de encima las generalizaciones, se ríe en la cara de los filósofos, se mofa del solemne, se encoge de hombros ante la tragedia y ofrece amistad al despreocupado; Madrid ama a las mujeres bonitas y a los hombres divertidos, el lujo y el placer.

NINA EPTON





23. CAMILO JOSÉ CELA (1946)

«Quizás mi libro más sencillo, más inmediato y directo, sea el Viaje a la Alcarria», ha escrito Camilo José Cela (1916) de una de sus obras más conocidas, que es también uno de los mejores relatos de viaje de la literatura española contemporánea. Aunque las andanzas de Cela por tierras alcarreñas hayan cobrado con el tiempo ciertos tintes barrocos de leyenda popular (gracias en parte al bistrionismo del escritor, que en su vejez llegó a repetir el viaje en un Rolls-Royce conducido por una bella joven negra), medio siglo después de su aparición el libro sigue conservando esa difícil sencillez que tan vívidamente nos permite evocar hoy la España de los años cuarenta.

Publicado en 1948, el Viaje a la Alcarria comienza en Madrid una madrugada de junio de 1946 con el relato de la partida del viajero hacia Guadalajara. En el pasaje que hemos seleccionado, apenas disimulada por la vena sentimental del narrador, asoma entre líneas toda la sordidez de la posguerra madrileña.

Diciendo sus versos, el viajero llega hasta la Cibeles. Las últimas golfitas del cabaret de las Llamas, a los primeros, inciertos claros del día, venden su triste anís a los señoritos juerguistas que van de retirada. Son jóvenes estas muchachas, muy jóvenes; pero tienen ya en la mirada todo el único, santo dolor de las bestias al punto, llevadas y traídas por la mala suerte y por la mala sangre.

El viajero toma por el paseo del Prado. En los soportales de Correos, la cochambre de la golfemia duerme a pierna suelta sobre la dura piedra. Una mujer pasa, presurosa, el velo sobre la cabeza, camino de la primera misa, y una pareja de guardias fuma aburridamente, sentados en un banco, con el mosquetón entre las piernas. Los misteriosos tranvías negros de la noche portan de un lado para otro su andamiaje sobre ruedas: van guiados por hombres sin uniforme, por hombres de boina, callados como muertos, que se tapan la cara con una bufanda. [...]

A las verjas del Jardín Botánico, el viajero siente —a veces le pasa— un repentino escalofrío. Enciende un pitillo y procura alejar de su cabeza los

malos pensamientos. Dos tranviarios pasan con las manos en los bolsillos, la colilla entre los labios, sin decir ni palabra. Un niño harapiento hoza con un palito en un montón de basura. Al paso del viajero levanta la frente y se echa a un lado, como disimulando. El niño ignora que las apariencias engañan, que debajo de una mala capa puede esconderse un buen bebedor; que en el pecho del viajero, de extraño, quizá temeroso aspecto, encontraría un corazón de par en par abierto, como las puertas del campo. El niño, que mira receloso como un perro castigado, tampoco sabe hasta qué punto el viajero siente una ternura infinita hacia los niños abandonados, hacia los niños nómadas que, rompiendo ya el día, hurgan con un palito en los frescos, en los tibios, en los aromáticos montones de basura.

Camino del matadero pasan unas ovejas calvas, mugrientas, que llevan una B pintada en rojo sobre el lomo. Los dos hombres que las conducen les pegan bastonazos, de cuando en cuando, por entretenerse quizá, mientras ellas, con un gesto en la mirada entre ruin y estúpido, se obstinan en lamer, de pasada, el sucio, estéril asfalto.

Cae por la cuesta de Moyano un alegre carrito de hortalizas. Los puestos de libros de lance guardan, herméticos, su botín inmenso de vanas ilusiones que fracasaron, ¡ay!, sin que nadie se enterase.

En la bajada de la estación, algunas mujeres ofrecen al viajero tabaco, plátanos, bocadillos de tortilla. Se ven soldados con su maleta de madera al hombro y campesinos de sombrero flexible que vuelven a su lugar. En los jardines, entre el alborotar de miles de gorriones, se escucha el silbo de un mirlo. En el patio está formada la larga, lenta cola de los billetes. Una familia duerme sobre un banco de hierro, debajo de un letrero que advierte: Cuidado con los rateros. Desde las paredes saludan al viajero los anuncios de los productos de hace treinta y cinco años, de los remedios que ya no existen, de los emplastos porosos, los calzoncillos contra catarros, los inefables, automáticos modos de combatir la calvicie.

El viajero, al pasar al andén, nota como un ahogo. Los trenes duermen, en silencio, sobre las negras vías, mientras la gente camina sin hablar, como sobrecoyida, a hacerse un sitio a gusto entre las filas de vagones. Unas débiles bombillas mal iluminan la escena. El viajero, mientras busca su tercera, piensa que anda por un inmenso almacén de ataúdes, poblado de almas en pena, al hombro el doble bagaje de los pecados y las obras de misericordia.

El vagón está a oscuras. Sobre la dura tabla los viajeros fuman, adormilados. De cuando en cuando se ve brillar la punta de un cigarro, se oye el chasquido de una cerilla que ilumina, unos instantes, una faz rojiza y sin afeitar. Unos obreros se sientan, con la chaqueta al hombro, la fiamblera envuelta en un pa-

ñuelo sobre las rodillas. Sube al vagón un grupo de pescadores —el cestillo de mimbre en bandolera— que colocan, con todo cuidado, las largas cañas de pescar. Entran mujeres de grandes cestas al brazo, campesinas que han bajado a Madrid a vender huevos y chorizo y queso, a comprar una tela estampada para un traje de domingo, o una gorra de visera para el marido. Dos guardias civiles se acomodan, uno enfrente del otro, en un extremo del departamento, al lado de la puerta, debajo del timbre de alarma y de la placa de loza con el extracto de la legislación de ferrocarriles.

Se apagan las luces del andén y la oscuridad es ya absoluta. A última hora aparecen, subiéndose al tren de un salto, soldados de caballería que van a Alcalá de Henares, que hacen todos los días el mismo viaje.

El tren sale; son ya las siete. De repente, al escapar de la marquesina, el viajero descubre que ya es de día. Dos trenes salen a la misma hora y corren, paralelos, hasta que el otro tira para abajo, camino de Getafe. Es gracioso verlos correr, uno al lado del otro, mientras los viajeros se agolpan en las ventanillas para mirarse. Algunos se saludan con la mano y dan gritos como animando al tren a correr más. En el fondo —no se sabe por qué—, los viajeros de un tren envidian siempre un poco a los viajeros de otro tren; es algo que es así, pero que resulta difícil explicar. Quizá sea, aunque no lo vean muy claro, porque un viajero de tercera se cambiaría siempre por otro viajero, aunque fuera de tercera también.

Sobre la ciudad brilla un violento cielo sonrosado, terso como un espejo, un cielo que parece de cristal de color. Durante mucho tiempo el tren corre entre vías y entre montones de carbón. Se ven máquinas fuera de uso, viejas locomotoras ya jubiladas, que semejan caballos muertos en la batalla y puestos a secar al sol. En un vagón sin enganchar, en un vagón solitario, se agolpan docena y media de vacas negras, de largos cuernos y ubre peluda y escasa, que esperan estoicamente la hora de la puntilla y del ancho cuchillo de sangrar. El viajero piensa que los animales estarán muertos de sed, sin saber demasiado a ciencia cierta qué es lo que les pasa.

El sol aparece sobre el horizonte al cruzar el último cambio de vías de la estación, la última señal, el último disco. Aún no hay niños jugando por los barrios extremos. A lo lejos, al sur, se ve, aislado, el cerro de los Ángeles. El campo está verde y crecido; no parecen los alrededores de Madrid. Entre dos sembrados, un campo sin cuidar, un campo de amapolas meciéndose, suaves, a la ligera brisa de la mañana. El tren marcha ya por la vía libre cuando el viajero se aparta de la ventanilla, se sienta, enciende un cigarro y echa la cabeza atrás.

Al pasar por el apeadero de Vallecas se rompe violentamente el silencioso aire del vagón. Un hombre, con una americana color lila, un pañuelo

al cuello y un diente de oro, ofrece a voz en grito unas tiras de cartas de baraja que llevan un numerito por detrás.

—¡A probar suerte, señoras y caballeros: un paquete especial de caramelos finos o una bolsita de almendras, a elegir! ¡A perra chica, la carta! ¡Después rifaré, en honor del respetable, la muñeca Manolita, el juguete sensación! [...]

En San Fernando de Jarama se apean los pescadores. Se cuelgan la caña al hombro, como si fuera un fusil, y tiran, uno detrás de otro, por un sendero que les acerca hasta el río. Al otro lado del río pastan unos toros de lidia, negros, solitarios, silenciosos, gordos, relucientes, llenos de majestad. El día está diáfano y el campo luce como una postal, con su trigo verde, sus flores rojas y amarillas y azules. [...]

Por Alcalá de Henares pasa el tren a las tapias del cementerio. Sobre el río flota, como siempre, una tenue neblina. En Alcalá de Henares se apea mucha gente, queda el tren casi vacío: los pescadores que no se echaron abajo en San Fernando, los soldados de caballería, los hombres de la negra visera; las gruesas, tremendas, bigotudas mujeres de las cestas. Una señorita rubia, con aire de llamarse Raquel o Esperancita, o algo por el estilo, con un peinado lleno de ricitos y de fijador, y un jersey de franjas verdes y coloradas, coquetea con un guardia civil joven que lleva el bigote recortado en forma, como dicen los peluqueros. El viajero piensa en el amor. El viajero tiene, en su casa de Madrid, un grabado francés que se titula: *L'amour et le printemps*. Por el andén pasa un mendigo barbudo recogiendo colillas. Se llama León y lleva unas alpargatas color azul celeste. Un hombre le dice: Ven, León, que te tengo mucho cariño. ¿Quieres un pitillo? Cuando León se le acerca, le da una bofetada que suena como un trallazo. Todos se ríen mientras León, que no ha dicho ni una palabra y que lleva los ojos llenos de lágrimas, como un niño, se marcha silencioso, mirando para el suelo, agachándose de trecho en trecho para recoger una colilla. Desde el final del andén, León vuelve la cabeza. En sus ojos no hay ni cariño ni odio; parecen los ojos de un ciervo disecado, de un buey viejo y sin ilusión. Va sangrando por la nariz.



24. BARBARA PROBST SOLOMON (1948)

La escritora neoyorkina Barbara Probst Solomon (1929) ha mantenido desde su juventud estrechos vínculos con España, donde quizá sea más conocida por sus colaboraciones con la prensa que por sus novelas y ensayos. En 1948 se trasladó a París, donde en seguida se vio inmersa en el ambiente crispado de los exiliados españoles y embarcada, de la mano de Paco Benet, en un plan audaz para rescatar a unos presos condenados a trabajos forzados en las obras del Valle de los Caídos. En compañía de Barbara Mailer (hermana de Norman, que fue quien aportó el coche), Benet y aquella norteamericana casi adolescente viajaron a Madrid y poco después, en El Escorial, llevaron a buen término la evasión de Nicolás Sánchez-Albornoz y Manolo Lamana.

Aquel viaje y aquella fuga descabellada los cuenta Barbara Probst en el libro Arriving where we started (traducido por Jordi Beltrán con el título Los felices cuarenta), autobiografía política y sentimental publicada en 1972. de la que transcribimos dos extractos.

Madrid en 1948

Entre las izquierdas la moral estaba en un punto más bajo que nunca. Madrid acababa de pasar el año del hambre, 1947. Privaciones, represión y aislamiento resumían la situación. Desde el fin de la guerra civil hasta 1946 lo que quedaba de la izquierda madrileña se las había arreglado para funcionar, si bien de forma desorganizada, fragmentaria. De algún modo, los sindicatos socialista (UGT) y anarquista (CNT) habían ido tirando, lo que había dado cierto ímpetu a los intelectuales. Se habían identificado con la Segunda Guerra Mundial y algunos, de hecho, habían trabajado para los aliados informando sobre la dudosa fuerza de los alemanes en España, sus relaciones con Franco y la situación de Gibraltar. La izquierda había actuado sobre el supuesto de que, tras la caída de Hitler y Mussolini, se instauraría en el país algún régimen socialista de tipo moderado. Estaban tan seguros del resultado de la contienda

mundial que en 1945 habían cantado «La Marsellesa» por las calles de Madrid, abiertamente. Y aquel mismo año la policía estaba tan poco segura de dicho resultado que no había practicado detenciones. Antes de finalizar el año 1947 la policía aplastó el comité central del sindicato anarquista. Los socialistas y los trotskistas sufrieron la misma suerte. A la sazón los comunistas no contaban con ningún sindicato y eran pocos sus seguidores entre los obreros (de hecho, su número alcanzó proporciones significativas en Madrid sólo después de que empezaran a reorganizarse en 1955). Cuando nosotras llegamos a Madrid, en agosto de 1948, la situación era de pesadilla. Las prisiones estaban llenas, no sólo de presos políticos acorralados al terminar la guerra civil en 1939, sino también de miembros de la oposición detenidos durante los años cuarenta. La intelectualidad era víctima de un doble telón de acero. Uno, impuesto por Franco, les impedía lanzar al exterior noticias de Madrid, o entrar en él noticias de fuera. El otro telón de acero, infinitamente más trágico debido a estar tan mal dirigido y a la vez obedecer a tan buenas intenciones, tenía a Madrid completamente aislado también. Todos los extranjeros que habían simpatizado con el bando republicano hicieron sencillamente lo peor que podían haber hecho: boicotearon individualmente a España. Mientras, la izquierda española se hubiese postrado de rodillas ante la presencia de cualquier extranjero. Me daba tanta tristeza y desesperanza oír las preguntas ansiosas que hacían a aquel par de chiquillas idiotas, Barbara Mailer y yo, empujados por la desesperación absoluta en su empeño por conservar el juicio, por tener alguna pista sobre qué pasaba más allá de aquella ciudad que virtualmente se encontraba herméticamente precintada. Una ciudad prisión, silenciosa en el desierto. Incluso el *New York Times* era un artículo de contrabando en aquellos tiempos. Sin extranjeros en Madrid, las detenciones se practicaban en silencio, la gente moría calladamente, y la gente se sentía asfixiada, igualmente en silencio, por la falta de contacto. Y fue en 1947, cuando no pasó lo que esperaban que pasara, que la izquierda supo realmente que estaban totalmente olvidados, derrotados, que eran algo totalmente marginal en relación con el resto del mundo.

Durante las breves estancias que haría luego en América, acabaría siempre discutiendo por la misma razón, generalmente con personas que me llevaban unos diez años. Solían soltarme una larga arenga en el sentido de que la guerra civil española había sido la Gran Catástrofe y la Gran Causa de sus años jóvenes. Entonces yo les preguntaba por qué, si tanto sentían la causa, no iban a España en seguida, a lo que respondían preguntándome si yo era fascista. Luego empezaban con sofismas y le daban vueltas y más vueltas al asunto de quién había tenido la razón de

su lado: los comunistas, los socialistas, los trotskistas o los anarquistas. Y yo insistía: si tanto los quieres, ¿por qué los aniquilas con este amor tan profundo? Jamás llegué a convencer a nadie de que en Madrid vivía alguien más que los falangistas, de que lo único que de ellos querían los izquierdistas españoles era una oportunidad para hablar... algo tan insignificante que incluso daba pena. Y lo que era más importante de todo, yo trataba de hacerles ver claramente que jamás debían dejar aislado a lo que querían, que jamás debían desinteresarse por lo que le pasaba a la gente. Al final, los americanos con quienes discutía consultaban con sus conciencias, decidían que las pocas pesetas que dejarían en España eran inmorales y que, para que sus conciencias siguieran siendo puras y la guerra civil española quedase eternamente como la noble causa, la Gran Causa de su juventud, era mejor dejar que la izquierda española muriese en silencio, discretamente, que arriesgarse a la impureza que representaba el exponerse al trato con falangistas. Por regla general, esto me hacía explotar y les decía que políticamente eran unos idiotas, que eran inhumanos también, y ellos me tachaban de chiquilla y con eso terminaba el asunto.

Aunque los extranjeros siempre hablan del heroísmo del Madrid sitiado, refiriéndose a la guerra civil, cuando son los españoles los que ahora hablan de su época heroica y de Madrid como ciudad heroica, no se refieren a la guerra civil de los años treinta, sino a los años cuarenta, a los años en que la ciudad se quedó absolutamente sola, los años en que los riesgos personales fueron mayores. La actitud de los extranjeros iba a resultar absolutamente incomprensible para los izquierdistas españoles. Eran unos héroes a los que nadie quería ver. A Franco podían aguantarlo; la otra parte, la parte extranjera, les destrozó el corazón.

En una ciudad sin dinero, sin comida, sin movimiento, sin televisión, sin coches, sin espectáculos, los muchachos como Paco y su hermano Juan recibieron su educación formal de los jesuitas, administrada por la fuerza, pero su verdadera educación tuvo lugar en el ambiente descabellado, lleno de rumores y bulos, de los cafés de Madrid. Cuanto más duros eran los tiempos, más estrafalario era el humor y más desbocada la imaginación. Éramos jóvenes, conscientes de que lo éramos, y en medio de las actividades relacionadas con Amit, la propaganda, las reuniones secretas, los planes para sacar de la prisión a Manolo y Nicolás, las noches madrileñas eran nuestras. Barbara formó pareja con un español amigo de Paco y los cuatro juntos solíamos deambular por las calles. [...]

Fuga de Cuelgamuros

Cada domingo los guardias llevaban a los internados en Cuelgamuros en camión a los oficios religiosos que se celebraban en el monasterio del Escorial. A través de la novia de Manolo, Paco tenía calculado el momento exacto en que los presos estarían en la fila que iba a la iglesia. Manolo y Nicolás tenían que separarse de la formación al llegar al final de una calle que se bifurcaba en dos direcciones y echar a andar rápidamente hacia nuestro coche. Si conseguían llegar a él, la verdadera dificultad estribaría en salir de la ciudad de El Escorial, que estaba rodeada por la Guardia Civil, y luego, por supuesto, quedaba el problema de salir de España para entrar en Francia. Se suponía que debía también venir un tercer preso, que compartía la celda con ellos, pero al final tuvo miedo.

Por la mañana, mientras íbamos en el coche hacia El Escorial, Paco nos largó una extensa conferencia sobre Carlos V y su pasión por los relojes.

—Serías un magnífico guía turístico —musité.

—Chitón —replicó él dulcemente.

Y en el monasterio, adonde teníamos planeado llegar temprano y hacernos pasar por turistas hasta que llegase el momento exacto de recoger a los fugados, Paco, implacable, nos atiborró la cabeza de historia de España, de pe a pa —tumbas, relojes, reyes, imperios, colonias—, mientras durante una larga hora nos guió por los patios y pasadizos, blancos y desérticos, y el húmedo, malsano cementerio del Sacro Imperio Romano. Finalmente se separó de nosotros, diciéndonos que empezásemos a caminar hacia el coche al cabo de diez minutos exactos, pusiéramos el motor en marcha y, pasara lo que pasara, no nos detuviéramos. No recuerdo que me sintiera asustada. Transcurridos aquellos diez minutos largos, interminables, cruzamos el patio en dirección al coche. Y bajo la blanca luminosidad de las primeras horas de aquella mañana, mientras El Escorial proyectaba largas y negras sombras sobre la calle, vi a Paco, que, sonriendo, tranquilamente, doblaba la esquina. Pusimos el motor en marcha y al cabo de unos momentos entró con otros dos, aunque no conservo un recuerdo fiel de Nicolás o Manolo en aquellos primeros instantes, ni de cómo se lo hicieron para llegar al coche. Recuerdo que pasamos junto a los guardias, que justo en aquel momento bajaban por una de las calles, en dirección opuesta a la que llevábamos nosotros, con un camión lleno de presos. Eran los guardias que habían escoltado a Nicolás y Manolo a la iglesia y al pasar velozmente por su lado, hicieron gesto de esquivarnos.





Valle de los Caídos.

Más tarde Nicolás me contó que él y Manolo se metieron corriendo en el coche casi en el mismo instante en que los guardias bajaban ruidosamente por la calle y pasábamos zumbando junto a ellos. Se quedó cortado al ver que en el coche había dos muchachas americanas, dos botellas de whisky escocés y, de hecho, que había de todo, según él mismo dijo, excepto la bandera americana ondeando en el coche.

Paco no le dijo nada sobre el asunto de Amit y apenas la mitad de todo lo que ocurría en aquellos momentos. Lo único que Nicolás sabía era que Paco era un viejo compañero de clase, que pertenecía a la FUE, y cuando le dijo que podía sacarlos de allí si ellos conseguían dar el esquinazo a sus guardianes, Nicolás, que ya se había visto envuelto en un intento de fuga —mucho más complicado que el nuestro, ya que habían tenido que cavar túneles— que acabó en el fracaso, decidió que, qué diablos, no tenía el menor deseo de pasarse la vida pudriéndose en una celda, por lo que valía la pena correr el riesgo. Así que él y Manolo probaron a ver qué tal les salía.

Según el plan, debíamos fingir que éramos un par de chicas americanas y varios señoritos españoles que daban un alocado paseo en coche. Por aquel entonces, los españoles tenían a las chicas extranjeras por inmorales, propensas a comportarse estrafalariamente, y con eso contaba Paco. La empresa era tan visiblemente loca, ilógica, tan llena de riesgos insensatos, que su éxito estaba casi garantizado. Manolo se quedó horrorizado al ver que, por añadidura, habíamos rellenado su asiento con el material de propaganda que estábamos esparciendo por toda España.

Mientras seguíamos conduciendo, se despojaron rápidamente de sus ropas de presidiario y se enfundaron los trajes que les había mandado la novia de Manolo. Tuvimos que dar la vuelta y regresar a las estribaciones de Madrid. Les vi mirar con los ojos muy abiertos las calles de la ciudad. Probablemente nunca volverían a verlas. Así que dije:

—París es muy bonito, ya lo veréis.

—Eso dicen —contestó Nicolás.

Echaron una mirada hacia atrás y luego nos dirigimos a Barcelona.

Traducción de Jordi Beltrán



25. GERALD BRENAN (1949)

«Ningún escritor vivo conoce España tan bien como Mr. Brenan, y ninguno ha escrito con tanta penetración sobre la vida, la literatura y la historia española», dijo hace tiempo el viajero inglés V. S. Pritchett. Los lectores familiarizados con la obra de Gerald Brenan (1894-1987) compartirán seguramente la autorizada opinión de Pritchett, y quienes tuvieron la suerte de conocer a don Geraldo en Yegen, Churriana o Albaurín el Grande confirmarán la excelencia del personaje y la hondura de su amor por nuestro país. No en vano algunos de sus libros, convertidos ya en clásicos, ocupan un lugar central en toda bibliografía especializada, sobre todo El laberinto español (1943), obra monumental sobre los antecedentes político-sociales de nuestra guerra civil, y Al sur de Granada (1957), apasionante testimonio sobre su vida en la Alpujarra durante los años veinte.

La tercera gran obra «española» de Brenan, que en nada desmerece de las citadas, es el libro de viajes The Face of Spain (La faz de España, como ha sido traducido). Publicado en 1950, narra el viaje que hizo el autor con su mujer el año anterior, cuando España había sido abandonada a su suerte por tantos otros intelectuales extranjeros. El viaje comienza y termina en Madrid, tema de dos de los capítulos más interesantes del libro. Amén de trazar un panorama global de la situación de la ciudad en aquella época, entreverado de lúcidas reflexiones sobre la actitud vital de sus habitantes, Brenan nos habla en estas páginas de cosas tan diversas como la entrada desde Barajas, los camareros y la comida, la iglesia de la Almudena, los cementerios de San Isidro y San Justo, la muera arquitectura, la prensa, el teatro, los jardines de Aranjuez, las procesiones de Semana Santa, la belleza de las mujeres, la fisonomía de los transeúntes y la equívoca ociosidad capitalina. Todo un catálogo de temas madrileños abordados con espíritu crítico pero indulgente, y expuestos con esa amenidad que sólo se encuentra en los mejores clásicos del género.



10 de febrero de 1949

Aterrizamos en el aeropuerto de Barajas y montamos en el autobús. Esta entrada en Madrid es extraordinaria. La tierra ocre y desnuda, extendida con llana uniformidad en una sucesión de *mesas*, completamente pelada salvo por unos cuantos mechones de juncos secos, se eleva de repente en una casa de cemento, la negra telaraña de un almendro, un grupo de pinos parasol. Después encontramos edificios mayores cubiertos con tejas rojas, muros blancos llenos de manchas, esos espacios incoherentes que los franceses llaman *terrains vagues*, casas de campo escuetas y adustas, jardines marchitos; y así empieza poco a poco la ciudad, sin quebrar ni oponerse al paisaje como cuando uno se acerca a las ciudades inglesas, sino fundiéndose con él en color, porque está hecha con materiales que primero se extrajeron de él y que el calor y la luz absorbentes redujeron después a la misma tonalidad. Y muy por encima está siempre el cielo: alto, de un gris blanquecino, extendiéndose de horizonte a horizonte como las alas de un buitre cernido, un buitre cuyas plumas tienen algo de la luminosidad de las de la paloma. En los cielos españoles se ve el rostro reflejado del continente español.

El hotel en el que nos hemos alojado está en la Gran Vía, esa calle vulgar y estruendosa de rascacielos enanos que atraviesa un viejo barrio. Es nuevo y funciona de modo moderno. Tenemos una habitación con baño privado y comida excelente y abundante por 15 chelines al día por persona, y una vista de las montañas lejanas desde la ventana.

11 de febrero

El número de camareros de este hotel me tiene pasmado. En el comedor hay catorce, vestidos con chaquetillas blancas a la hora del almuerzo y de etiqueta a la de la cena, pero con varias insignias añadidas para mostrar su rango de camarería. Arriba no sólo están los *valets de chambre* que traen el desayuno, sino también los *camareros de piso*, que llevan otras comidas a las habitaciones si se piden. Además de éstos están por supuesto las diversas camareras, cada una con turnos y funciones diferentes, las lavanderas que ocupan la azotea y los ascensoristas que están aprendiendo inglés. Cada vez que subimos o bajamos les damos una lección. Verdaderamente, este hotel relativamente modesto —hay una docena mayores y más caros en Madrid— está organizado con la misma prodigalidad de personal y atención a la jerarquía que las antiguas casas de la nobleza.



Los camareros españoles constituyen uno de los tipos más notables y representativos del país. Con sus cejas espesas y su postura erguida y estilizada tienen aspecto de toreros *manqués*, de *toreros* que prefieren prudentemente la servilleta blanca a la muleta roja y la pacífica cena a la embestida del toro. Se mueven con la misma agilidad y precisión que los bailarines de ballet, y ponen en cada gesto cierto aire solemne y operístico. ¡Qué estimulante es ver a la gente hacer las cosas supuestamente rutinarias y mecánicas con gusto y entusiasmo artísticos! Es algo que el inglés, acostumbrado a la actitud utilitaria de sus compatriotas, a su mezcla de descuido y filisteísmo puritano, difícilmente puede entender. Hace que uno se dé cuenta del precio que hemos tenido que pagar por la filosofía de Locke y de John Stuart Mill. Nos es difícil concebir nuestra cena como un ballet de camareros: vivaz, pero con la gravedad y seriedad que generalmente cabe esperar de las cosas españolas. Sin embargo es fácil que sea así en este país.

Pero ¿qué decir de la comida? La cocina española, hay que admitirlo, no tiene pretensiones de competir con la francesa. Consiste en poco más que una selección de platos campesinos de las diferentes provincias, con unos cuantos añadidos de otros países. Pero los alimentos son buenos y se esfuerzan en prepararlos bien. El único defecto que le encuentro es su monotonía. Los españoles consideran una comida como un servicio religioso. Igual que el introito conduce al gradual, así la sopa precede a la tortilla, la tortilla prepara el terreno para el pescado —del que hay aproximadamente la misma variedad que entre una colecta y otra—, y el pescado da ritualmente paso a la parte más consistente de la comida, la chuleta de ternera o el filete de vaca. Pero un inglés no encontrará absolutamente ninguna razón para quejarse hasta que no haya vivido al menos un mes en un hotel español. Y en los excelentes pero caros restaurantes de Madrid hallará toda la variedad que necesite.

12 de febrero

He tenido que guardar cama durante un par de días por un leve ataque de gripe. El retiro y el descanso han sido bastante agradables. Nuestra habitación está en el octavo piso y tiene un amplia vista hacia el norte. En primer término está el Palacio Real, ese inmenso edificio del siglo XVIII que es la cosa más imponente de Madrid, y más allá se ve la pelada llanura amarilla que se eleva desde el río Manzanares y se extiende hasta el nevado Guadarrama. El cielo es azul, pero está salpicado de nubes blancas. Ninguna de estas nu-



bes podría pertenecer a otro país que no fuera Castilla: llevan su pasaporte escrito en la cara.

El *valet de chambre* se detuvo esta mañana a charlar conmigo. Tiene un tipo y una profesión que eran corrientes en Europa hace cien años, pero que ya casi han desaparecido. Quiero decir que ha sido criado y *hombre de confianza* de varios nobles. Sus historias son interesantes y tienen un grato sabor dieciochesco, el joven marqués que se arruinó jugando a las cartas o por absurdas extravagancias, el viejo duque que prefería perder dinero con sus fincas a gastar un céntimo en ellas, las aventuras amorosas en las que sirvió de mediador. Es un hombre atractivo, este criado: sensato, servicial, nada envidioso de la gente para la que ha trabajado y muy diestro en mantener su amor propio y su dignidad. La guerra civil le sorprendió en Madrid, donde sus simpatías se inclinaron del lado de los nacionales, pero el cuadro que pinta de la situación actual es sumamente sombrío. Afirma que el mercado negro es el único negocio floreciente del país. Todo el mundo, de las más altas autoridades para abajo, está metido en él. Todo el dinero nuevo del país viene de él. Pero la injusticia de la tierra es tal que aunque nunca pillan a ninguno de los peces gordos, a menudo multan y encarcelan a un pobre hombre que ha alquilado una mula para ir por algo a los pueblos. [...]

Como todo el mundo, se queja del coste de la vida. En realidad, los precios de las tiendas madrileñas no parecen más altos que los de las inglesas, y los hoteles son baratos. Pero los sueldos y salarios son mucho más bajos que los nuestros. Ha habido una fuerte inflación y a todo el mundo, salvo a los terratenientes y *nouveaux riches*, le cuesta mucho llegar a fin de mes. Me han dicho que muchas familias de clase media sólo pueden permitirse una comida al día, aunque, como el nivel indumentario ha subido, se presentan bien vestidos. Si no lo hicieran perderían su empleo.

Una de las cosas más llamativas de Madrid son los nuevos coches americanos. Diría que hay más que en ninguna otra capital europea. Me han dicho que la mayoría pertenece a altos funcionarios, pero los ricos también pueden obtener permiso para importarlos si están dispuestos a pagar lo que piden por ellos. Cuestan entre tres y cinco mil libras. Contrasta con estos coches el gran número de mutilados: cada dos pasos se encuentra uno con un manco o un cojo. Algunos han perdido ambas piernas y se arrastran por el suelo con una especie de chanclos en las manos. Dicen que muchos de ellos son *mutilados de guerra*, pero no todos. (...) Los españoles son muy descuidados con su seguridad y pierden los miembros con la misma facilidad que los cangrejos. Pero lo que es realmente escandaloso es que, aunque las divisas se usan liberalmente para comprar los coches más caros, no se gasta

nada en miembros ortopédicos. Me han dicho que sólo los que consiguen permiso para viajar al extranjero pueden comprarlos, y es verdad que por la calle se ven hombres y hasta mujeres bien vestidos arrastrando penosamente sus patas de palo.

Queríamos haber ido a visitar el Palacio Real, escenario de esa soberbia novela de Pérez Galdós, *La de Bringas*, que mi mujer está traduciendo, pero no hemos obtenido autorización a tiempo. (...) En vez de ello nos hemos acercado a la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena, que es una de las tres con pretensiones de ser la catedral de Madrid. Es un edificio grande, feo, moderno y todavía sin terminar, diseñado como mausoleo para los aristócratas de Castilla. Pero el dinero es poderoso hasta en un lugar como éste, y varios ricos de ascendencia plebeya han sido enterrados aquí. Les ha costado un pico: primero tuvieron que comprar una capilla —por la que pagaron tres mil libras— y después tuvieron que decorarla. En total se gastaron poco menos de diez mil libras. El sitio entero apesta a dinero y vulgaridad.

El guía señaló una cruz de oro hecha el otoño pasado para la Virgen de la Almudena que costó tres millones de pesetas. Y apenas a unos centenares de metros, añadió, hay hombres y mujeres muriéndose de hambre.

Imagino que esta historia es la comidilla diaria en cada familia pobre de la ciudad. Contribuye a avivar ese odio por la Iglesia que a menudo es mucho mayor que el que se le tiene a la Falange. De ésta no se espera nada, pero la Iglesia, al fin y al cabo, profesa ideales cristianos. ¿No hay algo sobre ricos y pobres en el Nuevo Testamento? Este acto concreto resulta especialmente necio porque, aunque la Virgen de la Almudena es una de las imágenes de culto más antiguas de España, que data de la conquista de la ciudad a los árabes en 1083, no es nada popular, pues se la han apropiado completamente los muy ricos. [...]

Hoy hemos decidido ir paseando hasta el Prado de San Isidro, al otro lado del Manzanares, donde se celebraba la feria anual del patrón de la ciudad, que Goya pintó en uno de sus cuadros más alegres. El sol calentaba pese al frío del viento, y mientras caminábamos por la carretera pedrada que sale del Puente de Toledo nos envolvieron bruscos remolinos de polvo, llenándonos la boca y los ojos. Arriba a la izquierda se veían los tres cementerios cubiertos de cipreses donde están enterradas las mejores familias de Madrid; a la derecha el fondo plano y polvoriento del valle, todavía surcado por trincheras, donde solía celebrarse la feria. Como aquí fusilaron a mucha gente durante la guerra civil, sobre todo a curas, ahora se hace en otro sitio, por lo que el lugar ha decaído bastante. La vista de la ciudad, entre amarillo claro y ocre, apiñada en la meseta al

otro lado del triste valle, tiene su belleza, aunque la canalización del río entre bloques de cemento y un confuso entramado de postes del tendido eléctrico han estropeado el primer plano.

Subimos al cementerio más viejo, el de San Isidro, para ver la sepultura de Goya. Está enterrado en una tumba junto a tres famosos escritores: el insípido poeta Menéndez Valdés, el brillante dramaturgo Leandro Fernández de Moratín y el demasiado enfático polemista católico Donoso Cortés. Menéndez Valdés y Moratín murieron en el exilio, porque, como Goya, tenían opiniones liberales; Donoso Cortés fue desterrado porque era carlista. Sin embargo, como símbolo de la agitada e inconcluyente historia de España, los tres herejes y su acérrimo enemigo yacen aquí lado a lado.

Luchando contra las tolvaneras conseguimos bajar hasta el cementerio de San Justo para visitar las tumbas de Larra y Bécquer. Este cementerio, que tiene una zona especial reservada a grandes escritores, está dividido por altos muros en un desconcertante número de *plazas* o cercados. A lo largo de estos muros están los nichos, ordenadamente alineados unos sobre otros como cajones, mientras que en el espacio abierto, entre cipreses y arbustos de hoja perenne, se encuentran las tumbas de mármol blanco de quienes prefirieron esta forma más cara de sepultura. Es como si hubieran dado a elegir a los espíritus de los muertos entre casas de campo y apartamentos urbanos.

Los cementerios dicen mucho sobre lo que la gente piensa realmente de la muerte, frente a lo que se supone que cree y piensa. Así, la mayoría de las inscripciones fechadas desde 1880 empezaban con las palabras «*Subió al cielo*», haciendo caso omiso de la etapa intermedia del purgatorio, mientras que otras sólo consistían en una patética exclamación, «*¡Hija mía! ¡Carmencita mía! ¡Angelita!*», que en sus ingenuas expresiones de dolor recordaban a las lápidas sepulcrales paganas de Italia. No vi un solo texto religioso y a menudo no había el menor signo de creencia religiosa, ni siquiera una cruz. Pero los cementerios son propiedad de la Iglesia.

Una de las cosas que más me asombran en Madrid es la cantidad de edificios que se han construido desde la guerra civil. Por todas partes se ven nuevas casas de pisos, bloques de oficinas y ministerios, la mayoría de gran tamaño. En el extrarradio de la ciudad han brotado suburbios enteros de nueva planta, con edificios de cinco o seis pisos. Hay que buscar mucho para encontrar algún resto de las ruinas de la guerra. Si se piensa en lo poco que se ha avanzado en Inglaterra, con sus inmensos recursos, resulta impresionante, aunque es justo recordar que el coste de la mano de obra en España es bajo.



Algunos de estos edificios nuevos son feos, pero otros son hermosos y realzan la dignidad de esta ciudad sólidamente construida y ordenada; así ocurre sobre todo cuando el bonito ladrillo rosa amarillento que se cuece en las cercanías se deja a la vista. Pero no todos estos edificios son útiles. Fijaos por ejemplo en esa enorme mole cuadrangular que han erigido en el solar de la Cárcel Modelo. Tiene más de mil ventanas que dan a la calle y debe tener otras tantas con vistas a patios interiores. Preguntad qué es y os dirán con una sonrisa que es el nuevo Ministerio del Aire, construido para una nación que no tiene un solo avión moderno. Cabe muy bien admirar la pasión por el tamaño y la magnificencia en arquitectura que siempre han mostrado los españoles, y percatarse no obstante de que la verdadera intención oculta tras este monumental remedo de El Escorial era crear varios millares de empleos de oficina que tendrá que pagar el resto del país. Es simplemente la última entrega del viejo sistema por el que se protege a las clases medias del trabajo competitivo y se les proporciona un interés en el régimen. Como saben que si sale adelante habrá un reparto general de sinecuras, lo apoyan.

No se puede contemplar el tamaño de Madrid ni el tren de vida que impera en ella sin cierto recelo. He aquí una ciudad de casi un millón y cuarto de habitantes construida en un yermo y que no produce prácticamente nada. Felipe II eligió el lugar por la única razón de que estaba en el centro geográfico de España, el punto en el que tendrías que prender el cordel si colgaras horizontalmente del techo su maqueta de cartón. Como observó una vez un amigo mío, se concibió como el puesto de vigilancia en una cárcel organizada centralmente. Hoy en día, sin embargo, es el lugar de ensueño donde querría vivir casi toda la gente de este país, pues los españoles, a diferencia de los ingleses, son urbícolas por naturaleza, y Madrid —como París, pero no como Londres— tiene todos los atractivos de una gran capital. Y está creciendo rápidamente. La caída de los salarios reales en el campo está forzando a los trabajadores agrícolas a emigrar a las ciudades, mientras que el dinero fresco procedente del mercado negro entra a espuestas para ser derrochado, a la manera española, en el lujo y la disipación. A todo esto hay que añadir el aumento de las huestes de la burocracia.

Ahora bien, cabe pensar que semejante peso muerto debe ser seguramente más de lo que este país, en absoluto rico, puede soportar sin peligro. El peso se siente tanto más cuanto que Madrid está emocional e intelectualmente aislado de las actividades agrícolas e industriales que mantienen a la nación. El atraso de la agricultura española y la degradación verdaderamente escandalosa de la situación de los trabajadores agrícolas se deben en par-



te al hecho de que la mayoría de los *madrileños* no saben nada de la vida rural y no les importaría nada si la conocieran. No sólo los terratenientes, sino también los políticos y administradores son absentistas de las fuentes de su riqueza. Y esto no se aplica meramente al régimen actual, también era así durante la República y la Monarquía. Sólo el gobierno de Primo de Rivera se mostró consciente de la importancia de la agricultura.

Mientras tanto la ciudad se extiende. Cabe recordar que una de las causas principales de la caída del Imperio Romano fue el peso excesivo que los gastos generales de la vida urbana ejercían sobre la comunidad agraria. Cuando Roma cayó fueron los pueblos rústicos, los bárbaros, los que tomaron el poder que había dejado vacante. La casa de labranza con su montón de estiércol sustituyó al foro con su teatro y sus baños, aunque tuvieron que construir el castillo feudal para protegerla. Por consiguiente, yo diría que la principal necesidad de España es actualmente la revitalización del campo.

La prensa española constituye un curioso objeto de estudio. Lo primero que uno advierte es que los periódicos de Madrid apenas dan noticias sobre España. No te cuentan, por ejemplo, que las fábricas de Barcelona sólo funcionan dos días a la semana porque la escasez de agua ha reducido la energía hidroeléctrica. Pero la falta de precipitaciones de este invierno no puede contarse cabalmente entre los pecados del régimen. Tampoco infunden ánimos describiendo los avances de los diversos planes emprendidos para construir nuevas centrales eléctricas y reequipar el país en general. El extranjero que hojea la prensa puede muy bien colegir que en la Península no ocurre nada más que partidos de fútbol, ceremonias religiosas y corridas de toros. Hasta cuando algún político hace un discurso es solamente para reafirmar que España es grande, gloriosa y triunfal, y que si las demás naciones no la entienden es sólo por una malevolencia inexplicable.

Por otra parte, el interés que se muestra por los asuntos extranjeros es ilimitado. Las noticias cubren todo el mundo, del Perú a la Cochinchina, y los asuntos ingleses, franceses y norteamericanos se relatan y discuten por extenso. [...]

En ningún otro país de Europa existe una pasión semejante por el cine. Madrid, que tiene pocas iglesias, cuenta con más de setenta salas de cine. También hay muchos teatros que atienden a los aficionados a este arte. Pero la situación del teatro es mala. No es por falta de actores, pues son tan buenos como los que se pueden ver en cualquier parte y están más bien por encima de la media inglesa. Es porque el público español sólo tolera obras nuevas. Así era en el siglo XVII y así es hoy, y la ligereza y el aire de improvisación que menoscaban el teatro clásico español, por vivaz y animado que sea,

son consecuencia de esta pasión por la novedad. Como actualmente no hay buenos dramaturgos, pues todas las artes creativas decayeron en la guerra civil, uno tiene que contentarse con ir a la *zarzuela*, o comedia musical, que tiene sus atractivos, o acudir a un teatro bastante remoto para ver una reposición de los hermanos Quintero. Así vimos esa deliciosa comedia que es *Puebla de las Mujeres*, magníficamente representada, con el papel de Concha Puerto interpretado por Ana Adamuz, una actriz consumada y muy sutil. También vimos dos malas obras de Benavente (su producción reciente ha perdido fuelle) y —me gustaría imprimir esto con tinta roja— una actuación de Rosario y Antonio, los mejores bailarines andaluces. Una larga estancia en América no ha corrompido su integridad gitana ni debilitado su soberbia técnica: la fuerza oscura y trágica de su baile y la pasión que sus cuerpos transmiten, cuando se acercan o alejan entre sí, superan todo lo que he visto hasta hora, incluso en la época de Diaghilev. Comparado con ellos, el Wells Ballet de Sadler, aunque sea excelente, parece descolorido y superficial. Desgraciadamente no pudimos verles una segunda vez, pues al día siguiente nos fuimos de Madrid.

Aranjuez

El tren estaba saliendo de los extensos trigales de La Sagra y entrando en tierras de regadío, con jardines y altos árboles. Después, con muchas sacudidas y traqueteos, redujo la marcha y se detuvo: estábamos en Aranjuez. Nos apeamos y tomamos un arcaico coche de caballos para ir al hotel.

Aranjuez es el Versalles español: todo en él habla el lenguaje del placer, la ceremonia y el siglo XVIII. El pueblo tiene un trazado de anchas calles paralelas y amplias plazas de armas, flanqueando las cuales se extienden en pulcras hileras las viviendas de la servidumbre del palacio. Más allá están las mansiones de la nobleza. Y todas estas calles, plazas y mansiones están sombreadas por plátanos frondosos.

El palacio es un edificio bastante anodino con algunas salas encantadoras, la mayoría decoradas con el estilo pompeyano de 1770. Dos de ellas, el vestidor de la Reina y la Sala de las Porcelanas, son especialmente hermosas. La última se llama así porque tiene las paredes y el techo cubiertos de porcelana blanca, de la que sobresalen en bajorrelieve adornos verdes, azules y rosas de estilo chinesco. Altos espejos empotrados en las paredes multiplican sus reflejos hasta el infinito, y el resultado es un escenario para una historia de Ronald Firbank sobre una princesa de gustos perversos e incoherentemente traviesos.



ARANJUEZ

VISTA GENERAL I.

AYUNTAMIENTO DE MADRID



Aranjuez.



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Las ventanas del palacio dan sobre unos parterres adornados con plantas y árboles exóticos, y al lado fluye el río. Más arriba pasa por una presa, y es el brusco cambio de nivel lo que crea toda esta fertilidad. La última vez que estuve aquí, en mayo de 1934, el agua bajaba con un flujo torrencial y fragoroso que llenaba todo el jardín con su ruido. Pero hoy todo está en silencio. Antes de llegar a este punto cada gota ha sido desviada para el riego, y el lecho del río bajo la presa se ha convertido en una cadena de charcos verdes de agua estancada, que sólo sirven para que croen las ranas. Hasta ahora no me había dado cuenta de la terrible intensidad de la sequía.

Junto al río y bajo el palacio están los jardines de La Isla, donde cantaban los famosos ruiseñores de Schiller. Pero en la época de Don Carlos no había árboles (fue su padre Felipe II quien los plantó), y si dejamos volar la imaginación hasta el siglo XVIII habrá que recordar que España no produjo ningún Luis XV. Cómo era la familia real se puede ver en los retratos de Goya. Pero el sitio parece ideado para un Watteau o un Fragonard. En ningún otro lugar del mundo alcanzan semejante altura los plátanos, olmos y álamos, y en las largas avenidas y perspectivas que convergen sobre estatuas, en los macizos y espesuras salpicados de arbustos en flor, tiene uno la viva imagen del jardín ideal del siglo XVIII.

Por la noche fuimos a dar un paseo por la avenida de plátanos gigantes (tiene más de tres millas de longitud) que bordea otro jardín mayor, el del Príncipe. La luna estaba llena (¿no está siempre llena en Aranjuez?), y los altos troncos moteados se perdían en un entrelazado de hojas y ramas que todavía no habían alcanzado la plenitud de su crecimiento. No se oía ningún ruiseñor, aunque habíamos escuchado uno por la tarde, pero a cambio había búhos con voz de cuclillo, llamados en español *cucas*, que se contestaban mutuamente con una vibrante nota musical. Cuando cesaron estas llamadas no volvió a oírse ningún ruido: la propia luna, con la claridad de su luz, parecía crear el silencio. Terminamos nuestro paseo con un vaso de cerveza y un plato de fresas frescas en el café del puente.

Los muelles rotos de una cama castellana no le tientan a uno a remolonear entre las sábanas, así que nos levantamos temprano. Era grato caminar con el aire fresco, bajo los altos árboles. Seguimos la avenida que habíamos descubierto por la noche hasta el palacete que llaman la Casa del Labrador. Es un edificio construido en 1803 por Carlos IV y su reina, María Luisa, a imitación del Petit Trianon de Versalles. Tras visitarlo y concluir que sus muebles estilo imperio eran vulgares e insulsos, emprendimos el regreso por el jardín del Príncipe.



Recomiendo a todo auténtico dendrófilo (es decir, a todo amante de los árboles) que venga a Aranjuez. Hasta que no haya estado aquí no tendrá idea de lo que puede hacer un árbol. Los plátanos de estos jardines doblan en altura a los de Londres, y los olmos, que crecen con una forma airosa y flotante que no se ve en los países norteños, alcanzan hasta cincuenta metros. Además de éstos están los árboles norteamericanos, como los liquidámbares, las tsugas y los castaños de Indias, mientras que el *flor de amor* o árbol de Judas llama la atención entre el monte bajo por su intenso color magenta. Las causas de esta magnífica vegetación son el profundo mantillo de la tierra, el calor del sol y el agua. Todos estos jardines se riegan y la temperatura en agosto supera a veces los cuarenta grados a la sombra.

¡Qué agradable es este pueblo con sus pulcras calles porticadas y sus umbrosos jardines! Era una verdadera delicia pasear por sus verdes laberintos tras pasar tanto tiempo viajando por estepas rojas y amarillas. Sin embargo, aunque este lugar está sólo a treinta millas de Madrid y tiene un buen servicio ferroviario, poca gente viene aquí. Y de la que viene es muy poca la que se queda a pasar la noche. ¿Tiene esto como causa el tradicional odio castellano por los árboles? (Al igual que el chino, el campesino castellano es un furioso dendrófobo.) ¿O se debe a su aversión hacia un tipo extranjero de amenidad, parques de recreo diseñados por reyes que tenían un gusto francés? ¿O es simplemente que, en una tierra donde el dinero es escaso, no pueden permitírselo? Sea cual sea la razón, cogimos el tren matinal para Madrid.

De vuelta en Madrid

Después de tanto viajar es agradable estar de nuevo en Madrid sin tener nada que hacer, salvo sentarse a la sombra y beber cerveza y café españoles, ambos excelentes. El tiempo es más cálido de lo que suele ser en este mes: incluso a las siete de la tarde se ve uno cambiando de acera para evitar el sol, pero el *fond de l'air* sigue siendo frío y normalmente sopla una brisa fresca a mediodía. No es extraño, pues esta ciudad está a más de seiscientos metros sobre el nivel del mar.

Viniendo del Sur, lo primero que nos llama la atención cuando vamos por la calle es el sonido sibilante del acento castellano. Se oye un continuo siseo en sordina, como de serpientes. Pero si no se atiende a los sonidos, sino a las palabras, entonces se oye, como disparos hechos a intervalos, un torrente de No-No-No-Nada-Nada-Nada. Esta gente parece estar siempre ne-

gando o rechazando algo. Si la lengua de Provenza se denominaba antaño la *langue d'oc*, la de Francia la *langue d'oïl* y la de Italia la *langue de si*, entonces indudablemente al español habría que llamarlo la *langue de no*.

El Viernes Santo en Madrid es como cualquier otro día festivo: los bares y cafés están atestados de gente alegre y ruidosa, y las calles están llenas de hombres y mujeres endomingados. Muchas chicas llevan el traje penitencial tradicional: falda larga de raso o seda ahogada negra que llega hasta el suelo, peineta cubierta por la mantilla y una rosa o un clavel en el pelo. Además llevan en la mano un pesado rosario negro y un misal con broche de plata. Pero su porte no es nada devoto: caminan airosa y alegremente con su *no-río* al lado, presumiendo sin mucho recato de su disfraz, cuya falda manejan con torpeza. Hay que ir a Sevilla o fijarse en las mujeres mayores para ver usar correctamente la mantilla y la falda larga.

La mejor forma de disfrutar del buen tiempo y de la multitud es ir al Parque. Allí puedes sentarte bajo los árboles en uno de los cafés al aire libre y contemplar la pausada e interminable procesión de gente que pasa. ¡Qué encantadoras son las mujeres con sus ojos espléndidos y elocuentes, sus vigorosas cabelleras y sus finos andares! Las muchachas son una delicia constante, pero las mujeres mayores también me fascinan con sus hermosas facciones y su aire de dignidad. Sólo en Roma o en Florencia se ven tantas guapas. Pero aunque las mujeres italianas tengan mejor figura y caras con óvalos más delicados, indudablemente tienen menos carácter y expresividad.

La muchacha española enfatiza su belleza de un modo ligeramente distinto al de la inglesa. Su cara, pelo, manos, gestos y modo de andar son las cosas a las que dedica más atención. Cada *paseo* vespertino es una escuela de maneras y coqueteo, pero es una escuela nacional en la que las estrellas de cine no sirven, como en Inglaterra, de modelo. Lo más importante es el porte o andares: las muchachas españolas caminan maravillosamente. Pero incluso en esto ha habido cambios. Al menos en Madrid, el arte de andar —o más bien pasearse— con zapatos de tacón alto ha decaído. Hoy día ya no hay tiempo ni espacio para los pasos de maniquí con los que sus madres lucían sus cualidades. Han desaparecido junto con el coche de caballos.

Pero las muchachas españolas no se visten bien. Se hacen la ropa en casa o se la encargan a modistas baratas, en lugar de comprarla ya confeccionada o de cortarla sobre patrones de Vogue. No se ven por ningún lado la falda larga y los boleros que se llevan este año en Londres y París, y enfundan sus cinturas estrechamente encorsetadas (todas las españolas se encorsetan como locas) en chaquetas mal entalladas, o peor aún, en malas cha-

quetas de lana de estilo inglés que llaman «rebecas». También los colores son feos y están mal conjuntados. El efecto general es tan desgarrado y provinciano que uno no puede evitar pensar que necesitan a algún Worth o Paquin de su propia raza que les enseñe a vestir bien. El viejo traje nacional era idóneo para disimular sus puntos flacos —piernas cortas y figura rechoncha— y realzar los fuertes. Es una pena que a nadie se le haya ocurrido algo del mismo tipo, pero en estilo moderno.

Pero todo esto se olvida en cuanto uno mira sus caras, sus cuellos, sus hombros y su pelo. Dedicán mucho tiempo al pelo y al maquillaje, y no es tiempo perdido. Y luego están esos ojos grandes y brillantes, con sus claros blancos, que pueden lanzar una señal a tanta distancia como uno puede lanzar una pelota de tenis. Las muchachas inglesas utilizan sus ojos con mucha menos intención. Pero lo que más choca al extranjero es el hecho de que sean tan conscientes de su belleza. Avanzan majestuosamente, estimuladas por las miradas de admiración que las persiguen, sin ninguna de las dudas y vacilaciones que afectan hasta a las chicas guapas de Inglaterra. Saben que están ahí para ser miradas y que los hombres existen simplemente para mirarlas. Por esta razón se permiten en la conversación un amplio abanico de gestos faciales, desde enérgicos mohines a muecas pronunciadas, que en chicas menos atractivas se considerarían poco favorecedores. Un ceño severo, con el que ninguna muchacha inglesa se atrevería a mostrarse, forma parte de su arsenal habitual.

Toda esta vivacidad y animación va acompañada de una gran efusividad y de mucho buen humor. Salta a la vista que las relaciones de los jóvenes con los demás miembros de su familia suelen ser felices y desenfadadas. Y quieren mucho a los niños. Es frecuente ver a un joven bien vestido jugando con un crío o haciendo mohines a un bebé sin sentir la menor vergüenza. No se ve mucha reserva ni timidez, por mucho que sus novelistas escriban al respecto. En suma, es una sociedad a la antigua (como de la primera época victoriana o del Segundo Imperio), pero que empieza a desmoronarse y a descomponerse.

Pero aunque la primera impresión que uno tiene de Madrid un día festivo de Semana Santa sea de vitalidad y felicidad, no hay que suponer por un momento que todo el mundo se divierte. La inmensa mayoría está absorta en el problema de cómo llegar a fin de mes. Hay que conocer la vida española desde dentro para percatarse de lo difícil que eso se ha puesto. Sin embargo, con este buen clima y en esta bella ciudad, donde a la gente le gusta disfrutar en público, las formas de felicidad se ofrecen continuamente a la mirada, como en una feria. Y todas están en juego. La perspectiva del placer está cons-

tantemente ahí, colgando ante los ojos, dispuesta en cualquier momento a caer en el regazo de hasta los más pobres en forma de un billete de lotería premiado. Sólo los viejos saben que han perdido. Una de las cosas curiosas y patéticas de estos viejos en España es la forma en que se contraen y encogen. A cada paso se cruza uno con viejas tan delgadas y ligeras que parece que un soplo de aire podría llevárselas. Estas mujeres nunca están alegres. Un aire de melancolía enraizada cubre sus rostros como una mascarilla fúnebre, y se quedan sentadas en un banco del parque o en algún rincón sombrío de una habitación sin moverse ni cambiar de expresión, como si fueran helechos. Otras tienen esa expresión de terror de ojos desorbitados que se ve en el retrato de Goya de la infanta María Josefa que hay en el Prado. Pero todas sin excepción están tristes, y no sólo, creo yo, porque sean pobres y estén solas y destrozadas por alguna tragedia de la guerra civil o de la represión que vino después (aunque sabe Dios que en estas cosas hay causa suficiente de desdicha), sino porque no pueden olvidar que la posibilidad de felicidad ha pasado. En este país donde la juventud y la vitalidad lo son todo, están totalmente derrotadas porque han perdido la fuerza y tienen los días contados.

Pero aun así, ¡qué ciudad tan espectacular es Madrid! El sentido moral puede verse frecuentemente agredido por el contraste entre riqueza y miseria, pero la sensación de vida le estimula a uno, mal que le pese. Los españoles se entregan al placer y al dolor con más franqueza y entusiasmo que otras razas. Corren ávidamente en pos del uno, y cuando lo pierden sacan partido del otro. Imagino que en el limbo hay pocas almas de origen español, pues el mayor mal para ellos es la insensibilidad, o la pérdida de sentimiento. Y por supuesto las grandes vicisitudes que atraviesan dejan una huella en sus caras, que se nota mucho más porque tienen las facciones prominentes. Las expresiones que se ven en la gente que pasa de la cincuentena son a menudo extraordinarias.

Hoy nos hemos mudado a un hotel de la Gran Vía donde pagamos cincuenta pesetas (unos 10 chelines) de *pensión*, con baño privado y una comida pasable. Justo la mitad de lo que nos cobraron anoche. Este hotel no ofrece ningún lujo, pero tiene un ambiente alegre y amistoso; sus clientes son sobre todo jóvenes: estudiantes, extranjeros, actores y gente así. Por la tarde, cuando atravesábamos la ciudad, nos encontramos con dos procesiones: en una llevaban delante a la Virgen y detrás a Cristo muerto en una urna de cristal; en la otra había un *paso* de Cristo azotado por los soldados. En ambas ocupaba el lugar de honor un destacamento de la policía municipal, que tiene la reputación de ser el más duro de los cuatro cuerpos diferentes de policía que existen en este país.

Por la noche fuimos a ver otra procesión mucho mayor. La muchedumbre era muy densa, pero policías a caballo abrían pasajes en ella, por lo que subimos trabajosamente por la calle de Alcalá con la esperanza de ver de cerca el espectáculo. No tardamos en divisar un objeto muy voluminoso, iluminado como un árbol de Navidad con centenares de velas, que bajaba bamboleándose por la Gran Vía hacia nosotros. Entonces la multitud se agolpó más aún, grupos de gente empezaron a empujar y achuchar, y mi mujer estuvo a punto de rodar por el suelo. Alargué los brazos para sostenerla, y cuando volvió a ponerse en pie descubrí que mi monedero, que llevaba en el bolsillo del pantalón, había desaparecido. Llevaba en él cerca de treinta libras. Sin duda era adecuado que los ladrones, cuyo santo patrón había padecido en la cruz ese día, procuraran sacar partido, pero para mí era un golpe muy duro. Volvimos al hotel sumamente deprimidos, sin esperar a ver más catafalcos.

En el hotel donde estamos alojados hay unas cuantas estudiantes francesas. Ofrecen un gran contraste con las chicas españolas. De siete no hay una sola guapa, pero son muy diferentes entre sí. Tienen menos vitalidad animal, pero sus procesos mentales son más complejos. Muestran una gama más amplia de sentimiento y carácter, porque tienen una conciencia moderna de sí mismas. La verdad es que los españoles son una raza simple en comparación con los ingleses y los franceses. Como en su clima y en su paisaje, las medias tintas parecen suprimidas. ¿O es que, como ocurre con la música escrita en un modo desconocido, somos incapaces de comprender todas las complejidades? Ésta me parece la hipótesis más plausible. La profunda melancolía, la obsesión religiosa, la vacuidad y la nada abisales que tan a menudo se ven grabadas en sus rostros son de una índole diferente de todo cuanto se ve en el resto de Europa. ¿Y qué decir de ese extraño afán de sangre que les embarga en determinadas ocasiones, como muestran la guerra civil, las guerras carlistas y la guerra de la Independencia, esa pasión taciturna, medio sexual y medio religiosa, por la que se identifican con la muerte y le hacen el trabajo? Sí, tienen sus propias formas de crueldad, delicadeza, melancolía y extravagancia, que a menudo nos resultan tan difícil de ver, con nuestros ojos alimentados por la luz del día, como un paisaje nocturno.

Pues el alma española tiene dos facetas que corresponden, por así decirlo, al día y la noche. El español diurno es el hombre que uno ve: sociable, activo, capaz de grandes arrebatos de energía y animación, a menudo bastante dieciochesco de carácter, y no muy imaginativo. En su conducta ordinaria es una persona más bien simple, como se puede comprobar repasando la litera-

tura española. No hay en ella ningún Montaigne, Racine, Pascal, Rousseau, Constant, Proust, Blake ni Shakespeare, aunque tiene a Cervantes. Su complejidad, cuando tiene complejidad, estriba por regla general en ciertas sugerencias poéticas o en los arabescos formales con que trata los temas. La otra faceta del carácter español no se ve, porque rara vez asoma claramente a la superficie. Pero se puede adivinar fácilmente, pues es su silencioso manar en la conciencia lo que da a las cosas españolas ese énfasis extraño e inexplicable que todo el mundo reconoce. Lo llamo el lado nocturno del alma española —aunque podría muy bien llamarlo el lado del siglo XVII— porque va asociado con la idea de la muerte y el desprecio por la vida.

¡Menosprecio de la vida! Esta expresión es como una campana cuyo tañido resuena a lo largo de la historia de España. Los españoles son grandes destructores. ¿Es su orgullo —el *orgullo* por el que siempre han sido famosos— el que les hace despreciar de ese modo la nimiedad y mediocridad de la vida cotidiana? Nada es lo bastante bueno para ellos: ésa es la primera etapa de su inmenso egoísmo; en la segunda, nada es bueno en absoluto, puesto que la vida y el mundo no duran eternamente. *Todo o nada*. Es en esta actitud donde tienen origen tanto el fanatismo como el misticismo español.

Los españoles son grandes realistas, eso es lo que siempre nos han dicho. Es verdad que ven las cosas con minuciosidad y objetividad. Pero esa realidad duele y lastima su orgullo: demasiado a menudo afrontan la vida como si fuera su enemigo. Y es precisamente la crueldad y exactitud de su visión (pensad en Goya) la que les hace encerrarse en sí mismos con el deseo de trascender lo que ven. De ahí su nobleza, su generosidad, su extravagancia. Tienen que vencer su propia mezquindad, rebasar y superar sus propios egos. A un *caballero* no le importan las opiniones de los demás, pues los demás apenas existen, sino tener una buena opinión de sí mismo: eso es lo que importa de verdad. Por eso Felipe II construyó El Escorial y vivió en dos celdas. Erigió el mayor palacio del mundo para halagar su orgullo, y después, para halagarlo aún más, se lo entregó a los monjes y construyó un *pudridero* real donde él y sus descendientes pudieran pudrirse lentamente en féretros de mármol negro sin adornos. Don Quijote, consternado por la insipidez e insignificancia de su vida, se figuró que era un caballero errante y después se demostró que era verdaderamente noble. Bajo el barniz de un carácter decimonónico, a menudo se aprecia en los españoles actuales la huella profunda de la Contrarreforma.

¡Qué deprisa pasa el tiempo bajo este sol ardiente, en esta ciudad hermosa, bien construida, pero quizá monótona, en la que todo invita a la buena vida! Pasamos el tiempo vagando de café en café tomando en uno

café, en otro un helado de albaricoque, después una copa de *manzanilla* y patatas fritas antes de comer, y por la noche alternando la cerveza con el *anís*, acompañados de aceitunas negras y de esos camarones grandes que llaman *gambas*. Entremedias vamos al Prado y a los otros museos (entre los que debo destacar uno privado, el Instituto Valencia de San Juan, con su buena colección de cerámica, tapices, bordados y demás), visitamos a un amigo u hojeamos los libros de arte en la excelente librería alemana de la Castellana.

Por la calle miramos a las caras de los transeúntes, de rasgos tan hermosa u hondamente pronunciados: ora preternaturalmente solemnes con la plúmbea solemnidad de los españoles, ora extraordinariamente alegres y animadas. Los calvos son más calvos, los obesos más obesos, los flacos más cadavéricos, los cojos más tullidos que en otros países. De esta generalización exceptuó a los hombres jóvenes, que no destacan especialmente. Hasta los treinta años el español tiende a ser un figurín de sastre, con demasiada animación y demasiado poco carácter. Después, al llegar a mediana edad, la cabeza se le empieza a hinchar hasta que, a los cincuenta años, es enorme e imponente, una cabeza leonina para sostener la cual parecen demasiado endebles su cuerpo y piernas cortas. Sentados están llenos de dignidad, andando tienden a ser desgarbados: senadores romanos como aparecen retratados en sus bustos, sin la nobleza que confieren las togas ondulantes. Sí, romanos. El Imperio Romano dejó una parte mayor de sus esencias en España que en Italia; la aspereza, la solidez, la estoica fuerza de carácter de aquel gran pueblo imperial forman la infraestructura de la vida española, sobre la que se ha construido un edificio de un estilo completamente diferente: un perfil quebrado de alminares y almenas orientales que componen el baluarte hermético y bien defendido del orgullo y el honor. Este sentido del honor, o más bien del amor propio o *pundonor*, es una de las cosas que no se pueden dejar de advertir en cuanto se pasa una hora en España. Es lo que te impide compartir un taxi o pagar una entrada de teatro o invitar a una copa si estás en compañía de un español. Es una cualidad liberadora y ennoblecedora que, aunque no vaya más allá de las buenas maneras, contribuye en gran medida a elevar el tono de la vida social.

Por muy agradable que sea Madrid en esta estación, los turistas no se quedarían probablemente mucho tiempo si no fuera por el Prado. En este museo, que tiene el tamaño idóneo, se puede ver gran número de obras maestras tan bien conservadas en este impoluto aire de montaña que parece que las hubieran pintado ayer mismo. Si no se ha visitado, sólo se pude

tener una vaga idea de la magnificencia de la pintura española: casi toda la obra de Goya, por ejemplo, se encuentra aquí. Y luego está la soberbia colección de Tizianos y Tintoretos, de Van der Weydens y Rubens. por no hablar de multitud de pintores menores flamencos e italianos. [...]

Madrid, a diferencia de Londres, es una auténtica capital. Esta inmensa tierra árida y polvorienta, con su pobreza y su tedio y sus problemas insolubles, ha vomitado una ciudad espléndida, espaciosa y enteramente hecha para la vida humana. Aquí todo el mundo tiene dinero o aparenta tenerlo. Las tiendas están llenas de alimentos lujosos, cada dos pasos te encuentras con un café o un bar tentador, las calles y los parques están llenos de gente que parece no tener nada más que hacer que pasearse. Todo lo que podría recordar a los habitantes de esta ciudad que su tierra es pobre, sus pueblos miserables y sus campesinos visten harapos y pasan hambre se hace desaparecer. La vida es para lucirse y divertirse. La juventud es la edad para gozar. No ha de permitirse nada que recuerde la crudeza de la situación nacional. De modo que todo aquel que puede juntar unas pesetas se lanza al baile y piensa en poco más que en mujeres, toros, cartas y charla y charla interminable. Los ingleses no vivimos así porque nuestras ciudades son lugares tristes y sórdidos, nuestra comida magra y el yugo del trabajo implacable, por lo que sería hipócrita que tiráramos piedras a los que lo hacen. Pero podemos señalar el resultado. A España la pierden en el juego cada noche esas clases ociosas y ansiosas de dinero que pretenden gobernarla, igual que en la época de la Regencia nuestros jóvenes lores perdían en el juego sus fortunas ancestrales. ¡Dinero, dinero, dinero! Por las buenas o por las malas hay que conseguir dinero para pagar las deudas, para contraer otras, para beber a tragos cada vez mayores esta vida embriagadora. Y así sigue la juerga, y siguen los chanchullos. Uno debe condenar el pecado, pero si uno ha sido joven alguna vez o ha amado el placer, no debe honradamente ser demasiado severo con los pecadores.

La última noche de nuestra visita a España tropecé con una situación que, por fútil e insignificante que sea, resume a mis ojos el estado de este país. El Café María Cristina es el mayor y más caro de Madrid. Su amplia planta baja y el primer piso están llenos cada tarde de gente bien vestida. Sin embargo, en el sótano hay una región oscura, misteriosamente iluminada y ocupada por mesas de billar y ping-pong, donde jóvenes y muchachos juegan de la mañana a la noche haciendo pequeñas apuestas. En el rincón más sombrío y desordenado de este sótano, bajo una escalera y entre pilas de botellas de cerveza y sifones vacíos, hay un servicio de caballeros, o como dicen los españoles, un «retrete»: un cuchitril inmundo, cuya puerta no cierra

bien, cuyo sumidero está atascado y cuyas paredes chorrean una humedad continua y cenagosa. Justo a la entrada, invisible hasta que tus ojos se acostumbra a la penumbra, hay una viejecita sentada en una silla. No tiene nada que hacer más que abrir la puerta, que de todos modos está siempre abierta, y dar papel a los que se lo piden. A cambio de estos servicios acepta cualquier moneda que se le ofrezca. De eso vive, y como el café no le paga nada, dudo de que gane más de tres pesetas (8 peniques) al día. Pero tiene un empleo, tiene ingresos y se considera afortunada.

Mi última observación sobre España —aunque podría haber sido la primera— se refiere al pelo de las mujeres. La fuerza de las mujeres españolas parece residir, como la de Sansón, en este rasgo. Esas largas guedejas de rizos tiesos que brotan como cascadas de sus cabezas y luego se lavan y se cepillan y se peinan y se atusan y se ondulán y se perfuman y se friccionan con brillantina para rivalizar con el lustre de sus zapatos y el brillo de sus pupilas, son el exponente de la enorme vitalidad animal de esta raza, una vitalidad que sería un poco basta y monótona si no llevara a menudo sobrepuesto un tipo peculiar de refinamiento y melancolía. Todas las razas vitales sienten profundamente la existencia del principio antivital: les obsesiona con mayor persistencia que al inglés atareado, flemático y vagamente preocupado. Esas grandes salas aireadas de la mente en las que suelen vivir los españoles no les permiten protegerse de las cosas de la vida o drogarse con actividades triviales. Como una lámpara que se alimenta de aceite, así se alimentan ellos de una reserva secreta de melancolía, que ni siquiera sus afectos familiares o su avidez de placer pueden agotar completamente. Así que sus vidas son como sermones de Jeremy Taylor, con la última etapa siempre a la vista: el estrecho ataúd, el nicho en el muro, la comitiva de los dolientes: la vuelta de la llave en la cerradura del corazón que sellará sus pensamientos en su interior para siempre.

Traducción del compilador



26. JUAN BENET (c. 1950)

En Los felices cuarenta cuenta Barbara Probst, novia a la sazón de Paco Benet, la visita que les hizo en París en la Navidad de 1949 «el hermano pequeño que venía de provincias», un joven vehemente que gritaba cada dos por tres «Faulkner, Faulkner, Faulkner!» por las calles nevadas de la capital francesa. Aquel joven, que con el tiempo se convertiría en el célebre novelista Juan Benet (1927-1993), venía en efecto del provinciano Madrid de la época, donde estudiaba ingeniería, se divertía como podía y velaba pacientemente sus armas literarias. Muchos años después quiso Benet recordar aquella época en un librito de memorias, Otoño en Madrid hacia 1950 (1987), que sería uno de los últimos publicados por el escritor.

A fin de matizar y completar la visión de la ciudad que nos ofrecen los escasos viajeros de aquellos años, hemos escogido dos fragmentos de esta obra pertenecientes a las piezas «El Madrid de Eloy» y «Luis Martín-Santos, un momento». En el primero recuerda Benet los peculiares problemas que planteaba el tráfico matritense en su época estudiantil; en el segundo evoca con fino humor el ambiente de los burdeles de Madrid, que eran los mejores del mundo —Buñuel dixit— hasta que poco después los prohibió Franco.

Problemas de tráfico

En aquellos tiempos apenas había semáforos; como mucho se podía contar una docena de semáforos en el centro de la capital que desde luego no servían para regular el tráfico rodado porque, reducido al de los vehículos oficiales y del transporte público, no tenía la menor necesidad de ser regulado. Al parecer quien tenía necesidad de ser regulado era el peatón. A falta de semáforos en cada esquina del centro había un agente municipal (o guardia), con un uniforme un tanto colonial —guerrera y salacot blanco—, provisto de un poderoso silbato a fin de alertar al peatón que intentara cruzar la calzada por un punto no debido; si el peatón, desoyendo el aviso, pretendía persistir en su empeño el agente no lo pensaba dos veces: abandonaba su puesto para perseguir al infractor, tomarle si era necesario por el



brazo, obligarle a desandar el camino hasta conducirlo al paso e imponerle como correctivo una sanción de una peseta, previa entrega del volante justificativo arrancado de un block que guardaba en el bolsillo de la guerrera. El suceso no sólo se repetía en los puntos céntricos en numerosas ocasiones sino que llevaba un cierto tiempo durante el cual la masa de peatones dócilmente tenía que esperar en el paso el permiso del guardia para cruzar una calzada vacía, por la que de tarde en tarde pasaba un tranvía, un taxi o un PMM. Era un tanto ridículo e infantil: en aquella España artificialmente dominada por las ideas de jerarquía y obediencia, la calle se convirtió en un remedo del patio de colegio con guardias y peatones jugando a policías y ladrones, con la sombra del desacato y del castigo planeando siempre por encima de la cabeza del ciudadano que apenas podía disfrutar de la ciudad «cuando los rebaños pastaban por el foro».

La Escuela, situada entonces en los altos del Observatorio, no estaba ciertamente bien comunicada y los que vivían lejos tenían que hacer uso del metro de Atocha o del tranvía n.º 33, creo recordar. En la Escuela se pasaba lista y se contabilizaban las faltas de puntualidad, cuya acumulación se consideraba grave. El 33 hacía el recorrido Pacífico-Ciudad Jardín, o algo así, con una frecuencia de uno o dos viajes por hora. El drama se producía cuando al cruzar la plaza de la Independencia topaba con el rebaño. Todavía era entonces Madrid cañada de paso y no era raro, en las primeras mañanas soleadas y frescas de noviembre, denunciado por el polvo que levantaba por el paseo de los impares, adivinar la bajada por La Castellana de un rebaño de merinos conducidos por un par de perros y un pastor, contemporáneo de Cervantes, que tras cruzar las quebradas del Lozoya se dirigía a las dehesas de Alcudia sin parar la menor atención a los palacetes alfonsinos de la corte. La cañada, para evitar el cruce de Cibeles, abandonaba Recoletos para subir por Olózaga (entonces Héroes del 10 de Agosto) hasta Independencia y desde allí seguir por Alfonso XII hacia Pacífico, Getafe y Fuenlabrada. Cuando los ocupantes del 7 —un tranvía de dos ejes, lento y ruidoso, todo un precursor del tranvía— tras rodear la puerta de Alcalá descubrían con horror que todo el ancho de Alfonso XII estaba ocupado por el parsimonioso y polvoriento rebaño, ya podían dar por seguro que les caía una falta de puntualidad que los más aprensivos trataban de evitar, sin más, abandonando el vehículo y echando a correr. Pero otros, tal vez conscientes de que eran testigos del final de una época o decididos a aprovechar el paréntesis (por causa de fuerza mayor) para un último repaso matinal, preferían aceptar su destino y seguir al rebaño hasta la parada de Claudio Moyano, no sin hacer sonar la campana reiteradamente y elevar sus protestas asomados a puertas y ventanillas; cuántas veces algunos re-

presentantes de aquella generación que por primera vez se encararía a los problemas del tráfico sobre bases científicas trataron, de la forma más persuasiva, de exponer sus razones a un pastor que para no discutir ni modificar su conducta movía la cabeza al mismo ritmo que sus ovejas.

Un serrallo bilbaíno

Pero lo importante era la noche del sábado. No creo que la noche del viernes de hoy sea comparable a la noche del sábado de entonces aunque sólo sea porque la semana inglesa ha duplicado, cuando menos, el número de días para hacer excesos. Entonces sólo había uno a la semana y había que aprovecharlo en su totalidad y para todo: para el alcohol, para las conversaciones literarias, para el sexo, para los amigos, para bailar, para visitar lugares poco recomendables, en fin, para gastar la asignación semanal y llenar el domingo con un descanso bien ganado. Cuando tal asignación daba para ello nos tomábamos unas chuletas de cordero en «Casa Pedro», «La Tienda de Vinos», «Hylogui», las únicas casas de comida —ni siquiera *restaurants*— de cierta decencia que estaban al alcance de nuestros bolsillos; incluso en alguna ocasión —y más que nada por no disolvernarnos— llegamos a cenar en «El figón de Santiago», un comedor social donde se servía rancho en platos de aluminio y los cubiertos —tan sólo repasados por la servilleta del mozo a cada nuevo asiento— se hallaban unidos por una cadenilla a una argolla fija a la cara inferior de la mesa corrida; todo un salón cuyo propietario no había introducido el menor cambio desde los tiempos de «La busca». [...]

La noche del sábado comenzaba después de cenar en el Café de Gijón o en cualquier otro establecimiento del barrio, igualmente equidistante de nuestros domicilios, que no echara el cierre antes de las dos de la madrugada. En las dos o tres horas de café la conversación era obligadamente culta, iconoclasta y acalorada. Así pues, a la mesa se sumaba todo aquél que lo considerase conveniente y siempre que fuera culto, iconoclasta y acalorado. (...) Sin embargo, era norma no acudir al burdel los sábados por la noche, aun en casos de extrema necesidad. Estaban demasiado llenos y a ciertas horas era preciso hacer colas y como dice D^a Luisa en «Tiempo de silencio» era impropio de nosotros. Ya había comenzado a ejercer su influencia el «Ulises» de Joyce en edición argentina y aquél que se considerase llamado a recoger la antorcha de la vanguardia literaria no podía negarse a tomar parte en una noche sabática —iluminada de alcohol y axilas— al estilo de Mabbot Street. [...]



En el barrio más próximo a la pensión de Luis, entre las calles Barquillo y Hortaleza por un lado, y Reina y Pelayo por otro, existían numerosos burdeles para toda la escala social; desde los más lujosos y reservados hasta los más populares y así los precios de la ficha cubrían un espectro que iba de las 25 a las 500 pesetas. En uno, digamos, de la clase media Luis había echado raíces, teñidas de color oro viejo. (...) La vieja Norton era una institución en el local y dada su larga amistad con la gobernadora del mismo, con frecuencia nos introducía en las habitaciones reservadas a la tripulación donde más de una vez sostuvimos con las chicas, en sus horas de ocio, largas veladas literarias en torno a una mesa camilla y un par de botellas de vino o coñac barato. La gobernadora, que asomará en las páginas de «Tiempo de silencio» con el nombre de doña Luisa, tenía ciertas pretensiones y no ponía reparos a las disertaciones que prodigábamos mientras las chicas cosían, jugaban al naípe, escuchaban el serial o leían literatura de género, no tanto para elevar el nivel cultural del medio cuanto para contar con un público respetuoso y calibrar los efectos de nuestra retórica sobre el pueblo llano. (...) De manera inesperada un día apareció en el local una joven malagueña de impresionante estampa —creo recordar que se hacía llamar Tona— que no tuvo que hacer el menor esfuerzo para dejarnos con la boca abierta y traspuestos los plexos. Nuestras visitas se hicieron más frecuentes y —como es fácil suponer— más privadas y subrepticias, más atentas al provecho propio que al solaz general; por lo cual no era raro que nos topásemos en el local de manera casual, cada cual por su lado, exagerando excusas y pretextos para justificar recíprocamente una presencia que el otro no podía sino observar con recelo, atesorando para sí todos los reproches a la traición y sin parar mientes al propio desacato. La bella Tona pudo provocar el cisma pero en el momento en que las acusaciones a punto estaban de invadir el terreno del gusto literario, desapareció. Verdaderamente era inexplicable que hubiera permanecido tantas semanas en aquel local de medio pelo. Su búsqueda nos unió de nuevo, viniendo a añadir un pretexto más a la peregrinación nocturna por lugares poco recomendables. «¿Dudosa?» había de preguntar una noche Gallego-Díaz al portero de los «bajos del Albéniz» cuando le advertí de la prohibición —formalmente anunciada en una placa de esmalte— de entrar en la sala con personas de reputación dudosa: «¿Es que no tiene usted ojos en la cara para cerciorarse de qué viven estas señoritas?»

Luis era un experto bailarín; un bailón, que entonces se decía. No se recataba de confesar que años atrás había asistido a un concurso en una academia de baile —cosa que nadie nos habíamos atrevido a hacer jamás— y presumía de que su manera de marcar el vals no tenía par en nuestra ge-

neración. A mayores, en cualquier momento podía dar el giro a la izquierda, si la señorita era de tobillo fino y se dejaba llevar, y no se recataba de demostrarlo en la pista mientras los amigos le observábamos acodados en la barra; o más bien mientras observábamos la hilera de botellas, para no ver. Pues a pesar de estar abocados al baile como a una de las pocas diversiones nocturnas, nuestra generación —a causa de los pasos de moda o tal vez por su propia pesadez— no hizo grandes proezas con los pies: eso era patrimonio de los que hicieron la guerra y que recuperarían los que vinieron después, una vez arrinconado el agarrado. Había dos clases de locales para bailar: los golfos y los no golfos, marcados ambos por la profesión de su público femenino, aunque algunos —señalados por su lujo suntuario— podían situarse en la transición con afluencia de dos clases de público según las horas. Entre los golfos merecen destacarse Pasapoga, Casablanca, J'Hay, Conga y, sobre todo, el Tarzán, el más golfo de todos, que había trocado su nombre de antes de la guerra, Satán, por estotro dictado por la pudibundez eclesiástica y que le permitía salvar las dos últimas letras del neón y conservar su terrible decoración de grutas y estalactitas capitosamente iluminadas por opalinas luces rojas y moradas. Hacía falta valor para entrar en Tarzán en los años cuarenta; valor, desprecio a la integridad física y cierto aplomo para mantener el tipo entre la parroquia del local, tenazmente afincada, por encima de los avatares de la guerra y su secuela, en la estética del baile apache. Pues bien, en aquel local (donde meses antes a un amigo mío le reventaron un riñón con una silla) Luis Martín-Santos tuvo a bien marcarse un vals con una parroquiana, sin duda al tiempo que le hablaba de la epojé para justificar su presencia en el lugar.

Cuando ya desesperábamos de volverla a ver, un día uno del grupo —no me extrañaría que fuera Alberto Machinbarrena— dio con la Tona en un local de cierto prestigio. Naturalmente había sido retirada y ya no se codeaba con cualquiera. Al parecer se acordaba de nosotros y a pesar de haber dado un importante salto en la escala social lamentaba, sobre todo en los fines de semana, haberse visto obligada a cancelar nuestro trato. Vivía en unión de tres o cuatro compañeras en un piso no lejos de la calle Máiquez que funcionaba como un serrallo bilbaíno. Unos señoritos industriales de Bilbao las tenían allí retiradas, con prohibición expresa de alternar, y solamente las más atrevidas se decidían a romper las cláusulas del contrato durante los interminables fines de semana en que los señoritos de Bilbao se veían obligados a atender a la familia y los compromisos sociales en Algorta. Los señoritos de Bilbao, reunidos en forma de sindicato, mantenían su serrallo de Madrid con el mismo sentido de dominio y exclusividad con que

arrendaban en tierras de Palencia un monte de caza y por lo mismo que no llamaban desde el bar del Carlton al corzo o al jabalí para advertirles que al día siguiente iban a la finca a pegarles un tiro, tampoco avisaban a las chicas de la calle Máiquez para anunciarles que acudían en pocas horas a cometer adulterio. Así que las chicas vivían en permanente espera y estado de zozobra, tan sólo suspendido cuando el señorito de Bilbao dormía en la casa. Sin duda una manera de amar —y no de las menos sublimes— tiene su origen en la suspensión del temor. Pero afortunadamente el piso, con suelo de tarima y un salón de balcones a la calle, contaba con escalera de servicio y aun cuando las carreras de quienes nos permitíamos retirar los intereses intercalarios del capital bilbaíno a la fuerza tenían que ser precipitadas¹, siempre encontramos expedita nuestra vía de escape. Eso sí, más de una vez hubimos de prolongar la tertulia sobre los fríos peldaños de la escalera de servicio, en espera de que los señoritos de Bilbao, tras aparcar sus coches de matrícula de Bilbao, concluyesen sus consumiciones en el bar de enfrente. (En aquella época, la levítica sociedad industrial bilbaína no perdonaba el pecado de la carne en tanto que toleraba —y aun se enorgullecía de ella— la afición de su hombre de pro al alcohol; en contraste, la levítica sociedad industrial barcelonesa no toleraba que su hombre de pro gozase con la afición al frasco en tanto que veía con buenos ojos que tuviese cuando menos una querida. Y ambos hombres de pro acudían a Madrid a satisfacer los placeres prohibidos en su tierra. Nunca he comprendido por qué razón tenían que coincidir en el centro y no buscaron un enlace directo y recíproco, que les habría granjeado grandes simpatías en Bilbao y Barcelona y tal vez hubiera servido ulteriormente para suavizar el mapa de las autonomías.)

Por más que las chicas instaran a sus amigos a hacer uso del timbre del portal jamás lo utilizaban y el único delator de su llegada residía en el ruido de la caucela del ascensor. Las veladas, por consiguiente, se desarrollaban bajo la amenaza del ruido del ascensor que suspendía todas las conversaciones y aguzaba todos los oídos y la paz sólo volvería cuando el ligero clic de la rodela anunciaba que el aparato seguía hacia más arriba. Situación muy parecida a la que volvieron numerosas familias de Madrid durante la guerra, tanto por las visitas nocturnas como por los bombardeos. Pero en cuanto el ascensor se detenía, la caucela chirriaba, el piso se llenaba de susurros, sordas carreras, «¡Los de Bilbao, los de Bilbao!, ¡que vienen los de Bilbao!» Todavía veo a Luis recogiendo con parsimonia las cartulinas amarillas de «Las voces» en tanto el timbre de la puerta resuena por todo el piso con furia, por tercera vez.



27. V. S. PRITCHETT (1951-1952)

Victor Sawdon Pritchett (1900) es otro escritor inglés seducido desde su juventud por el paisaje y la cultura española. En los años veinte vivió en Madrid y viajó extensamente por la Península; de 1928 data Marching Spain, relato de una larga caminata de Badajoz a Vigo en el que daba ya muestra de su talento para el género. Más tarde alcanzó bastante celebridad como cuentista entre el público de habla inglesa, y sus dos volúmenes de autobiografía. A Cab at the Door (1968) y Midnight Oil (1971), terminaron de consagrarle como un prosista de primer orden.

Pero el libro de Pritchett que más nos interesa es The Spanish Temper (1954), uno de los últimos clásicos de la literatura viajera de tema español. En él se compendian dos viajes del autor realizados en los años 1951 y 1952, con dos capítulos centrales (IV y V) dedicados a Madrid. La capital es el telón de fondo que utiliza Pritchett para formular buena parte de sus reflexiones sobre el carácter español, adobadas con observaciones tempestivas sobre la situación a comienzos de los años cincuenta. Especialmente interesantes nos parecen las páginas que hemos seleccionado sobre la costumbre del paseo, la megalomanía arquitectónica del franquismo y los Oblomovs madrileños, nombre con el que alude Pritchett al apático personaje creado por el novelista ruso Goncharov.

Hace veinticinco años Madrid era una chata ciudad española que apenas destacaba en su altura sobre el río Manzanares como una línea baja de amacotados tejados rojos. Sólo la gran fachada del Palacio Real revelaba la existencia de una ciudad cuando uno se acercaba. Ahora los rascacielos y los altos bloques blancos de pisos, como terrones de azúcar puestos de pie, se recortan contra el horizonte y dan de lejos a la ciudad un aire americano. A su alrededor han brotado extensos suburbios blancos y, al igual que Barcelona, la capital ha doblado su población en una generación. Aunque los extranjeros la menosprecian, al encontrar poco en ella de la vieja España, pues Madrid se construyó en el siglo XVII por mandato del rey, es una agradable ciudad moderna en primavera y en otoño. Su desabrido clima invernal, húmedo o nevoso, es poco llevadero, y el calor en julio y agosto es inso-



portable. En esta estación todo el que puede permitírselo abandona la capital para ir a las montañas o al Norte; los que se quedan se resignan a dormir muy poco por el calor, y la población pasa la mitad de la noche sentada en la calle.

La hora del paseo

El Talgo llega a la hora adecuada, la hora del *paseo*, cuando los cafés están llenos y las calles rebosantes de gente entregada al sacrosanto paseo vespertino de la vida española. Acuden a las calles principales del centro de la ciudad, que se convierte en una colmena. En algunas ciudades a esta hora uno se ve atraído por un continuo clamor sordo de voces, que suena como el clamor de un partido de fútbol, una corrida de toros o un mitin político; pero al acercarse a él, por calles que resultan extrañas porque están vacías, uno llega a la Plaza Mayor, o a alguna calle donde han cortado el tráfico, y descubre que casi toda la población se ha reunido allí por costumbre, para hablar y pasear incesantemente de un lado a otro. Los españoles tienen poca vida social en sus casas, aunque sí existe alguna vida social imitada de Europa entre los más pudientes o muy europeizados; esta gente da de vez en cuando tés o cócteles, pero la mayoría de los españoles tienen en la calle su lugar de diversión.

A esa hora salen las mujeres tan acicaladas como si fueran a una recepción mundana. El aspecto externo es importante para los españoles; gastan más en sus personas que en sus casas, en las que prescinden fácilmente de la manía del mobiliario y la decoración interior que domina a los nórdicos, y no solamente porque el nivel general de riqueza sea mucho más bajo. Pero por la calle van bien vestidos. Cualquiera multitud española, incluso en los barrios pobres, es la multitud mejor vestida de Europa, aunque rara vez lleven ropa elegante o de última moda. Simplemente tienen un firme sentido conservador de lo que sienta bien, no de lo que llama extravagantemente la atención. Sólo en sus joyas muestran alguna extravagancia las mujeres españolas.

No hay refinamiento ni sofisticación en España, ni siquiera en Madrid, salvo cuando ha sido manifiestamente imitado de París o introducido y afrancesado por sudamericanos; llama siempre la atención el carácter conservador de la gente, su amor por lo puramente formal, e incluso cierto provincianismo nacional. Siempre se han ceñido a su manera de ser, siempre han mantenido su propio estilo, y rehúyen con una especie de desdén desaprobador,

o incluso categórico, el contagio con otras costumbres. En esto son decididos más que complacientes, simples más que hostiles, quizá un poco esnobes. En su preocupación por lo que es «conveniente» se parecen a los ingleses.

Encuentras asiento en un café, pides un vaso de su cerveza helada y observas a la gente. Te ensordecen sus voces y el ruido estridente del tráfico. En Inglaterra el nivel general de belleza es bajo; sólo llama la atención el gran número de caras muy individuales que sugiere que los ingleses son personajes calcados de los dibujos de Cruikshank. En Francia el nivel de belleza no es mucho más alto que en Inglaterra; al menos en el norte de Francia no lo es. El nivel español es elevado; de hecho, cierta regularidad de facciones, las narices pronunciadas y los ojos brillantes parecen repetirse en serie. Da la impresión de que el porcentaje de sangre judía es bastante alto. Esto no es una generalización tan fantástica como puede parecer: la población judía, manifiesta o encubierta, era enorme en España, y el éxodo no puede haber eliminado del todo su profunda infiltración racial. Hay un tipo clásico español, serio, moreno, cetrino, a veces un poco pesado; y luego está el pequeño tipo simiesco, vivaz, melancólico y malicioso. La gente se reparte entre estas divisiones naturales, alteradas de vez en cuando por una mujer de gran belleza o una figura de grotesca fealdad. Sólo los viejos, encorvados y enfermos tienen mal porte. Apenas se ven hombros redondeados. El aire seco y eléctrico de la ciudad aviva los andares. Se tiene la impresión de una gran vitalidad natural, no traída por la nerviosidad nórdica.

Muchos viajeros han advertido lo que les parecía una diferencia casi racial entre los hombres y las mujeres españolas. (En realidad la diferencia es social: la vida del hombre español suele ser más inquieta, menos realizada que la de la mujer. A él le pesa en mucha mayor medida que a ella la condición de España, la frustración de la voluntad.) Las mujeres de Madrid, cuando van de dos en dos o de tres en tres, y rara vez con un hombre, tienen un aire militante, formal y estirado. Sociables y locuaces —pues a todos los españoles les gusta hablar por el placer de hablar—, han sido formadas para desempeñar un doble papel: se exhiben, y tienen un gran orgullo personal; pero cuando van por la calle no permiten jamás que sus ojos se crucen siquiera un instante con los de un hombre. El decoro es completo y claramente victoriano.

La lengua española es tajante y vivaz, llena de giros expresivos. Siempre se persigue lo que se llama *gracia*, que más que ingenio es una alegre prontitud en las réplicas. Para un oído extranjero, la lengua suena granular y rápida, más bien áspera y poco armoniosa, y esto da una perentoriedad y brus-

quedad masculinas a las voces de las mujeres. Cuando pasan andando, con tanta prestancia en el porte, dan la impresión de una raza femenina bastante sosegada y severa. Y pese a este aspecto dominante —y dominan claramente a los hombres al tener firmemente trazado su papel en la vida y mezclarse muy poco con el papel masculino en el plano social—, tienen la reputación de ser hogareñas, inocentes y sensuales. Aman apasionadamente a los niños: en sus ojos se lee matrimonio y ocho hijos. Pero en los últimos diez o quince años se han producido en España cambios revolucionarios, y las muchachas españolas están experimentando una tardía y relativa emancipación. Un efecto inesperado de la guerra civil, aunque acabó con la victoria de las fuerzas reaccionarias en religión y política, es esta emancipación de las mujeres. [...]

Megalomanía arquitectónica

En los últimos veinticinco años, y especialmente bajo el régimen franquista, Madrid se ha entregado de lleno a un alarde arquitectónico. Ahora forma parte de un grupo exuberante de ciudades meridionales, como Barcelona, Génova y Milán. Esta expansión ha sido fomentada por la megalomanía fascista y el mal gusto, pero había empezado mucho antes de Franco. Como provincianos ambiciosos, los españoles se han dedicado en arquitectura a erigir una fachada de modernidad. España es un país pobre que ha sido arruinado por la guerra civil y por años de sequía y hambruna. Tiene poca industria, y después de la guerra civil los campesinos, desesperados, han abandonado el campo por decenas de millares para emigrar a las ciudades. La población ha aumentado enormemente, lo que encanta a los chauvinistas del régimen actual, pero los recursos para mantener a esta ingente población nueva no han crecido al mismo ritmo. (...) Los salarios son muy bajos, los alimentos son todavía muy caros y el nivel de vida de la clase obrera es muy inferior al que tenía hace veinte años. El jornal de un trabajador medio oscila entre doce y diecisiete pesetas diarias, y de esta última suma me dijo secamente el encargado de un aparcamiento: «Es un salario con el que no se puede vivir, pero que basta para morir dignamente». (...) La situación de algunos trabajadores que antes no estaban organizados, como los criados, ha mejorado, y ahora hay servicios sociales, como asistencia médica y seguros gratuitos, que antes no existían. Pero Madrid se muestra cínico ante todo esto. A todo el mundo le encanta resaltar la funesta capacidad española para elaborar un proyecto perfecto, que nunca se pone en práctica. Nuevamente «Obedecemos, pero no cumplimos».



La reforma no es orgánica, se le impone desde arriba al pueblo español. Es una forma de exhibición. Si hablas de ello con cualquier trabajador español pragmático te contestará con dos frases secas: «Estamos amordazados. Fíjese en mi salario.» Si el que pregunta es extranjero, se ve en seguida todo azorado en medio de un mitin de protesta. Y la ley prohíbe las discusiones políticas.

La construcción megalómana está relacionada con esto. Es el recurso de los regímenes del sur de Europa donde las clases medias no pueden afrontar los problemas sociales. Es cierto que Franco ha construido colonias y pisos para los trabajadores, y que ha reconstruido pueblos destruidos en la guerra, y como los españoles son excelentes constructores de viviendas, esto se ha hecho de forma admirable. El mal gusto español aparece en los edificios públicos, donde hay dinero para tirar. En las afueras de Madrid hay un suburbio al que han llamado Nuevo Moscú, y lo parece. El alarde edificador de la dictadura se manifiesta en los enormes y feos monumentos públicos, los rascacielos, las pretenciosas plazas y bloques de los nuevos ministerios, casi todos los cuales están inacabados, con las obras interrumpidas desde hace años, por lo que ya no tienen siquiera el mérito de dar empleo. Se ha acabado el dinero y nadie se atreve a calcular cuánto se ha colado por el sumidero de los cohechos políticos y contractuales. Las clases más pobres miran estos edificios con cinismo y amargura.

En realidad, como decía, este cambio arquitectónico lleva produciéndose lentamente en Madrid desde hace mucho tiempo. Empezó en lo que ahora (visto retrospectivamente) parece haber sido la paz y la abundancia de los primeros años del siglo y en la época en que España se llenó los bolsillos como país neutral en la Primera Guerra Mundial. Al principio Madrid imitó a París. Esos balcones pastosos de los últimos pisos se copiaron del Campo de Marte y de Passy. La belleza arquitectónica de Madrid se encuentra en el barrio del siglo XVII, en la majestuosa Plaza Mayor (ahora casi un tugurio), en el hermoso y solemne *Ayuntamiento*, y después en su aire decimonónico triste, sosegado y burgués. Los españoles tenían cierta gracia a la hora de mostrarse trasnochados y atrasados. Era un signo de respetabilidad, y esto daba a Madrid un sólido encanto victoriano que armonizaba con las ideas reposadas y anticuadas de sus habitantes. Los principales cafés eran cómodos y bastante ajados. La escupidera —el grial nacional de la época— estaba en todas partes. Se podía caminar entre filas de escupideras. Los cafés estaban llenos de hombres hasta las tres o las cuatro de la mañana; las mujeres respetables no solían ir a ellos, aunque de vez en cuando se veía una familia. Incluso a principios de los años treinta no era corriente ver mujeres respetables en los cafés; la gente se compadecía de las extranjeras por su ig-



norancia social o la «nerviosa» emancipación que les llevaba a ellos. En aquel viejo Madrid hasta los años treinta llamaba la atención el gran número de curas que se veían en el centro de la ciudad, hombres corpulentos y afables, con sombreros raídos, que fumaban puros deambulando de un lado a otro; mientras que ahora, sin duda porque la Iglesia mantiene discretamente ocultas sus nutridas huestes, se ven muy pocos. Los ministros solían pasear con su corte de secretarios y aduladores, y los favoritos caminaban junto al gran hombre, que solía ser muy gordo. Los escritores españoles criticaban a sus gobernantes por ser tan públicos y asequibles y hacer caso omiso de la reserva de su cargo. Los grandes generales también tenían su corte. Se sentaban en los cafés con la cortesana del momento. Se admiraban las dobles papadas de los ricos o poderosos y bien alimentados, las formidables barrigas de los tristes glotones que llevaban su peso ante sí con aire de mártires.

Oblomovs

En aquella época Madrid producía —y hoy sigue produciendo— gran cantidad de lo que sólo se puede llamar hombres de un solo objetivo u Oblomovs. Algunos de ellos podían tener la ocupación de pasar todo el día en la cama, y se levantaban a las seis simplemente para desempeñar la función de pasear: otros se dedicaban principalmente al sueño: recuerdo a un agradable marqués, hombre muy inteligente, que debía ser un esteta del sueño, el Walter Pater del largo momento letárgico. Otro que recuerdo era jugador, otro un perseguidor de mujeres; muchos eran habladores de plena dedicación. Algunos pasaban todo el tiempo sentados a solas. Éstas eran sus ocupaciones, su vida entera. (...) Otros eran periodistas que iban a una oficina a charlar, pero que nunca escribían; muchos eran intermediarios, que se pateaban las calles a la caza de relaciones con la esperanza de llevarse una comisión. Era notorio que muchos funcionarios públicos sólo aparecían por sus oficinas el día de la paga. Estos hombres de un solo objetivo no eran necesariamente ricos. Quizá tenían alguna rentita, y gracias al instinto español para vivir frugalmente y encontrar el mínimo básico de necesidad y esfuerzo humano, podían vivir de ella o quizá de lo que les pasaba algún pariente sin rechistar. Por lo visto, en todas las familias había un hombre fenomenal cuya única función era desgraciadamente trabajar noche y día, a menudo en dos o tres empleos diferentes, de modo que podía ser abogado durante una parte del día, funcionario público o agente comercial durante otra, y por la noche periodista y profesor. Era él quien mantenía sin quejarse a su propia familia numerosa y a otros parientes



cuyo don especial parecía ser el de arreglárselas para ir tirando sin un empleo fijo. E incluso estos trabajadores habían encontrado un mínimo; habían descubierto de forma completamente natural cómo vivir con un mínimo de placer.

La victoria de Franco ha prolongado la vida del hombre de un solo objetivo, y en los países donde la clase media es relativamente reducida suele ser dura y agresiva en defensa propia. Aun así, los cambios exteriores de los últimos veinticuatro años han sido enormes. Se ha prolongado y completado esa extravagante calle sudamericana a la que siguen llamando la Gran Vía, aunque haya sido rebautizada con el nombre de Avenida de José Antonio por el hijo de Primo de Rivera, el dirigente falangista que fue fusilado en una de las primeras venganzas de la guerra civil. En lugar de los viejos cafés victorianos se han construido nuevos bares con mármoles, lujosos y pretenciosos. Han desaparecido los famosos embotellamientos de tranvías amarillos, que avanzaban a un cuarto de milla por hora y formaban enormes atascos desde la Puerta del Sol hasta Correos. Ahora los tranvías son azules, el tráfico se mueve rápidamente. Han aparecido las grandes salas de cine, con sus inmensos carteles melodramáticos; las radios berrean sus canciones *flamencas*; cuando hace calor, las voces enlatadas de las pantallas de los cines al aire libre se oyen gritar a dos o tres calles de distancia, y como las sesiones duran hasta casi las dos de la mañana, nadie que viva cerca puede dormir.

La vida intelectual está ciertamente eclipsada, y la sociedad literaria está tan saturada de rumores maliciosos y escándalos que no cabe sino indicar crudamente las razones evidentes: la censura política y eclesiástica. La primera no se considera tan dañina como se podría suponer, pues España está políticamente exhausta; la censura clerical es otra cuestión. Produce una viva aversión en todo el mundo, pues es tan burda como la censura en Irlanda. [...]

Flamenco

La radio resuena en cada esquina, pero rara vez emite la última canción o melodíaailable americana. Casi siempre es un aire *flamenco* o de *cante bondo*, una canción de una popular *zarzuela* o comedia musical, o una marcha española. Nada más cruzar la frontera uno se siente musicalmente fuera de Europa. Uno oye una nueva cadencia, obsesionante, monótona, pero con un marcado ritmo dramático. Es la retórica de la música, a veces trágica y so-



lemne, a veces fanfarrona y febril con un revuelo de faldas dentro, a veces oriental y agitanada, lírica y triste. El oído capta en seguida las notas extrañas de la cadencia —la, sol, fa, mi— en la voz del cantante o en la guitarra.

Después de la medianoche en Madrid, cuando acaba de cenar, deambula uno por esas calles apretadas y estrechas cercanas a la Puerta del Sol, en el centro de la ciudad. Hay calles con pequeños bares llenos de hombres que hablan a voz en grito, beben sus vasitos de vino o cerveza, trituran marisco y tiran al suelo los restos y los envoltorios de los terrones de azúcar de su café. Las paredes están cubiertas de azulejos de colores chillones. Encima suele colgar la cabeza de un toro, o una pintura sangrienta con la escena de una corrida. Por la puerta al fondo de la barra se pasa a un reservado, también revestido de azulejos, como una casa de baños, y amueblado únicamente con una mesa y una docena de sillas. Allí puede uno invitar a un guitarrista y a unos cantaores y escuchar *cante flamenco*.

De un modo menos respetable, se puede encontrar algún sótano en el mismo barrio, algún tugurio que probablemente cerrará la policía una o dos semanas después, y allí puede uno oír *cante flamenco* o, mejor aún, el auténtico *cante hondo* traído del sur en los últimos treinta años, que no se canta para entretener de un modo especial al viajero, sino en privado, por así decirlo, para el propio consuelo del cantante. Pues a pesar de sus alaridos es también una música íntima, quizá solamente para el cantante y un par de amigos. Se puede cantar sólo con un susurro. La sucia habitación, iluminada por una bombilla desnuda y débil, está llena de hombres de aspecto miserable y enfermo; el dueño va de un lado a otro con una botella de vino blanco en la mano, llenando los vasos. En un rincón hay cuatro hombres sentados con las cabezas muy juntas, y uno advierte que uno de ellos tamborilea levemente en la mesa con los dedos, mientras que otro murmura entre dientes, alzando de vez en cuando la vista hacia sus amigos, que asienten gravemente con la cabeza. El tamborileo arrecia hasta que el murmurador prorrumpe al fin en una palabra grave, cantándola quedamente con la voz de fasete de los gitanos. «Ay», canta. O «Leli, leli», alargando la nota como un suspiro prolongado, y cuando se detiene, el tamborileo de los dedos se acelera, acumulando emoción, tensión y obsesión, hasta que al fin la voz grave grita unas pocas palabras que son como una exclamación lanzada repentinamente por una persona desconocida en la oscuridad.

Traducción del compilador



28. ANDRÉ VILLEBOEUF (c. 1954)

El pintor y escritor André Villeboeuf (1898-1956) es un brillante epígono de la tradición literaria francesa de viajes por España que tuvo su momento cumbre en el Romanticismo. «Ocioso impenitente», como él mismo se calificaba, fino vividor a la antigua usanza, amigo de toreros y amante de bailaoras, Villeboeuf recorrió nuestro país durante más de treinta años, «unas veces a pie, con el morral a la espalda, otras en carro, en auto o en tren, trajinando de aquí para allá, al azar de las ferias, de los encuentros con hombres o paisajes, a merced de las citas fijadas por la amistad, las estaciones del año o, simplemente, mi capricho». Si sus viajes le inspiraron numerosos cuadros, grabados y acuarelas, los últimos, ya en los años cincuenta, tuvieron además como fruto el libro Serenades sans guitare (1955), que publicó poco antes de morir en un cortijo sevillano del campo de Paradás.

Junto con su amada Andalucía, Madrid fue para Villeboeuf objeto de especial predilección pictórica y literaria. Prueba de ello son los pasajes que hemos seleccionado de Serenatas sin guitarra, en la cuidada traducción de su amigo Julio Gómez de la Serna, que incluyen páginas excelentes sobre Aranjuez, la sierra de Guadarrama, el Madrid de antaño y la romería de San Isidro.

Aranjuez

Pasada la villa de Ocaña, que se deshace lentamente en polvo, la ruta atraviesa la extensa llanura donde, después de Bailén, las tropas francesas iban a tomar su desquite. Al remontar a las alturas, se vislumbra pronto el Tajo, que serpentea por el valle.

Regada por ese Nilo fecundante está la vega de Aranjuez, con sus copudos árboles, sus huertos, sus viveros, sus bancales de fresas y de espárragos. En el centro del oasis, el palacio real, rosa y nacarado, se extiende sobre un lecho de verdura.

La villa se cruza rápidamente; paro el coche a orillas del Tajo y voy a sentarme bajo las sauces en la terraza de la Rana Verde. El frescor es deli-

cioso. El agua y los vegetales humanizan el lugar, que se impregna de humedad. La limonada que me sirven le añade su aroma. Titubeo un instante, pensando en una visita a los jardines de la Casita del Labrador, pero no es época; las frondas presentan un tono crudo y agresivo. Sólo el otoño es la estación de los parques, y el de Aranjuez, adornado de fuentes de mármol, de elegantes pilones, de surtidores, de estatuas que sombrean los plátanos, se convierte en octubre en un regalo para los ojos. Cuando los tilos se deshojan, cuando el suelo está sembrado de hojas de álamos y cuando por encima de las glorietas de bojes y de los parterres de flores mordidos ya por el frío las enramadas amarillean, la melancolía con un ropaje ajado vaga por las avenidas, como verdadera castellana del lugar.

El encanto de Aranjuez me ha parecido, por otra parte, nostálgico siempre. En ese marco real, embrujado por el pasado, circulan unas sombras y, entre otras muchas, no puedo dejar de evocar la del atractivo Manolo Bienvenida, el torero que vine a ver aquí precisamente, hace veinte años, a su cuarto de hotel, poco antes de la corrida.

Era un día de fiesta, y una alegre multitud se apretujaba hacia la plaza; la exaltación que produce la promesa de un espectáculo leíase en los rostros.

Unos terratenientes fumaban gruesos habanos, y su andar tenía el aplomo de la gente adinerada; otros más modestos llevaban en bandolera la bota que se tira a los triunfadores en los momentos de entusiasmo. Todos aquellos a quienes su juventud o su pobreza vedaban la entrada a la plaza miraban a los privilegiados con ojos de envidia.

En aquel preciso momento, en una calle desierta, ante la puerta del hotel escogido por la cuadrilla, dos pencos cuyas riendas tenía cogidas un monosabio esperaban la salida de los picadores. Estos últimos se cruzaron conmigo en la escalera; entorpecidos por sus polainas de acero, bajaban pesadamente los escalones, mientras que, allá arriba, en el rellano, adosados a la pared del vestíbulo, los banderilleros fumaban unos pitillos. La seriedad que contraía sus rasgos contrastaba con lo alegre de sus trajes de luces. Llamé a la puerta del torero. Su mozo de estoques me abrió. Las cortinas corridas no dejaban pasar sino una luz escasa. Vestido de azul y oro, Manolo Bienvenida estaba sentado sobre la cama; nos estrechamos la mano; él me sonrió, pero siguió callado. Dos amigos le hacían compañía, taciturnos también, y en la habitación, donde vacilaba la llama de una lamparilla colocada ante una imagen de la Virgen, se hubiera oído volar una mosca.

Era la habitual vela de armas semejante a todas las que conocí en otro tiempo, al amanecer de los ataques, cuando serví en Infantería. Era siempre

la misma angustia, el mismo deseo de permanecer tranquilo que, precediendo al peligro, oprime la garganta. ¡Ingratos momentos!

Antes de marchar a la plaza, Manolo mascaba el tallo de un clavel que le habían ofrecido. Sus veinte años, su rostro de Fortunio aureolado ya por la gloria, su gracia, su amenidad y aquel traje de gala que se podía creer imaginado y bordado por unas hadas, daban a su persona la apariencia de un príncipe encantador que se dispusiera a ir a danzar una pavana en un baile de corte. Allá lejos, la multitud se apiñaba ruidosamente en el graderío; aquí, en la penumbra de una habitación amortecida, un joven con el corazón palpitante dominaba sus nervios...

Pero hay que apartarse de estos recuerdos. Deseoso de llegar a la capital antes de la noche, vuelvo a empuñar el volante.

Como el coche adquiere una buena velocidad, la mancha verde que forma, a lo largo del Tajo, la exuberante vegetación de Aranjuez ha desaparecido. La estepa de Castilla la Nueva le sucede, y he aquí que a lo lejos, entre un vapor azuloso, aparece Madrid coronado por los dientes de la sierra del Guadarrama.

La Sierra

Londres tiene el Támesis; París, el Sena; Roma, el Tíber y su campiña. Madrid tiene, realmente, su Manzanares, pero éste no es más que un gurrumino de arroyuelo siempre sediento al que, en un día de canícula, propuso el buen Dumas ir a llevar un vaso de agua. ¡Pobre Manzanares! Desde Góngora, Cervantes, Quevedo, ¿de cuántos sarcasmos no ha sido objeto? Dios, en compensación, ha dado a Madrid la montaña.

Uno de los más bellos ornatos del mundo es esta sierra del Guadarrama, siempre variada, ¡y tan entretenida! Imagen de grandeza y de severidad regias. El Escorial, monasterio de la sierra; garganta de Somosierra, gloria napoleónica y tumba de los lanceros polacos; ladrones de la sierra, bandidos de la sierra, leyendas de antaño, historias de hoy, jamones, quesos, cabras y águilas de la sierra; todo está en la sierra; es bueno todo cuanto de ella viene, emana, y, ¡qué bueno es ir a la sierra! Bosques y sanatorios de la sierra, aguas, frescor, excursiones y cacerías de la sierra. En primavera hay flores en la sierra; en invierno, los esquís resbalan por las laderas de la sierra.

Vivo lienzo de fondo, la sierra adquiere corporeidad cuando se acerca uno a ella; nada iguala la comba de sus lomos, la esbelta espina dorsal de su línea crestera. Cremallera zigzagueante, se prolonga hasta el infinito, y sus ci-



mas, que horacian las nubes que las envuelven, pasan la cabeza hacia el azur, centinelas de nieve, vigías eternos de la capital de España.

Hechos de un azul verdoso mezclado de ocre, los matices minerales de la sierra del Guadarrama han inspirado a Velázquez. Los puertos, los pinares, los valles sombrosos prestaron sus mantos de esmeralda a sus retratos principescos. ¿Por qué la música no ha cantado aún esas cabalgadas de rocas entre los aludes congelados?

Extendido al pie mismo de la sierra, Madrid es una capital reciente, un pueblo sin historia, agrandado administrativamente en el siglo XVII, que ha vegetado largo tiempo. Le ha llegado la hora del desquite. Después de la época en que se repetía la profecía de Carlos V, moribundo, a su hijo Felipe II: «Hijo mío, si quieres gobernar América toma Lisboa como capital, si prefieres el imperio mediterráneo elige uno de los puertos de Levante; pero si admites la decadencia de España instálale en Madrid», las cosas han tomado otro sesgo.

Era de esperar, tarde o temprano, esa virada del timón del destino.

Situado geográficamente en el centro mismo de la Península, como el hueso en el melocotón, Madrid se ha convertido en la placa giratoria de España. Si Madrid no existiera habría que inventarlo.

El Madrid de antaño

El Madrid de hace treinta años aparecía ante el viajero como una ciudad en construcción, bastante desilusionante; pero cuando se establecía uno en ella el encanto provinciano que había conservado acababa por actuar. Los asnos y las mulas circulaban todavía libremente. Se cruzaba uno por las calles con burros mozos de cordel, con asnos vendedores de vino, con asnos vendedores de aceite; y recuerdo aún los rebuznos del que era un verdadero reloj despertador e interrumpía mi sueño todas las mañanas. Era un burro lechero, venía de las cercanías y portaba sobre su lomo unas grandes cántaras que abastecían de leche al hotel donde me alojaba.

Los restaurantes no eran nada numerosos, y en los del viejo Madrid, a falta de minutas impresas o escritas, cantaban la lista de los platos:

—Tenemos *bistés*, patatas fritas, bacalao a la vizcaína, calamares en su tinta, fruta, queso —declamaba en cadenciosas estrofas la maritornes a la llegada de los clientes.

Y si se presentaba uno al final del servicio:

—Ya no quedan ni *bistés*, ni patatas fritas, ni queso —gritaba a voz en cuello—, pero quedan bacalao, calamares y fruta.



Ni la variedad ni la calidad de la cocina hubieran satisfecho a un gastrónomo; en cambio, el Valdepeñas servido en frascas era siempre excelente. Si las minutas han mejorado actualmente, no sucede igual con el vino, aguado o adulterado con harta frecuencia.

Reinaba en la capital una libertad de movimientos y de palabra que se ha atenuado mucho. Con una sencillez llena de desparpajo, las noticias corrían de boca en boca, la Prensa hablada iba más de prisa que la impresa, lo que permitía a cada uno expresarse de una manera personal, casi siempre graciosa. Los personajes realmente típicos hormigueaban en cada barrio, hasta el punto de que si quería uno divertirse se planteaba la dificultad de la elección. Algunos limpiabotas y camareros se habían hecho célebres por sus ocurrencias y, a menudo, a causa de una singularidad cualquiera, madrileños de la más humilde condición social salían bruscamente del anonimato.

Para no citar más que a uno, nombraré al castizo vendedor de almohadillas de la plaza de Tetuán de las Victorias que, habiendo sido agraciado con el «gordo» de la lotería de Navidad, declaró acto seguido que no pensaba guardar nada del premio que le hacía millonario. En efecto, cumplió su palabra y gastó tanto dinero en divertirse, en regalar y en dotar a sus amigos que al cabo de unos meses se le vio de nuevo pobre como Job y muy contento de reanudar su modesta industria.

Desde muchos puntos de vista Madrid se ha modificado. Con la animación de sus bulevares, la congestión de sus calles, el número de sus teatros, salas de fiesta, cines, con la agitación de una circulación automovilista que se abre paso a toques de *claxon*, ha llegado a ser, como todas las grandes capitales, una ciudad bastante hermética, que tarda en entregarse. Podría uno sentirse en ella atrozmente solo y fenecer de tristeza si no se tuviera la clave de sus recursos: en primer término, la amistad. [...]

Romería de San Isidro

Cuando se llega a Madrid por la carretera de Extremadura y, después de haber bordeado en Carabanchel Alto la finca de los Montijo, que hizo las delicias de Merimée, desciende uno hacia el valle del Manzanares, la ciudad parece querer prohibir el acceso a sus calles; despliega en mezcolanza las paralelas de sus rascacielos, gigantes recién afilados que no muestran la sonrisa. Es preferible contornearlos y para gozo de los ojos seguir a la derecha los meandros del río. Es el camino más largo, el de la ermita de San Isidro, desde el cual descubre el paseante el más bello panorama de Madrid.



He concurrido varias veces a la romería de San Isidro, el santo patrón de Madrid. Su fiesta se celebra el día 15 de mayo, cuando llega para los cultivos la época crucial de la sequía o de la lluvia. La creencia popular atribuye al buen Isidro, simple labrador, canonizado por su piedad, su espíritu caritativo y los milagros debidos a sus intercesiones, un poder discrecional sobre los elementos. Por eso ocurrió algunos años que le reprochó las trombas de agua que pierden las cosechas o, lo que es más frecuente, la sequía que las agosta. El hacerle responsable de esas calamidades fue algunas veces en detrimento de su estatua. Por muy cristiano que uno sea, no por eso deja de ser labrador, y cuando las preces repetidas cien veces no han tenido efecto surgía algún bellaco que le llenaba de injurias y que, olvidando su cualidad de santo, le apedreaba durante la procesión, ni más o menos que silban en el circo a un trapecista que falla uno de sus números.

¡Alabado sea Dios! Tales escándalos han cesado. Cada vez que he tenido ocasión de festejar el día de San Isidro, el cielo estaba azul y las cosechas prometedoras.

Desde lo alto de las escaleras de la capillita consagrada al santo se divisaba la romería, sus merenderos, sus tiouvivos, y más abajo la hondonada de tierra arenosa donde Goya ha situado su célebre *Pradera*. Ya no era pintada por el maestro, en el marco de un bello día primaveral, la reunión de caballeros con casacas bordadas y de sus lindas compañeras indolentemente sentadas bajo unas sombrillas de seda; no eran ya aquellos grupos de majos y de majas engallados, que por su vestimenta y su manera de hablar parodiaban ingeniosamente y con una chunga muy popular los modales de los verdaderos aristócratas. En lugar de los encantadores ociosos de antaño había obreros endomingados, hortelanos, simples burgueses en mangas de camisa sentados sobre la hierba y tomando un bocado. Los autos sustituían a las carrozas y a las calesas, pero la decoración seguía siendo la misma: el mismo verdor, el mismo Manzanares, y allá lejos, bajo el cielo cerúleo, el mismo Madrid con su cintura de muros que cierra, cual brillante cabujón de nácar, la fachada imponente del Palacio Real.

La romería de San Isidro ya no está de moda; he visto sus últimos resplandores. De todas las fiestas típicamente madrileñas sólo la verbena de San Antonio de la Florida, que se celebra en el mes de junio en los alrededores de la capilla decorada por Goya con alegorías femeninas de alas de ángel, conserva todavía una especie de gracia. A lo largo de los puestos verbeneros la multitud se extiende hasta el amanecer; en esta ocasión, las modistillas, vestidas con faldas largas y blusas claras, llevan coquetonamente en la cabeza el pañuelo chulón o el velito negro. Mariposean así durante toda la noche, alegres, incansables.

El entierro de la sardina, de alegre memoria, ha abandonado él también las umbrías de la Casa de Campo y emigrado a pleno centro, a la Academia de San Fernando. Allí, a pesar de que está fija en su marco, la escena danza y brinca con todos los estandartes desplegados. Pintado por Goya, es una zarabanda báquica en medio de unos verdes estridentes, unos amarillos sulfúreos que chocan con unos castaños laqueados y ciertos grises pizarra. Esta mascarada no se contenta con enterrar la sardina, símbolo de una muerte carnavalesca; es todo el siglo XVIII el que sepulta, ese siglo empolvado, gracioso, cortés, tan variado en sus locuras y tan inconsciente del drama que se prepara.

Goya

Sin Goya no sabríamos ya nada de esas mágicas escenas. No quedaría ningún vestigio de ellas ni una parcela ya del palacete de la Moncloa, cuna de los amores del pintor con la duquesa de Alba, retiro encantador que han destruido los bombardeos durante la guerra española. Las fiestas galantes que florecieron a orillas del Manzanares las ha hecho revivir el artista en los cartones de sus tapices y sus cuadros costumbristas con el mismo vigor que Madrid le ha encajado a él y a sus pinceles en su historia. Disuelto y existente en todas partes, Goya está en Madrid como la sal en el mar. Su sustancia esparcida flota desde Alcalá hasta Carabanchel en las cuatro esquinas de las calles; su sombra, su jeta, su peludo sombrero de copa se perfilan sobre los muros a cualquier hora del día y de la noche; el hueco de cada ventana podría servir de marco a cada una de sus obras, pero es en el Prado, en la carne misma de sus cuadros, donde aún late su corazón.

El otro día subí, no sé bien por qué, la escalinata del Museo sin verdadero fervor, más bien por rutina. Una atención dispersa, un humor casi desabrido, me empujaban de derecha a izquierda, cuando, bruscamente, ante los grandes frescos rezumantes de miseria que, ya sordo y viudo, pintó Goya para su quinta a orillas del río, sentí que me prendía por la nuca una gara férrea.

Esos negros paneles tiritando de fiebre me alucinarán hasta mi última hora. Acaso más por lo que insinúan que por lo que expresan. El soñador despierto que es Goya posee, entre otros privilegios, el de poder hacer retroceder las fronteras de la cosa pintada más allá de lo visible y de plantear sobre el gran libro del misterio más problemas que podría resol-

ver la clave de los sueños. Su técnica, o más bien su despreocupación por la técnica; su hipersensibilidad, milagrosamente apropiadas a la expresión de los efectos pictóricos, producen ese exquisito malestar en que el espíritu, privado del auxilio de la lógica, no puede contar más que con su propia adivinación.

Traducción de Julio Gómez de la Serna



29. H. V. MORTON (1954)

*H. V. Morton encarna como pocos la figura paradigmática del viajero inglés: a juzgar por la lista de sus obras, su vida no tuvo otra ocupación que la de recorrer el mundo y contar por escrito sus impresiones. En efecto, Morton es autor de varias decenas de libros de viajes cuyos títulos evocan los puntos más remotos del globo, sin olvidar a Londres y las Islas Británicas. En 1954 vino por primera vez a España, y al año siguiente publicó *A Stranger in Spain*, donde demuestra con creces su maestría en el género.*

*Los dos primeros capítulos de *Un forastero en España* constituyen un grato testimonio sobre el Madrid de los años cincuenta, pues la mirada de Morton —a diferencia de la de su admirado Richard Ford— es siempre amable y complaciente, y su prosa tan amena como los temas que aborda. Hombre culto y curioso, buen observador, Morton nos ofrece una visión quizá parcial, pero en todo caso muy interesante de la realidad madrileña de la época.*

El avión descendió sobre un paisaje que era exactamente como había esperado que fuese. Los árboles habían desaparecido hacía siglos, gran parte del manto se había perdido, y los huesos de la tierra yacían ásperos y desnudos en varios tonos de marrón. Tenía una dignidad solitaria como la que suelen tener los paisajes vastos y despejados, y unos cerros azules y cárdenos se recortaban a lo lejos sobre la linde del cielo. Tres o cuatro penachos livianos de nubes, que pronto aprendería a reconocer como característicos de Castilla, flotaban en el cielo como arrojados por una locomotora: aunque quizá sea ésta una metáfora demasiado terrenal, pues también parecían plumas de alas de querubines y serafines. En medio de las ondulaciones de la llanura, el aeropuerto de Madrid tenía el aspecto alegre e impertinente de un yate de recreo en un lago sombrío.

Barajas

Una mampara de cristal y una puerta vigilada por dos hombres armados con uniformes verde oliva, tocados con sombreros de charol de una hechura



ra que recordaba a Napoleón, separaban a los viajeros de un café que desbordaba en una franja de césped cercada por vallas blancas. Allí los españoles bebían refrescos y señalaban al cielo a medida que los husos de aluminio procedentes de Lisboa, París y Roma descendían suavemente hacia tierra. La aduana olía como un club nocturno. Acababa de aterrizar un avión sudamericano, y muchas hembras de aspecto llamativo y suntuoso estaban abriendo sus elegantes equipajes aéreos, observadas por los dos guardias civiles, que tenían ojos de ciervos melancólicos.

Me llamaron la atención los guantes blancos de algodón que se ponían los aduaneros antes de registrar los equipajes. Pronto descubriría que los guantes blancos son un símbolo del sentido español de la conveniencia. Un guante es un símbolo aristocrático, y antaño sólo los llevaban los reyes y los obispos. A medida que el mundo se vuelve más democrático se ven cada vez menos guantes, y el puño, naturalmente, siempre aparece desnudo.

Había mejicanos, peruanos y otros hispanoamericanos en la cola ante la ventanilla de los pasaportes, *conquistadores* a la inversa, que venían a visitar la vieja madre patria, y mientras los miraba pensé que España es uno de los pocos lugares en que América no significa Estados Unidos. Por supuesto, todos los *americanos* eran turistas, como lo era yo. En la España moderna, la palabra *turista* es en buena medida lo que era *peregrino* en la Edad Media. Es completamente comprensible.

—¿A qué viene a España?

—¡Turista!

El sello se imprime inmediatamente en tu pasaporte, unos ojos oscuros, cargados con la inmensa melancolía de los que tienen que tratar con el público, te examinan tristemente, y ya puedes entrar en España.

La hora de la siesta

Mis habitaciones apenas tenían rasgos distintivos y lo mismo podían haber estado en Londres, París o Roma; en realidad, el único toque de una mano española era una estampa con una Crucifixión colgada encima de la cama. El sol de la tarde entró a raudales cuando, tras luchar con una de esas correas de lona desconocidas en climas menos soleados, levanté la persiana de madera cosa de un metro y descubrí lo que había detrás. Vi un grupo bajo de tejados cubiertos de hermosas tejas moradas, de forma alargada y semicircular, como las que se ven en las iglesias bizantinas por toda Grecia. Más allá había un horrible bloque de pisos de hormigón, con todas las per-

sianas bajadas y, sin duda, un español dormitando en cada cuarto. A la izquierda se veía lo que era a todas luces un gran seminario, con un cura solitario, breviario en mano, paseándose lentamente por un pasillo. Era el único signo de vida en la *siesta* de Madrid, o al menos en la parte de la ciudad que se veía desde mi ventana. [...]

Sonó el teléfono. La *siesta* había terminado. Los silbatos de los policías de tráfico volverían a sonar, y los tranvías atestados y los taxis antiguos circularían de nuevo; ya debían de estar levantando las persianas metálicas de los escaparates de las tiendas.

—Hola —dijo la voz de un amigo—. ¡Bienvenido a España! ¿Cenas conmigo esta noche? ¡Bien! Entonces paso a recogerte hacia las diez.

—¿Hacia las diez?

—Sí, ¿o es demasiado pronto?

—No, te espero entonces.

Y yo, que considero uno de los mayores placeres de la vida estar en la cama a las diez, gruñí para mis adentros.

El paseo vespertino

Salí a las calles calurosas. Toda ciudad desconocida parece enorme hasta que te acostumbras a ella, y Madrid no es una excepción. La calle de Alcalá me pareció una de las mejores avenidas de Europa. El eje de la vida madrileña es la Puerta del Sol, del Madrid morisco, que al principio es una confusión y después, cuando te familiarizas un poco con la ciudad, una fascinación. Es un imán. De un modo u otro siempre vas a dar allí; si estás perdido, vas allí y vuelves a orientarte.

Era delicioso moverse entre la multitud a la hora en que declinaba aquel día de verano, quedarse mirando los atractivos escaparates de las tiendas —sobre todo las admirables zapaterías—, y oír a tu alrededor el repiqueteo torrencial del castellano. Qué diferente parece una lengua cuando la oyes hablar rápidamente, en voz alta, confiada y coloquialmente en su tierra natal. Me senté en la terraza de un café y pedí un *café con leche*. La gente que pasaba y volvía a pasar iba toda bien vestida. Había gran profusión de gafas de sol entre los hombres, y advertí con interés la costumbre española de llevar la chaqueta colgada de los hombros, con las mangas oscilando flojamente, que supongo es un vestigio de la capa española. Las mujeres iban sin sombrero y llevaban el pelo primorosamente peinado. Se notaba que toda esta gente había hecho un esfuerzo. No llevaban ropa lujosa ni vistosa, ni tenían

ese aire de riqueza que llama la atención en Bond Street, pero se atenían a determinado patrón de conveniencia. Mirándoles me acordé de los guantes blancos de algodón de la aduana.

Cuando terminé el café eché a andar lentamente por la Avenida de José Antonio, donde el gentío era más denso, las tiendas incontables, y el olor a gasolina y aceite de los motores en uso más viejos del mundo, más penetrante. ¡José Antonio! En los días siguientes llegaría a obsesionarme ese nombre. Existen cientos de calles que lo llevan. Se ve escrito en letras enormes sobre los monumentos a los caídos, a la entrada de las iglesias. Está en todas partes. Nadie puede pasar en España unos días, por pocos que sean, sin familiarizarse con él. En la visita de todo forastero a España debe llegar un momento en el que, incapaz de soportarlo más, se acerque al primer español que vea y le pregunte: ¿Quién fue José Antonio? Y la respuesta es de lo más simple. Es el santo todavía sin canonizar de la España nacionalista. Era hijo del general Primo de Rivera. Fundó el movimiento falangista y fue fusilado por los comunistas hace dieciocho años, durante la guerra civil.

Mientras paseaba mirando los escaparates, preguntándome quién podría querer un muñequito de un *banderillero* en el acto de clavar las banderillas a un toro, se me acercó un joven y se puso a caminar a mi lado susurrando algo. Creyendo que sería un rufián, le dije ásperamente que se largara en lo que me pareció buen castellano, y me vi consiguientemente humillado cuando me respondió en inglés, pidiéndome que le comprara una pluma estilográfica que se sacó furtivamente del bolsillo del pecho. Estos susurrantes vendedores de plumas pululan por las calles de Madrid. Las plumas que ofrecen parecen idénticas al modelo original americano, pero están hechas en Barcelona. Los plumistas ambulantes nunca son descorteses y es fácil quitárselos de encima. Se limitan a guardarse la pluma en el bolsillo del pecho y, con un suspiro filosófico, como si hubieran estado haciéndolo por una apuesta, se esfuman entre la multitud. Pero pronto llegas a conocerlos y ellos también te reconocen pronto.

Este tipo de gente, como los taxistas y los porteros de los hoteles, suele ser el primer contacto de un forastero en una capital extranjera. Y no debo olvidar a las entrañables vendedoras de tabaco de contrabando de Madrid, unas viejecitas sumamente respetables, vestidas de negro y con delantal, que recorren regularmente las aceras con bandejas llenas de cigarrillos americanos. Sus maneras no tienen nada de furtivo. Te venden productos teóricamente prohibidos bajo los mismos ojos de un policía.

Cuando oscureció, Madrid empezó a tomar asiento como para presenciar una cabalgata o procesión nocturna. Todas las sillas de las terrazas

estaban ocupadas. Las oficinas y las tiendas habían cerrado sus puertas y el trabajo del día había concluido. Entonces anegaron las avenidas principales miles de hombres y mujeres que venían de cien calles laterales en metro, en autobús y a pie para pasearse de un lado a otro, de acá para allá y vuelta. Era el *paseo* vespertino, ese curioso vestigio del siglo XVII, cuando la aristocracia tomaba el fresco al anochecer en el paseo del Prado. Lo mismo se hacía en St. James's Park en el siglo XVIII, cuando podía verse a toda la buena sociedad londinense paseando en traje de noche. Probé en seis o siete cafés hasta conseguir una silla vacía, desde la que pude contemplar este desfile. El gentío era diferente de esas multitudes ávidas y al acecho que a la caída de la noche van arrastrando los pies por Piccadilly hacia Leicester Square: era una multitud más decorosa, vestida pulcramente para la ocasión, y me recordaba a una antigua procesión religiosa.

Era extraordinario ver buena parte de la población de una ciudad moderna circulando de este modo, y me pareció un espectáculo agradable. No había nada vulgar en él, ni pitidos ni silbidos ni encuentros obviamente casuales; por otra parte, ninguna mujer se habría puesto esos pulcros vestiditos y esos zapatos negros de charol, ni se habría asegurado de que su pelo tenía buen aspecto, si no hubiera esperado lucirse y ser admirada. Sin duda lo eran, pero no parecían darse cuenta. Si oían un cumplido no se volvían ni sonreían: seguían andando bajo la luz de las farolas, a menudo tres o cuatro juntas, con la cabeza bien alta, la espalda derecha, dignas y serias.

Tardé una semana en acostumbrarme a las fantásticas horas de las comidas. En los años veinte Primo de Rivera intentó hacer que España comiera a horas europeas, pero ni siquiera un dictador pudo conseguirlo. No sé cuándo empezó la costumbre, pero no es antigua. En 1786, cuando el Dr. Townsend, párroco de Pewsey, en Wiltshire, visitó España, el rey y los miembros de la familia real comían hacia mediodía, los cortesanos chapados a la antigua a la una y media, y los más modernos a las dos. Un alemán llamado Fischer, que viajó por España unos diez años después y tenía buen ojo para estas cosas, no menciona horas de comida inusuales, como tampoco lo hace Richard Ford, que nunca pasaba por alto una peculiaridad española. Es imposible imaginar estas horas tardías en ninguna ciudad antes de la llegada del alumbrado público, y supongo que la costumbre española de cenar a las diez no debe de ser más antigua que la lámpara de gas. [...]

Palacio Real

Una mañana fui al Palacio Real de Madrid, erigido sobre un terreno que desciende abruptamente hacia el valle del Manzanares. Desde las ventanas traseras de su palacio los reyes de España abarcaban con la vista una meseta pelada y poco atractiva hasta las montañas de la Sierra de Guadarrama, que aquella mañana tenía color de jacinto rosa. El palacio es un edificio inmenso, de un blanco cremoso, y sus centenares de ventanas dominan una gran plaza con un bonito jardín cubierto de setos de boj y parterres de flores, donde, sobre una fuente central, Felipe IV aparece montado en un gran caballo, con el bastón de mando en la mano. [...]

El visitante inglés, al ver por primera vez el Palacio Real de Madrid, lo compara con el Palacio de Buckingham y dice que debe ser diez veces mayor, lo que es verdad. Pero debe recordar que el Palacio de Buckingham no es sino una casa privada muy agrandada, mientras que el palacio de los reyes de España fue construido no sólo como residencia para la familia real, sino también para albergar los ministerios. [...]

Subimos la escalinata de mármol tras un guía y contemplamos una melancólica vista de grandes estancias en cuyos techos jugueteaban cupidos y diosas sobre sillas y sofás dorados, y las pesadas arañas de cristal en larga perspectiva empequeñecían a lo lejos. Algunos salones eran casi increíblemente feos, diseñados como estaban para inspirar temor reverencial al espectador, y a veces salíamos de una orgía chinesca a una vasta galería, o sala de audiencias, donde las lámparas eran aún mayores y los artistas, como en un frenesí, habían derrochado el oro a brochazos y llenado el techo con tumultuosas escenas mitológicas. A veces un rey o una reina miraban gravemente desde un arco dorado, y allí vi por primera vez a María Luisa, la enamoradiza reina de Carlos IV, pintada por Goya; y me maravillé de que a un pintor de corte le hubieran permitido ofrecer un vislumbre tan literal de aquella real virago. Los retratos reales no se pintan para amigos y parientes cariñosos que perdonarán mucho, sino para la posteridad, y me pareció que esta pintura de una reina rompe todas las convenciones. [...]

No se puede mirar impasiblemente el gran trono dorado de todas las Españas. Se yergue sobre un estrado en ese enorme salón de espejos, bajo un dosel barroco guardado por cuatro leones de tamaño natural que miran hacia fuera con una zarpa sobre un globo. El guía dijo que el salón del trono sólo se utiliza ahora cuando Franco recibe a un embajador extranjero. Alguien del público preguntó si Franco ocupaba el trono en estas ocasiones.

—¡No, nunca! —fue la respuesta—. ¡El *Caudillo nunca* ha hecho eso! No sería correcto. [...]

Desayuno

El guardia llevaba un casco blanco, una guerrera blanca con cinturón y pantalones azules. Abrió un alegre quitasol y, tras afianzar la punta del mango en un agujero practicado en el asfalto, se puso unos guantes blancos. Ya estaba listo para empezar a trabajar. Se sacó un silbato del bolsillo, produjo un silbido estridente y todo el tráfico se detuvo. Varios centenares de españoles, que habían estado esperando a ambos lados de la calzada, cruzaron ahora. Se oyó otro pitido agudo y se reanudó el tráfico. A veces un extranjero ignorante o un español desobediente intentaban cruzar la calle en un momento indebido; entonces el silbato sonaba colérico y el infractor retrocedía con disimulo a lugar seguro. Había una notable diferencia entre estos dos sonidos; uno era largo, calmante y protector, el otro áspero y severo como un juramento, y con todo, ambos no eran más que silbidos.

Observaba esta escena cada mañana desde el café americano donde podía conseguir, sin preguntas ni explicaciones, huevos con bacon para desayunar, que es siempre mi primer acto en una ciudad extranjera. El desayuno español es tan deplorable como el francés: aros de pasta frita en aceite, llamados *churros*, y un taza de café o de chocolate. El resultado es que los españoles se pasan la mañana picoteando gambas, camarones, trocitos de jamón y cualquier cosa que les permita ahuyentar el hambre hasta la hora de comer, a las dos.

Plaza Mayor

Después de desayunar esperaba a que abrieran el Prado (es curioso que el cine, que se ha apropiado de nombres como Alhambra y Plaza, todavía no haya adoptado, que yo sepa, el de la mayor casa de imágenes del mundo), o simplemente echaba a pasear por las calles. Detrás de la Puerta del Sol descubrí un Madrid más atractivo para mí que el de los grandes bulevares, un Madrid del siglo XVII de casas altas con balcones, convertidas hoy en tugurios o en tiendas, muchas de las cuales pertenecen al Madrid de Velázquez y todas al de Goya. El corazón de esta vieja ciudad es una soberbia plaza del siglo XVII, la Plaza Mayor. Aunque ha descendido en la escala social, toda-



vía sigue intacta, y sus cuatro lados están compuestos por casas altas y distinguidas construidas sobre soportales, cada una con un balcón de hierro. En estos balcones se reunían la corte y la aristocracia para presenciar corridas de toros, torneos de lanzas y *autos de fe*, pues la casa de la Inquisición estaba oportunamente a la vuelta de la esquina. Hoy día, en los balcones de la Plaza Mayor se ve ropa tendida y a veces hasta ropa de cama, que cuelgan allí para que se airee al sol. En el lado norte de la plaza hay un edificio que parece más importante que los demás. Está decorado con frescos y coronado por dos torrecillas con agujas delgadas. Todavía se llama la Casa de la Panadería, pues está en el sitio que ocupaba la *panadería* municipal del viejo Madrid, y allí estaba el palco real desde el que los reyes y las reinas de España presenciaban los espectáculos públicos. En el centro de la Plaza Mayor hay una hermosa estatua ecuestre de Felipe III, en cuyo reinado se hizo la plaza, y también varios bancos de piedra maciza en los que uno se puede sentar a contemplar esta gloriosa muestra de ordenación urbana del siglo XVII, y a pensar que la madre de la Plaza Mayor fue la Place Royale de París —actualmente Place des Vosges—, y que la plaza española, si no la madre, fue ciertamente, por la más curiosa de las circunstancias, la madrina del viejo Covent Garden. [...]

Fisonomías

Tras una mañana pasada en tan deliciosas reflexiones era agradable encontrar un café en una de las calles principales y pedir una *granizada*, bebida compuesta de hielo picado y zumo de limón o café con azúcar. La consistencia del hielo determina si una *granizada* es excelente o simplemente buena. Debe ser como nieve durante el deshielo, cuando puedes apretarla hasta formar una dura bola de hielo, pero si está demasiado acuosa el resultado es una desagradable especie de sorbete. No debe ser fácil de hacer y varía mucho de un local a otro. En cualquier caso, mientras paladea una *granizada*, la mirada del forastero se verá atraída por la multitud.

No sé si la especie humana se está volviendo cada vez más fea o si yo soy cada vez más crítico: el caso es que hoy día me resulta más raro de lo que solía encontrar un ser humano realmente notable. En general, los españoles son una raza menuda y morena, aunque también los hay corpulentos y con ojos azules, hombres del Norte. Dado que Madrid es

una capital más nacional que ciudades internacionales como Londres y París, puedes estar seguro de que de cien personas con las que te cruces en la calle noventa y nueve serán españolas, y creo que muestran una gama notablemente amplia de variación racial. Cuando miras sus caras por la calle te llama la atención las pocas que podrían haber sido pintadas por Velázquez y la abundancia de Grecos y Goyas. Diez minutos en cualquier café de Madrid bastan para demostrar lo maravillosamente que captó El Greco al español alto, delgado y pálido de la Leyenda Negra, cuya mejor encarnación es el hidalgo melancólico, y la peor el canalla del melodrama. Goya encontraba sus modelos en todas partes, y realmente parece haber más Goyas que Grecos. No cabe mayor diferencia entre dos tipos nacionales que el español de aire triste que parece estar pensando en su propio entierro y el hombre rechoncho y orondo que parece venir del de otro. Supongo que son los dos tipos fundamentales: el caballero y el escudero, Don Quijote y Sancho Panza.

Luego está la mujer española. Me pregunto de dónde vendrá la leyenda fraguada en otros países de que es alta, esbelta y sinuosa. Generalmente es pequeña y casi siempre morena; tiende fácilmente a la gordura y su edad más fotogénica es entre quince y veinte años. Sus tres mayores bellezas son los ojos, que están llenos de inteligencia y vitalidad, el pelo, que lleva siempre primorosamente peinado, y su manera de andar, que es quizá el rasgo más notable de todos. Siempre va perfectamente calzada. Pero cuando pienso en la mujer española son sus andares lo que recuerdo, la cabeza bien alta, los hombros derechos, los pies firmemente plantados uno tras otro, sin pasos melindrosos ni traspisés. [...]

Viejos y viejas empujan por las calles carritos que llevan atados globos de colores, y estos carritos van cargados de toda clase de dulces antiguos que imagino están pasados de moda: caramelos de anís, regaliz, confites en forma de grosella, cerditos de azúcar blancos y rosados, peñas de mazapán y bolsitas de muselina llenas de monedas de chocolate. Resulta encantador ver a los niños correr hacia estos carritos con sus trajes de marinero y sus vestidos de muselina, verlos ponerse de puntillas y hacer sus compras gravemente, para alejarse después con la bolsa bien apretada en la mano, pero sin abrirla, porque en España es de mala educación comer por la calle, como lo era antaño en Inglaterra.

Pero de todos los espectáculos que me encantaban en Madrid, el que más me gustaba era el de las niñas vestidas de primera comunión. Te en-

cuentras con estas minúsculas figuras nupciales en medio de una multitud, generalmente los domingos, siempre vestidas con el mismo cuidado metódico y cada una igual que las demás: un velo blanco, un vestido blanco almidonado que cae hasta los zapatos blancos de cabritilla, un misal encuadernado en blanco asido por unos guantecitos blancos de algodón y, arrollado al antebrazo derecho, un rosario con un crucifijo de plata. Estas deliciosas figuritas se mueven con ligereza entre los seres humanos de tamaño natural, conscientes de la importancia de ese momento en sus vidas, y sus caritas son un reflejo perfecto de la gravedad y el decoro españoles. [...]

El Escorial

Una mañana, mientras paseaba por la calle de Alcalá, vi un soberbio autobús con un letrero que decía «Escorial» aparcado junto a un despacho de billetes. Los autobuses que hacen ahora son increíblemente suntuosos. Si la civilización tiene algo que ver con la extensión de muchos de los lujos y comodidades que antaño disfrutaban unos pocos, estos autobuses pueden contarse entre los objetos más civilizados de nuestra época. La gente que estaba dentro parecía tan alegre y animada que entré en la oficina y compré un billete para El Escorial. [...]

La Sierra de Guadarrama, hacia la que nos dirigíamos, aparecía a unas treinta millas al norte como una cadena de montañas oscuras recortadas contra el cielo. El campo que atravesábamos era llano, sombrío y sin árboles, pero el cielo era de un azul celestial adornado con dos o tres nubecillas como plumas remeras. Tras unas pocas millas llegamos a una carretera que se bifurcaba hacia el palacio de El Pardo, donde vive el General Franco entre tapices, cuadros y frescos del siglo XVII. También está allí el cuartel de su famosa guardia marroquí.

La carretera se volvió más interesante cuando empezamos a subir. Me han dicho que aquellos a quienes, como a mi amigo americano, les han pintado España como un país de guitarras y castañuelas, se sorprenden en invierno al ver en esta carretera a jóvenes españoles con esquís y trineos que se apresuran hacia las pendientes nevadas de Guadarrama; y en el Pico de Peñalara, que tiene casi dos mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar, la nieve dura a menudo hasta junio. Nos internamos

en un espléndido paisaje montañoso en el que los abetos y los pinos trepaban monte arriba, y seguimos bordeando valles oscuros y picos graníticos, que elevaban sus colmillos en el cielo, dramáticos y amenazadores hasta cuando hace buen tiempo.

El pueblecito de Galapagar era el último lugar de descanso para los féretros reales que iban camino de las criptas de El Escorial. Richard Ford nos cuenta que, cuando el cortejo estaba listo para partir por la mañana, un alto funcionario del Estado se acercaba al ataúd y preguntaba si su majestad quería ponerse en marcha. Unas cuantas millas más de carretera de montaña nos llevaron hasta un pueblo en el que unos críos ofrecían postales del edificio inmenso y ominoso que veíamos ante nosotros.

Lo que veíamos era, por supuesto, El Escorial.

Está magníficamente a la altura de su reputación; es todas las cosas que se han escrito sobre él: triste, majestuoso, sombrío, austero, frío y solemne. Se yergue en la falda de la montaña, calvinista en su severidad, y cada ventana —y tiene varios centenares— es un ojo agudo y penetrante. Creo que ningún gran edificio ha revelado con mayor claridad a su constructor. Sería fácil escribir una biografía de Enrique VIII sin ir a Hampton Court, o de Luis XIV sin ver Versalles, pero el biógrafo de Felipe II debe visitar El Escorial, porque es su propia expresión en granito, y ningún cuadro ni fotografía da una idea fiel de él. [...]

Lo que me fascinó de El Escorial es el contraste que cabe apreciar allí entre el siglo XVII y el XVIII, entre los Habsburgos y los Borbones que les sucedieron. Los reyes franceses hicieron lo que pudieron para conseguir lo imposible, poner una nota de alegría y animación en El Escorial, pero el viejo edificio se resistió con todas sus fuerzas. El contraste entre el rígido y solemne siglo XVII y el frívolo y tintineante XVIII es extraordinario. De repente entras en estancias decoradas con brillantes tapices de Goya, donde relojes franceses dejan oír su tictac desde las repisas de las chimeneas y risueñas butaquitas y divanes dorados, que recuerdan a una subasta en la Salle Drouot, flanquean las paredes: donde un empleado de paso, simplemente para divertir a los turistas, abre una caja de música y deja escapar un hilillo de sonido danzarín por la habitación, como un fantasma que, sobresaltado, sale revoloteando de detrás de una cortina. Luego un tramo de escaleras o un pasillo y te ves de nuevo en el siglo XVII, entre tiesas sillas de nogal y castaño, y en vez de pequeños sofás tapizados de raso hay duros bancos y escabeles. El tintineo de los relojes se

desvanece y las cajas de música se olvidan. Arden las ciudades flamencas y el duque de Alba avanza, y en estas salas silenciosas el hombre del negro jubón, con el Toisón de Oro en el cuello, hojea papeles con sus blancos dedos y lee el informe de un espía de Londres o París. Aquí, por primera vez, parece uno acercarse un poco más a Felipe II. Muy afortunadamente, las habitaciones donde trabajaba y el dormitorio donde murió, apenas mayor que un camarote de barco, se han conservado y tienen prácticamente el mismo aspecto que tenían durante su vida. No podrían ser más simples: un crucifijo para rezar, una silla para sentarse, un escritorio y un escabel para apoyar una pierna gotosa. Eso es todo lo que deseaba Felipe, el heredero de gran parte de Europa y América, cuando creó su propio ambiente. Es en efecto la celda de un monje, una versión de la estancia de Yuste donde murió su padre.[...]

Bajamos por una escalera de mármol al panteón real y entramos en una capilla subterránea de forma octogonal revestida de mármol negro y adornada con pilastras y capiteles dorados. Las dos monjitas norteamericanas se santiguaron, el cura saturnino puso una cara más sombría que nunca y los demás nos quedamos helados cuando, al mirar en torno, descubrimos los nichos donde reposan los sarcófagos de mármol macizo que contienen los restos de los reyes y las reinas de España.

El panteón está construido bajo el altar mayor de la iglesia, de modo que, cuando el sacerdote celebra la misa, lo hace directamente encima de los monarcas muertos. Yacen en túmulos de cuatro sepulcros, unos encima de otros, en la grandeza marmórea de su última corte.

Sólo faltan tres reyes desde la época de Carlos V. Son Felipe V, el primero de los Borbones franceses, que no soportaba El Escorial y su panteón real y fue enterrado cerca de Segovia; su hijo Fernando VI, que fue enterrado en Madrid; y Alfonso XIII, que está en Roma. El guía tocó un sarcófago vacío y dijo que estaba esperando a este último monarca. Después, en un aparte, añadió que antes de la revolución que llevó a Don Alfonso al exilio, solía venir en coche a El Escorial a rezar en este horrible lugar. ¿Quién lo hubiera creído de aquel personaje jovial, tan alegre y despreocupado, según parecía, como un Estuardo, que dejó tantas historias y *bon mots* dispersos por los hoteles y clubes hípicos de la Costa Azul? [...]

Mercados

Hay una extraordinaria pulcritud y precisión en los españoles, en su forma de vestir, en sus maneras y en su famosa cortesía. Difícilmente cabría esperar que esta pulcritud y esta precisión se extendieran a los mercados callejeros, pero así es. En la mayoría de los países los mercados son un caos ruidoso y sucio donde la comida se amontona de cualquier manera en los puestos y se vende a gritos y chillidos. Pero ocultos en las calles laterales de Madrid están los mercados más decorosos y hermosamente ordenados del mundo. Son el tipo de mercado ideal que uno puede ver en un ballet o en una comedia musical.

A menudo, a primera hora de la mañana, visitaba uno situado entre la calle de Velázquez y la calle de Goya. Era un mercado pequeño y cubierto, con puestos cerrados alrededor de los cuatro lados y otra hilera en el centro. Amas de casa con cestas, criadas con listas de la compra y hasta alguna que otra *señora* iban de un lado a otro escogiendo la comida del día en puestos cuyos propietarios parecían competir entre sí en componer los grupos más atractivos de naturalezas muertas. Jamás he visto el pescado, la fruta, la verdura y la carne expuestos con un sentido tan fino del atractivo de las cosas ordinarias. Cada vez que visitaba este lugar me embargaba la belleza de una escena que cambiaba de color con el transcurso del año gastronómico. Ni siquiera las carnicerías, que son en todas partes un sólido argumento en favor del vegetarianismo, tenían nada de repugnante. Ningún hombre manchado de sangre avanzaba con un cuchillo hacia un cadáver colgado; casi se podría creer que las piernas de cordero crecían en los árboles.

Este arte del mercado debe ser característico de España, pues nunca lo he advertido en ningún otro sitio y siempre frecuento los mercados de una ciudad desconocida. La fruta tenía un aspecto tan apetitoso como el buffet frío de un restaurante. Las cerezas, que entonces estaban en sazón, se exponían en hondas cestas de mimbre, tanto las rojas mollaras como las oscuras picotas, todas ordenadas por tamaños, todas sin rabo y bien lustrosas, como si les hubieran sacado brillo una a una. Había cestitas de fresas silvestres de Aranjuez, y fue allí donde vi y compré por primera vez esos deliciosos pero extraños melocotones chatos, llamados *paraguayos*, que se cultivan en los alrededores de Madrid. Fue para mí una revelación lo interesantes y hermosas que pueden ser las hortalizas cuando se orde-

nan atendiendo a sus formas y colores: los pimientos de un verde brillante y los pálidos espárragos con sus tallos morados, las guindillas, rojas como la guerrera de un guardia, y las berenjenas de metálico color de bronce formaban, con la ayuda de la prosaica col, el puerro y un fondo de espinacas, un conjunto tan vistoso como un centro floral.

Los puestos de pescado eran tan brillantes de color y estaban tan primorosamente ordenados como los de fruta: realmente los frutos de la huerta, del campo y del mar rivalizaban entre sí en color. El pescado se exponía sobre un lecho de hojas de parra en bandejas de mimbre. A menudo estaba rodeado por una franja o cenefa rosa de gambas, seguida por una banda plateada de sardinas, que se elevaba hasta una pila de salmónes, merluza y bacalao, coronada por una torre de cangrejos. El efecto del color y la composición de estos grupos recuerda a esos esmerados ramilletes de confitería, concebidos para la vista más que para el estómago, que nuestros antepasados llamaban «sutilezas», y que se ponían en la mesa al final de un banquete medieval.

Los españoles deben contarse entre los mayores consumidores de marisco del mundo, y una de las cosas mejor organizadas en España es el transporte rápido de pescado desde la costa hasta todos los lugares del interior. Madrid, una capital de montaña muy alejada del mar, es abastecida cada día con pescado fresco, y el trayecto nocturno de camiones con hielo desde la costa es casi como un servicio público, y quizá sea mucho más popular. Incluso en pleno verano se come en Madrid marisco que ha sido desembarcado la misma víspera en algún puerto costero. Es divertido ver al forastero apartar cuidadosamente las almejas y mejillones que encuentra en su *paella*, creyendo que no puede ser prudente comer marisco tan lejos del mar.

Ultramarinos y reposterías

Las tiendas de comestibles en España tienen muchas veces aspecto de especierías medievales, pero son notables principalmente por su exquisito nombre: *ultramarios*. ¡Qué palabra ésta! Y qué tosca es realmente nuestra palabra. Cada vez que ves la palabra *ultramarios* escrita sobre una tiendecita te parece ver barcos navegando hacia islas verdes donde acarrear pimienta y clavo hasta una bahía esmeralda. Ser tendero y po-

seer una tienda llamada *Ultramarinos* en Madrigal de las Altas Torres — un pueblo no muy distante de Madrid— sería vivir en la poesía misma del lenguaje. (Incluso sólo es ligeramente decepcionante enterarse por el profesor Trend de que *madrigal* no significa aquí canción, sino una maraña de arbustos y zarzas.)

A uno le gustaría saber, cuando contempla embelesado el escaparate de una repostería madrileña, hasta qué punto la voluptuosidad oriental que allí se exhibe es herencia de la España musulmana. Hay una zona bizantina de arte culinario, en la que creo que se debe incluir a España, que se extiende de Estambul hacia el sur por Asia Menor, hasta agotarse en las casas de comidas de Alepo y Damasco, y luego hacia el oeste por Macedonia, Grecia y los Balcanes. Y los dulces de miel con que el Sultán alimentaba a sus favoritas no eran turcos ni árabes, pues estas razas no inventaron ni siquiera la peladilla, sino griegos o bizantinos. He visto escaparates de reposterías en Madrid que estoy seguro deben parecerse a los de las confiterías de Constantinopla en los tiempos de los Paleólogos.

Imagino que los árabes trajeron consigo estos manjares bizantinos cuando vinieron a España, y el gusto por ellos ha existido desde entonces. El convento y el monasterio son magníficos depósitos para una receta, y es interesante enterarse de que las monjas todavía hacen y venden algunos de los turrone y mazapanes predilectos. Pero ¿quién compra la producción diaria de dulzura, los pestiños de miel, las guindas escarchadas, las naranjas cocidas en almíbar, las ciruelas acarameladas, los pastelitos goteantes de crema, el turrón, el mazapán? En los escaparates de Madrid se reponen cada día cantidades suficientes para engordar cien harenes.

Terminé cayendo en la insidiosa costumbre española de comer gambas por la mañana. Había un café encantador, con sombrillas de colores en la terraza, en la zona comercial de Madrid. Los pequeños tranvías pasaban traqueteando por un lado y enfrente se alzaba la oficina central de correos de Madrid, que parece una catedral y que algunos llaman Nuestra Señora de las Comunicaciones. Hay pocas cosas más deliciosas que no tener nada que hacer en una ciudad ajena y disponer de bastante dinero para hacerlo agradablemente, para sentarse a mirar a la gente y hacer cábalas sobre ella y dejar que un joven Murillo te limpie los zapatos. Los españoles pueden pasarse horas sentados hablando o, si están solos, sin hacer nada, con el motor de la mente apagado, deslizándose gra-

tamente en punto muerto. Esta inmovilidad es un don maravilloso, como la capacidad de un perro o un gato para quedarse dormidos en cualquier momento.

Traducción del compilador

30. AVA GARDNER (1955-1968)

Ava Gardner (1922-1990) no sólo fue en su juventud «el animal más hermoso del mundo» —lema publicitario utilizado para el lanzamiento de La condesa descalza—, sino también, durante toda su vida, una de las mujeres más libres e independientes de este siglo. Así lo demostró poco después del rodaje de la citada película de Joseph Mankiewicz (1954), que la consagró como la máxima estrella cinematográfica de la época, con su valiente decisión de dar portazo al mundillo de Hollywood para venirse a vivir a España. Y si en La condesa descalza Ava había encarnado a María Vargas, humilde bailarina de Madrid lanzada al estrellato por el director Harry Dawes (Humphrey Bogart), durante los siguientes doce años sería en la vida real una de las más célebres y entusiastas madrileñas de adopción.

En su autobiografía Ava: My Story, escrita con la ayuda de Alan Burgess y Kenneth Turan y publicada póstumamente en 1990, la actriz recuerda con gracia y desparpajo aquellos años madrileños de su vida, en los que supo sacar todo el jugo de la ciudad que la había acogido con los brazos abiertos. De esta obra hemos seleccionado tres divertidos fragmentos sobre su relación con Luis Miguel Dominguín, los dos domicilios que tuvo en Madrid y sus querellas vecinales con el pomposo Perón.

Ava y Luis Miguel

Cuando conocí a Luis Miguel en una fiesta en Madrid, por la época en que Frank [Sinatra] y yo estábamos a punto de separarnos, él, después de conquistar todas las plazas de toros del mundo, estaba disfrutando de los placeres de una retirada temporal y recuperándose de una cornada casi fatal que había recibido pocos meses antes. Era el ídolo absoluto de España, un país cuya pasión intacta empezaba yo a amar cada vez más. Sonrió, se inclinó ligeramente y dijo: «No English». Le devolví la sonrisa y dije: «No español», y así fue en buena medida como actuamos durante la mayor parte de nuestra relación. Pero como le gustaba decir a Papá Hemingway, nos comunicábamos en lo que contaba.

Si yo fui parte de la convalecencia de Luis Miguel, él fue parte de la mía después de las cornadas que Frank y yo nos habíamos dado. Animados por la música flamenca, reíamos, bebíamos y salíamos de juerga. Yo era su chica, él era mi hombre; así de simple. Éramos buenos amigos además de buenos amantes, y no nos exigíamos demasiado el uno al otro. Luis Miguel era muy divertido y a mí me encantaba tenerle cerca. Francamente, me intrigaba el hecho de que no parecía necesitarme y desde luego no buscaba publicidad, como tantos otros europeos que se acercaban a mí. Supongo que me gustaba la forma despreocupada en que podíamos vivir juntos después de todo el jaleo que yo había armado con Frank. Cuando terminé el rodaje de *La condesa descalza* nos quedamos en un hotelito en Madrid, él y yo en una habitación y Bappie en otra. Creo que nunca hablamos de casarnos, ni siquiera mencionamos el asunto. Bien estaba lo que en aquel momento estaba bien. Supongo que eso significa que estaba haciéndome adulta. Y ya era hora, desde luego.

Lo que siempre me sorprendía de Luis Miguel era su sentido del humor. Era más que ultrajante, era completamente perverso. Valga como muestra la forma en que se comportaba en uno de sus bares favoritos de Madrid, la Cervecería Alemana, un lugar ruidoso y muy frecuentado por todo el puñetero mundo de los toros: toreros, cuadrillas, apoderados, gorriones, aficionados, toda la panda. Hasta la clase acomodada madrileña se dejaba caer por allí cuando tenía ganas de encanallarse, y entonces era cuando Luis Miguel tendía sus redes.

Muy despacio, en su inglés chapurreado, explicaba a Bappie lo que debía decir en español cuando saludara a aquellas damas y caballeros tan dignos. Pero lo que en realidad le enseñaba eran las frases más diabólicamente obscenas que se le podían ocurrir. Se acercaba un caballero encopetado con su igualmente encopetada esposa, Luis Miguel me presentaba a mí y luego a Bappie, que estrechaba la mano de la dama y decía en su mejor español: «Buenas noches, tía cachonda coño gordo».

El nivel sonoro que había en el bar era tan elevado que sólo los íntimos de Luis Miguel estaban lo bastante cerca para oír la gracia y desternillarse de risa. Las cejas de la dama se disparaban hacia arriba, poniendo fin a toda conversación. Bappie se daba cuenta de que había dicho una barbaridad, pero Luis Miguel intentaba consolarla, insistiendo en que no era «más que un pequeño error». Éramos terribles en aquella época.

La Bruja

En diciembre de 1955, poco antes de cumplir treinta y tres años, hice algo que llevaba mucho tiempo amenazando hacer, algo de lo que nadie me creía verdaderamente capaz. No, no fue dejar el cine, pero casi. Abandoné Estados Unidos para siempre jamás y me instalé en España.

¿Que por qué me fui? En primer lugar, porque durante todo el tiempo que viví allí nunca me gustó Hollywood. No era mi lugar favorito, para decirlo suavemente; me parecía a ratos provinciano y a ratos superficial. Sencillamente no me adaptaba a la forma en que se hacían las cosas en la capital del cine, y cada vez se estaba poniendo más difícil tener la mínima intimidad allí. No podía sacar a pasear el perro, ir al aeropuerto o a un restaurante, ni siquiera podía ir al servicio sin que alguien me estuviera mirando, vigilando y espiando. Me sentía aprisionada por el estilo de vida de una estrella de cine y ya no podía seguir viviendo así. [...]

Y además estaba España. No sé si fue el clima, la gente o la música, pero me había enamorado perdidamente del país desde el momento en que llegué por primera vez años antes. Estaba tan poco estropeado en aquella época, era tan dramático, tan histórico... y tan fantásticamente barato para vivir que era casi increíble. Todo ello, sumado al hecho de que vivir en el extranjero me eximía de pagar el impuesto sobre la renta, supuso un atractivo definitivo para el lado frugal de mi naturaleza.

Pero en mi decisión pesó algo más que los dólares y el sentido común. Me enamoré del castellano clásico: cuando lo oyes hablar y lo entiendes, es tan puro y musical que es una delicia para los sentidos. Y me sentía emocionalmente cercana a España (quién sabe realmente por qué), y los españoles me correspondieron en especie, aceptándome sin ambages. Lo que no debió resultarles fácil. A fin de cuentas yo representaba todo lo que ellos reprobaban. Era una mujer que vivía sola, divorciada, no católica y actriz.

En realidad los españoles hicieron algo más que aceptarme: parecían absolutamente encantados de que hubiera decidido vivir entre ellos. Nada más llegar me ofrecieron una fortuna por hacer un anuncio de jabón. Una verdadera fortuna. Respondí: «No, a menos que me den también un Rolls-Royce». Terminaron volviendo. «De acuerdo», dijeron, «le daremos también un Rolls-Royce». Pero seguí diciendo que no. Era un disparate, ¿no?

Compré una casa en La Moraleja, una urbanización a pocos minutos del centro de Madrid. Era un edificio bajo y extendido de ladrillo rojo, estilo rancho, llamado La Bruja porque había una, con escoba y todo, que servía de veleta. Rodeada de dos acres de césped con magníficos sauces llorones

y una hermosa vista de los montes lejanos, era una casa hecha para estar cómodo, y no para exhibirla, lo que me venía muy bien. Además estaba vacía, y Reenie y yo nos recorrimos Madrid de un lado a otro comprando todo lo que encontrábamos, sobre todo muebles. Los únicos artículos de primera necesidad que no pude conseguir (barras Hershey, Kleenex y whiskey Jack Daniel's) me los traían los amigos que venían a visitarme. Llené la Bruja de libros y discos y, por primera vez desde que me fui de Carolina del Norte, me sentí *en casa*.

Me puse a aprender español y me tomé muy en serio las clases, porque estaba decidida a adaptarme. Al diablo con ser una turista: quería conocer el modo de vida español. Mi profesor era un caballero ya mayor, alto, con pelo entrecano y aire de mando. Entraba por la puerta y decía agitando la mano: «¡Hoy nada de inglés! *Solamente español.*» «*Sí*», asentía yo. Y luego, educada y hospitalaria como soy, preguntaba en mi mejor español: «¿*Quieres una copita?*», y él sonreía y decía: «*Sí, sí, señorita. Un martini, por favor.*». Antes de que nos diéramos cuenta habíamos despachado una jarra entera de uno de los brebajes letales de Reenie y, para lo que decíamos, lo mismo podíamos haber estado hablando en indostano.

Ava y Perón

Aunque me gustaba mucho tener un verdadero hogar en La Bruja, vivir allí me hacía sentirme demasiado aislada del centro de las cosas. Lo que realmente me encantaba era Madrid. ¡El condenado lugar tenía *vida*! Las estrechas calles estaban llenas de viejos bares con tapas en la barra y jamones colgados de las vigas, sitios que vibraban con el sonido de las guitarras, las castañuelas y el baile flamenco. Si sabías arreglártelas, las noches no tenían fin.

Así que vendí La Bruja y alquilé un bonito piso en el número 11 de la avenida del Doctor Arce de Madrid. Nunca me enteré bien de quién demonios era el Doctor Arce, pero hubo algo que descubrí inmediatamente: mi vecino de al lado no era otro que Juan Perón, el ex dictador de Argentina.

Ahora bien, aparte del hecho de que la tipa con la que vivía no me caía muy bien, Perón tenía una manía muy molesta. Cada dos por tres salía con paso marcial a su terraza, que colindaba con la mía, y pronunciaba largos discursos altisonantes y gesticulantes dirigiéndose a la calle vacía. Nadie le hacía el menor caso; supongo que ni siquiera se le oía con el ruido del tráfico. Pero los discursos me molestaban, y maldita sea, me parecía que rebajaban el tono del vecindario.

Después de varios años en el país, mi español era ya totalmente fluido y, como os podéis imaginar, se me daban especialmente bien los tacos. Sabía que la palabra peyorativa para decir homosexual es *maricón*, lo que rima estupendamente con Perón. Así que cada vez que el señor Perón salía pomposamente a su terraza y empezaba a arengar a sus inexistentes seguidores, Reenie y yo y todos los criados que estuvieran a mano formábamos nuestro propio partido opositor cantando al unísono: «*Perón es un maricón. Perón es un maricón*». Al fin y al cabo, si estás metido en política tienes que contar con cierto grado de oposición. Si el muy hijo de perra quería volver a escena como dictador de Argentina, que ensayase en un estudio como cualquier otro actor.

Pero si me imaginaba que así iba a librarme del señor Perón era porque no tenía ni idea de lo poderoso que era. Un día me invitaron a una exhibición aérea en una cercana base norteamericana, con todos aquellos jóvenes maravillosos volando en formación, lo que me pareció casi suicida. Cuando aterrizaron por fin, el morro de cada avión quedó exactamente encima de una botella de cerveza fría.

Firmé autógrafos para aquellos chicos, sonreí e hice las cosas acostumbradas. Al parecer después había una fiesta, pero por alguna razón reglamentaria o supersticiosa —no conseguí enterarme bien— no podían invitarme. Los chicos eran muy majos y les disgustaba tanto tener que prescindir de mí que les sugerí que recogieran a sus mujeres y novias y vinieran a mi casa a hacer la fiesta por nuestra cuenta.

Se reunieron en mi salón, como una docena de guapos muchachos de uniforme con alas en la guerrera y chicas bonitas del brazo. Me enseñaron jubilosos el regalo que me habían traído: un mono de aviador naranja con hombreras de general de una estrella de la Fuerza Aérea estadounidense. No me dijeron si habían obtenido la autorización pertinente para aquella maniobra, pero el mono me sentaba de maravilla, y por lo que sé me convertí en la primera mujer general de una estrella en toda la puñetera historia de la Fuerza Aérea.

Al abrir la puerta para recibir a otro invitado vi pasar a la gachí de Perón con la cabeza muy alta y su pareja de perritos falderos ladradores que ladraban escaleras abajo. Así que dije a mis dos perros, unos corguis muy aristocráticos: «¡A por esos chuchos llorones!» Como a una señal convenida, se lanzaron por las escaleras haciendo muchísimo ruido, pero no creo que llegaran a atacar o a herir a los perros de Perón.

Lo siguiente que supe —no pudo ser más de diez minutos después— fue que sonó el timbre y mi secretaria vino a decirme: «Ava, hay un montón

de guardias civiles ahí fuera con un aire muy serio». Así que salí, sintiéndome muy imponente con mi mono de aviador naranja, sonreí y dije: «¿Puedo ayudarles?»

Había cuatro guardias civiles con sus capas negras y sus intimidantes tricornos, y además un oficial, y fue el oficial quien dijo: «Venimos a detener al propietario de este piso, a todos los criados y a todos los invitados». Y después nos enteramos de que había una fila de coches de la policía esperando fuera precisamente para eso.

«Qué interesante», dije. «Por qué no entran y se toman una copa.»

Entraron, pero amigo, no tenían mucha pinta de estar de humor para beber. Sin embargo, la vista de todos aquellos aviadores norteamericanos cambió la atmósfera, aunque nadie lo hubiera dicho a juzgar por las caras severas de los guardias. El oficial estuvo atento y cortés. Un rápido gesto con la cabeza, unas cuantas frases en susurros y se retiraron por la puerta en buen orden. Pero estuvimos a punto de acabar en la cárcel. Y así de unido estaba Perón a Francisco Franco, el hombre que tiraba de todos los hilos en España.

Supongo que el caso se cerró oficialmente, pero a mí siguió fastidiándome. O sea, Jesucristo, resulta que Franco recibe con los brazos abiertos a este dictadorzuelo de pacotilla, le instala en un piso y le deja perorar cada vez que le da la puta gana desde la terraza vecina a la mía, y cuando mis pobres perritos abren la boca se produce un puñetero incidente internacional.

Había además otras cosas de España que empezaban a molestarme. Para empezar, allí no funciona nada. Da igual quién seas o el dinero que tengas, el caso es que no puedes encontrar un teléfono que funcione como es debido. Dudo de que la propia duquesa de Alba tenga un retrete que funcione bien. Por no mencionar que en todos aquellos años no había hecho un solo amigo íntimo.

Así que cuando poco después se presentaron en mi puerta las autoridades fiscales reclamando cerca de un millón de dólares en impuestos atrasados, no me encontraron precisamente en un estado de ánimo muy receptivo, sobre todo porque, por lo que sabía, había estado pagando cada año mis puñeteros impuestos. Sin embargo se mostraron muy insistentes, y dado que la idea de meterme en pleitos con las autoridades locales me daba escalofríos, en 1968 hice las maletas, me mudé a Londres y nunca volví la vista atrás.

Traducción del compilador

31. NINA EPTON (c. 1964)

El nombre de Nina Epton quizá sea desconocido para los especialistas en literatura inglesa contemporánea, pero sin duda merece ocupar un lugar privilegiado en los anales del género viajero relativos a Madrid. Nina se llamaba en realidad Consuelo, por la sencilla razón de que su madre era española, por más señas madrileña o «gata», como siempre se identificó durante sus muchos años de residencia en el extranjero. Nina Epton vivió de pequeña en Inglaterra y Francia, y a comienzos de los años treinta vino a pasar una temporada con su familia materna en Madrid, ciudad de la que quedaría prendada para el resto de su vida. En 1964 publicó un libro titulado simplemente Madrid, tributo de su cariño por nuestra capital y una de las obras más hermosas que sobre ella se han escrito en este siglo.

El libro se divide en dos partes: en la primera, «Madrid de memoria», recuerda la autora sus impresiones durante su primera estancia, cuando era una niña de siete años; la segunda, «Madrid hoy», es una excelente descripción de la ciudad a principios de los años sesenta. En conjunto, un esfuerzo cabal por definir ese «algo mágico» e intangible -que desafía a todo análisis racional-, a saber: el encanto peculiar que sigue teniendo Madrid para tantos viajeros contemporáneos. Nuestra traducción incluye algunos pasajes de la primera parte, lo esencial del primer capítulo de la segunda («La forma y el carácter de Madrid») y los párrafos finales del libro. Pese a su amplitud, esta selección representa sólo un modesto homenaje a esa joya de la literatura de viajes que es el Madrid de Nina Epton.

A última hora de un atardecer violeta llegamos a las estribaciones de la Sierra de Guadarrama, una meseta sembrada de rocas que ascendía hasta una cadena de montañas peladas en las que algunas manchas de nieve brillaban como estrellas caídas. Arbustos verdiazulados crecían entre peñascos gigantescos, y las plantas aromáticas desprendían un aroma picante como el relleno de pollo. Rebaños de ovejas y cabras tintineaban soñadoramente entre árboles achaparrados que no tenían hojas, sólo inmensos nidos de pájaros de agujas verdinegras sobre las ramas. Los pájaros que los habían construido debían ser tan grandes como el ave Roc de la historia de Simbad el

Marino. Mi madre se rió cuando señalé los nidos y me dijo que aquellos árboles eran pinos parasol.

«Ah, allí está El Escorial», dijo alguien. Hice rodar la palabra una y otra vez con la lengua. Escorial. Sonaba caliente, seca y retorcida.

«Miradlo», ordenó mi madre con un tono tajante de maestra. «Es el palacio construido por el rey Felipe II, el rey que hizo de Madrid la capital de España.»

Al oír la palabra «palacio» salté a la ventanilla y agucé los ojos en la escasa luz que quedaba. Lo que vi me estremeció. ¿De verdad había vivido un rey en aquel lugar inmenso y triste? Podía imaginar a soldados o presos teniendo que vivir allí, pero ¿un rey! ¿Ante quién luciría su corona? Allí no había nadie.

La llegada

«Llegaremos a Madrid dentro de una hora», dijo una voz de hombre, y mi madre suspiró.

«Es la hora más larga de todas.»

Ya no se veía nada. El aire de la Sierra entraba a raudales por las ventanillas abiertas, penetrante como incienso. Pronto empezaron a aparecer luces, primero solitarias y vacilantes, luego en grupos estables y finalmente en un complejo entramado de lazos, curvas y líneas paralelas —verdes, rojas y naranjas—, como fuegos artificiales congelados; al verlas, todo el mundo en el compartimiento se puso en pie y gritó: «¡Madrid!»

«¡Madrid!», repitió mi madre con lágrimas en los ojos. La gente reaccionó como si hubieran repartido champán gratis. La vista de Madrid en la distancia revivió al alicaído, serenó al malhumorado, concedió el don de lenguas al callado. Todo el mundo agitaba las manos, reía, chillaba y gritaba.

He observado la misma reacción, en mayor o menor medida, cada vez que he llegado a Madrid en tren. (Los aviones son demasiado rápidos para procurar los placeres de la anticipación.) ¿Por qué produce Madrid este efecto? Es quizá la capital menos hermosa de Europa, y desde luego una de las ciudades menos hermosas de España. ¿Cuál es entonces la explicación?

«Hay algo en el aire de Madrid», te dice la gente vagamente, buscando en vano una respuesta concreta. «Es por el viento de la Sierra», me han asegurado los poetas. «que, unido a las guapas mujeres de Madrid —la mayoría de las cuales procede de Andalucía—, crea una efervescencia mágica. Es un matrimonio místico del cielo y la tierra semejante a los descritos en antiguas

mitologías.» Este tipo de química se resiste al análisis. Lo único que se puede decir es que ese «algo mágico» existe, pero es intangible.

El encanto peculiar de Madrid no puede definirse con palabras y nunca ha sido adecuadamente pintado por los artistas, aunque Velázquez se inspiró evidentemente en los cielos de la ciudad. Madrid se le escapa a uno entre los dedos, se sacude de encima las generalizaciones, se ríe en la cara de los filósofos, se mofa del solemne, se encoge de hombros ante la tragedia y ofrece amistad al despreocupado; Madrid ama a las mujeres bonitas y a los hombres divertidos, el lujo y el placer. Madrid no tiene raíces y sólo busca agradar. No espera que nadie se ponga sentimental con su pasado, tal y como es, y nadie se pone. Los madrileños extravían los restos de sus hijos más ilustres, pero reciben a los vivos con los brazos abiertos. «Nadie es forastero en Madrid», según el dicho; hasta tal punto que el forastero se pregunta a menudo: «¿Quién es y dónde hay un auténtico madrileño?» [...]

Me agarraron y estrujaron y levantaron como a un gatito blando, débil y quejoso, y me besaron con besos húmedos y carnosos que hicieron estremecearse a mi parte anglosajona. (...) Yo era tan diferente de los fuertes niños españoles de la estación, que saltaban y brincaban y parloteaban alegremente con sus familias. Hacía rato que había pasado mi hora de ir a la cama, pero a aquellos críos les quedaban todavía varias horas sociables antes de acostarse. Irradiaban vitalidad; casi se podían ver las chispas.

No me acuerdo del tipo de vehículo en el que montamos, pero recuerdo claramente que nos apeamos ante un pequeño bloque de pisos del que salía un olor acre que hizo que me escocieran los ojos. Por primera vez en mi vida me veía envuelta en las tufaradas del aceite de oliva frito.

Había gente oscura vestida de negro sentada en filas en la acera, como si estuviera en el teatro; los niños brincaban entre los árboles y la gente que no estaba en la calle estaba asomada a los balcones de encima, gritando a los vecinos que pasaban o gritándose entre sí. Quizá hubiera un incendio en alguna parte. No podía explicarme de otro modo la presencia de tanta gente y tanta agitación. [...]

Los churros

Desperté con el sol abrazado a mis pies como un gatito suave y cálido. (...) El olor del desayuno español me resultaba extraño. Cuando me levanté encontré tazones de chocolate espeso en la mesa isabelina y, en el centro, un gran plato de tiras fritas y estriadas de un manjar desconocido que mi madre

clijo se llamaban *churros* y había que mojarlos en el chocolate. Mis tíos mojaban los suyos en un tazón de café.

¡Deliciosos, indigestos *churros*: siempre me han encantado desde entonces! Se pueden hacer *churros* en casa; en ciertas tiendas venden unos utensilios como bombas de aire en miniatura que permiten a las amas de casa moldear la masa en tiras, pero no he conocido a nadie que no los comprara, o que no mandara a comprarlos a una criada de ojos soñolientos a primera hora de la mañana a la *churrería* más próxima; siempre hay cola, vayas a la hora que vayas, y el hombre o la mujer fornidos que se inclinan sobre la enorme sartén trabajan siempre a destajo hasta las once de la mañana. Después de esa ahora los *churros* son sustituidos por patatas, que se fríen a un ritmo más tranquilo durante el resto del día.

Sólo en las *churrerías* de primera clase entregan sus *churros* espolvoreados de azúcar en una bolsa de papel (lo habitual es atar las tiras torcidas con un junco flexible), pero hay muy pocas *churrerías* de primera clase; los *churros* sólo tienen acceso a las mesas o bandejas de desayuno de los hoteles de tercera clase (o a veces de los de segunda en ciudades y provincias poco frecuentadas por viajeros extranjeros). Son esencialmente cosa del pueblo y forman parte de ese tipo de comestibles que, por alguna insondable razón esnob, se consideran indignos de los estómagos de clase alta; casi todos los países tienen unas cuantas comidas desgraciadas que sólo un golpe de suerte o un cambio de moda (como la fritura inglesa de pescado con patatas transplantada a Estados Unidos) pueden rehabilitar. Estoy segura de que los *churros* verán alguna vez mejores días. [...]

Pasteles y abanicos

A veces me llevaban a *meriendas* formales, eventos de adultos con café y pasteles para los que me hacían ponerme un vestido de fiesta y portarme educadamente. La abuela nos acompañaba envuelta en metros de crespón negro y con un gran abanico negro.

Cogíamos un taxi hasta la Puerta del Sol y nos apeábamos delante de La Mallorquina, la famosa pastelería de la esquina de la calle Mayor, para comprar una bandeja de pasteles surtidos. La mayor parte de estos pasteles eran pesados y estaban rellenos de crema, pues los españoles tienen un gusto oriental en repostería. La Mallorquina era (y sigue siendo) una de las mejores pastelerías de Madrid, y me enseñaron que era importante comprar los pasteles, o cualquier otro tipo de regalo, en una tienda con

un nombre muy conocido y al menos cien años de reputación a sus espaldas.

Cuando tío Humberto quería regalar a tía Nieves un nuevo abanico por su santo iba a Aleixandre, en la Gran Vía, la calle más elegante de Madrid. No lo quería de ninguna otra tienda. ¡Y qué espléndida variedad tenían, desplegados como mariposas gigantes en los escaparates! ¡Cómo sentía ser demasiado pequeña para usar un abanico! Me habría encantado jugar con uno, pero los abanicos, pese a su frívolo aspecto, no se consideraban juguetes. Años después, cuando volví a Madrid, la abuela me explicó el «lenguaje del abanico» que se utilizaba en su juventud. Cuando estabas soltera y libre como un pájaro, decía, sostenías el abanico bien alto y te abanicabas con un ritmo vivo y resuelto, pero después de casarte, cuando tenías casa, marido y una cosecha anual de hijos, indicabas tu cambio de situación mediante un movimiento lento y digno del abanico pegado al diafragma. Un abanico levemente apoyado en los labios significaba «Ahora mismo no». Pasar un dedo por las varillas del abanico quería decir «Tengo que hablarte». Un movimiento lento del abanico en manos de una joven quería decir «Ni hablar de eso»; si se apartaba los rizos de la frente con el abanico quería transmitir el mensaje «No me olvides». Y si aparecía en el balcón, se abanicaba lentamente y luego cerraba el abanico, el galán que acechaba en la calle sabía que no podía salir de casa. Si se abanicaba agitadamente, entonces todo iba bien y el galán sabía que pronto bajaría, por supuesto con su carabina.

La abuela y tía Nieves tenían una colección de abanicos para todas las ocasiones: abanicos de seda, abanicos de encaje, abanicos forrados de gasa, abanicos adornados con lentejuelas, abanicos barnizados y abanicos pintados a mano con escenas de damas con miriñaque, o de pastores y pastoras rodeados por guirnaldas de fruta y flores. Todos estos abanicos se envolvían en papel de tisú perfumado y se guardaban en cajas blancas, largas y estrechas como ataúdes de juguete.

El uso del abanico empezó a declinar cuando las damas empezaron a fumar cigarrillos. Las mujeres españolas no se abanicaban sólo porque tuvieran calor, sino porque les daba una *contenance*: era un gesto femenino que les permitía lucir sus manitas de niña con gracia de mujer y sus muñecas flexibles. Un buen abanico se abría y cerraba suavemente y se podía conseguir que respondiera al más leve temblor de la muñeca de su dueña. Cuando una persona llevaba cierto tiempo usando un abanico nadie más podía manejarlo con la misma soltura. [...]

Ascensores

Para visitar a estas damas teníamos que ir a buscarlas en calles estrechas, atravesando oscuros portales, pasando ante misteriosas *porterías*, seres mitológicos omnividentes que acechaban en sombrías guaridas al pie de las escaleras o en jaulas de cristal junto a ascensores opulentos que nos subían a regañadientes, chirriando y crujiendo de modo alarmante hasta que se detenían con un profundo suspiro y una brusca paralización de las sacudidas.

«Espera... espera a que pare!», ordenaba mi abuela con una nota de miedo contagioso en la voz cuando me precipitaba a abrir las puertas; y mi mano alzada se detenía inmediatamente en el aire.

Algún día añadirán una «Sala de ascensores» a los museos del futuro y los visitantes exclamarán: «¡Y pensar que la gente se jugaba la vida en estos artefactos!», y se maravillarán de nuestro valor. Muchas de las piezas expuestas provendrán de Madrid, asilo de ascensores arcaicos, obsoletos y magníficos, decorados con adornos de latón y entrepaños pintados como sillas de mano transformadas, tan lujosos como un palco en la Ópera. [...]

Hospitalidad

Nos hicieron pasar a un salón anticuado, el equivalente español de esa pieza de museo que es la sala de recibir inglesa; un salón entristecido por muebles pesados (en aquella época el peso estaba de moda en todo, desde el mobiliario a la carne humana), cortinas sombrías y siniestros retratos de familia, pero con un montón de pequeños *bibelots* intrigantes, esparcidos por mesitas y anaqueles, que atraían irresistiblemente a mis dedos. Me gustaba acariciar la lustrosa porcelana y el marfil y meter los dedos por las asas de la loza para ver si se quedaban atascados; era agradable sostener y calentar en la mano los objetos de plata, sobre todo los redondos. Esta inclinación mía se veía siempre severamente reprimida, pero en esta ocasión la prohibición fue levantada por una autoridad no menor que la de la dueña de la casa. La oí claramente repetir una y otra vez: «Estáis en vuestra casa, queridas, todo lo que hay en ella es vuestro».

Como todavía era lo bastante inocente como para creer que los adultos siempre decían la verdad, interpreté literalmente las palabras de nuestra anfitriona y empecé a buscar en torno mío algo para llevarme de recuerdo. ¡Qué amable era, qué generosa! Mi decisión final, tras un montón de dudas y toqueteos, recayó en un antiguo reloj de oro con cadena que encontré en-

cima de un tocador, pues me había colado hasta los dormitorios sin que nadie se diera cuenta.

Cuando volví al salón, balanceando en el aire el dorado reloj con cadena, mi madre me miró con una expresión de horror en la cara, la abuela y tía Nieves se quedaron de una pieza y nuestra anfitriona clavó en mí una mirada estupefacta.

—¿Qué haces? ¿De dónde has sacado ese reloj? Devuélvelo inmediatamente —dijo mi madre con su voz de amenaza de tormenta.

—Pero... —balbucí.

—¿Cómo te atreves a hacer algo así? —tronó mi madre.

—La señora dijo que la casa y todo lo que hay en ella es nuestro, así que he elegido esto —murmuré en defensa propia.

Hubo un silencio embarazoso seguido por un rápido intercambio de explicaciones entre los adultos. Finalmente nuestra anfitriona se levantó, me dio una palmadita en la mejilla, me quitó discretamente el reloj de la mano y me puso en ella un caramelo, como si fuera un bebé y no notara la diferencia. [...]

Cuando crecí un poco y dejé atrás esa etapa rigorista y pedante por la que pasa la mayoría de los niños en uno u otro momento, me empezó a gustar la frase convencional española con la que se honra a los visitantes y el alarde de sinceridad con que se pronuncia. Volví a oírla el año pasado en Madrid y sonreí para mis adentros cuando mi anfitriona me estrechó las manos, me miró a los ojos y me aseguró con gran vehemencia que su casa era mía. Me pregunto quién inventó la frase. Debe de ser de origen moro. No suena europea, pero parece adecuada al ceremonial de un nómada. «Esta tienda es tuya», puede uno imaginar que le dice un jeque bereber al huésped que se marcha, confiando en que éste le trate igual cuando pase a lomos de camello por sus tierras en medio de una tormenta de arena... Después de establecerse lujosamente en España, los bereberes y los árabes abandonaron sus tiendas raídas pero no sus costumbres hospitalarias, por lo que la frase tantas veces repetida ha pasado a la lengua española con la palabra «tienda» sustituida por «casa». Ésa es mi teoría personal. [...]

Cucarachas

En aquellos tiempos había muchas cucarachas, y también pulgas. Hoy día los insecticidas han exterminado a todas, salvo a las especies más robustas. ¡Cuántas y cuán veloces correteaban de noche por las paredes de la cocina o salían disparadas de debajo de la cama justo cuando ibas a acos-

tarte! La primera vez que vi una cucaracha fue durante una visita a los primos en la calle de las Huertas (una calle impropriadamente llamada así: no hay ninguna huerta, ni siquiera un árbol en las cercanías)

La primera y temible cucaracha, con su brillante lomo color caoba, sus antenas triunfalmente oscilantes y sus fuertes patas decididas, atravesó corriendo el suelo del retrete mientras estaba sentada en la taza. Di un alarido de terror, lo que era tan insólito viniendo de mí que mi madre acudió a todo correr por el pasillo para averiguar qué espantoso accidente me había ocurrido. Para entonces, la cucaracha había desaparecido prudentemente.

Cuando describí el repugnante bicho mi madre se echó a reír. «No era más que una *cucaracha*, la niña nunca había visto una», explicó a los asombrados primos. «¿Nunca ha visto una *cucaracha*?» Y se me quedaron mirando incrédulamente con sus negros ojazos saltones. [...]

Cafés

En aquella época las mujeres y los niños no frecuentaban los cafés, salvo en raras ocasiones festivas y acompañados por sus hombres, pero un día el abuelo me pasó de matute a su café favorito, el Pombo, lugar de encuentro para artistas y escritores, donde asistía a su *tertulia* diaria. Tanto el Pombo como las buenas *tertulias* han desaparecido ya. Aunque yo no me daba cuenta, aquélla era una brillante época literaria, y el abuelo conocía a los mejores escritores.

Me encantó el ambiente del Pombo, aunque no podía seguir los intercambios verbales. La agitación era contagiosa; los camareros corrían constantemente de un lado a otro con café humeante, sonriendo y hablando con los clientes habituales; conocían los horarios que tenían y dónde estaban en aquel momento: el señor X estaba dando una conferencia en el Ateneo, el señor Y asistía a la presentación de su exposición a la crítica, el señor Z había tenido que ir a una primera comunión... Tomaban mensajes, decían mentiras piadosas y tenían siempre aspecto de estar divirtiéndose enormemente. [...]

Navidad

El sol seguía brillando aun cuando el año se acercaba a su fin, pero por las noches empezamos a reunirnos en torno al gigantesco *brasero* de cobre que parecía un objeto litúrgico sacado de un templo oriental. El *brasero*, como el

horno de la cocina, se alimentaba con trozos de carbón vegetal que brillaban y chispeaban agradablemente, pero que nunca reventaban en llamas saltarinas como el carbón y la leña de Inglaterra. En la esquina de la calle aparecieron vendedores de castañas, pero no hacía mucho frío y era evidente que mi padre tenía razón: no habría nieve para Navidad. A medida que se acercaba la fecha, mis recelos sobre Papá Noel empezaron a obsesionarme.

Estaba convencida de que este territorio soleado quedaría muy apartado de su ronda habitual. Era casi indecente que el sol brillara de ese modo en diciembre. Era inútil esperar ningún consuelo de mi madre por la falta de nieve, acebo y árboles de Navidad. No cabía en sí de contento por estar de vuelta en casa; nunca la había visto tan feliz. Yo sollozaba calladamente bajo las sábanas, llena de soledad y desesperación.

Pero mi abuela, con sus penetrantes ojos negros, no había criado en vano a tantos niños, y pronto se dio cuenta de que algo iba mal. [...]

Me llevó con un delicioso aire de misterio hasta una pesada cómoda dorada que había en el salón, y al abrirla me mostró el *Nacimiento* más precioso que había visto en mi vida. La abuela miró dentro, tanteó un poco y finalmente sacó a Gaspar, Melchor y Baltasar, uno a uno. Los toqué con un afecto que aumentaba por momentos.

—Estos reales viajeros —dijo mi abuela— son los que traen regalos a los niños en España después de dejar sus ofrendas en Belén. *No* —añadió con firmeza— tu Papá Noel.

(Es posible, según me percaté años después, que en secreto reprobara a mi viejo amigo pagano.)

—¿Y a mí también me traerán regalos? —pregunté, aunque mis dudas empezaban a desvanecerse.

—Por supuesto. Han venido a esta casa cada año sin falta la noche de Reyes, el 6 de enero.

—¿Y por qué no en Nochebuena? —me lamenté, pensando que hasta el calendario estaba patas arriba en España.

—Porque —dijo mi abuela con reproche— primero tienen que llevar sus regalos al Niño Jesús, que cumple años esa noche.

Pronto la alegría de la Navidad en Madrid me embargó enteramente, y no sólo de la Navidad, sino también de Año Nuevo y Reyes, pues había tres fiestas además de tres reyes.

La abuela me dejó adornar el *Nacimiento*, encender las velitas y echar granos de lavanda en los diminutos incensarios; cada noche antes de Navidad la familia se reunía a su alrededor para cantar *villancicos*, esas vivaces canciones navideñas, muchas veces con letras caseras, que hacen parecer

tristes y pesados a los villancicos nórdicos. (...) Los *villancicos* sonaban todavía más alegres por los exóticos instrumentos con que se acompañaban: tamboriles, panderetas, flautas y zambombas. [...]

Entre Navidad y Año Nuevo pasaba los días en el balcón de la abuela, desde donde teníamos una espléndida vista de las bandejas de dulces y pasteles que llevaban rápidamente de casa en casa —casi en volandas parecía— los recaderos de las mejores pastelerías. La Mallorquina debía de haber contratado a un pequeño ejército de mozos para las fiestas. Eran los tradicionales obsequios de Año Nuevo para profesores, preceptores, dentistas y médicos de cabecera, que se complementaban con regalos menos transitorios como objetos de plata, nácar y carey. Éstos se exponían en las salas de espera de los médicos como regalos de bodas, con las etiquetas puestas; así se sabía dónde se habían comprado los regalos para que el destinatario pudiera, si lo deseaba, cambiarlos por un objeto más de su gusto. El día de Año Nuevo fuimos a visitar a Don José, el médico de la familia, para desearle felices Pascuas, y me dieron un sorbito de moscatel. Había conocido este líquido dorado la misma víspera. Cinco minutos antes de la mágica hora de la medianoche, la abuela nos dio a cada uno una bolsita con doce uvas, y cuando el reloj empezó a dar la hora nos levantamos y comimos una uva por cada campanada. Representaban buena suerte para cada mes del año, por lo que no es extraño que la ceremonia se tomara muy en serio. Mucha gente se acercaba hasta la Puerta del Sol para celebrar allí la ceremonia bajo el reloj de la Seguridad.

La forma y el carácter de Madrid

Hacia el siglo XVI Madrid fue una de las ciudades menos importantes de España; hasta entonces no había ocurrido allí gran cosa y, desde una perspectiva universal, desde entonces no ha ocurrido mucho más.

Como consecuencia de ello, los visitantes no se sienten trabados por el fango de la Historia, como en otras capitales europeas; nunca se ve gente agobiada que trajina de un lado a otro con guías manoseadas «haciendo» Madrid. Nunca se padece la frustrante percatación, común a los viajeros concienzudos en París, Londres o Roma, de que por mucho que te afanes jamás podrás abarcar la historia entera de la ciudad, jamás podrás visitar todos los lugares históricos.

Los españoles aman Madrid por su bullicio y alegría, su *animación*, que se concentra en la Gran Vía, la calle de Alcalá, la Puerta del Sol y esa aveni-



da de cinco millas de largo llamada, según sus diversos tramos, paseo del Prado, Delicias, Recoletos, Castellana y avenida del Generalísimo.

Los naturales de Madrid, orgullosos de esta *animación* y ávidos de novedades, siempre están derribando los pocos edificios históricos que quedan para actualizar permanentemente su ciudad. Madrid fue la primera capital europea que erigió rascacielos. Algunos planes resultaron demasiado ambiciosos, y los fondos se agotaron. Importantes edificios han quedado incompletos, y se empiezan otros. A la pregunta «¿Qué le parece Madrid?» se puede responder todavía lo mismo que respondió el campesino que vino a la feria de San Isidro hace más de un siglo: «Le diré lo que me parece Madrid cuando lo acaben».

En la Plaza de España, la Torre de Madrid y el Edificio España se yerguen sobre el encanijado monumento a Cervantes, en la plaza ajardinada que se abre a sus pies; Don Quijote levanta la lanza y mira triunfalmente a la multitud de transeúntes, como dando a entender que el edificio que tiene a la espalda es enteramente obra suya. Una minoría sentimental afirma que el edificio es realmente quijotesco, que ha sido construido sobre cimientos arenosos y que algún día se derrumbará. De momento parece bastante sólido y además es el mejor sitio para tener una vista general de Madrid. (Hay una terraza en el piso vigesimoséptimo y un restaurante de primera en el vigesimosexto donde es divertido cenar sobre la ciudad iluminada. Hay un refrán que dice: «De Madrid al cielo, y en el cielo un agujerito para verlo». Pues ése es.)

A la derecha está el Palacio de Liria, la residencia madrileña del duque y la duquesa de Alba, ahora casi completamente rodeado de bloques modernos que se extienden hasta el nuevo Ministerio del Aire, construido en el típico estilo madrileño de la época de los Austrias, con piedra rosada y finas agujas de pizarra. (El Palacio de Liria sufrió graves daños durante la guerra civil; sir Edwin Lutyens diseñó parte del interior reconstruido.) [...]

Toda esta parte noroeste de Madrid está bordeada por parques: Rosales, el Parque del Oeste y los jardines de la Ciudad Universitaria, que ha sido completamente reconstruida desde la guerra civil. Al norte está el lujoso barrio de Puerta de Hierro, habitado por reyes destronados, aristócratas exiliados, ricos profesionales y hombres de negocios con mansiones rodeadas de céspedes y jardines, cuyo mantenimiento cuesta tanto como el de un coche.

Más allá de la *colonia* y el club de golf de Puerta de Hierro está el Pardo, el más cercano palacio de campo y terreno de caza de los reyes españoles, ahora ocupado por el general Franco. Los verdes paisajes plateados del Pardo han sido reproducidos incontables veces en el segundo plano de

los retratos reales de Velázquez. En el pabellón real de la Zarzuela vive, con indulgente permiso del general Franco, Don Juan, el Príncipe de Asturias, que algún día podría ascender al incierto trono de España. Hacia el norte, en la distancia, el horizonte está cortado por las montañas de la Sierra de Guadarrama.

Al este se extienden los elegantes barrios cuadrículados que se construyeron entre cincuenta y cien años atrás a ambos lados de la Castellana; los anchos bulevares bordeados de acacias son agradables, pero no hay nada en ellos típicamente español. Desde la Castellana las calles ascienden suavemente hacia el oasis del Parque del Retiro; enfrente se alcanza apenas a divisar las torres blancas del Palacio de Comunicaciones o, más prosaicamente, la Oficina Central de Correos, y a la izquierda el rojo bloque cuadrado del Palacio de Buenavista, que perteneció a Goya y se ha convertido en el Ministerio de Defensa.

Esta vista está interrumpida por la Telefónica, antaño el edificio más alto de Madrid, que está en la Gran Vía, el Broadway de Madrid, llena de cines, cafés y tiendas; al sur asoman las agujas de aspecto centroeuropeo que recuerdan la Edad de Oro española: el Ayuntamiento (Casa de la Villa), la Panadería en la Plaza Mayor y el Palacio de Santa Cruz, en el viejo Madrid. Hacia el sur, al otro lado del apenas visible río Manzanares, se extienden nuevos bloques de pisos de obreros y el popular suburbio de Vallecas.

Otros suburbios nuevos, otras colmenas, flanquean la ancha autopista de Barajas, uno de los aeropuertos más pequeños y acogedores de Europa. De vez en cuando aparecen artículos en la prensa quejándose de que Barajas no es lo bastante bueno para la capital de España; debería ser mayor, más imponente y más eficiente en su funcionamiento. Sin duda algún día, en un futuro no demasiado lejano, se gastarán ingentes sumas de dinero en transformarlo hasta dejarlo irreconocible, quizá con la extravagancia añadida de uno o dos rascacielos en las inmediaciones. [...]

El restaurante de Barajas tiene una terraza que se extiende hasta la pista de aterrizaje, lo que permite a los viajeros abrazar a sus allegados antes de pasar por la aduana y amargarse con los trámites. El impacto es inmediato y la alegría de la llegada no se ve atenuada por una larga caminata por los pasillos, ante multitud de empleados, escaleras mecánicas, oficinas, tiendas y toda la parafernalia de los grandes aeropuertos internacionales, que convierte tu primer contacto con un país en un engranaje más de la cadena de exportación.

En Barajas sólo hay un par de tiendas, no hay pasillos ni escaleras mecánicas y los aduaneros suelen encontrar tiempo para una charla cordial.

Cuando sales de viaje y llevas exceso de peso, los empleados parecen realmente afligidos por tener que hacerte pagar, y cuando pueden escamotean un par de kilos; aunque quizá no debería mencionar esto, por si acaso —por una de esas coincidencias más raras que la ficción— lo lee un funcionario en medio de una campaña de eficiencia.

Si llegas a Madrid en avión desde el norte de África apenas notas la diferencia de paisaje, parece formar parte del mismo continente. Debajo hay la misma tierra endurecida al sol, la misma ausencia de edificios, las mismas millas de meseta desierta y, al atardecer, el mismo cálido arrebol rojizo sobre oro que te recuerda al desierto. Pero los viajeros que se acercan desde la dirección opuesta, desde los campos verdes empapados de lluvia y los ríos caudalosos de los países nortños, quizá se sientan consternados por la falta de humedad y vegetación y por la atmósfera de puesto avanzado del imperio que tiene Barajas; en atención a ellos, pues son una fuente importante de ingresos, sería aconsejable plantar unos cuantos árboles y construir unas cuantas fuentes.

Volviendo a nuestro puesto de observación en la azotea del Edificio España, he dejado para el final el punto destacado más importante de todos, y a mi juicio el más hermoso; se yergue al este, más allá de la Plaza de España, al borde de la meseta que domina la Casa de Campo: es el Palacio Real precedido por los jardines de Sabatini, construido en el sitio que ocupaba el Alcázar moro. Éste era el corazón de la capital cuando no era más que una aldea en una comarca boscosa poblada de jabalíes, lobos y osos, como atestigua el escudo de Madrid.

La arquitectura del palacio es cristiana, pero el emplazamiento es característico de una fortaleza mora. Se construyó con fines militares, no de recreo. Pocos reyes y reinas de España han podido olvidarlo. No se han divertido muy a menudo en este palacio. Es casi como si los musulmanes, al marcharse, hubieran echado una maldición sobre los victoriosos infieles que habían arrasado su Alcázar y estaban empezando a construir una catedral cristiana sobre las ruinas de la vecina mezquita. Aún no está terminada, le persiguió la mala suerte desde el principio, y uno de los rasgos más asombrosos de esta insólita capital es que, a diferencia de las demás ciudades españolas, no tiene catedral.

Quizá Felipe II, que decidió establecer en Madrid la hasta entonces itinerante corte española, sintió la maldición que pesaba sobre el emplazamiento del Alcázar, pues no tardó en mudarse a El Escorial.

La mayoría de los historiadores colorean sombríamente la primera época mora de Madrid; a juzgar por sus relatos, jeques incultos y hordas de sol-

dados moros (sólo el enemigo dispone siempre de «hordas», una palabra que se suele asociar con canallas harapientos con la lanza en ristre, aficionados al pillaje y la violación) ocupaban el Alcázar y la villa de Matrit, como entonces se llamaba.

Sólo un historiador, el Sr. Oliver Asín, se ha tomado la molestia de averiguar cómo eran realmente los moros y ha desenterrado los nombres de varios sabios, poetas, astrónomos y alquimistas que vivieron cerca del palacio, en el barrio que todavía hoy se conoce como *la Morería*. Fueron ellos los que llamaron a Madrid «la ciudad de las siete estrellas», según se afirma —a mi juicio erróneamente— por las siete escuelas de alquimia establecidas en este barrio. Hombres como Abu Utman Sa'íd ibn Sadim-al-Mayriti, un gobernante descrito en crónicas árabes como «hombre prudente y virtuoso», dedicado al estudio, que participó activamente en la vida religiosa y militar de su época y murió combatiendo en la frontera en el año 986; el calígrafo Abu Ya'qub Yusuf Abd al-Rahman ibn Hammad, especializado en leyes testamentarias; Abul Quasim Mashama al-Mayriti, el primer astrónomo y matemático de España, que murió en Córdoba en 1008, y Yassas-al-Zahid, un jeque de Tafílete, en la linde del Sahara, cuyos oasis tenían el mismo sistema de regadío que los canales de Madrid. En una casa cercana al palacio, quizá en la pequeña plaza del Alamillo, Aben Chueco de Toledo practicó los ejercicios y las mortificaciones de la meditación sufi. Toda esta parte de Madrid está saturada de recuerdos moros, y a horas avanzadas de la noche, cuando se apaga el eco de los últimos camiones que traquetean por la calle de Bailén, junto al palacio, y la calle se queda vacía hasta el alba, he visto el espectro del Alcázar moro alzarse de los cimientos y las columnas dieciochecas disolverse bajo sus muros y torres macizas. Los edificios desaparecidos conservan una vida fantasmal: cuanto más arcaicos son mayor es su poder, pues entonces su emplazamiento debió elegirse con arreglo a leyes ocultas de orientación, confirmadas por ritos sagrados. Son una fuente permanente de *mana*: de ahí los incontables parajes en los que se ha construido una serie de edificios, palacios y templos en el mismo punto a lo largo de todas las edades.

Los barrios alegres de la capital, la Gran Vía, la Puerta del Sol y la Castellana, constituyen el Madrid sobre el que se ha escrito, el Madrid descrito por los viajeros, el Madrid recordado por los visitantes de provincias y amado por los madrileños.

Ya en el siglo XVII, Mme d'Aulnoy observó que «los españoles creen que Madrid es el mismísimo centro de toda la gloria y la dicha, de todas las artes y las ciencias, de todos los deleites y placeres. Al morir, sólo desean a

sus hijos el goce del Paraíso y después el de Madrid. De esta forma, como se ve, exaltan a esta ciudad por encima del Paraíso, tanta es la satisfacción con la que viven en ella. Y esto es también lo que explica sus ansias por volver a casa, a Madrid, cuando están lejos de ella. Prefieren llevar una vida pobre y humilde, sin ninguna pompa, grandeza ni distinción, con tal de que sea en Madrid». En buena medida, esto sigue siendo cierto hoy en día.

La euforia de Madrid es una creación de sus habitantes. George Borrow, que vino a Madrid en su misión de difundir la Biblia, declaró que los muros de la ciudad encierran «la masa viviente más extraordinaria del mundo entero», y afirmó que Madrid era esencialmente español. Sin embargo, actualmente hay pocos madrileños auténticos. Los provincianos han invadido la capital y hay más catalanes y gallegos situados en altos puestos que despreocupados hijos de Madrid, o *gatos*, como se llaman a sí mismos.

Cuando era niña oí muchas veces a mi madre referirse a sí misma como *gata* cuando se encontraba con alguna compatriota. El origen de este epíteto se ha explicado como sigue: cuando Alfonso VI, el primer soberano de Madrid, estaba sitiando el Alcázar, decidió dar el asalto final por la noche. Había reunido todos los soldados que pudo de los pueblos de los alrededores; sólo faltaban los hombres de Madrid. Cuando al fin llegaron, sin manifestar la menor vergüenza por su tardanza, preguntaron descaradamente al Rey dónde iban a acampar para pasar la noche. «En la fortaleza del enemigo», les respondió. Sin más ni más, los madrileños se volvieron y empezaron a escalar los muros con tal agilidad que el Rey exclamó: «¡Pardiez que no son hombres, son *gatos!*»

Más tarde se empezó a alabar también a las mujeres de Madrid. «Para mujeres, ningún lugar como Madrid», reza un dicho, y otro: «Con buenas medias y bonitos zapatos, la madrileña puede hacer pecar a un santo...».

Otros refranes se refieren a la propia capital: «En Madrid el pan le sabe bien a todo el mundo», a lo que Calderón de la Barca añadió: «Madrid es de todos; acoge al forastero con el mismo afecto que a sus hijos».

El equivalente de «Las calles de Londres están empedradas con oro», trasladado al más rústico Madrid, viene a ser: «En Madrid atan los perros con longaniza». Aquí es necesario tener un amo: «En Madrid, muchas paredes dan sombra». Las oportunidades deben aprovecharse rápidamente, de ahí el dicho: «En Madrid, cuando veas rábanos camino del mercado, cómpralos sin dudarlos». No es lugar para campesinos francotes: «¿Cómo medraré en Madrid, si no sé mentir?»

También se ha dicho mucho sobre el aire que sopla de la Sierra y da a Madrid «nueve meses de invierno y tres de infierno». Asimismo: «El aire de Madrid es tan sutil que mata a un hombre y no apaga un candil». En los primeros tiempos no se creía necesario limpiar las calles; la pureza del aire se consideraba un antídoto eficaz contra la suciedad y los olores.

Es la atmósfera la que convierte en madrileños a todos aquellos que han vivido en la capital durante cualquier periodo de tiempo: todo el mundo termina siendo «uno de sus hijos». Sin embargo, los vínculos regionales son fuertes. «*Centro Gallego*», proclama orgullosamente una pancarta en grandes letras en el balcón de un piso de la plaza J. Benavente. Dentro hay una sala de reunión, un bar, una biblioteca y un salón para conferencias y clases de gallego, por si los jóvenes miembros se vuelven demasiado madrileños para recordar su lengua natal. *Centro Asturiano*, anuncia otra llamativa pancarta desde un balcón de la plaza de Santa Ana; y hay muchos otros. Hay hasta un *Centro Segoviano* en la calle Mayor, aunque apenas se tardan dos horas en llegar a la provincia de Segovia; es como si los oriundos de Sussex, por ejemplo, tuvieran una asociación regional en Londres.

La razón de esto es que la mayoría de las regiones españolas son todavía suficientemente individualistas como para haber conservado sus tradiciones. Sería inútil organizar en Londres una asociación regional de Sussex (o de cualquier otro lugar, a excepción de Gales y Escocia), porque las regiones inglesas no tienen nada original, en un sentido corporativo, con que contribuir a la vida de la metrópolis. Hace tiempo que las vaciaron completamente de color local, y en cualquier caso, nunca lo tuvieron tan marcado como en España. ¡Larga vida a todos los *Centros* de Madrid y a la variedad que representan!

Cada *Centro* celebra su día festivo y todos están representados en las fiestas nacionales; los trajes y el folklore provincial se mantienen vivos; no se conservan entre bolas de naftalina, sino que se usan con frecuencia. En este sentido hay que dar la razón a George Borrow: Madrid es esencialmente español. Pese al brillo moderno de la superficie europeizada, el corazón y el alma de una España todavía cercana a sus raíces agrícolas están representados aquí por los hijos de pequeños reinos antaño celosamente independientes. Madrid, al menos durante unos cuantos días al año, es el espejo de España.

Cultos vivificantes

El tren de las nueve que volvía a Madrid era ridículamente pequeño: sólo tenía tres vagones y ya estaban llenos cuando salimos de Segovia. La mayor parte de los pasajeros que recogimos por el camino tuvieron que ir de pie. Todo el mundo estaba agotado; las caras de los niños parecían viejas y enfurruñadas por el cansancio, pero no lloraban ni se quejaban, y tampoco decaían los ánimos de sus padres; mantuvieron una animada conversación y siguieron sonriendo hasta que llegamos entre bocanadas de humo a la Estación del Norte poco después de la medianoche, con casi una hora de retraso.

No había taxis en la estación, así que subimos cansinamente la cuesta hasta la Plaza de España, cruzamos los jardines bajo la sombra del abatido caballo de Don Quijote y nos sumamos a la larga cola del autobús. Ni siquiera en la Gran Vía había taxis. Los madrileños se acuestan temprano los domingos por la noche.

Dejando a tía Nieves con un grupo de amigos, volví a pie a la calle de Echegaray por Preciados y la Puerta del Sol. Hacía una noche calurosa y me detuve a apagar la sed con un *limón natural* en un café de la plaza de Canalejas, donde unos cuantos clientes bebían cerveza gravemente. Una joven pareja desaseada entró tambaleándose y se apoyó en la barra; la chica tenía ojos extraviados y una melena grasienta, vestía con desaliño y se reía a carcajadas. La gente se la quedó mirando con reproche, con un poquito de asco. En España no se considera gracioso estar ebrio y la palabra *borracho* es un grave insulto.

En la esquina de Echegaray, las dos viejecitas que se pasan el día entero vendiendo cerillas y cordones de zapatos en ambas aceras de la calle seguían sentadas en sus taburetes, pero sólo para charlar un poco al fresco de la madrugada.

Dos jóvenes salieron con paso vacilante de una *tasca*. Tenían la cara quemada por el sol y, al pasar, sus trajes y su piel brillante despedían un leve olor a vino y un fuerte olor a campo. Uno de ellos dejó caer algo en el regazo de las viejecitas.

—¿Qué es esto? —preguntaron, alzando el objeto hacia la luz.

—Maíz, madre —contestó el muchacho—. Mazorcas de maíz. Hemos pasado todo el día trabajando en la cosecha y a la noche hemos venido del *pueblo* a celebrarlo. Quedense con el maíz, les traerá suerte.

Me quedé mirándoles mientras se alejaban hacia la Puerta del Sol, preguntándome hacia qué pueblo de Castilla abrasado por el sol se encamina-

rían. Maíz, la cosecha, relucientes caras campesinas, desgarrados andares pueblerinos en medio de Madrid y en mitad de la noche... Había algo muy *simpático* en este encuentro, y muy típico de Madrid, que pese a todos sus rascacielos y su sofisticación sigue teniendo el corazón apegado a la tierra y a su santo patrón labrador.

Madrid, la capital más joven de Europa, ha permanecido fiel a los cultos más antiguos y vivificantes: el del sol, representado en tiempos prehistóricos y preservado en la Puerta del Sol; el de los toros de Mitra, conmemorado por las *criadillas*; el del nacimiento, celebrado por la devoción al Niño Jesús y a Nuestra Señora de la Paloma; el de la vida y el amor, recordado en los ritos de San Isidro y durante la fiesta de San Antonio, el santo casamentero. Los objetos de estos variados cultos han recompensado a Madrid con creces. Eso es, pues, lo que hace que los madrileños estén tan apegados a su capital. Éste es el «algo intangible» que la hace tan diferente, el imán invisible que te atrae de vuelta una y otra vez, y que desafía a todo análisis racional.

Traducción del compilador



32. JAMES A. MICHENER (c. 1966)

El escritor neoyorkino James Albert Michener (1907) es conocido en España principalmente como autor de la saga Centennial (1974), gracias a la popular serie televisiva basada en ella. Otros best-sellers conseguidos por Michener durante su dilatada carrera son Sucedió en el Pacífico, Caravanas e Hijos de Torremolinos (The Drifters, 1971), tal vez su mejor novela, cuya acción se desarrolla en nuestro país a finales de los años sesenta. Pero su indudable talento comercial para la narrativa histórica, en la que se ha especializado en las últimas décadas, no ha impedido a Michener cultivar con acierto otros géneros, como demuestra su monumental Iberia - Viajes y reflexiones sobre España, libro publicado en 1968 y traducido al español por Jesús Pardo.

El segundo de los tres tomos en que se divide la edición española de Iberia incluye un extenso capítulo sobre Madrid, ciudad con la que Michener ha mantenido una larga relación sentimental, según ilustra el emotivo pasaje inicial dedicado a la Puerta del Sol. Muy interesantes nos parecen también sus observaciones sobre los cambios acaecidos en Madrid de 1950 a 1966, su apetitosa disquisición sobre los bares de tapas y su divertido relato de un partido de fútbol de máxima rivalidad.

Desde el primer momento en que, de muchacho, comencé a leer sobre España, y luego en la escuela secundaria, cuando estudié las primeras novelas cortas españolas, e incluso en la Universidad, leyendo novelas resumidas, había siempre un rincón de España que tenía mi afecto con preferencia a los otros, como durante los siglos últimos había tenido el de los españoles. Los poetas escribían versos sobre esta parte de Madrid, los novelistas ambientaban sus mejores situaciones a la sombra de sus edificios; los pintores reproducían ese rincón en las diversas horas del día; y con frecuencia el pueblo de España irrumpía en sus confines para expresar su protesta o comenzar una revolución. Aquí han tenido lugar escenas del más terrible salvajismo, pero también, a veces, de compasión y amor.

Parece lógico que la primera obra literaria que leí en castellano fuese *El capitán veneno*, publicada en 1881 por Pedro Antonio de Alarcón (1833-



1891), en la que un capitán áspero y malhumorado es herido, en el transcurso de uno de los frecuentes levantamientos de entonces, y se refugia en casa de una mujer venida a menos que vive con su hija cerca de la Puerta del Sol.

Puerta del Sol

¡La puerta del Sol! La puerta oriental de Madrid, desde donde se miden las distancias de las carreteras españolas. Amada de los madrileños durante siglos y foco central de su vida, como las plazas populares de otras capitales europeas no podrían emular. Yo era un joven lleno de visiones irreales de España cuando la vi por primera vez, y desde un modesto hotel que había cerca comencé una serie de solitarias exploraciones e investigaciones que pusieron mis ideas preconcebidas sobre España de acuerdo en cierta medida con la realidad. Tuve la afortunada experiencia de ver la Puerta del Sol antes de que su importancia comenzase a decaer rápidamente, cosa que ha sucedido en estos treinta años últimos. Entonces era aún un resumen de la Historia de España en el siglo XIX, conservada como un museo al empezar el XX, y pasearse por sus alrededores era penetrar íntimamente por los campos aledaños, si no por los salones mismos, de los recuerdos españoles.

¿Qué era la Puerta del Sol? En mis tiempos, no había portón ni arco como tal, aunque en siglos anteriores tuvo sin duda que haberlo habido. Había, sin embargo, una plaza íntima, en forma más o menos de semicírculo, en torno a cuyo lado curvo se alzaba una colección de edificios recios, simétricos, de color entre gris y pardo, de un encanto casi clásico. A lo largo del lado recto se levantaban edificios del Gobierno, no recuerdo cuáles, pero éstos nunca me llamaron la atención. En total, unas diez calles desembocaban a la plaza, lo que explica que, en momentos de inquietud política, pudiera llenarse de gente con tanta rapidez. En la Puerta del Sol propiamente dicha no había tiendas que me interesasen, pero, en la red de calles y callejas retorcidas que salían de ella como las varillas de un abanico al abrirse, estaban las tiendas más atrayentes de España. En ellas se podía comprar casi todo cuanto cabe desear y, como veremos más adelante, se encontraba también prácticamente cualquier clase de restaurante imaginable.

¡Qué completamente bella era la Puerta del Sol en aquellos días, qué emocionante a los ojos del turista extranjero! Esta palabra se ha desacreditado mucho en estos últimos, porque muchos turistas van al extranjero sin la preparación necesaria para apreciar lo que van a ver y sin la humildad que



les permitiría contemplar al país según su propia lógica nacional... Este libro es obra de un turista, y las experiencias que en él se narran están al alcance de cualquier viajero inteligente. Si, como oí decir en cierta ocasión a un inglés, «ser turista es quedarse parado, con los ojos abiertos de par en par, lleno de amor», yo he sido turista, y nunca tanto como en mis primeros días por la Puerta del Sol.

Como mi deseo era vivir lo más cerca posible del centro de Madrid, tomé una habitación en el viejo «Hotel París», en la calle de Alcalá. Era una habitación tan oscura y aislada como en mi vida he visto otra. No había razón alguna para que un joven sensato se aviniese a vivir en tal habitación más tiempo que el estrictamente necesario, porque mi única ventana daba a un conducto de ventilación, y el baño estaba tan cerca de la entrada del hotel que no me era posible perder el tiempo disfrutando del agua caliente. Era algo así como la litera de un submarino, un sitio que uno sólo usa cuando se encuentra completamente exhausto. Por eso yo me lanzaba a la Puerta del Sol mientras me quedase un poco de energía para andar, y luego, para descansar, me refugiaba en los salones del «Hotel París».

En la plaza, conocí a gente maravillosa, a quienes gustaba hablar con un norteamericano. En el hotel, conocí a gente llena de consideración, que se preocupaba porque no me perdiese nada digno de ser visto en Madrid.

—¿Ha estado usted en el Museo Militar? —me preguntaban.

O:

—¿Ha probado usted el restaurante de pescado de la calle de Cuchilleiros?

Y hablaban conmigo, tolerando mi pobre español, pero apreciando mi entusiasmo. Con extraños, a quienes conocí en los salones de este hotel. fui a ver por primera vez el Museo del Prado, y estuve con los ojos «abiertos de par en par» ante la abundancia de grandeza que contenía. Con una familia que estaba tan aburrida como yo de vivir en un cuarto como el mío, fui al «Teatro de la Zarzuela» a continuar mi estudio de lo que tanto me había gustado en el teatro de Castellón de la Plana. Con extraños de este tipo vi los parques, los bulevares, los bares de los grandes hoteles y las salas de baile, pero siempre volvíamos a la Puerta del Sol, la plaza mágica, a lo largo de cuyos bordes los trolebuses salían en dirección a todas las partes de la ciudad. En mis viajes me he sentido a veces defraudado viendo cosas infladas por la publicidad; en otras ocasiones, me ha sorprendido la excelencia de cosas de cuya existencia no había tenido noticia hasta entonces; pero creo que la experiencia más agradable que puede tener uno consiste en encontrar algo como la Puerta del Sol y comprobar que es exactamente como la habían

descrito los poetas, los historiadores, los novelistas y los compositores. Claro está que ha perdido importancia y que el crecimiento urbano de Madrid ha desplazado el centro de la ciudad a otros barrios, y el turista ya no encontrará en la Puerta del Sol lo que yo encontré. Fui a verla el otro día y me pareció muy semejante a cualquier plaza abierta de Nueva York o Ciudad de México, hasta el punto de que me resultó difícil creer que fuera éste el mismo sitio que tanta y tan fuerte impresión me había causado años antes. El «Hotel París» sigue en pie y en sus alcobas los viajeros escasos de cuartos siguen disfrutando de la amena vista de conductos de la ventilación, pero la gloria de la Puerta del Sol se ha deslustrado.

El Rastro

Lo mismo puede decirse, creo yo, de esa zona realmente noble que se halla algo más allá de la Puerta del Sol, la plaza Mayor, una plaza enorme, bordeada por edificios clásicos y macizos pórticos de piedra. [...]

Hoy, la plaza Mayor es una vasta zona desierta, en la que pasan pocas cosas. Los numerosos balcones dan aún al lugar cierto encanto arquitectónico, pero incluso cuando la vi por primera vez el ambiente tenía un claro matiz trágico, porque la historia la había soslayado y sólo en las callejas que la rodean palpita la vida de Madrid con su rigor de siempre. La primera vez que me di cuenta de esto fue un domingo por la mañana, cuando vi gran número de gente que salía de la Puerta del Sol camino de lo que yo pensé sería la plaza Mayor; pero me equivocaba, porque todos pasaron de largo junto a la plaza desierta y se dirigieron hacia otro grupo de calles que conducían a una plaza estrecha, vigilada por una estatua heroica de Eloy Gonzalo, soldado barbudo que había luchado gloriosamente en la guerra hispano-norteamericana por Cuba. Lo que se extendía a los pies de la estatua era algo realmente difícil de creer. Miles y miles de personas se habían congregado allí aquel domingo, como todos los domingos, para ver si podían comprar alguna ganga en los tenderetes del «Rastro», y más tarde descubrí que ningún viajero puede considerarse verdaderamente madrileño hasta que anuncia durante una cena, o estando con sus amigos:

—Tenéis que ver la ganga tan estupenda que encontré en el «Rastro» el domingo pasado.

Algunos de mis amigos han amueblado pisos enteros con bonitos objetos de lo más dispar adquiridos de esta manera: uno compró, en junio, seis candeleros de bronce, cada uno de seis pies de longitud, por trescientos dó-



lares, y los vendió en agosto a un anticuario neoyorquino por tres mil. Cuadros del Renacimiento, botellas vacías de «Coca-Cola», bordados antiguos, carburadores de «Chevrolet», monedas romanas, aguafuertes estropeados de Goya y, ciertamente, cualquier cosa que un ser humano pueda desear, o que, en circunstancias normales, pueda ser tirado a la basura, se encuentra en este sorprendente mercado. Funciona en menor escala durante el resto de la semana, pero los domingos se amplía hasta adquirir proporciones que vale la pena ver.

Así, pues, en ocasión de mis primeras visitas a Madrid yo vivía en la Puerta del Sol y me paseaba por la plaza Mayor, absorbiendo historia y refrescando mi imaginación con el espectáculo de las muchedumbres del «Rastro». Cuando había ahorrado unas pocas pesetas, seguía el consejo de un caballero a quien había conocido en el «Hotel París» e iba a comer a uno de esos dos buenos restaurantes que se encuentran al salir de la plaza Mayor, «Botín», que data de 1725, y «Las cuevas de Luis Candelas», local grande y confuso, llamado así en honor del Robin Hood español, gran favorito de los madrileños. Cuando los conocí, estos restaurantes eran ya muy frecuentados; ahora son famosos en el mundo entero y dignos de la reputación de que gozan.

Madrid entonces y ahora (1950-1966)

En 1966, fui de nuevo a Madrid como turista, con intención de pasar una larga temporada durante la cual abrigaba la esperanza de aclarar mis ideas sobre la política española. Comencé a reflexionar en los cambios cuyo desarrollo había ido siguiendo durante quince años, y creo que la ciudad adquirirá más significado si la describo en el contexto de estos cambios, que cualquier turista puede haber observado. [...]

En 1950, Madrid era una de las capitales más encantadoras del mundo para el visitante, porque *entonces* aún se podía llegar al aeropuerto, ir en coche tranquilamente por bellas calles hasta el centro de la ciudad y elegir, una vez allí, entre veinte buenos hoteles, donde sería uno bien venido; *ahora*, Madrid está grotesca y excesivamente abarrotada de gente, por lo menos desde el punto de vista turístico y he tenido que aprender a evitarlo, excepto cuando tengo habitación reservada. [...]

Entonces, Madrid tenía uno de los sistemas de trolebuses más encantadores de Europa y en él me trasladé a varias partes de la ciudad, viendo a gente de todos los tipos subirse y discutir con el conductor. Circular por la ciudad no sólo era fácil, sino positivamente agradable, porque Madrid tenía

las características de una ciudad provinciana que ha crecido más de la cuenta, con rincones inesperados al final de cada trayecto de trolebús; *ahora*, los trolebuses han desaparecido casi enteramente y uno tiene que circular en «Metro» o en taxi, y no hay ciudad con peor sistema de taxis que Madrid. No hay suficientes taxis en la ciudad, no circulan por los centros debidos, ni responden a las llamadas telefónicas. Después del teatro, o los toros, o el fútbol, o después de cenar, tiene uno que esperar hasta cuarenta o cincuenta minutos para encontrar un taxi, y aun entonces hay que recorrer ocho o diez manzanas de casas para dar con el punto donde paran. Por lo menos cinco veces, en todos y cada uno de mis viajes a Madrid, he jurado no volver más a esta ciudad..., «la humillación que uno sufre es excesiva». El Gobierno se da cuenta del problema, pero no puede hacer nada, por razones que me han sido explicadas, pero que no consigo comprender.

Entonces, Madrid era una ciudad compacta de un millón seiscientos mil habitantes; *ahora*, es una metrópoli confusa de más de dos millones y medio.

Entonces, sus edificios parecían tener por lo menos dos siglos de edad; *ahora*, las nuevas construcciones me asustan cada vez que vuelvo después de seis meses de ausencia.

Entonces, Madrid era una ciudad de poco tráfico, porque los automóviles eran poco numerosos; *ahora*, es un embotellamiento permanente de vehículos, no tan malo aún como en Florencia o Niza, pero condenado a ir de mal en peor porque en el término de diez años el número de automóviles crecerá al doble.

Entonces, Madrid era una ciudad puritana, donde la Policía estaba alerta ante cualquier exhibición de modernismo, como faldas cortas para las mujeres, o apretones de manos entre las parejas, o trajes demasiado llamativos en los hombres, y la reacción de la autoridad podía llegar a ser penosa. He visto a inglesas expulsadas de las iglesias por llevar los codos desnudos, y a alemanes de vacaciones en las playas del Mediterráneo detenidos por no llevar más que pantalones de baño; *ahora*, la ciudad es como un jardín delicioso en el que los jóvenes enamorados se besan en público, las chicas visten más o menos como les da la gana, y las únicas mujeres que se toman la molestia de cubrirse la cabeza para entrar en las iglesias son las protestantes norteamericanas, ansiosas de no llamar la atención. Es difícil creer que la transformación ha tenido lugar en menos de una década.

Entonces, si una norteamericana, viajando sola, quería cenar en un restaurante, aun cuando fuese el de su propio hotel, el camarero ponía en la mesa una banderita norteamericana para advertir a los galanes españoles que, aun cuando estaba cenando sola en público, no era una prostituta; *abo-*

ra, las mujeres frecuentan los cafés solas, cosa que era completamente imposible hace solamente cinco años. Me encontraba en uno de los famosos bares de la ciudad cuando comenzaban a verse mujeres solas, y se diría que el techo se les había caído encima a los habitantes, pero a fines de 1966 no era ya raro ver a chicas que trabajaban en el centro, reunirse de tertulia para tomar una cerveza después de terminado el trabajo.

Entonces, en las iglesias de toda España aparecían avisos, que eran tomados muy en serio, advirtiendo a las mujeres que debían ir con faldas, y aun éstas de decorosa longitud; *ahora*, la minifalda y los pantalones largos son cosa corriente.

Entonces, los jóvenes tenían pocos sitios a donde ir; *ahora*, la cosa ha cambiado por completo. Durante mi última visita fui un día a comer a lo que en otros tiempos había sido un restaurante chino bastante bueno, y me sorprendió sobremanera ver en cada nicho a una pareja abrazándose. El dueño ya no consideraba su local restaurante, porque ganaba más dinero y se molestaba menos llevándolo como bar para jóvenes que trabajaban en el centro. Cuando pregunté el motivo de esto, un amigo me dijo:

—Todas esas chicas siguen teniendo que ir a casa a las nueve de la noche lo más tarde; muchas familias españolas están descubriendo ahora con gran sorpresa que las chicas también pueden quedar embarazadas entre las siete y las nueve de la tarde, como entre la una y las tres de la madrugada.

Entonces, Madrid era una ciudad oscura, con pocas luces callejeras; *ahora*, es un lugar delicioso al comienzo de la noche, lleno de luz. La Avenida de José Antonio es una de las más gratas que conozco, y sus fuentes dan gozo verlas. En diversos períodos de mi vida he vivido en unas seis partes diferentes de la ciudad, y no solamente ofrecían variedad, sino que todas ellas eran encantadoras, cada una a su manera; es una ciudad de gran belleza.

Entonces, los precios de artículos como trajes de hombres, guantes de mujer, objetos de cuero y joyas al estilo español eran bajos, las mejores gangas de Europa; *ahora*, ya no hay gangas, pero la calidad es buena y hay que pagarla en lo que vale.

Entonces, apenas había ascensores, y el que quisiera hacer algún negocio con una empresa española normal no tenía más remedio que apenar con sus buenas escaleras; *ahora*, todos los edificios nuevos cuentan con ascensor, que a veces hasta funciona.

Entonces, los periódicos de Madrid eran los peores de las capitales importantes del mundo; tan fantásticamente malos eran, que da pena incluso tratar de describirlos. Da la coincidencia de que he estado en España en ocasión de tres crisis internacionales distintas, y los periódicos de que en-

tonces disponía Madrid no permitían obtener ninguna noticia lógica o plausible. En cierta ocasión, llevé a Norteamérica tres diarios madrileños a modo de ejemplo, para mostrar a mis amigos incrédulos lo malos que eran. La primera página ostentaba generalmente una enfática foto del Generalísimo inaugurando un pantano. La segunda traía un ensayo sentimental escrito por algún plumífero universitario afirmando que Cervantes era el alma de España. En la tercera había un artículo sobre el obispo Fulánez y sus ideas de que la mujer española, si va a la iglesia con regularidad, es la más noble del mundo. En la cuarta aparecía una selección de noticias ingeniosamente hecha para que no dijeran que no decía nada. (...) Las tres últimas páginas tenían buena información deportiva, tan buena como la que se ve en la Prensa de Londres y Nueva York. *Ahora* los periódicos madrileños han escapado en parte a la mano opresora que les tenía sujetos, y de ellos se puede sacar una idea relativa de lo que está sucediendo en el mundo. (...) Me fue posible encontrar en esos periódicos casi todo cuanto quería saber, excepto lo que estaba ocurriendo por aquellos días en España. Aunque la censura de la información española no había sido aligerada, una de las principales diferencias que existen entre la España de hace dos décadas y la actual es la mejoría que ha experimentado la Prensa.

Entonces, la televisión no existía; *ahora*, domina la vida española y la mayoría de las casas madrileñas en que he estado tiene televisor. Como los espectáculos norteamericanos son populares, las revistas publican con regularidad artículos sobre temas como: «¿Cómo es el verdadero Eliot Ness?»

Entonces, Madrid era una ciudad de cuento de hadas en la que era raro cenar antes de las once de la noche y se podía ir al teatro a la segunda función, que era a la una... de la madrugada, no de la tarde. Se respiraba un encanto peculiar en los largos atardeceres en que la comida se servía a las cuatro si había alguien con prisa, y a las cinco si todos tenían tiempo, y nadie que haya conocido el Madrid de aquellos días indolentes olvidará jamás tan maravillosa ciudad; *ahora*, aunque aún se cena a las once, el que quiera puede hacerlo a las nueve, o antes incluso, y el teatro empieza a las diez y media.

Entonces, se bebía vino; *ahora*, la cerveza es la bebida popular.

Entonces, una cafetería hubiera sido un insulto a la vida española. Algunas se abrieron, pero la gente se reía de ellas, calificándolas de abominaciones norteamericanas; *ahora*, los restaurantes de comida acelerada no sólo son populares, sino incluso esenciales, porque al mediodía las oficinas dan cada vez menos tiempo a sus empleados para comer: de tres horas a dos o incluso a una. Los restaurantes de precio medio más populares del Madrid

actual son locales de cromo y cristal, con nombres como «California», «Nebraska», «Iowa» y «Samoa». Los nombres norteamericanos se han convertido en cimbel, no en rémora. «En estos locales se sirve buena comida, comida limpia y rápida», me dijo una secretaria española, comiendo un perro caliente mientras yo tomaba mi gazpacho. [...]

Museo del Prado

Un aspecto de Madrid que continúa como siempre, entonces como ahora, es el Prado. Esta colección de cuadros tiene tal abundancia de riqueza, que sé de viajeros que preparan sus viajes a Europa de manera que les quede un par de días para pasarlos en Madrid, no viendo la ciudad, sino contemplando de nuevo ese bosque de obras maestras. Si quiero ver ocho cuadros importantes voy a Venecia, pero si quiero ver ochenta voy al Prado.

Por eso me sentí emocionado, bajando una mañana por la avenida, en 1965, al ver aquel edificio conservador, sin imaginación, que me esperaba. Las minifaldas, el tráfico, los restaurantes, todo eso cambia, pero el Prado continúa, permanente, único. Es un museo familiar, la mayor parte de sus cuadros fueron adquiridos porque determinado rey o reina eran amantes del arte y compraban uno que les gustaba. En el caso del Prado no se trató de la compra de colecciones enteras, ya formadas en París o Londres, como hicieron los Romanov para el Hermitage, en Leningrado. Tampoco es el Prado fruto del saqueo de museos, como hizo Napoleón para llenar el Louvre, en París. El Prado comenzó siendo una colección particular, formada en su mayoría por gente de una misma familia, primero española, luego Habsburgo y finalmente Borbón, y nunca se enriqueció por el robo o la expropiación. Desde 1492, cuando la reina Isabel la Católica comenzó a comprar cuadros, con mesura y cuidado, hasta 1868, cuando Isabel II de Borbón cayó del trono, los cuadros fueron comprados uno a uno, y lo que vemos hoy en el Prado son los tesoros familiares de esta extraordinaria sucesión de monarcas. [...]

Bares de tapas

En los años en que la zarzuela florecía comenzó a imponerse en Madrid una atractiva costumbre que sigue siendo popular. En las callejas que proliferan en todo el distrito del «Teatro de la Zarzuela» había pequeños bares

especializados en tapas, que se ponen ante el público en largas filas de platos de los que la gente se va sirviendo lo que quiere. Hoy, por la calle Eche-garay, llamada así en honor del dramaturgo que ganó el premio Nobel en 1904 y cuyo hermano escribió zarzuelas, apenas pueden pasar los taxis a causa de la muchedumbre que entra y sale de las docenas de bares que sirven tapas.

Hay un bar de barra larga detrás de la cual dos hombres, con los delantales tradicionales, sirven cerveza fría y otras bebidas. Sobre la barra han puesto dos docenas o así de platos llenos de una gran variedad de tapas bien presentadas, junto con vasos llenos de palillos, que se usan para pincharlas. El bar de tapas a donde llevo muchos años yendo con frecuencia ofrece cuatro clases de platos: primero, pescado (anchovas, anguilas, pulpos, calamares, gambas, cinco clases de sardinas, cinco clases de pescado); luego vienen los huevos duros, ensalada de huevo, tortilla de patatas cortada en pedacitos, verdura, cebollas, ensaladas; en tercer lugar están las carnes frías, en gran variedad, como albóndigas, jamón de York, jamón serrano, callos, sesos, hígados preparados de diversas maneras, vaca, cerdo y ternera; y, finalmente, los platos calientes, que a veces son deliciosos. Los pinchos morunos con salsa picante saben muy bien, aunque yo prefiero mejillones en una salsa de cebolla quemada y caldo de almejas; hay otras cinco o seis clases de mariscos que son más o menos igual de buenos.

Los bares de tapas, por lo que a mí se refiere, se dividen en dos grupos: los que sirven cocido madrileño y los que no. El cocido madrileño es un plato muy fuerte, campesino, a base de garbanzos, carne de hebra, jamón salado, chorizo, morcilla, cebollas, zanahorias, patatas, colirrábano y ajo, que se pone al fuego durante días enteros, echándole de vez en cuando nuevos ingredientes. Un buen cocido, con pan duro y vino tinto, es un plato genuinamente español.

La forma tradicional de usar los bares de tapas no es, sin embargo, sentarse ante un plato tan clásico como el cocido, sino reunir a un grupo de amigos e ir con toda calma de bar en bar, tomando en cada uno el plato que le ha dado fama. En tal zona hay un bar que sólo sirve calamares y pulpo, preparados de varias maneras, y otro especializado en mariscos. Uno de los mejores que se conocen es un local pequeñísimo, situado en una esquina y llamado «La Gaditana», que se anuncia así: «El restaurante mayor del mundo: se entra por Cádiz y se sale por Barcelona», por ser éstos los nombres de las calles que hacen esquina allí.

Hay un aspecto del bar de tapas que me tenía algo asustado. Cosa de la mitad de los platos están empapados de una mahonesa densa, amarilla y

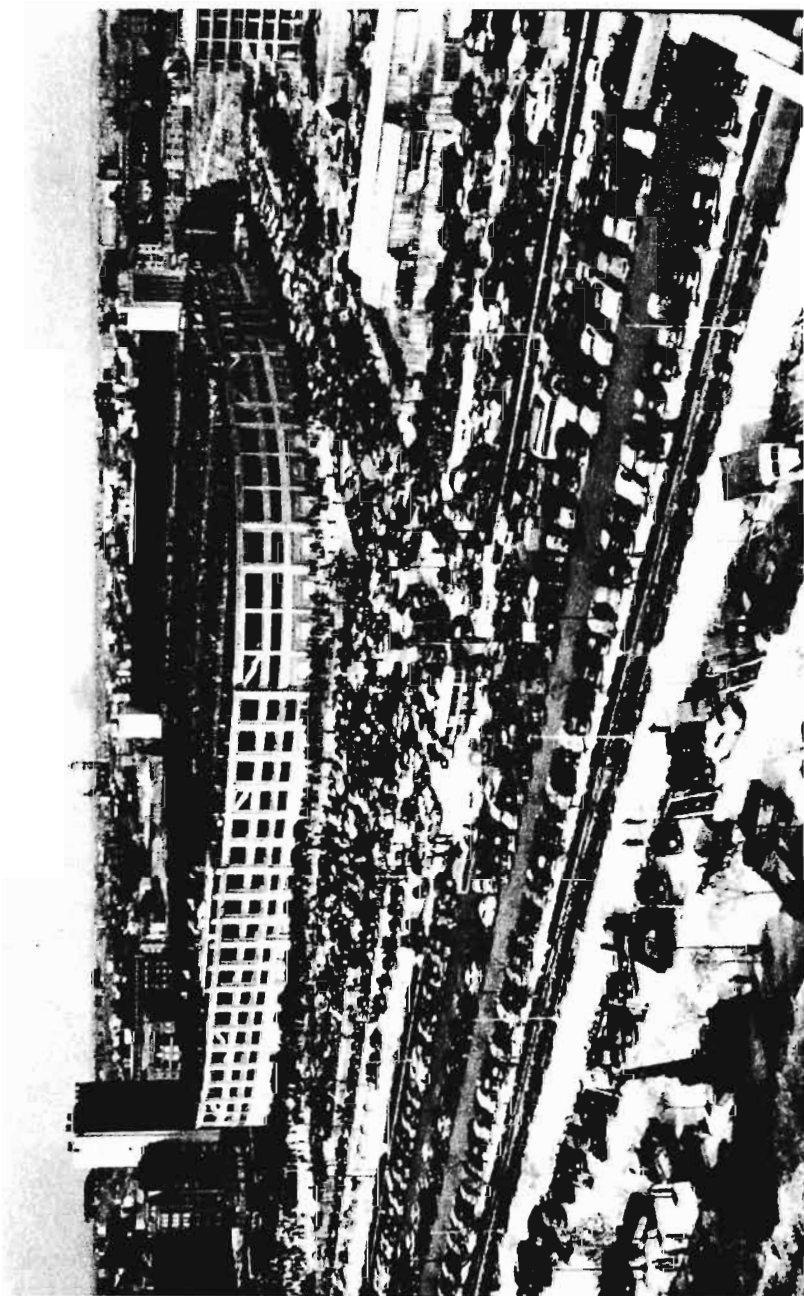
reluciente, que tiene la consistencia de la gelatina. La mejor gamba, los mejores huevos, la ensalada de verdura fresca, se empapan de esta pasta incomible y pesada, pero con cuidado es posible evitarla. Sin embargo, si el español que está cenando con uno no ve en el plato más que estupendos pulpos, anchoas y mejillones, lo más probable es que insista en echarle una cucharada de mahonesa, porque, sin ella, no sería una tapa respetable. [...]

Un partido de fútbol

El fútbol, lo que nosotros llamamos en inglés *soccer*, parece ser la clase de deporte que el Gobierno español prefiere apoyar: es internacional, es moderno, se juega al aire libre y es bueno para los niños, entre otras razones porque se puede jugar sin gastar casi dinero. Durante una serie de emocionantes años el «Real Madrid» ha demostrado ser el mejor equipo del mundo, y los españoles acudían en grandes muchedumbres a presenciar este frenético deporte.

He vivido con frecuencia en países donde se juega al fútbol, pero nunca he practicado este deporte: a pesar de todo, durante mi última visita a Madrid se estaba decidiendo la Copa mundial en Londres, y nadie que leyera el periódico u oyera la radio podía escapar al frenesí general. España venció a Suiza en uno de los primeros partidos, y el júbilo cundió por la ciudad que se cerró entera para pasar el tiempo ante el televisor; pero luego España perdió contra Argentina y Alemania Occidental y todo fue depresión. Poco después, los periódicos locales dieron cuenta de un incidente ocurrido en Mogadiscio, la capital de Somalia, donde el árbitro, un tal Salk Mobarek, había llamado al orden por error al equipo de Obras Públicas, el cual procedió a propinarle patadas hasta que lo mataron, castigo éste que algunos de mis amigos que jugaban al fútbol consideraron excesivo. Los periódicos de Madrid pasaron revista a los casos de muertes de árbitros de fútbol en años recientes y, como no leí en ninguno de ellos nada sobre la necesidad de poner fin a tales violencias, llegué a la conclusión de que la lista tenía únicamente por objeto advertir a los árbitros madrileños que tuvieran cuidado de no llamar al orden a nadie por error.

Una bella noche de luna fui al Estadio Bernabeu de Madrid para ver a qué se debía tanta locura. Mucho antes de llegar a los alrededores del estadio vi que buena parte de la población de Madrid estaba convergiendo sobre él, porque me vi tan cogido en el tráfico que ni moverme podía. Finalmente, tuve que bajarme del taxi y andar cosa de una milla, pero valió la pe-



Estadio Bernalbéu.



na, porque el estadio era uno de esos edificios nuevos en los que uno entra al nivel de la calle para encontrarse a mitad de camino en la parte superior de un largo y gracioso cuenco excavado profundamente en la tierra. El campo de juego, por tanto, estaba a unos tres tramos de escalera bajo tierra y los asientos superiores a otros tres tramos por encima. Era enorme, con algo así como ciento diez mil asientos. Antes de comenzar el partido estaba iluminado por la luna y por cierto número de luces suaves que convertían la zona herbosa en una superficie plateada, pero al acercarse la hora del comienzo cuatro hileras de luces en torno al estadio se encendieron de pronto y el campo entero quedó bañado en luz diurna, con lo que la hierba recobró su color verde. Es el estadio más bello que he visto en mi vida.

El «Barcelona» jugaba contra el «Madrid» y la emoción era intensa al entrar los jugadores en el campo, pero a medida que el juego iba desarrollándose se hizo más intensa aún. Hubo momentos en que los ciento diez mil espectadores gritaban a coro al árbitro, y la Policía armada tuvo que adoptar posiciones para cortar el paso a los que quizá trataran de invadir el campo.

—Nosotros nos portamos mejor que la gente del Brasil —me aseguró un hincha—. Allí han tenido que abrir un foso entre el campo y el público para que la gente, aunque quiera, no pueda echarse encima del árbitro.

El «Madrid» era el favorito, pero a mitad del partido la ventaja era del «Barcelona», uno a cero. El público estaba angustiado, pero el hincha que estaba sentado junto a mí me dijo:

—No se preocupe, tiene que ganar el «Madrid»; es el equipo que solía ser campeón del mundo; tiene pundonor.

Su famoso pundonor le sirvió de bien poco porque, al comenzar la segunda parte, el «Barcelona» realizó un gran ataque y volvió a marcar gol; los que estaba sentados cerca de mí gimieron, como si aquello fuera algo indecente o ilegal. Un momento después estaban todos vitoreando como locos porque el árbitro había anulado el gol del «Barcelona» basándose en algún detalle técnico que nadie conseguía explicarse. Pensé que tal decisión era algo sospechosa y había sido tomada sospechosamente tarde. Al día siguiente los periódicos dijeron lo mismo. Un estudio estadístico hecho recientemente sobre el fútbol español demuestra lo que todos sospechaban: que una proporción culpablemente alta de los partidos es ganada por el equipo que juega en su propio terreno, y la teoría es: «Si gana el equipo local no hay revueltas.» Esta noche los árbitros, evidentemente, estaban decididos a que nadie se subleva.

Poco después, el «Madrid» igualó los goles y no tardó en marcar otro, pero el árbitro estaba tan compungido por haber robado un gol al «Barcelona» que ahora le hizo la misma faena al «Madrid». El hincha sentado a mi lado quería realmente matar al cerdo aquél, pero un amigo le recordó:

—Es costumbre igualar estas cosas.

El juego terminó empatados ambos equipos a un gol.

Traducción de Jesús Pardo



33. RAY ALAN (1969)

El periodista Ray Alan, firma prestigiosa en la prensa británica desde los años sesenta, viajó a España en 1968 para realizar una serie de reportajes destinados a The Economist y otras publicaciones. Pero Alan, huérfano desde muy pequeño y adoptado por una familia amiga de su madre inglesa, tenía además una poderosa razón personal para venir a nuestro país, que no era sino rastrear el destino de su padre catalán, cuya identidad acababa de descubrir. De ahí el título del libro, Spanish Quest (1969), que escribió como fruto de su largo viaje y de su indagación por sus raíces españolas.

En esta obra dedica Alan a la capital un capítulo castizamente titulado «Madrid: noche, mujeres y toros», del que recogemos algunos interesantes fragmentos sobre temas recurrentes como el pluriempleo, los serenos, la elegancia de los hombres, el sometimiento de las mujeres y la competencia entre los toros y el fútbol.

Pluriempleo

El segundo día de mi estancia en Madrid, al volver a mi hotel a las once de la noche, encontré una nota en la que me invitaban a tomar café y a asistir a una discusión política que empezaba a medianoche. No tardé en descubrir que la medianoche es una hora punta en la vida social madrileña. En verano, la Gran Vía y otras avenidas céntricas están más llenas de gente a la una de la mañana que durante el día. El clima sólo explica en parte este fenómeno. La mayoría de la gente que se ve por la calle después de medianoche ha estado trabajando hasta muy tarde en su segundo o tercer empleo.

Un estudiante dice: «De acuerdo, padre, seré abogado. Pero ¿qué haré por la noche?». Un hombre en una parada de autobús exclama: «Sólo con que pusieran un servicio más frecuente podría tener otros dos empleos». Un inspector fiscal pregunta: «¿Profesión?», y el contribuyente responde: «¿Por la mañana o por la tarde?»

El *pluriempleo* —tener más de un empleo— es un tema recurrente del humor español. Es una de las instituciones españolas más pujantes. Con-



funde todavía más las ya confusas estadísticas nacionales sobre empleo, y es la explicación de muchos otros misterios españoles. ¿Cómo puede permitirse Rosó, un apuesto profesor de arte, tener un coche y un apartamento tan elegante con su sueldo de miseria? (De un modo muy honrado: trabajando como diseñador textil otras treinta horas a la semana.) ¿Por qué Pepe, un bibliotecario anticlerical, lleva galas eclesiásticas y canta vísperas en la catedral? (Le pagan por sustituir a uno de los canónigos, que por su parte ayuda a sacar adelante un negocio familiar.) ¿Cómo es que Ramón, un agente de seguros un tanto antinorteamericano, sabe tantas cosas sobre cierta base aérea norteamericana? (Pasa las mañanas en la base como oficial del Ejército del Aire español.) ¿Por qué pasa tanto tiempo el cajero de un banco en hoteles de aspecto bastante sórdido? (Les lleva la contabilidad.)

El *pluriempleo* es una de las glándulas endocrinas de la economía española, a la que vivifica con poder adquisitivo y estímulos que, de otro modo, no estarían a su alcance. Ha desempeñado el mismo papel que los subsidios familiares en Francia a la hora de fomentar la compra de pisos y bienes de consumo. Si no tuvieran un segundo empleo, pocos profesores, empleados y jóvenes abogados españoles podrían alejarse mucho del umbral de la pobreza, por no hablar de aspirar a un nivel de vida «europeo».

Los últimos serenos

Los pluriempleados más conocidos de España son sus *serenos*, esos hombres cubiertos de llaves que acechan en los portales a horas tardías de la noche. La mayor parte de los españoles que habitan en ciudades viven en pisos; no todas las casas de pisos tienen portero; las llaves de algunas puertas de la calle miden un pie de largo; y en cualquier caso, a los españoles parece gustarles tener un criado que les escolte hasta su portal, les abra la puerta y luego pase la noche entera haciendo la ronda por la vecindad, y despertándoles cada hora con información meteorológica («¡Las tres y brilla la luna!») De ahí lo de *sereno*.

Para llamar a un *sereno*, cuando uno no puede entrar en casa por la noche, hay que dar palmas. La piel española parece tener propiedades acústicas especiales: dos españoles cantando, chasqueando los dedos y dando palmas en una taberna pueden hacer tanto ruido como un grupo de pop, y una apacible amita de casa es capaz de soltar una ráfaga de palmadas como una ametralladora que sacará a su *sereno* de un bar a tres manzanas de distancia. Yo tengo manos grandes con largos dedos, pero está claro que la



patética materia rosada que las cubre la heredé de mi madre inglesa. Por muy fuerte que golpee y percuta mis zarpas entre sí, no se oye nada que un español pueda reconocer como ruido.

Cuando volví de mi primera *tertulia* madrileña habían cerrado ya las puertas de mi hotel. Me quedé tímidamente parado al borde de la acera y di unas palmadas. No ocurrió nada. Volví a hacerlo, y lo mismo. Quince minutos después seguía allí parado, batiendo palmas como un poseso. Afortunadamente sólo eran las dos de la mañana, por lo que había aún bastante gente por la calle, y finalmente detuve a un español de aire afable que iba con su mujer y le pedí si podía dar unas palmadas.

«*Con mucho gusto*», dijo.

Apenas movió las manos, pero el ruido fue como un incidente fronterizo. En seguida apareció corriendo un *sereno*, cargado de llaves tintineantes, a unas cincuenta yardas de distancia. [...]

El oficio de *sereno* se remonta a la Edad Media y hasta hace poco nunca faltaban aspirantes. Con unas pesetas al mes que le daba cada familia a la que servía, con las propinas y lo que recibía bajo cuerda de la policía, tenía unos ingresos regulares; y en las calles habitadas por nuevos ricos, diplomáticos extranjeros y chicas de alterne podía casi vivir en la opulencia y vender su puesto al jubilarse. Hoy en día, salvo en los barrios muy ricos, la inflación le está obligando a apretarse el cinturón. Actualmente la mayor parte de los *serenos* tiene también un empleo diurno, y dormitan en los portales en lugar de anunciar la hora. Muchos han abandonado definitivamente su trabajo nocturno. Algunos han emigrado a Francia o a Alemania, donde están muy solicitados como vigilantes nocturnos. Mientras tanto, cada vez son más los españoles que invierten en un ingenioso artilugio norteamericano: una llave de portal de bolsillo.

Caballeros y esclavas

En Madrid volvió a llamarme la atención el alto nivel de elegancia y acicalamiento que se exigen los españoles en público. Un norteamericano que conocí acababa de mudarse a los suburbios porque no podía soportar la tensión indumentaria de la vida en una avenida céntrica. Su idea de relajación tras una jornada en la oficina consistía en ponerse sandalias, pantalones de sport y una camiseta y llevar a su crío al parque; pero la gente se le quedaba mirando, y reparó en policías que le vigilaban. Empezó a acomplejarse y al final se ponía un traje formal, corbata y gemelos sólo para salir a comprar el periódico.

La preocupación del español medio por mostrar al mundo una fachada impecable la despachan a veces los extranjeros como una simple obsesión por las apariencias. He oído explicarla como una reacción contra la pobreza y la suciedad, y es cierto que a veces se ve a gente muy elegante saliendo de casas de aspecto miserable. Me pregunto (sin pretender ser original) si no tendrá raíces en la Edad Media, cuando debido a la larga lucha contra los moros el trabajo manual, por oposición a la carrera militar o eclesiástica, se despreciaba en España más aún que en otros países feudales, y cuando a un español le resultaba más fácil mejorar su situación social que a la mayoría de los demás europeos. (Dado que para ser señor hacía falta ser *caballero*, el primer paso era conseguir un caballo, preferiblemente de los moros: cuando se mataba a un jinete moro, los *peones* cristianos luchaban entre sí por su montura.) La exploración de las Américas aumentó el prestigio y las recompensas de una ocupación «noble». En buena medida, España siguió siendo hasta 1930 una sociedad aristocrática en la que, como en Inglaterra, el ideal social incluso de las personas instruidas y emprendedoras —incluso de Velázquez, que bregó con denuedo para conseguir su «ennoblecimiento»— era el caballero ocioso con título de nobleza.

Durante la República hubo cierto relajamiento del rigor indumentario, y se podía ver a hombres con mono de trabajo en el *paseo* vespertino. El sesgo antiobrero del régimen franquista en sus años iniciales puso coto a esto. Los socialistas y los anarquistas rechinaron los dientes y trataron de presentarse como pilares de Acción Católica. E incluso después de la represión de la posguerra, cuando empezó a crecer el flujo de turistas, la policía expulsaba a la gente mal vestida de las avenidas principales de Madrid para que los extranjeros no se formaran una mala impresión del régimen. Desde entonces, la expansión económica ha proporcionado a España unos años de prosperidad relativa y un clima social cada vez más competitivo. La aspiración a la elegancia es ahora no sólo voluntaria sino entusiástica. Cuanto más polvoriento sea el *paseo*, más insistentemente proclamarán los zapatos de un hombre que rara vez pone los pies en la tierra vulgar. Y las mujeres...

Cometí el error de elogiar el aspecto de las mujeres de Madrid ante un encantador espécimen del género. Se llamaba Anita. Era hija de un acomodado hotelero y acababa de volver de estudiar idiomas y hostelería en Francia e Inglaterra. Había traído de allí algunas opiniones agresivamente feministas.

Su consternación ante mi ingenuidad le hizo poner en blanco sus bonitos ojos castaños. «¿Pero es usted incapaz de ver lo que hay detrás de los trapitos y el pavoneo?», preguntó. «El *paseo* es nuestro equivalente del mercado de esclavas árabe.»

A los españoles les gusta generalmente exagerar, pero esto era demasiado para algunos de los presentes, que protestaron.

«Vale», dijo Anita. «Pero a las chicas se les incita a lucirse en él para que sus futuros amos y señores puedan examinarlas a placer, compararlas en los menores detalles y seleccionarlas. Las mujeres mayores van también al *paseo* porque ponerse de tiros largos una vez al día es uno de los pocos placeres que le sacan a la vida, y una de las pocas cosas en las que se les anima a pensar. ¿Ha visto nuestras espantosas revistas femeninas? La única razón de la existencia de una mujer española es el matrimonio, la maternidad y el servicio al varón. Las mujeres son el subproletariado de nuestra sociedad, privadas de todos los derechos salvo el de conservar su apellido tras el matrimonio, una concesión que se les hace porque no cuesta nada y nada significa. Hasta hace poco las mujeres estaban en la misma situación que los niños y los locos: ni siquiera podían hacer testamento.» [...]

Poco después acabó la reunión. El joven con el que salí a la calle dijo con tristeza: «Anita era antes una de las chicas más deliciosas de Madrid. La culpa la tiene su padre. Es irresponsable dar a una chica una educación extranjera. El mundo entero nos envidia lo hogareñas que son nuestras mujeres, su encanto y su castidad. ¿Por qué corromperlas con ideas inglesas y francesas?» [...]

Un club católico al que me invitaron poseía una espléndida piscina al aire libre. Estaba reservada para las chicas a determinadas horas, y para los hombres a otras, y nunca podían mezclarse unos y otros salvo en el bar, completamente vestidos: ni siquiera los matrimonios podían bañarse juntos. Los socios del club no parecían considerar irrazonables estas restricciones. [...]

Pero, por regla general, las prohibiciones del puritanismo español se están viniendo abajo. Las chicas tienen más libertad para salir que la que tenían sus madres y hermanas mayores, y algunos grupos mixtos van juntos a esquiar o de excursión, aunque a menudo acompañados por un cura. Muchas chicas entran ahora en un bar o en una terraza a tomarse un café o un refresco con la misma naturalidad que los hombres, pero muchas otras todavía no lo hacen, porque, como me dijo una guapa muchacha de veintiséis años, «hay un montón de chicos sorprendentemente chapados a la antigua que piensan que cualquier chica encontrada en un bar es presa fácil».

Toros y fútbol

Cada primavera la prensa española florece con extraños titulares: «BUENA COSECHA DE OREJAS POR SAN ISIDRO; PACO CAMINO CONSIGUE UN RABO; EL CORDOBÉS CORTA DOS APÉNDICES». Y los parques están llenos de críos embistiéndose entre sí. La temporada taurina empieza a animarse.

En 1920, cuando el prestigioso Joselito Gómez fue mortalmente corneado por un torito que confundió toda su ciencia mediante el simple ardid de tener mala vista, sus admiradores erigieron en Sevilla una gran pancarta en la que proclamaban: «Joselito ha muerto. ¡Viva el fútbol!» Desde entonces ha llegado a ser casi una convención declarar al comienzo de cada temporada que el toro está en decadencia y que el fútbol lo está matando. A finales de los años cincuenta, cuando el Real Madrid se convirtió en el símbolo de España para los televidentes de toda Europa, empezó a parecer que efectivamente podía ser así. Y a mediados de los sesenta, con la popularización de la televisión en España, ver fútbol por la tele se había convertido ya en un pasatiempo nacional. Las reuniones de las Cortes y, en algunas ciudades, las procesiones de Semana Santa se retrasaban para que no coincidieran con los partidos de fútbol televisados.

Pero los toros han resistido. Desde 1961, mientras los espectadores de los estadios han disminuido (en parte por la competencia de los partidos televisados), los de las corridas se han disparado. Y mientras los promotores futbolísticos han empezado a preocuparse por la penuria de jóvenes talentos —que el sistema comercial del estrellato no consigue fomentar—, no hay ninguna escasez de aprendices de torero. La Guardia Civil tiene que apostarse en todos los callejones para disuadir a los *espontáneos*, los aspirantes a la muerte o la gloria que saltan al ruedo para lidiar al toro con una chaqueta. En un año representativo de mediados de los sesenta se celebraron en España 598 corridas y 483 novilladas (en las que se lidian toros jóvenes). Murió un torero y unos cincuenta fueron gravemente heridos. Las bajas mortales por parte de los toros fueron, como de costumbre, mucho más elevadas: poco menos de siete mil.

Traducción del compilador



34. JAN MORRIS (1979)

Jan Morris es probablemente la autora inglesa de libros de viajes más leída en las últimas décadas. Sus obras abarcan una gran variedad de temas y países, con incursiones en otros géneros como la crónica histórica (del que es buena muestra su trilogía Pax Britannica). Además de una gran viajera y excelente escritora, Morris es sin duda un personaje singular. En su juventud, cuando todavía se llamaba James, fue el enviado especial de The Times que anunció al mundo la primera ascensión al Everest de Hillary y Tensing, primicia informativa que consiguió hacer llegar a Londres —tras descender contra reloj la cascada de hielo del glaciar Khumbu— la misma mañana del 2 de junio de 1953 en que el pueblo británico celebraba la solemne coronación de la reina Isabel II. Su cambio de identidad sexual y otras vicisitudes de su azarosa existencia las ha narrado Morris en su autobiografía Conundrum.

En 1964 publicó The Presence of Spain, obra como todas las suyas de gran enjundia literaria. Quince años más tarde salió a la luz una nueva edición revisada, titulada simplemente Spain (1979), de la que una autoridad en la materia como Gerald Brenan llegó a decir que era «quizá el mejor libro general que se ha escrito sobre España». La España de Morris comienza con una sustanciosa reflexión sobre El Escorial y termina con una referencia al Valle de los Caídos; un fragmento del capítulo dedicado a Madrid completa nuestra selección.

El Escorial

El centro de la mayoría de las catedrales españolas está dominado por el *coro*, una estructura oscura, tallada, en forma de caja, que obstruye la grandiosa perspectiva de la nave pero confiere un foco intelectual al entero edificio. Aquí, bajo los tubos relucientes del órgano, los canónigos entonan sus letanías y los niños del coro sus ásperos contrapuntos, los sacristanes pasan arrastrando los pies con mensajes o misales, los enormes himnarios del canto llano permanecen abiertos en sus facistolos, y todo el pensamiento y la ra-



zón de la catedral parecen concentrarse en este punto. El *coro* no es tanto un santuario como una biblioteca, o quizá el estudio de un teólogo misógino; y generalmente el visitante se acerca primero aquí, para husmear la atmósfera libresca y examinar las sillas del coro en la penumbra, antes de ponerse a recorrer esa masa de escultura y santidad, ese museo de reliquias sagradas, invenciones sublimes, rarezas, excesos, supersticiones y esplendores que es una iglesia española.

En la gran catedral que es la propia España, el papel del *coro* está representado por el palacio-monasterio llamado El Escorial, pues aquí se pueden sentir, misteriosamente encerradas en laberintos de granito, todas las fuerzas que han configurado este tremendo y a veces espantoso país. Se yergue en las estribaciones de las montañas de Guadarrama, con bosques y nieves a su espalda, y la vasta llanura de Castilla ante sí, extendiéndose en la distancia hasta Madrid. Es rectangular, y enorme, e implacablemente severo, no aliviado por ninguna suavidad de follaje o decoración: en parte lugar de culto, en parte palacio real, en parte mausoleo, tan grande que está clasificado oficialmente como una ciudad, con 86 escaleras, 89 fuentes, más de mil puertas, 13 oratorios, celdas para 300 frailes, tumbas para 24 reyes y reinas, 16 patios, 2.673 ventanas y cien millas de corredores. Amplias explanadas vacías rodean los muros de esta maravilla, un pueblecito se inclina respetuosamente en sus intermediaciones, y desde muy lejos a través de la meseta, incluso desde las calles del mismo Madrid, se puede ver allí cernido al borde de las montañas, con un aire al mismo tiempo sagrado, amenazador y obseso.

El Escorial fue construido por Felipe II de España, nieto de Juana la Loca, cuyo cuarto de demente visitó una vez de niño, para encontrársela en cuclillas en el suelo, delirante y en harapos, rodeada de platos de comida mohosa. Inició la construcción en 1563, con la intención de que fuera su panteón familiar además de su palacio. Amaba la cruda austeridad de las tierras altas castellanas, tan despiadadamente calurosas en verano, tan gélidas bajo los vientos invernales, y le impulsaba el hecho de que en su generación España había alcanzado la cúspide del poder mundial. Era la nación más rica y formidable de la tierra. Desde estas habitaciones, decía Felipe, «gobernaba el mundo con dos pulgadas de papel», y erigió el gran edificio no sólo como expresión de su propio carácter orgulloso y suspicaz, sino también como santuario de los valores que iban a gobernar España desde su época hasta la nuestra. Desde los tiempos de Felipe la historia de este país ha sido generalmente melancólica y a veces trágica, pero el estilo que se acuñó en su edad de oro sigue siendo hoy el estilo dominante, y no hay nada trasnochado en El Escorial. Por su concepción, su sabor e incluso su me-

ticulosa ejecución española, podría haber sido construido ayer: pues sólo ahora, cuatro siglos después, está España abandonando indecisamente las actitudes que le infundió el rey Felipe. En estos pasillos y patios interminables se puede sentir el gusto español por lo grandioso y lo autoritario, fomentado en la falsa aurora de una primacía imperial, y a menudo vulgarizado en ampulosidad. En la frialdad y desolación de este edificio se puede percibir el estoicismo aristocrático de España, algo grandiosamente ascético en el carácter del país, que con frecuencia le da un aire reservado y desapegado del mundo. En la ineludible presencia del propio Felipe, indeleble en cada rincón de El Escorial, se puede adivinar el ansia perenne de esta nación por un hombre fuerte en el centro, su instinto recurrente de autocracia. En la forma bien definida del edificio, que se dice construido según el modelo de una parrilla en homenaje al martirio de San Lorenzo, se pueden ver reflejadas la claridad y la precisión que caracterizan en tan gran medida la vida española. En su aire de mando se puede ver cómo el centro de este gran país ha impuesto su voluntad a la periferia, estampando todo con su cultura castellana y reprimiendo vigilantemente cualquier desviación. En la enorme Basílica, empotrada en el núcleo de la estructura, se puede advertir lo íntimamente unida que ha estado la fe cristiana a las fuentes de autoridad en España. En los túmulos recargados y apiñados del Panteón real, con sus huecos para monarcas aún por morir, sus bóvedas separadas de bastardos y parientes políticos, sus finos blasones y árboles genealógicos cincelados, su pudridero donde el cadáver de la reina regente María Cristina, «por razones políticas», sigue deshaciéndose hasta el día de hoy: en todo este morboso esplendor se puede observar el amor español por la jerarquía y la ceremonia, junto con su convicción de que la muerte no es más que el fin cabal de un linaje familiar.

Por encima de todo, en la tristeza que impregna El Escorial se puede sentir algo de la tragedia de España, su falta de realización. Aquí, en la cumbre del mundo conocido, Felipe vivió una vida abnegada y sobria, recibiendo a los suntuosos embajadores sentado en un trono que tenía la sencillez de una silla de cocina, con un sombrero alto sin ala en la cabeza y el pie apoyado en un taburete de gotoso. Pasó la vida trabajando y rezando: su dormitorio era una especie de celda: estaba rodeado por expedientes de los asuntos de Estado, códigos cifrados y carpetas de información secreta. Le envolvía un aura de gran poder, temor y santidad, por lo que hasta los emisarios más granados entraban en su presencia hechos un manojo de nervios, y todavía hoy hay algo terrible en su recuerdo. Sin embargo murió de un modo miserable. Aquí yacía en ulcerosa agonía, con una calavera coronada en



la mesa a su lado, observando los rituales de la capilla por una mirilla junto a su cama, encargando paño negro para su propia mortaja, ensayando el ritual de la extremaunción, en medio de tales dolores que a veces no podía soportar el peso de una sábana sobre el cuerpo, con tal gangrenosa hediondez que, según cuentan, sus cortesanos no eran capaces de acercársele. Y cuando al fin murió, mandando que se rezaran plegarias continuas por su alma en la Basílica durante los dos siglos venideros, cuando murió en 1598 lo hizo sabiendo que el breve apogeo de España había pasado ya, que el vasto imperio estaba empezando a disgregarse, y que dos pulgadas de papel español, en manos de un aristócrata español temeroso de Dios, no habían sido omnipotentes después de todo.

Todo esto se puede sentir todavía en El Escorial, y permite entender cómo el orgullo, la resignación y la desilusión del reino de Felipe iban a proyectarse sobre la España del siglo XX. España, más que la mayoría de los países, se alimenta de su pasado. Todavía hoy sus asuntos están sujetos al melancólico magnetismo de El Escorial, o al menos al polo de emociones que esta gran obra de fe y política representa.

Madrid en los años setenta

Al final de la carretera (al final de cualquier carretera española) está Madrid, que no era más que una aldea hasta que Felipe II la convirtió en su capital en 1561, y que sigue siendo una ciudad suficientemente compacta para que el campo asome al fondo de muchas de sus calles. Sus dos posesiones más envidiables son un museo de arte, el Prado, y un parque, el Retiro, y es la capital de España principalmente porque da la casualidad de que está en el centro. Madrid fue fundada como fortaleza mora, en la época en que Castilla era una tierra de nadie entre el norte cristiano y el sur islámico, y su función original era sólo militar. No había carreteras que se cruzaran allí, ningún gran río atravesaba el lugar, no había santuarios, ni minas, ni recuerdos históricos. Al sacarla de esta oscuridad, Felipe la transformó en una especie de Brasilia para España: una prenda del futuro y un símbolo de unidad. Las dispares provincias iban todas a rendirle vasallaje, centralizando las energías de la nación, y desde sus nuevas y flamantes sedes de gobierno, equidistantes del primado en Toledo y del rey en El Escorial, iba a mantenerse la pureza de España. Además, parece claro y lógico establecer tu capital en el centro, y nada agrada tanto al español como la precisión simbólica.

Los madrileños chiflados por su ciudad se complacen en decir que el colmo de la felicidad humana debe ser ir a esa parte del cielo desde la que se ve Madrid. Otros deben pensar que bien podrían pasarse sin ella en el paraíso. Situada como está a gran altitud en la meseta, con la desértica planicie al final de sus suburbios y un clima de horribles extremos, difícilmente puede Madrid evitar compartir la melancolía de Castilla; y sobre todo en invierno parece una capital medio congelada en las actitudes de una generación anterior. En la década de 1930 tuvo un simbolismo universal. En ella, como tantas veces había ocurrido en España, se manifestaron las pasiones del mundo, y hombres de todas partes pudieron verse a sí mismos y a sus sociedades reflejados en sus agonías. Fue esta condición de conejillo de Indias lo que atrajo a tantos jóvenes idealistas «a esta meseta bajo el solemne piélagos estrellado del cielo», y situó a Madrid en el centro mismo de las preocupaciones del mundo.

Hoy en día no nos ofrece ningún modelo de esperanza o advertencia. Su ejemplo no enardece a nadie. Para el mundo exterior el futuro de Madrid tiene muy poca importancia. Ya no es una de las capitales arquetípicas, y contribuye poco a las grandes cuestiones que hoy consideramos candentes: cuestiones de moralidad, diplomacia o estrategia que apenas afectan a esta metrópolis periférica. Sus gustos son los que estaban en boga en París, Londres o Nueva York el año antepasado. La música pop de ayer resuena en sus calles. Su arte es en gran medida derivado, y los únicos programas realmente originales que dan en su televisión son las corridas de toros. Apenas hay un solo edificio moderno notable en Madrid.

Y sin embargo Madrid es una de las capitales más activas, ruidosas y exuberantes de Europa, y esto es debido a que la economía se ha adelantado a la política en España, y ha introducido el cambio por la puerta de servicio.

En el propio Madrid el cambio ha caído como una masa de hormigón, pues los rascacielos dominan ahora el centro de la capital, e inmensos complejos residenciales, milla tras milla, barriada tras barriada, están extendiendo los límites de la ciudad cada vez más lejos en la *meseta*. Los últimos barrios bajos casi han desaparecido, y Madrid se siente rico. Aquí están las sedes de los poderosos bancos españoles, cuyas enormes oficinas centrales casi han desterrado de las aceras de la calle de Alcalá la vida de café que antaño la caracterizaba. en la época en que los toreros tenían su propio café, los intelectuales liberales el suyo, los poetas otro, los generales un cuarto. Aquí está la sede diplomática de los norteamericanos, cuyos ingentes pagos por favores estratégicos han contribuido a mejorar

la suerte de España, y también las oficinas centrales de la Dirección General de Turismo, cuyos esfuerzos por atraer visitantes extranjeros a España, coronados por un éxito pasmoso, han servido de fermento para elevar las perspectivas de los españoles. Desde Madrid, que es de suyo un babel de modernismo mal digerido, todo tráfico torrencial y cines llamativos, se puede apreciar cómo las influencias del progreso material, canalizadas a través de las oficinas de la capital de Felipe, están acabando poco a poco con el aislamiento del Estado.

El Valle de los Caídos

A unas treinta millas al noroeste de Madrid una enorme cruz de granito, el mayor emblema de la fe cristiana erigido en el mundo, destaca formidablemente sobre una cresta, visible casi desde la propia capital, y dominando uno de los más tristes campos de batalla de la guerra civil. El general Franco la mandó construir allí, y en el cerro sobre el que se yergue hizo excavar una vasta cripta de granito, más larga que la nave de San Pedro de Roma, y suntuosamente decorada con estatuas, tapices y bronce. Oficialmente es un monumento conmemorativo de todos aquellos, de ambos bandos, que murieron en la guerra civil. En realidad es un monumento a la propia España, al *ser* de este país, la tierra desnuda y la meseta desierta, la nieve en las montaña, el calor y el frío y la pobreza, las omnipresentes abstracciones de Dios, muerte e Inquisición.

Setecientos hombres trabajaron diariamente durante diez años para excavar este lugar, y muchos de ellos eran presos políticos del régimen. Franco yace ahora en una tumba ante el altar mayor; frailes, monjas y soldados pasan en fila durante todo el día, los turistas susurran atemorizados, y los vigilantes, pulcramente uniformados como acomodadores de cine, permanecen firmes con las manos enguantadas de blanco reverentemente cruzadas a la espalda. A veces un órgano retumba por las capillas en un continuo *fortissimo*, tocando himnos y marchas pomposas. La cripta tiene un aire espantoso de tumba o cárcel, la música embota los sentidos, y todo parece hinchado, trágico e interminable.

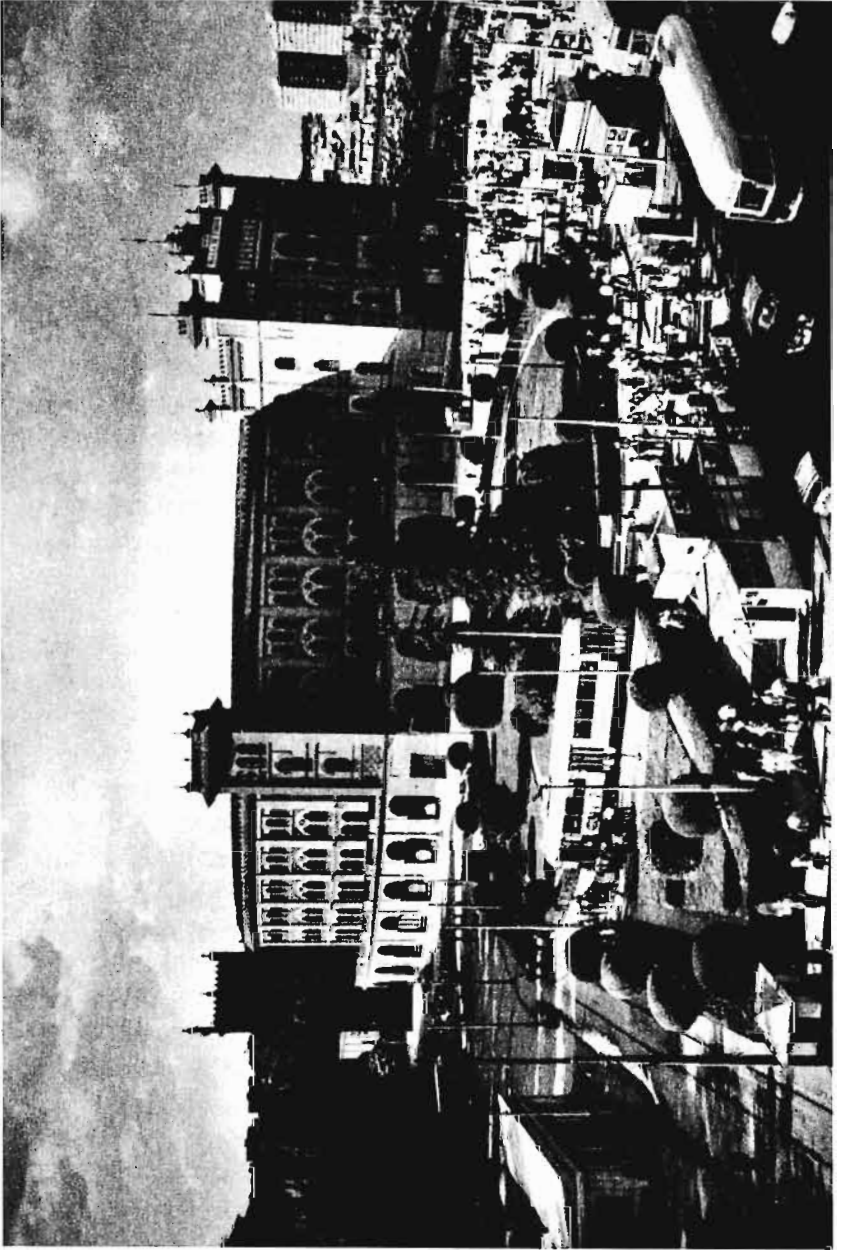
A una o dos millas siguiendo la cresta está El Escorial, y el Valle de los Caídos es otra puerta del coro de España. Desde la carretera que enlaza ambos lugares, contemplando la desolada extensión de la meseta, se puede ver España tendida allá abajo, «una nube de polvo, que queda flotando en el aire cuando un gran pueblo se aleja al galope por el camino



de la Historia». Allí esta todo, como un espejismo en la mañana: el espacio y el polvo y el orgullo de todo ello, los humeantes trenes de vapor surcando la meseta, las altas torres doradas junto a los ríos de España, las cigüeñas, y los curas, y los policías. Es el tipo de perspectiva elevada que suelen buscar los ermitaños, cuando quieren sentarse con una calavera en la mesa a pensar en el futuro.

Traducción del compilador





Las Ventas.



35. HANS MAGNUS ENZENSBERGER (1985)

Ensayista, poeta, dramaturgo y viajero impenitente, Hans Magnus Enzensberger es uno de los intelectuales alemanes más importantes de este final de siglo. También es uno de los más polémicos, pues sus posiciones sobre temas políticos de actualidad le han valido numerosos antagonistas. En cualquier caso, los libros de Enzensberger (como su largo poema narrativo El hundimiento del Titanic) suelen ser acogidos con gran interés por un público lector que rebasa ampliamente las fronteras de su país.

Ach Europa! es el título de una miscelánea de relatos de viaje, cercanos a veces al reportaje periodístico, publicada por Enzensberger en 1987. Sus «Fragmentos españoles», que datan de 1985, recogen entre otros textos la visión de este escritor sobre el Madrid de principios de los ochenta. Hemos seleccionado dos de estos fragmentos—con títulos del autor— en los que aparece el viejo tema recurrente del carácter «oriental» de la ciudad junto al relato de una visita al manicomio de Ciempozuelos, que da pie a Enzensberger para reflexionar sobre el «milagro» español.

El palacio y el zoco

«La ciudad tiene una atmósfera festiva». Eso es lo que dice textualmente la guía de viajes más estúpida de Europa. Los madrileños no tienen ninguna razón para abrir el libro, pero si leyeran esta frase se sentirían insultados. Están orgullosos de lo desagradable que es su metrópolis, de su bullicio, su ruido, de la rápida circulación de las ideas. La población de Madrid no crece lo bastante deprisa para ellos. Esperan con impaciencia a que sobrepase la marca de los cinco millones, y se sienten halagados si los visitantes extranjeros comparan atrevidamente Madrid con Nueva York. Les encanta su bulvar de catorce carriles, el paseo de la Castellana. Sólo a alguien cansado de la vida podría ocurrírsele dar un paseo por esta avenida. Los madrileños presumen un poco incluso de su índice de criminalidad. La palabra *chulo* se menciona rara vez sin un dejo de admiración. El diccionario dice: «Individuo



jactancioso, insolente, maleducado; gamberro; maleante, rufián o ladrón; hijo de Madrid, típico representante de la clase obrera madrileña.

Madrid es aproximadamente tan festivo como Moscú o Houston. Desde el principio todo fue siempre un poco demasiado grande, incluso cuando la capital era aún un poblacho somnoliento en la desolada meseta castellana. Su arquitectura es monumental e insípida; el poder y la represión siempre se han sentido aquí a sus anchas. En esta ciudad no es fácil distinguir un ministerio de un banco, o un banco de un cuartel. Sus portales son tan enormes que el general, el presidente o el ministro tendrían que ponerse de puntillas para llegar al tirador de la puerta.

El gesto autoritario es tan antiguo como el propio lugar. Hace trescientos años largos un rey español echó un vistazo a su país, y ¡mirad!: la periferia aparecía floreciente y llena de vida, pero el centro estaba yermo y vacío, de modo que señaló con el dedo el mapa y dijo: Erijamos aquí palacios. Y así se hizo, y desde entonces Madrid se ha concebido siempre para impresionar a la periferia. Sin embargo, el encanto y la vitalidad de la ciudad no residen en su fachada de poder, sino en sus bajos. La anarquía acecha tras la burocracia ceremonial. Cientos de miles de aventureros se han trasladado a Madrid, y es a ellos a quienes debe la ciudad su espíritu indómito y plebeyo.

De noche el centro es un hormiguero. Es imposible pensar en dormir. Cuando el tráfico infernal de la Gran Vía se detiene un momento en los semáforos se oye el sonsonete oriental de los vendedores de lotería, como muecines que prometen a los transeúntes los gozos del paraíso. Flanqueada por sus dos críos, que duermen tumbados en la acera, una pareja harapienta ha instalado su colchón frente a un cine. El drama familiar y la historia de su desamparo se cuentan en un cartel gigante pintado a mano. El cartel está protegido de la lluvia por un plástico. Nadie se detiene a examinar la interminable correspondencia con funcionarios y tribunales, las fotocopias de documentos y avisos de desahucio. Sólo hay cinco monedas en el platillo de latón. Los madrileños no se creen una palabra. «Puedes escribir todo lo que quieras en un papel», dicen. «Son profesionales. Llevan ya semanas aquí. Sólo los extranjeros pican.»

El Rastro es el zoco, el gran bazar de la capital. Aquí acaba Europa. Llegas allí por cuarenta y cinco pesetas. Es lo que cuesta el metro, que va de la capital de España a Oriente en cuestión de minutos. Hasta comprar un perro un domingo por la mañana no es ningún problema en Madrid. Puedes conseguir un bóxer sacado de una caja de cartón o un chow en una caja de

cerveza. Junto a los perros hay cuadros al óleo: centenares, miles de cuadros al óleo, toda una calle cubierta de ellos.

El surtido de ganzúas es fantástico. Hasta el amante de las tijeras de uñas usadas puede satisfacer aquí su gusto. En cuanto al Che Guevara, cuyos pósters descolgó de las paredes hace quince años la izquierda de ambos hemisferios, aquí se puede encontrar todavía colgado sobre una pila de auténticos muebles falsos. Aquí se venden las cosas más heteróclitas: fajas, pacifismo, ruido, gafas de sol, peces de colores. En menos de cinco minutos puedes granjearte la gratitud de los Mujedines del Pueblo con una pequeña donación, y comprarte un equipo de heavy-metal o una piel de cocodrilo que antaño perteneció a la duquesa de Marlborough.

Hasta la política adquiere aquí un carácter ferial. Todos los partidos comunistas de España —conté siete u ocho— están representados. Los anarquistas, cuya rica tradición parece por lo demás habérsela tragado la tierra de España, están todavía presentes junto a montones de calzoncillos y guirnaldas de insignias fascistas. Y las reliquias de su época heroica salen muy baratas. Por ejemplo, *La Voz de la Sangre* de Vicente Ballester, una novela con ilustraciones en tinta rojinegra y prólogo de Federica Montseny, la gran vieja dama del anarquismo, publicada en Toulouse en 1946. Está un poco amarillenta pero por lo demás casi como nueva, y sólo cuesta 50 pesetas. No hay ningún comprador a la vista. El viejo del puesto, un veterano del movimiento, se lía estoicamente un cigarrillo.

Líquidos, cremas y polvos quitamanchas de toda clase se cuentan entre los artículos más demandados en el Rastro. Sosteniendo una botella bien alto en el aire, un vendedor barbudo anuncia su milagro cotidiano rodeado de una nutrida multitud. La vieja mancha, la vieja suciedad, la vieja vergüenza desaparecen con un toque mágico que mantiene a la audiencia hechizada una y otra vez.

Las clases altas de la sociedad madrileña practican sus propias artes mágicas. Su jornada laboral no termina al anoecer. En realidad empieza a las ocho y dura hasta el amanecer. La famosa *movida* consiste en una continua peregrinación de un bar a otro. Un rigor implacable regula la secuencia de bares, restaurantes y clubes nocturnos: es absolutamente necesario sentarse justo donde no hay ninguna posibilidad de conseguir una mesa. Aquí se conceden empleos y se urden intrigas, se planean golpes, se reparten mercados y se forjan alianzas. Esta sociedad en la que se codean políticos y terratenientes, funcionarios y periodistas, artistas y banqueros tiene algo de oriental. Es generosa y chismosa, vengativa e indiscreta, reservada e imprevisible.

Hace unos años los «vikings» —en forma de hombres decentes y liberales del futuro— desembarcaron en este mundo «árabe». Los socialistas, con Felipe González a la cabeza, vinieron de provincias. Llegaron como triunfadores, representando a una España mejor. ¿Han vuelto Madrid del revés? ¿O se los ha tragado Madrid?

Un extranjero no puede responder a esta pregunta, aunque, como exige la costumbre, haya hecho la ronda de los bares durante un par de noches. ¿Quién sabe si fue a los bares adecuados, si se sentó a las mesas adecuadas? [...]

El oráculo

No hay turistas en el tren suburbano que va de Madrid a Aranjuez, sólo amas de casa corrientes, trabajadores cansados y alegres colegiales. El tren pasa ante las almenas de ladrillo rojo del extrarradio de Madrid. Luego la línea atraviesa las devastadas cercanías de la ciudad: almacenes destruidos y fábricas en ruinas, montones de chatarra y depósitos ferroviarios. Nadie asoma la cabeza por la ventanilla para mirar al Cristo gigantesco del Cerro de los Ángeles. Con los brazos abiertos, la enorme figura de hormigón bendice a toda España. Se yergue en el centro exacto del país como recordatorio de que España está consagrada al Sagrado Corazón de Jesús. En 1936 la estatua fue «ejecutada» por un grupo de anarquistas; al parecer, los agujeros de las balas de este asesinato simbólico todavía se pueden ver hoy. Una torre de televisión domina ahora al Salvador. El lento tren remonta cadenas de colinas pedregosas. Bajo los cables del tendido eléctrico pastan las ovejas en el polvo castellano. Al fin el tren se detiene en Ciempozuelos.

No he venido a este pequeño lugar como un visitante inofensivo, sino con la engañosa intención de espiar a mis anfitriones. La fea desconfianza que me persuadió a hacerlo me la había infundido un amigo latinoamericano que vivió varios años exiliado en España, saliendo adelante a duras penas. [...]

«Imagínate un par de calles espantosamente feas, doce mil habitantes, cuatro tristes cafés, y la principal industria del pueblo es la locura. Cada vez que iba a la estación pasaba junto a los largos muros y las ventanas enrejadas del manicomio. Uno de cada tres habitantes es un paciente. Nunca entré, pero hasta un ciego hubiera adivinado que era una jaula de locos. Y todo el que no está dentro está en las garras de la Guardia Civil.» [...]

Como si hubiera echado una moneda al aire, decidí hacer de Ciempozuelos, este puntito insignificante en el mapa, mi oráculo y prueba de cargo.

A primera vista todo parecía confirmar lo que había dicho mi amargado amigo. La estación estaba desierta bajo el calor bochornoso. Encontré el primero de los cuatro cafés mustios en una calle vacía. Una fuente seca, los restos de un parque cubierto de maleza, las ruinas de edificios inacabados... Y aquel edificio con aspecto de cárcel debía de ser el manicomio. Sin embargo, las puertas estaban cerradas con clavos, y los cristales tras las ventanas enrejadas estaban rotos. La jaula de locos estaba vacía.

En contraste con ello, la vieja plaza mayor con sus soportales ofrecía un aspecto sorprendente. El ayuntamiento había sido restaurado y resplandecía recién encalado; habían arreglado los balcones y también había nuevas puertas y postes de clara madera de roble en muchas casas. La plaza había cambiado de nombre; ahora se llamaba Plaza de la Constitución. Encontré una biblioteca municipal recién abierta y una pequeña sala para actos culturales.

Después fui a hacer una visita a la Guardia Civil. La casa cuartel estaba muy cerca, y de camino descubrí dos tiendas de vídeos (*Ghandi*, *Ben Hur*, *Torturas de la Inquisición* y *Garganta profunda* eran algunas de las ofertas especiales). Pintado en una pared: «El pueblo de Ciempozuelos apoya la justa lucha del pueblo palestino». También encontré el Salón del Reino de los Testigos de Jehová, que estaba junto a una pequeña discoteca. En la pared de la casa colindante alguien exigía la inmediata disolución de todos los cuerpos represivos, y justo enfrente estaba la casa cuartel, un viejo edificio amarillo de tamaño descomunal. Un rebaño de ovejas recorría la calle, y cuatro monjas con el hábito de su orden se debatían entre risitas para pasar entre ellas. Llevaban guitarras eléctricas y tambores.

La puerta estaba abierta. Un sargento rubicundo me saludó frotándose las manos. No me pidió ninguna documentación, me llevó a una pequeña oficina y me ofreció un cigarrillo. Parecía realmente contento con la inesperada visita. Encima de su escritorio el monarca mostraba una sonrisa contenida. El sargento —cuarenta y cinco años, dos hijos, dieciocho años de servicio y un sueldo mensual de 80.000 pesetas— emulaba a su jefe supremo. Le pregunté cómo pasaba el tiempo la guarnición, que consistía en once hombres. «Mantenemos la paz», contestó. Sin embargo, reconoció que no había ninguna amenaza a la vista. De vez en cuando surgía algún problema con licencias de caza y pesca. «El mes pasado hasta tuvimos un robo: un par de camisas y una radio portátil. Pudimos resolver el caso.»

«¿Y qué pasa con los sindicatos, las huelgas, los conflictos laborales? Me han dicho que la Guardia se entromete en todo.»

«Eso son cosas del pasado. Antes sí ocurría. ¿Qué espera? Así es la democracia. Ahora tenemos menos trabajo. Tenemos que conformarnos. Fíje-

se por ejemplo en nuestro alcalde. Si hace cinco años me hubiera dicho que íbamos a tener un alcalde comunista, no le habría creído. De todas formas es muy buena persona. La gente no le votó por su partido, sino por su valía. Las elecciones fueron muy ajustadas. Si no hubiera sido un candidato tan fuerte, probablemente habría ganado el farmacéutico. Es de Alianza Popular, el partido de derechas. Debe usted haber pasado por delante de su casa; la farmacia está a la izquierda, en la esquina, yendo hacia el ayuntamiento.»

Pregunté al sargento qué había ocurrido con el manicomio. «¿Qué? ¿Todavía no ha visto el nuevo edificio? El hospital se llama San Juan de Dios, está a dos calles de aquí, no puede dejar de encontrarlo.»

En efecto, a unos centenares de metros de la vieja jaula de locos me encontré con una utopía social cristiana. Un complejo de edificios y pabellones blancos dispersos en un extenso parque. Las puertas del hospital estaban abiertas de par en par. No había ningún control de la gente que entraba o salía. Los pacientes dormitaban sentados junto a un estanque, jugaban a las cartas al aire libre, me pedían cigarrillos. Apenas se veían enfermeros. Vi de pasada un taller de carpintería, un bar, una piscina. Los jardineros trabajaban en el invernadero. Los niños jugaban en los columpios. Se oía música procedente de la capilla. Allí volví a encontrar a las cuatro monjitas. Habían instalado su batería delante del altar y tocaban temas rockeros de contenido ligeramente político. Una canción era sobre Nicaragua, otra sobre el hambre en el mundo. Un público reducido, la mayoría ancianos, las escuchaba atentamente. Encontré a un joven psiquiatra que me dijo que el fundador del hospital, el Padre Menni, iba a ser canonizado próximamente. Idea que me pareció totalmente razonable. Nunca he visto una clínica psiquiátrica de calidad comparable en Alemania.

En el viaje de vuelta a Madrid empecé a reflexionar sobre mi experiencia. Me había dejado llevar por un vago recelo. La realidad me había demostrado que me equivocaba. Eso me gustaba. En menos de ocho años aquel lugar insignificante había cambiado de modo radical. El milagro de Ciempozuelos no era un truco propagandístico. Pero lo que había visto ¿era la excepción o la regla? ¿Cuántos Ciempozuelos hay en España? No lo sé. Sólo sé que los habitantes de este pueblo no ven nada notable en su destino. Lo más hermoso de su milagro es que lo consideran completamente normal.

Traducción del compilador

36. CEES NOOTEBOOM (1983-1988)

Cees Nootboom, uno de los autores más interesantes de la literatura neerlandesa contemporánea, es además el viajero holandés de este siglo que ha sabido calar con mayor hondura en las esencias españolas. «Una de las pocas constantes en mi vida», ha escrito Nootboom, «es mi amor—no hay una expresión inferior— por España.» Son ya muchos los años que lleva este escritor recorriendo las rutas más apartadas de nuestro país y recordándonos esas verdades palmarias que suele ignorar el turista: «Quien haya hecho sólo los itinerarios obligados no conoce España. Quien no haya intentado perderse en la complejidad laberíntica de su historia no sabe por dónde viaja. Es un amor para toda la vida, nunca termina de sorprenderte». Fruto cabal de ese amor: El desvío a Santiago (1992) es a nuestro juicio la obra cumbre de Nootboom y el mejor libro de viajes por España publicado en las últimas décadas.

En esta obra, traducida por Julio Grande, se recogen entre otros los relatos de tres viajes hilvanados sobre una compleja trama de referencias literarias e históricas en torno a Madrid, Chinchón, Alcalá de Henares y El Escorial. Se trata de los capítulos titulados «Tras las huellas de Don Quijote. Un viaje por los caminos de La Mancha» (1988), «Reyes y enanos» (1983) y «De camino al final de los tiempos» (1985). Los fragmentos que hemos seleccionado, aunque reflejan la originalidad y maestría en el género de Cees Nootboom, sólo cabe entenderlos como una pequeña muestra de las riquezas que encierra El desvío a Santiago.

Tras las huellas de Cervantes

Empecé el viaje hacia la Mancha en Madrid. En un libro de 1871, *Castilian Days*, escrito por John Hay, había leído que podía encontrar allí la casa donde vivió Cervantes, y yo quería ver esa casa. Está, naturalmente, en la calle de Cervantes, la misma calle en donde vivía Lope de Vega en aquellos días, aunque entonces tuviera otro nombre. Ahora hay dos calles viejas y estrechas la una al lado de la otra, con los nombres de estos dos monstruos de



la literatura hispánica que, como ocurre en los círculos literarios, se criticaron mucho recíprocamente. Lope de Vega era el autor de éxito de su tiempo, el hombre de las dos mil obras de teatro y «veintiún millones de versos», mientras que Cervantes llevaba una vida aventurera, participaba en batallas navales, resultaba herido, apresado por piratas bereberes y vivía con su hermano cinco años como esclavo en el norte de África hasta que un monje compró su libertad. Tampoco después le fue mucho mejor. Tenía un trabajo de subalterno en Sevilla, fue a la cárcel por un asunto de deudas, intentó en vano obtener un nombramiento en las colonias, confió —ya en la vejez— en poder acompañar a la corte de Nápoles a su protector, el Conde de Lemos, a quien está dedicado el *Quijote*, pero nada de esto tuvo el fin deseado. Ni siquiera el gran éxito de su *Don Quijote* le hizo rico, y tardó nueve años en terminar de escribir la segunda parte, que apareció un año antes de su muerte. La última carta a su protector deja ver que él seguirá siendo su peculiar persona hasta el final: «Puesto ya el pie en el estribo, /con las ansias de la muerte, /gran señor, ésta te escribo. /Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el desco que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuesa excelencia». Cuatro días después muere, y al día siguiente es enterrado en el convento de las Trinitarias Descalzas, en la calle que ahora lleva el nombre de Lope de Vega.

Es un lunes por la mañana temprano cuando voy paseando por las dos calles con nombres de escritores. Está lloviendo en Madrid en este mes de mayo. Busco la placa conmemorativa de la que hablaba mi libro de 1871, pero al no estar el número de la casa en el libro resulta difícil. Finalmente encuentro la casa de Cervantes. Es el número 20. Mientras Eddy Posthuma de Boer intenta fotografiar la placa conmemorativa en la lluvia, yo me refugio en un soportal donde una viejecilla enlutada esparce serrín. Su tiendecilla tiene una puerta muy estrecha y una pequeña ventana detrás de la cual hay algunos botones, retales y ribetes. No le gusta que yo esté ahí. Es viejísima, forma más bien parte del Madrid de Cervantes que del Madrid de la explosión económica.

Enfrente de la casa del escritor hay ahora una lavandería, pero ésta es la única cosa moderna en toda la calle. Más adelante veo un despacho de carbones y una churrería. Miro al viejo de la carbonería, negro como un minero, y a las ruedas de su carretilla cubiertas con hierro. Sin oírlas sé cómo suenan esas ruedas sobre la ruda grava. En la calle colindante encuentro el convento donde está enterrado Cervantes. Según la placa conmemorativa era un convento de las trinitarias, y el escritor fue enterrado allí a petición propia, ya que fue un trinitario quien le salvó de la esclavitud.



Manoseo la puerta y llego a una habitación oscura en donde hay una segunda puerta medio abierta. Ahora estoy ante algo que claramente es la puerta de una iglesia, pero la iglesia está cerrada. Luego oigo abrirse suavemente otra puerta y veo dos cabezas de monjas que me miran. «¿Está Cervantes enterrado aquí?», pregunto, y recibo una respuesta muy española: «Sí, pero no está aquí». Digo que me gustaría ver la iglesia, pero no puede ser. Al terminar la misa hay que cerrar la iglesia.

—¿Hay entonces una sepultura?

—No, realmente no hay ninguna sepultura.

Este autor ha borrado minuciosamente sus huellas, pero no te escaparás tan fácilmente de la posteridad. Cerca de las *Cortes* hay una escultura en un parque triangular. El suelo está fangoso por la continua lluvia y quizá por eso la escultura está apoyada algo torpemente, un soldado escritor extraviado en la época equivocada; el perfil afilado, como el de una especie singular de pájaro, se asoma por encima de la gorguera de piedra. En los relieves bajo sus pies hay escenas de su novela —el Caballero y el Escudero que veré los días siguientes en tantas formas— y una figura de mujer estilo Imperio que vuela por el aire con un lirio, y probablemente debe representar su musa. Estamos allí algo estúpidos bajo la lluvia, él de piedra y yo algo más vulnerable, parece también como si él se riera de mí, y tiene razón. A los escritores no se los encuentra en sus esculturas, sino en sus libros, y, si quiero algo de él, lo mejor será que visite los paisajes en donde se desarrolla su libro.

Un par de horas más tarde salimos de Madrid en coche, el campo es amplio y abierto, grandes barcos de nubes navegan sobre el poderoso cielo, pero ya no llueve. Esto es aún Castilla, la tierra que desde arriba, desde el avión, parece una superficie de rojo y marrón, color de arena, la meseta. Ahora que ha llovido no es tan duro como en verano. Los arcones de la carretera están repletos de flores de colores de la tardía primavera: amapolas, ortigas muertas, margaritas, dientes de león, orgías de oro y rojo y azul y violeta, el horizonte se balancea ante nosotros y, cuando nos apartamos de la autovía, todo está vacío de repente, con la sensación de gran libertad que esto conlleva. Hemos decidido parar en Chinchón, donde se hace el mejor anís de España. En el centro del pueblo se encuentra la Plaza Mayor, el más español de todos los inventos, el corazón y centro de cada lugar de Castilla, desde Madrid hasta el pueblecillo más insignificante. Pero hay algo maravilloso en esta plaza. No es rectangular, sino elipsoidal, hace pensar en una plaza de toros o en un teatro. El suelo es de arena, las casas de alrededor tienen terrazas que pueden hacer las veces de palcos y que ahora se utilizan como restaurantes. La comida es aquí aún terrenal, grandes cuencos con sopas

de ajo, cordero lechal y cochinitos asados, platos campesinos como *duelos y quebrantos*, huevos con chorizo, ensalada con tomate y cebolla, jarras de espeso vino tinto. Desde la terraza tengo una vista majestuosa sobre los movimientos del único actor, el policía del pueblo, que nos vigila a todos desde abajo. Oigo el sonido de la fuente, los pájaros, el reloj de la iglesia que cada cuarto de hora hace saber que de nuevo ha vuelto a caducar un pedazo de tiempo. Desde las diferentes calles laterales aparece, como en una extraña obra de teatro, cada vez un anciano distinto que necesita mucho tiempo para cruzar con ayuda de su bastón la superficie de arena en la que un par de veces al año se sueltan los toros. Se barre el suelo del ayuntamiento, las golondrinas pasan en vuelo rasante. De vez en cuando sale el sol, en la fábrica de pan de la bella señora Vidal recibo una clase sobre los nombres de pasteles y panecillos, y realmente me gustaría quedarme para siempre en esta plaza, en el círculo cerrado de las galerías, con una bolsa llena de mantecados de anís a mi lado. Pero esto todavía no es la Mancha. En el oscuro bar alicatado del Mesón de la Vireyna cuelgan fotos de muchachas bailando con el traje típico castellano y de hombres que se dejan acosar por aterradores toros en la plaza del pueblo. Tenemos una cita con esos otros adversarios aún más aterradores de don Quijote, los molinos de viento. [...]

Recuerdo que John Hay, en ese libro de 1871, quería ver la pila bautismal en la que Cervantes fue bautizado, en la iglesia de Santa María la Mayor, en Alcalá de Henares. Es domingo cuando llegamos. Aquí huele ya un poco a la gran ciudad, Madrid está cerca, está a punto de cerrarse el círculo de este viaje. Vemos la magnífica fachada de la universidad antigua con su plateresca entrada principal y sus nudos manuelinos, la enésima escultura del escritor, esta vez con una pluma de ganso en la mano, alzada hacia el cielo azul como si también quisiera llenar éste de escritura, la gente callejeando por los soportales de la calle Mayor, la casa donde vivió si vivió allí y finalmente la iglesia. En 1871 estaba cerrada esta iglesia, y ahora también, pero a través de una entrada lateral alcanzamos la caja de la escalera que da al coro. Dos hombres vienen a decirnos que está prohibido, pero yo les explico que buscamos la pila bautismal de Cervantes. Ellos no están a prueba de tanto disparate y nos dejan solos en la semioscuridad. Debajo está todo cerrado, dicen, así que si quieren quedarse aquí allá ustedes. Parece que la iglesia ya no está en uso, pero cuando se acostumbran mis ojos a la vaga oscuridad la veo en seguida, la forma marmórea, un poco fosforescente, de la pila bautismal, y con la estúpida sensación de misión cumplida salimos de nuevo hacia fuera, hacia la dura luz del mediodía español.



El Escorial

Felipe V, el nieto de Luis XIV. La línea de los Borbones. Mirar las dinastías como un mapa del metro. Transbordar en los Habsburgo y volver a pagar: Carlos II, enfermo, epiléptico, deficiente mental; Felipe IV, poseído por la lujuria y por ello (creía él) castigado por Dios con derrotas, desgracias e hijos muertos; Felipe III, débil e indeciso; Felipe II, *nuestro rey*, el hombre que heredó un imperio mundial y no pudo mantenerlo unido. Comido literalmente por los gusanos y pudriéndose, murió en su pequeña habitación sofocante de El Escorial, el palacio que mandó construir y que refleja su alma extraña: una fortaleza y un monasterio, un rudo cuadrado construido según el modelo de una parrilla, la parrilla en la que fue asado vivo san Lorenzo. Aún recuerdo que hace ya unos años estuve por primera vez en esta habitación, el suelo de piedra roja, el baldaquino bordado y brocado descorrido alrededor de la estrecha cama, la colcha que alguna vez debió de haber sido roja como la sangre pero que ahora parecía descolorida y morada, el agujerito por donde, acostado, podía seguir la misa de la capilla colindante. Paredes desnudas alicatadas sólo hasta la mitad. Aquí se había acostado, como una araña en su tejido. Desde aquí salían hilos invisibles hacia los rincones más recónditos de su imperio mundial, aquí también se decidía nuestra historia. En el colegio había aprendido que fue un monarca cruel, el hombre que nos había enviado a un igualmente cruel Duque de Alba para oprimirnos. Estar allí tenía algo de siniestro. La pieza era de techos bajos, las sillas de la habitación contigua se parecían a ésa en donde apoya su mano en el cuadro de Juan Pantoja de la Cruz. [...]

De la primera visita me acuerdo también del Panteón Real, una habitación octogonal de mármol y oro donde yacen almacenados los cadáveres de los monarcas españoles, esperando el momento en que abrirán sus barrocas cajas de bombones de mármol gris con gran cruir como una peculiar raza de pájaros que picotea un huevo marmóreo para salir hacia fuera. Me acuerdo todavía de que entonces estaba solo en esa habitación, debajo, en un silencio que digería todo, y leía los nombres dorados en esas cajas, los hombres a la izquierda y las mujeres a la derecha, en orden cronológico. Pero el tiempo del turista como individuo ha pasado, al menos en tales lugares. Dejado atrás por un grupo, es recogido por el siguiente. Su mirada está aún enganchada a un tapiz, a un trono real, a una tumba, a un tabernáculo, a todas esas cosas que los demás pueden asimilar aparentemente con una gran mirada aspirante, acompañada por



con ello el pan. ¡Qué sueño, quedarse una noche con la ayuda de un cómplice dentro del monasterio, y errar solo por las silenciosas y hechizadas habitaciones, con una vela y un plano! Pero una noche no sería suficiente, porque esto es un cosmos, un laberinto en el que las inquietas almas reales vagan por los pasillos. Qué extraño debe de ser volver a ver a través de una capa de cientos de años los objetos que durante tu vida utilizaste tan descuidadamente, los cuadros y esculturas por los que resbaló tu mirada distraída, el mármol todavía duro, el oro todavía brillante, la misma religión aún vigente, y succionar el estúpido asombro de la masa que todavía viene a embobarse ante tu poder soberano. Más maravilloso que lo que desaparece es tal vez lo que se conserva, porque cuándo terminará, cuándo dejarán de desfilar por aquí los descendientes mirando embobados los Grecos y los Van der Weyden, escuchando la letanía de medidas y números que el guía vierte sobre ellos, el guía que aún está por nacer.

El viaje en el tiempo de las películas de ciencia-ficción, ése quisiera hacer yo también una vez, no para ver una civilización del futuro en la que nunca me sentiría en casa, sino para ver lo mismo que veo ahora desde ese impensable futuro. Todos los símbolos cristianos que ahora significan aún algo, en el futuro tendrán que ser explicados y sonará tan raro como la historia de la creación de los aborígenes australianos. Un Dios que creó el mundo en siete días, el pecado original, la expulsión del paraíso, la virgen que parió al hijo de Dios, el Hijo que murió en la cruz, y la representación de todas esas fábulas en pintura y piedra, en oro y madera. Y todavía existirán esos grupos funerarios de Carlos V y de Felipe II en bronce, más grandes que una figura humana y cubiertos de oro, a ambos lados del altar en la Capilla Real. El emperador arrodillado lleva su arnés y su manto imperial sobre el que aparece el águila bicéfala (entonces un animal extinguido, como si alguien tuviera un dinosaurio en su blasón), esculpido en negro mármol de Mérida. A su derecha, la emperatriz Isabel, la madre de Felipe II, detrás de él su hija y sus dos hermanas, las reinas de Hungría y Francia. El guía explica qué es todo esto, un rey, un emperador, rezar, arrodillarse, una columna dórica, el vellocino de oro, y sonará como el relato de una prehistoria mítica con la que los turistas —que no han nacido aún— se estremecerán ante el esplendor, perdido para siempre, de un tiempo en el que los hombres eran más grandes que su cuerpo, iban vestidos de oro y creían en dioses.

Berceo en la Capilla del Obispo

Madrid en febrero es frío, frío y claro. Puedo ver la ciudad mientras descendemos, atrapada en el paisaje de piedra que expresa más que ninguna otra cosa el alma de España. Con dos países tengo siempre esa sensación intensa de la llegada, con España y con mi propio país, porque allí también ocurre lo mismo: quien después de estar volando una noche gira alrededor del gran círculo de Amsterdam, que va estrechándose, y ve el blanco sol del amanecer en los canales y entre éstos los cenagosos prados tan llanos y tan verdes, sabe que eso le seguirá contando por centésima vez algo sobre la relación de este país con el agua, y con ello también sobre su historia. Mi vida se mueve entre estos dos países, en los dos me encuentro en casa y no en casa. Lo mejor de todo es recorrer la distancia en coche, acostumbrarte y desacostumbrarte, volar es bueno sólo para países que no conoces bien. Ahora tienes que adaptar todo el sistema, y he aprendido a hacerlo radicalmente, meterme a fondo en seguida en cualquier lugar. Un par de horas después de la llegada estoy en una pequeña iglesia algo tenebrosa en la parte antigua de la ciudad, donde se representará un misterio.

La Capilla del Obispo se va llenando lentamente. La obra es un éxito y lleva representándose aquí, después de que los actores hayan recorrido media España, ya cuatro meses. Lo leí en *El Público*, la revista de teatro española. Las fotos de la obra muestran una torpeza neorromana, como el arte eclesiástico de los años treinta, una alegre vuelta a lo que se considera la sencillez medieval. Pero los textos mismos eran del siglo XIII. El autor, Gonzalo de Berceo, uno de los primeros escritores españoles en la lengua popular, no era para mí mucho más que un nombre de calle. Escribió sus *Milagros de Nuestra Señora* entre 1246 y 1252, y sólo esto es razón suficiente para estar aquí sentado. Lengua conservada que sale de bocas vivas, una de las cosas más bellas que hay. La decoración es primitiva, o esencial, como quieras, color dorado, eclesiástico. Un eco de canturreo gregoriano también ayuda. En la capilla hace mucho frío, una antigua frialdad emerge desde las piedras, y por un momento, como algo absurdo, siento el cansancio del viaje y el *déplacement*, como si no perteneciera a aquí, o, aún peor, como si no estuviera aquí, pero entonces aparece de pronto un hombre medieval y dice, con una voz española tan fuerte que debía haber sonado así hace siete siglos:

*Amigos e vasallos / de Dios omnipotent
si vos me escuchássedes / por vuestro consiment,
querriavos contar / un buen aveniment:*



*terresdeslo en cabo / por buene verament.
Yo, maestro Gonçalvo / de Verceo nomnado
yendo en romeria / caeci en un prado,
verde e bien sencido, / de flores bien poblado
logar cobdiciaduero / pora omme cansado...*

pasa mucho tiempo hasta que empieza el gran *entonces*, pero la voz y la elocuencia tiran de ti hacia alguna plaza de mercado, a los 2.000 kilómetros que he recorrido hoy se les unen los 700 años de estas palabras, y en esta suma de magnitudes desiguales, de espacio y tiempo, estoy sentado y me dejo enredar en los milagros del escribiente y la flor, la abadesa encinta, el sacerdote que sólo podía decir una misa. El esquema es siempre el mismo: algo va irremediable e injustamente mal, la víctima se dirige a la Virgen, y la situación cambia. Es un teatro de marionetas con marionetas de tamaño real que son manipuladas por jóvenes actores que les prestan su voz. Las marionetas son más bien dulzonas, no tienen ni la conminación ni la fuerza de las marionetas japonesas Bunraku (que son aproximadamente del mismo tamaño) pero lo inmutable de sus rasgos guarda relación con el carácter emblemático del primer arte escultórico románico: triste, inocente o maligno, todo está presente; y por ello, y por el gregoriano que se canta de vez en cuando, por los extraños, prolongados y hinchidos instrumentos de cuerda y de percusión, las canciones arábigoandaluzas, el pequeño órgano de mano que es pulsado de repente por manos de muchacha que parecen muy vírgenes, los pálidos vestidos, las altas voces, los golpes de la pandereta siempre en medio de la cesura de un verso, noto cómo voy cayendo lentamente en algo que todavía no ha perdido su validez, una forma prístina de poesía narrativa, expresiva y rítmica.

Es un triunfo de la lengua popular sobre el latín empobrecido:

*Quiero fer una prosa / en romanz paladino
en qual suele el pueblo / fablar con so vezino
ca non só tan letrado / por fer otro latino...*

dice Berceo sobre esto. Romanz, románico, romance. Una historia escrita en lengua romance. Cuando al día siguiente compro el libro de los *Milagros*, noto que puedo seguir fácilmente el español antiguo, para mi vergüenza quizá más fácilmente que el neerlandés medio. Es bonito el surco que hace en



cada verso; parece una acequia que fluye por el formato de la página, a cada lado un formato de página de palabras. Leyendo doy también con las partes que no han representado, antisemitismo medieval puro y sin aduletrar que más tarde tendría consecuencias tan terribles bajo Isabel y Fernando. Tenebrosa Edad Media, dirías entonces si no hubieras vivido en una época en la que la ilustración de la técnica iba unida a ese oscurantismo con el más terrible de los pogromos de todos los tiempos como resultado químico.

Plaza Mayor

Noche, el frío de la meseta y el frío del invierno se unen al frío de la Plaza Mayor, color de granito elevado, una plaza como una sala real. Sólo hay vida en las salidas, quien va hacia allí camina debajo de los soportales de la plaza, nadie la cruza transversalmente, como si el centro estuviera demasiado vacío y fuera demasiado peligroso. En el escaparate del restaurante La Toja hay platijas, cangrejos que guiñan aún lentamente los ojos, lampreas con sus terribles hocicos en los que brillan malignamente sus dientes triangulares. Desde una cueva suena música de piano falsa y antigua, descendiendo las escaleras a lo largo de mostradores llenos de moluscos, embutidos, trozos de corteza de cerdo y las caras bobas de los cochinitillos. Los camareros llevan los pantalones de montaña y los ladeados sombreritos-con-pompón de franela de los bandoleros andaluces, pero no parecen disfrazados, sus caras son demasiado anchas y rústicas para ello, sus voces demasiado fuertes, sus miradas a las mujeres que entran demasiado rápidas. El organillo se maneja con una manivela, y el hombre que gira la manivela conoce sus caprichos, porque éste quiere tocar un pasodoble, pero sólo cuando el hombre con la chaqueta gris de *tweed*, el pañuelo rojo y la gorra de apache a cuadros, gire con el ritmo adecuado; en los silencios da un golpe extra, con aceleraciones y retrasos procura que el conjunto suene un poco desentonado, pero de un modo que podría bailarse a pesar de todo. Tiene la cara de Manolete, el más grande torero español de todos los tiempos, al que mató un toro en 1947, una cara como la de un santo, pálido, con ojos despiertos que sólo se distrajeran una vez.

La anciana vendedora de claveles en la bodega junto a la máquina tragaperras electrónica con sus deformados quejidos beethovenianos, los niños gitanos a su lado, las ancianas de negro que están sentadas en la calle con el



frío glacial de la noche madrileña vendiendo cigarrillos y puros sueltos, con estas imágenes me voy a dormir. A la mañana siguiente me despierto con los gritos de animal del vendedor de lotería que suben hasta la quinta planta del hotel en donde estoy. ¡Tira para hoy!, el tiiii alargado, el hoy como un latigazo, y aún tumbado en la cama pienso en ese pasaje de Proust en el que él, tumbado en *su* cama, describe todos esos ruidos —ahora desaparecidos para siempre— de los vendedores callejeros (alcachofas, me acuerdo, caballas, quesos, todo con otros ritmos y gritos). A veces es como si España quisiera conservar todavía algo para Europa: ruidos, olores, oficios que ya han desaparecido en otros lugares y que una vez pertenecieron a la vida diaria o eran una parte de la *naturaleza*, voces humanas sostenidas, recomendaciones resonantes entre los muros de las casas, frutas y pescados y flores en carros y cestos de burros, ahuyentados por la justicia social, la técnica y el comercio, dejando al mundo más rico y más pobre al mismo tiempo.

El día que he de partir hacia Gomera hace mucho frío en la calle, es como si las aceras fueran más duras que en verano. Cuando salgo son aproximadamente las diez, pero la luz del sol se parece a la de la madrugada, pende una niebla tenue y vaporosa en la que el brillante cobre bruñido, ese hermano pobre del oro, reluce como un pequeño sol. No lo puedo evitar, soy una urraca, me atrae todo lo que brilla, y en España los duendes bruñen aún el cobre por la noche, como en la puerta de ese gran banco en la calle de Alcalá. Naturalmente, hay muchas más cosas que ver en esa luz de la mañana, pero lo primero que yo veo es el cobre, es una sugerencia de riqueza indecente a través de esta niebla matinal, quiere decir que en los sótanos del banco hay un tesoro árabe en oro, que a medida que avanza el día irá reluciendo como el mismo sol. ¿Qué pasa realmente con el cobre? ¿Se extinguirá porque no habrá nadie que lo quiera bruñir? En la moderna arquitectura septentrional ya no lo ves, quizá en un futuro la gente vendrá expresamente a España para verlo; picaportes y pasamanos de cobre, luz de sol solidificada que refleja tu cara dorada en un estúpido espejo de la risa y que, si estuvieras todo el día mirándolo, por la noche estaría modelado con mil huellas dactilares.

Capital de la lengua

A veces puedes ver en los rostros de la gente si tienes que comprar un periódico o no, no has oído la radio ni visto la televisión, has salido de tu hotel en un día immaculado, caminas sobre la ancha acera hacia el puesto de periódicos. Hay dos maneras de dirigirse a un puesto de periódicos. Una es la del inocente. Todavía no sabes qué tipo de noticias hay. La otra está cargada (emocionalmente): ha sucedido algo, lo has oído y ahora quieres leerlo. El periódico hace tiempo que ya no es la noticia, pero es la única confirmación real de la noticia; ahora en blanco y negro. En la cara de la mujer que me encuentro veo que ha pasado algo. No puedo ver lo que es. Camina por esa acera con un aura de intimidación, el periódico medio abierto, por el formato veo que es *El País*. Se ha alejado apenas unos cincuenta metros del quiosco, pero está metida en el periódico, va leyendo mientras camina, no levanta la vista, eso parece, presa de una íntima forma de pena. Hay algo íntimo en la gente que lee, y esto aumenta si se lee en público y uno está concentrado en lo que lee. Voy al quiosco, compro el periódico y veo que Julio Cortázar ha muerto. Ahora también me aparto yo del quiosco, voy a sentarme a un banco y miro en las páginas interiores, donde se recuerda al escritor. Entre tanto pienso en los libros que he leído de él, miro las fotos con el rostro asombrosamente joven para un hombre de setenta años, vuelvo a pensar en el libro suyo que había comprado hace un par de días, la crónica del último viaje que hizo con su novia antes de que ésta muriera de leucemia. Ahora él ha muerto por la misma enfermedad, apenas un año después que ella. Todavía no lo he leído, sólo he mirado lugares, fotos de un hombre y una mujer dentro o junto a una camioneta Volkswagen a lo largo de la autopista, porque el viaje era desde París hasta el sur de Francia sin dejar la autopista. Una extraña despedida, una historia de él mismo, una historia puesta en escena por un escritor. Es típico de él, como el rostro de esa mujer a la que nunca ha visto y que ahora ha desaparecido en algún lugar entre la multitud con su periódico. Realmente nadie ha dicho jamás mejor que Auden con la muerte de Yeats lo que significa la expresión de esa cara (de una cara así): «He became his admirers». El escritor desaparece en sus lectores.

En los días que siguen veo la máquina latina girar a pleno rendimiento. Quizá lo digo con demasiada añoranza, o celos, pero realmente aquí parece como si un escritor perteneciera a todo el mundo: Mario Benedetti, Gabriel García Márquez, otros nombres menos conocidos, desde todos los rincones de la lengua española llegan los recuerdos, llega el luto, la pena.



Y otra vez vuelves a darte cuenta, en tales momentos, de la increíble extensión de este territorio lingüístico —desde Tierra del Fuego hasta Texas—, y de la función central todavía, de España y, dentro de ésta, de Madrid.

Traducción de Julio Grande



37. FRANÇOIS ZUMBIEHL (1987)

François Zumbiehl ha sido asesor cultural de la Embajada de Francia en España y ha vivido durante muchos años en Madrid. Gran aficionado a los toros y buen conocedor del mundillo taurino. Zumbiehl ha escrito varios libros sobre el tema, siguiendo una tradición muy francesa que se remonta a los viajeros románticos (Gautier, Merimée) y que ha sido cultivada en este siglo por autores como Montherlant y Villeboeuf, ya reseñados en la presente antología.

«Los aficionados de Las Ventas» es el título de un artículo publicado por Zumbiehl en 1987 en la revista Autrement, en el que se estudia con humor la variopinta idiosincrasia del público de la primera plaza del mundo.

Los que vienen por primera vez a la plaza de toros de Madrid harán quizá bien en evitar las corridas estivales. A menos que estén endurecidos por años de *afición*, o ávidos de curiosidades etnográficas, corren el riesgo de soportar mal las discordancias del espectáculo y del ambiente.

De entrada verán apearse de los autobuses, en filas disciplinadas, a los turistas procedentes en su mayor parte de Extremo Oriente. Agrupados en los tendidos de sombra, siguen los acontecimientos con una flema absoluta. Uno se pregunta qué sacarán en claro de todo esto, aparte de las inevitables fotos y de la satisfacción moral de haber asistido a un *must*, incluido en el programa de todas las agencias de viajes. Al cuarto toro se dirigen modosamente hacia la salida, un poco como quien abandona un cine de sesión continua, para enlazar con el *tablaó* flamenco. Han debido explicarles que el ciclo volvía a empezar, y que los toreros iban más o menos a repetirse.

Unas filas más allá, el núcleo de los irreductibles ocupa su tribuna habitual o —algunos valientes que afrontan el calor de horno— las localidades de sol. Se reúnen una hora antes del comienzo de la corrida en los bares cercanos a la Monumental, y prolongan también la charla todo lo posible en el gran corredor de blancas paredes que sirve de anticámara a los tendidos. Sin hacerse ilusiones sobre las promesas de la tarde, esperan a pesar de todo espigar algunos detalles preciosos para el recuerdo. Su pasión se alimenta de costumbres, de estas citas regulares que les ayudan a sobrellevar la semana.

Gran parte del placer consiste en reconocerse y llamarse. Ver pasar ante sí la historia viva de la tauromaquia reconforta el corazón: Domingo Ortega, Marcial Lalanda, Luis Gómez *El Estudiante*, que ya forman parte de la leyenda, se dirigen a pequeños pasos a su sitio. Y luego tiene uno un pensamiento afectuoso o divertido para las comparsas fieles al puesto, que con el tiempo se han convertido en verdaderos personajes en Las Ventas: el subalterno Agapito, que pasea por el *callejón* su cráneo calvo y su traje rosa y plata pasablemente ajado, o el pintor taurino César Palacios, reconocible por sus soberbias patillas, que hace las veces de mozo de pista para mejorar lo ordinario y vivir a ras de la fiesta.

El cementerio de las ocasiones perdidas

En los tendidos, el murmullo de las voces aumenta a medida que se acerca la hora. Alcanza una especie de paroxismo cuando suena el primer toque de los clarines, después disminuye rápidamente para dar paso a una espera más silenciosa. Es la señal que aguarda desde siempre un aficionado amigo mío para encender el puro de la corrida.

Las corridas de verano ofrecen bajo una luz cruda el espectáculo de una lidia que deja poco espacio a la finura, y que suele ser el cementerio de las ocasiones perdidas. Dos tipos de toreros las protagonizan: los gladiadores, que tienen por todo bagaje su valor, dispuestos a jugarse el todo por el todo por un puñado de pesetas, y los artistas demasiado frágiles para mantenerse más de una temporada en el pelotón de cabeza. Unos y otros vienen con la esperanza de que la noble embestida de un toro les permita remontar la cuesta. Pero como los animales que afrontan son rechazados por las figuras debido precisamente a sus asperezas, y como ellos están por su parte mal entrenados, rara vez escapan del círculo infernal. El público, ansioso o escéptico, sigue su lucha desigual con el toro y con su pasado. Sus aplausos ante la mínima chispa de maestría pretenden ayudarles a volver a flote. Pero a la caída de la noche todos se van generalmente con las manos vacías. Que un torero como Paco Ojeda, después de tres años de marasmo, haya podido renacer de sus cenizas en una de estas corridas de la última oportunidad dice bastante del carácter excepcional de su aventura.

Tras sobrellevar este tiempo de penitencia, la *afición* de Madrid vive a cuerpo de rey durante la feria de septiembre y sobre todo durante la de San Isidro —inventada en 1947 por el genio comercial de un apoderado—, que es a la tauromaquia lo que el Festival de Cannes es al cine y la Feria de

Francfort a la edición. Del 15 de mayo a los primeros días de junio desfilan todos los toreros importantes del momento. En los lugares cimeros entre bastidores —el hotel Wellington y las inmediaciones de Las Ventas cerca del patio de *arrastra*— se concentra el *mundillo*. Apoderados, ganaderos e intermediarios de todo pelaje se agitan de grupo en grupo para acordar las tarifas y los contratos en exclusiva. Es en estos corrillos donde se hilvana toda la temporada basándose en los resultados de la feria, sobre todo porque en ninguna otra parte recibe semejante cobertura de la prensa y los demás medios de comunicación. Quien dude del interés que suscita la tauromaquia en la sociedad española actual no tiene más que echar un vistazo a los grandes rotativos. Además de la crítica detallada de la corrida de la víspera, el suplemento taurino ofrece todo tipo de puntos de vista y opiniones libres firmados por buenas plumas. De manera inesperada para algunos, la democracia ha vuelto a orquestrar la «fiesta nacional» integrándola con pleno derecho en el patrimonio de la cultura popular. A casi nadie le resulta chocante la presencia de miembros eminentes del PSOE en las primeras filas de los tendidos o tras la barrera del callejón.

A diferencia de lo que ocurre en las capitales de provincia, ninguna atracción importante caracteriza la feria de San Isidro aparte de los toros. La ciudad sigue viviendo a su ritmo habitual, con la salvedad de algunos atascos adicionales en la calle de Alcalá hacia las seis de la tarde. Muchos abonados salen de la oficina —algunos con la cartera en ristre— para acudir rápidamente a la plaza y sumergirse sin transición en el ambiente de la feria. Quizá es también por eso por lo que el público de Madrid no se entrega tan fácilmente al entusiasmo.

La tensión que reina como telón de foro en Las Ventas se debe al hecho de que se expresan y confrontan con bastante libertad unas maneras de reaccionar diversamente repartidas por la geografía de la *plaza*. Cada *tendido* o *grada* termina por constituir un grupo social y representar una sensibilidad particular. Se me perdonará esta tipología un poco simplista: el *tendido* 9 es el rincón selecto de la *afición* madrileña. Aficionados ilustrados, sus abonados utilizan con discernimiento toda la gama de signos que les permiten dar a conocer su veredicto, y juzgan con severidad los excesos de los *tendidos* situados a su derecha. En la *grada* del 8 tiene su sede la academia, es decir, *los de José y Juan*, hermandad venerable, reunida bajo la advocación de los dos santos patronos del toreo. Cada invierno organiza un ciclo de conferencias para mantener viva la llama. Entre estos elegidos se cuenta el viejo *mayoral* Luis Fernández Salcedo, que conoce y cuenta mejor que nadie los secretos de las ganaderías bravas de Colmenar, ya desaparecidas. Cerca de él,

Marcial Lalanda, retirado del ruedo desde hace más de cuarenta años, mira en silencio su tresmilésima o cuatromilésima corrida, «porque en los toros siempre queda algo por aprender». Aquí tenía su sitio Claude Popelin, cuyas obras iniciaron a varias generaciones de aficionados franceses. Cuando se ve algo valioso en el ruedo, y está hecho «como Dios manda», en la *grada 8* apenas necesitan intercambiar comentarios. Se miran con emoción, y se sonríen. Cuando, a la inversa, se incurre en falta, una breve conminación recuerda a los actores su deber: «¡Ese picador a su sitio!» Como única concesión al regocijo, durante los tiempos muertos circulan rápidamente algunas buenas botellas y lonchas de jamón o chorizo. El primer *tendido* de sol, el 7, concentra en sí la atención de toda la plaza y el temor de los toreros. Aquí campa por sus respetos el tribunal popular con los accesorios de costumbre: los pitos, los rollos de papel para casos extremos, pero sobre todo los pañuelos verdes que, frenéticamente agitados, pretenden intimar a la presidencia a que ordene el cambio del toro. La señal de las hostilidades la suele dar Felipe, barbudo y tocado con la gorra madrileña, de quien el rumor público nos ha informado de que es médico, y las malas lenguas afirman que su intransigencia en el *tendido* es una compensación de sus problemas domésticos. [...]

Después de una gran corrida, la fiesta no termina sin más ni más. El público sale lentamente de la plaza, fatigado por la emoción, y los grupos se demoran en las puertas para prolongar en la charla los chispazos de belleza que la mirada desearía retener. Algunos esbozan con la mano el gesto que hace poco les ha colmado.

En invierno nada resuena tras las puertas y las arcadas hispanoárabes de la Monumental, pero no por ello permanece inactivo el aficionado. Participa en las animadas conversaciones del Café Gijón o de la Cervecería Alemana, en la plaza de Santa Ana, con las paredes cubiertas de fotografías que parecen exvotos. Siente reanimarse su pasión cuando, en los banquetes de homenaje o en las conferencias que jalonan las tardes madrileñas, un fino pase oratorio levanta olés en sordina. Frecuenta las librerías especializadas de la calle de San Bernardo. En suma, el corazón del Madrid taurino no deja nunca de latir; vive al ritmo de la memoria y de la espera. Pronto la animación en torno a los carteles y las taquillas de la calle de la Victoria anunciará la vuelta de los buenos días.

Traducción del compilador

38. JORGE SEMPRÚN (1987)

El novelista, ensayista y político madrileño Jorge Semprún no requiere mayor presentación para el público español, ni en buena medida para nuestros vecinos franceses, en cuyo país vivió largas décadas de exilio y ha publicado muchos de sus libros. Semprún, que escribe en francés y alemán con la misma soltura que en español, ha sido desde la guerra civil un viajero asiduo entre París y Madrid—primero clandestino, después ilustre—, y como tal un testigo privilegiado de los cambios acaecidos con el paso del tiempo en su ciudad natal.

En 1987 apareció en la colección «L'Europe des Villes Revêes» un librito dedicado a Madrid, curiosa «guía íntima» cuya introducción firmaba Semprún. En este texto, titulado «Souvenirs-avenirs», el escritor hace una serie de reflexiones sobre la ciudad, a caballo entre la nostalgia del pasado y la plena actualidad de los años ochenta, de cuyo interés dan muestra los fragmentos que hemos seleccionado.

El coche coronaba la cima del puerto de Somosierra y me puse a pensar en Napoleón.

El 30 de noviembre de 1808, como se recordará, Napoleón había ordenado a sus lanceros polacos tomar la posición fortificada que defendía el acceso del puerto y, al mismo tiempo, el de Madrid. Lo cual se hizo a rienda suelta, pese a la nieve y la escarcha de un invierno riguroso. Al atardecer del día siguiente, Napoleón establecía su cuartel general a las puertas de Madrid, en Chamartín. Allí, en el palacio del duque del Infantado, huido, firmó varios decretos por los que se abolían los privilegios y las rutinas del Antiguo Régimen y se le abrían a España las puertas de la modernidad.

Pero yo no estoy con Napoleón, en ese coche que acaba de franquear el puerto de Somosierra.

Estoy, hacia la mitad de los años 50 de este siglo, con una pareja de camaradas de Angulema, pongamos por caso. Durante aquellos años había habido otras parejas, y después hombres solos, también mujeres, procedentes de todo tipo de sitios. Sea como fuere, eran comunistas franceses que me llevaban a Madrid. O más bien que llevaban allí a un dirigente del PC espa-

ñol clandestino, cuyo nombre y condición verdaderos ignoraban: sólo sabían que estaba en posesión de un pasaporte falso con el nombre de Salagnac. Camille Salagnac, creo recordar.

Sin embargo, pese a la diversidad de rostros y de orígenes, pese a los años transcurridos, apostaría de buena gana a que aquella vez, aquel día en que me acordé de Napoleón y sus lanceros polacos, era precisamente la pareja de camaradas de Angulema la que me acompañaba. En efecto, ocurrió una cosa en el museo del Prado que les asocia a aquella ocasión, a aquel viaje entre tantos otros.

Los camaradas de Angulema eran gente tranquila, de cierta edad. Su largo entendimiento mutuo era patente, una especie de paz entre ambos. Yo les conocía bastante bien, por haber hecho a menudo con ellos el viaje a Madrid. De modo que aquella vez, para entretenerles, les propuse llevarles al museo del Prado. El marido se limitó a menear la cabeza, sin mostrar mucho entusiasmo, pero a la mujer le pareció una buena idea.

En el museo comprendí en seguida que la pintura no les apasionaba. Ni los Rubens, ni los Grecos, ni los Velázquez, ni siquiera los Boscós conseguían retener su atención. Aquello empezaba a ser penoso, y decidí acortar la visita. Les llevé a la sala en forma de rotonda donde estaban entonces los cuadros de Goya. Contemplaron las dos *Majas* con mirada inexpresiva; yo estaba un tanto molesto. Entonces, por un itinerario abrupto, les conduje directamente hasta *Los fitisilamientos del 3 de mayo*. De repente nos vimos ante ese cuadro, ante la luz amarilla del farol que ilumina a esos hombres que van a morir, su desesperación, su miedo, su valor, y sentí que por fin estaban impresionados.

La mujer meneó la cabeza, salió de su mutismo. «¡Ah, es hermoso!», exclamó. «¡Recuerda a Fougéron!»

Me quedé boquiabierto, anonadado.

Pero todavía no estamos allí. Estamos en Somosierra, el coche acaba de franquear la cima del puerto, vamos a lanzarnos hacia la meseta donde se encuentra Madrid.

Me siento feliz, vuelvo a la ciudad de mi infancia. [...]

Pero a las razones de orden político y moral para convertirse y seguir siendo un militante antifranquista se añadía en mi caso una razón más íntima, sin duda menos solemne: quizá incluso incongruente, desde el punto de vista de las declaraciones de principios y los discursos metahistóricos. Y era, simplemente, que ese trabajo clandestino se desarrollaba en España, concretamente en Madrid, la ciudad de mi infancia.

Así, en cierta medida, era para reencontrar mis raíces, la lengua materna, los paisajes de antaño, mi identidad, en suma, por lo que me disfrazaba

con las más diversas identidades, por lo que me ocultaba bajo nombres prestados o de guerra. Era para volver a ser yo mismo por lo que abandonaba mi verdadera identidad. Es evidente que el trabajo clandestino, el riesgo y la aventura habrían perdido buena parte de su encanto —la parte esencial, sin duda— si no me hubieran llevado continuamente a Madrid. [...]

La mirada con que veía Madrid, en aquella época, era conservadora o nostálgica. Me alegraba de volver a encontrar los lugares, los árboles, las piedras de mi infancia. Me afligía comprobar los cambios que inevitablemente se habían producido en el barrio donde había vivido.

La noche de mi primer regreso, después de tantos años, había dejado mi equipaje en el hotel. En la recepción me habían devuelto mi falso pasaporte francés, había salido a la calle. Era el mes de junio, hacía bueno, las calles estaban llenas de paseantes. Caminé como un loco hasta la calle de Alfonso XI, donde había pasado mi infancia. Rehice los itinerarios de antaño, hacia la iglesia de San Jerónimo, hacia el museo del Prado, muy cerca, hacia la verja del parque del Retiro, hacia la casa de mi abuelo. Todo era familiar, todo era irreconocible. De repente, en la calle de Serrano, vi el escaparate de la tienda y el rótulo luminoso en la noche: *La Gloria de las Medias*. Segundos antes todo era confuso. Parecía que nada había cambiado, pero yo no reconocía ya nada. Y hete aquí que el escaparate de aquella mercería, *La Gloria de las Medias*, surgiendo en la noche, restablecía el equilibrio del mundo. Había habido exilio, guerras, habían caído imperios, el horror había anegado el planeta, yo creía haber perdido las raíces de mi vida, las sonoridades de mi lengua materna; el simple nombre de aquella mercería de barrio, restallando en mi memoria, sugería la continuidad inalterable de un destino, disolvía la angustia que había empezado a atenazarme.

Durante los diez años de mis estancias clandestinas en Madrid, de 1953 a 1963, vi cambiar la ciudad, asistí a su expansión, a los comienzos de su prodigiosa transformación.

La modernidad, cuya ausencia señalaba amargamente Manuel Azaña, estalló como un huracán sobre Madrid durante este período. A primera vista era paradójico, porque el régimen franquista, bajo el que la ciudad alcanzó la modernidad capitalista —de momento no hay otra—, era profundamente retrógrado, arcaico. Con su gusto por las apariencias, la pompa, el aparato burocrático, encarnaba los aspectos más conservadores de una tradición de inmovilismo de derecho divino, llena de altivez mediocre, de estrechez de espíritu, de cerrazón a las corrientes de ideas europeas.

Sin embargo, bajo la costra inmóvil de las instituciones forjadas por la dictadura, pese a su carácter represivo, la sociedad cambió radicalmente.

Y éste es uno de los fenómenos más apasionantes de analizar para los historiadores y los sociólogos.

«Si no hay una idea de Madrid es porque la ciudad ha sido una corte, no una capital. La función propia de una capital consiste en irradiar una cultura. Madrid no la cumple.» Así resumía Manuel Azaña, en el ensayo que antes mencionaba, las razones del arcaísmo provinciano de Madrid.

Y eso es precisamente lo que ha cambiado: Madrid se ha convertido en una capital. Su modernidad refleja y acelera, mediante el espejo que le presenta, la modernización de España, comenzada sin escrúpulos, de forma salvaje y anárquica, bajo el régimen anterior; y continuada con la participación de los ciudadanos desde el restablecimiento de la democracia.

Pero la transformación de España no ha tenido sólo consecuencias sociales e históricas. También las ha tenido personales. Al cambiar la realidad, ha cambiado mi mirada sobre la misma. Y por consiguiente ha cambiado mi ideología, que era una falsa mirada. No es desde luego una casualidad, una simple coincidencia, que al final de esta década de la que hablaba me viera excluido del PC y que la vieja mercería, *La Gloria de las Medias*, desapareciera de la calle de Serrano.

Los madrileños tienen una expresión para hablar, de forma sintética y contundente —la invención del lenguaje ha sido siempre una de las características del pueblo de Madrid—, de la evolución de su ciudad. Dicen que aquí se ha pasado del *Movimiento* a la *Movida*.

El *Movimiento*, ya se sabe, era la denominación oficial del partido único de la dictadura. Era la encarnación del inmovilismo, en suma. Era el lenguaje estereotipado de la política, el ritual caduco de las camisas azules y las chaquetas blancas de uniforme de los fieles servidores del régimen. Era la retórica imperial. Era, en fin, la inmovilidad de la muerte.

La *Movida* es también el movimiento. Pero el movimiento real, el de la sociedad civil; el movimiento de las ideas, de la vida, de los juegos, los envites, las modas y los códigos. El movimiento de la invención, de la insolencia creadora, del siempre en otra parte, de la ironía libertaria.

Sin ser exclusiva de Madrid, la *Movida* de la modernidad española es aquí especialmente vivaz. Y por lo tanto cambiante, inevitablemente generadora de efectos de moda, de febrilidades iconoclastas sin gran profundidad. Pero ello no es más que el precio de una libertad que a veces se afirma en el exceso.

La preeminencia de Madrid en el universo español de la *Movida* se explica por diversas razones. No quiero aquí sino señalar dos que me parecen esenciales.

La primera es esa capacidad de invención verbal, lingüística, a la que antes me refería. Los madrileños han producido siempre un lenguaje propio, un castellano cuyas tendencias innatas a lo solemne y a la retórica se veían corregidas por la ironía, la distancia crítica, la desenvoltura, los neologismos. En Madrid cada capa social, casi cada barrio, posee su lenguaje codificado, sus fórmulas perentorias, sus chistes asesinos.

Creo que el espíritu de este lenguaje, de esta cultura madrileña, podría resumirse así: los madrileños saben a ciencia cierta que hay cosas por las que vale la pena vivir. Y por tanto morir, llegado el caso. Pero que nunca vale la pena hacer de ello un mundo. Ni una montaña. Ni un gran discurso.

La segunda razón que explica el florecimiento de la *Morrida* madrileña, con sus grupos de rock, sus cafés literarios, sus revistas (por ejemplo, *Madrid*, *La Luna de Madrid*), su vida nocturna, sus festivales de verano, es simplemente que la capital de España —actualmente, en el momento de expansión de las autonomías, de las libertades nacionalistas, lo es más que nunca, de manera mucho más significativa que antaño, en la época siniestra del centralismo burocrático—, la capital, pues, tuvo en seguida, desde la consolidación de la democracia, un ayuntamiento de izquierdas que supo establecer relaciones con los ciudadanos, y de éstos entre sí, que consiguió recomponer un tejido social, comunitario y de buena convivencia.

Porque esta ciudad inmensa, activa y trepidante, que ya no tiene nada que ver con la ciudad cortesana y adormecida de mi infancia, no es una ciudad en la que uno se sienta agredido. Con la democracia, los madrileños están reinventando el arte de vivir juntos.

Traducción del compilador



39. JEAN-PIERRE AMALRIC (1988)

El historiador francés Jean-Pierre Amalric, coautor de una interesante Histoire des Espagnols dirigida por Bartolomé Bennassar, publicó en 1976 un libro de divulgación en el que hacía hincapié en los aspectos históricos y culturales de la realidad española. En 1988 apareció una edición revisada y actualizada de la Espagne de Amalric, buen ejemplo de lo que puede dar de sí en manos de un entendido ese subgénero híbrido que son las guías turísticas.

El libro incluye un ameno capítulo sobre Barcelona y Madrid, significativamente titulado «Un país con dos cabezas». Recogemos aquí lo esencial de la parte dedicada a nuestra capital—con títulos del autor—, en la que llama la atención la resonancia que por esas fechas había alcanzado ya en el extranjero, y especialmente en Francia, el fenómeno de la «morida» madrileña.

Sólo Madrid es Corte

Frente al pasado patricio de Barcelona, Madrid hace un poco papel de nuevo rico. Cuando puede, su rival se lo recuerda burlándose de su santo patrón, un oscuro labrador llamado Isidro. A los madrileños, que disfrutaban ejerciendo su ironía sobre sí mismos, no les importa recordar los orígenes rústicos de su ciudad, simbolizados por el oso y el madroño que adornan su escudo. Con un poquito de coquetería, la capital de España nunca ha accedido al rango de ciudad, contentándose con ser la villa de sus orígenes: *villa y Corte*. De eso se trata: sede de la Corte, la ciudad se identifica con ella y reivindica, orgullosamente esta vez, el adagio según el cual *sólo Madrid es Corte*. De hecho, se lo debe todo a un capricho real, ya que su destino quedó sellado en 1561, cuando Felipe II decidió establecer en ella la sede del gobierno y de la administración.

El viejo Madrid de los Habsburgo, construido a la carrera gracias a un crecimiento acelerado, conserva la red de sus callejuelas donde todavía merodean los fantasmas de Cervantes y Lope de Vega. Locales modestos albergan todo tipo de oficios, y en las tiendas tradicionales de la calle de la Cruz

podréis elegir la capa española que os convertirá en un *hidalgo*. Estos barrios antiguos de trama apretada son parques en espacios abiertos. A la salida de uno de los estrechos pasajes que dan a la Plaza Mayor, el repentino descubrimiento del vasto cuadrilátero te deja un momento desconcertado. A comienzos del siglo XVII, reinando Felipe III, se abrió este lugar monumental en el tejido urbano, sin la menor preocupación por insertarlo cabalmente en el trazado de la población. La plaza, que actualmente cubre un aparcamiento subterráneo, es desde hace tiempo dominio de los peatones. Sobre las losas que la pavimentan, bajo los soportales de granito que la circundan, podréis muy bien imaginar en los balcones de hierro que cuelgan de las fachadas al rey y a la Corte asistiendo a los torneos, las corridas de toros y los autos de fe. En un lugar irreal, una isla del pasado propicia a la ensoñación, en la terraza de uno de sus cafés. Muy cerca de allí, la plaza de Santa Ana es un lugar de encuentro animado a todas horas. ¿Y qué decir de la Puerta del Sol? Este hemicíclo donde convergen las calles principales puede parecer poca cosa al visitante, pero los madrileños lo ven con otros ojos: es el foro de la ciudad adonde afluyen todas las noticias; el punto simbólico, señalado con una losa, desde el que parten todas las carreteras de España; un espacio que resuena con una historia heroica. En este viejo Madrid, cuyo trazado apenas ha cambiado desde el Siglo de Oro, hubo que esperar hasta el siglo XX para que se abriera una ancha avenida. Esta Gran Vía, construida durante la dictadura de Primo de Rivera, está flanqueada por inmuebles amazacotadamente pretenciosos, entre los que destaca el edificio faraónico de la Telefónica. De noche el espectáculo es fantástico, con los carteles gigantes de los cines rivalizando con los destellos sincopados de los neones que rasgan la oscuridad.

En el siglo XVIII los Borbones —sobre todo Carlos III, el rey ilustrado— quisieron fomentar un urbanismo digno de una capital. Este Madrid de las Luces se amplió hacia el este, empezando por la apertura de una anchísima avenida, el paseo del Prado, entre el casco antiguo y el parque del Retiro. Convertido en seguida en el lugar de cita de la sociedad mundana de la época, dio comienzo a un eje de desarrollo que se prolongaría el siglo siguiente con la Castellana. Bordeados de umbrosas alamedas, adornados con jardines, decorados con fuentes monumentales (las más famosas están coronadas por el carro marino de Neptuno y por el terrestre de Cibele), estos *paseos* abren una vía real, todavía grandiosa. Junto a los edificios públicos, como el museo del Prado, la Biblioteca Nacional, la central de Correos (profusamente salpicada de torrecillas), se apretaban antaño los palacios aristocráticos del siglo XIX, derribados a partir de los años sesenta para

hacer sitio a construcciones de un gigantismo conquistador. Este Manhattan madrileño yergue sus perfiles de cristal y acero en el cielo tomado al asalto. Parece uno presenciar una batalla de titanes en la que destaca la Torre de Colón, que reduce la estatua de Cristóbal Colón, a sus pies, a las dimensiones de un liliputiense.

Ciudad de corte, Madrid alberga muchos tesoros. En el museo del Prado, constituido con los fondos de las colecciones reales, os esperan largas horas de deslumbramiento. Carlos V, al nombrar a Tiziano su pintor titular, nos legó un conjunto en el que la sensualidad no está reñida con la fuerza. Gracias a la curiosa atracción de Felipe II por El Bosco podemos allanar el *Jardín de las delicias*, con el riesgo de quedar atrapados en su interior. Al abordar la incomparable colección de pintura española, al menos tres hallazgos os dejarán pasmados: El Greco, pintor cretense que, tras una estancia en Italia, vino a buscar el favor de Felipe II y, desdeñado, desarrolló en Toledo su genio insólito; el sevillano Velázquez, pintor oficial de Felipe IV e intendente de palacio, que llevó de golpe la pintura española a la cumbre del arte occidental; y el genio abrupto de Goya. ¿Cómo no contener el aliento al acercarse a sus creaciones? En nada decepciona la confrontación entre el mito y la realidad física de sus lienzos, donde se siente la pincelada sinuosa como una llama del cretense, la mano imperiosa y potente del aragonés. En cuanto a Velázquez, hay que arrancarle su máscara superficial de pintor de corte. De los tres, es al que menos justicia le hacen las reproducciones, que no pueden restituir el espacio de sus grandes composiciones ni el estremecimiento de su materia coloreada. El Prado nos permite penetrar en el corazón del bosque de *Las Lanzas* o en el juego de espejos que da a *Las Meninas* su turbadora profundidad. [...]

Al oeste del casco antiguo se encuentra el Palacio Real, que lleva el nombre de... ¡Palacio de Oriente! Este imponente cuadrilátero, que domina el valle del escuchimizado Manzanares, fue construido en el siglo XVIII sobre los restos del viejo Alcázar, de origen musulmán, destruido por un incendio. Como el rey Juan Carlos prefiere vivir en el marco íntimo de La Zarzuela, al norte de la ciudad, ya sólo acoge los fastos oficiales en contadas ocasiones. Por eso no tiene nada que ocultar de las magnificencias de la vida de la Corte, que culminan en el delicioso salón de porcelana, procedente de la antigua fábrica del Retiro, y sobre todo en el aéreo techo de la Sala del Trono, donde el veneciano Tiepólo dio alas al *Triunfo de la Monarquía española*, en una profusión donde tornasolan las flores, los frutos y los habitantes de todas las partes del mundo. La Real Armería, junto al palacio, alberga una colección de armas que no tiene nada que envidiar a la de la To-

re de Londres: las armaduras cinceladas de Carlos V brillan con el fulgor de la majestad imperial.

El Madrid de la movida

Madrid goza de una última gracia real: sus parques, que son la delicia de los paseantes. La inmensa Casa de Campo, al otro lado del Manzanares, propicia los ejercicios deportivos y los almuerzos campestres, así como las grandes manifestaciones populares y las ferias que se celebran en ella periódicamente. Más íntimo, el Retiro es, como indica su nombre, el antiguo lugar de retiro de la Corte: se puede ir a remar a su estanque, no lejos de un encantador pabellón de cristal, o sentarse en un banco a releer los clásicos. Los niños corretean por los paseos, los enamorados se dan cita junto a las estatuas, los grupos de jóvenes se balancean al ritmo de sus casetes de rock, que espantan a las palomas. La ociosidad es la reina del Retiro, que nunca ha merecido tanto su nombre.

En cualquier otra parte reina el frenesí que se ha adueñado de esta ciudad, antaño un poco envarada. Sus funciones tradicionales manifiestan una nueva vitalidad. Capital política, resuena con todos los debates de una democracia recuperada, bajo la plácida mirada de los leones de bronce que flanquean la entrada de las Cortes, a dos pasos de la fuente de Neptuno; en el Ateneo, viejo club intelectual, se advierte una animación vibrante, y las manifestaciones callejeras, cuando se tercia, encuentran espacio para expresarse ampliamente. Capital financiera, con la sede social, entre otras, de cuatro de los siete grandes bancos que dominan la economía del país (hay que ver sus edificios babilónicos en la calle de Alcalá), la plaza de Madrid se ha visto estimulada por la afluencia de capitales extranjeros y la apertura a los grandes mercados. Pero la ciudad se ha transformado también en lo que nunca había sido: un polo industrial cuyas actividades han hecho surgir una corona de satélites, Carabanchel, Getafe, Leganés, etc. Al favorecer estas industrias para contrarrestar el peso de la indócil Barcelona, Franco había fomentado, aunque de mala gana, el surgimiento de una sociedad más variada, y también más independiente del Estado, como mostraba la agitación social que en ella se iba desarrollando.

Cuando reventó el corsé del régimen autoritario, un torbellino de creatividad sacudió la ciudad, que pronto sería una de las más inventivas de Europa. La afluencia de talentos procedentes de todos los rincones de España se mezcló con el regreso de los exiliados políticos y con la aportación de los

intelectuales latinoamericanos, que a menudo encuentran más afinidades lingüísticas en Madrid que en Barcelona. Este cóctel, vivificado por la irrupción de una nueva generación rápidamente emancipada de las ideas manidas, iba a encontrar su alquimista en la figura del primer alcalde que les fue dado elegir a los madrileños, en 1979: el «viejo profesor» Tierno Galván, enconado opositor al franquismo. Bajo su égida, Madrid ha cambiado de piel: las paredes ciegas de los viejos barrios se engalanan con composiciones llenas de color que parecen guiñar el ojo al transeúnte, se dan conciertos en lugares a menudo insólitos, las fiestas de barrio recuperan una animación entusiasta, que el alcalde no era el último en compartir. Sus *bandos* municipales, trataran de lo que tratasen, redactados en un estilo preciosista y a veces estrafalario, hicieron las delicias de innumerables lectores. Cuando murió, en 1986, una gran multitud rindió homenaje a aquel que les había devuelto su ciudad.

La vida cultural de Madrid, limitada durante mucho tiempo, ha estallado en todas las direcciones. Se han abierto nuevos lugares para la vanguardia, como el Centro Cultural de la Villa, en la plaza de Colón, y sobre todo el Centro de Arte Contemporáneo Reina Sofía, en el antiguo hospital de Atocha, soberbiamente restaurado, que la guasa de los madrileños ha bautizado en seguida como «Sofidú», en referencia al Centre Beaubourg. En pocos años Madrid se ha elevado a la categoría de capital del arte contemporáneo: cada mes de febrero, la feria internacional dedicada al mismo, ARCO, reúne las últimas tendencias de la creación procedentes de Europa y del Nuevo Mundo. La música —o más bien las músicas— le hace eco en un Festival de Otoño igualmente cosmopolita. Esta fiebre de creatividad, desbordando a las artes consideradas nobles, se ha adueñado de la fotografía, el cine, el comic y la moda. [...]

Podría creerse que, con su impetuosidad, esta *morvida* madrileña que ha sido pasto de la actualidad ha barrido ese conservatorio de tradiciones anacrónicas que es el espíritu *castizo*, expresión de una identidad inimitable. Pero nada de eso. Todo un folklore caduco, despreciado durante mucho tiempo por los intelectuales progresistas, ha sido revivificado con un fervor posesivo. Nada mejor para convencerse de ello que el rito dominical del Rastro. Un río humano desborda la estrecha Ribera de Curtidores, más abajo de la Plaza Mayor. Nuestros mercadillos callejeros sólo dan una pálida idea de la barahúnda que allí se organiza cada domingo por la mañana. Tanto en los puestos al aire libre como en las tiendas, en las calles laterales como en los patios donde se agrupan los anticuarios, por todas partes todo se compra y se vende: chatarra y atriles barrocos, baratijas y viejos manus-

critos, ropa usada y cuadros antiguos... ¡Más vale no preguntarse de qué trapicheos provienen! El radiocasete imprudentemente dejado en vuestro coche tiene muchas posibilidades de aparecer aquí, pero ¿de dónde viene ese fragmento de retablo, ese documento de archivo? Todo es posible en el Rastro, dejándose arrastrar por la multitud.

También los antros insignes de la vida nocturna están más animados que nunca. Según os apetezca, podéis ir a tomar un *cubata* (como llaman al *cubalibre*, o ron con cocacola) entre las celebridades duraderas o efímeras que frecuentan el Café Gijón, o sentaros en medio del barullo de una de las innumerables terrazas que han invadido la Castellana, a no ser que preferáis observar la sacrosanta costumbre del *tapeo*, esa ronda nocturna que hay que hacer en grupo por los bares cercanos a la Plaza Mayor o a la Puerta del Sol, donde se come y se bebe a voluntad. Y si todavía os quedan fuerzas para prolongar la noche hasta la madrugada, id a descubrir el viejo barrio de Malasaña, antaño abandonado y hoy invadido por una juventud insegura del futuro, que se lanza a cuerpo descubierto a la marejada de las modas.

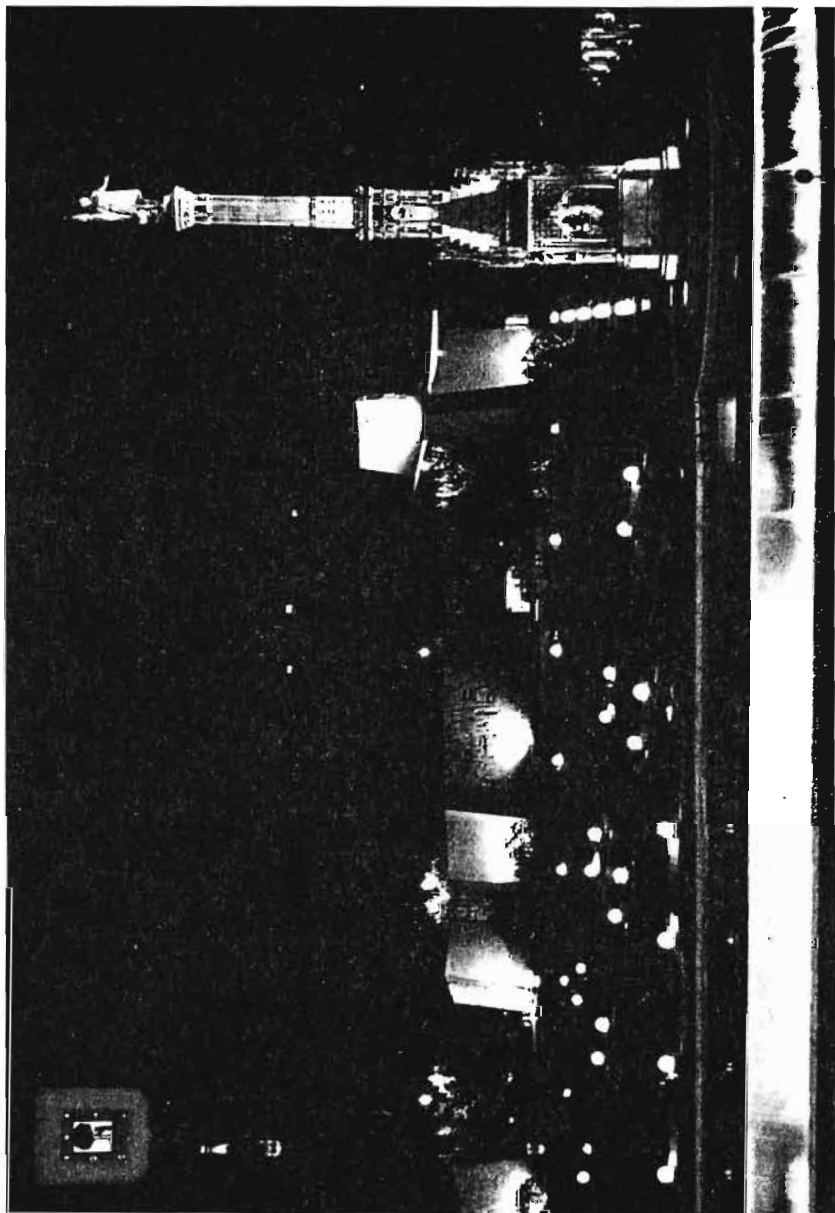
En esta ciudad inacabada que corre frenéticamente hacia el año 2000 también hay lugar para la nostalgia. La plaza de toros de Las Ventas se llena hasta la bandera en cada corrida. Faltaría algo al color de las fiestas sin la presencia de los tipos madrileños, *majos* o *manolos*, tocados con la gorra a cuadros, y de sus compañeras envueltas en la mantilla o el chal bordado: gracias a ellos revive la tradición del *chotis*, versión española de la *scottish* de nuestros abuelos, que bailan al son del organillo girando como autómatas de feria, con esa «mezcla de chulería y desenvoltura» bien observada por Éric Beaumatin. Y hasta la zarzuela ha reencontrado a sus fieles, cuando esos aires endiablados sólo sobrevivían hace poco en la cabeza de septuagenarios arrebatados por una bocanada de juventud. Es verdad que Teresa Berganza y Plácido Domingo, entre otros, nunca han renegado de este género, que les formó en el canto: el público acude a los teatros cuyos carteles anuncian títulos extraídos de un repertorio que cuenta con más de dos mil, según dicen. Quizá porque al encanto del *retro* las mejores zarzuelas alían una irresistible alegría de vivir, naturalmente en Madrid.

«*Madrid me mata*», suspiran con éxtasis los fanáticos de una ciudad devoradora. Sus alrededores inmediatos, carcomidos por una urbanización desenfrenada, muestran sus estigmas. Gracias al cielo, el visitante extenuado por esta febrilidad sin tregua no tiene que ir muy lejos para recobrar el aliento, a condición de evitar el barullo de los fines de semana. En invierno, las laderas nevadas de Navacerrada centellean en el horizonte. En cualquier estación, Toledo y El Escorial están a dos pasos. Y los fastos de la Corte se os

ofrecen, intemporales, en los *sitios reales*, residencias reales que brindan a Madrid un cortejo campestre, desde el pequeño Versalles montañoso de La Granja erigido por Felipe V, el rey venido de Francia, al verde oasis de Aranjuez que extiende a la orilla de las aguas del Tajo su palacio rosa, la joyita que es la Casa del Labrador y los paseos de sus jardines donde brotan las fuentes.

Traducción del compilador





40. EDUARDO ARROYO (1988)

El pintor madrileño Eduardo Arroyo quiso en su juventud ser ante todo escritor, ambición que en su fecunda madurez artística ha cumplido con creces. A Arroyo le debemos una excelente biografía del boxeador -Panamá-Al Brown (1982), la obra de teatro Bantam (1986) y numerosos apuntes y comentarios sobre temas diversos, entre los que destacan por su virulencia los dedicados a la pintura contemporánea. El artista, que en 1958 abandonó Madrid para instalarse en París, ha escrito en francés buena parte de sus textos, como los recogidos en 1989 en la miscelánea Sardines à l'huile.

Uno de los escritos más recientes incluidos en este libro es «Madrid impar et manque», en el que Arroyo pasa revista a las transformaciones sufridas por la ciudad desde su infancia. Un texto lleno de humor, acidez y lirismo que acaso sorprenda a quienes no conocían la valía literaria de este célebre pintor.

Madrid, impar y falta

Muchas cosas han cambiado en Madrid: algunas las echo en falta, otras no. Y éstas no lamento en absoluto haberlas visto desaparecer para siempre. Para mí, particularmente, lo que ha cambiado de forma espectacular es la calle de Argensola, en cuyo número 19 nací. Es una calle de Madrid que se ha vuelto irreconocible para quienes vivieron en ella. Aún quedan las casas, claro está. No son especialmente hermosas, pero sí menos feas que las que produjo la avidez de especulación del franquismo.

La calle de Argensola se ha convertido en calle de la moda. Quien lo hubiera dicho hace cuarenta años... Incluso este año, en Navidad, por segunda vez consecutiva, una profusión de guimaldas luminosas unía en hileras apretadas el lado par con el lado impar.

La peluquería, verdadera pesadilla de mi infancia donde me pelaban una vez a la semana, se ha convertido en una galería de arte contemporáneo, una de las más «vanguardistas» de la ciudad. Se llama Galería Montenegro. Precisamente es en esta galería donde Sophie Calle, una de las vanguardis-

tas de choque de París, ha hecho una exposición individual. Me gusta el nombre Montenegro, igual que me gusta el nombre Montrouge y, aunque odio el sitio, me gusta el nombre Monte-Carlo.

Por otra parte, no me extrañaría que mi amigo Rougemont expusiera algún día en la galería Montenegro, que al parecer se ha agrandado por la calle Santa Teresa, calle que desemboca en Argensola pero que nosotros, los «argensolanos», siempre hemos despreciado un poco debido a su estrechez y a su falta de ambición. En el mismo lugar donde me cortaban el pelo inexorable y regularmente, sobre el pedestal donde estaba el caballo de madera, burdo subterfugio del peluquero para intentar endulzar al niño el trago amargo del esquila, se yergue actualmente una bella escultura conceptual, puro producto de la modernidad.

El florista ha desaparecido.

Olía a flores y plantas mucho antes de llegar a su tienda. Era una manera discreta, sin letrero ni neón, de decir: «Aquí, flores». La invasión incongruente del *prêt-à-porter* ha sepultado al florista, las flores y el perfume.

La *bodega*, el bar donde uno iba cada día a que le llenaran la botella hasta el borde de vino tinto de Valdepeñas, se ha transformado en una librería especializada en literatura inglesa.

Nadie se acuerda ya de la planchadora de lencería fina que había enfrente. Su taller, lleno de vapores y efluvios de almidón, se ha convertido también en una librería, quizá la mejor librería de arte de Madrid.

Hoy día todo son trapitos, zapatos, pingos, saldos, accesorios.

El cerrajero sigue allí, incluso ha prosperado. Siempre hace falta una llave.

Sólo el vendedor de medias, fajas, bragas y sujetadores a la antigua no se ha dejado devorar por los modernos. Todavía mide la talla del sujetador pedido apoyando la mano en forma de cuenco o de copa en el seno mismo de la clienta eventual; a veces su amor por la perfección y su conciencia profesional le llevan a poner ambas manos sobre ambos senos...

Aunque viejo, no está dispuesto —y se entiende— a desprenderse de su tienda, sin duda modesta pero que le ha dado grandes satisfacciones durante toda su vida, y aún sigue dándose las.

El pescadero y el carnicero han cerrado. El panadero resiste.

Al lado de Argensola, en la calle del General Castaños, frente a la farmacia de mi padre, nada permite adivinar que donde hoy hay un banco estaba el cine Príncipe Alfonso. Hacia la glorieta de Bilbao, subiendo por la calle de Génova, también el cine Colón exhaló hace años su último suspiro: los festejos previstos para la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América no lo harán resucitar... El María Cristina, desaparecido; el

Chueca, enterrado. El Chamberí, muerto. Todos estos cines que programaban dos películas diferentes en cada sesión, escenarios de nuestra maravilla y de nuestras primeras caricias, no existen ya.

Bajando por Argensola, una vez pasada la calle Fernando VI, toma uno por la calle del Barquillo en dirección a Alcalá. En la plaza del Rey, en el mismo sitio donde han construido el nuevo ministerio de Cultura, se elevaba el circo Price... En la plaza del ministerio, la escultura de Chillida ocupa ahora el lugar donde antaño me sentaba yo junto a mi abuelo, en la terraza del Price. Allí digería lo que había visto y soñaba en lo que iba a ver... La trapeceista Pinito del Oro, Pompoft y Teddy y la compañía de liliputienses, espectáculo excepcional por su rareza y misterio. Recuerdo haberme enamorado de una guapísima liliputiense vienesa, a la sazón ya un poco madura para mí.

El Price ha desaparecido.

Frente al circo, a pocos metros, el cabaret Casablanca: las curiosidades de la adolescencia, las chicas acodadas en la barra, la orquesta y los calentones legendarios. Ni siquiera quiero saber en qué se ha transformado todo aquello.

Todavía hoy echo de menos el antiguo Estadio Metropolitano, el Campo del Gas, el Campo del Campana, el Frontón Fiesta Alegre y el bar de la Ciudad Universitaria. El café Gijón resiste. Siempre lo he visto donde sigue estando. No lejos de Barquillo y de Marqués de la Ensenada, frente a frente, los juzgados y el Liceo francés, objeto principal de mis odios y de mis amores.

Por otra parte me satisface la ausencia casi total, en las calles de Madrid, de aquel ejército de curas que apestaban a ajo y a sacristía. Con su agitación y su presencia indiscretas convertían las calles y las plazas en un vasto campus de ejercicios espirituales.

Tampoco echo de menos todas aquellas misas interminables y obligatorias, aquellos rosarios soporíferos, aquellas procesiones y cánticos a María, aquellos cirios, aquel olor a incienso y aquellos vía crucis militantes que invadían la ciudad entera, apartándome para siempre de las iglesias y las capillas... por no hablar de aquellas semanas santas oscuras y horripilantes.

Otras ausencias me encantan. La de aquellos rebaños color tierra de militares arrogantes, aquellos excombatientes victoriosos, aquellos viajeros de la División Azul, ruidosos e insulsos.

Ausencia también de aquellos interminables Desfiles de la Victoria, que producían inevitablemente la misma foto en las primeras páginas de los periódicos. No más Guardia mora, que siempre me daba miedo, y no más Legión, que siempre me hacía reír.

Actualmente Madrid es catastrófica y está llena de vida. Es el tipo de ciudad que me gusta, y en modo alguno porque haya nacido en ella. En

Madrid son madrileños todos los que viven aquí. El hecho de haber nacido cerca de la Puerta del Sol no me da ningún derecho sobre los demás.

Nacer en Madrid es como nacer en París o en Nueva York. No importa nada y es precisamente por eso por lo que prefiero este tipo de ciudad, por anónima y más grandiosa.

Durante la guerra civil se cantaba una canción que decía algo como «...Madrid, qué bien resistes a los bombardeos». Hoy día, afortunadamente, ya no hay bombardeos, pero la ciudad resiste cada día a otros ataques no menos violentos. El tráfico infernal y el asalto repetido que le hacen sufrir todos sus habitantes sin excepción, tanto de día como de noche, no le hacen vacilar lo más mínimo.

En Madrid se quema la vida como la ciudad durante las veinticuatro horas del día, por los dos cabos, como debe ser.

No sé por qué la capital me hace pensar en las barras de las tabernas de Vic-Fézensac durante la feria de Pentecostés... Los dueños de los bares se organizan como si esperasen un ataque aéreo. Temiendo ese asalto final, clavan sólidamente los mostradores al suelo, los tapan con gruesos tablones, los protegen como en una guerra de trincheras y los preparan para soportar el bombardeo intensivo. Los bebedores, mientras consumen, intentan arrancar y volcar el mueble. Lo empujan, lo golpean, lo aporrean y sueñan con despegarlo.

A veces el objeto resiste.

Madrid se ve atacada por la pasión, por este auténtico ejército de hambrientos de vida. Por la mañana la observo, todavía viva y cansada. Cada día, cuando voy a comprar los periódicos, me sorprende encontrarla todavía en pie.

Sí, muy cansada en las auroras, un poco abandonada, rendida, manchada, con los labios entreabiertos y los ojos entrecerrados, contenta pese a todo de estos excesos y estas exigencias. Contenta quizá de haber dado placer, de haberse entregado, de no haber tenido que negarse, y al mismo tiempo fatalista y sin hacerse ilusiones, sabiendo que debe continuar día tras día, noche tras noche.

A menudo la veo brumosa y sofocada por sus propios humos. En cambio, algunas mañanas, muy clara y transparente, parece liberada, feliz de respirar... como si el aire de la montaña la protegiera.

Traducción del compilador

41. SANDRO VIOLA (1991)

El periodista italiano Sandro Viola ha sido durante años corresponsal en Madrid del diario La Repubblica. En 1991 quiso hacer balance de su experiencia profesional en nuestra ciudad con un artículo en el que, tras recordar brevemente la época de la transición, examinaba las risueñas expectativas que parecía tener el país al término de aquella «prodigiosa» década de los ochenta.

El artículo, titulado «Sólo de noche pervive la diferencia de España», nos parece una buena muestra del interés con que siguieron los europeos el proceso de integración de España en Europa, reflejado paradigmáticamente en sus constantes y excepciones (como la vida nocturna) en el gran escaparate de la modernidad española que ha sido Madrid durante los últimos quince años para todos los visitantes extranjeros. (Títulos del autor.)

¿Es la última vez que vengo a España? Lo pienso con un poco de melancolía paseando por la Plaza Mayor, mientras espero que llegue la hora de una cita que tengo en el ministerio de Asuntos Exteriores, en el cercano palacio de Santa Cruz, Llovizna, y me mantengo bajo los soportales. La plaza está muy cambiada. Era fascinante con sus enlucidos desconchados, sus mohos seculares, su pequeña vida de barrio, y ahora está toda restaurada, relimpia, invadida por las sillas de plástico de los cafés.

Sólo los olores son los de siempre: el tufo a podrido que exhala con la lluvia el casco antiguo de la capital, el olor a frito que sale de los bares anunciando ya el gran momento madrileño (la una, la una y media) del aperitivo con tapa. A la espera del aperitivo, formando corrillos bajo los soportales, viejos profesionales y funcionarios jubilados discuten acaloradamente. No es necesario aguzar los oídos para saber de lo que hablan: son las discusiones que se entablan cada día en las plazas de Europa meridional, las inútiles discusiones sobre asuntos de interés público. ¿Es mi última vez en Madrid? Sí, probablemente será la última.

La trayectoria profesional de muchos periodistas de mi generación está estrechamente entrelazada con la trayectoria española de los últimos treinta años. Cuántas veces «ha sido noticia» España, como se dice en la jerga de los

periódicos. Cuántas veces hemos venido a Madrid. Al principio, cuando nos iniciábamos en la profesión, eran las crónicas sobre el franquismo, el franquismo todavía pujante y torvo de comienzos de los años sesenta. Después fue la larga agonía del régimen. Sus coletazos (los últimos condenados a muerte), los ministerios del Opus Dei, el torbellino de rumores sobre la salud del Caudillo (se duerme en los consejos de ministros, se ha orinado encima mientras asistía a un desfile militar). Nos reuníamos con los primeros opositores que salían al descubierto, mitificábamos a Comisiones Obreras, nos daban las tantas elaborando hipótesis sobre el «después de Franco». Hasta que el Generalísimo se decidió a morir y empezó la «transición». Cuántas idas y venidas de España, cuántos artículos en aquellos años decisivos. Y cuántas previsiones equivocadas.

Sabiduría y tolerancia

En efecto, la transición se desarrollaba de forma imprevista. No había la menor señal del temible arreglo de cuentas entre vencidos y vencedores de la guerra civil, el «golpe» militar, continuamente anunciado, no se producía. Al contrario, los españoles mostraban una sabiduría y un espíritu de tolerancia que estaban en las antípodas de los «*demonios españoles*» que tantas veces habíamos evocado: la facciosidad, el impulso anárquico, la violencia. Y mientras el sistema democrático se iba consolidando, cambiaban rápidamente las costumbres. Llegó la «movida» a caballo entre los años setenta y ochenta, el florecimiento de las artes, la promiscuidad sexual, el estallido de un hedonismo sin precedentes en toda la tradición hispánica. Pocos años después llegó el milagro económico. Se disolvían como nieve al sol los viejos estereotipos sobre el «carácter» español (la indolencia, el fanatismo, el letargo), y salía a la superficie la que quizá es hoy día la sociedad más laboriosa de Europa.

Treinta años de continuas novedades, una parte de la vida dedicada a describir las «encrucijadas» españolas. Y desde luego valía la pena. No sólo hemos vivido meses y meses en este país lleno de encantos, entonces tan exótico, tan «diferente», sino que además, en la última década, un mundo arcaico y apartado ha experimentado ante nuestros ojos una evolución espectacular. (...) Y todo ello de forma completamente incruenta.

¿Y ahora? Ahora España se ha convertido en un país como los demás. De momento más pobre que Alemania o que Francia, pero ya mucho mejor gobernado que Italia. Con cosas que no funcionan y otras que funcionan muy



bien, ni más ni menos que en Bélgica, en Inglaterra o en Suecia. Aquí un fallo o una disfunción, allí un resultado de media europea o incluso un éxito clamoroso. Con algún malhumor social que aflora de cuando en cuando, pero en el fondo con la conciencia de un bienestar cada vez mayor, de un continuo acercamiento a los estándares de las sociedades más ricas. Y además, con una de las situaciones políticas más estables de Europa Occidental. [...]

Naturalmente, el proceso de homologación, la continua adecuación a los modelos del Occidente rico no impide que subsistan algunas diferencias, que queden algunas huellas del viejo color local (y qué color era el español). Por ejemplo los horarios, que siguen pasmando al resto de los europeos. No es casualidad que los dos últimos libros sobre España, uno español y el otro francés (*Los españoles* de Amando de Miguel y *Les espagnols* de Thierry Maliniak), dediquen capítulos enteros a este asunto. La pertinacia de sentarse a comer con dos o tres horas de retraso respecto a la media europea, la noche aprovechada para reunirse, hablar, divertirse, y sólo en última instancia para dormir.

En efecto, el tráfico que llena de noche el centro de Madrid recuerda a Broadway. En las cercanías de los clubes nocturnos de moda —*Archy*, *Pachá*, *Stella*— se forman auténticos atascos. Y lo sorprendente, por lo que veo una noche en *Pachá* y por lo que me cuentan, es que la población de noctámbulos no está compuesta como en las demás capitales por los habituales retoños de la alta burguesía, por las habituales modelos, por los habituales provincianos en busca de diversión. También hay un elevado porcentaje de cuarentones y cincuentones, profesionales exitosos, empresarios y financieros. Todos se van a la cama hacia las tres de la mañana varias veces a la semana. Todos ofician el viejo rito hispánico del «*mirar y ser mirado*». Y no les preocupa dormir poco, como atestiguan los sondeos de opinión. «Esta noche he dormido tres horas» es una frase que nunca se pronuncia en tono de queja, sino con un ligero deje de vanidad, con una punta de orgullo.

Pero la pervivencia de estas costumbres, la vieja pasión de vivir en la calle, en los cafés, en los restaurantes, en los locales nocturnos, es poca cosa, cosa de nada frente a los cambios prodigiosos de los últimos quince años. Todavía hace diez, para definir a un hombre fuera de lo normal, de capacidades excepcionales, los españoles decían que era «*un gran trabajador*». La primera vez que oímos hablar del joven abogado sevillano convertido después en Presidente del Gobierno, Felipe González, el comentario casi unánime, el más recurrente, era precisante ése: «*un gran trabajador*». Pero hoy

día la expresión no tendría ya sentido, porque es la población entera —como evidencian las estadísticas— la que da prueba de una laboriosidad incansable.

Y no es que antes los españoles no trabajasen. Ya hacia la mitad de los años sesenta, con los primeros indicios de un despertar de la economía, el fenómeno del «*pluriempleo*» puso de manifiesto el fuerte impulso de trabajo y de lucro que yacía en el fondo de una sociedad aparentemente letárgica. Pero nadie habría imaginado la explosión de energía que ha tenido lugar en los años ochenta, la laboriosidad, la constancia, el espíritu de sacrificio que han dado vida al milagro español.

No se habría podido prever el salto cultural, por no decir antropológico, con el que un pueblo tradicionalmente sobrio, embebido de toda clase de moralismos, retratado en su propia literatura como un pueblo desinteresado por el dinero, indiferente hacia los bienes materiales, se convertiría en el más frenético consumidor de Occidente; idealizaría el lucro, como hace hoy; barrería de su Panteón a los «*hidalgos*» y a los «*hombres de honor*» para dejar sitio a los financieros de asalto, a los banqueros, en suma, a los ricos de toda especie. [...]

«No seas modesto»

Es como si el esfuerzo sobrehumano realizado en estos quince años para acercarse a los niveles europeos de bienestar, para recuperar el retraso acumulado durante el último siglo, impulsara a la sociedad española a concederse continuas gratificaciones. A premiarse. No es casualidad que el mayor éxito comercial del año pasado fuera el de una marca de automóviles cuyos publicitarios, con una genialidad, habían captado perfectamente este estado de ánimo. En efecto, el eslogan con que se comercializó el coche era: «*No seas modesto, te lo mereces*». Y el coche, de media cilindrada y bastante caro, se vendió como las rosquillas.

Sí, los españoles piensan —y es verdad— que han hecho mucho. Y es así, al grito de «*Nos lo merecemos*», como se encaminan hacia las celebraciones del 92: Madrid, capital europea de la cultura, las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla. Será un año muy español, la ocasión para Occidente de inclinarse ante el esfuerzo, el talento creativo y la sabiduría política de este queridísimo país.

Traducción del compilador



42. ADAM HOPKINS (1992)

Terminamos nuestra antología con otro viajero inglés que conoce bien España y su capital. Adam Hopkins ha vivido largas temporadas en Madrid como corresponsal de varios periódicos londinenses, ha escrito relatos de viajes por Holanda y Creta, y en 1992 publicó Spanish Journeys, sin duda su obra más ambiciosa hasta la fecha, fruto de amplias pesquisas y numerosos viajes por el territorio español realizados a comienzos de la presente década.

Hopkins es un autor bien documentado y bastante original, como demuestra la parte de su libro dedicada a Madrid, en la que invita al lector a acompañarle en tres paseos por la ciudad plagados de amenas referencias históricas. El Madrid de Velázquez, de la Ilustración y del siglo XIX cobran nueva vida de la mano de este esforzado andarín, que culmina brillantemente la rica tradición británica de literatura viajera sobre España.

Exactamente por qué Felipe II eligió Madrid como sede permanente de la corte sigue siendo una cuestión incierta. En los años anteriores a 1561 Toledo había sido su residencia principal. Pero Toledo parecía tener varios inconvenientes como posible capital. Habían pasado cuarenta años desde que encabezó la revuelta de los *comuneros*, pero al parecer Felipe seguía guardándole rencor por este aspecto de su historia; en la propia ciudad se mantenían latentes viejas enemistades. Madrid, en cambio, era un lugar minúsculo que permitía hacer borrón y cuenta nueva. Recientemente habían caído fuertes nevadas en Toledo, que habían cortado las comunicaciones imperiales. Madrid estaba en medio de la ancha llanura, y era mucho menos probable que se viera afectado por este problema. El lugar había sido colonizado por los árabes con una fortaleza típicamente emplazada en la cresta de una colina escarpada que dominaba el diminuto río. Por muy diminuto que fuera el río Manzanares, y por mucho que después lo hayan escarnecido por serlo, lo cierto es que en sus inmediaciones había excelentes reservas de agua. También la leña era entonces abundante. No muy lejos había granito para los grandiosos proyectos de construcción que acariciaba Felipe. Estaba geográficamente en el centro de la península ibérica (aunque no era nada céntrico en lo que respecta al Imperio).

Uno o varios de estos factores pudieron animar a Felipe a tomar una decisión por otra parte tan arbitraria como el emplazamiento de Brasilia o Canberra. Para que Madrid floreciese tenía que depender de vías de comunicación que en aquella época debían parecer casi interminables. Todavía hoy sigue siendo chocante que los alimentos, el combustible y las materias primas tengan que ser transportados desde centenares de millas de distancia hasta un punto tan artificial. Uno se pregunta si Felipe pudo imaginar que la capital que eligió, aunque tuvo unos comienzos titubeantes y nunca alcanzó una belleza llamativa, no tardaría en contarse entre las más activas y atractivas de las grandes ciudades de Europa, rebotante de una atmósfera completamente propia, y todavía en el siglo XX tan rica en localismos y peculiaridades como el Londres de Dickens.

Paseo velazqueño

Vine a Madrid desde Sevilla, y salí a pasear por las partes de la ciudad que ya existían cuando llegó Velázquez con veintitrés años de edad. Como cabe imaginar, no fue un paseo muy largo.

Al oeste, en las alturas que dominan el Manzanares, a pocos pasos del ábside de la catedral permanentemente inacabada de la ciudad, recientes obras de construcción han desenterrado una parte substancial de las primitivas fortificaciones moras. Mirando de arriba abajo se pueden ver muros de piedra con inserciones de ladrillo. Hay una hilera de arcos, todavía semienterrados y rellenos de mampostería. Es bastante poco, pero puede servir de recordatorio de los nueve siglos de historia española que quedaron definitivamente cancelados con la expulsión de los moros, justo una década antes de la llegada de Velázquez. [...]

Probablemente el joven pintor visitó las viejas fortificaciones árabes. A poca distancia al noroeste sobre la misma cresta, apenas a 200 metros, se alza hoy el inmenso Palacio Real del siglo XVIII, grandioso y gris, cualquier cosa menos acogedor. Habrá que visitarlo en una etapa posterior de la historia. Sin embargo, cuando llegó Velázquez había un sólido *alcázar* en ese sitio. Una gran mole de piedra gótica y tejados empinados, que se renovó, en parte bajo su dirección, en el curso de la impresionante carrera que poco a poco se abrió ante él.

Volviendo ahora desde el Palacio Real al centro de la ciudad, se camina un corto trecho por calles agradablemente antiguas hacia la Puerta del Sol, que en tiempos fue realmente una de las puertas de la ciudad pero que ya

lleva siglos siendo el corazón simbólico de la capital. Es un lugar muy concurrido, un hemicírculo decimonónico de color crema con un gran edificio oficial en su lado recto. Enfrente se yergue una estatua del otro gran símbolo de Madrid, un oso pardo que se regala con el fruto del madroño.

De camino, el paseante habrá pasado probablemente junto a la Plaza de la Villa, en la que está el Ayuntamiento de Madrid y uno o dos más espléndidos edificios antiguos. Justo detrás de la Puerta del Sol se encuentra la Plaza Mayor, el monumento más hermoso que conserva Madrid de sus primeros tiempos como capital. [...]

La Plaza Mayor y las calles fuertemente apuntaladas que tiene detrás, vibrantes de bares y restaurantes, turistas y *madrileños*, como se llaman los habitantes de Madrid, sigue siendo uno de los barrios más agradables de la capital. Al mismo tiempo cabe recordar que muchos de los grandes monumentos del reinado de Felipe III fueron en realidad literarios. El *Quijote* de Cervantes se publicó en dos partes, en 1604 y en 1614. Durante este período, más o menos paralelamente a la pasmosa explosión de la pintura, se producía a raudales una escritura de la mayor calidad, un fenómeno al menos tan extendido e intenso como el torrente literario de la Inglaterra de Shakespeare. Este libro, al centrarse en lo visible, puede ofrecer poco espacio a la literatura española. Pero el viajero hará bien en tener presente siempre y en todas partes que, pese a sus muchos vaivenes, España fue y sigue siendo una de las grandes naciones literarias.

Desde la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, las calles descienden en cuesta suave hacia el Este. Al final de la cuesta está el Prado, un lugar favorito para pasearse y más tarde para deambular en coche y concertar citas al amparo de la capa y el velo. Wellington, aunque sin duda se comportaba más decorosamente que algunos, acudía aquí cada tarde durante su estancia en Madrid en 1812. En 1819, el recientemente construido Museo del Prado, destinado en principio a otros usos, abrió sus puertas para mostrar la magnífica colección de pintura reunida durante siglos por la Corona española. En ella se incluía con mucho la mayor concentración de cuadros de Velázquez que se puede encontrar en cualquier parte. Más allá del Prado, en la época del pintor, se levantaba el gran convento de los Jerónimos. En esta zona Velázquez iba a presenciar la construcción de un enorme palacio nuevo llamado el Buen Retiro. Muchos de sus lienzos se pintaron para él. Hoy en día casi todos los edificios han desaparecido, pero los jardines del palacio, conocidos simplemente como el Retiro, siguen existiendo como parque del centro urbano. Aquí puede uno remar en barca en el lago artificial original, dejar que extranjeros barbudos le lean la mano o, si uno es una niña de doce años o

así, mariposear por los senderos de gravilla en traje de primera comunión, para profunda admiración de sus padres. Más allá, en el siglo XVI, empezaba el campo abierto.

En la noche de mi paseo velazqueño, desde la muralla árabe hasta el extremo del Retiro, me llevan a cenar a una casa, no al acostumbrado piso, con un perro ladrador y todos los accesorios burgueses. No tardo en descubrir que formamos un grupo burgués, maridos y esposas todos con su carrera: abogados, editores, periodistas, académicos. Viniendo de Sevilla a primera hora del día había visto una gran copa invertida de bruma y humo sobre Madrid. Durante la cena, un ingeniero me explica que es un fenómeno de los últimos años, producido por el tráfico y, en invierno, por la calefacción central. Pero por nocivo que sea, continúa, el verdadero problema en España viene de las industrias impulsadas por el gobierno de Franco a partir de la década de 1950. Son, dice, el tipo de industrias que se suele encontrar en el Este de Europa o en países del Tercer Mundo, con instalaciones grandes y sucias de bajo coste que dan trabajo al mayor número de gente posible, y al carajo con las consecuencias para el medio ambiente. La tarea de reparar este legado será más ingente que en cualquier otro país occidental. [...]

Paseo ilustrado

Al llegar a España [Carlos III], el palacio que escogió como morada principal fue el de Aranjuez, al sur de la capital, en un oasis ribereño. Con bosques ruidosos a lo largo del río, hoy día es famoso no sólo por el Concierto de Aranjuez de Rodrigo, sino por sus tempranos espárragos y sus diminutas fresas, cultivados y recogidos a mano y exorbitantemente caros. Para llegar allí desde la ciudad hay que atravesar primero la llanura pelada y descarnada, que en esta dirección es excepcionalmente triste. Su misma melancolía convierte la llegada a Aranjuez en un placer para los excursionistas como yo, tanto si vienen en autobús como en coche o en el tren especial de los fines de semana. Con una merecida sensación de alivio, paseamos entre los grandes árboles de jardines que bordean el río durante kilómetros. Admiramos un palacete secundario en los bosques (también en El Escorial hay un par de estas «casas de campo» reales) y visitamos un museo naval repleto de doradas embarcaciones reales. El río tiene ahora un color verde lechoso que espanta mirar, pero aparte de eso todo es sumamente agradable. No es difícil imaginar los paseos en barca de la corte por las aguas más limpias del pasado y el pavoneo de los nobles con peluca entre los parterres.



Comparado con el escenario, el propio palacio real, acumulado durante siglos en numerosas oleadas de construcción, resulta más bien huero e insulso. Carlos III lo volvió más huero aún al añadirle largas alas bajas que se extienden hacia adelante a ambos lados, creando así un amplio rectángulo pétreo. Los fotógrafos mañosos escorzan el patio desnudo, dándole un aspecto casi alegre. La verdad es que un tiesto de geranios haría maravillas. Sin embargo, el interior es mucho más interesante, aunque quizá debería indicar que mi recorrido en manos del Patrimonio Nacional duró exactamente dieciocho minutos, con explicaciones de ametralladora y anotaciones confusas. Afortunadamente ya había visitado el palacio en otra ocasión y tenía una idea precisa de lo que quería ver, sobre todo arañas y espejos hechos en España y una estancia enteramente decorada con revestimiento de porcelana. [...]

Quizá el mayor logro de la Ilustración española estuvo en la ciencia botánica, de enorme importancia en el siglo XVIII. En este campo el patrocinador fue el propio rey y bajo su guía la flora española se clasificó por fin de acuerdo con las reglas de Linneo. Se enviaron numerosas y costosas expediciones botánicas a las tierras vírgenes de Latinoamérica y Filipinas. Fernando, el hermano de Carlos, había fundado un jardín botánico en Madrid. El propio Carlos lo trasladó a un punto del Prado donde hoy día sigue floreciendo, más exuberante y tranquilo que el Retiro, justo al lado del museo del Prado. El edificio actual del museo lo mandó construir Carlos, para un futuro malogrado, como museo botánico y observatorio astronómico.

Todo ello formaba parte de un gran plan para la mejora de la capital. Así se hicieron las fuentes de la avenida que bordea el Prado, Neptuno y Cibeles, que hoy permanecen grandilocuentemente en su sitio. La Cibeles, frente a la muy posterior oficina de correos, recargada de agujas y torreones, está situada en una de las principales encrucijadas de la ciudad. Es casi imposible visitar Madrid sin ver a la diosa en su carro, con sus leones avanzando por la amplia taza de la fuente. Los grabados del siglo XVIII muestran la escena con los caballos de carne y hueso de los *caballeros* que van de paseo bebiendo con toda tranquilidad junto a los leones esculpidos. [...]

Paseo decimonónico

El problema es que la historia del siglo XIX es bastante larga y complicada, erizada de personas, partidos e ideas que fueron importantes en su día, pero no precisamente memorables durante un período de tiempo

más largo. Los libros de historia sobre este tema suelen pesar literalmente kilos. Preguntándome un día caluroso en Madrid cómo podría conseguir un panorama instantáneo, se me ocurrió que las calles de la capital podrían de suyo constituir una guía simbólica de la época, del mismo modo que en un juego de mesa se usan fichas en lugar de dinero. Muchas de las figuras principales de este período en el que Madrid se estaba extendiendo rápidamente, tienen dedicadas importantes calles o avenidas, y estaba seguro de que cualquier otra que necesitase estaría representada en algún sitio, si no en una calle, en una plaza o glorieta, o poniéndonos en lo peor y suponiendo que tuviera que caer en lo absolutamente obvio, seguramente en un característico monumento público. ¿No sería divertido, me pregunté, hacer una breve lista de gente esencial y pasar el día entero paseando por sus calles?

Dado que el siglo XIX resulta tan fascinante como cualquier otro cuando te metes de lleno en él, la lista en sí no fue demasiado difícil. Tampoco lo fue encontrar las calles y los monumentos más obvios. Pero algunas de las figuras menores estaban en sitios inadecuados. En los callejeros de Madrid no hay forma de saber si la calle de un personaje público vendrá enumerada por su apellido, su nombre, su rango militar o algo similar. Sólo localizarlas en el plano me llevó la mayor parte de una tarde. Y mi paseo, cuando al fin lo di, me llevó más de veinte horas, de la mañana a la noche en dos días sucesivos, en un circuito ovoide alrededor de la ciudad, con temperaturas que oscilaban entre cuarenta y cuarenta y cuatro grados, por barrios de toda clase y condición. Fue, en suma, una de esas empresas estúpidas que uno aprecia retrospectivamente. El paseo me encantó, pero no se lo deseaba ni a un perro.

Mendizábal —la calle de Juan Álvarez Mendizábal— está cerca del flanco suroeste de la ciudad, donde Madrid termina bruscamente en una cuesta empinada y el río Manzanares, y más allá una amplia extensión que en tiempos fue terreno real de caza y en la que nunca se ha edificado. Este terreno despejado es la Casa de Campo, extraño nombre quizá, pero un auténtico pulmón verde para la ciudad. Desde el Palacio Real se tiene una vista muy buena de ella. Mendizábal está escondida dentro de la ciudad, una calle alta, estrecha y graciosa, propicio lugar de residencia para la gente más chapada a la antigua. A corta distancia de la Plaza de España, con sus estatuas de Don Quijote y Sancho Panza que hacen las delicias de los turistas, el rasgo más destacado de Mendizábal es una vieja tienda de ultramarinos con postigos vetustos, alta y estrecha como la calle y cargada de incontables capas de pintura gris desconchada. [...]



Desde Mendizábal a la estatua de Espartero, la calurosa ruta sigue la Gran Vía, una calle mayor abierta al bies a través del casco antiguo avanzado ya el siglo, con enormes trastornos y considerable orgullo cívico. Hay una alegre *zarzuela*, una forma muy madrileña de ópera cómica, sobre este tema. La propia calle es más bien gris y austera, aunque se anima un tanto en el tramo cercano a la Puerta del Sol, con cines y unos cuantos grandes almacenes. Después sigue cuesta abajo hasta desembocar cerca de la fuente de Cibeles con sus mansos leones y la central de correos, sarcásticamente llamada «Nuestra Señora de las Comunicaciones». Desde aquí la ruta vuelve a subir, atravesando la hermosa Puerta de Alcalá hasta el extremo superior del Retiro. Seis carriles de tráfico flanquean zumbando el lugar donde Espartero se yergue a horcajadas sobre su caballo.

Esto resulta lamentable, pues el caballo es sumamente importante para los madrileños. De una persona valiente se dice en la viril capital de España que tiene «*más cojones que el caballo de Espartero*». Y aquí estoy yo, chorreando sudor, sufriendo para instruirme, y ni siquiera puedo ver el bajo vientre del maldito animal. De repente la frustración estalla y me veo cruzando como un lunático por la ardiente calzada hasta la isleta floral donde está la estatua. Los coches se desvían y me pitan, los peatones se me quedan mirando desde la acera con intrigada perplejidad. Me pregunto si habré demostrado el necesario valor. ¿Habré merecido que me comparen, aunque sea fugazmente, con el gran semental? En lo que se refiere al caballo parece poco delicado extenderse en consideraciones, pero el general tiene un buen mentón con barba en punta y sostiene su sombrero de tres picos con el brazo derecho totalmente extendido. [...]

Durante algún tiempo hacia la mitad del siglo la derecha ganó terreno a la izquierda. Tenía una especie de teórico en la persona de Juan Donoso Cortés, un aristócrata de Extremadura. Su calle está al oeste de la ciudad, un largo cañón que se prolonga hacia la principal universidad, con una vista de campo abierto hacia Poniente y lo que antaño era al menos un retazo de cielo abierto al otro extremo, por donde atraviesa limpiamente la ciudad hacia el Este. Donoso Cortés pensaba que Fernando VII había traído la verdadera paz a España y que Mendizábal era poco menos que el diablo. Creía que el Gobierno debía apoyarse en la inteligencia superior de las clases dirigentes y que la dictadura estaba totalmente justificada en caso de dificultades. En realidad no merece un lugar demasiado honorable en mi lista (un amigo español lo define como «un funesto reaccionario, de los que nos enseñaron a admirar en la escuela durante el franquismo»), pero resulta que viví en esta calle hace un cuarto de siglo, y la curiosidad me ha llevado a pateármela de nuevo de arriba abajo.

Las vistas del campo lejano al Oeste siguen en su sitio, aunque naturalmente ese campo está más edificado. Pero volviéndome hacia el Este no veo el menor vestigio de cielo al otro extremo del cañón, sólo una pálida neblina en la que desaparecen los edificios. Queda poco de la sensación de frescor y espacio, de la presencia del viento agitando el calor en verano, o cortando el aliento en primavera, ese famoso viento de Madrid que según dicen es capaz de matar a un hombre sin apagar siquiera una vela. Aunque exteriormente la calle tiene un aspecto muy parecido al que tenía, larga, gris y ordinaria, con casas de seis pisos a ambos lados, el viejo vendedor de madera ha desaparecido junto con el retazo de cielo oriental; tenía un patiecillo en el que se le veía siempre con las manos enfundadas en mitones, partiendo leña hiciera el tiempo que hiciese. También ha desaparecido el carbonero, y han tapiado el sótano que ocupaba. Lo mismo ha ocurrido con la vaquería, donde un par de vacas se esforzaban por abastecer de leche al vecindario. No encuentro el café donde todo el mundo jugaba al ajedrez. La vieja ferretería resiste aún, gracias a Dios, polvorienta entre el impoluto concesionario de coches (flamantemente nuevo) y las pulcras tiendecitas de alquiler de vídeos. El bar de la esquina cuyo televisor daba siempre combates de boxeo o corridas de toros se da ahora ínfulas de elegancia como *mesón*, un restaurante de estilo castellano con horno de leña, profusión de madera oscura, azulejos y precios exorbitantes. Dinero, estilo parasitario y accesorios de relumbrón: éstos son los dioses a los que hoy día rinde culto la clase media madrileña.

Demasiadas lamentaciones. Los viajeros llevan siglos diciendo que España está perdiendo su carácter. Pero aunque las semejanzas con el materialismo noreuropeo sean evidentes, cada paso que di durante mi larga y calurosa marcha vino a confirmar la profunda individualidad de esta ciudad, la vivacidad de los hombres, la belleza elegante e intratable de las mujeres, por no hablar de su encantadora forma de caminar, también señalada por los viajeros desde hace siglos. No hay ninguna calle tan llena de mujeres vestidas con elegancia y de elegantes andares como la calle de Serrano, dedicada a otro político que empezó como general y que luego alternó durante muchos años el gobierno con la oposición, esta vez en el campo liberal. Serrano atraviesa de un lado a otro el centro de la ciudad, desde las inmediaciones del caballo de Espartero hasta el norte del casco urbano, corriendo todo el tiempo en paralelo con el ancho paseo de la Castellana, el principal eje norte-sur. Serrano empieza con elegante arquitectura decimonónica, con fachadas discretas, ordenadas y francas que albergan selectas floristerías y bancos cuyos nombres están escritos en árabe además de en

español. Serrano arriba se suceden pequeñas boutiques de señoras, locales con dulces o medias de aspecto refinado, hasta que al cabo de unas millas se convierte en una calle residencial, todavía opulenta pero sin especial interés, salvo por contraste con la calle que al día siguiente me lleva de nuevo hacia el sur, describiendo un largo arco abierto al otro lado de la Castellana.

Es la hora del desayuno cuando empiezo, todavía en el lado de la Castellana donde queda Serrano. Los aspersores de agua se emplean a fondo sobre pequeños retazos de césped con cipreses y adelfas. Hombres con trajes de seda y carteras llevan del codo apresuradamente a mujeres a juego camino de sus BMW y Mercedes. A esta altura, no lejos de la estrepitosa encrucijada llamada Plaza de Castilla, punto de partida para Burgos y el norte, estamos ya en el Madrid ultramoderno. Centros comerciales y bloques de oficinas de estilo americano pujan fuerte por convertir este barrio en el nuevo centro de la ciudad, abandonando a su suerte a la Puerta del Sol y la Plaza Mayor al sur, en el lejano casco antiguo.

Pero nada más cruzar la Castellana e internarme un poco más al norte todo cambia de repente en todos los sentidos. El primer indicio es un edificio de juzgados, con una multitud de gitanos esperando pacientemente en la calle. Los hombres llevan sombreros de paja garbosamente ladeados y se apoyan con ademán ingrátido en bastones largos y finos, como los vaqueros. Un momento después me encuentro en un barrio que el plano llama Almenara, y que no tiene nada que ver con políticos decimonónicos. Callejuelas empinadas desembocan en una vaguada rodeada de casas de una planta, grises y adustas. Las ventanas tienen rejas de hierro de estilo andaluz, con persianas enrollables bajadas tras las rejas que dan a cada casa un aspecto cerrado y ciego. No se ve un alma, salvo una mujer que vuelve a casa cargada con bolsas de la compra de plástico barato cuyas asas se estiran amenazadoramente. Luego pasa un hombre cargado con un rollo de esparto, y otro sudando copiosamente bajo un saco de cacahuetes. Aparte de eso sólo se mueve algún perro aquí y allá. El lugar tiene un aire cerrado, abandonado y moribundo. Entro en un bar a desayunar y compruebo que la impresión es acertada.

Según cuentan los propietarios —mientras fríen cerdo que crepita en una nube de gotas de grasa y bromean con mujeres del barrio con el pelo alheñado que entran un momento a tomar café y coñac—, su vaguada va a convertirse en una avenida moderna y lleva años aquejada por la plaga de la planificación urbana. No puedes vender tu casa, no puedes ganarte la vida; aquí no queda ya nada, ni la menor esperanza para los jóvenes. La señora del bar ha vivido aquí toda su vida, igual que su madre octogenaria. Recuerdan

el barrio cuando era un pueblo muy animado. En casi todas las casas tenían un cerdo y gallinas. La mayoría de los vecinos eran traperos, que salían cada mañana con carros tirados por caballos o mulas para recoger los desechos de las grandes casas de la ciudad, luego los clasificaban en casa y vendían todo lo que tuviera algún valor. Dice que era otro tipo de vida, pobre y dura pero más animada y feliz.

Una brisa agita la cortinilla de tiras de plástico de la entrada. «*Viene de mi tierra de Segovia*», dice su marido, el camarero. También las salchichas que vende son de su pueblo segoviano, una muestra más del intenso localismo que todavía está profundamente enraizado en toda la vida española, en la que la lealtad se centra primero en la *patria chica* de cada cual, después en la provincia, después en la región y sólo entonces, a menudo dando las boqueadas, en la propia España.

La calle que finalmente me lleva hacia el sur, extendiéndose al oeste de la Castellana hasta una o dos millas del casco antiguo, está también dedicada a un político decimonónico llamado Bravo Murillo, un enérgico administrador que llegó al poder poco después de Narváez y gobernó por decreto en vez de a través de las Cortes. Su calle contrasta con la de Serrano, al otro lado, por el pleno carácter de clase obrera madrileña que tiene a lo largo de su entero recorrido. A medio camino me encuentro con un equipo de televisión que está haciendo entrevistas callejeras sobre inmigración, término que en España se refiere siempre a los norteafricanos. El equipo ha detectado una enconada oposición entre los vecinos de Bravo Murillo, preocupados como están por la competencia en la búsqueda de empleo y vivienda. Dicen que son las objeciones habituales de la clase obrera, tanto en España como en otras partes de Europa. La clase media suele ser más tolerante, pues está menos amenazada, pero no han encontrado muchas muestras de ella en su encuesta por Bravo Murillo.

El extremo norte de la larga calle ofrece un panorama bastante horrible, con edificios grises medio derruidos y alguna que otra construcción moderna, casi siempre de ladrillo brillante, que destaca como un diente postizo entre otros cariados. En algunos tramos los habitantes sufren a todas luces. Me cruzo con una mujer con una pierna vendada, con la sangre que asoma tras las vendas. Y en una tierra donde la familia sigue dominando y las madres llevan todo el tiempo a sus bebés en brazos, paso ante una guardería que anuncia que se ocupa de los niños desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde, y que acepta bebés a partir de dos meses de edad. Las madres de esta parte de la ciudad que necesitan ganarse la vida —y son la mayoría— deben obviamente separarse hasta de sus hijos más pequeños. Y sin embar-

go, a ratos es también una calle alegre y bulliciosa, mucho mejor de lo que era antes, con algún que otro lujo como una cómoda cafetería o una atestada marisquería (los españoles de todas clases son tremendos consumidores de pescado y marisco). Teniendo en cuenta la totalidad de la población española, debo concluir que Bravo Murillo, con sus contrastes de pobreza y creciente abundancia, representa la realidad en mayor medida que la elegante Serrano o la aspirante Donoso Cortés.

Traducción del compilador





Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

BIBLIOGRAFÍA

Obras incluidas en la presente antología

- AGUILAR, Manuel: *Una experiencia editorial*, Madrid, Aguilar, 1972.
- ALAN, Ray: *Spanish Quest*, Londres; Macmillan, 1969.
- AMALRIC, Jean-Pierre: *Espagne*, París, Seuil, 1988.
- ARROYO, Eduardo: *Sardines à l'huile*, Paris, Plon, 1989.
- BAROJA, Pío: *Reportajes (Desde la última vuelta del camino*, vol. VI), Madrid, Caro Raggio, 1983 (1ª ed.: 1948).
- BELL, Aubrey F.G.: *A Pilgrim in Spain*, Londres, Methuen, 1924.
- BENET, Juan: *Otoño en Madrid hacia 1950*, Madrid, Alianza, 1987.
- BRÉAL, Auguste: *Velazquez*, London, Duckworth, 1904.
- BRENAN, Gerald: *The Face of Spain*, Londres, Penguin, 1987 (1ª ed.: 1950).
- BUÑUEL, Luis: *Mi último suspiro*, Barcelona, Plaza y Janés, 1982.
- CANSINOS-ASSÉNS, Rafael: *La novela de un literato* (vol. I, 1982-1914), Madrid, Alianza, 1982.
- CAPEK, Karel: *Viaje a España*, Madrid, Hiperión, 1989 (1ª ed.: 1930).
- CARCO, Francis: *Printemps d'Espagne*, París, Albin Michel, 1929.
- CARPENTIER, Alejo: *Crónicas* (vol. II), La Habana, 1985 (1ª ed.: 1976).
- CELA, Camilo José: *Viaje a la Alcarria*, Madrid, Espasa Calpe, 1973 (1ª ed.: 1948).
- CORPUS BARGA: *Paseos por Madrid*, Madrid, Júcar, 1987.
- DOS PASSOS, John: *Años inolvidables*, Madrid, Alianza, 1974 (1ª ed.: 1966).
- ENZENSBERGER, Hans Magnus: *Europe, Europe*, Londres, Pan Books, 1989 (1ª ed.: 1987).
- EPTON, Nina: *Madrid*, Londres, Cassel, 1964.
- FRASER, Ronald: *Blood of Spain. The Experience of Civil War 1936-1939*, Londres, Penguin, 1988 (1ª ed.: 1979).
- GARDNER, Ava: *Ava: My Story*, Nueva York, Bantam, 1992.
- GIL MUGARZA, Bernardo: *España en llamas 1936*, Barcelona, Acervo, 1968.



- HEMINGWAY, Ernest: *Muerte en la tarde*, Barcelona, Planeta, 1968 (1ª ed.: 1932).
- HEMINGWAY, Ernest: *Despachos de la guerra civil española 1937-1938*, Barcelona, Planeta, 1989.
- HOPKINS, Adam: *Spanish Journeys*, Londres, Penguin, 1992.
- KOLTSOV, Mikhail: *Diario de la guerra de España*, París, Ruedo Ibérico, 1963 (1ª ed.: 1957).
- «LAZARILLO DE TORMES» (seud.): *España, tumba del fascismo*, Valencia, Comité Nacional de la CNT, 1937.
- LEE, Laurie: *As I Walked Out One Midsummer Morning*, en *Red Sky at Sunrise*, Londres, Penguin, 1993 (1ª ed.: 1969).
- LEE, Laurie: *A Moment of War*, en *Red Sky at Sunrise* (1ª ed.: 1991).
- MALRAUX, André: *L'espoir*, Paris, Gallimard, 1937.
- MESOT, Raoul: *Castille*, Bruselas, Nouvelle Société d'Éditions, 1937.
- MICHENER, James A.: *Iberia - Viajes y reflexiones sobre España*, Barcelona, Grijalbo, 1986 (1ª ed.: 1968).
- MONTHERLANT, Henry de: *Un voyageur solitaire est un diable*, Paris, Gallimard, 1961.
- MORRIS, Jan: *Spain*, Londres, Penguin, 1982 (1ª ed.: 1964).
- MORTON, H.V.: *A Stranger in Spain*, Londres, Methuen, 1955.
- NERUDA, Pablo: *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1974.
- NOOTEBOOM, Cees: *El desvío a Santiago*, Madrid, Siruela, 1993.
- O'BRIEN, Kate: *Farewell Spain*, Londres, Virago, 1985 (1ª ed.: 1937).
- PRITCHETT, V.S.: *The Spanish Temper*, Londres, Hogarth Press, 1984 (1ª ed.: 1954).
- PROBST SOLOMON, Barbara: *Los felices cuarenta*, Barcelona, Seix Barral, 1978.
- REYES, Alfonso: *Cartones de Madrid*, Madrid, Hiperión, 1988 (1ª ed.: 1917).
- ROJO, Vicente: *Así fue la defensa de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987.
- SEMPRÚN, Jorge: «Souvenirs-avenirs», en *Madrid, Un Guide Intime*, Paris, Autrement, 1987.
- SPENDER, Stephen: *World Within World*, Londres, Faber and Faber, 1991 (1ª ed.: 1951).
- STARKIE, Walter: *Aventuras de un irlandés en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1965 (1ª ed.: 1937).
- THOMAS, Hugh: *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995 (1ª ed.: 1961).
- TROTSKY, León: *Mi vida*, Madrid, Tebas, 1978 (1ª ed.: 1929).

UNAMUNO, Miguel de: *Paisajes del alma*, Madrid, Revista de Occidente, 1965 (1ª ed.: 1944).

VILLEBOEUF, André: *Serenatas sin guitarra*, Madrid, Espasa Calpe, 1958.

VIOLA, Sandro: «Solo di notte sopravvive la diversità della Spagna», en *La Repubblica*, 12/2/1991.

ZUMBIEHL, François: «Les aficionados de las Ventas», en *Autrement*, h.s. n.º 24, abril 1987.

Fuentes no incluidas en la presente antología

ACIER, Marcel: *From Spanish Trenches. Recent Letters from Spain*, Nueva York, Modern Age Books, 1937.

AZAÑA, Manuel: «Madrid», *Obras Completas*, Méjico, Oasis, 1966.

AZORÍN: *Antonio Azorín, Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1947.

BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde*, Buenos Aires, Losada, 1958.

BAROJA, Pío: *Final del siglo XIX y principio del XX (Desde la última vuelta del camino*, vol. III), Madrid, Caro Raggio, 1982.

BISCHOFF, Helmuth: *Spanien*, Hamburgo, Rowohlt, 1987.

BORKENAU, Franz: *The Spanish Cockpit*, Londres, Faber and Faber, 1938.

BOYD, Alastair: *Madrid and Central Spain*, Londres, Collins, 1988.

CAMPBELL, Roy: *Light on a Dark House*, Londres, Hollis & Carter, 1951.

CORPUS BARGA: *Los pasos contados*, vol. III, Madrid, Alianza, 1979.

ELLIS, Havelock: *The Soul of Spain*, Londres, 1908.

GILMOUR, David: *Cities of Spain*, Londres, Murray, 1992.

GÓMEZ CARRILLO, Ernesto: *La Miseria de Madrid. 30 años de mi vida*, Madrid, Mundo Latino, 1923.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: *Descubrimiento de Madrid*, Madrid, Cátedra, 1974.

GUTIÉRREZ SOLANA, José: *Madrid. Escenas y costumbres*, en *Obra literaria*, Madrid, Taurus, 1961.

HEMINGWAY, Ernest: *El verano peligroso*, Barcelona, Planeta, 1976.

JIMÉNEZ, Juan Ramón: *Madrid posible e imposible. La colina de los chopos 1913-1929*, Madrid, Aguilar, 1969.

JOUVE, Marguerite: *Peuple d'Espagne*, París, Flammarion, 1937.

KOESTLER, Arthur: *Spanish Testament*, Londres, Gollanncz, 1937.

LA SOUCHÈRE, Elena de: *An Explanation of Spain*, Nueva York, Knopf, 1965.

LILLI, Virgilio: *Racconti di una guerra*, Milano, Bompiani, 1941.

- MATTHEWS, Herbert L.: *Two Wars and More to Come*, Nueva York, 1939.
- MEIER-GRAEFE, Julius: *The Spanish Journey*, Londres, J. Cape, 1926.
- MONTHERLANT, Henry de: *La Petite Infante de Castille*, Paris, Gallimard, 1929.
- NERVO, Amado: «Desde mis balcones. El calumniado Manzanares», *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1948.
- NEVILLE, Edgar: *Frente de Madrid*, Madrid, Espasa Calpe, 1941.
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago: *Historia de mi labor científica*, Madrid, Alianza, 1981.
- REGLER, Gustav: *The Owl of Minerva*, Londres, 1959.
- REYNOLDS, James: *Fabulous Spain*, Nueva York, Putnam, 1953.
- ROBERTSON, Ian: *Spain: The Mainland*, Londres, A. & C. Black, 1989.
- ROMERO, Luis: *Tres días de julio*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1967.
- SALTER, Cedric: *Introducing Spain*, Londres, Methuen, 1953.
- SIMON, Claude: *Le Palace*, París, Éd. de Minuit, 1961.
- SUAU, Pierre: *L'Espagne, terre d'épopée*, París, Perrin, 1905.
- TOMLINSON, H.M.: *South to Cádiz*, Londres, Heinemann, 1934.
- WILLIAMS, Leonard: *The Land of the Dons*, Londres, Cassell, 1902.
- WOOLSEY, Gamel: *Death's Other Kingdom*, Londres, Virago, 1988.

Bibliografía general

- AUB, Max: *La gallina ciega*, Barcelona, Alba.
- BAKER, Edward: *Materiales para escribir Madrid*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- BAROJA, Ricardo: *Gente del 98*, Barcelona, Juventud, 1969.
- BENNASSAR, Bartolomé: *Histoire des Espagnols*, París, Armand Colin, 1985.
- BRENAN, Gerald: *The Spanish Labyrinth*, Cambridge University Press, 1943.
- BROUÉ, Pierre, y TÉMINE, Emile: *La révolution et la guerre d'Espagne*, París, Éd. de Minuit, 1961.
- BROWN, Jonathan: *Velázquez, Painter and Courtier*, New Haven, Yale University Press, 1986.
- CARO BAROJA, Julio: *Los Baroja*, Madrid, Taurus, 1972.
- CARR, Raymond: *Spain 1808-1975*, Oxford History of Modern Europe, Clarendon Press, 1982.
- CAZES, G., y otros: *L'Espagne et le Portugal aux portes du Marché commun*, Montreuil, Bréal, 1985.
- DELACAMPAGNE, Christian, y otros: *Madrid. La Décennie Prodigieuse, Autrement*, h.s. n.º 24, abril 1987.

- GALLO, Max: *Histoire de l'Espagne franquiste*, París, Robert Laffont, 1975.
- GAROSCI, Aldo: *Los intelectuales y la Guerra de España*, Madrid, Júcar, 1981.
- GEBSEER, Jean: *Rilke und Spanien*, Zúrich, Suhrkamp, 1977.
- GIBSON, Ian: *Fire in the Blood. The New Spain*, Londres, Faber/BBC, 1992.
- HOOPER, John: *The Spaniards: Portrait of the New Spain*, Londres, Penguin, 1987.
- JACKSON, Gabriel: *La República española y la Guerra Civil*, México, D.F., Princeton University Press, 1967.
- JULIÁ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984.
- KUBLER, George: *Building the Escorial*, New Jersey, Princeton University Press, 1982.
- LEWIS, Norman: *Voices of the Old Sea*, Londres, Penguin, 1984.
- MARTÍN GAITE, Carmen: *Esperando el porvenir*, Madrid, Siruela, 1994.
- NÚÑEZ ESTUARDO, E.: *España vista por viajeros hispanoamericanos*, Madrid, 1985.
- PAYNE, S.G.: *Spain and Portugal*, Madison, University of Wisconsin Press, 1973.
- PÉREZ FERRERO, Miguel: *Tertulias y grupos literarios*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1975.
- POPELIN, Claude: *La Tauromachie*, Paris, Seuil, 1970.
- PRESTON, Paul: *The Triumph of Democracy in Spain*, Londres, Methuen, 1986.
- REVISTA DE OCCIDENTE: *Madrid, Villa y Comunidad*, n.º extraordinario VII, agosto-septiembre 1983.
- REVISTA DE OCCIDENTE: *Madrid*, n.º 128, enero 1992.
- REVISTA LÁPIZ: *Madrid*, año IX, n.º 79, verano 1991.
- ROMERO, Federico: *Prehistoria de la Gran Vía*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1967.
- SÁNCHEZ, E., y DE CASTRO, Javier: *Olé, Beatles!*, Lérida, Pagès, 1994.
- STARKIE, Walter: *El camino de Santiago*, Madrid, Aguilar, 1958.
- THOMAS, Hugh: *Madrid: una antología para el viajero*, Barcelona, Grijalbo, 1988.
- TRAPIELLO, Andrés: *Las vidas de Miguel de Cervantes*, Barcelona, Planeta, 1993.
- TUDELA, Mariano: *Aquellas tertulias de Madrid*, Madrid, El Avapiés, 1984.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: *La España del siglo XX*, Barcelona, Laia, 1974.
- VARIOS AUTORES: *Visiones de Madrid*, Madrid, Comunidad Autónoma de Madrid, 1991.

WEINTRAUB, Stanley: *The Last Great Cause*, Londres, 1968.

ZULUETA, José Antonio de: «Vocación viajera y entendimiento del paisaje en la generación del 98», en *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988.

(Véase también la Bibliografía general de los tres primeros tomos de la serie *Madrid en la prosa de viaje*.)



Índice de ilustraciones

Cuatro Caminos	8
Puerta del Sol	54
El Rastro	60
Estación de Atocha	112
Calle Alcalá	116
Gran Vía	123
Paseo de la Castellana	145
Argüelles	168
Valle de los Caídos	263
Aranjuez	274
Estadio Bernabéu	358
Las Ventas	374
Colón	410





Índice

Introducción	9
I. DEL COSTUMBRISMO AL COSMOPOLITISMO (1900-1936)	
1. Auguste Bréal (c. 1900)	51
2. Rafael Cansinos-Asséns (1904).....	55
3. Pío Baroja (c. 1910)	61
4. Manuel Aguilar (1914).....	69
5. Alfonso Reyes (1915).....	71
6. León Trotsky (1916).....	75
7. John Dos Passos (1916-1933).....	79
8. Luis Buñuel (1917-1925).....	89
9. Corpus Barga (1922-1926).....	93
10. Aubrey Bell (1924).....	101
11. Henry de Montherlant (1925).....	109
12. Ramón Gaya (1928).....	113
13. Francis Carco (1928).....	117
14. Karel Čapek (1930).....	129
15. Ernest Hemingway (1932).....	133
16. Miguel de Unamuno (1932-1933)	141
17. Walter Starkie (1933)	149
18. Alejo Carpentier (1934-1935)	161
19. Pablo Neruda (1934-1936).....	169
20. Laurie Lee (1935)	173
21. Raoul Mesot (1936).....	183
22. Kate O'Brien (1936).....	191



II. LA CAPITAL DEL HEROÍSMO (1936-1939)

Alzamiento y revolución (julio-octubre de 1936).....	206
La batalla de Madrid (noviembre de 1936).....	212
Primer invierno de la guerra (diciembre de 1936-abril de 1937)	220
Escritores en el Madrid sitiado (mayo-noviembre de 1937)	230
La visita de Laurie Lee (enero de 1938).....	243
Agonía y caída de Madrid (agosto de 1938-marzo de 1939)	248

III. DEL AISLAMIENTO A LA FIESTA (1939-1992)

23. Camilo José Cela (1946).....	255
24. Barbara Probst Solomon (1948)	259
25. Gerald Brenan (1949).....	265
26. Juan Benet (c. 1950).....	285
27. V. S. Pritchett (1951-1952).....	291
28. André Villeboeuf (c. 1954).....	299
29. H. V. Morton (1954).....	307
30. Ava Gardner (1955-1968).....	323
31. Nina Epton (c. 1964)	329
32. James A. Michener (c. 1966)	347
33. Ray Alan (1969)	361
34. Jan Morris (1979)	367
35. Hans Magnus Enzensberger (1985)	375
36. Cees Nootboom (1983-1988).....	381
37. Francois Zumbiehl (1987)	393
38. Jorge Semprún (1987)	397
39. Jean-Pierre Amalric (1988)	403
40. Eduardo Arroyo (1988).....	411
41. Sandro Viola (1991).....	415
42. Adam Hopkins (1992).....	419
Bibliografía	431







Este libro, *Madrid en la Prosa de Viaje IV*,
se acabó de imprimir en el mes de noviembre
de 1997 en la imprenta de la
Comunidad de Madrid









